





LA
IGLESIA ROMANA
Y LA REVOLUCION.

LA IGLESIA ROMANA Y LA REVOLUCION,

OBRA COMPUESTA EN VISTA DE DOCUMENTOS INÉDITOS

POR J. CRÉTINEAU-JOLY,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA TERCERA EDICION FRANCESA

POR

D. VICTOR GEBHARDT.

CON REVISION Y CENSURA

del Dr. D. Buenaventura Ribas, presbítero.

Merses profundo, pulchrior evenit.
Horatii Carminum, lib. IV, od. IV.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA.
SOCIEDAD TIPOGRÁFICA EDITORIAL LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, número 20.
1867.



Barcelona: Imp. de Luis Tasso, Arco del Teatro, callejon entre los números 21 y 23.

LA
IGLESIA ROMANA
Y LA REVOLUCION.

LIBRO TERCERO.

LEON XII Y CARLOS X.

La revolucion emprende de nuevo su obra contra la Iglesia.—La libertad de imprenta y la propagacion de las doctrinas subversivas.—Plan del liberalismo para continuar la obra de los jansenistas, de los galicanos y de los filósofos.—La revolucion en Europa.—La España liberal y el Piamonte constitucional.—Las sociedades secretas en Nápoles y en Francia.—Situacion creada á este pueblo por la carta de Luis XVIII. -Los misioneros y los francmasones.—Los jesuitas y los liberales.—Chateaubriand y la libertad de imprenta.—Bonald y José de Maistre.—Cárlos X y la revolucion.—Cónclave de 1823.—El derecho de exclusiva.—Leon XII, Papa.—Su retrato.—El cardenal Consalvi se reconcilia con el Papa.—Sus conferencias.—El jubileo de 1825.—Conspiracion de la venta suprema contra la Sede romana. —El carbonarismo y las sociedades secretas.—Instruccion permanente de la venta suprema.—Asesinos y agentes provocadores.—Filiacion de unos y otros.—Distinto objeto que se proponen la venta suprema y las sociedades secretas comunes.—Los francmasones quedan ocupando el segundo lugar.—El cardenal Bernetti, secretario de estado.—Sus luchas contra el carbonarismo.—Las sociedades secretas conspiran contra sí mismas.—Sus discordias intestinas las distraen á veces de sus ataques contra la Santa Sede.—Presentimiento de Leon XII.—Emancipacion de los católicos irlandeses.—Muerte de Leon XII.— Pio VIII y la insurreccion de 1830.—Luis Felipe de Orleans, rey de los franceses.—Su modo de gobernar.—Fomenta la revolucion contra los tronos y la Iglesia.—Levantamiento de Bélgica. - El cardenal Albani, secretario de estado.—La Bélgica constitucional.—Muerte de Pio VIII.

En el preámbulo del decreto que estableció la carta de 1814 el rey Luis XVIII se expresó en estos términos: «Al llamarnos otra vez á nuestros estados despues de prolongada ausencia la Providencia divina nos ha sujetado á grandes obligaciones.» Y para dar á los franceses una traduccion ménos mística de esas grandes obligaciones, el monarca, que era hombre de ánimo cultivado, sagaz y temeroso, confió el encargo de comentarlas á los presbíteros Talleyrand, Pradt, Montesquiou y Louis.

Por irrision superior á todos los comentarios esos cuatro hombres, alistados en la milicia sagrada, no poseian ni una sola de las virtudes sacerdotales. A cada uno de ellos podia aplicarse lo que dice Brantome de un obispo de su tiempo: «Considéranle algunos como algo ligero en creencia

y no muy bueno para la balanza del señor san Miguel, en la que pesa á los buenos cristianos el dia del juicio (1).»

Talleyrand, exobispo de Autun, siempre dispuesto á volar en auxilio de los vencedores, habia contraido un matrimonio ridículo hasta para sus propios ojos.

El obispo Pradt habia dejado su diócesis de Poitiers, y capellan del dios Marte, segun se titulaba el mitológico prelado aludiendo á su señor Napoleon, vivia en una atmósfera muy belicosa y nada canónica. El baron presbítero Louis podia, como otros muchos, llegar á ser ministro de hacienda; pero es seguro que nunca le habia pasado por las mientes ser un buen sacerdote.

Unicamente el presbítero duque de Montesquiou, hombre de corazon recto y conviccion sincera, que habia demostrado en la asamblea nacional animoso esfuerzo, compensaba la falta del mérito de la vocacion con su desinteres y su existencia digna y honrada.

A esos cuatro eclesiásticos confió el gobierno Luis XVIII en tiempo de la primera restauracion. El de la segunda entró de derecho en las atribuciones del expadre del Oratorio Fouché, regicida convertido en duque de Otranto por su amor á la igualdad.

Francia, que desde 1793 hasta 1814 emprendió conquistas y más conquistas sin desearlas ántes de hacerlas, sin amarlas despues de obtenidas, empezó á echarlas de ménos así que las hubo perdido. De continuo con el sombrero ladeado y dada á pensar que sus soldados han de ser siempre vencedores como en el circo olímpico, el pueblo frances es el más susceptible de ser gobernado desde el momento en que no tiene gobierno; entónces, sobrecogido de espanto se entrega en cuerpo y alma á los empíricos, quienes más que instrumentos activos de las revoluciones son espectadores de las grandes catástrofes, y setenta años hace que es fiel trasunto de aquella Siracusa pintada por Montesquieu. «Siracusa, dijo el autor del «Espíritu de las leyes», de continuo abismada en la licencia ó en la opresion, minada por su libertad lo mismo que por su esclavitud, experimentando siempre una y otra como devastador torbellino, abrigaba en su recinto un pueblo inmenso que jamas supo salir de la cruel alternativa de darse tiranos ó serlo él de sí mismo.»

El pueblo frances era al fin libre; mas precisamente entónces dió la democracia en la flor de prorumpir en lamentos de esclavitud, y abriéndose paso por entre monarquías, parlamentos y leyes, sólo consintió en dejar en pié las incertidumbres y los peligros de la sociedad. Cuando se conoce que es posible desobedecer impunemente es seguro que nadie obedece, y así fue como se hizo servir la carta para inaugurar el reinado de la insurreccion en las ideas y en los hechos. La caida de Napoleon quedaba olvidada por los recuerdos de su gloria, y á esta se apeló beneficiándola para pergeñar con la revolucion una especie de culto y profesarlo con risible idolatría. De su épo-

(1) Brantome, *Vida de Catalina de Médicis*, *Obras*, t. II, p. 32.

ca decia Horacio: «Vixere fortes ante Agamemnona.» Para los historiadores liberales no hubo en la historia de Francia mas Agamenones que aquellos cuyas hazañas nunca bien ponderadas fueron tomadas bajo su amparo por la república una é indivisible. De aquel tiempo se hicieron datar los beneficios de la civilizacion moderna; no hubo quien no se embriagara con sus disolventes principios; en el preciso momento en que la revolucion dejaba abiertas de par en par al extranjero las puertas de Francia fueron las conquistas el tema de las conversaciones, y como para este pueblo es siempre la mejor política la que su gobierno no practica, la revolucion volvió á ser conquistadora así que quedó firmada la paz general.

La revolucion, que halla su punto de unidad en los temores que inspira, sólo por el triunfo se divide, y su delito más imperdonable es sin duda haber elevado los malvados á la dignidad de enemigos del órden social. Vencida como estaba refugióse en la prensa como en el centro de una plaza fuerte, en la prensa que en aquel tiempo distó mucho de ser el contrapeso de las ideas subversivas ó desatentadas. En efecto, la prensa puede siempre dar muerte, nunca empero podrá dar la vida; corrompe, pero no ilumina; quebranta las convicciones, nunca le será dado robustecer una sola; en todos tiempos ha sido y será inevitablemente veneno, jamas antídoto, pues no se ha visto aun ni se verá en tiempo alguno que el vulgo forma séquito al ingenio y al talento. El feliz suceso de un periódico fue siempre, en Francia sobretodo, el premio de la estolidez y un ultraje hecho al buen seso; el pueblo que es bastante necio para calificarse á sí mismo del más ingenioso y agudo de la tierra no aceptó más periódicos que los engendrados por maléfica simpleza.

Decian los antiguos que el bien se halla junto al mal y que en la misma tierra donde crece la cicuta maduran los racimos de Corinto. El liberalismo alteró todo eso, y con pretexto de que la ley es sospechosa cuando no puede discutirla el primero que se presenta dióse á conmover los cimientos sociales.

En aquella época en que por una natural reaccion aclamábase la carta que debia proporcionar armas contra la Iglesia y los tronos, dictaba estas palabras á Fontanes su superior inteligencia: «Nunca me consideraré libre en país donde reine la libertad de imprenta;» y al decir esto juzgaba Fontanes sanamente el nuevo poder al cual conferian los Borbones el derecho de matar la monarquía. Al ver hoy los excesos en que ha sido Francia precipitada por una representacion sin límites y una democracia sin freno, Europa se ha horrorizado de esos escritores á veces demoledores involuntarios que enseñan á hablar á los demas sin que acierten ellos á expresar lo que meditan, y que con frecuencia, como dice Tácito, agitan esperanzas privadas sin el menor interes público. Para ellos, como para los revolucionarios todos, la libertad no fue jamas un fin, sino un medio.

Por una inconsecuencia cuyos resultados han de ser horribles, los soberanos coligados se proponian amordazar la revolucion y desencadenaron los revolucionarios. Las grandes potencias constituyeron la santa alianza de los



reyes; la revolucion bajo su egida formó la santa alianza de los pueblos, y comenzó su obra haciendo que la protegiera la misma espada blandida contra ella. La invasion de Francia por un ejército de ochocientos mil hombres era un hecho antirevolucionario; mas la revolucion tuvo el arte de hacerlo redundar en su provecho: ya que no le era dable vencer las legiones que devoraban el reino, tomó sus disposiciones para gangrenarlas.

Sin dolorosos presentimientos hermanados con justos temores no habrian debido los reyes de Europa ver á sus oficiales entregados en Paris y en provincias á un insaciable deseo de placeres y á un lujo desenfrenado que comenzaba en la mesa y se alimentaba en las casas de juego. Aquellos reyes dejaron á sus generales y soldados en contacto con los ardores liberales, y no temieron, como habrian debido, por la disciplina y el candor de sus tropas la civilizacion de sociedades harto adelantadas, civilizacion cuyos esplendores deslumbraban la entusiasta, tardía y semibárbara imaginacion de sus oficiales y soldados. Por espacio de tres años estuvieron sin conocer los males que preparaban, y lo que es aun más triste, no lo conocerán nunca: ninguno de ellos comprenderá que debe usarse del progreso material y de las supuestas maravillas humanitarias como de los vasos arrebatados á los filisteos, purificados por los hebreos ántes de consagrarlos al altar.

Así, pues, al acampar Europa en las ciudades y aldeas de Francia contrajo el mismo malestar moral y el mismo desórden de inteligencia que se proponia remediar y curar.

Con sus placeres y su libertad trasformada tan presto en licencia, todas las ciudades fueron para los nuevos Aníbales otras tantas Cápuas, cuyas seducciones de toda clase tuvieron fuerza irresistible. Los mismos príncipes confesaron que la comparacion debia ser desventajosa para los pueblos sujetos á su cetro; pero, sobrecogidos tambien del vértigo universal, complaciéronse al parecer en exponer á sus súbditos á la tentacion.

Y sin embargo, muy graves consideraciones habrian debido curarles de su imprevision. En el laberinto de partidos y encontradas pasiones que llevaban trastornada á Francia, ¿cómo no presumieron que aquellos extranjeros para quienes todo era nuevo y motivo de fiesta, habian de rendirse á aquel fuego de rebelion, trocado á veces en letargo de esclavitud, con cuyo embeleso engañador procuraban seducirlos los revolucionarios? ¿Cómo no habian de instruirse poco á poco en las teorías deslumbradoras de independencia constitucional que, fascinando la razon más desfavorablemente prevenida contra excesos deplorables y con hipocresía deplorados, ejercieron tan singular influjo hasta en el ánimo del emperador de Rusia? ¿Por qué no sucederia al vulgo, que en la conservacion de los principios tradicionales tiene un interes muy remoto é indirecto, lo que habia sucedido á un depositario de la autoridad absoluta?

Activa era la propaganda de las ideas de emancipacion religiosa y moral; en los lugares públicos oíanse entusiastas palabras que despertaban prolongadas vibraciones en el corazon de la muchedumbre, y en todas partes se hablaba de fraternidad universal, emancipacion, libertad y progreso

indefinido. En los conciliábulos á donde eran arrastrados por la revolucion los jóvenes oficiales de Alemania y Rusia de imaginacion exaltada y amantes sin saberlo de todos los sistemas trastornadores, agitábanse funestos temas contra la sociedad cristiana, planteábanse problemas contra las monarquías, comunicábase el gusto á la insurreccion, invocábase la gloria intelectual y el martirio, predicábanse quiméricas ideas en honra del desórden, y nutríanse falaces esperanzas en favor de una impiedad llena de finura y trato cortesano. Y esas ideas y esperanzas, cuyo gérmen existia en la carta, se desenvolvian con extraordinaria y atractiva fuerza.

Para la demagogia la gangrena así comunicada á los ejércitos vencedores era en primer lugar un desquite y en seguida un medio para debilitar el apoyo que en ellos tenian las ideas reparadoras; y en efecto, sometidos á ese doble influjo, embriagándose en una misma noche de placeres y doradas quimeras y de misteriosas conferencias que entre orgía y orgía les disponian para los alzamientos y rebeliones, los aliados experimentaron en breve el predominio de aquellas doctrinas. La corrupcion procedia por grados, é infiltróse en los pueblos del Norte, ora bajo la voluptuosa apariencia de una civilizacion que degenera, ora presentándoles el patriótico cebo de una imposibilidad metafísica.

De ellos se valió la revolucion para derramar en Francia sus primeros libelos, é instrumentos del contagio experimentaron sus efectos y se llevaron á sus tierras una causa renaciente siempre de remordimiento ó desórdenes. Inglaterra y Rusia viéronse obligadas á mantener á cierta distancia de los centros de poblacion á aquellos vencedores que por opimos despojos llevaban á su patria la idea de la desorganizacion del gobierno y de incesantes conjuraciones. Inglaterra calmó sus ardores exponiéndolos al sol de las Indias; pero en Rusia no pasaron ocho años cuando manifestaron ya sus resultados en mil sociedades secretas, promovedoras de un motin militar al ascender al trono el emperador Nicolas.

La revolucion no ha querido comprender jamas que la Iglesia, semejante á las divinidades de Homero, puede ser herida, no muerta. Golpes de toda clase habia asestado aquella contra la Sede romana y esta habíase puesto otra vez de pié siempre más esplendorosa y fuerte. Nuevas conspiraciones se urdian ahora entre tinieblas, nuevas tramas se urdian en el destierro, pues la saña al igual de la incredulidad es una madre que nunca será estéril: de continuo engendrará hijos dignos de ella.

Despues de la batalla de Waterloo se dirigieron al encuentro de los generales del ejército coligado seis plenipotenciarios nombrados por las cámaras legislativas y los poderes públicos de 1815: llamábanse Lafayette, Sebastiani, Pontécoulant, Delaforest, Argenson y Benjamin Constant, grandes patriotas todos como aquellos cuya representacion aceptaron, y en nombre de la Francia revolucionaria llegaron al cuartel general de Haguenau para ofrecer á los aliados el derecho de dar á Francia el soberano que mejor les pareciere. Dos condiciones únicamente ponia Francia al nombramiento, al decir de sus llamados mandatarios, á saber: que el futuro soberano fuese

extranjero y no católico, y aunque la audaz peticion no dió por entónces resultado, á no tardar hubo el liberalismo de insistir en ella. Necesitaba un príncipe que nada tuviese de frances en las venas, nada de católico en el corazon, y una vez esto obtenido estaba pronto á prestarse á cualquiera juramento de fidelidad y sumision. Europa resistió en aquel tiempo á semejantes deseos; mas en breve regicidas y proscritos fijaron sus ojos en un nuevo soberano que no pertenecia siquiera á la familia Bonaparte ni á la rama de Orleans, y organizaron en Bruselas en favor del príncipe de Orange la sorda conspiracion que frustró en 1821 el emperador Alejandro.

Al abrirse el congreso de Aquisgran, uno de los desterrados, el abogado Teste, que debia ser más tarde ministro de justicia de Luis Felipe de Orleans, y condenado por cohecho en la cámara de los pares, se presenta á reproducir aquel sacrílego deseo. Inspirado por Carnot y Sieyes habia redactado una memoria proponiendo á las cuatro potencias convertir en república la monarquía francesa y sustituir la dinastía de los Borbones con una rama protestante de Nassau. Ilusion insensata era esta que abrigaron los hugonotes del tiempo del almirante Coligny, y el liberalismo naciente le da nuevo calor y la formula en un cambio de culto para comunicar nuevo brio al espíritu revolucionario.

Coligny no pudo vencer la prudencia de Guillermo el Taciturno; el abogado Teste, ménos afortunado, logró que el rey de los Países Bajos y su hijo el príncipe de Orange favoreciesen semejante designio. Bélgica es para los regicidas un verdadero lugar de asilo; para bienquistarse con ellos y captar sus votos cree la casa de Nassau poder declarar impunemente la guerra á la Iglesia católica, y en esta idea perseverará hasta el año 1830; pero cuando suene la campana de julio los refugiados del liberalismo no pensarán en la familia de Nassau sino para hacerle expiar su hospitalidad aplaudiendo y alentando el alzamiento belga.

La Europa monárquica habíase impuesto el deber de ahogar á la revolucion en el centro mismo de su poderío; mas por un cúmulo de hechos, hijos de singulares flaquezas morales, la revolucion triunfó de sus vencedores, y á sus pendones confió la propagacion de sus anticatólicos propósitos. Para el uso particular de cada pueblo crea el liberalismo una especie de derecho de delitos y una jurisprudencia que autoriza los atentados todos; trasforma tambien el carácter de los franceses, y no parece sino que á su buen humor tan expansivo poco ántes cuéstale ahora grandes dolores venir al mundo. Sus canciones aseméjanse á elegías; sus dichos más agudos hacen asomar el llanto á los ojos.

Segun el papa Anastasio II, «era el reino de Francia férrea columna elevada por Dios para el sostenimiento de su santa Iglesia al tiempo que la caridad se amortiguaba entre los demas pueblos (1); » y aunque la demagogia sólo conoce por intuicion el horóscopo, esfuérzase en dejarlo falso inoculando á Francia el vírus de la rebelion. Para alcanzar con mayor seguridad su objeto

(1) *Anast. II Epist ad Clod.*, t IV, *Con. Col.*. 1820.

quiere que de este reino parta la señal de los desatentados errores, y Francia condesciende resignada á lo que se la exige. Desde aquel momento junto á los pueblos agrícolas, mercantiles ó industriales que viven tranquilos y contentos con su trabajo en Alemania, Italia, Francia y España, vióse aparecer de cuando en cuando un pueblo especial, amante ciego de cuanto era vanidad y ruido.

Gusta este pueblo de dejarse coger en las trampas patrióticas; segun expresion de Camilo Desmoulins, manifiesta por ciertas ambiciosas fórmulas la misma aficion que tienen los negros por los tambores y plumajes. Arrastrado por algunos sugetos de ingenio movedizos como los insectos que se solazan á los rayos del sol en los hermosos dias de verano, está ese pueblo siempre dispuesto á escalar el cielo con sutiles escalas de seda. A duras penas cree en Dios, y su razon, que se niega á inclinarse ante una Providencia divina, se humilla y anonada ante los parlanchines interesados en socaliñarle.

Un siglo hace que la revolucion posee la clave de esas vanidades patrióticas y burlas anticristianas. Empleando un amargo sarcasmo del duque de Saint-Simon, sabe que va á comenzar «el prolongado reinado de la vil clase media,» y lo inaugura abriendo en cada ciudad una logia de francmasones.

A esa logia va unida una sucursal donde se multiplican los malos libros y dañinos periódicos que serán precursores de las revueltas. Luis XVIII ha hecho libre á la nacion francesa, y la nacion francesa dirige contra los Borbones la libertad que ellos le dieran. De la conspiracion militar y civil hízose un arte y un oficio; los mismos que obedecieran demasiado en tiempo del imperio se rebelaron contra la obediencia, y despues de haber sido pasivos administradores (1), convirtiéronse en fogosos amantes de la descentralizacion. Los entendidos lograron comprometer á los sencillos y cándidos, y cuando hubo sangre derramada, cuando el liberalismo, que al fin contaba con mártires conoció que los incautos comenzaban á escasear, quiso emprender otra partida que ofreciese seguridad completa. Viendo que sus tramas, organizadas en secreto por ambiciosos tribunos y realizadas por jóvenes arrebatados que carecian de experiencia ó por viejos insensatos que perdieran la memoria no daban resultado alguno, resolvió comunicar á la empresa una direccion nueva.

A contar de aquella época nefasta puede decirse que el liberalismo entró verdaderamente en pugna con la Iglesia; hasta entónces sólo contra el trono habia aguzado sus plumas y puñales. Así como profesara igual odio á sus dos enemigos los ataca con las mismas armas.

El liberalismo, que por principio sólo hace aquello que no ofrece, dispone de todos los recursos de influjo y accion; suyos son los recuerdos

(1) En las *Memorias y correspondencia del príncipe Eugenio*, publicadas por M. Ducasse, hallamos un ejemplo muy notable de la pasividad administrativa recomendada en tiempo del imperio. En una carta dictada al gran mariscal Duroc y dirigida por Napoleon I al virey de Italia, se dice: «Si las llamas devoran á Milan dejad que arda y aguardad órdenes.»



del imperio, el rimbombo de la tribuna, las canciones de patriótico ó blasfemador estribillo y la incesante propaganda de la prensa. La poesía, la historia y las bellas artes hacen llegar á lo más hondo del pueblo sus hombres y sus ideas; pero no bastando aun esto al afan de movimiento que le devora recoge en las ciudades á cuantos no pueden nada por sí solos y confian en llegar á ser algo por medio de los demas. En una logia improvisada aglomera todos esos engendros de cívico orgullo, militares á media paga, adquisidores de bienes de la nobleza ó del clero, propietarios de escasa renta, y mercaderes de vida acomodada, y en seguida el grande Oriente nombra un venerable, forastero y poseedor del santo y seña de las sociedades secretas, para guiarlos y encaminarlos á todos.

Cada fiesta solsticial debe ser un nuevo paso hácia la luz pura que asoma para confusion del fanatismo; cada banquete fraternal un nuevo escalon hácia el progreso indefinido. El catecismo de la incredulidad es el profesado en aquella region excepcional poblada de humanitarias visiones, de risibles patriotismos y de vinosas elocuencias. Los honrados ciudadanos aprenderán allí, pagando la leccion muy cara, á reirse del Papa y de los obispos; mas al propio tiempo, disfrazados de hermanos sirvientes ó de oradores novicios, habrán de inclinarse con profunda reverencia delante del altar en que el grande Oriente, con su corona de carton dorado y su manto de papel, ostenta asainetada majestad de teatro.

Esas caricaturas, veneradas en el misterio de las logias, lanzan grotescos y absolutos decretos, los cuales son recibidos, cuanto más ridículos, con mayores y solemnes aclamaciones. Y poco á poco el mason es llevado por la tolerancia al menosprecio de Dios á quien por gracia singular se conserva aun en el amovible empleo de arquitecto de las esferas; poco á poco deja de creer en el Evangelio, quedándole sólo la inocencia antebautismal suficiente para elevar su razon á la altura de los misterios de la fraternidad universal; aléjase tambien poco á poco de su familia y de su parroquia, y no tarda en estar sazonado para el ateismo de las sociedades secretas, que así le van preparando para vengar la muerte de un problemático Adoniram.

Antes que fuesen promulgados los inmortales principios de 1789, la logia masónica no pasaba de ser una excepcion, y en Francia, Inglaterra y tambien Alemania sólo de cuando en cuando se presentaba con las apariencias de una fábula. Los aristócratas de la revolucion eran los únicos que tenian el derecho de penetrar entre sus tinieblas, los únicos que eran iniciados en sus secretos pavorosos. Sin embargo, á contar de 1815 la logia hízose como todo patrimonio del vulgo, y sirvió de asilo á las pasiones que no podian salir á la luz del medio dia.

Un nuevo plan de ataque habia sido combinado contra la Santa Sede; la ciencia de la opresion, el «sapienter opprimamus eum, ne forte multiplicetur (1),» habia recibido gran perfeccion y simultáneamente fue aplicado en los cuatro extremos del mundo. Para impedir que la Iglesia se multiplicara

(1) *Exodo*, I, 10.

no se trataba ya de perseguirla á viva fuerza ni de derramar su sangre, sino de oprimirla con arte y con astucia. Las logias masónicas y las sociedades secretas fueron los inagotables tesoreros de la conjuracion; ya que la religion habia resistido á la violencia fue sustituida esta con hostilidades mejor calculadas; ya que no pudo ser vencida martirizando á hijos suyos, tratóse de enflaquecerla por medio de la desercion; á las blasfemias sucedió el sofisma, á los ultrajes la ironía. La naciente democracia del siglo XIX dejaba á un lado los errores de su precursora, y ya que no podia aun dar muerte al catolicismo se contentó con impedirle vivir.

Con las coplas de Béranger dirigió sarcasmos al Dios bueno; con la historia de Thiers ó Dulaure rehabilitó el espíritu revolucionario; en nombre del charlatanismo deificó la industria, y fumó la pipa en las logias masónicas aguardando el momento en que le seria posible fumarla en las iglesias. En medio de tantos perjurios y traiciones que se vanagloriaban de una vileza como de una victoria, habian desaparecido los principios políticos, y esto conseguido la revolucion emprendió la obra de dar muerte á los principios morales: relegado que hubo los deberes á la categoría de problemas, colocó las virtudes entre las preocupaciones; el vicio fue investido del derecho de perdonar, y sólo á duras penas consintió en tolerar el honor. Para empequeñecer á los grandes considérase lo más acertado engrandecer á los pequeños, y en aquella confusion sin ejemplar búscanse como á tientas las leyes, las costumbres, el respeto de las cosas santas, y nadie las halla.

El encargo de las logias masónicas fue el proselitismo, ó por decir mejor el reclutamiento; en breve las sociedades secretas recibirán el suyo. Aquellas, ántes que comiencen las hostilidades anticristianas, deben prorumpir en aforismos de pacificacion universal; estas se organizan á la sombra para herir al enemigo en el defecto de la armadura. Las unas predican, las otras se arman; pero ambas, miéntras llega el momento de obrar, combinan sus esfuerzos para sembrar por el mundo las semillas del desórden. La espada habia cedido el lugar al habla y á la escritura; mayores que los del acero fueron los estragos de las palabras escritas y habladas.

En tiempo del imperio, Voltaire y Rousseau, ocultos en el Panteon, no hallaban lectores ni compradores; la reimpresion de sus obras estaba prohibida como un atentado contra las buenas costumbres y la razon política; pero reinando monarcas que eran hijos primogénitos de la Iglesia la ley no tuvo fuerzas para impedir semejantes publicaciones. La carta consagraba la libertad de imprenta, y como en Francia llegamos siempre ántes ó despues, pero nunca á punto, apénas esa libertad, ahogada por la revolucion en la sangre de escritores y amordazada por Bonaparte, hubo adquirido el derecho de existir, abusó de él contra sus bienhechores. La mano de un príncipe abrió la boca del cordero perseguido; pero el cordero se trasformó de pronto en tigre, y despedazó la real mano.

Nunca hubo guerra más encarnizada y con mayor perfidia dirigida. Hablábase de rejuvenecer el mundo, de infiltrar en la sociedad nuevas ideas y un culto nuevo, unas y otro más apropiados á sus aspiraciones y á sus futu-

ros esplendores; descontábase como siempre la quimera del fin providencial del trabajo de los siglos, roca que los Sísifos de la pluma ó la tribuna hacen rodar eternamente sin lograr jamas que permanezca queda y precipitándose todos á porfía por el carril del plagio, vióse que la escuela materialista y filosófica, sin renacer en sus escritores, brillaba únicamente por la actividad de sus editores. El coronel Touquet fue el reclutador de la falange impura consagrada á inocular por entregas la desmoralizacion á las clases populares. Juan Jacobo, Helvecio, Holbach, Voltaire, Diderot, Crébillon hijo, Dupuis, Volney, Gregoire y Parny no habian depravado aun bastante; corredores de culpas salidos del liberalismo se encargaron de dar á sus obras un baño de nueva perversion, y hubo un «Voltaire» para las aldeas, así como una «Guerra de los dioses» para los salones y un «Pigault-Lebrun» para las guardillas.

Heredero de los grandes principios de 1789, cuya herencia le servia de escabel para destruir, el liberalismo sabia no haberse extinguido aun del todo la fe en el corazon de los pueblos; el impulso religioso impreso por el concordato de 1801 y por el viaje del papa Pio VII en 1804, el restablecimiento de las ideas sociales de que se hiciera Bonaparte apoyo y gloria habian demostrado á la revolucion la inutilidad de sus esfuerzos y lo vano de sus teorías: conoció que sus primeros trabajadores no habian corrompido bastante ó que cuando ménos lo habian hecho mal, y soltó para los que vinieron despues las fuentes emponzoñadas, aquellas cisternas sin agua de que nos habla el Profeta. Abiertas por genios maléficos, dejó la revolucion á los industriales el cuidado de beneficiarlas; creó el oficio de vender por calles y plazas libros y papeles, y convirtió la literatura en mercancía teniendo la clientela de todos los oprobios.

Con una reminiscencia de la fábula destinada á adormecer sospechas persuadióse á los gobiernos de que la prensa gozaba del mitológico privilegio otorgado á la lanza de Aquíles, y que llevaba el remedio de las mismas heridas que causaba; estólida y ridícula consideracion que se aceptó como la mayor de las verdades. Desde aquel momento fue combatido el vicio con armas que hicieron ruborizar á la virtud, y diéronse contra la Iglesia católica embates que llevaron el desasosiego hasta en medio del protestantismo. Alarmado este por la invasion desenfrenada de novelas y láminas obscenas que un tráfico audaz y constante derramaba á un tiempo por todos lados, fundó la Sociedad de la moral cristiana para inspirar otra vez á los pueblos el sentimiento de los principios; pero sociedad fue esta que si entrevió el abismo se detuvo en sus bordes por falta de fe para atravesarlo. El liberalismo queria elevar la incredulidad á la categoría de ciencia constitucional; la sociedad protestante sólo pensó en hacer con el tiempo de un pueblo sin creencias un pueblo sin deberes.

Nunca, en toda su vida de poeta, fabulista, historiador ó filósofo, dignóse Voltaire, cortesano de la buena fortuna y los placeres, dirigir una mirada de lástima á los dolores del pueblo; para él es este pechero sujeto á servidumbre á voluntad del señor, é instruirle, y por medio de la educacion

encaminarle al bien, es un delito. Por esto deben leerse sin sorpresa en una carta de Voltaire las siguientes palabras: «Me parece, escribió en 1.° de abril de 1766 á uno de sus aduladores llamado Damilaville, que no estamos de acuerdo sobre el punto del pueblo, digno, segun vos, de ser instruido. Entiendo por pueblo el populacho que sólo cuenta con sus brazos para vivir, y no creo que esa clase de ciudadanos tengan nunca tiempo ni facultad de instruirse. Considero esencial que haya miserables ignorantes... Todo está perdido cuando el populacho la da por raciocinar.»

Para realizar dignamente semejante deseo del orgullo y perpetuar la ignorancia entre el pueblo cuya miseria quiere perpetuar el filósofo de Ferney, el liberalismo dió á la estampa un Voltaire de las aldeas, y prodigó grandes sacrificios pecuniarios para aclimatar bajo las formas todas el cinismo en novelas, disertaciones, periódicos, historias y canciones. La impiedad seguia su camino alta la frente, y sin ocultar sus pretensiones y esperanzas decia bien claro que era su propósito destruir la Iglesia romana. La ley proclamada atea por los mismos legisladores hallóse sin fuerzas contra tales excesos; la justicia al parecer los alentaba; nunca faltaron abogados galicanos para amparar con su elocuencia á escritores y editores, y hubo tambien viejos magistrados jansenistas que en sus sillones flordelisados sonreian complacidos al ver despues de la tormenta los relámpagos que presagiaban nuevas tempestades.

En medio de esa complicidad sorda ó manifiesta la sociedad parecia resignada á todo con la impasibilidad del salvaje vencido, y apenas una voz aislada se alzaba de cuando en cuando para despertarla del letargo. Pero al punto eran esas voces sofocadas por las estrepitosas imprecaciones de periodistas y tribunos; los escritores y oradores que, á semejanza de Jay, Etienne, Tissot y Manuel, habian aprendido los primeros rudimentos de la libertad en las oficinas de la censura imperial, se lamentaban é indignaban por el ultraje que con ello se inferia á la dignidad é independencia de los pueblos; y cuando Boulogne, obispo de Troyes, intentó con la autoridad de su nombre y de su ciencia contener el desbordado torrente, la prensa toda manifestó con alaridos de furor los sentimientos que la animaban. El pastor dirigiéndose á su grey decia:

«¿Por qué se han publicado ahora tantas colecciones de obras completas? ¿Qué falta hacian esos innúmeros volúmenes de burlas impías y de sarcasmos sacrílegos? ¿Estarémos condenados á ver eternamente pábulo de abominables chanzas los objetos más venerandos? ¿Habrémos de atribuirlo á que el espíritu de persecucion filosófica no se ha extinguido aun, y reprimido, que no muerto, sólo espera ocasion propicia para manifestarse de nuevo? ¿Qué se proponen esas asquerosas compilaciones de cínicas chocarrerías y burlescos dislates? ¿Qué móvil puede impulsar á esas plumas festivas y chanceras, como si pudiera ser objeto de risa lo que hemos visto y lo que estamos viendo? ¿Es acaso tiempo este de alegrarnos ó de entristecernos, tiempo de reirnos á expensas de las costumbres, ó de derramar amargo llanto por nuestros infortunios y delitos? ¿De qué nos servirán las singulares utopias y

las políticas quimeras del filósofo ginebrino? ¿Se querrá, por ventura, restablecer aquellos bellos dias de la libertad y de la república, tramar nuevas conjuraciones contra el estado y poner en tela de juicio la civilizacion francesa? ¿Será preciso volver á empezar con nuevos dispendios y trabajos nuestra educacion cívica, á nuestra cuenta y riesgo? Y ¿de qué, finalmente, pueden servirnos sus homilías sobre el fanatismo enojosas hasta inspirar tedio? ¿Por ventura queda mas fanatismo que el de sus discípulos, otra tiranía que la de la impiedad? Y en cuanto á tolerancia, ¿por ventura no se halla todo tolerado, hasta sus doctrinas sediciosas, hasta sus sacrílegos escritos?

«¿Qué nos importan esas declamaciones que todos sabemos de coro sobre las disputas de los teólogos, cuando no hay disputas sino entre los filósofos, los cuales no se entienden ya y deberán pelear mucho tiempo ántes que lo consigan? Y finalmente, ¿qué significan esas vulgaridades tan contrarias á la verdad como al buen gusto sobre los males por la religion causados, cuando no estamos viendo sino los que la filosofía ha producido? ¿Qué más desean ahora los parciales de las obras completas y de las obras póstumas, satisfechos como están los designios de sus autores? ¿Por ventura no ha sido la religion «anonadada»? Querian cerrar los claustros, y lo han sido; proscribir á los monjes, y ya no existen; derribar los templos, y sus ruinas yacen por el suelo; despojar á los sacerdotes, y pobres son y miserables. Cuanto apetecieron se ha realizado superando sus mismas esperanzas, y á ser posible que volvieran al mundo quedaríanse absortos y enajenados de gozo al considerar que han logrado cuanto nosotros hemos visto. Así, pues, la mayor parte de las obras completas no son ya oportunas, ni pueden tener aplicacion al actual estado de cosas; reproducirlas ahora es desvirtuarlas, á ménos que se diga que es siempre oportuno cuanto favorece de cerca ó léjos el espíritu de audacia y libertinaje, y que datando las blasfemias de tan antiguo como el mundo nada puede ser intempestivo que conduzca al envilecimiento de la religion y sus ministros; á ménos que se piense que no todo ha acabado todavía, que hemos de pasar aun por nuevos trastornos y por un mayor acrisolamiento de los hombres y las cosas; á ménos que se crea que los propósitos liberales de aquellos grandes regeneradores no se han cumplido aun del todo, que nos han legado nuevos infortunios y otros planes de destruccion y ruina, y que importa beneficiar cuanto ántes aquellos ricos veneros de política y filosofía en que deben hallar los pueblos nuevos derechos, los príncipes nuevas cadenas, y unos y otros nuevas lecciones para organizar mejor aun nuestra perfeccion social (1).»

Elocuentes quejas eran estas que habrian debido iluminar á la autoridad; pero esta, que creia tener atadas las manos, condenóse á mortal incuria, y la indiferencia pública hizo lo demas. La revolucion logró persuadir á los franceses de que el restablecimiento de los diezmos, del feudalismo y de los derechos señoriales era deseo de la Iglesia y plan de la monarquía.

Caballeros habia que al volver de la emigracion cargados de años osten-

(1) *Pastoral de monseñor el obispo de Troyes acerca de los libros perniciosos* (agosto de 1821).

taban con orgullo y no sin gloria sus casacas blancas raidas en los vivaques del ejército de Condé; nobles que fieles á su Dios y á su rey habian llevado la lealtad hasta la más sublime locura. Pues bien, en vez de honrar sacrificios semejantes consideróse más nacional cubrirlos de ridículo y se llamó á los emigrados «cazadores de Luis XV», cuando tan cierto era que el uniforme de Fontenoy no habia de deslucir el de Marengo y Austerlitz. Sobre ellos cayeron las burlas de los descontentos del pueblo y del ejército, sin pensar estos que hubiese de llegar dia en 1848 y en 1852 en que tambien ellos, constituidos en cazadores de la república ó del imperio, pasearan por las calles de Paris á los ojos de una generacion nueva jirones de otro tiempo y memorias ya olvidadas.

La obra de sarcasmo y burla emprendida para sembrar la desunion entre las diferentes clases de ciudadanos tomó á la Iglesia por principal blanco, y los franceses, que fueran católicos en los tiempos de persecucion, despertáronse escépticos ó burlones bajo el reinado de los reyes cristianísimos: no parecia sino que las calamidades pasadas eran para aquel pueblo letra muerta sin que le hubiesen dejado un solo destello de experiencia. En la época en que el culto de la razon ó de la teofilantropía era el legal, los franceses arriesgaban la vida para protestar de su amor á la antigua religion de sus mayores; pero llegó el dia en que esta religion triunfa, y un estado de indefinible malestar ó un incurable apego á la oposicion llevó otra vez á los franceses al mismo sendero que á tantas calamidades los condujo. La mar, empero, se presentaba algunos dias en calma, y no habia nadie que no se ofreciese por piloto, excepto el gobierno que se negaba á serlo.

En una memoria dirigida por Portalis al emperador Napoleon en 4 de agosto de 1806, el ministro de cultos decia: «Hace largo tiempo que en la Iglesia se practican las misiones con abundantes y buenos resultados. No siempre los pastores locales ejercen el debido influjo en el ánimo de sus feligreses; pero aun prescindiendo de hechos particulares está acreditado por la general experiencia que no pueden los pastores ordinarios remediar á determinados desórdenes, Los pastores son los hombres de todos los dias y de todos los instantes; el verlos y oirlos ha pasado ya á ser hábito, y en ciertos casos causan poca ó ninguna impresion sus palabras y consejos. Pero si el que habla es forastero, por lo mismo que se encuentra como desprendido de todos los intereses humanos y locales, le es más fácil restablecer en las inteligencias y los corazones la práctica de las virtudes. De ahí la institucion de las misiones, las cuales en muchas circunstancias han producido tantos bienes para el estado como para la religion.»

La memoria era concluyente, y aceptándola Napoleon en la sustancia y en la forma tomó á los misioneros bajo su amparo y los constituyó en apóstoles de la familia. Al ver los males que causaba el desbordado torrente de obras impías ó cínicas quisieron á su vez los obispos de Francia emplear el remedio de que usara el imperio y apelaron al celo de los misioneros. Pero entónces un motin organizado por el liberalismo siguió á aquellos sacerdotes de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, y procuró crearles una

impopularidad facticia. El templo reemplaza otra vez al «club;» los cánticos piadosos suceden á las canciones lúbricas ó sangrientas, y los misioneros de la libertad fomentan la insurreccion contra los misioneros del Evangelio. La revolucion, que no puede dominar el ardor que impulsa á los corazones hácia las ideas religiosas, lo enfrena y comprime por medio de la fuerza bruta.

En nombre de la carta que sustituyera con ventaja la necia paradoja de un dios de amor y paz, privóse á la muchedumbre cristiana del derecho de orar en sus templos; y como si la simpleza hubiese de ser en todos casos un requisito absoluto de la virtud, y sobretodo como si fuese imposible en aquel tiempo ser religioso y honrado y al propio tiempo entendido, hombres hubo de constitucional ó administrativa timidez que comunicaron mayor brio aun á las turbulencias liberales. Sobre sí habian tomado estas el papel de perturbadoras con armas, y regimentando y disciplinando á sus adeptos los empujaban á todos los puntos en que se anunciaba una mision, y á los gritos de: ¡Muera Cristo! ¡Muera el Papa! ¡Viva la carta! ¡Viva el infierno! amenazaban á la autoridad con un motin. Con pretexto de que querian resucitarse para el pueblo las supersticiones y leyes de la edad media organizábase por todas partes el desórden, y no hubo quien alzara la frente para contrastar tanto descaro, sino que resignados á la inercia temblaron de espanto los hombres de bien temerosos de las calumnias de la prensa. Entónces el liberalismo, que acababa de dar una segunda edicion del terror, proclamó que Francia, arrancada al yugo sacerdotal, solo á él debia su libertad, y desde aquel momento si se mostrara fuerte contra la flaqueza fue animoso y audaz contra la indecision é incertidumbre.

El nombre de misionero no despertaba en los ciudadanos el menor recuerdo; mas la revolucion, que es á veces muy afortunada, inventó el de jesuita. La Compañía de Jesus fue el primer holocausto inmolado por un Papa en el altar de la libertad naciente; pero fue tan profundo el rastro que dejó en la Iglesia que no bastó su caida para reducir sus enemigos al silencio. Hasta la convencion llegó á asustarse al evocar aquel fantasma (1), y tambien Bonaparte en 1801 aparentó temer á aquella sociedad entónces extinguida. Como dice Tertuliano en su «Apologético», execrábase un nombre inocente en hombres inocentes.

Resucitada por otro Pontífice puede decirse que apénas tiene tiempo para constituirse ó establecerse: no cuenta ya con sacerdotes para dirigir la conciencia de los reyes, con colegios para consagrarse á la educacion de la juventud, con apóstoles para predicar el Evangelio á las naciones sentadas á la sombra de la muerte. Despojada ha sido de sus bienes, ha visto desaparecer sus esperanzas de martirio y sacrificio; pero quédale aun algo que

(1) En el dictámen dirigido á la convencion en 17 de junio de 1794 sobre la *Conspiracion de Catalina Théos*, la iluminada de Robespierre y del cartujo Gerle, Vadier, que escribió teniendo á la vista las notas de la junta de salud pública, calificó á aquella mujer de agente de Pitt y Coburgo, del Papa y los jesuitas, los cuales hacia veintidos años que no existian.



nunca podrán arrebatarle las revoluciones, el tiempo ni la muerte. Y ese algo es el odio instintivo que por ella siente el sofista y el escritor que por cualquiera medio aspiran á socavar la roca sobre la cual edificó Dios su Iglesia, y para eterno loor de la Compañía de Jesus ese encono no habia perdido nada de su vivacidad en la época en que luchaba Europa con las convulsiones de la anarquía. Resucitada que fue tropezó desde sus primeros pasos con la aversion jansenista y las preocupaciones del legista galicano que son una y otras hermosa porcion de su patrimonio, y si en Aviñon y en el Cármen la revolucion les dió muerte sólo como á sacerdotes seculares, ofréceles el liberalismo magnífico desquite con una persecucion encarnizada.

En efecto, desde el año 1820 hasta el 1848 los jesuitas son el santo y seña y el grito de guerra para cuantos se arrogan el derecho de atacar á Dios y ultrajar á la Iglesia. Poco hacia que los jesuitas abandonaron un sepulcro al que habian descendido ántes de tiempo, y sobre ellos caen todos los gloriosos peligros de la impopularidad. La herejía, el jansenismo, los filósofos y el galicanismo seglar se habian conjurado para destruir el instituto de san Ignacio, y su caida fue anuncio de la aurora revolucionaria; la revolucion, agradecida por vez primera, trasmite su odio como anticipo de herencia al liberalismo, y este lo acepta, pues es el liberalismo resúmen y síntesis de las cuatro formas de oposicion social, religiosa, civil y monárquica de que la revolucion fue engendrada.

El liberalismo ha dado con su palanca de Arquímedes: con el sólo nombre de jesuita podrá levantar el mundo. Poco á poco deja de hablar de los misioneros, no se ocupa ya del episcopado, el clero es relegado al segundo término, y la misma Santa Sede no recibe ya los primeros y más récios embates; el liberalismo confunde á sus enemigos todos bajo una sola denominacion: no hay ya presbíteros, obispos, ni Papa; sólo quedan jesuitas. La congregacion es para él el centro de unidad, y luego que hubieron de este modo simplificado las cosas y dado á la Iglesia y al gobierno como un baño de jesuitismo, los liberales, escudados con ficcion semejante, tratan de salir á campaña.

Cuéntase que al regresar el emperador Napoleon de la isla de Elba y al ponerse por primera vez en contacto con los hijos de los seccionarios de 1793, que entónces se llamaban confederados de 1815, no pudo dominar su disgusto, y exclamó movido por la amargura de sus recuerdos: «En solo un año, ¡cómo han maleado mi pueblo!» Pues bien, ese progreso hácia el mal, observado por el hombre que profesaba la máxima de que la mayor libertad de un pueblo debe limitarse á elegir la servidumbre que más le conviene, habíase extendido y tomado grandes proporciones. Al abrigo de las sociedades secretas, en cuyo ejército los banqueros y abogados del liberalismo no pasaron de ser vanidosos gastadores, la revolucion habia cobrado nuevas fuerzas; desde allí habia levantado sus baterías lo mismo contra los tronos que contra la Iglesia, y en un dia dado las descubre, y á un tiempo se levanta en España, Sicilia y Piamonte para llegar al corazon de Roma siguiendo los católicos rios que allí tienen su confluencia.

En Madrid, Turin y Nápoles ha germinado la idea antireligiosa envuelta en una idea de social progreso y adelantos constitucionales. No es el pueblo el que en esos reinos reclama instituciones nuevas y se hace anticristiano para correr á la conquista de derechos: el pueblo español, piamontes y napolitano, ocupado en reparar los males que le causara la guerra de independencia ó de invasion, ha pedido y como gran beneficio recibido el restablecimiento de su antigua monarquía, pues sabe que la estabilidad del gobierno es la primera base de la justicia; pero junto á aquel pueblo en cuya labor pacífica y paciente hay algo tan sublime como la fe, existian hombres amantes de zambra y aventuras, muy persuadidos de su valer aunque nadie participaba de su convencimiento, y esos hombres, movidos por toda clase de ambiciones, fueron los que se proclamaron regeneradores de su patria, y los que, admirándose al ver ciertas ramas quizas muertas en un árbol lozano todavía, aplicaron el hacha á las raíces con pretexto de podarlo.

Ya que no pueblo, pues este no abrigaba otros deseos que paz con sus vecinos y sosiego en su doméstico hogar, halláronse en aquellos países príncipes que, como Cárlos Alberto de Carignan, buscaban un trono por entre las sociedades secretas; militares de ayer que no podian consolarse de no haber nacido con la faja de generales; juristas y profesores que en su problemática elocuencia se embriagaban pensando en el estrépito de la tribuna pública, y estos hijos anónimos de la revolucion, reclutados por el liberalismo formaban el núcleo de las sociedades secretas. Sus manos habian de agitar el pendon de las mismas el dia en que se diese la señal, y ellos, que se creian sazonados para el progreso, no veian el instante de inaugurarlo con una traicion.

En Madrid, Turin y Nápoles, dominados como estaban de impaciencia ardorosa y ciega, suspiraban por el instante en que fuese lícito decir á la muchedumbre cuanto sin saberlo ella se habia tramado en favor suyo. A Paris fuéron á tomar lengua diputados de todas las ventas; allí recibieron lecciones de obediencia pasiva aquellas almas rebeldes al deber y aprendieron el arte de burlar á los reyes consagrándose al servicio del progreso, y resuelto y preparado todo Mina, Quiroga, Riego y Argüelles en España; Carignan, Santa-Rosa, Villamarina y La Cisterna en Piamonte, y Pepe Sant-Angelo y Cariati en las Dos Sicilias, se alzaron con las armas en la mano y el perjurio en los labios en defensa de una constitucion cualquiera.

La constitucion era la quimera de las inteligencias enfermizas y de las ambiciones no satisfechas. Para aclamarla no es menester que contenga estudios preliminares ni justicia distributiva; tampoco es necesario que tenga sus raíces en los hábitos del pueblo ni que sirva más ó ménos directamente para aplicarle las consecuencias de ciertos principios que rechaza: por poco que la pragmática constitucional zahiera ó lastime á la Iglesia en su libertad y enflaquezca la potestad real, el improvisado estatuto cuenta con todos los elementos de un feliz suceso; con tal que ataque la Iglesia y amenace los tronos ha de ser consagrado con el respeto y acatamiento de la incredulidad

y la rebelion. Las sociedades secretas dan al viento el estandarte de la libertad; el destierro y la persecucion van á caer sobre la Iglesia.

La prudencia de Felipe II que, sin trasmitirse á los nietos con la corona del abuelo, ha ejercido su influjo en España por espacio de más de dos siglos, preservó á aquel país de doctrinas nuevas y sacudimientos morales. Es cierto que España tuvo algunos nobles corrompidos, ciertos ministros amantes de novedades que, como Aranda y Floridablanca, aceptaron de mano de los filósofos un diploma de inmortalidàd; pero esos hechos excepcionales y aislados en nada alteraron la fe de los pueblos.

En las guerras de la independencia cobra esta nuevos brios, y como homenaje á ella restablece Fernando VII lo que Cárlos III habia destruido.

Con una obstinacion cuyas causas graves ó frívolas son todavía un misterio, Cárlos III sujetó su indisputable virtud á una meditada iniquidad, y empleó la entereza de su carácter en precipitar la caida de los jesuitas, haciendo triunfar así la causa de la injusticia.

Fernando VII sigue el ejemplo del Papa y llama á sus estados á la Compañía de Jesus proscrita de ellos por la revolucion en la cuna. Quiere Fernando que la educacion favorezca y auxilie la obra de las leyes y sirva de freno á las quiméricas aspiraciones hácia el vago liberalismo que las cortes de 1812 difundieran al amparo de las bayonetas inglesas. Tambien es este el deseo ardiente de España, católica como sus monarcas; pero la revolucion no lo quiere así, y su voluntad prevalece.

Apodérase del poder una asamblea de legisladores, hablantines perpétuos y eternos disputadores, y, cautivo el rey, concentra aquella en sus manos la autoridad y la justicia: ya le es dable perseguir á quien le cuadre, esto al propio tiempo que sus individuos se conferian á sí propios la auréola de los grandes ciudadanos fundadores de la libertad nacional. Siempre ha pasado la revolucion los Pirineos como artículo de contrabando; nunca habia hallado en la península asilo ni apoyo; mas al fin se establece en ella y es su primer cuidado confiscar los bienes del clero, secularizar las órdenes religiosas y perseguir á los obispos. Aquellos á quienes anima la santa audacia de la resistencia son desterrados como Arias Tejeiro, arzobispo de Valencia, ó asesinados como Francisco Strauch, obispo de Vich, y el canónigo Vinuesa.

La revolucion, como las Furias, jamas anda sola, y al propio tiempo que las cortes constituian el desórden en Madrid declaróse en Barcelona la fiebre amarilla. Sin embargo, no curando aquellas de un azote que no las alcanza continuan su obra de regeneracion y dispersan ó anonadan las órdenes monásticas; mas no pueden impedir que los religiosos suban en aquel momento por última vez á la brecha del sacrificio.

Expulsados de España en nombre de la fraternidad liberal se presentan de nuevo en ella en nombre de la caridad cristiana.

Los progresistas hacen leyes en el palacio de las cortes, y los frailes se encierran en los hospitales y lazaretos atestados de moribundos sin que el liberalismo se atreva á disputarles esa postrera y sublime libertad.

Y en medio de los apestados ofrecen todos ejemplos que la revolucion no

imita. Agustinos, franciscanos, mínimos, servitas, clérigos de San Felipe Neri y capuchinos rivalizan en ardor y abnegacion: prodigan á los enfermos sus cuidados, dan sepultura á los muertos, alientan y consuelan; y luego, cuando la fiebre amarilla cesa en sus estragos, el liberalismo continua su obra y proscribe otra vez á los religiosos á quienes el contagio respetara.

La revolucion triunfa en Madrid casi sin disparar un tiro, y su victoria inspira á los liberales napolitanos el capricho de una insurreccion. Para ellos no hay todavía constitucion ó estatuto disponible, y á falta de cosa mejor toman la que España cortó en la abundante tela de las mil y una constituciones de que Francia habia consentido en ser dotada. Las sociedades secretas, organizadoras del movimiento, se apoderan llevando la bandera de las Dos Sicilias, de los principados de Benevento y Ponte-Corvo, y cumplen así al llevar la guerra al patrimonio de la Iglesia el deseo más obstinado de la revolucion. Los abogados y profesores napolitanos decretan el despojo del clero y de los hospicios; proclaman la libertad de imprenta, y sólo les falta enseñar á leer al pueblo; los austriacos no les darán tiempo para ello, pero entre tanto debe observarse un hecho muy singular.

Los príncipes y magnates del reino, la córte y el pueblo, la magistratura y el ejército han prestado solemne juramento á la constitucion de fábrica británico-española; pero en Nápoles se entregan al juego de las sociedades secretas como los muchachos al de capillitas, y aquel juramento que comprende á todos á ninguno obliga. Únicamente los obispos y presbíteros conocen el malestar que con el tiempo puede infiltrar en los ánimos aquella farsa de emancipacion, y el clero se niega á absolver á cuantos están afiliados en las sociedades secretas.

En aquel tiempo considerábase en Francia que quien iba á confesar cometia un delito ó un acto de felonía nacional; pero no sucede así en el reino de las Dos Sicilias. Los «carbonari» no están aun al cabo de la calle ó se muestran rebeldes todavía al superior mandato; para ellos no es la revolucion asunto grave, y por lo mismo, aunque la aceptan como una nueva fiesta en el calendario, no quieren que su piedad sea víctima de su inexperiencia política. Es preciso por lo tanto confesarlos y absolverlos como ántes, y la revolucion expide por sí y ante sí cédulas de confesion y exige que los sacerdotes tengan abierto el tribunal de la penitencia.

El carbonarismo no tiene armas todavía, y en su defecto ha reclutado una turba de patriotas cosmopolitas á los que, segun las necesidades del momento, lleva sucesivamente de un punto á otro del litoral para que se pongan en lugar del verdadero pueblo y le dicten la ley. Aquellos refugiados de todos los países, sin mas patria que la revolucion, estaban entónces instalados en Nápoles en número de unos cuatrocientos, formando el primer batallon del desórden que hubiesen sacado á campaña las sociedades secretas; contra la Iglesia debian dirigirse sus primeras excursiones.

A esos tiradores de la incredulidad se les ha dicho que al marchar contra Roma habian de hallar en las ciudades del tránsito aclamaciones y feste-

jos, y que se les unirian cuatro legiones patrióticas formadas ya en el papel. El batallon invade el territorio pontificio; para multiplicarse abre las cárceles; para establecer su derecho al pillaje vacia las cajas populares y cobra contribuciones de guerra; mas á poco al ver la irritacion de los pueblos conoce que la retirada es el mejor partido, y se dispersa aplazando para tiempos más propicios las emancipaciones liberales á mano armada.

El reino de Cerdeña se encontraba en distintas circunstancias: como en Madrid y en Nápoles la demagogia tenia su orígen en lo más alto de la jerarquía civil y de allí caia sobre el pueblo; mas en Piamonte hubo de luchar con imprevistos obstáculos. El rey Victor Manuel no consintió en transaccion alguna, y para no doblegarse á las exigencias revolucionarias abdicó la corona en favor de su hermano, el cual tomó el nombre de Cárlos Félix. De carácter cabal y recto corazon el nuevo soberano no retrocede delante del deber ni de los principios, y los jóvenes atolondrados que se alistaron bajo la bandera de las sociedades secretas no se atreven á correr los azares de un alzamiento.

Todos han jurado odio á muerte á la monarquía y á la religion, y este juramento escrito por alguno con la sangre de sus propias venas era dar muy tristemente los primeros pasos de la vida. Así lo comprendió al parecer Cárlos Alberto de Carignan y lo descubrió todo. El carbonario se acordó una vez á lo ménos de que habia nacido príncipe, y manifestó tanta vergüenza como arrepentimiento. Las sociedades secretas le acusaron de traicion; pero si esta, como dice Montaigne, «puede ser alguna vez excusable debe serlo seguramente cuando se emplea para descubrir y castigar á los traidores (1).» Sin embargo, la gloria del arrepentimiento que corresponde al príncipe de Carignan debia más de una vez empañarse por el rey Cárlos Alberto.

Pero lo que entablaban entónces las sociedades secretas era más que una partida decisiva una intentona como ensayo; pero no porque esta se frustrara, pues en Piamonte, Sicilia y España ejércitos austriacos y franceses la habian reprimido casi sin combate, perdió la revolucion la esperanza de alcanzar al fin definitiva victoria.

Manteniendo perpétuamente en zozobra á la Santa Sede, sembrando el desamor entre sus súbditos y la incertidumbre entre sus parciales, reuniendo á sus enemigos todos y atribuyéndoles toda clase de valor y virtud, las sociedades secretas habituaban á las naciones á la idea de que el gobierno pontificio no era tan paternal y popular como la historia se complace en decirlo. Al inventar cada dia absurdos cuentos y al difundirlos de continuo como noticias dignas de crédito, si no se le creaban hostilidades dentro de sus propias fronteras, por lo ménos se le rodeaba de recelos diplomáticos é indiferencias racionales. Infiltrábase la duda en los ánimos, y permitido era creer que la duda habia de producir cierto despego, ó en todo caso una involuntaria falta de respeto.

Acostumbrar poco á poco á la rebelion Italia y los estados romanos

(1) *Ensayos* de Montaigne, t. IV, lib. III, p. 173.

tanto era como inspirarles la idea de que deseaban una revolucion, como persuadir á los demas pueblos de que Italia la habia menester; y de esto á verla estallar un dia ú otro entre el desenfreno de completa anarquía no habia mas que un paso. Así lo juzgaron las sociedades secretas, y un documento emanado de la junta directiva en 20 de octubre de 1821 no deja sombra de duda acerca del plan concebido. Dice así:

«En la lucha actualmente empeñada entre el despotismo sacerdotal ó monárquico por una parte y el principio de libertad por otra, existen consecuencias que convienen sobrellevar, propósitos cuyo triunfo importa ante todo conseguir. El contratiempo experimentado estaba previsto, así es que no hemos de contristarnos más por él de lo justo; por el contrario este mismo contratiempo, con tal que no desaliente á nadie, nos facilitará los medios dentro de un tiempo dado para combatir el fanatismo con mejor resultado. Para ello no debe hacerse otra cosa que exaltar de continuo los ánimos y sacar provecho de todas las circunstancias. En las cuestiones de policía interior, por decirlo así, la intervencion extranjera es una arma eficaz y poderosa que conviene manejar con gran destreza: en Francia se triunfará de la rama primogénita echándole sin cesar en rostro haber vuelto en los carros de los cosacos; en Italia importa hacer tambien impopular el nombre de los extranjeros de modo que al ser Roma formalmente atacada por la revolucion, sea un auxilio extraño mirado como una afrenta hasta por los indígenas leales. No nos es dable ya avanzar contra el enemigo con la audacia de nuestros padres de 1793; impídennoslo las leyes y más que estas los hábitos; pero con el tiempo quizas podamos alcanzar lo que ellos no lograron. Nuestros padres emplearon en todo extremada precipitacion y perdieron la partida; nosotros la ganarémos si al refrenar la temeridad conseguimos ademas robustecer la flaqueza.

«De derrota en derrota se llega á la victoria, y para que esto sea nunca reperdais de vista lo que suceda en Roma. Desprestigiad la «clerigalla» sin parar en los medios; practicad en el centro del catolicismo lo que nosotros todos individualmente ó en corporacion practicamos en las alas. Agitad siempre, disfamad con motivo ó sin él, esto nada importa, pero agitad: en esta palabra están contenidos todos los elementos de triunfo. La conspiracion mejor tramada es aquella que más conmueve y más gente compromete; tened mártires, tened víctimas, y no faltarán hombres que lo revestirán con los colores necesarios.»

Esta carta, de la cual sólo citamos un fragmento, lleva por única firma una escuadra; pero comparada con otras del mismo puño parece tener el tono y hasta la forma de una autoridad especial. De ella puede decirse que es la consigna, la órden de las sociedades secretas; una y otra serán ejecutadas.

«El arte de trastornar los estados, ha dicho Pascal, es agitar los hábitos establecidos llevando la sonda hasta su base (1),» y la revolucion que lo po-

(1) *Pensamientos* de Pascal, C. XXV, n.º 6.

seia de un modo admirable se esforzó en fundar el gobierno sobre el derecho de trastornar que ella se arrogaba, basando las leyes en sus caprichos, la apoteósis de su pueblo en la ignorancia, la seguridad personal en las veleidades de la multitud y la propiedad en el despojo. Atribuyóse el monopolio del patriotismo, y por medio de uno de sus más honrados discípulos ofreció como ejemplo á Francia un acto antinacional de que se hicieran culpados los revolucionarios ingleses.

Agustin Thierry daba á su país un curso de historia, lo que equivale á decir que escogia en los anales de los pueblos los acaecimientos pasados susceptibles de prestarse á una alusion contemporánea, torturándolos hasta hacer evidente la necesidad de la traicion. El historiador frances, hablando de las guerras de Cárlos II contra los holandeses, escribia: «La nacion inglesa deseaba su victoria, y cuando Ruyter y Witt incendiaron á la vista de Lóndres los bajeles de Cárlos II, cuando este, poseido de terror, pidió refuerzos al parlamento, el parlamento por toda contestacion dió un bill licenciando las tropas. Conducta es ésta que no comprenderán las inteligencias superficiales, inspirada como fue por un patriotismo más elevado que el patriotismo vulgar (1).»

Segun esa teoría, presentada á los jóvenes de Francia y á la Europa toda como la doctrina del más inmaculado patriotismo, es claro que la revolucion se reserva para sí sola el derecho de guerra y de paz. No se avergüenza ni empacha de formar votos en favor del enemigo, y si las inteligencias superficiales se sorprenden por ello los desdeña y sigue su camino.

Al tiempo que tales lecciones se daban al país siendo acogidas como preceptos de alta moral política, el emperador Napoleon estaba agonizando en el peñon de Santa Elena. Ultrajes y libelos quedaban sin voz en presencia de tan grande infortunio; pero unos y otros llegaron hasta él bajo otra forma. De aquel príncipe podia decirse que habia sido magnífica encarnacion de la autoridad, la cual, recogida por él en el lodazal sangriento de la república francesa, fuera elevada por su brazo con legítimo orgullo á la altura del solio de Luis XIV. Pues bien, con menosprecio de la historia, de la justicia y de la razon general, menosprecio que se convertia en perpétuo anacronismo y en falsedad viviente, empleóse el nombre, la gloria y el recuerdo de Bonaparte para popularizar el liberalismo. Multiplicáronse sus imágenes; atribuyéronsele toda clase de impías ó cívicas virtudes, y para desprestigiar á la dinastía de los Borbones concediéronse al grande hombre tristes apoteósis que su talento habria despreciado tanto como su raro buen sentido. El liberalismo naciente envolvíase como en pañales en las faldas del leviton ceniciento, y los ideólogos revolucionarios se vengaron de sus pasados desdenes confiscando en provecho propio su deslumbrante gloria.

En aquel momento Napoleon tenia mayor necesidad de consejos que de alabanzas póstumas: para compartir las miserias de su «carcere duro» pedia uno de los cien mil cortesanos de su buena fortuna; mas si el liberalismo

(1) *Censor europeo* de 23 de setiembre de 1819: *Diez años de estudios históricos*, por Agustin Thierry, p. 118 (1839).



desnaturalizaba los actos de su reinado para acomodarlos á sus mezquinos propósitos, no consentia en participar de los dolores del destierro. La señora de Montholon, escribiendo desde Paris en 12 de julio de 1820 á su esposo el general que estaba en Santa Elena, acredita con estas palabras el incalificable abandono: «Sin perder momento comencé las diligencias para hallar quien te suceda; pero diez meses há que estoy buscando y nadie, excepto el comandante Planat, se ha presentado.»

Los grandes dignatarios, los capitanes del imperio, los hombres todos á quienes Napoleon hizo ilustres ú opulentos encierran su agradecimiento dentro de los límites de una admiracion que les es aun muy provechosa, mas no consienten siquiera en oir hablar de la familia imperial (1). La iglesia de Francia, empero, se conmueve al considerar tan notoria ingratitud, y el más jóven y notable de sus prelados, Jacinto de Quelen, coadjutor de Paris, solicita del Papa y del rey como una gracia y un deber el permiso de atravesar los mares é ir á suavizar los últimos padecimientos del cautivo.

Objeto más alto se habia propuesto el liberalismo: en todos los puntos del reino hàbia organizado una conspiracion tan vasta como pequeña y mezquina, y proponiéndose aislar la Sede romana y enflaquecer poco á poco su autoridad espiritual, habia encargado á sus abogados y tribunales la defensa de los verdaderos principios galicanos. Episcopado y clero no se daban gran prisa en entrar en polémicas siempre arduas é inútiles; creian quizas con razon que podian hacer cosa mejor que romper lanzas en favor de la idea democrática; pero liberales é independientes no lo consideraron de este modo.

En Bélgica, España y Alemania lo mismo que en Francia habian envuelto á la Santa Sede en espesa red de leyes, constituciones y fórmulas filosóficas, encaminadas á limitar su accion y á oscurecer su luz. La resurreccion del galicanismo era uno de los recursos más hacederos, y luego que hubo galicanos en el foro, en la Sorbona y en el periodismo empezóse, con pretexto de vengar las libertades de la iglesia de Francia á las cuales nadie amenazaba, á atacar la infalibilidad de la romana Iglesia. Quísose elevar entre ambas un muro de separacion, y al observar que el clero galicano sólo correspondia á los interesados halagos con una sonrisa de lástima, la revolucion adoptó el partido de castigarle por el aislamiento en que la dejaba.

Como no podia trazar á los sacerdotes el surco y persuadirles á una de

(1) La reina Hortensia experimentó tambien ese desamparo despues de la revolucion de julio de 1830. En su *Relato de mi tránsito por Francia en* 1831, *Memorias de todos*, t. I, p. 85, la madre del emperador Napoleon III se expresa en estos términos: «¿Habrá quién lo crea? Aquellos mismos á quienes debia suponer mis mejores amigos me escribieron diciéndome sin rodeos que quizas entónces podria regresar á Paris, ¡pero sin mis hijos! que con ellos era del todo imposible, y que la eleccion de un rey, hombre honrado y digno de toda confianza, era el golpe mas funesto descargado contra la familia imperial. Como nunca he ambicionado una corona no me afligia la pérdida de las grandezas: de estas las he tenido en mayor número de las que podia yo sobrellevar, y considero mi vida como ya terminada; pero lo que me entristecia y ofendia era la indiferencia con que me decian que todos los lazos quedaban rotos entre los franceses, los amigos antiguos y la familia del grande hombre; un buen recuerdo me habria dejado satisfecha, mas la política ahoga los sentimientos del corazon.



que no por ello dejarian de empuñar el arado, pensó en cambiar de táctica. Hasta aquel momento habia cubierto con el mezquino manto de filantropía al excelente cura de aldea, al pobre pastor que vive en medio de su pobre grey y que á pesar de sus sugestiones se negaba los domingos á sustituir con las declamaciones de sus maestros de galicana rebelion las palabras del Evangelio; los curas de aldea, aquellos á quienes en sus buenos tiempos llamara la revolucion el bajo clero, forman con sus obispos un solo cuerpo, y esto hizo que resolvieran los revolucionarios envolver á todos en la misma ruina. Culpados de igual crímen de adhesion á la Iglesia romana, son confundidos en igual anatema, y la guerra de escaramuzas y denuncias se extiende desde el palacio episcopal hasta la más humilde parroquia.

La carta asegura á los ciudadanos su libertad de conciencia, y es posible vivir ateo y morir impenitente; pero el liberalismo llega más allá. No contento con alentar la fe en la nada, perseverante en la incredulidad hasta el sepulcro, quiere, para manifestar su admiracion, que el clero participe de ella. En aquel caso la privacion de sepultura cristiana es obligatoria; es más, es el estricto cumplimiento del postrer deseo formulado por el moribundo; pero el liberalismo se empeña en que la Iglesia bendiga los mortales despojos de los que rechazaron sus auxilios y oraciones como si fuesen los sacerdotes sepultureros públicos.

Tema ha sido este que, apurado en todos conceptos por espacio de diez años, ha servido de alimento á la prensa eminentemente constitucional de todos los países. Espióse el clero y se le sujetó á rigurosa vigilancia; en cada parroquia púsose á su lado un denunciador anónimo y en cada periódico tuvo un abogado hostil, así como se le presentó un enemigo en cada tribuna de parlamento, de taberna, del foro, de academia, de mostrador, ó de universidad. Los sanos pensamientos, las buenas obras, el cumplimiento de los deberes, la reconciliacion de las familias, todo prestó materia á la oposicion. todo fue objeto de ironía ó encono. La historia escrita ó hablada fue la picota del mérito sacerdotal, y escribir equivalió á conspirar.

Semejante insistencia en un odio inexplicable es en Francia, donde las pasiones viven algo ménos que las rosas y las leyes, un verdadero portento. Los franceses á quienes habria aburrido la virtud de Washington se complacian en los vicios agudos de Talleyrand: pueblo siempre dispuesto á maldecir lo está más aun á perdonar y olvidar; pero en el caso presente su proverbial frivolidad tomará tal carácter de obstinacion que pasarán veinte y treinta años y se encontrarán aun hombres estacionarios que se envanecerán de sus quiméricas contiendas con el partido sacerdotal como Epaminondas de una victoria.

El liberalismo empleaba todo su ingenio en corromper á la juventud; veíanse elocuentes tribunos, valerosos generales, graves profesores, inamovibles magistrados convertirse en aduladores de los estudiantes, y así que estos, condescendiendo al secreto deseo de sus cortesanos, dejaron por la «Grande-Chaumiere» la Iglesia de Dios, y colocaron las necedades de Beranger sobre las «Pandectas» de Justiniano, entró Francia en una era de in-



comparables esplendores. Isaías de contrabando y Virgilios de mentirillas estaban siempre dispuestos á pregonar sus elogios, y sólo una condicion era necesaria para ese vulgar ejercicio: habíase de ir sencillamente del galicanismo á la incredulidad y luego de esta á la revolucion pisoteando al paso el cuerpo de la Iglesia. Pero sucedió que los tribunos, los generales, los catedráticos, los maestros de la polémica, ensalzados y llevados al Capitolio por los jóvenes cuya febril impaciencia exaltaron, cayeron en breve en la impotencia y la confusion.

No es únicamente la demagogia la que en aquel tiempo sirvió y favoreció la causa del mal: tan profundas raíces habia echado este en los corazones que hasta era despreciada la experiencia de 1793, é ingenios poderosos é inteligencias elevadas como Lainé, Camilo Jordan, Royer-Collard, Maine de Biran, Cousin, Guizot, Villemain, Barante, J. B. Say, Thierry, Rémusat y Duchatel pusieron su incontestable probidad al servicio de la revolucion á la cual combatieran los unos en su mocedad y combatirán los otros en su edad madura.

La mayor parte de esos hombres oradores ó filósofos, historiadores ó críticos, economistas ó administradores, son llamados tanto por lo ejemplar de su vida como por su gran talento á ejercer indisputable influencia. Sus primicias son por ellos consagradas á la revolucion, y aunque deplorando en lo íntimo de su alma el movimiento antireligioso que la misma imprime, léjos de oponerse á él lo favorecen, y en la mitad del siglo XIX, cuando la fe de los pueblos se ve combatida por toda clase de inmoralidades y el materialismo se propaga y extiende como mancha de aceite, no vacilan en humillar sus canas ó sus años juveniles hasta la bajeza de aquellos parásitos elogios. La sed de popularidad los mueve á ser injustos, y para defender la libertad que aman y á la cual nadie amenaza se constituyen en valedores de la revolucion cuyos excesos detestan. Empréndense y conclúyense graves estudios y prolongados trabajos, y todos inevitablemente dan no esperado resultado; y en esta Francia nuestra, en que la ley y el poder sólo se ven honrados cuando por medio del temor saben hacerse respetar, robustecen el principio democrático con todo el enflaquecimiento que llevan al principio de autoridad.

Eterna gloria y ventura de los Médicis es haber provocado, encerrados ya en sus sepulcros, un sentimiento de justicia y gratitud que la historia y las bellas artes han alimentado y mantenido siempre; desterrados de Florencia por las revoluciones aun son allí populares por la memoria de sus beneficios. Igual ostracismo experimentaron los Borbones é igual sentimiento despiertan aun ahora; Granier de Cassagnac es quien lo expresa: «¿Qué otra cosa es la restauracion, pregunta, sino nosotros mismos? ¿Acaso no vivieron en ella nuestros padres? ¿Acaso no nacímos en ella nosotros? ¿Qué otra cosa es la restauracion sino la Francia? Y si es así ¿cómo podrémos dar á la posteridad el ejemplo de un pueblo que enloda él mismo su historia y menosprecia su recuerdo? Los atenienses se envanecian de los Erecteidos, los espartanos de los Heráclidas y los argivos de los Eácidas. ¿Por qué, pues, no

hemos de envanecernos nosotros de los Borbones, familia ilustre entre cuantas han brillado honrando al mundo (1)?»

En estos términos se hablaba de los Borbones en 1852, y casi al propio tiempo Enrique Beyle, más conocido con el seudónimo de Stendhal, decia en una obra póstuma: «La mayor parte de los pueblos de Europa necesitarán quizas siglos y siglos para llegar al grado de ventura de que goza Francia en el reinado de Cárlos X (2).»

El grado de ventura cuyo animado cuadro traza con esas pocas palabras un escritor revolucionario en el cual concurren todos los requisitos necesarios, no fue descubierto y proclamado sino despues de un prévio destierro; pero aun en el reinado de Cárlos X no vaciló en deplorar semejante ventura un hombre que se distinguió en varios conceptos durante la república y el imperio. El ciudadano real, hecho conde y convertido en liberal, escribia lo siguiente desde Paris á José Bonaparte en 14 de julio de 1828: «Gózase aquí de gran libertad, y esta libertad, que no es efecto de un sistema sino de benévola flaqueza, perjudica á veces los recuerdos que ha dejado una época más deslumbradora, pero en la cual el gobierno fuerte en demasía oprimia con peso harto grave (3).»

Mirada y juzgada de léjos por los mismos hombres que la combatieron, la monarquía de Cárlos X no debe ya tener enemigos, y si el liberalismo de 1825 levantase todavía la frente podríansele dirigir aquellas palabras que el ciudadano Julio Favre dejó caer un dia desde la tribuna sobre M. Thiers, el Epiménidas de la época. El orador republicano, dirigiéndose á M. Thiers, exclamó: «Esa monarquía á la cual vos no servisteis, pues era la monarquía del progreso, libertó á Grecia y envió sus hijos al auxilio de América... el rey era entónces el paladin de la libertad (4).»

Si eran los Borbones los paladines de la libertad ¿cómo se explica que el liberalismo los persiguiera con tanto encarnizamiento? Stendhal, su enemigo, pinta en tres líneas un cuadro completo de felicidad pública; Real proclama igualmente esa misma ventura aunque con media palabra la deplora, y Julio Favre da con ella en rostro á M. Thiers bajo la forma de una acusacion viva en su alma. Si, pues, como debe creerse en vista de tales confesiones, no fue Cárlos X un tirano, el último de los tiranos, segun frase sacramental, ¿por qué el liberalismo, sirviéndose de la revolucion y con ello mismo sirviéndola, dirigió contra el trono todas las fuerzas vivas de Francia? ¿Por qué aquel príncipe rodeado de tramas y traiciones fue blanco de los embates de ciega demagogia? ¿A qué causas debe atribuirse el odio que excitó su nombre?

A una sola muy sencilla: Cárlos X no se limitó á ser el rey cristianísimo, ni tampoco una de aquellas fuentes públicas de que nos habla Bossuet que se construyen para que siempre corran, sino que fue católico; con corazon sincero quiso merecer el bello nombre de hijo primogénito de la Iglesia, y en

(1) *Obras literarias* de Granier de Cassagnac, p. 124.
(2) *Paseos por Roma*, 1.ª série, p. 27 (1853).
(3) *Memorias y correspondencia de José Bonaparte*, t. X, p. 298.
(4) *Monitor* del 8 de mayo de 1849.

esto y solo en esto está la explicacion de la catástrofe de julio. Los desinteresados testimonios de los mismos enemigos de la restauracion hacen evidente que no estaba entónces la libertad más amenazada que el público bienestar; la idea revolucionaria sólo habia de temer el restablecimiento paulatino de los principios sociales y por consiguiente católicos, pero ese restablecimiento equivalia á anonadar las quimeras de jansenistas, filósofos y galicanos. La revolucion, que es su mandataria, siente en el corazon mayor encono contra la Iglesia que contra los tronos, pues estos se hunden y aquella permanece. A las lises, á las abejas y hasta á las águilas de cualquiera imperio, ya sea romano, germánico, ruso ó frances, llégales un dia de decaimiento, y Roma asiste siempre á los grandes funerales de lós pueblos y dinastías; sola ella sobrevive como para presidir el duelo de las innúmeras razas extinguidas y trazar á las nuevas el sendero del cual es imposible apartarse.

A esta conviccion debió su caida el rey Cárlos X. Tan fiel á su juramento de príncipe constitucional como á sus obligaciones de cristiano, creia que despues de haber asegurado á sus súbditos la libertad de conciencia seríale á lo ménos permitido aprovecharse por lo que á él tocaba de la ley comun. Mas no fue así; la revolucion, que no frecuentaba la iglesia, resolvió prohibir al monarca que se llegase á ella, y viéndole hombre de bien y cristiano sincero, virtudes que producen en ella el efecto de un remordimiento, acusóle de intolerancia y fanatismo. Difúndese la voz de que el clero domina al rey y de que el Sacerdocio va á invadirlo todo; tiémblase ante la sombra de un jesuita; un hermano de la Doctrina cristiana infunde miedo y terror, y hasta llega á causar cierto espanto la blanca toca de una hija de San Vicente de Paul. Foméntanse y excítanse las pasiones, y una vez alcanzado el límite supremo en que resbala y cae la estolidez humana, descúbrese á Francia el gran secreto de que su rey está afiliado á un imaginario tercer estado de jesuitas y emplea el dia en decir misa y rezar.

La revolucion inspira á sus adeptos credulidad tan portentosa que para ellos sólo es imposible lo verdadero y real. Los francmasones, los parroquianos de café y las sociedades secretas propagaron la idea del clericato de Cárlos X, y ella fue una de las causas determinantes de su caida. Habríanse perdonado en él delitos y malas accciones; á ser dado á mujeres celebraríanse aun sus galanteos; mas su devocion fue cosa que no pudo perdonársele nunca. Alcanzó la mentira las proporciones de baja chocarrería; pero esto no impidió que fuese aceptada y tampoco que en inteligencias estacionarias ocupe preferente sitio como animosa protesta contra la doctrina ultramontana.

Así estaban las cosas cuando plugo á los demagogos intentar un ataque contra la Iglesia. El conde de Montlosier, que consagraba los postreros dias de su vida á llorar el feudalismo y á redactar memorias contra el partido sacerdotal, habia sido para el liberalismo adquisicion importantísima, y al tiempo que se le absolvia en secreto por su rancio cariño á la institucion del vasallaje, se le bendecia en alta voz por haber intervenido con su embotada pluma en la clerical contienda. Con el fervor de un novicio y la aspereza de un jansenista cargado de años, Montlosier descendió al palenque, y de él,

verdadero merodeador de la edad media, puede decirse que fue por espacio de algunos meses el héroe del liberalismo. Al rey, á la cámara de los pares, á la de los diputados, á los tribunales, y sobretodo á la opinion pública denunciaba sin tregua las usurpaciones del partido clerical, y el hombre que en 1816 dirigiéndose á los liberales decia: «No estan en el corazon humano sino en el de vuestras doctrinas las atrocidades de la revolucion (1),» diez años despues, atleta de la aristocracia embriagado por el incienso de la oposicion plebeya, se pasaba con armas y bagajes á la causa de la revolucion. Jansenista de otro siglo era aclamado en este como el modelo y la encarnacion del liberalismo nuevo, y como supo resumir todos los cargos y formular todas las acusaciones tuvo como tantos otros un instante de popularidad: de ella se aprovechó la revolucion para hacerle inmolar á los jesuitas en el altar de la carta.

Habia entónces en Francia cátedras de ateismo y tribunas que predicaban la rebelion, y varios obispos que creyeron en la libertad de los derechos civiles ofrecieron á la Compañía de Jesus los seminarios de segunda clase de que en número de ocho disponian en sus respectivas diócesis. Esto fue, no la causa, sino el pretexto y la ocasion: quísose averiguar si seria posible por medio de melosas amenazas y de avinagrados halagos derribar á los jesuitas valiéndose del mismo rey cristianísimo, y para ello comenzóse por demostrar en nombre de los principios constitucionales que la presencia de un jesuita en un colegio era una violacion de la carta y un atentado contra los derechos del pueblo. Ni la carta ni el pueblo habian dado en ello hasta aquel momento; pero esto no impidió que el rey se viese obligado á pensar gravemente en la materia, elevada sin preparacion y de pronto á la categoría de asunto de estado.

Habia en aquel tiempo sacerdotes que, como dice el Apóstol en su «Epístola á los hebreos», «conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron las bocas de los leones y apagaron la violencia del fuego (2),» y esos sacerdotes seguian con paciencia el sendero que les era abierto. Las meditadas injusticias de que eran objeto, los malignos artificios que se levantaban contra su ministerio sacerdotal, á fin de paralizar de antemano sus más saludables efectos, todo ello habia contribuido á comunicar al clero cierta actitud defensiva que los previsores ó exaltados de la época habrian visto con gusto trasformarse en ofensiva. El presbítero Felicítas de Lamennais acaudillaba la guerrera falange, y siguiendo las huellas de los grandes escritores de la época y hermanando la política con los asuntos religiosos á ejemplo de Chateaubriand, José de Maistre, Bonald, Boulogne, Luis Zacarías Werner, Federico Schlegel, Cárlos Luis de Haller, el baron de Eckstein, Adan Muller, el conde de Stolberg, Gœrres y Frayssinous, llevaba hasta la hipérbole el exceso de la lógica.

Y sin embargo, en la escogida legion de moralistas, poetas y controver-

(1) *De la monarquía en 1816*, por el conde de Montlosier.
(2) *Epist. B. Pauli ad hebræos*, XI. 33.



sistas no es el clero el que se lleva la palma del talento. Alemania, rica en glorias filosóficas y literarias, entra otra vez en el gremio de la Iglesia con famosas conversiones é inspiradas obras; pero estas, aunque favorecen muy mucho el movimiento más allá del Rhin, sólo traducidas pasan la frontera, al paso que los libros franceses, propagados en todas partes en su misma lengua, llevan consigo la sávia nativa y dan á los ecos del mundo tres nombres de otros tantos hombres que únicamente por su fe pertenecen á la Iglesia, y brillan y se hacen famosos como para desmentir el dicho de la revolucion de que la nobleza no existia ya ni siquiera en la historia: la nobleza se presenta erguida la frente, y se apodera como por derecho de conquista del cetro filosófico y literario.

Desde los primeros años del presente siglo Chateaubriand con su «Genio del cristianismo» difundió entre el pueblo las ideas religiosas, y saliendo á la pública liza al propio tiempo que el concordato y recamando con estilo impregnado de deslumbradoras imágenes y piadosos recuerdos la obra de Bonaparte y Consalvi, despertó en los corazones sentimientos cuya íntima fuerza centuplicaron las calamidades demagógicas. Apostolado era aquel que nacido de la imaginacion más que del fervor cristiano indicó al profundo tedio y desconsuelo de Chateaubriand un supremo objeto del que en medio de las amarguras de su orgullo, siempre lastimado y nunca satisfecho, no se arrepintió jamas, él que de tantas cosas llegó á arrepentirse. Era este escritor un epicurio de imaginacion católica que predicaba religion y monarquía por odio á la revolucion, lo cual no era obstáculo para que en su misantropía acariciase á los hombres y preocupaciones que la misma engendraba. Sus ideas no eran fruto de reflexion sino de circunstancias, y por esto es que se apresuraba á trabajar para apresurarse á vivir, pudiendo decirse, al mirarle pábulo de solemne melancolía, que eternamente llevaba en hombros el azadon destinado á abrir su huesa.

Habituado á los triunfos, deseándolos con el sencillo entusiasmo de la mocedad y manifestándose de ellos fatigado con todo el escéptico decaimiento de un anciano devorado de hastío, Chateaubriand peleaba más por su gloria personal que por su causa. Guerrillero más que soldado, muchas veces su desordenada sed de elogios y aclamaciones neutralizó ó puso en riesgo de perderse lo mismo que con su ingenio alcanzara, y cardenal de Retz creando una Fronda á cada herida que su amor propio suspicaz en extremo recibia, nunca dijo para sí á imitacion del coadjutor: «En sacrificar los altos y sólidos intereses á vanidades de gloria, falsa siempre que nos impide realizar lo que es más elevado que lo que ella nos propone, hay siempre tanta imprudencia como debilidad (1).»

El talento de Chateaubriand estaba compuesto como el broquel de Aquíles de elementos varios que no habian sido fundidos por mano divina. Esta mano fue la que le faltó siempre, y así le vemos abrigar de continuo la inútil y soberbia esperanza de poder apagar á voluntad suya con una botella de

(1) *Memorias del cardenal de Retz*, t. III, p. 221.

tinta las llamas del volcan que su orgullo sin cesar atizaba. La tinta no le faltó nunca; los acaecimientos sí que se le mostraron adversos.

Junto á él preséntanse dos escritores cuya gloria ha realzado una existencia más pura y austera. Caractéres merecedores de todo respeto, inteligencias dignas de todo elogio, José de Maistre y Luis de Bonald, á quienes ambiciosos pensamientos y un egoismo acompañado de pueriles vanidades no transformaron en sáuces llorones de sus propias tumbas, bajaron al palenque con ménos estrépito de atabales y trompetas, pero con mayor conviccion y más implacable lógica. Sin dejarse distraer por el estruendo del mundo y por las efímeras preocupaciones de la sociedad culta, Bonald, grave siempre y meditabundo, habia publicado en 1796, en medio de las ruinas amontonadas por la revolucion, su «Teoría del poder político y religioso»; y aunque sus obras de la «Legislacion primitiva» y del «Divorcio» carecian del embeleso y de la poderosa inspiracion del «Genio del cristianismo», de los «Mártires» y del «Itinerario de Paris á Jerusalen», aunque su autor no excitaba con tanta viveza las pasiones del pueblo, su influjo por lo mismo que más lento era más duradero. El monumento filosófico que levantó á la religion y á la monarquía no apoyó la menor parte de sus cimientos en las circunstancias del dia; en él todo fue elevado como su carácter, moral como su pensamiento, y sin imitar á Chateaubriand que corria desalado en pos de los honores al par que los denigraba, Bonald llegó y alcanzó la verdadera gloria.

Colocado entre ambos extremos y acercándose alternativamente á uno y otro, ora por la impetuosidad de su polémica, ora por las severas obligaciones de su fe, José de Maistre se habia constituido, por decirlo así, en permanente campeon de la Iglesia romana. Chateaubriand habia descubierto la maravillosa poesía del culto cristiano; ascendiendo á la fuente de los principios sociales Bonald habia restablecido la familia sobre los fundamentos de la religion: José de Maistre se encargó de otro papel. Dotado de imaginacion tan vigorosa como la de Chateaubriand, aunque sin consentir jamas en que se extraviara en el intrincado laberinto de una melancolía llena de facticias decepciones, tan profundo y lógico como Bonald, sin perderse como este en conceptos abstractos, posee José de Maistre los embelesos del uno y el vigor del otro. Su estilo sencillo unas veces y sublime otras abunda en imágenes deslumbradoras al propio tiempo que muestra gracioso candor; en la misma página se hallan con frecuencia reunidas la elevacion de Bossuet y la ingeniosa ironía de Voltaire. El conde de Maistre no discute sino que afirma y demuestra, y á contar desde sus «Consideraciones sobre Francia» hasta su obra «Del Papa», esto es, en toda su carrera de escritor no ha dejado una sola línea que mancille su memoria.

Su vida, como la de su amigo Bonald, resplandece por la serenidad, fuerza y pureza. Expresiones de cólera tiene que matan con mayor seguridad que un puñal, y palabras de indignacion que anonadan á quien las dirige; mas uno y otro sentimiento no hieren nunca á un rival ó adversario aislado, pues José de Maistre no se entregó como Chateaubriand al pasatiempo

de personales polémicas. Consagrado exclusivamente á la majestuosa obra que emprendiera, el autor de las «Veladas de San Petersburgo» sabe que su destino es derramar luz, pero no atizar el fuego. Equitativo siempre aun en los juicios y opiniones que en su época eran tildados de exageracion, y siempre incisivo con una forma á veces acerba, y otras sobrado didáctica, José de Maistre alcanzó la incontestable gloria póstuma de fundar una gran escuela en el catolicismo. Miéntras duró su vida duró para él la pelea; una vez muerto alcanzó victoria. Más fácil que á otros le habria sido dejarse ir al hilo de la corriente que lleva á las riquezas y honores al traves de un poco de lodo; pero, como Ciceron, prefirió luchar contra las olas y merecer el público aprecio y su propio respeto.

Su inteligencia tan sensata como original habia escudriñado la revolucion hasta en sus abismos, y aborrecia de corazon sus causas y efectos, sus autores y plagiarios. Para enflaquecerla en sus principios y destruirla en sus resultados conoció la inutilidad de una guerra de recriminaciones y sarcasmos, y ya que la Iglesia romana habia triunfado del cadalso y la persecucion, quiso que triunfara igualmente por la lúcida exposicion de la autoridad pontificia. Francia y el mundo todo á ejemplo suyo habian pecado alejándose poco á poco del centro de unidad ó cuando ménos disputándole su infalible poderío, y José de Maistre, convencido, conforme él mismo lo ha escrito, de que «nada grandioso sucede en Europa sin mediar en ello los franceses», se dirige directamente á esta nacion para ganar más pronto á las demas para la Iglesia romana.

Y no vemos en él al teórico providencial ni al arúspice católico profiriendo oráculos; en su ingenio expansivo de suyo é imperioso por su fe hay algo imponente y magistral que domina como la verdad. Esa verdad de Maistre la hizo suya; en la historia de los pasados siglos sigue sus huellas y la descubre en el nuestro por más que estuviera sepultada bajo los escombros humeantes aun de tronos y altares. Sin pusilanimidad, pero sin nada de fingida audacia, la dice y la proclama con portentosa destreza. De sus labios salen las palabras como el agua de la roca que tocó la vara de Moises; aunque natural de Piamonte posee en sumo grado aquel sabor galo del estilo, aquel decir calificado por Montaigne de suculento y nervioso, más que fino y atildado, vehemente y bravío, y es tanto y tan admirable el conocimiento que tiene de la historia que su razon se eleva hasta adquirir el don de profecía.

El influjo ejercido por el Sumo Pontífice en el establecimiento y conservacion del órden social habia sido cuestionado ó puesto en duda, y negaba la accion civilizadora de los Papas en la edad media. Por medio de declamaciones que halagaban á los reyes á quienes deseaba engañar, la revolucion naciente intentó probar que la Sede romana era forzosamente enemiga de la razon y el progreso. Apoderándose de la contraria tésis José de Maistre derrama sobre esos asuntos viva é inesperada luz; con la ciencia corrobora lo que dijeran la tradicion y los monumentos, y al considerar la riqueza de sus demostraciones y el esplendor de su elocuencia sin recamos podria to-

márséle por Bossuet inspirado aun por el númen que le dictó el «Discurso sobre la historia universal» y consagrando su inspiracion sublime al ensalzamiento de la romana Iglesia.

Chateaubriand, como los cuadros de los antiguos maestros dados á las tintas negruzcas, cansó en demasía al mundo con la vaga tristeza de su alma; Bonald se encastilló demasiado en su filosófica modestia, y así fue como uno y otro no pudieron ser cabezas de partido. Ambos sostenian en la tribuna y en la prensa ardientes polémicas y borrascosas discusiones; únicamente José de Maistre, al aparecer cuando tocaba ya los bordes del sepulcro (1) vió formarse junto á su tumba entreabierta una escuela que llegó á ser y es la voz del mundo entero.

Para que diera frutos el gérmen de la reparadora doctrina que depositara en sus escritos el conde José de Maistre debia ser sazonada por el viento de la revolucion, y esto hizo que el autor «Del Papa» no ejerciese como sucediera al del «Genio del cristianismo» un influjo inmediato en los corazones; no atrajo desde el primer momento la atencion general; pero su triunfo, aunque más lento, es ahora más incuestionable que el conseguido por el vizconde de Chateaubriand.

Así, pues, la Iglesia romana contaba entre los seglares con elocuentes defensores; pero así como por culpa de las cosas de los hombres hallábase en muy precaria y espinosa situacion.

La revolucion andaba entónces paso á paso; uniendo el disimulo del silencio á la hipocresía del habla; no entorpecia su andar obstáculo alguno, aun cuando para ocultar mejor sus maquinaciones no cesaba de prorumpir en amargas quejas sobre las usurpaciones del clero. Sus adeptos paralizaban la autoridad, formaban y dominaban la opinion pública, y esto no obstante el liberalismo, en nombre de los principios de 1789 amenazados, reivindicaba leyes excepcionales. Estas fueron su escudo y salvaguardia, y como es de presumir las reclamó contra el partido sacerdotal, si bien decia que esto era para mejor afianzar el trono y el altar puestos en peligro por el intempestivo celo y las ambiciosas malas artes del fanatismo. Reducido el punto á pequeñas proporciones reclamábase sólo el cumplimiento literal de la carta, y, segura de obtenerla, la impiedad presumia de devota, ofrecíase como abogado de oficio del clero contra el clero mismo, y la revolucion al amparo de la bandera blanca, embriagaba con sus alabanzas al nieto de Enrique IV.

Cárlos X dejóse alucinar por los insidiosos halagos, pero aun así invocó el auxilio y las luces del episcopado. Era este harto avisado para no descubrir el eslabonamiento de las causas y efectos, y la experiencia de las revoluciones pasadas le habia enseñado que para el camino del honor lo mismo que para el del cielo se requieren hombres que sin cansarse anden siempre: ni uno ni otro camino consienten el valor que ceja ó vacila.

Preparado para el combate y alarmado más por los halagos que por las

(1) El conde José de Maistre, nacido en Chambery en 1.º de abril de 1753, murió en Turin en 26 de febrero de 1821. La mayor parte de sus obras no fueron publicadas hasta pocos meses ántes de su muerte, y otras tienen el caracter de póstumas.



amenazas, el episcopado se reune, delibera y declara no poder adherirse al decreto de 16 de junio de 1828. De difícil resolucion era el litigio; la iglesia de Francia apela á la Sede apostólica, y á ruego del rey interviene el Papa en el asunto de un modo indirecto. El peligro arrecia; cree Roma que un acto de condescendencia que no lastime la fe y que se limite á violar el principio de igualdad de los ciudadanos proclamado por la carta puede salvar al trono de los abrazos de la revolucion, y el cardenal Bernetti, secretario de estado, así lo aconseja. El Sacro colegio lo aprueba, y el clero frances se somete á él con respetuosa obediencia.

Leon XII se llamaba el Sumo Pontífice sentado en la cátedra de Pedro. Aníbal della Genga jamas habia ambicionado la tiara, pero un compromiso se la dió en el postrer momento. En el cónclave reunido despues de la muerte de Pio VII, los votos de los cardenales electores estaban divididos entre dos candidatos, y el cardenal Castiglioni por un lado y por otro el cardenal Severoli tenian casi iguales probabilidades de salir elegidos. En 21 de setiembre de 1823 el último iba á serlo definitivamente cuando el cardenal Albani, en nombre de Austria, notificó la siguiente exclusion: «En mi calidad de embajador extraordinario de Austria junto al Sacro colegio reunido en cónclave, calidad notificada á vuestras eminencias y puesta en su conocimiento, así por la carta á ellas dirigida por su majestad imperial y real como por la manifestacion hecha á vuestras eminencias por el imperial y real embajador de Austria, y ademas en virtud de las instrucciones que se me han dado cumplo el deber para mí poco grato de declarar que la imperial y real córte de Austria no puede aceptar por Sumo Pontífice á su eminencia el cardenal Severoli, y por lo tanto le comunico formal exclusiva hoy 21 de setiembre de 1823.»

El derecho de exclusiva que la córte de Viena creyó entónces deber usar no fue nunca un privilegio ni una prerogativa; era á lo más, dice Moroni, «una representacion pacífica originada por la candidatura de un cardenal á la dignidad pontificia. De cuando en cuando era ejercida esa representacion por las tres córtes de Viena, París y Madrid, las cuales manifestaban que la eleccion de este ú otro cardenal no seria de su agrado (1).»

Muy difícil es descubrir el primer orígen de la exclusiva. En los antiguos tiempos los reyes de Italia, los emperadores de Oriente y los césares germánicos tenian participacion en los nombramientos de los Vicarios de Jesucristo, y en realidad la Iglesia romana no conquistó hasta Gregorio VII la libertad completa de su eleccion. Pero poco á poco los emperadores de Alemania, los reyes de Francia y en fin los monarcas de las Españas adquirieron con aprobacion tácita del Sacro colegio, movido por prudente circunspeccion, la tolerancia, pero no el derecho de designar al cardenal que no gozase de su confianza.

«Pretenden algunos autores, dice el docto Novaes, en sus «Elementi», que el supuesto privilegio de la exclusiva tenga su orígen en el concilio de Le-

(1) *Dizionario d'erudizione storico-ecclesiastica, dal cavaliere G. Moroni,* Venezia, 1843, tomo XXII.



tran, celebrado en 1059 en tiempo de Nicolas II. Sin embargo, el privilegio entónces otorgado al emperador, conforme lo hace observar muy oportunamente Cenni («Bull. Basil. Vatic,» tomo III, página 228), no se refiere á la eleccion, y sí únicamente á la coronacion de los Sumos Pontífices.

«El uso de esa exclusiva, añade Novaes, ó cuando ménos el uso constante y habitual, no data más allá de cien años (1), y se introdujo más por la tolerancia que por la autoridad de los Sumos Pontífices, quienes nada dijeron acerca de tal práctica movidos por la prudente idea de que el Jefe supremo del mundo católico no debia ser elegido con disgusto de los príncipes, pues siempre ha sido el deseo de la Iglesia que el Pastor y Padre comun de los fieles fuese para todos grato y acepto. Es por lo mismo conveniente tolerar semejantes exclusivas, pues á no ser tomadas en consideracion redundarian en perjuicio de la Iglesia, alterarian la paz y privarian al Papa, elegido á despecho de la exclusiva, de la amistad de un monarca poderoso cuya proteccion puede serle muy provechosa en tiempos de turbulencias y borrascas (2).»

Los principios explicados con tanto acierto por Novaes, apoyado en la autoridad del cardenal de Lugo y en su prolongada experiencia eran los aplicados en 1823. No nos toca aquí examinar ni discutir las ventajas é inconvenientes de la exclusiva, ejercida á veces, como sucedió en el cónclave de 1769, con formas filosóficamente revolucionarias (3); la época de tales tiránicas disposiciones ha pasado ya, y de esperar es que la eleccion de los futuros cónclaves obtenga de antemano el tácito asentimiento de los príncipes.

Esto no obstante Severoli sucumbia entónces bajo el abusivo privilegio, y en aquel trance los cardenales, no pudiendo conferirle la tiara y deseosos de mantener su autoridad y el mérito de la eleccion, en cuanto fuese posible, quisieron que resultase elegido aquel á quien designase el excluido por Austria. Severoli recorrió con lenta mirada la sala del cónclave, é inclinóse al fin delante del cardenal della Genga. Como dijo en aquella circunstancia con mucha oportunidad el cardenal Vidoni, Aníbal estaba á las puertas de Roma: «Próximos Annibal Urbi;» en ella entró hecho Papa en 28 de setiembre.

Nacido en 22 de agosto de 1760 de una distinguida familia establecida en las cercanías de Espoleto, el Sumo Pontífice habia desempeñado con dignidad y lucimiento el cargo de nuncio apostólico en Alemania y Francia, y sus diferentes embajadas, el trato que habia tenido con los principales personajes de aquel turbulento período histórico, habíanle comunicado singular experiencia en los asuntos políticos. Dado á ellos por aficion sobresalía en los mismos, y puede decirse que era en toda la acepcion de la palabra el hombre de mundo mejor dotado de las virtudes que deben honrar al Pontífice. Presa sin cesar de agudos padecimientos que no bastaban á alterar la serenidad de su alma, della Genga derramó lágrimas de verdadera

(1) *Elementi della storia di Sommi Pontefici*, dal Giuseppe di Novaes, t. XIII, p. 9.
(2) Novaes escribia á fines del siglo XVIII.
(3) Véase *Clemente XIV y los jesuitas*, por J. Crétineau-Joly

afliccion al ofrecerle la corona, y desabrochándose la sotana de púrpura dijo á los cardenales: «No insistais en vuestro propósito, porque elegiríais á un cadáver.»

El cadáver fue elegido, y nunca hubo papa que mostrase en el solio mayor entereza hermanada con tanta prudencia y moderacion.

Su enflaquecido rostro estaba impasible siempre como de bronce; mucha era su severidad aunque templada, segun consejo de Ciceron, por la benevolencia de los años. Leon XII habia padecido tanto de espíritu como de cuerpo; pero conociendo toda la ventura que se encierra para el hombre en ser verdadero, realizó la idea más elevada que de la virtud pueda formarse. Su mirada como el ascua del profeta purificaba los labios y los corazones; en su tribunal justificaba á los que en él se acusaban, en cuanto era allí más padre que juez; su alma, aquilatada con los tesoros de la ciencia y de la gracia, se complacia en perdonar, y aun despues de haber sido muchas veces ofendido afanábase por abrir los brazos y llamar á ellos á su propio ofensor.

El cardenal Consalvi y el tesorero general Cristaldi se le manifestaron hostiles en varias circunstancias. El primero experimenta la reaccion de un cambio de reinado, la reaccion natural é inevitable, en Roma sobretodo, despues de veintitres años de autoridad; en sus admiradores de ayer encuentra hoy adversarios, y sólo queda al gran ministro el predominio de su talento y la estimacion de Europa. De todos abandonado excepto del cardenal Fesch, agradecido en nombre de los Bonapartes, vese solo en medio de Roma; oye como los hombres mezquinos ó envidiosos celebran su caida así como los buhos un eclipse de sol, y en su calidad de cardenal diácono debe servir en el altar á quien tuvo la imprevision de convertir en enemigo suyo.

Es propio del corazon humano aborrecer á quien se ha ofendido (1); pero Consalvi fue bastante grande, ó por mejor decir bastante cristiano para desmentir la sentencia del historiador latino. En su corazon no conservó un solo recuerdo de enojo, y pensando que era más noble agraviar que aborrecer viósele desempeñar con dignidad admirable junto al nuevo Papa el cargo de cardenal diácono. Más fácil era aun á Leon XII olvidar los agravios inferidos al cardenal della Genga, y comprendiendo todo el heroismo de la resignacion de Consalvi asóciase á ella y como aquel se persuade de que una pasion vencida es la alegría del alma. El dia en que por primera vez ofició solemnemente el Papa en el altar pontificio de la basílica de San Pedro, volvióse hácia Consalvi al llegar el momento de la comunion, y en un ósculo verdaderamente de paz el nuevo Papa y el antiguo ministro quedaron reconciliados á la vista del Sacro colegio, de la diplomacia y del pueblo, partícipes todos del sublime sentimiento que Plutarco habria envidiado para sus claros varones.

Con objeto de ser él mismo su propio secretario de estado Leon XII

(1) Tácito, *Agricolæ vita*, t. V, p. 398.

honró con este título al decano del Sacro colegio, al octogenario cardenal della Somaglia; mas no por ello entiende privarse de los consejos y auxilios de su antiguo émulo. Vacante el importante empleo de prefecto de la Propaganda ofrécelo á Consalvi, y le ruega que lo acepte; mas el cardenal, desprendido ya de la tierra, sólo aspira á reunirse en el sepulcro con el Papa y el amigo de sus prósperos dias, y aniquiladas sus fuerzas siéntese morir de tristeza ó quizas de desengaños. Enfermo tambien, Leon XII necesitaba para gobernar la Iglesia rodearse de buenos consejeros; ha menester un guia experimentado que le entere de todos los intereses cristianos, y llama á su cabecera al moribundo Consalvi. Retirado este á las orillas del mar para concentrarse esperando el próximo fin, hácese conducir al Quirinal, pues en Roma no se sabe lo que es descanso cuando los negocios reclaman trabajo.

En la entrevista de los dos moribundos tratóse de todos y todos fueron resueltos con ánimo sereno y admirable profundidad de juicio.

Consalvi habia hablado, y por lo tanto reinaba aun, y tanto reinaba, que concluida la audiencia Leon XII dijo al cardenal Zurla: «Nunca habíamos tenido con hombre alguno conversacion más instructiva, de mayor sustancia y de utilidad tan grande para la Iglesia y el Estado. Consalvi ha estado sublime, y nos prometemos trabajar á menudo con él. Mucha es nuestra alegría, y hoy como nunca importa no morir.»

Este deseo del príncipe tan noblemente expresado no debia realizarse en favor del antiguo émulo convertido en amigo y consejero: pocos dias habian trascurrido de esto, y Consalvi descendia al sepulcro, regándolo Leon XII con lágrimas de amargura como postrer tributo ofrecido al ilustre servidor de la Iglesia. Al anunciar al gobierno frances la pérdida que experimentaba el mundo, el duque de Laval-Montmorency, embajador del rey cristianísimo junto á la Santa Sede, escribia: «Hoy sólo nos toca ensalzar la memoria del hombre que se ve honrado con el llanto de Leon XII, con el silencio de los enemigos, con el dolor profundo que á la ciudad agobia y con el desconsuelo de los extranjeros, en especial de aquellos que, como yo, tuvieron la suerte de conocer al gran ministro tan digno de aprecio en sus relaciones políticas como atractivo por el embeleso de su trato particular.»

El cardenal della Genga habia tenido dos adversarios: acabamos de ver cómo trató al de mayor importancia; digamos ahora cómo se vengó del otro. El tesorero general Cristaldi habia opinado más de una vez en contra de lo que pensara della Genga, y ministro de hacienda íntegro y entendido defendia los intereses de los contribuyentes con celosa franqueza que llegaba á ser violenta. Las ambiciones que deseaban despertar en el alma del Pontífice pasados resentimientos resolvieron el sacrificio de Cristaldi; pero Leon XII, aunque dejó que le fuesen enumeradas todas las culpas que al tesorero se atribuian envenenándolas con acerbos conceptos, dijo estas sencillas palabras al llegar el caso de decidir sobre su suerte: «He reflexionado mucho acerca de lo que he oido murmurar de Cristaldi y de lo mediado entre nosotros, y me he convencido de que el cardenal della Genga no tenia razon: Leon XII no puede por lo mismo dársela. Cristaldi des-

empeña muy honrosamente su cargo y no estaria bien que el Papa agravase la falta del cardenal destituyendo al tesorero. Así, pues, continue este en su empleo y siga ejerciéndolo con igual probidad.»

Así era el nuevo Pontífice: trabajando siempre con calma como el leon cuando reposa, segun hermosa imágen de Dante, Leon XII veia los elementos sociales todos sacudidos y agitados desde la espuma á la heces. Rodeado de tramas, pero resuelto á resistirlas, alentaba á los celosos, estimulaba á los indolentes, y sabiendo por experiencia que quien teme la helada perece entre nieve, consagróse incesantemente desde las primeras horas de su reinado á llamar la atencion de los gobiernos sobre los conatos de desórden que en todas partes se manifestaban. No dependia ya de la guerra la crísis europea; su punto de apoyo eran los malos libros propagadores de las malas doctrinas: el principio de educacion habia sido viciado y el de libertad, aplicado con indecible audacia, daba únicamente frutos mezquinos y amargos.

Animado Leon XII del valor de su justicia declara en el patrimonio de la Iglesia tan encarnizada como equitativa guerra á la revolucion y á los bandoleros á quienes con dos objetos patrocinaba aquella; tomando sobre sí la tarea de reformar los abusos pretende aliviar al pueblo y por medio de una disminucion progresiva de los tributos llevar á todas las clases mayor bienestar; y como para él concebir un proyecto de público provecho equivale á realizarlo y es su justicia tenaz como la obstinacion de sus enemigos, marcha resuelto al fin que se propone, no pensando en los obstáculos sino para arrollarlos y vencerlos.

En la ciudad santa donde dice la prudencia eclesiástica que el anagrama de «Roma» es «mora», y donde están las dilaciones autorizadas por la experiencia, Leon XII impone á todos su actividad mesurada. De cerca ha contemplado los infortunios de la Iglesia en Alemania, y arde en deseos de remediarlos. En sus breves entrevistas con el gran cardenal, Consalvi que sin desear la elevacion de la persona del Pontífice fue sin embargo quien preparó su pontificado, le dijo: «Durante mi permanencia en Lóndres trabajé como no es decible en favor de la emancipacion de los católicos ingleses. La duquesa de Devonshire me ha ayudado despues en mis gestiones cerca de varios gabinetes y del mismo rey Jorge, y puedo deciros que el asunto, el cual merece la visible proteccion de Dios, adelanta lentamente sí, mas no retrocede un paso. Vivid, y en vuestro reinado se efectuará la emancipacion.»

Para hacerla posible Leon XII entra en relaciones con el rey Jorge de Inglaterra, amigo fiel de Consalvi. Embajadores prudentes y discretos llevan la órden de moderar las impaciencias más legítimas, al tiempo que para acostumbrar á la corona británica á negociar con la Sede romana se estipula un concordato en favor de los católicos de Hannover, que era entónces parte integrante del reino unido de la Gran Bretaña.

La intervencion armada de Francia ha devuelto á Fernando VII de España la libertad de que le privaran las cortes, y libre ya el trono es preciso que lo sea igualmente la Iglesia. Esta ha menester la libertad para sí, pero

la Sede romana la necesita especialmente para los demas. La revolucion habia echado profundas raíces en los vastos territorios de la América del Sur cuya soberanía no ha podido conservar España, y aquellas provincias, preparándose por medio de la insurreccion para el estado de república modelo, están próximas á experimentar la ley fatal del progreso demagógico y á precipitarse de caida en caida en honda sima de calamidades sin razon ni término.

Leon XII ha previsto el caso, y despues de advertir á España de lo que iba á suceder, no quiere que la Iglesia abdique de su legitimidad con la misma incuria que lo hiciera Fernando VII. En aquellas remotas comarcas tiene la Iglesia que salvar intereses más elevados que los del trono; la fe de los pueblos es para ella más cara que la obediencia para el monarca, obediencia que este mismo deja poner en tela de juicio, y Leon XII sabe conciliar la cariñosa gratitud que por España alimenta con sus obligaciones de Pontífice respecto de las colonias separadas de la metrópoli. Perdido todo para esta esfuérzase en salvar á lo ménos algunos despojos de la religion, y su constancia alcanzó felicísimo resultado.

El bandolerismo en los alrededores de Terracina y Sonnino y en los bosques inmediatos á Viterbo se manifestaba como efecto de una doble causa revolucionaria. Nacido de una prolongada ocupacion militar era mantenido y fomentado por los agentes del carbonarismo, y las sociedades ocultas, aprovechándose de las disposiciones locales y de las costumbres del país empleaban aquellas partidas armadas como espantajo contra la Iglesia y tambien contra los individuos. Leon XII reinaba un poco al modo de Sixto V; tenia recto el corazon y pesada la mano; y luego que hubo decidido concluir con semejante azote y continuar la obra de reparaciones sumarias comenzada por el general Consalvi, triunfó poco á poco, así de las más inveteradas resistencias como de peligrosas complicidades, y despues de castigar á los malos complúgose su justicia en recompensar á los buenos.

En todos los puntos de Francia y de Europa eran blanco los jesuitas de incalificables hostilidades, cuyos aparentes motivos son tan frívolos como acerbas deben de ser las consecuencias. Desde tiempo inmemorial es la guerra á los jesuitas la revolucion misma buscando un pretexto plausible y obedeciendo á una órden trasmitida. Apénas elevado al trono Leon XII conoció y dió á conocer á los demas las tendencias de semejante agresion; comprendió que acusar á los jesuitas en el siglo XIX de ejercer uno de aquellos singulares poderíos de los cuales la edad media á pesar de sus Santas-Vehmes no habia ofrecido ejemplo que merezca tenerse en cuenta, equivalia á destruir todos los límites de la estolidez pública y de la bajeza humana, lo cual no impedia que en Roma, en lo recóndito de algunos palacios y en la oscuridad de ciertos claustros, existiesen rencillas jansenistas ó aversiones monásticas que se trasmitian el odio como herencia de generacion á generacion. Y ese odio, que no habian bastado á calmar comunes infortunios, estaba aun vivo y ardiente y procuraba de cuando en cuando levantar cabeza, y tanto más la levantaba ahora en cuanto tenia motivos para esperar

que Leon XII seria por lo ménos tan contrario al instituto de san Ignacio como el cardenal della Genga.

Este, empero, ha modificado sus ideas una vez sentado en el trono; el ejercicio del poder inspírale más justos sentimientos, y pronto siempre á extirpar abusos no ceja en la empresa de erradicar preocupacion tan funesta. De antiguo sabe las que alimentan en Roma contra la órden de Jesus sus enemigos secretos, y por hostil que pueda ser Aníbal della Genga á los discípulos de san Ignacio en ciertos puntos de escasa importancia, no consiente su lealtad en favorecer la guerra oculta y de mala ley de que tantas veces fueron víctimas los padres. Por el contrario, cree que su honra está en descubrirla y oponerse á ella, y asi fue que al atacar los demas á la Compañía él la defiende. Restablécela en el Colegio romano, pagando así con gozo una deuda de la Iglesia; devuélveles el Colegio germánico, plantel de los obispos de Alemania, y completando esas disposiciones por medio de un público elogio, califica en estos términos á los jesuitas en su breve de 17 de mayo de 1824: «Varones distinguidísimos que, recomendables por la santidad de su vida, el esplendor de las dignidades y el mérito de la ciencia, han brillado en ese asilo de las bellas artes para provecho de la cosa sagrada y de la cosa pública.»

Justiciero era en verdad Leon XII, y no parecia sino que desafiaba á la revolucion á singular combate. La revolucion no se sintió con ánimo para medir sus fuerzas con aquel valor sereno nunca abatido por agudísimos padecimientos, y al considerar la vigorosa sávia que corria por aquel cuerpo extenuado de dolor, las sociedades secretas aplazaron hasta despues de su muerte un alzamiento para el cual procedian, por decirlo así, á un recuento de todos los años.

El Pontífice que de continuo en la brecha impide con su actitud animosa que á ella se acerque el enemigo de la Cátedra apostólica, ha formado el proyecto de anudar la cadena de los tiempos. Desde el año 1775 no han visto Roma y el universo católico abrirse la Puerta santa al impulso del tesoro de las celestes misericordias; la revolucion ha disfrutado sola de la libertad de sus iras y de la fraternidad de sus delitos, y Consalvi habia dicho á Leon XII: «En tiempo de Pio VII no pudímos celebrar el jubileo; cercano como está su término, conviene anunciar la gran reconciliacion en 1824 y celebrarla en 1825. Será preciso luchar con obstáculos de toda clase; yo mismo he prometido, ó poco ménos, oponerme al pensamiento en caso de ser consultado; pero un Papa como vos no debe de pensar como yo. Mil contrariedades experimentaréis cerca y léjos de vos; pero si creeis indispensable el jubileo para la religion y si lo considerais, como decis, el complemento del regreso de Pio VII á Roma y la trompeta que llamará á ciento, á doscientos mil testigos á contemplar á un Papa libre en su capital, mantenéos firme y no cedais.»

Consalvi ha visto á Pio VI y Pio VII cautivos en Francia de la república y del imperio, y para el gran político mostrar á un Papa en libertad en la capital del universo cristiano es cuanto razonablemente puede hacerse; pero

Leon XII, que aunque contemporáneo del cardenal no ha debido sobrellevar como él las angustias del sol y del calor, fija más alto sus miradas: no le basta que el Papa sea libre, sino que aspira á presentarle como señor de inteligencia y de voluntades. Para salir bien del proyecto tócale vencer los temores del Sacro colegio, las vacilaciones de las córtes católicas y la hostilidad de las potencias protestantes. Nadie sino él lo defiende, y en su aislamiento, coronado despues por la victoria de la unanimidad, pudo apropiarse el elogio que al anciano Dante dirige su abuelo Cacciaguida: «Gloria será para tí un dia el haber estado solo y el haber sido tú mismo tu propio partido (1).»

La revolucion aumenta y multiplica los obstáculos para impedir la realizacion del más ardiente deseo del Pontífice; sabe que la gran asamblea de la oracion le hará perder terreno, é insinua á los ministros de las córtes que puede ofrecer peligro para sus estados la gran aglomeracion de peregrinos. Establecido apénas el sosiego en las comarcas europeas, ¿no es de temer que el argentado martillo que abrirá la Puerta santa sirva al propio tiempo de señal para amotinar las sociedades secretas?

Esto, no obstante, empéñase la batalla del jubileo, y Leon XII, que prefiere despertar á Europa con el toque de rebato á dejarla perecer entre las llamas, publica en 27 de mayo de 1824 la bula del público perdon con tanta impaciencia esperada como insidiosamente combatida. «Si desde la más remota antigüedad, dice aquel monumento eclesiástico, hombres de todas condiciones y clases han venido sin cesar en grupos cada vez más numerosos desde todos los puntos de la tierra habitable á este principal palacio de las bellas artes á pesar de lo largo del viaje; si en todos tiempos se ha considerado como cosa que raya en prodigio el esplendor con que Roma brilla por la magnificencia de sus edificios, por la majestad de su recinto y por la belleza de sus monumentos, vergonzoso seria y opuesto al afan que todos hemos de sentir para obtener la eterna bienaventuranza alegar como pretexto las dificultades del camino, el mal estado de la hacienda ú otro cualquier motivo de esta clase para no emprender las peregrinaciones á Roma. Sí, queridos hijos nuestros, en Roma hallaréis bienes que compensarán con usura todas vuestras desazones sean estas cuales fueren, y vuestros padecimientos, si llegais á experimentarlos, estad seguros de que no han de guardar proporcion con el cúmulo inmenso de gloria que los auxilios dispuestos para bien de las almas operarán en vosotros con la gracia inefable de Dios. Cogeréis abundantes frutos de penitencia con cuyo medio ofreceréis al Señor penosas mortificaciones de la naturaleza, cumpliréis santamente las obras prescritas por las leyes de indulgencias, y pondréis el sello á la firme resolucion que habeis tomado de castigar y reprimir vuestras pasiones.

«Ponéos, pues, el cinturon del peregrino y emprended la subida á la santa Jerusalen, á la real ciudad que, por la Sede de San Pedro y el estable-

(1) ... .,A te fia bello
Averti fatta per te stesso.
Paradiso, c. XVII.

cimiento de la religion, se ha hecho más preclara y poderosa de lo que en otro tiempo lo fuera por su dominacion terrestre. «Allí, decia san Cárlos exhortando á sus ovejas á ir á Roma durante el año santo, en aquella ciudad el aspecto del suelo, de los muros, de los altares, de las iglesias, de los sepulcros de los mártires y de cuanto se ofrece á la vista lleva al alma cierto aroma sagrado, y nadie hay que visite aquellos lugares con las disposiciones convenientes que no lo perciba y experimente.» Esplendorosa la ciudad de Roma como el cielo cuando el sol difunde por el espacio sus rayos, cuenta dentro de ella con dos luminares que son san Pedro y san Pablo, los cuales derraman la luz por el universo entero. Así lo dice san Juan Crisóstomo. ¿Quién sin estar penetrado de vivísimos deseos de devocion podria atreverse á acercarse á los lugares que fueron testigos de su sacrificio, prosternarse al pié de su sepulcro y aplicar los labios á sus cadenas más preciosas que oro y pedrería? ¿Quién puede contener su llanto al contemplar la cuna de Jesucristo, al pensar en los quejidos del niño Jesus en el pesebre, al adorar los sagrados instrumentos de la pasion del Salvador y al meditar sobre los angustiosos y sublimes momentos en que estuvo clavado en la cruz el Redentor del mundo?

«Por extraordinario favor de la Providencia divina esos augustos monumentos de la religion sólo en Roma se encuentran reunidos, siendo como otras tantas preciosas prendas del amor que con mayor profusion ha manifestado el Señor á las puertas de Sion que á todas las tiendas de Jacob, prendas que con afan os invitan, queridos hijos nuestros, á encaminaros sin retardo al sacro monte donde al Señor le plugo residir.

«Exige nuestra cariñosa solicitud que de un modo muy especial recordemos á las varias clases de ciudadanos de nuestra capital que no olviden que sobre ellos se fijarán las miradas de los fieles llegados aquí de todas las partes del globo, y que por lo mismo todo en ellos debe ser grave, modesto y digno de un cristiano, para que sus costumbres sólo ofrezcan á los demas ejemplos de recato, de inocencia y de todas las virtudes. Importa que el pueblo predilecto entre el cual quiso el Príncipe de los pastores que fuese establecida la Cátedra de san Pedro, enseñe á las demas naciones á respetar la Iglesia católica y su autoridad, á observar sus preceptos y á prestar acatamiento á los ministros y objetos de la religion; importa que entre nosotros se vea florecer el respeto debido á los templos, que los extranjeros nada vean que redunde en menosprecio del culto y de los santos lugares, nada contrario á la pureza, á la honestidad y á la verdadera modestia, y que en vez de esto contemplen y admiren una rigidez y pureza de disciplina que sean exterior señal de la viveza y sinceridad de los sentimientos del alma. Recomendamos sobretodo que los dias de fiesta, destinados á los sagrados oficios y establecidos para honrar á Dios y á los santos, no parezcan instituidos para darse á festines, juegos, inmoderados placeres y á licencia; en una palabra, encargamos que anime y distinga al pueblo romano cuanto es verdadero, cuanto es honesto, cuanto justo y santo, cuanto amable y digno de buena memoria, para que podamos envanecernos, no sólo de no ha-

ber oscurecido, sino tambien de haber, con nuestro celo y ejemplares costumbres, hecho más esplendorosa la gloria de fe y piedad que proponia como modelo el apóstol san Pablo y que de nuestros mayores hemos recibido como herencia preciosa entre todas.

«Quiera Dios ¡oh Jerusalen! que vengan á tí con la frente inclinada al suelo los hijos de cuantos te han humillado, y que adoren la huella de tus pasos aquellos mismos que fueron tus detractores... ¡A vosotros nos dirigimos con todo el ardor de nuestro corazon apostólico, á vosotros que, separados de la verdadera Iglesia de Jesucristo y apartados de la senda salvadora, tantas lágrimas nos costais por vuestro lastimoso estado! Conceded al más cariñoso de los padres lo único que falta á la general alegría, esto es, que, llamados por inspiracion del Espíritu de lo alto á gozar de la luz celestial, rompiendo las ataduras que os retienen y de nosotros os separan, vengais á participar de los sentimientos de la Iglesia, nuestra madre comun, fuera de la cual no es posible la salvacion. Si así lo haceis inundará nuestro pecho el alborozo, y al recibiros gozosos en nuestro regazo paternal bendecirémos al Dios de consuelo que en el mayor triunfo de la verdad católica nos habrá valorado con los tesoros de su misericordia... Ciertos estamos de que los príncipes católicos, queridísimos hijos nuestros en Jesucristo, nos apoyarán en esta circunstancia con toda su autoridad para que las presentes disposiciones, encaminadas á la salvacion de las almas, den los apetecidos resultados. Rogámosles por lo mismo y los conjuramos que favorezcan y coadyuven con los esfuerzos posibles y todo el celo que en beneficio de la religion les anima á los trabajos de los obispos, nuestros venerables hermanos, y velen por la seguridad de los caminos y preparen hospederías para los peregrinos que viajen por sus estados á fin de que no reciban en su piadosa obra injuria ni agravio. No ignoran seguramente los príncipes la conjuracion que en todas partes se ha tramado para la destruccion y aniquilamiento de los derechos divinos y humanos, así como tambien saben las maravillas que el Señor ha obrado extendiendo su diestra y humillando la audacia de los fuertes. Piensen, pues, que se deben incesantes acciones de gracias al Señor de los señores de quien fue la victoria; con humildes oraciones han de implorar de continuo el auxilio de la misericordia divina para que, al tiempo que la perversidad de los impíos en todas partes se introduce con la astucia de la serpiente, acabe él con su bondad la comenzada obra!...»

Era el reto á la vez que paternal atrevido, y la revolucion sólo contestó á él con medios indirectos. Buscando tímidos auxiliares en algunas córtes católicas inspiró á los gabinetes el temor de ver turbados sus pueblos por falsos peregrinos, y en efecto algunos tuvieron miedo del golpe de gente que se anunciaba, y varios embajadores solicitaron en Roma que el jubileo fuese concedido parcialmente á los estados uno despues de otro, para no dar de aquel modo al mundo un pretexto de agitacion. Leon XII, que tenia ilimitada confianza en el cardenal Bernetti, entónces gobernador de Roma, le consulta, y como el cardenal responde de que no se alterará el público sosiego en los estados pontificios, y con ingeniosas agudezas se bur-

la de los fingidos ó reales terrores de que se manifiestan sobrecogidos los gobiernos, el valor del soberano anímase aun más al contemplar el valor del ministro. Estaba aquel convencido de que en política lo mismo que en administracion el secreto para realizar grandes cosas está en aplicar con entereza una idea sencilla, y Leon XII la aplicó.

En público habia dicho estas palabras: «No creemos que los liberales, que son nuestros únicos enemigos, se disfracen de peregrinos y vengan aquí con armas ocultas bajo la esclavina adornada de pechinas, ni que se esconda en el bordon asesino acero. Pero aunque así fuese, sabríamos hacerles frente con intrepidez, y puesto que estamos, como se dice, sin soldados, nos presentaríamos á ellos con la sola autoridad de nuestro rostro. Publicado está el jubileo y convocadas las naciones cristianas; cumplamos nuestro deber cual corresponde, y si peligro hay en ello, gozo y palma será para Nos. Nuestros predecesores nos dieron de ello ejemplo y conviene que lo trasmitamos á los nuestros.»

Estas palabras conservadas á la historia por el cardenal Bernetti trazan fiel retrato del Pontífice. Leon XII ha resuelto que el jubileo se verifique, y nada puede ser obstáculo para la fiesta secular: Roma no cerrará sus puertas á nombre ninguno, ni tampoco temblará bajo ninguna planta humana. Hase dicho que sus amigos le infundian mayor miedo que sus enemigos, y con la confianza que á unos y otros demuestra prueba la ridiculez de los pronósticos y lo vano de los temores. Para recibir en su regazo á los hijos que á ella acuden de Oriente y de Occidente ha ensanchado las antiguas vias romanas; con hospitalaria cordialidad recibe al gentío que de todos los pueblos se presenta, y desde la víspera de la Navidad de 1824 hasta el 24 de diciembre de 1825 la multitud crece y se renueva cada dia.

Exagerados fueron los terrores de los grandes políticos; el espanto con que consideraron aquella inmensa reunion de hombres que á una señal habian de trasformarse en ejército del desórden ó en vanguardia de insurreccion local, habia salido vano. Díjose entónces que la hacienda exhausta no podria atender á las santas magnificencias de Leon XII ni á las necesidades de la muchedumbre cristiana atraida por la promesa de perdon; pero Leon XII, económico y pródigo segun las circunstancias, contesta á ello alimentando con sus ahorros á los piadosos viajeros, al propio tiempo que despues de tantos desastres halla medio de comenzar á reunir de nuevo el tesoro de Sixto V. En el estado y en la capital de la Iglesia es tal la seguridad que se disfruta que hubo aquel año ménos delitos comunes que en los otros ordinarios, y así quedaron burladas las previsiones diplomáticas, sin que en punto alguno se atreviesen á levantar la frente las sociedades secretas.

Sólo en Ravena intentaron los carbonarios, haciendo entónces su aprendizaje de asesinato, un golpe de desesperacion que quedó frustrado. Tres individuos de la secta atacaron al cardenal Rivarola sin que sus balas le hieran, y Leon XII, feliz y contento, pudo verificar en persona por entre una multitud respetuosa y enternecida las diferentes estaciones de la peregrinacion católica.

El Soberano, á quien los pueblos saludaron de hinojos con aclamaciones de amor al verle llevado en su trono, se ha despojado de la tiara y de los ornamentos pontificios. Rodeado de los individuos del Sacro colegio anda ahora á pié y reza. Con los piés descalzos y la frente descubierta en nada se distingue de la muchedumbre á no ser en la auréola de indecible grandeza que le señala á la veneracion pública. Leon XII no dudó un momento de la fe de los pueblos, y estos le agradecen y pagan semejante confianza.

Delante de un Papa que de las flaquezas de un cuerpo achacoso sabe sacar energía suficiente para vencer las resistencias y hacer prevalecer su voluntad, expresion de las necesidades de la Iglesia y del popular deseo, conoce la revolucion que ya no es en Italia la única señora del campo. Frente de ella está un poder moral al que no espanta el estrépito y la calumnia, pudiendo ejercer en determinadas ocasiones preponderante influencia en los sucesos, influencia que ha conquistado Leon XII con el incomparable esfuerzo de su ánimo unido á moderacion extremada. Nuevos soberanos suben al trono: Cárlos X en Paris, Nicolas en San Petersburgo y Francisco en Nápoles pueden modificar la situacion general, y desde el lecho de dolores en que yace de continuo postrado observa el Papa los asuntos todos. Ni un momento ceja en sus planes, y despues de volverse al Norte y al Mediodía examina de qué punto sopla el viento de la maldad. La revolucion, que siente que sus movimientos no son libres, concede un respiro á los conspiradores para darles la historia por panegirista. Y la historia aceptó el encargo que se le confiaba, y se pusieron en boga y hubo manía por los delitos de reyes y Pontífices.

Voltaire, que disfruta de popularidad intermitente, fue de nuevo ensalzado y puesto en las nubes. Siempre que se desvanecen en los hombres que le son devotos los temores de un cataclismo social, danse á exaltarle y á presentarle, á él, poeta atrabiliario que jamas perdonó, como á vengador de la humanidad. No importa que Voltaire nunca experimentara las grandes sensaciones históricas que constituyen la verdadera musa de Herodoto; no importa que ultrajara la razon individual para depravar el espíritu público: servil manada de plagiarios sigue sus huellas y rompe el fuego contra la verdad. Y ese comercio fraudulento que se ejercia en Francia en vastas proporciones, se organiza en la Europa toda: aclámase el tolerantismo, cuéntanse de él maravillas y fórmanle cortejo, pues con Silio Itálico saben todos que en épocas tormentosas es la debilidad delito.

Fit scelus indulgens per nubila sæcula virtus.

El talento se consagraba en Francia á la apoteósis del vicio y la maldad; no es necesario haber sido un gran Papa ni un santo monarca para alcanzar los honores de la historia; tales méritos, muy comunes en los anales de la Iglesia y de los imperios, son por el contrario motivo de reprobacion é injurias. Las alabanzas son todas destinadas para los promovedores de revolucion, el llanto declamatorio para los mártires de su orgullo. Francia ha dado la señal y los escritores del universo entero obedecen la órden recibida.

Cuantos hombres en el tiempo pasado movieron guerra á Dios ó á su

Iglesia, cuantos se constituyeron en estado permanente de hostilidad respecto del trono y la ley, ateos, heresiarcas, impíos ó rebeldes, fueron sacados á la necia admiracion de la muchedumbre. Nada es parte, ni siquiera el arrepentimiento, para librar los sepulcros de tamaña profanacion, y quien negó á Dios, quien ultrajó los eternos principios, encuentra forzosamente plumas mercenarias que improvisen la apología de sus atentados. De pronto vense subir otra vez á la superficie nombres olvidados, reputaciones sangrientas, y cuantos malvados de recuerdo sombrío divinizaron el mal; y todos, espectros evocados contra la Iglesia, fueron sin distincion los patriarcas de la indiferencia moderna. Aclámaseles como á precursores de la luz, y hasta Calvino, el Felipe II de Ginebra, aunque Felipe II sin su buen derecho y grandeza, ve levantarse altares en Alemania á su tolerancia.

En 22 de octubre de 1548 Calvino escribia al duque de Sommerset, regente de Inglaterra en tiempo de Eduardo VI: «A lo que entiendo, monseñor, son de dos clases los rebeldes que se han alzado contra el rey y el reino. Están los unos poseidos de quimeras aspirando so color del Evangelio á ponerlo todo en confusion, y son los otros hombres obstinados en las supersticiones del Antecristo de Roma: unos y otros han merecido de sobra ser castigados con la espada que se os ha confiado (1).»

El mismo Calvino, prototipo de tolerancia y humanidad, excusa en 13 de mayo de 1562 los asesinatos y la guerra civil. «Lo que se ha hecho con entusiasmo y obedeciendo al impulso de la devocion, escribe á los ministros de Leon, será siempre juzgado con blandura por los hombres temerosos de Dios.»

Y no es esto todo: el sectario que se complugo en todas ocasiones en recordar á los demas la hoguera de Servet, escribia hablando de uno que se mostrara disidente á sus doctrinas: «Como sabia qué hombre era, mucho deseaba que se pudriese en el rincon de un calabozo... Y os aseguro, señora, que á no escaparse tan pronto, hubiera hecho lo posible para cumplir mi deber y chamuscarlo.»

Así entendia y practicaba Calvino la tolerancia. Siempre han pensado del mismo modo los heresiarcas rebeldes; todos ellos luego que han adquirido fuerza realizaron su pensamiento con suplicios, todos trocaron la palma de hipotético martirio por las torturas desgraciadamente muy reales con que afligieron á los demas. Esto no obstante, el tiranuelo hugonote encontró tambien admiradores; habiéndose separado (así dicen) de las supersticiones del Antecristo de Roma, ¿cómo no ha de ser digno su nombre de la gloria con que con sus propias manos se coronan los fanáticos del tolerantismo que con el sable en la diestra querrán poner su orgullo en lugar de la humildad cristiana? Así se decidió en Alemania, en la Alemania protestante y en la Francia liberal de 1825, y la decision de entónces podria ser todavía la de ahora.

La Alemania progresista, la Alemania crítica se afana por rehabilitar el desórden y pervertir la inteligencia á fin de ofrecer á la mentira dere-

(1) *Cartas de Juan Calvino*, t. II.

cho de ciudadanía, al tiempo que de periódicos y libros de francmasonerías y sociedades bíblicas sale un solo grito, expresando todos unánime deseo: el mundo tiene hambre y sed de tolerancia, y no hay mas que la Iglesia que se oponga al universal anhelo. La tolerancia es panacea del siglo; en nombre de un Dios de amor y paz es colocada bajo la egida de Calvino y Voltaire, los mayores déspotas que han existido, y son sus representantes cuantos se apoyan en la fuerza bruta para propagar sus ideas de rebelion.

Así, pues, no cesó la Iglesia en sus combates ni aun en el Pontificado tan glorioso y corto de Leon XII; rodeada siempre de enemigos, hostigada siempre por ellos como una flota seguida por los tiburones, hubo necesariamente de hacer frente á la indiferencia y al egoismo, al secreto encono y á la hostilidad pública. Pasiones de dentro y de fuera la asaltaban sin cesar, cuando á los adversarios que peleaban á pecho descubierto uniéronse otros cuya idea fue concentrar en sí el poder y la unidad de accion.

El carbonarismo moderno, nacido en Calabria y Sicilia de un pensamiento profundamente monárquico, dió á su fundadora la reina Carolina de Nápoles en los primeros años del siglo XIX pruebas de indisputable fidelidad. Para proteger el conmovido trono la reina y el cardenal Fabricio Ruffo crearon en 1799 una sociedad que creció en individuos y fuerzas por efecto del misterio mismo en que hubo de envolverse. El almirante ingles Nelson, omnipotente en la córte de las Dos Sicilias, lord Bentinck, y lord Amherst despues sujetáronla al cumplimiento de crueles y sangrientos deberes, pues ya que en el continente se eternizaba la guerra á cañonazos quisieron que los carbonarios la hiciesen á puñaladas. Obedecen los carbonarios realistas, y aunque sin saber de un modo exacto las ulteriores esperanzas del gobierno ingles, aprenden poco á poco á balbucir los primeros rudimentos de los derechos del hombre; y en seguida, como recompensa de los servicios prestados y cumplimiento de las promesas hechas por Inglaterra, solicitan una constitucion. Era esta tan mal definida como mal interpretada, si bien para los futuros planes de la ambicion británica no era esto impedimento ni obstáculo.

Ocurridos los acaecimientos de 1815 y la muerte de Murat, fusilado en Pizzo, las exigencias de los carbonarios crecieron á proporcion de la influencia inglesa. Sugirióseles la idea de pedir primero y de exigir despues el cumplimiento de una promesa sagrada, puesto que el gabinete de San James se habia constituido espontáneamente en fiador hipotético y usurario de ella, y desde aquel momento oyóse á los jefes de la secta hablar de lealtad y abnegacion con palabras de amenaza. De sus labios salian insólitos deseos, sin rebozo manifestaron tendencias progresivamente liberales, y en breve, cegados por las quimeras de constitucion, presentáronse como víctimas de real ingratitud.

Esos mismos carbonarios, de los cuales Fra Diavolo fue en Francia y en la Gran Bretaña la expresion primitiva más notable, habian sido espanto de la demagogia napolitana y de su ministro de policía el regicida corso Salicetti, que era de la misma compendio y resúmen; mas apénas cayó la dema-

gogia del poder, cuando adoptaron su misma bandera y profesaron todos sus extravíos, aumentando el número de aquellos conspiradores afanados en busca de quimérico progreso nobles ambiciosos y arruinados. Trasformacion era esta que aun cuando repentina é inesperada habia de desasosegar á los políticos; pero sucedió que nadie en Italia ni en otras partes pensó en conjurar la tormenta con la menor precaucion; en medio de aquellas monarquías apénas restauradas y llenas de alborozo al contemplar el milagro de su restauracion, como si de ella hubiesen sido directo instrumento, únicamente el gobierno de la Santa Sede tuvo presciencia del peligro, y por medio del cardenal Consalvi indicólo Pio VII á las córtes extranjeras.

El Soberano y el ministro daban la voz de alarma, y con animosa claridad explicaban la situacion en nombre de los intereses sociales puestos en peligro. En comunicaciones de oficio y en cartas particulares, de las que tenemos en nuestro poder varias minutas, decian que el mal, localizado aun, tendia á propagarse y dilatarse, segun puede verse de lo que en 4 de enero de 1818 escribia Consalvi al príncipe de Metternich.

«Las cosas en parte alguna van bien, le decia, y opino, querido príncipe, que descuidamos en demasía toda clase de precauciones. En vano es que hable yo cada dia á los embajadores de Europa de los peligros futuros que preparan para el órden reconstituido las sociedades secretas; mis palabras no logran sacarles de su indiferencia, ó á lo más, imaginando que la Santa Sede se asusta fácilmente, causan gran sorpresa los consejos que la prudencia nos dicta. Error es este manifiesto del cual desearia que no participase V. A., muy experimentado para no desear poner en práctica el principio de que es mejor prevenir que castigar. Ahora bien, llegado es el momento de prevenir, é importa aprovecharlo, á no ser que se resuelva de antemano adoptar una represion que sin duda aumentará el mal en vez de remediarlo.

«Los elementos que constituyen las sociedades secretas, en especial el núcleo del carbonarismo, están aun dispersos, mal fundidos ó «in ovo;» pero adviértase que vivimos en un tiempo tan favorable para las conspiraciones y tan adverso para el sentimiento del deber, que cualquiera circunstancia por pequeña que sea puede con facilidad formar una masa compacta y temible con esos conciliábulos dispersos. En su última carta V. A. me hace el honor de decirme que quizas causan en mí temores exagerados ciertos sacudimientos que son naturales despues de la deshecha tempestad que hemos corrido, y aunque mucho desearia que mis resentimientos no pasaran de ser quimeras, es lo cierto que no me es dable alimentar semejante esperanza.

«Cuantas noticias por diversos conductos recojo, y todo lo que en el tiempo futuro entreveo me inducen á pensar (con los años veréis si me equivoco) que la revolucion ha cambiado de camino y táctica. No ataca ya con violencia los tronos y los altares, y se limita á minarlos por medio de incesantes calumnias; entre gobernantes y gobernados sembrará odios y desconfianza, y aparentando tener lástima de los unos hará odiosos á los otros, hasta que llegue el dia en que las monarquías más seculares, abandonadas por

sus defensores, se hallarán á merced de unos pocos trafagones de baja ralea en quienes nadie se digna ahora fijar una mirada de atencion preventiva. A lo que creo, en los temores por mí manifestados, obedeciendo siempre órdenes verbales de Su Santidad, no ven vuestros ojos otra cosa que un sistema preconcebido é ideas que sólo en Roma pueden tener orígen y acogida; mas juro á V. A. que al escribirle y al dirigirme á las altas potencias me despojo por completo de todo interes personal, y veo la materia desde un punto mucho más elevado. No fijarse en ella por el solo hecho de no ser todavía de dominio público, digámoslo así, es á mi ver condenarse irremisiblemente á tardío arrepentimiento.

«El gobierno de S. M. imperial y real apostólica adopta cuantas disposiciones de prudencia la situacion permite (así me consta y por ello le da gracias el Padre Santo desde lo más íntimo del alma); pero quisiéramos que no cerrara los ojos como hacen los demas estados de Europa para no ver terribles eventualidades. La necesidad de conspirar es innata en el corazon de los italianos, y por lo mismo conviene no dejar que se desenvuelva inclinacion tan reprobàda si no quieren los príncipes hallarse dentro de pocos años en la precision de castigar. Entónces la sangre y los calabozos establecerán entre ellos y sus súbditos un muro divisorio, y tomarémos todos el camino de un abismo que mediante un poco de prudencia seria ahora muy fácil de evitar. Los eminentes servicios que V. A. prestó á Europa le han dado con justicia privilegiado lugar en el consejo de los reyes; en V. A. tienen puesta merecidamente su confianza, y empresa muy alta seria, querido príncipe, aumentar vuestra universal gloria colocando á los conspiradores novicios en la imposibilidad de perjudicar á los demas y á sí mismos. La presciencia y el anticipado conocimiento de las cosas futuras ha sido siempre el grande arte de los eximios políticos, y no creo que querais faltar ahora á vuestra vocacion.»

Como puede verse, la Santa Sede no ocultaba á nadie los nacientes peligros; pero su lenguaje no fue comprendido, y de sus consejos no se hizo el menor caso. El emperador de Rusia contestó que estaba muy léjos; el rey de Prusia dió á entender que era protestante; el de Francia alegó la felicidad que le cabia de ser padre legítimo de su carta, y solo el príncipe regente de Inglaterra puso á disposicion de la causa comun la influencia de que le permitia disponer su especial sistema de gobierno. Los carbonarios se escondian en las sombras y el misterio, y á despecho de los ruegos del príncipe de Metternich y del cardenal Consalvi creyóse lo más acertado y la mejor política dejarlos en la oscuridad que ellos buscaban y en la cual se complacian.

Pero apénas habian trascurrido tres años desde que descubriera el escollo la Sede romana cuando el carbonarismo extendia ya sus ramificaciones desde Palermo hasta Berlin, reuniendo como en un haz á cuantos experimentaban la necesidad de disturbios y la sed de innovaciones. El carbonarismo, que no es nuevo en la historia por su esencia ni por su forma, empezó por ser una rama desprendida del árbol de las sociedades secretas; mas



en breve absorbiólas todas con funesta fecundidad; tiempo despues dióles su mismo nombre, hasta el dia en que rompiendo los antiguos ídolos ambiciones nuevas alzarán otras divinidades. Desde aquel momento el carbonarismo ni siquiera nombre tendrá en los anales de los pueblos, y no será posible descubrir sus pasos sino por la huella de sus crímenes.

Así que la concentracion de las sociedades secretas permitió á sus caudillos organizar el trabajo subterráneo, acudióles naturalmente un desmoralizador pensamiento. Al evitar en todas ocasiones las miradas y la mano de los gobiernos, aquellos Moises de tinieblas tuvieron la habilidad, como para alimentar el sacro fuego, de ofrecer como presa sicarios de baja laya, miéntras que ellos reinaban en las sombras y que por medio de juramentos que daban la muerte estaban seguros de que sus órdenes serian cumplidas con impenetrable misterio.

Pero á esa obra de disolucion parcial bosquejada ora en un punto, ora en otro, era necesario un sólido apoyo. Para desenvolver y sazonar proyectos antimonárquicos convenia cimentarlos en la base anticristiana, y una vez adoptada esta fundamental idea no faltaba mas que plantearla.

La regeneracion de Italia y del mundo todo no podia alcanzarse sino por medios extraordinarios, y vivificar y difundir la idea democrática era la quimera de todas las inteligencias enfermizas y entecas, así en la francmasonería como en la secta de los iluminados. Para aceptarla no tenian los reyes valor suficiente, ni para combatirla resolucion bastante, y se contentaban con pasar sin dejar huella esperando la muerte entre los placeres ó los extravíos del mundo. Sólo la Iglesia permanece en pié en medio de las ruinas, sólo ella sobrevive á las revoluciones y á los cataclismos, y á ella dirigieron los golpes una falange de decididos voluntarios. Ya que la Iglesia no podia entrar con ellos en pactos declaráronse sus más irreconciliables enemigos; y no se evaporó su hostilidad en turbulencias impías y en provocaciones insensatas, sino que por el contrario manifestaron la serenidad del salvaje y la impasibilidad del diplomático ingles.

Así que tuvieron levantadas sus baterías y echaron raíces en las principales ciudades en que se tramaba la anti-cristiana conjuracion redactaron una instruccion permanente, código y guia á la vez para los iniciados superiores. Esa instruccion, traducida del italiano, dice así, sin aumentar ni quitar nada á su espantosa dureza:

«Desde que estamos establecidos como cuerpo militante y comienza á reinar órden, así en la venta más apartada como en la más cercana al centro una idea ha ocupado con preferencia á los hombres que aspiran á la regeneracion universal, y es la emancipacion de Italia, de la cual ha de nacer un dia la emancipacion del mundo todo, la república fraternal y la armonía de la humanidad. Nuestros hermanos de la otra parte de los Alpes no la ven aun clara y distintamente, y piensan que sólo es dado á la Italia revolucionaria conspirar entre tinieblas, repartir algunas puñaladas á esbirros ó á traidores y sobrellevar tranquilamente el yugo de los sucesos que se verifican más allá de los montes teniendo á Italia por objeto, pero no por

partícipe. Error es este que varias veces nos ha sido funesto y que no debe ser combatido con palabras, lo cual equivaldria á propagarlo, sino destruido con hechos. Por esto en medio de las atenciones que ocupan y agitan á las inteligencias más privilegiadas de nuestras ventas, hay una que nunca debemos perder de vista.

En todas épocas ha ejercido el Pontificado influjo decisivo en los asuntos de Italia; la voz, la pluma y el corazon de sus innúmeros obispos, presbíteros, monjes, religiosas y fieles de todas las latitudes le proporcionan de continuo almas dispuestas al martirio y al entusiasmo; allí donde quiere halla amigos que le entregan vida y hacienda; es en una palabra robustísima palanca cuya eficacia sólo algunos Papas han conocido, aplicándola, empero, únicamente en ciertas ocasiones y hasta cierto punto. En el dia no se trata de reconstituir en favor nuestro ese poder cuyo esplendor está momentáneamente oscurecido; nuestro objeto final es el de Voltaire y el de la revolucion francesa, esto es, el anonadamiento del catolicismo y de toda idea cristiana, la que, si permaneciera viva entre las ruinas de Roma, deberia despues difundirlo otra vez y perpetuarlo. Mas para alcanzar con certeza este fin, para no prepararnos con nuestras propias manos reveses y derrotas que aplazan indefinidamente y exponen á mil azares el triunfo de una buena causa, conviene cerrar el oído á los franceses jactanciosos, á los alemanes ininteligibles y á los ingleses melancólicos, poseidos todos de la idea de que se mata al catolicismo con una copla soez, con una consecuencia reñida con la lógica ó con un grosero sarcasmo introducido de contrabando como los algodones de la Gran Bretaña. El catolicismo tiene la piel bastante dura para resistir á esto y más; otros adversarios más terribles é implacables ha tenido, y no seria la primera vez que se diera el gusto de rociar con agua bendita el sepulcro de los más furiosos. Dejemos, pues, que nuestros hermanos de aquellas regiones se abandonen á las intemperancias de su anticatólico celo; permitámosles tambien burlarse de nuestras madonas y de nuestra devocion aparente; con este pasaporte podemos conspirar en libertad y llegar poco á poco al fin deseado.

«Mil y seiscientos años hace que el Pontificado va unido á la historia de Italia; sin permiso del Pastor supremo no puede Italia respirar ni moverse; contando con él cuenta con los cien brazos de Briareo; sin él está condenado á lastimosa impotencia, y tiene por único destino fomentar divisiones y mirar como nacen odios y se encienden hostilidades desde la primera cordillera de los Alpes hasta el último collado de los Apeninos. No podemos nosotros querer situacion semejante, é importa buscar un remedio. El remedio en la mano lo tenemos: ya que el Papa, sea quien fuere, no ha de venir jamas á las sociedades secretas, á estas toca dar hácia la Iglesia los primeros pasos con objeto de vencer á la Iglesia y al Pontífice.

«La obra que vamos á emprender no es de un dia, ni de un mes, ni de un año: puede durar años y años y quizas un siglo; pero en nuestras filas el soldado muere y la pelea continúa.

«No pensemos en ganar á los Papas á nuestra causa ni en hacerlos neó-

fitos de nuestros principios y propagadores de nuestras ideas; esto seria ridícula quimera, y sea cual fuere el sesgo que tomen los sucesos, penetren ó no, como ha sucedido, de buen grado ó por sorpresa parte de nuestros secretos cardenales ó prelados, no será esto motivo para desear su exaltacion á la Silla romana. Su exaltacion nos perderia, pues si la ambicion los habia llevado á la apostasía, la necesidad del poder les obligaria á inmolarnos. Lo que sí hemos de desear, lo que hemos de procurar y esperar como los judíos al Mesías, es un Papa amoldado á nuestras necesidades. Y adviértase que Alejandro VI con todos sus privados delitos no nos convendria, pues nunca incurrió en error en materias religiosas, y por el contrario, un Clemente XIV seria lo mejor que podríamos apetecer. Borgia era un libertino, un verdadero sensualista del siglo XVIII extraviado en el XV, anatematizado á pesar de sus vicios por los vicios todos de la filosofía y la incredulidad, debido al ardor con que defendió la causa de la Iglesia; Ganganelli, empero, se entregó atado de piés y manos á los ministros de los Borbones que le infundian miedo y á los incrédulos que ensalzaban su tolerancia, y Ganganelli ha llegado á ser considerado como un gran Pontífice. A ser esto posible necesitaríamos uno con los mismos requisitos: con él podríamos combatir á la Iglesia con mejor resultado que con todos los libelos de nuestros hermanos de Francia y todo el oro de Inglaterra, y la razon de ello está en que con él no necesitaríamos para hender la roca en que edificó Dios su Iglesia el vinagre de Aníbal, pólvora y ni siquiera brazos. Tendríamos al dedo meñique del sucesor de Pedro comprometido en la conjuracion, y ese dedo valdria tanto para la presente cruzada como todos los Urbanos II y los san Bernardos de la cristiandad.

«Que llegarémos á este término supremo de nuestros esfuerzos es para nosotros indudable; pero cuándo y cómo sucederá es todavía un problema de incógnita no despejada. Sin embargo, como nada debe apartarnos del plan trazado, como todo por el contrario debe movernos á que en él perseveremos, como si la victoria hubiese de coronar mañana la obra apénas comenzada, hemos querido con la presente instruccion, que permanecerá secreta para los iniciados de primer grado, dar á los directores de la venta suprema los consejos que habrán de inculcar al comun de los hermanos en forma de enseñanza ó lecciones. É importa que, con discrecion cuya causa por lo evidente no necesita decirse, no se deje comprender en tiempo alguno que tales consejos son órdenes procedentes de la venta: trátase en ellos mucho del clero, y en la época presente no nos está permitido jugar con él como lo hacemos con los reyezuelos y principillos que desaparecen al menor soplo.

« Con los cardenales antiguos y con los prelados de carácter y opinion decidida hay poco ó nada que hacer: dejémosles, pues, que permanezcan incorregibles en la escuela de Consalvi, y en nuestros depósitos de popularidad ó impopularidad busquemos las armas que deben hacer su autoridad útil ó ridícula. Una expresion que el ingenio inventa y que se difunde entre algunas familias escogidas para que de allí baje á los cafées y de los cafées

á la calle puede á veces matar á un hombre. Al llegar de Roma algun prelado para ejercer un cargo público en provincias, averiguad sin pérdida de momento su genio, sus antecedentes, sus buenas cualidades y sobretodo sus defectos. Si es un enemigo declarado, como un Albani, un Pallotta, un Bernetti, un della Genga ó un Rivarola, armad á su paso toda clase de lazos, formadle una de aquellas reputaciones que asustan á los niños y á las viejas, decid que es cruel y sanguinario, referid como propios suyos lances de encono y saña que puedan grabarse fácilmente en la memoria del pueblo, y cuando los periódicos extranjeros reproduzcan el relato y lo embellezcan á su vez por amor y respeto á la verdad, enseñad ó mejor haced que los tontos respetables, cuyo número es muy crecido, enseñen aquí y allí el periódico en que se estampa el nombre y se relatan los imaginarios excesos del personaje. Italia, al igual de Francia é Inglaterra, no ha de carecer de plumas que sepan empaparse en falsedades útiles á la buena causa, y con un periódico cuyo idioma no entiende, pero en el cual vea el nombre de su legado ó juez, el público no necesita otras pruebas. Está ahora en la infancia del liberalismo y cree en los liberales como andando el tiempo creerá en otras cosas y en diferentes hombres.

«Anonadad al enemigo sea quien fuere, anonadad al poderoso á fuerza de chismes y calumnias; pero sobretodo anonadadle en gérmen. Los jóvenes han de ser nuestro blanco; á ellos conviene seducir y arrastrar sin que lo sospechen á las filas de las sociedades secretas, y para conseguirlo, para avanzar paso á paso, pero con seguridad, por el peligroso camino son necesarias dos cosas. Al propio tiempo que finjais ser sencillos como palomas debeis ser prudentes como las culebras; vuestros padres, hijos y esposas han de ignorar siempre el secreto que llevais en el pecho; y si para burlar mejor la inquisitorial mirada quisiérais acercaros al confesionario, quedais de derecho autorizados para guardar sobre esto absoluto silencio. No ignorais que la menor revelacion, el más pequeño indicio que se deje traslucir en el tribunal de la penitencia ó en otra parte, sea la que fuere, puede ser causa de grandes calamidades, y equivale para el imprudente voluntario ó involuntario á su sentencia de muerte.

«Ahora bien, para tener un Papa con los requisitos exigidos es necesario ante todo formar para él una generacion digna del reinado porque suspiramos. Dejad á un lado la ancianidad y la edad madura, y sea vuestro objetivo la juventud y si es posible la infancia. No useis para con ella de expresiones impías ú obscenas; no olvideis en ninguna ocasion aquellas palabras del poeta: «Maxima debetur puero reverentia,» y haced que os sirvan de salvaguardia contra licencias de que, en interes de la causa, importa mucho abstenerse. Para coger frutos en lo interior de las familias, para que podais penetrar en el hogar doméstico, debeis presentaros con todas las apariencias de un hombre grave y moral, y una vez bien sentada vuestra reputacion en colegios, gimnasios, universidades y seminarios, una vez os hayais captado la confianza de profesores y estudiantes, procurad con preferencia que los que se alisten en la milicia clerical tomen gusto en vuestras

conversaciones. Desplegad á sus ojos el esplendor antiguo de la Roma pontificia, y como en lo íntimo de los corazones italianos existe cierto amor hácia la Roma republicana, confundid sagazmente los dos recuerdos uno en otro. Excitad, encended esas naturalezas poseidas de ardor y de patriótico orgullo. Empezad por ofrecerles, en secreto siempre, libros inofensivos, poesías que rebosen de énfasis nacional, y poco á poco llevaréis á vuestros discípulos al grado de cocimiento necesario. Cuando en todos los puntos á la vez del estado eclesiástico ese trabajo de cada dia habrá diseminado nuestras ideas como la luz, entónces podréis apreciar lo acertado del consejo que en este momento os damos.

«Los acaecimientos que á nuestro modo de ver van muy aprisa (1), serán por necesidad dentro de pocos meses causa de una intervencion armada de Austria. Locos hay que se complacen en lanzar á los demas en medio de los peligros, y sin embargo ellos son los que en un momento dado arrastran hasta á los más cuerdos. La revolucion que en Italia se medita sólo producirá desgracias y proscripciones en cuanto no están sazonados para ella los hombres ni las cosas, y tardarán mucho en estarlo; pero en esas mismas calamidades podeis hallar con facilidad otra cuerda que hacer vibrar en el corazon de los clérigos jóvenes. Beneficiad el odio que por los extranjeros se siente; haced que el aleman (iltedesco) sea ridículo y aborrecible aun ántes de su prevista intervencion; á la idea de supremacía pontificia añadid siempre el antiguo recuerdo de las guerras del Sacerdocio y el imperio; reanimad las pasiones no extinguidas del todo de los güelfos y gibelinos, y de este modo os iréis formando á poca costa una reputacion de buenos católicos y puros patriotas.

«Y esa fama ha de llevar nuestras doctrinas entre el clero novel y en los conventos. Trascurridos pocos años ese mismo clero habrá invadido todos los cargos por la fuerza de las cosas; gobernará, administrará, juzgará, formará el consejo del soberano y deberá elegir el Pontífice que haya de reinar, pontífice que, como la mayor parte de sus contemporáneos, estará por necesidad más ó ménos imbuido en los principios italianos y humanitarios que desde hoy vamos á poner en circulacion. Imperceptible grano de mostaza confiado á la tierra, el sol de las justicias lo hará germinar y brotar, y ya veréis un dia la abundosa cosecha que la simiente de hoy produce.

«En la senda que á nuestros hermanos trazamos hay que vencer grandes obstáculos y que superar dificultades de diversa índole; mas la experiencia y la perspicacia triunfarán de todas: es tan bello y grandioso el fin, que para lograrlo vale la pena de dar todas las velas al viento. Si quereis revolucionar á Italia, buscad al Papa cuyo retrato acabamos de bosquejar; si quereis establecer el reino de los elegidos en el mismo trono de la prostituta de Babilonia, haced que el clero siga vuestros pendones al tiempo que crea no apartarse de la bandera de las apostólicas llaves; si quereis que desapa-

(1) Este escrito lleva la fecha del año 1819.

rezca el postrer vestigio de tiranos y opresores, tended vuestras redes como Simon, hijo de Juan, tendedlas en sacristías, seminarios y conventos mejor que en la mar, y si teneis paciencia y no precipitais las cosas os prometemos pesca más milagrosa que la suya. De pescador de peces se hizo pescador de hombres; vosotros pescaréis amigos junto á la Cátedra apostólica; pescaréis una revolucion con tiara y capa pluvial que hará su camino en pos de la cruz y el estandarte de la parroquia, revolucion que por poco estimulada que sea pegará fuego al mundo por sus cuatro costados.

«Diríjanse, pues, los actos todos de vuestra vida al descubrimiento de esa piedra filosofal. Para la realizacion de tal quimera perdieron los alquimistas de los siglos medios el tiempo y el oro de los que en ellos se fiaron; mas la idea de las sociedades secretas ha de cumplirse al fin en cuanto tiene por base las pasiones del hombre. No nos desalienten contratiempos, reveses ni derrotas; templemos nuestras armas en la oscuridad de las ventas, levantemos nuestras baterías, halaguemos las pasiones, así las aviesas como las generosas, y todo nos induce á creer que el plan se realizará un dia, superando nuestras más risueñas esperanzas.»

Este documento, que era una especie de secreto de estado cuyo espíritu estaba en todas partes y la letra en ninguna, fue confiado en Italia á los individuos más discretos y emprendedores de las sociedades ocultas, y por espacio de muchos años sirvió de base á una conjuracion cuyos hilos importa descubrir. Vamos, pues, á referir sucintamente sus funestas esperanzas y afortunadas decepciones, y ya que los directores de la trama ocultaron sus nombres y títulos de familia con motes y sobrenombres, no queremos, sumisos á elevadas razones sociales, violar un seudónimo que es ahora escudo del arrepentimiento ó de la tumba: quizas la historia sea algun dia ménos indulgente que la Iglesia.

Apénas era nacido el carbonarismo cuando se dividió y subdividió hasta lo infinito, por rivalidades primero, por motivos interesados despues. Miéntras unos conspiran desatentadamente y siempre, aguardan otros, los más granados y de mejor seso, la ocasion propicia. Calculan estos exactamente la fuerza de sus golpes, y no queriendo tomarse la pena de agitar á Italia para alcanzar sin esfuerzo la palma de imaginario martirio, no estaban de modo alguno dispuestos á intentar un levantamiento armado cuyo resultado debia conducirlos á la proscripcion para vivir á expensas de sus cómplices en tierra extranjera.

Una vida como aquella de aventuras sin peligros y de jactancias sin gloria no era lo que más les sonreia en su posicion de hombres sesudos y de propietarios de holgada existencia. Habian por lo mismo concebido y desenvuelto un plan satánico, y para plantearlo dejaban que inteligencias dolientes y vacías se dieran en nombre de la independencia italiana á estériles insurrecciones. La miseria léjos de su patria, la vida de refugiados, muy precaria siempre pasados los primeros arranques de una fraternidad de momento, halagaban muy poco á unos hombres de entusiasmo frio, quienes, si renovaban la conspiracion de Catilina excepto su parte violenta, de-

seaban evitar la pena que por sus delitos habian merecido. Serpientes tortuosas deslizábanse por el mundo para emponzoñar hasta la última creencia y fecundar el llanto en provecho suyo, no sabiendo que el corazon mezquino del impío carece de fuerzas para medirse y pelear con la grandeza y sublimidad de la religion.

Existe una especie de carcoma que roe interiormente las vigas de los edificios, y esto con arte tan admirable que, dejando intacta la superficie del madero carcomido, queda tan delgada y endeble que con el dedo se rompe. Del mismo modo procedian en su empresa las sociedades secretas, y así obraba la suprema venta contra la Sede romana. Consistia el plan trazado por sus directores con gran satisfaccion de los prudentes en destruir sin que aparentasen atacar, y adoptado que fue, vémosle puesto en ejecucion desde el año 1820. En efecto, desde aquella época dase á la Iglesia continuo y no interrumpido asalto; todas las armas son buenas para hostilizarla, ora en lo espiritual, ora en lo temporal, y desnaturalízanse sus preceptos morales, calúmniase á su gobierno, y enséñase á desconfiar de sus dogmas y á recelar de sus leyes. Llévase la perturbacion á la conciencia de los romanos; cuanto bueno hace la Iglesia queda sometido á una crítica cuyo encargo consiste en ennegrecerlo todo; el desamor crece como la cizaña en el campo del padre de familia, y cuanto ménos sincero es el celo mayor es la exageracion.

Los tímidos, los facciosos por metáfora, los hermanos gemelos de la vacilacion que toman la incertidumbre de su voluntad por la mayor virtud del político habrian considerado el proyecto como irrealizable. La suprema venta italiana, comprendiendo mejor la fuerza de lo imposible, lo adoptó y lo puso en planta, pues raras veces deja de triunfar en política el hombre bastante audaz para acometer cosas consideradas por la generalidad imposibles de llevar á cabo.

Superior á las logias centrales ó particulares de las que se servia en caso necesario, aunque permaneciendo desconocida para ellas tanto por su organizacion como por sus estatutos, la suprema venta rodeóse de misteriosas precauciones, y si permitió á los carbonarios vulgares agitarse entre interminables maquinaciones y turbar á Italia y á Europa con no interrumpidas tramas, procuró hacer el menor ruido que pudiese. En aquella época de perturbacion el liberalismo conspiraba en la tribuna por medio de la predicacion, en las universidades por medio de la enseñanza, y en los periódicos valiéndose de bajas y procaces polémicas. No le bastaba conmover uno á uno los cimientos sociales, sino que conferia al crímen el derecho de inaugurar su reinado bajo sus propios auspicios, y lo alentaba con su actitud, lo ensalzaba en lo íntimo de su pecho, y con voz de humilde amenaza reclamaba en su beneficio la aplicacion de circunstancias atenuantes. El asesinato del duque de Berry no pasó, segun él, de ser un delito aislado, y la conspiracion de los cuatro sargentos de la Rochelas de una trama urdida por la policía. La era de los agentes provocadores dió comienzo entónces, y valiéndose de monstruosas imposturas diéronse liberalismo y sociedades secretas á extraviar la opinion pública.

Visto hemos ya como la revolucion se hizo escabel de la mentira y atacó á la Iglesia y al trono con calumnias pergeñadas de mano maestra. Estimúlala en 1822 la suprema venta; la revolucion progresa, é inventa el agente provocador. Y á este lo halla en sus propias filas, y deshonra á sus sicarios para escudarse con una vileza.

Estalla la conspiracion de Saumur, y es reducido á prision el general Berton, que fue de ella el jefe ostensible y la víctima. Un cirujano llamado Grandmenil habia sido activo organizador y repartidor del dinero para la conjuracion, y sus papeles descubrieron muchos misterios y el brazo de la Fayette, del general Foy, de Benjamin Constant y de Laffitte dirigiendo las maquinaciones que precedieron al levantamiento. Grandmenil ha apelado á la fuga; créele su partido fuera del alcance de la policía, y luego que no fue posible ya la duda acerca de sus relaciones, cuando quedaron descorridos todos los velos por la acusacion del fiscal Mangin, dispónese para el dia 1.° de agosto de 1822 lo que se llama una sesion borrascosa en la cámara de diputados.

La revolucion quiso sacar provecho de la vergüenza de Grandmenil, y sus cómplices le designaron como agente provocador del gobierno. La inquisicion, sus potros y sus hogueras fueron arrumbados momentáneamente, y se consideró del caso aterrorizar á Francia y Europa con declamaciones sobre los Júdas que provocaban conspiraciones y las descubrian luego al gobierno. Casimiro Périer, el general Foy y Laffitte proclamáronse en peligro al igual que la patria, y Benjamin Constant, que un cuarto de hora ántes de la sesion estrechaba la mano de su amigo Grandmenil, supo hallar tambien palabras de indignacion para increpar el moral asesinato. En medio del tumulto de acusaciones y cargos una voz grita desde la izquierda: Ese pícaro de Grandmenil ha desempeñado el oficio de agente provocador!...

Al llegar aquí es mejor dejar que hable un escritor revolucionario. M. Aquiles de Vaulabelle, en su «Historia de las dos restauraciones», refiere el caso del modo siguiente:

«La vehemencia de los oradores, las apóstrofes y gritos que habian de arrostrar y dominar, la animacion que todo comunicaba á la escena, concentraron en la tribuna la atencion de diputados y espectadores, é hicieron que pasara desapercibido un episodio que pudo dar al debate importancia y gravedad inesperada. Al interrumpir á M. de Peyronnet una voz salida de la izquierda diciendo: «¡Ese pícaro de Grandmenil ha desempeñado el oficio de agente provocador!» un hombre de elevada estatura, sentado en los últimos escaños de la tribuna de los exdiputados, se levantó de pronto y corrió á la barandilla; su rostro manifestaba grande agitacion, y era evidente que á duras penas podia contenerse. Y al oir las palabras del general Foy: «El fugitivo de que la faccion se ha valido no será interrogado ni dará explicaciones públicas sobre sus falsedades; ya veréis como no se presenta;» la agitacion de aquel hombre no conoció límites y viósele con las manos apoyadas en la barandilla de la tribuna sacar todo el cuerpo fuera. Aquel espectador era el mismo Grandmenil, quien, furioso y exasperado, iba á pre-

cipitarse en la sala para gritar al general Foy: «¡Nó, no soy un infame! ¡no huyo! ¡aquí estoy!»

«Al comenzar los debates habia subido M. Jorge de la Fayette á la tribuna ordinariamente desierta á donde M. Adan de la Pommeraye llevara al conjurado de Saumur, y ambos diputados tuvieron apénas tiempo para cogerle en el momento en que iba á precipitarse, y arrastrarle al interior de la tribuna y luego fuera de la sala. Grandmenil podia por lo ménos escribir y protestar en los periódicos; pero libre él y encarcelados sus amigos, imitó á Nantil é inmoló su honra en beneficio de sus coacusados, penoso sacrificio cuyo peso conoció luego de su llegada á Normandía. Los carbonarios á quienes iba recomendado, alarmados por los debates de 1.° de agosto, no consintieron en darle asilo y en favorecer su evasion á Jersey hasta recibir de M. Jorge de la Fayette una carta declarando y poniendo muy alta su abnegacion y lealtad (1).»

Raras veces, ni aun en revolucion, hase visto á la impostura tomar semejantes libertades y burlarse con mayor cinismo de la credulidad de los unos y de la buena fe de los otros. Para salvar sus cabezas los jefes de partido conspiradores cubren de oprobio á sus cómplices con injuriosas sospechas y se atreven á acusarlos de traicion cuando son ellos los traidores. Es indudable que en las sociedades secretas existen ciertas transacciones de conciencia que absuelven el perjurio y la hipocresía; pero ya que las sociedades secretas se perdonan entre sí tales medios sólo porque el fin los legitima, ¿por ventura el público honor y la probidad individual no están interesados en los inícuos pactos? Engañar así á las naciones ¿no es uno de los delitos que habrian de perder cualquiera causa y envilecer la mejor de todas?

No hicieron estas reflexiones el carbonarismo y la suprema venta, ni consideraron que el pueblo pudiera hacerlas, y la mentira quedó siendo arma autorizada sin avergonzarse de emplearla ilustres generales, elocuentes oradores y opulentos banqueros. El carbonarismo en todas partes ingerido halló constantemente conciencias pervertidas y dóciles brazos, y cuando no acertaba á inspirar conviccion daba la muerte. El verduguillo italiano era la razon suprema para el afiliado frances y el iluminado germánico; Sand heria á Kotzebue con el acero de las sociedades secretas de Alemania, y pocos meses despues Louvel asesinaba al duque de Berry con un puñal que llevaba en sí la idea del liberalismo.

Ambos crímenes, precursores de otros muchos, despertaron en los carbonarios afectuosa compasion muy parecida á una apoteósis; los liberales levantaron altares al asesinato, y abogados y poetas tributaron retórico llanto y ensalzaron en himnos á los asesinos inscritos por las sociedades secretas á la cabeza de su martirologio. La Burschenschaft de Tubingen tuvo su héroe como tuvo el suyo la venta central de Paris, y esos héroes, mancillados por admiraciones execrables, no carecieron de imitadores. La doctrina del puñal salia chorreando sangre y entre mil aclamaciones de la

(1) *Historia de las dos restauraciones*, por Aquiles de Vaulabelle, t. V, p. 361 y 362

cuna de las sociedades secretas; y el liberalismo, que hacia de la impiedad bandera y pararayos de los grandes principios de 1789, difundió y propagó esas nefandas teorías, que por su triunfo debian infaliblemente reducirse á la impotencia.

En 1825 hallaron eco las mismas teorías en la capital del mundo cristiano; en ella fue el asesinato injertado por el carbonarismo. La sentencia que nos descubre el suceso dice así:

«La comision especial nombrada por nuestro Padre Santo el papa Leon XII, que felizmente reina, y presidida por su excelencia monseñor Tomas Bernetti, gobernador de Roma, se ha reunido hoy á las nueve de la mañana en una de las salas del palacio del gobierno para ver la causa que por delito de lesa majestad y heridas con traicion y otras circunstancias agravantes se ha formado contra Angelo Targhini, natural de Brescia y domiciliado en Roma; Leónidas Montanari, de Cesena, cirujano en Rocca di Papa; Pompeyo Garofolini, romano, procurador; Luis Spadoni, de Forlı, licenciado de las tropas extranjeras y despues ayuda de cámara; Ludovico Gasperoni, de Fussignano, provincia de Ravena, estudiante dc jurisprudencia, y Sebastian Ricci, de Cesena, criado sin colocacion, mayores todos de edad.

«Abierta la discusion despues de las acostumbradas preces y de la invocacion del santísimo Nombre de Dios, se ha leido el apuntamiento de la causa conforme al proceso y sumario de antemano distribuido, y el abogado fiscal y el procurador general han sentado y explicado los puntos de legislacion y las constituciones que hacen referencia á los atentados de que se trata.

«El abogado de pobres ha aducido los fundamentos de la defensa, ya de viva voz, ya por escritos de antemano repartidos.

«Y la comision especial, tomando en consideracion la resultancia de la causa, los fundamentos de la defensa y las disposiciones legales, declara:

«Que Angelo Targhini, miéntras estuvo preso por homicidio cometido en 1819 en la persona de Alejandro Corsi, intervino en cuanto tenia relacion con las sociedades secretas prohibidas, y se afilió en seguida á la secta de los carbonarios, cuyo fundador fue en la capital así que pudo regresar á ella;

«Que si bien hizo algunos prosélitos, estos no frecuentaban mucho la sociedad, siendo en ella Targhini jefe y déspota absoluto, segun declaran sus mismos compañeros;

«Que en union con sus coacusados no omitió esfuerzo para lograr que aquellos frecuentasen la secta, y para ello y á fin de comunicar á aquella poderoso impulso determinó aterrorizar con ejemplar espantoso á las personas que de la misma se habian separado, formando entónces el proyecto de asesinar á algunas apelando á la traicion;

«Que en la noche del 4 de junio último, resuelto á realizar su plan, dicho Targhini visitó en su propia casa á una de las expresadas personas, y sacándola de ella con pretextos la llevó á un meson donde bebieron juntos: de allí con amistosos modales, la acompañó hasta la calle que lleva á la plaza de Sant-Andrea della Valle, en cuyo punto aquel jóven, sin sospecha ni



recelo alguno, recibió de pronto y por la espalda una puñalada en el costado derecho quedando gravemente herido;

«Que Leónidas Montanari, el cual estaba allí en acecho espiando su paso, fue el autor del daño;

«Que á la misma hora en que Targhini fué á la casa de dicha persona, Pompeyo Garofolini y Luis Spadoni fuéron á la de otro afiliado á la secta que tampoco la frecuentaba, y quedándose el uno en la calle subió el otro al cuarto tambien con el designio de hacerle salir para asesinarle, lo cual por suerte no sucedió por cuanto aquella persona se encontraba indispuesta y estaba en aquel momento tomando un baño de piés;

«Que, inmediatamente despues de haber salido Targhini de su casa con Montanari, salieron de ella Spadoni y Garofolini, y en seguida practicaron lo mismo Ludovico Gasperoni y Sebastian Ricci, lo cual prueba que préviamente se habian reunidos todos;

«Que agrupando estas circunstancias y otras no ménos atendibles de la causa en la cual constan por extenso adquiérese el convencimiento de que los acusados conspiraron y se confabularon para la ejecucion del delito que sólo pudo consumarse en una de las personas designadas;

«En su consecuencia la comision especial, considerando la gravedad de este delito y del de lesa majestad, y tambien las pruebas que pesan contra los acusados, juzga y condena por unanimidad á Angelo Targhini y Leónidas Montanari á la pena de muerte; á Luis Spadoni y Pompeyo Garofolini á galeras perpétuas, y á Ludovico Gasperoni y Sebastian Ricci á diez años de la misma pena.»

«Convictos de asesinato y conjuracion Targhini y Montanari debian expiar con la muerte una existencia manchada con feos delitos, y en este estado dijéronles que en la época del jubileo no podria aplicarse en Roma la pena capital á quienes se negasen en la hora suprema á reconciliarse con la Iglesia y el cielo. Esto hizo que persistieran en su obstinacion, y haciendo alarde de heróicos é italianos sentimientos subieron al patíbulo en 23 de noviembre de 1825. Desde él Targhini exclamó: «Pueblo, muero inocente, francmason, carbonario é impenitente.» Igual audacia tuvo Montanari; besó la cabeza del ajusticiado, y volviéndose á los sacerdotes, que inútilmente procuraban reducirle á sentimientos mejores, les dijo: «Ved una adormidera recien cortada.»

Habia en semejante profesion de materialismo junto con aquella impenitencia algo lúgubre que daba estremecimientos de horror. El pueblo arrodillado maldecia aquel escándalo sin nombre; pero esto no impidió que los periódicos constitucionales de Francia é Inglaterra se apoderasen del hecho para acusar á la Santa Sede y ceñir gloriosa corona á unos mártires que al fin y al cabo no pasaban de ser vulgares asesinos.

En tanto que la prensa liberal levanta altares á Targhini y Montanari y niega la conspiracion lo mismo que el asesinato, el director de la venta suprema escribe á su cómplice Vindicio, é impresionado por la ejecucion emite una idea y un deseo dignos del infierno.

«Con la ciudad entera asistí á la ejecucion de Targhini y Montanari, dice, y he de manifestar que prefiero su muerte á su vida. La conspiracion que sin tino habian ideado á fin de inspirar terror no podia tener buen resultado, y por poco nos compromete á nosotros. Su muerte, empero, ha borrado sus culpas: uno y otro han caido con ánimo sereno, y este espectáculo dará sus frutos. Gritar en la plaza del Pueblo de Roma, en la ciudad matriz del catolicismo, en presencia del verdugo y del público que se muere inocente, francmason é impenitente, es cosa admirable, tanto más en cuanto es la primera vez que sucede. Dignos son Montanari y Targhini de nuestro martirologio por no haber querido aceptar el perdon de la Iglesia ni la reconciliacion con el cielo. Hasta el dia los pacientes puestos en capilla se deshacian en llanto de arrepentimiento para conmover el alma del Vicario de las misericordias; pero los de hoy no han querido saber cosa alguna de las celestiales venturas y su muerte de réprobos ha causado en el público excelente y mágico efecto. Ha sido primera proclamacion de las sociedades secretas y una toma de posesion de las almas.

«Tenemos ya mártires. Para hacer burla de la policía de Bernetti hago que se arrojen flores, muchas flores, sobre la huesa en que el verdugo sepultó sus cadáveres; y para ello, temeroso de que sean descubiertos nuestros criados, hemos adoptado otras disposiciones. Hay aquí muchos ingleses y jóvenes «miss» antipapistas entusiastas, y á ellos confiamos la piadosa empresa. La idea me pareció muy feliz, tanto como á las rubias señoritas anglicanas, y creo que las flores de que son cubiertos cada noche los cadáveres de los dos ajusticiados fecundarán el entusiasmo de la Europa revolucionaria. Los difuntos tendrán su Panteon, y luego iré yo de dia á dar el pésame á monsignor Piatti, pobre hombre á quien se han escapado las dos almas de los carbonarios. Para confesarlas apeló á toda su obstinacion sacerdotal, pero en vano; hubo de declararse vencido, y por mí mismo, por mi nombre, por mi posicion y sobretodo por nuestra suerte futura tócame deplorar con todos los corazones católicos un escándalo en Roma inaudito. Y con tanta elocuencia he de deplorarlo que espero enternecer al mismo Piatti. A propósito de flores, habeis de saber que por medio de un inocente afiliado nuestro de la francmasonería hemos pedido al poeta frances Casimiro Delavigne una «Messenia» sobre Targhini y Montanari; y como el poeta á quien veo con frecuencia en museos y salones es un bonazo, ha prometido derramar algunas lágrimas por los mártires y fulminar anatema contra los verdugos. Los verdugos, cosa es clara, serán el Papa y los sacerdotes, y siempre ha de ganarse algo en ello. Tambien harán maravillas los corresponsales ingleses, y á algunos conozco que han llevado ya á sus labios la épica trompa para celebrar el suceso.

«Y sin embargo, estoy convencido de que es muy mala accion el formar de este modo héroes y mártires. Recibe el público tan viva impresion al ver la cuchilla que corta la vida, pasa con tanta facilidad la muchedumbre de una sensacion á otra, es tan propensa á admirar á aquellos que arrostran con audacia el supremo instante, que yo mismo desde que he asistido al es-

pectáculo me siento trastornado y muy dispuesto á hacer lo mismo que la generalidad. Y esta impresion de que no acierto á desasirme y que ha hecho perdonar tan pronto á los dos ajusticiados su delito é impenitencia final, me ha sugerido reflexiones filosóficas médicas y anticristianas que quizas convenga utilizar algun dia.

«Si llegamos á triunfar, como espero, y si para eternizar nuestra victoria es necesario derramar algunas gotas de sangre, no hay que pensar en conceder á las víctimas designadas el derecho de morir con dignidad y firmeza. Tales muertes sólo sirven para mantener vivo el espíritu de oposicion y ofrecer mártires al pueblo para que admire y goce en su serenidad y esfuerzo; mal ejemplo que, si bien nos favorece hoy, convendrá evitar para en adelante. Si por cualquier medio (¡posee la química tantos secretos!) hubiesen Targhini y Montanari subido al cadalso postrados, abatidos y desalentados, el pueblo no se habria apiadado de ellos; han manifestado, empero, esfuerzo y presencia de ánimo, y el mismo pueblo conserva de su fin grata memoria y ve una fecha memorable en el dia de su suplicio. Por inocente que sea el hombre que ha de ser llevado en brazos al patíbulo deja de ser peligroso; pero si sube á él con planta firme y contempla la muerte con impasible mirada, conquista, aunque delincuente, el favor y aprecio de la muchedumbre.

«No soy de mio cruel, y pienso no experimentar nunca sed de sangre; pero el que quiere el fin quiere los medios, y sostengo que una vez llegado el caso no debemos ni podemos, en beneficio de la humanidad misma, consentir en enriquecernos con mártires á pesar nuestro. ¿No os parece que al tener delante á los primitivos cristianos habrian los césares obrado mejor enflaqueciendo, atenuando y confiscando para el paganismo la heróica manía del cielo que permitiendo excitar el fervor del pueblo con tantas muertes dignas del teatro? ¿No habria sido mejor curar el esfuerzo de ánimo entorpeciendo el cuerpo? Para mí tengo que una droga bien preparada y bien administrada que hubiese debilitado y postrado al paciente habria sido de más saludable efecto. A haber empleado los césares las Locustas de su época en semejante tarea estoy persuadido de que nuestro caduco Júpiter Olímpico y sus númenes de segunda clase no habrian sucumbido tan miserablemente ni habria sido tan esplendente la suerte del cristianismo. Pero en vez de esto invitábase á sus apóstoles, sacerdotes y vírgenes á morir despedazados por los leones en el anfiteatro ó en las plazas públicas á la vista de un público atento, y apóstoles, vírgenes y sacerdotes, movidos por un sentimiento de fe, de imitacion, de proselitismo y entusiasmo espiraban sin pestañear entonando himnos de victoria. Y es claro, comunicábase de uno á otro el deseo de inmolarse de aquel modo heróico, pues no era aquella la primera vez que aquejaba á la humanidad esa singular manía. ¿Acaso no era ya sabido que los gladiadores engendraban gladiadores? Si esos pobres césares hubiesen tenido la honra de formar parte de la suprema venta me habria limitado á aconsejarles que hubiesen dado á los neófitos más animosos cierta pocion arreglada á receta, y es seguro que no habria habido más

conversiones, en cuanto á los mártires habrian concluido. En efecto, cuando se ve arrastrar hácia el suplicio un cuerpo sin movimiento, de voluntad inerte y de ojos que lloran sin conmover, no debe temerse que se encuentren émulos por espíritu de plagio ó de atraccion. Los cristianos llegaron en breve á ser populares únicamente por la razon de que el pueblo ama cuanto le fascina; si bajo una apariencia temblorosa y sudando con la angustia de la fiebre hubiese creido ver flaqueza y miedo habria silbado, no hay que dudarlo, y el cristianismo habria concluido en el tercer acto de la tragicomedia.

«Si propongo medio semejante es sólo por principio de humanidad política. En caso de haber muerto Targhini y Montanari como hombres cobardes y para poco, lo cual podia obtenerse con cualquiera ingrediente farmacéutico, uno y otro serian ahora unos miserables asesinos que ni siquiera se atrevieron á mirar la muerte cara á cara; el público los habria despreciado y mañana ni siquiera se acordaria de ellos. Pero en vez de ser así, sucede ahora que á pesar suyo admira una muerte en la que, si bien es cierto que ha entrado por mitad una falsa arrogancia, no lo es ménos que la imprevision del gobierno pontificio ha hecho lo demas en beneficio nuestro. Por estos motivos quisiera que quedase decidido entre nosotros no seguir tal conducta en caso de urgencia: no consintamos jamas en que la muerte en el patíbulo sea gloriosa y santa, arrogante y atractiva, y disminuirán las ocasiones en que habrémos de apelar á ella.

«La revolucion francesa, que tantas cosas buenas hizo, se equivocó en este punto. Luis XVI, Maria Antonia y la mayor parte de las hecatombes de la época fueron sublimes por la resignacion y grandeza de alma, y por mucho tiempo habrá de conservarse memoria (mi abuela me hizo llorar muchas veces refiriéndome el caso) de aquellas pobres damas que al pié de la guillotina pasaban por delante de la princesa Isabel y le hacian profundo acatamiento como en la tertulia de Versalles. No es esto lo que nos conviene: llegada que sea la ocasion hagamos de modo que un Papa y dos ó tres cardenales espiren como viejas ruines entre las ansias de la agonía y las bascas de la muerte, y paralizamos las abnegaciones de imitacion: salvamos los cuerpos, pero damos muerte al espíritu.

«La parte moral es la que importa dominar; en el corazon es donde debemos herir. No se me ocultan las objeciones que pueden hacerse á mi proyecto; pero todo bien considerado sus ventajas son mayores que sus inconvenientes. Guárdese sobre él silencio y sigilo, y ya veréis cuando llegue la hora la utilidad de esa nueva medicina. Si una piedrecita en la vejiga fue bastante para reducir á Cromwell, poca cosa es menester para abatir al hombre más robusto y mostrarlo sin energía, sin voluntad y sin ánimo en manos de los verdugos. No hay que esperar que en tal estado tenga fuerzas para coger la palma del martirio; para él no hay que pensar en auréolas ni apoteósis, y por consiguiente no se presentan admiradores ni neófitos. A unos y otros atajamos el paso, é insisto y repito que idea semejante es nacida de elevadas consideraciones de humanidad revolucionaria. Recomiéndola, pues, á vuestra atencion y exámen.»

Ese desenfado de glacial maldad, esas invenciones que no se atrevió Dante á imaginar para su «Infierno» y que los venerables de la venta suprema se comunican entre sí como epístolas de plácemes y felicitaciones, traspasan los límites ordinarios del delito. Pero no espantan á los hombres del liberalismo esas quimeras de un delirio monstruoso. Poseidos del orgullo, á pesar de haberse equivocado tantas veces, creian que, llegados al poder, debia serles fácil amortiguar las desencadenadas pasiones y halagábales la idea de que, usufructuarios de la revolucion, contendrian el torrente en el punto en que les pluguiera levantar un dique. El torrente, empero, menospreció sus vanos esfuerzos; arrollólo todo, y el puñal que ellos vieron con gusto afilar volvióse contra su pecho.

Luis Felipe de Orleans era su monarca predilecto, y las sociedades secretas le condenaron á morir. De aquella escuela hemos visto salir la legion de sicarios cebados para la muerte que en determinadas épocas han llenado de terror al mundo. Sus golpes se han dirigido contra reinas, emperadores, príncipes, cardenales y ministros, contra cuanto es derecho ó autoridad, pues autoridad y derecho son por necesidad obstáculo para la idea revolucionaria.

Sand engendra á Louvel, Louvel engendra á Fieschi, á Morey, á Alibaud, y á los mil oscuros y desconocidos soldados del regicidio que se ensañaron contra Luis Felipe. Mazzini paga al piamontes Gallenga para que hiera á Cárlos Alberto, y Gallenga, Mazzini, Fieschi, Morey y Alibaud engendran al húngaro Liebenyi, al prusiano Tesch, al español Merino, al soldado de Nápoles Agesilao Milano, al romano Antonio de Felici y al anónimo asesino del duque de Parma, quienes á su vez producen á Pianori, Orsini y Pieri. Los príncipes no son ya responsables ante Dios y la historia; las sociedades secretas se limitan á sujetarlos al brazo vengador de sus sicarios, y dan á estos el nombre de mártires de la libertad y de la independencia italiana, germánica ó francesa, segun el asesinato sea. La soberanía del fin legitima á sus ojos la soberanía del regicidio.

Ofrecen los anales de las revueltas y conjuraciones varios grados por los cuales no se pasa de una vez, pues no es comun que los hombres lleguen á los últimos confines del mal sin pararse de cuando en cuando como retenidos por el remordimiento. Ley es esta que infringió el carbonarismo, él que las despojó á todas de la veneracion que inspiraban, y pudiendo, como Harmodio y Aristogiton al inmolar á los Pisistrátidas, ocultar el puñal entre ramos de arrayan florido, desdeñó esa recamada hipocresía. Sus Viejos de la Montaña le otorgaron dispensa de atenciones prévias, y autorizado para conspirar, establecido para asesinar, asesinó sin pasion y sin ira, lo mismo que el jornalero al ganar su jornal. De cada dia más aleccionado en su sangrienta tarea llevó á todos los puntos de Europa sus preceptos de alevosas celadas, y Austria y Prusia, Francia é Italia, Inglaterra y España se estremecieron de horror al contacto de aquellos mónstruos, por más que no hubiesen estos dado de sí cuanto podian. Mil ochocientos años cumplirán en breve desde que Tácito retrató con estas palabras á hombres á ellos semejantes: «Esa secta,

dice el historiador latino, engendró los Tuberones y Favonios, nombres odiosos hasta en la antigua república; para aniquilar el poder imperial apellidan libertad, y una vez destruido aquel atacarán á la libertad misma. En vano has desterrado á un Craso si consientes en que así se propaguen y crezcan los émulos de Bruto (1).»

A contar desde el dia en que el carbonarismo se manifestó como homicida juramentado é irreconciliable tomó el crímen posesion de la tierra: por medio del egoismo gobierna, por medio del terror impera. En las sociedades secretas que establece, vastos talleres en que la revolucion y la muerte toman todas las máscaras y todos los disfraces, el iniciado no se pertenece ya á sí mismo: queda reducido á un mango de cuchillo que asesina sin reflexion, ó á una bomba fulminante que estalla en el momento preciso. Estrecho y mezquino círculo en que se encierra la idea humanitaria inspirada á los carbonarios.

Apénas nacida esa idea queda consagrada al crímen; el vasallo de las sociedades secretas asesina por cuenta de las mismas, ó ellas le dan muerte. Entre el asesinato y la traicion no existe para ellas término medio ni arrepentimiento admisible, y honrando el carbonarismo la maldad y rechazando el remordimiento constitúyese á la vez en justicia, en conciencia y en deber de cada uno. Forma sus matones en corrompida atmósfera, y cuando con el tiempo relaja y corroe ese maléfico aire la última fibra de la humanidad, cuando nada queda ya por hacer en la obra de depravador entorpecimiento, llega el carbonario al fin deseado, á la perfeccion suspirada.

Setenta años de progreso, luces y civilizacion democrática han conducido á Europa á este término funesto. La barbarie en toda su expresiva desnudez preséntase de nuevo en medio de los esplendores del lujo, y señorea entre sorprendentes maravillas de la inteligencia y de las artes; audaz asedia las fronteras de todos los imperios, y si no le es dable penetrar en ellos en alas de brutal insurreccion, deslízase en pos del asesinato individual, de cuya complicidad se envanecen más tarde las nacionalidades oprimidas. Son los príncipes sus víctimas predilectas; mas no por ello desdeña al simple ciudadano sin otra defensa que su confianza y abandono. Dias hay en que un homicidio siembra saludable espanto; dias en que importa intimidar á los buenos y alentar á los malos, y cuando llegan el carbonarismo dispone una manifestacion feroz como para adiestrar á sus sicarios: es aquello un mero ensayo, y la sociedad, ocupada ó distraida en otras cosas, se limita á contemplarlo y á ver pasar el sangriento cortejo. No es nuevo tampoco que las sociedades secretas logren arrebatar las fuerzas al valor y refrenar los ímpetus del celo; no se limitan á matar el cuerpo, sino que, á pesar de las palabras del evangelista san Lúcas, hallan medio de pasar más adelante.

En el año 1821 no habia en sus frentes la sangre que ahora, pero hervian ya los pensamientos culpables y fermentaban en el encendido horno sacrílegos deseos y atroces sentimientos. El carbonarismo, desenvolvimiento

(1) Tácito, *Anales*, l. XVI.

de una idea anticristiana y antimonárquica, envolvíase aun en sombras y silencio; todavía andaba quedo por tortuosas sendas, y al igual que la serpiente de que nos habla Tertuliano «ocultábase cuanto podia, encerraba en sí misma con mil artificios su maliciosa astucia, y retirada á profundos antros su mayor temor era ser vista; al sacar la cabeza escondia la cola, y enemiga siempre del dia y de la luz jamas se movia toda entera, contentándose con desenroscar uno á uno sus tortuosos anillos (1).» El carbonarismo apropióse al parecer esas palabras, y encadenado por la mano invisible de la suprema venta hubiérase dicho que sólo un cuerpo formaba con ella aun cuando difiriesen entre sí en principios.

La venta suprema no se proponia sino un fin, á pesar de ser muchos los medios empleados para conseguirlo, al paso que el carbonarismo y las sociedades secretas que de ella dependian, aunque corrian á su voz al asalto de la Iglesia católica, no limitaban su accion á la Sede de Roma. En las filas del carbonarismo, tal como se presentó entónces, vense almas descontentas, codiciosas, exaltadas, aventureras ó místicas; hombres dados á proyectos y sobretodo políticos, y aun cuando suspiran por trastornar el mundo á fin de conquistar un sitio donde puedan calentarse al sol de los honores y de las riquezas, no piensan en destruir una religion á la cual ni siquiera un pensamiento consagran en sus instantes de ocio. Para ellos la religion y el Pontificado son instituciones rancias anonadadas por la razon, sin raíz ninguna en las costumbres de la sociedad moderna; Dios y el sacerdote han sido puestos á un lado por la pública opinion, y si como estéril tributo á la tolerancia del siglo consienten en que el templo quede en pié, pasan junto á él indiferentes ó escépticos talareando una copla soez de Béranger, ó murmurando el josefista aforismo de Eybel: «¿Quid est Papa?»

Para la generalidad de las sociedades secretas sólo ocupa la Iglesia el lugar segundo. En el primero están los tronos que conviene derribar, los gobiernos que el carbonarismo se afana por establecer, y las insurrecciones militares ó civiles que el mismo prepara en Milan, Paris, Nápoles, Madrid y en todos los reinos donde abriga esperanzas de fecundar la anarquía. El carbonarismo y la francmasonería han de ser sin duda alguna en la esencia y en la forma implacables adversarios de la Sede romana; pero al declararse hostiles á la Iglesia parece que únicamente obran por delegacion. La suprema venta les otorga facultad de minar los tronos y proclamar la libertad con objeto de eternizar la tiranía; mas se reserva para sí un enemigo más temible, y miéntras el carbonarismo diseminará sus fuerzas y sus agentes niveladores correrán el mundo, ella, encerrada en el silencio de sus corrupciones, nunca traspasará el círculo que se ha trazado. Contra la Iglesia asesta sus dardos todos con la esperanza irrealizable de ver un dia que el general corta á su propio ejército la última línea de retirada.

Léjos estaba el Pontificado de saber los peligros que le amenazaban, y esto no obstante vémosle en 13 de setiembre de 1821 participar al universo ca-

(1) Tertul., *Adversus Valent.*, núm. 3, p. 290.

tólico sus temores y presentimientos. Del carbonarismo puede decirse que se hallaba en la infancia del arte; la suprema venta se oculta en abismos de insondable hipocresía; todo son tinieblas al rededor de la Sede apostólica, y sin embargo, de deduccion en deduccion llega su presciencia á penetrar el arcano de las ocultas tramas. Aun no ha salido al llano el enemigo y su presencia es ya señalada, pudiendo Pio VII, al hablar en nombre de la Iglesia, decir en alta voz en su bula «Ecclesiam a Jesu Christo» estas palabras:

«La Iglesia fundada por nuestro Salvador Jesucristo sobre la inmóvil piedra contra la cual, conforme á sus promesas, no han de prevalecer jamas las puertas del infierno, ha sido tantas veces combatida por feroces y terribles enemigos, que á no ser la divina é inquebrantable promesa, de temer habria sido su caida á los embates de sus fuertes y astutos perseguidores. Lo mismo que sucedió en tiempos muy antiguos vuelve á suceder ahora, especialmente en la época nuestra, época cuyos últimos dias parecen ser los anunciados tantas veces por los apóstoles, al ver que los impostores van de impiedad en impiedad al viento de sus deseos. Sabido es el portentoso número de hombres culpados que en estos tormentosos tiempos nuestros se han ligado contra el Señor y su Cristo, apelando á todo para alucinar á los fieles con las sutilezas de una filosofía falsa y hueca y arrancarles del regazo de la Iglesia, poseidos de la insensata esperanza de derribarla y destruirla. Y para alcanzar con mayor facilidad este objeto muchos de ellos han formado sociedades ocultas y sectas clandestinas, lisonjeándose de que así podrán asociar mayor número de almas á sus conspiraciones y maléficos propósitos.

«No es de ahora que la Santa Sede al descubrir tales sectas se levanta contra ellas fuerte y animosa, y proclama á la luz del dia los tenebrosos designios que abrigan contra la religion y la sociedad civil. Tiempo há que llamó sobre este punto la atencion pública y excitó la vigilancia para que no pudiesen tales sectas propasarse á intentar la realizacion de sus perversos designios; pero lástima ha sido no haber alcanzado el celo de la Santa Sede los resultados que la misma esperaba y no haber desistido los malvados de su funesta empresa, que ha producido al fin cuantos infortunios vemos. Y no ha sido esto solo, sino que esos hombres, cuyo orgullo sin cesar aumenta, se han atrevido á crear nuevas sociedades secretas.

«En este número importa comprender á una sociedad recientemente establecida y propagada á lo léjos por toda Italia y otras comarcas, la cual, aunque dividida en varias ramas y usando, segun las circunstancias, nombres diferentes, es en realidad una sola, así por su constitucion como por la unidad de opiniones y propósitos. Llámase por lo general sociedad de los «carbonarios», y sus individuos afectan singular respeto y extraordinario celo por la religion católica y la doctrina y persona de nuestro Salvador Jesucristo, á quien llaman á veces con nefanda audacia el gran maestre y jefe de su sociedad. Sus palabras, empero, que parecen blandas como la cera, no son mas que dardos que pérfidamente emplean para herir con mayor seguridad á los que estén desprevenidos, y aunque se presenten como inocentes corderos sepan y crean los fieles que son en verdad lobos voraces.

«El severo juramento por medio del cual, á ejemplo de los antiguos priscilianistas; prometen que en tiempo ni circunstancia alguna descubrirán la menor cosa relativa á la sociedad á hombres no admitidos en ella, ni hablarán con los pertenecientes á los últimos grados de lo que hace referencia á los grados superiores; las clandestinas é ilegítimas reuniones que entre sí forman á semejanza de muchos herejes, y la agregacion en su sociedad de hombres pertenecientes á varias religiones y sectas, todo ello manifiesta bastante, aun cuando no hubiese otros indicios, que no se debe fiar de sus palabras.

«Mas no son menester conjeturas ni pruebas para hacer de sus palabras el juicio que acabamos de expresar: sus libros impresos, en los que se hallan cuantos ritos se observan en sus reuniones y en especial en las de grados superiores, sus catecismos, estatutos y otros documentos auténticos y muy dignos de fe, así como tambien el testimonio de los que despues de haber abandonado la sociedad descubrieron á los magistrados sus artificios y errores, todo prueba que los «carbonarios» se proponen por principal objeto propagar la indiferencia en materia de religion (sistema peligroso cual ninguno), dar á todos absoluta libertad para formarse una religion segun sus inclinaciones é ideas, profanar y mancillar la Pasion del Salvador por medio de algunas reprobadas ceremonias suyas, menospreciar los sacramentos de la Iglesia (á los que segun parece sustituyen algunos por ellos inventados) y tambien los misterios de la religion, y finalmente destruir esta Sede apostólica contra la cual, animados de particular saña, traman las más negras y detestables conjuraciones.

«No son ménos funestos, segun lo prueban los mismos documentos dichos, los preceptos de moral dados por la sociedad de los «carbonarios», por mas que esta se envanezca de exigir á sus sectarios que amen y practiquen la caridad y las demas virtudes y se abstengan de los vicios. Así vemos que favorece claramente los placeres sensuales, que enseña ser permitido matar á los que descubran el secreto de que ántes hemos hablado, y que aun cuando Pedro, príncipe de los apóstoles, encargó á los cristianos someterse por Dios á cualquiera criatura humana por él establecida sobre ellos, ora al rey como primero en el estado, ora á los magistrados como delegados del rey; aun cuando el apóstol Pablo dispone que los hombres deben estar sometidos á las autoridades superiores, esa sociedad proclama ser lícito excitar rebeliones para despojar de su poderío á los reyes y á cuantos gobiernan á quienes da el injurioso nombre de «tiranos».

«Tales son los dogmas y preceptos de esa sociedad junto con otros muchos conformes á ellos, y de ahí los atentados últimamente cometidos en Italia por los «carbonarios» con afliccion suma de las almas piadosas y honradas. Por esto, pues, Nos que estamos constituido como guardador de la casa de Israel que es la Santa Iglesia; Nos, que por nuestro cargo pastoral hemos de velar para que no padezca daño la grey del Señor que nos ha sido divinamente confiada, creemos que en tan grave asunto no podemos abstenernos de refrenar los sacrílegos esfuerzos de la misma sociedad. Estimúlanos ade-

mas el ejemplo que nos han dado nuestros predecesores de grata memoria Clemente XII y Benedicto XIV, quienes por la constitucion «In eminenti», de 28 abril de 1738, el primero, y el segundo por la constitucion «Providas», de 18 de mayo de 1751, condenaron y prohibieron la sociedad « dei Liberi Muratori» ó sea «de los francmasones», lo mismo que las sociedades designadas con otros nombres, segun la diferencia de idiomas y países, sociedades que quizas han sido cuna de la que forman ahora los carbonarios y que sin sombra de duda le han servido de modelo. Y aunque por medio de dos edictos emanados de nuestra secretaría de estado hayamos ya expresamente prohibido esa sociedad, creemos, á ejemplo de nuestros predecesores, que importa decretar contra ella solemnes y severas penas, tanto más en cuanto los carbonarios alegan no poder ir incluidos en las dos citadas constituciones de Clemente XII y Benedicto XIV, ni comprenderles las penas en las mismas fulminadas.

«En su consecuencia, despues de oir á una congregacion nombrada entre nuestros venerables hermanos los cardenales, á propuesta de la misma congregacion y tambien por nuestro propio impulso, con completo conocimiento de las cosas y deliberacion detenida, en virtud de la plenitud del apostólico poder, mandamos y decretamos que la expresada sociedad de los carbonarios, sea cuál fuere el nombre con que se la llame, ha de ser condenada y prohibida al igual que sus reuniones, afiliaciones y conventículos, y por esta nuestra constitucion que no ha de caer nunca en desuso las condenamos y prohibimos.

«Y en virtud de la obediencia debida á la Sede apostólica encargamos rigurosamente á todos los cristianos en general y á cada uno en particular, cualquiera que sea su estado, grado, condicion, órden, dignidad y preeminencia, así seglares como eclesiásticos, seculares y regulares, que se abstengan de frecuentar con pretexto alguno la sociedad de los «carbonarios», de propagarla, favorecerla, recibirla ó ampararla en su casa ó en otra parte, de afiliarse y tomar grado en ella, facilitarle medios para reunirse, proporcionarle noticias ni auxilios, darle favor abierta ú ocultamente, de un modo directo ni indirecto, por sí ni por otros, ó de cualquier manera que sea insinuar, aconsejar é inducir á otros á que ingresen en ella, la ayuden y la favorezcan; y finalmente, les encargamos que se aparten por completo de cuanto hace referencia á dicha sociedad, de sus reuniones, afiliaciones y conventículos bajo pena de excomunion, en la cual incurrirán cuantos contraviniesen á esta constitucion, sin que de ella puedan ser absueltos sino por Nos ó el Pontífice romano que ocupe este solio, á no ser en el artículo de la muerte.»

Esa bula habria debido ser luz para muchos y poner de manifiesto las huellas de nefandas maquinaciones; pero era tal en aquel momento el inexplicable frenesí de liberalismo que á los ánimos agitaba, que Roma fue acusada de querer á toda costa ser rémora del progreso. Díjose haber dado á impulso de Austria aquel paso de elevada prudencia; y en último resultado las amenazas contenidas en la bula «Ecclesiam», que podian intimidar á las

almas timoratas, no produjeron el menor efecto entre la turba de sectarios. Y en realidad la Santa Sede no habia penetrado en lo hondo y más misterioso de la trama; veia y juzgaba únicamente de la superficie, quedando el conjunto de la conspiracion fuera del alcance del cardenal Consalvi.

La suprema venta, sirviéndose del carbonarismo y de la francmasonería sin depender de las mismas, es un secreto hasta para las otras sociedades ocultas. Preciso y determinado es su fin: la política no debe ocuparla, y le están prohibidas las conspiraciones y el reclutamiento; quiérese que todo en ella tenga por objeto el apetecido desenvolvimiento de corrupcion, y así fue como entre los veteranos de las rebeliones y en lo más selecto de los grandes orientes fueron elegidos para componerla los más astutos y los más hipócritas, los más ricos ó los más radicalmente necesitados, pues, como Tácito, saben las sociedades secretas la audacia que da la miseria: «Sullam inopem, unde præcipuam audaciam.»

A esos Silas en embrion, patricios arruinados ántes de su nacimiento, cuyo mayor deseo era poder arruinar de antemano á sus descendientes, agregáronse aventureras y mujeres perdidas, abogados y médicos, quienes por su carrera tenian ingreso en el hogar doméstico. Unos daban en prenda á la revolucion futura su honra ó el blason de sus mayores; otros, Brutos de independencia trasformados despues en pantallas del despotismo, entraban en la venta para despojar poco á poco á la nobleza y enriquecerse á sus expensas, salvo hallarse en la tercera generacion nobles aunque arruinados á su vez. Aquellos abogados y médicos, mitad hombres de ley y mitad hombres de afliccion, poseen los secretos y la confianza de las familias, y por lo mismo tienen en su mano favorecer el mal permaneciendo ocultos.

Escogidos uno por uno entre numerosos competidores no les es lícito declinar el peligroso encargo que se les confia. Para cumplirlo, conviene que en la venta suprema no exceda su número de cuarenta y sean únicamente conocidos por un mote ó nombre de guerra. Sus consejos deben ser órdenes para las demas secciones; siempre y en todas partes se obedecerá á la menor señal, al menor gesto, á la menor palabra de esos privilegiados de la sedicion subterránea; pero en cambio quedan condenados á envolverse de continuo en el misterio. La ruina del trono apostólico ha de ser su único blanco, y de todos los puntos de la península italiana, del Piamonte, del Milanesado, de Toscana y de las Dos Sicilias acuden presurosos para dar comienzo á una lucha de titanes.

La monstruosa asociacion, en medio de otras muchas reprobadas sociedades que en un principio vivieron para conspirar y conspiran ahora para vivir, tiene muy escasas reglas y estatutos; es como un zapador de vanguardia á quien dejan libre de cuantos arreos pudieran molestarle en su trabajo. Su encargo es avanzar sin rumor, abrir el camino y llevar el ejército al centro de la plaza, y aceptándolo los individuos de la venta, y no llamándose entre sí sino con nombres supuestos, fueron los más activos, los verdaderos gastadores de la conspiracion contra la Iglesia.

Y no á las hojas ni á las ramas se aplicaba la segur, sino al tronco. En 1822

la venta anticatólica ha hecho rápidos progresos; sus emisarios directos ó indirectos, mensajeros del mal, han planteado por toda Italia sociedades más ó ménos inofensivas en apariencia, á favor de las cuales pueden sondear y conocer á los hombres y utilizarse de sus buenas cualidades y defectos. En esto los gobiernos establecidos sólo saben la existencia de la francmasonería mirando con desconfianza á una secta que con pretexto de filantropia y virtud se oculta en las tinieblas como si el bien por ella deseado hubiese de ser una conspiracion premeditada; y aunque la suprema venta tiene en muy poco á los ridículos sucesores del templario Santiago Molay, impulsa y favorece la fundacion de logias que practiquen toda clase de ritos, en cuanto es lo importante engrandecer y exaltar sin mesura al individuo á expensas de la sociedad y hacerle juez supremo en su foro interno de los puntos religiosos y morales. Al llegar á la soberanía del fin que en la jerga revolucionaria es llamado término providencial del trabajo de los siglos, el individuo se hace rebelde, y esta rebelion es el primer paso. Las razones en que al obrar así la tenebrosa asociacion se funda son explicadas por cierto judío conocido con el seudónimo de Piccolo-Tigre, en una carta de 18 de enero de 1822, dirigida á los agentes de la venta piamontesa, de la cual es director y guia.

«En la imposibilidad en que se encuentran aun nuestros hermanos, dice, de manifestar sus propósitos, se ha considerado conveniente difundir por todas partes la luz y dar la voz de alarma á cuantos suspiran por los trastornos y agitaciones, y con este objeto os recomendamos de continuo afiliar en cualquiera especie de congregaciones, con tal que domine en ellas el misterio, á toda clase de gente. Italia está cubierta de cofradías religiosas y de penitentes de todos colores, y no debe inspiraros cuidado si entre esas manadas, poseidas de devocion necia, se introducen algunos de los nuestros; estudien con atencion el personal de esas cofradías y conocerán que con paciencia puede hacerse en ellas abundante cosecha. Con sutiles pretextos, con tal que no sean políticos ni religiosos, cread vosotros mismos, ó mejor haced que otros creen asociaciones cuyo objeto sea el comercio, la industria, la música ó las bellas artes. Reunid en cualquiera lugar, aunque sea en sacristías y capillas, á vuestras tribus inocentes todavía; ponedlas bajo la direccion de un sacerdote virtuoso y bien reputado, pero crédulo y dispuesto á ser engañado; infiltrad el veneno en los corazones elegidos por blanco, infiltradlo á cortas dósis como por casualidad, y luego con el tiempo y la reflexion os sorprenderéis del feliz resultado.

«Lo esencial es apartar al hombre de su familia y hacerle perder los hábitos que ella comunica. De suyo es ya muy inclinado á apartarse de los cuidados caseros, y á correr en busca de fáciles placeres y diversiones vedadas; gústanle las prolongadas conversaciones de café y la ociosidad de los espectáculos, y por lo mismo para conseguir aquello con poco esfuerzo basta. Llevadle de una parte á otra, inspiradle cierta elevada idea de sí mismo, inclinadle con discrecion á aburrirse de sus diarios trabajos, y con ello, despues de separarle de su mujer y de sus hijos, y de decirle en todos los tonos cuán penoso es el cumplimiento del deber, nacerá espontáneamente el deseo

de distinta existencia. El hombre ha nacido rebelde; atizad, pues, su afan de rebelion hasta convertir el fuego devorador en incendio, mas procurad que no llegue á dar llama. Lo que debeis verificar ahora es únicamente una preparacion para la grande empresa. Así que hayais introducido en los corazones el disgusto por la familia y la religion (el uno es casi siempre consecuencia del otro), proferid como impensadamente algunas palabras que exciten el deseo de afiliarse á la logia inmediata. El ciudadano, el hombre de la clase media hace punto de vanidad de pertenecer á la francmasonería, afan vulgar y universal que de cada dia me hace contemplar con mayor sorpresa lo que puede la estolidez humana; al considerarlo admírome de que el mundo entero no asedie la morada de los venerables solicitando la honra de tomar parte en la reconstruccion del templo de Salomon; lo misterioso ejerce en los hombres irresistible influencia, y no hay nadie que deje de prepararse con gusto al par que angustia para las fantasmagóricas escenas de la iniciacion y el fraternal banquete.

«Ser miembro de una logia, verse destinado, sin que lo sepan la esposa ni los hijos, á guardar un secreto que no llega nunca á saberse, es para muchos caractéres un deleite y un deseo. En el dia las logias pueden engendrar glotones, pero jamas producirán ciudadanos; en los T.·. C.·. y T.·. R.·. F.·. de todos los orientes celébranse con harta frecuencia banquetes; pero esto no quita que sean como un lugar de depósito, como una especie de casa de yeguas, como un centro por el cual es preciso pasar ántes de llegar á nosotros. El mal que las logias causan es muy relativo, y lo suavizan, en Francia por ejemplo, con una falsa filantropía, y versos y coplas más falsos aun. Bucólico y gastronómico es esto por demas; pero á pesar de todo es conveniente fomentar de continuo el objeto á que va encaminado. Enseñando al hombre el ejercicio del vaso es fácil apoderarse de su albedrío, inteligencia y libertad; estúdianse y descúbrense sus inclinaciones, afectos y tendencias, y luego que se halla sazonado puede encaminársele hácia la sociedad secreta, de la cual la francmasonería no pasa de ser mal alumbrada antesala.

«La suprema venta desea que con cualquiera pretexto se introduzcan en las logias masónicas el mayor número de príncipes y ricachos que se pueda. Los príncipes de estirpe soberana que no abrigan la esperanza legítima de ser reyes por la gracia de Dios, suspiran todos por serlo por la gracia de una revolucion. El duque de Orleans es francmason, tambien lo fue el príncipe de Carignan, y en Italia y en otras partes los hay que aspiran á los modestos honores del mandil y de la trulla simbólica. Otros están desheredados ó proscritos, y es de gran importancia halagar á tanto ambicioso de popularidad, y llevarlos á la francmasonería. La venta suprema resolverá despues lo que con ellos puede hacerse en favor de la causa del progreso. Un príncipe que no espere reino alguno es para nosotros excelente hallazgo; á cuantos se hallen en este caso, que son muchos, hacedlos francmasones; la logia los llevará al carbonarismo, y quizas llegue el dia en que se digne la suprema venta afiliárselos. Miéntras esto sucede servirán de cebo á los necios y á los enredadores, y al paso que esos pobres príncipes creerán trabajar en beneficio pro-

pio darán grande impulso á nuestra causa. Siempre ha sido la suya magnífica bandera, y en todas ocasiones se encuentran tontos dispuestos á comprometerse en una conspiracion cualquiera con tal de que sea en apariencia un príncipe su director y caudillo.

«Luego que un hombre ha emprendido la senda de la corrupcion estad seguros de que no se detendrá en la pendiente, y si es príncipe ménos aun que los otros; hasta á los de mejor moral les falta la base de las costumbres, y esta progresion aumenta y crece con rapidez extremada. Por lo tanto no debe apesadumbraros ver las logias florecientes, siendo así que á duras penas reclutamos para el carbonarismo; en aquellas confiamos para doblar nuestras fuerzas, en cuanto sin saberlo constituyen nuestro preparatorio noviciado. Las logias peroran incansables sobre los peligros del fanatismo, sobre la ventura de la igualdad social y sobre los grandes principios de libertad religiosa; entre banquete y banquete prorumpen en espantosos anatemas contra la intolerancia y persecucion, y esto es más de lo que necesitamos para tener adeptos. El hombre penetrado de tan bellas máximas está muy cerca de nosotros y no falta mas que regimentarle. En eso y sólo en eso está la ley del progreso social, y por lo tanto no debeis buscarla en otra parte.

«En las actuales circunstancias guardáos de enseñar el rostro; limitáos á correr por los alrededores del aprisco católico, pero como buenos lobos que sois apoderáos al paso del primer cordero que se os ofrezca con los requisitos deseados. Bueno es el ciudadano de la clase media, aunque mejor es un príncipe. Cuidad, sin embargo, de que esos corderos no se trasformen en raposas, como el infame Carignan; la violacion del juramento ha de equivaler á sentencia de muerte, y hemos de pensar que todos esos príncipes, débiles ó viles, ambiciosos ó arrepentidos nos venden y denuncian. Por suerte saben muy poca cosa, casi nada, y es imposible que señalen el rastro de nuestros verdaderos misterios.

«Con satisfaccion profunda he visto en mi último viaje á Francia que los recien iniciados nuestros se entregan con grande ardor á la propagacion del carbonarismo; con todo me parece que precipitan demasiado el compas y el tiempo. A mi ver hermanan con exceso la saña religiosa con la saña política, siendo así que la conspiracion contra la Sede romana no deberia confundirse con ningun otro proyecto. Atiéndase sino al peligro que corremos de que nazcan en las sociedades secretas ambiciones ardientes, y de que dueñas estas del poder, nos abandonen; no está aun bien afirmado el camino que seguimos para que podamos entregarnos á intrigantes y á tribunos; no se olvide que es lo importante «descatolizar» el mundo y que un ambicioso, una vez conseguido su objeto, se guardará mucho de favorecernos. La revolucion en la Iglesia es la revolucion en estado permanente, es la destruccion indispensable de los tronos y las dinastías, y no hay ambicioso que quiera tales cosas. Nuestro blanco está más alto y distante que el suyo, y por lo mismo conviene que nos robustezcamos sin comprometernos. Limitémonos á conspirar únicamente contra Roma, y para ello beneficiemos todos los episodios, aprovechémonos de cuanto suceda; pero desconfiemos sobretodo de las exagera-

ciones del celo: un odio frio, meditado y profundo, vale más que todos los cohetes y declamaciones de tribuna. En Paris esto no se comprende; pero en Lóndres he encontrado quien se ha penetrado mejor de nuestro plan asociándose á él con mayor fruto. Se me han dirigido importantes ofrecimientos, y cuanto ántes tendrémos en Malta una imprenta á disposicion nuestra. De este modo con seguridad completa, impunemente y al amparo del pabellon británico, podrémos inundar á Italia de cuantos libros y folletos considere la venta necesario poner en circulacion.»

Ese judío de incansable actividad, pues no cesa de recorrer el mundo de un extremo á otro para suscitar enemigos al Calvario, desempeñaba en aquella época de 1822 gran papel en el carbonarismo. Encuéntrase ora en Paris, ora en Lóndres, á veces en Viena, con frecuencia en Berlin, y en todas partes imprime la huella de su paso, en todas partes alista en las sociedades secretas y tambien en la suprema venta á hombres celosos en quienes cifra la impiedad fundadas esperanzas. Para los gobiernos y la policía es un mercader de plata y oro, uno de esos banqueros cosmopolitas que sólo respiran negocios y no piensan sino en su comercio; pero visto de cerca, estudiado á la luz de su correspondencia, es uno de los agentes más poderosos de la destruccion proyectada, es el lazo invisible que reune en una sola conjuracion cuantas corrupciones de segundo órden conspiran para la ruina de la Iglesia.

Pio VII ha muerto: Leon XII reina con notable esplendor, y al subir al solio encontró en el puesto de gobernador de Roma, creándolo sucesivamente nuncio extraordinario en Rusia, cardenal y secretario de estado, á un hombre en lo más florido de sus años, en cuyo bello semblante, festivo siempre y respirando franqueza, se ve el sello de la inteligencia del general y del arrojo del soldado; Bernetti se llama, y dentro de poco este nombre aterrorizará los carbonarios.

Tomas Bernetti, que habia de ser cardenal legado ó secretario de estado en tiempo de tres pontífices, nació en Fermo en 29 de diciembre de 1779, siendo la suya una de aquellas familias patricias en que es hereditaria la fidelidad á la Sede romana. Activo y resuelto, dispuesto siempre á salir á campaña ó á firmar la paz á voluntad del enemigo, era opinion de este príncipe de la Iglesia que en política jamas es conveniente la guerra de lazos y emboscadas, sino la abierta y declarada; y cobrando más valor en la insolencia misma de lo que sucedia, seguro era que nunca formaria entre los egoistas conservadores que, á desearlo así Neron, habrian solicitado título de vendedores de leña para alimentar el incendio de Roma. Bernetti no tomaba las cosas con resignacion semejante; decia que los partidos se irritan más por un garrotazo que por una mazada, y en este sentido obraba.

Menospreciador de la riqueza, intrépido para el bien, sereno contra la masa del pueblo, su ahinco constante fue hacerse digno de la calumnia. En él la belleza de alma iba unida á la donosura de cuerpo, y con tal fuerza brillaban la independencia de sus juicios y la lealtad de su carácter, que se granjeó el aprecio de sus mismos enemigos. Así se lo manifestaron en vida, y así se lo manifiestan muerto. Beyle-Stendhal, tenaz adversario de la

Iglesia, no vacila en decir en una obra póstuma, al hablar del cónclave de 1829 las siguientes palabras: «En cuanto á mí quisiera que Italia pudiese evitar los crímenes que acompañan las más de las veces á las revoluciones, y desearia ver en el trono de san Pedro al cardenal de mejor seso; en este concepto mi voto está por Bernetti (1).»

Con gran repugnancia habia aceptado el cardenal la púrpura y nunca le habia pasado por las mientes la idea de ser Papa. A primera vista descubríanse en él ciertos puntos de semejanza con la gran figura militar de Kleber, y, como este, siempre quiso el príncipe de la Iglesia mandar á las órdenes de otro para poder acudir personalmente á los sitios de mayor peligro. Sin otra ambicion que la de sacrificarse por la Sede romana y cifrando su gloria en obedecer cuando su sombra sola inspiraba obediencia, era Bernetti uno de aquellos antiguos varones prontos siempre á ir delante de todos el dia de batalla y á esconderse en recóndito lugar despues de la victoria, creyendo que era hacer algo grandioso cooperar un poco á una grande obra. Sus sentimientos, aspiraciones y propósitos eran públicos como si llevase abierto para todos el libro de su corazon, y tan dispuesto á perdonar como á agradecer, sosegado en medio de sus arranques «volcánicos» (2), en los ardores de su paciencia por nada entraba « el espumante vino de la mocedad que, como dice Bossuet, nada sereno y moderado consiente.» La viveza era en él compañera de la reflexion, y con el corazon en la mano, con toda la agudeza de un frances y la verbosidad de un romano, era en la réplica tan vivo como en la agresion. Dios, Pontífices y reyes le coronaron y ensalzaron en vida; la imparcialidad de la historia le corona y ensalza despues de su muerte.

Bernetti, que fue el brazo derecho del cardenal Consalvi, es ministro de Leon XII. No son el Papa ni el secretario de estado injustos ni crueles, pero sí muy previsores (3) y entendidos en el arte de sofocar conjuraciones, prontos siempre á decir con el famoso duque de Alba que «la cabeza de un solo salmon vale tanto como las de las ranas todas.» Investido de un poder casi discrecional Bernetti sigue el rastro de los carbonarios para poder, por medio de los soldados, llegar hasta los generales á quienes importa herir en interes de la generalidad; y sorprendiendo á los conspiradores en sus ventas, acosándolos en sus lupanares, interceptando sus correspondencias, involuntarias confesiones, cuya fecha y términos no pueden experimentar alteracion, háceles en Roma, en las legaciones y aun más allá de las fronteras del patrimonio de la Iglesia una guerra de todos los momentos. Gran daño causaron sus hostilidades permanentes á la conjuracion anticristiana; las sociedades secretas deben condenarse al silencio y á la inmovilidad, y entónces fue cuando para sacar partido de situacion tan equívoca lanzó el carbonarismo

(1) *Paseos en Roma*, 2.ª série, p. 336 (Paris, 1853).

(2) Al hablar del cardenal Bernetti el pueblo romano dice aun: *Era un Vesubio*.

(3) En 22 de noviembre de 1828, el vizconde de Chateaubriand, embajador del rey Cárlos X en Roma, escribia á la señora de Récamier: «El cardenal Bernetti es todo un hombre de estado, y la moderacion del Sumo Pontífice es en verdad admirable.» *Recuerdos y correspondencia tomados de los documentos de la señora de Récamier*, t. II, p. 266 (Paris, 1859).



á la arena de las ventas al que con el nombre de Nubius brillará en ella con todo el esplendor de sus vicios.

Nubius no ha cumplido aun treinta años; para él no ha pasado todavía la edad de las imprudencias y exaltaciones; pero esto no obstante sujeta su entendimiento y su corazon á un papel de tanta hipocresía y audacia, y lo desempeña con habilidad tan perfecta que hoy mismo, que sucesivamente se han escapado de entre sus dedos cuantos hilos movia, siéntese aun irresistible horror al considerar la infernal destreza manifestada por aquel hombre en su pelea contra la fe de los pueblos. Aquel italiano, cuyas cartas á sus hermanos de las sociedades secretas son muy raras y recibidas como los acaecimientos suspirados, ese Nubius que llena con su fama las ventas de Italia, Francia y Alemania, habia recibido del cielo cuantos dones encantan y fascinan: apuesto, rico, elocuente, animoso y espléndido, cuenta por centenares los clientes y aduladores.

La primera vez que brilló entre las sombras de una venta fue aclamado como el Moises que habia de llevar á la tierra de Canaan de las revoluciones á las diseminadas tribus de la insurreccion ó de la impiedad; en él solo habia más corrupcion que en todo un presidio, y así fue como alcanzó una verdadera celebridad subterránea. Nubius será el primer sabio economista á quien Italia confiará su causa de redencion y unidad.

Buonarotti, Cárlos Teste, Voyer de Argenson, Bazard, el general la Fayette, Saint-Simon, Schonen y Mérilhou consúltanle desde Paris como al oráculo de Délfos; del centro de Alemania, de Munich y de Dresde, de Berlin, de Viena y de San Petersburgo los directores de las principales ventas como Tscharner, Heymann, Jacobi, Chodzko, Lieven, Pestel, Mourawieff, Strauss, Pallavicini, Driestren, Bem, Bathyani, Oppenheim, Klauss y Carolus le interrogan acerca de la conducta que conviene observar en vista de tal ó cual suceso, y aquel jóven de prodigiosa actividad tiene contestacion para todos. En todas partes está conteniendo ó reanimando el celo, organizando en todos los pueblos una conspiracion permanente contra la Santa Sede, ora con un nombre, ora con otro; multiplícase lo mismo en la Iglesia que en las ventas, y es verdaderamente popular en las sociedades secretas.

Con refinada hipocresía logra que esa popularidad le siga entre algunos miembros del Sacro colegio y en su trato con las matronas romanas, siendo así que, á ejemplo de Seyano, atiende él más á la utilidad del amor que á sus deleites. Con su serenidad inalterable y aquella astucia suya que se comunicaba á su sangre como filtra el agua en las entrañas, Nubius ha logrado ya seducir á varios elevados personajes; pero las sociedades secretas consideran que con un Papa del temple de Leon XII convenia precaverse cuanto ántes contra amenazadores sucesos; la actividad de Bernetti, al igual que su esfuerzo, no ceja un solo paso, y al ver el peligro que sobre ellas pende, las sociedades secretas toman una importante resolucion. Hasta aquel dia ha pasado Nubius su vida exterior en viajes y placeres; afortunado en amores y aun más en negocios de caudal, de continuo sonrie en sus relaciones sociales, sin duda para fingir mayor gravedad al hallarse entre las aso-

ciaciones ocultas que funda ó dirige. Saben, empero, las sociedades secretas que en la obra contra el Pontificado emprendida es fácil que sucumban á no ser preservadas por vigorosa mano del alcance «del buon goberno», y llaman á Roma á Nubius, quien oficialmente nunca habia residido en ella. El director supremo empuña desde aquel momento la caña del timon de la suprema venta, y en 3 de abril de 1824 escribe á Volpe en los siguientes términos:

«Grave peso hemos echado sobre nuestros hombros, querido Volpe. Tócanos ir formando la educacion inmoral de la Iglesia, y llegar, valiéndonos de limitados elementos tan bien graduados como mal definidos, al triunfo de la idea revolucionaria por medio de un Papa. En este proyecto, que siempre me ha parecido hijo de idea sobrehumana, andamos aun á tientas y como vacilando; pero ello es cierto que aun no han cumplido dos meses desde mi llegada á Roma y comienzo ya á acostumbrarme á la nueva existencia que me está destinada. Ante todo, miéntras estais en Forli vigorizando el ánimo de nuestros hermanos, he de comunicaros una observacion mia; he visto (sea esto dicho entre nosotros) que en nuestras filas sobran los oficiales y faltan soldados, y que son muchos los que misteriosamente y á media voz no temen hacer al primero que se presenta semiconfidencias con las cuales, si bien es verdad que nada descubren, podrian, al dar con oídos inteligentes, señalar el rastro de todo. El afan por inspirar temor ó envidia á vecinos y amigos es lo que impulsa á algunos de nuestros hermanos á esas reprobadas indiscreciones, siendo así que el buen éxito de nuestra empresa depende del misterio: el iniciado en las ventas ha de querer siempre como el cristiano de la «Imitacion» «permanecer desconocido y no ser contado por nada.» No es á vos, fidelísimo Volpe, á quien doy este consejo; me parece que no lo necesitareis, y que, como nosotros, sabreis lo que vale la discrecion y la abnegacion propia al tratarse de los altos intereses de la humanidad; sin embargo, si examinando vuestra conciencia conocierais haber contravenido á lo expresado, ruégoos que lo reflexioneis mucho, pues la falta de discrecion y prudencia es madre de la traicion.

«Parte del clero hay que pica en el anzuelo de nuestras doctrinas con maravillosa presteza; fórmanla los sacerdotes sin mas ocupacion que decir misa ni otro pasatiempo que esperar en un café que den las dos despues del Ave María para irse á acostar, clérigos estos holgazanes como el que más entre la turba ociosa de la ciudad eterna que parecen haber sido criados para servir de instrumento á las sociedades secretas. Pobres, ardientes, desocupados y ambiciosos, vénse desheredados de los bienes del mundo; créense muy apartados del sol del favor para serles dable calentar sus ateridos miembros, y sobrellevan su miseria tiritando á la vez que murmurando contra la injusta distribucion de los honores y bienes de la Iglesia. Ese sordo descontento en que la primitiva incuria apénas reparaba comienza ya á ser beneficiado por nosotros, y á este renglon de sacerdotes sin empleo y sin mas carácter que un manteo haraposo al que acompaña un sombrero que ni señal conserva de su forma primera, hemos agregado en lo posible una especie de clérigos corsos y genoveses, que llegan á Roma llevando todos la

tiara en la maleta. Por haber nacido Napoleon en su isla no hay corso que no piense ser un Bonaparte pontificio, y ambicion es esta ya vulgar y trivial que nos ha sido muy favorable, en cuanto nos ha abierto caminos que seguramente nos habrian estado por largo tiempo cerrados. Sirve ademas para afirmar é iluminar la senda que seguimos, y sus quejas, adornadas con comentarios y maldiciones, nos ofrecen puntos de apoyo en que nunca habríamos pensado.

«La tierra fermenta, el gérmen se desenvuelve; pero el tiempo de la cosecha está aun muy lejano.»

Y sin embargo, no perdia Nubius el tiempo ni el trabajo, y en las cartas que en aquel tiempo dirigió á varios miembros influyentes de la asociacion oculta leemos que á favor de su nombre, de su caudal, de su apostura y de su cautelosa prudencia para evitar puntos candentes ó políticos, habíase creado en Roma una posicion inaccesible á las sospechas. «Algunas mañanas estoy un rato con el anciano cardenal della Somaglia, secretario de estado, escribe al judío prusiano Klauss; salgo luego á caballo con el duque de Laval ó con el príncipe Cariati; despues de misa voy á besar los piés de la hermosa princesa Doria, en cuya casa me encuentro con frecuencia con el gallardo Bernetti. De allí corro á la morada del cardenal Pallotta, un Torquemada moderno que elogia y honra mucho la inventiva que me caracteriza, y en seguida visito en sus celdas al dominico Jabalot, procurador general de la inquisicion, al teatino Ventura, ó al franciscano Orioli. Por la noche consagro á otros esta vida aunque ociosa tan ocupada á los ojos de la sociedad culta y de la córte, y al otro dia vuelvo á arrastrar la misma eterna cadena. A esto llaman aquí adelantar los asuntos. En una tierra en que la inmovilidad es una profesion y un arte, es sin embargo un hecho fuera de toda duda que la causa ha progresado. No vamos á contar los clérigos y religiosos seducidos; ni podríamos ni querríamos hacerlo; pero otros indicios hay que, sin poder inducir en error á ojos experimentados, manifiestan de léjos, de muy léjos, que el movimiento comienza; y como por fortuna no debemos luchar aquí con la petulancia francesa lo dejarémos sazonar ántes de beneficiarlo, único medio de obrar con seguridad completa.

«Varias veces nos habeis dicho que nos ayudaríais cuando estuviese vacía la caja comun: llegada es la hora «in questa Dominante». Para trabajar en la futura formacion de un Papa no tenemos ni un «papalino», y ya sabeis por experiencia que por todas partes, y aquí principalmente, es el dinero lo que da fuerza á la guerra. En cambio de las noticias que os doy, que sin duda os llegarán al alma, poned á disposicion nuestra muchos thalers: son la mejor artillería para batir en brecha á la sede de Pedro.»

La letra de cambio librada contra el odio judáico que abrigaba Klaus respecto de Roma gírase casi al mismo tiempo contra los judíos de Silesia, Portugal y Hungría, y Nubius hace que Piccolo-Tigre mantenga con sus comerciantes de oro una correspondencia que fue en breve tan productiva para los cristianos como onerosa para los hijos de Jacob.

Años y años trascurrieron sin que la situacion experimentara notables

variaciones, dadas esas existencias, encenagadas en vicios, á corromper á las demas, única tarea que se habian impuesto, hasta que en 1829 el papa Pio VIII, cuyo secretario de estado es el cardenal Albani, descendió como por intuicion hasta lo hondo de la sima. En el apogeo de la suprema venta todo son venturas para ella; sus misteriosos agentes llegan hasta los consejos de los príncipes y las inmediaciones del santuario, y sus servicios y favores son recompensados con popularidad y alabanzas. En este estado Pio VIII en su encíclica de 24 de mayo no vacila en rasgar una parte del velo; no acierta aun el médico con la causa del mal, pero aprecia ya sus principales efectos, y por lo mismo no será irremediable. La Iglesia conoce que la dolencia ha interesado al clero, y la Iglesia levanta su voz.

«Despues de velar por la integridad de las sagradas letras, dice el Papa en su encíclica á los patriarcas, primados, arzobispos y obispos, es deber nuestro, venerables hermanos, llamar vuestra atencion hácia las sociedades secretas de hombres facciosos, enemigos declarados del cielo y de los príncipes, cuyo objeto es desolar la Iglesia, arruinar los estados, trastornar el universo todo, y, rompiendo el freno de la fe verdadera, abrir el camino á todos los delitos. Con el mero hecho de envolver entre la religiosidad de un juramento tenebroso la iniquidad de sus asambleas y los designios que en ellas forman, han debido inspirar justas sospechas acerca de los atentados que por desgracia de nuestros tiempos han surgido como de los pozos del abismo y han llevado la desolacion y el luto á la religion y á los imperios; y por esto nuestros predecesores los sumos pontífices Clemente XII, Benedicto XIV, Pio VII y Leon XII, á quienes á pesar de nuestra indignidad hemos sucedido, anatematizaron sucesivamente esas sociedades secretas, fuese cual fuere su nombre, en decisiones apostólicas, cuyo contenido confirmamos con toda la plenitud de nuestra autoridad, queriendo que sean rigurosamente observadas. A su ejemplo Nos procurarémos con todo el poder nuestro que la Iglesia y la cosa pública no experimenten daño por las conjuraciones de esas sectas, y para obra tan magna como esta reclamarémos vuestro cotidiano auxilio á fin de que, cubiertos con la armadura del celo y unidos por los lazos del espíritu, sostengamos valerosamente nuestra causa comun, ó por mejor decir la de Dios, y destruyamos los muros en que se han parapetado la impiedad y corrupcion de los perversos.

«Entre esas sociedades secretas hemos decidido indicaros una recien establecida, cuyo objeto es corromper á los jóvenes que se educan en gimnasios y liceos. Sabiendo que los preceptos de los maestros son omnipotentes para formar el corazon y la inteligencia de sus alumnos, procúrase con toda clase de ardides llevar á las clases profesores depravados, quienes conducen á sus discípulos á los senderos de Baal por medio de doctrinas que no son de Dios.

«De ahí que con dolor veamos á los jóvenes llegar á escandalosa licencia, tanto que, apartado el temor de la religion, olvidadas las sanas reglas de las costumbres, despreciadas las buenas doctrinas y hollados los derechos de una y otra potestad, no hay desórden, error ó atentado que los avergüence.

De ellos puede decirse con san Leon el Magno: Su ley es la mentira, su dios el demonio, su culto lo más vil y bajo. Apartad, pues, venerables hermanos, de vuestras diócesis tal cúmulo de males, y procurad por cuantos medios estén á vuestro alcance, tanto por la autoridad como por la blandura, que tomen á su cargo la educacion de los jóvenes varones distinguidos, no sólo en letras y ciencias, sino tambien en piedad y pureza de costumbres.

«Como cada dia aumentan de un modo terrible los contagiosos libros á favor de los cuales la doctrina de los impíos cunde como gangrena por el cuerpo de la Iglesia, velad sobre vuestra grey y no omitais esfuerzo para apartar de ella la peste de los libros malos, funesta entre todas. Recordad (1) con frecuencia á las ovejas de Jesucristo que os están confiadas los consejos de nuestro santísimo predecesor y bienhechor Pio VII para que no tengan por saludables sino los pastos á que las conduzcan la voz y autoridad de Pedro, para que sólo con ellos se alimenten, para que miren como perjudicial y pestífera cuanto esa voz les denuncia como tal, para que se alejen de allí con horror y no se dejen seducir ni engañar con apariencias y halagos.»

Esta encíclica, en la cual parece estar designada la suprema venta ó por lo ménos contraminados sus subterráneos trabajos, produjo en sus caudillos impresion profunda. Creyéronse vendidos, y bajo el imperio de poco justificado terror Felice escribe desde Ancona en 11 de junio de 1829: «Es necesario que nos detengamos algunos momentos hasta que se hayan desvanecido las sospechas del viejo Castiglioni (2). Ignoro si se habrá cometido alguna indiscrecion y si á pesar de nuestras precauciones habrán caido algunas cartas nuestras en poder del cardenal Albani, zorro austriaco que, no siendo mejor que Bernetti, el leon de Fermo, no ha de dejarnos en reposo. Uno y otro se ensañan contra los carbonarios; de acuerdo con Metternich los persiguen y acosan, y esta caza en la que son muy diestros puede sin saberlo ellos mismos descubrirles nuestras huellas. La encíclica condena y precisa con tal exactitud, que debe inspirarnos temores de celadas de parte de Roma ó de los falsos hermanos. No estamos habituados á que el Papa se exprese con resolucion semejante; y para haber empleado en esta solemne circunstancia un lenguaje tan poco conforme con los usos de la córte apostólica, es preciso que Pio VIII posea algunas pruebas de la conspiracion. A los que están en el mismo lugar que el enemigo tócales velar como nunca por la seguridad de todos; pero al considerar declaracion de guerra tan explícita me parece que seria del caso deponer por algun tiempo las armas.

«La independencia y unidad de Italia son quimeras al igual que la libertad absoluta que algunos de nosotros sueñan entre impracticables abstracciones. Todo ello es fruto que el hombre nunca cogerá; pero por lo mismo que es ilusorio, causa cierto efecto en el público y en la juventud inexperta. Bien sabemos nosotros que ambos principios son hueros y lo serán siempre; mas como medio de agitacion no debemos privarnos de ellos. Calentad á

(1) *In litteris encyclicis ad universos episcopos, datis Venetiis.*
(2) El cardenal Castiglioni habia sido recientemente nombrado papa con el nombre de Pio VIII.



fuego lento, alarmad la opinion, mantened en jaque al comercio, y sobretodo no os mostreis nunca. Tales son los medios eficaces para ir minando al gobierno pontificio. Persuadido de que domina á las almas está el clero confiado y tranquilo; pintadlo, pues, como receloso y pérfido: en todo tiempo ha experimentado el público propension á las antífrasis, y por lo mismo engañadle, pues se complace en serlo. Sobretodo nada de precipitacion ni de levantamientos. Nuestro amigo Osimo, que ha estudiado el terreno, afirma que debemos resolvernos á cumplir con la parroquia y de este modo aletargar la vigilancia de la autoridad.

«Aun suponiendo que la córte romana no tenga indicio alguno de nuestra trama, ¿no os parece que la actitud de los furiosos carbonarios puede de un momento á otro descubrirle nuestra existencia? Estamos jugando con fuego, y conviene que no nos quememos. Si á fuerza de asesinatos y liberal jactancia logran los carbonarios impulsar á Italia á una nueva «impresa», es de temer que nos veamos expuestos á mil contingencias y obligados á salir á la luz, siendo así que para dar á nuestro plan toda la extension necesaria debemos obrar sin ruido, á la sordina, ganar terreno poco á poco y no perderlo nunca. El relámpago que ha brillado en lo alto de la cúpula vaticana puede ser anuncio de tormenta, y como esta retardaria nuestra victoria conviene evitarla y ponernos al abrigo. Los carbonarios están de continuo agitándose sin utilidad ninguna; no pasa dia sin que dejen de vaticinar universales trastornos, y esto es precisamente lo que ha de perdernos: entónces los partidos serán determinados y agresivos, y siendo necesario optar por uno ú otro, de esa eleccion nacerá inevitablemente una crísis y de la crísis un aplazamiento ó imprevistos infortunios.»

En febrero de 1831, en la época de la eleccion de Gregorio XVI, ocurrió en las sociedades secretas la crísis vaticinada. Los carbonarios, que por todas partes y siempre se otorgaban el derecho de insurreccion, creyeron que la catástrofe de julio de 1830 se apresuraria á favorecer y prohijar la causa de los liberales de la Romanía, quienes con entusiasmo proclamaban que los degenerados hijos de Escipion iban á morir como Catones en los muros de una nueva Utica. Sercognani, Bofondi, Canuti, Ferretti, Silvani, Armandi, Pepoli y sus cómplices se envolvieron en un jiron de la toga del último Bruto; y con solemnes trasportes se aplaudieron á sí mismos afilando la imaginaria cuchilla que suponian cortaria el hilo de su vida en caso de frustrar el vencimiento sus lisonjeras esperanzas.

Luis Felipe de Orleans habia excitado, alentado y pagado á Polonia é Italia para que corrieran á una derrota inevitable; hasta dejóles entrever la posibilidad de ayudarlas con las armas; pero abusando de la credulidad de aquellos dos pueblos de insurgentes en expectativa sirvióse de ellos como de escudo para defender su naciente dinastía, y aunque sabia con la historia que es más difícil resucitar á un pueblo que reemplazarle, procuró que los incautos que eran su juguete olvidaran esta enseñanza de los siglos.

Aquellos hombres que en las sociedades secretas ó en el trato del mundo

habian adquirido larga experiencia de las revoluciones y de los revolucionarios, no se consideraron obligados á ceder á un impulso exterior cuyo objeto comprendian perfectamente. Resistiéronse, pues, á seguir á sus hermanos de las ventas centrales, y no tomando parte en la insurreccion de febrero de 1831 ni en la de enero de 1832, declaróse una division que, haciendo nacer en los corazones un gérmen de enemistad, produjo despues en aquella Babel la confusion de lenguas y designios.

«Zucchi, Sercognani, Armandi y todos los veteranos del imperio, escribe Nubius á Vindicio, se portaron como estudiantes en vacaciones: quisieron correr á un martirio estéril, ó mejor, lucir á la luz del sol las lujosas charreteras que se hicieron regalar por las logias masónicas de las legaciones. Esos motines, de los cuales nunca he podido augurar nada bueno, tienen sin embargo una ventaja, y es que llevan á destierro á muchos fanáticos sin inteligencia que con su afan de saber si el pan del extranjero es tan amargo como dice Dante, nos pondrian en muy grave aprieto. Bien sé que esos héroes destinados á tomar la fuga no serán de la opinion del poeta, y que subirán tan fácilmente la escalera del extranjero como la del Capitolio; pero ello es que de aquí á algunos meses nos servirán de algo: con el llanto muy real de su familia y los presuntos padecimientos del destierro harémos que la amnistía sea para nosotros un arma popular; pedirémosla de continuo, y aunque deseemos tardar en alcanzarla cuanto sea posible, la pedirémos á voces.

«Los ocho años que pasámos en interiores trabajos habian dado muy felices frutos: para pulmones tan ejercitados como los nuestros era evidente que el aire comenzaba á enrarecerse al rededor de la Iglesia; á mi oído sutil como el de un perro de caza llegaban con gran placer mio suspiros del alma, involuntarias confesiones salidas de los labios de varios miembros influyentes de la familia clerical; á pesar de las bulas de excomunion y de las encíclicas eran todos nuestros de corazon ya que no de cuerpo, y el «Memorandum» habria consumado la obra con el desenvolvimiento de sus inglesas y naturales consecuencias. Como pesadas nubes, precursoras de la tempestad, observábanse síntomas de varias clases cuya gravedad estaba más que en la forma en la esencia, cuando de pronto esas ventajas, dispuestas y preparadas desde tanto tiempo, han quedado perdidas por miserables alzamientos que acaban aun más tristemente de lo que comienzan. Mamiani con sus poesías y folletos, Pedro Ferretti con lo embrollado de sus negocios sobre los cuales quiere echar un velo, Orioli con su ciencia empantanada y los exaltados de Bolonia con sus humillos belicosos que se desvanecen al primer cañonazo, han alejado de nosotros al Sacerdocio por diez años á lo ménos. Dícese á los curas que se trata de combatir á la Iglesia, al Papa, al Sacro colegio, á los prelados, etc., y los curas, que como tales consideran esos bienes y honores como patrimonio suyo, danse á reflexionar, y al ver que el liberalismo se les presenta con aspecto de enemigo implacable acaban por declararle guerra á muerte. Y sino ved lo que está sucediendo: como si el cardenal Bernetti supiera nuestros planes, las órdenes que de él han emanado y

que me han sido comunicadas excitan todas á los monjes y párrocos á ponerse á la cabeza de los pueblos y á llevarlos al combate contra los rebeldes. Monjes y clero obedecen, y el pueblo los sigue con alaridos de venganza. De un obispo se cuenta que marchó contra los alzados con dos pistolas en el cinto, estando á punto de dar muerte á su propio hermano en el fragor de la pelea. Evocacion es esta de Cain y Abel que me complace; mirada á la luz de la division de las familias no hay duda que tiene una parte buena, pero es incompatible con nuestros proyectos.

«De los franceses puede decirse que han nacido para desgracia nuestra: cuando no nos venden nos ponen en mil estrecheces. ¿Cuándo será que podamos volver á dedicarnos con sosiego á la obra para la cual habíamos reunido tantos elementos de buen éxito?»

Los vaticinios de Nubius quedaron cumplidos: el ejército del liberalismo italiano desapareció al encontrarse con las bayonetas austriacas como se derrite la nieve á los ardores del sol de mayo. Aquellos Leonidas empavesados con preseas militares, afanosos por unas Termópilas constitucionales donde esperaban hallar grata y agradable sombra, pero nunca la muerte, tomaron unos la fuga ántes del combate, y corrieron otros á marchas forzadas hácia las playas del Adriático; siempre que los revolucionarios dan con bien organizada resistencia trasfórmanse al punto en hombres para poco con el corazon en los piés ó en las espuelas.

Restablecida en los ánimos la calma, aquellos que no habian renunciado á la idea anticristiana y se proponian encarnarla en el mundo envolviéndola en la tiara, trataron de proseguir la construccion del edificio que habia debido suspenderse á impulsos del viento de las asonadas. Es cierto que la insurreccion de julio acababa de serles funesta; pero llevaba en su seno el gérmen de tantas pasiones aviesas é intereses reprobados, tenia por reguladores y usufructuarios á hombres tan obligados para con las ventas á los ojos de la moral, de la religion y de la monarquía, que aquel gobierno por el mero hecho de su orígen se veia en la necesidad de favorecer todos los planes desorganizadores.

Los prohombres del nuevo poder decian que «para orleanizar á Francia era preciso descatolizarla», y el último término de esta incalificable proposicion reanimó muy mucho las esperanzas de la suprema venta. Dedicarse á descatolizar á Francia equivalia, sin que fuese necesario expresarlo, á prometer que por todos los medios se procuraria desnaturalizar y enflaquecer la autoridad de la Sede apostólica, y esto tanto era como dar favor tácitamente á los esfuerzos de las sociedades secretas, cuyo objeto y fin era el mismo. La córte de Roma iba á encontrarse frente á frente con los hijos primogénitos de la Iglesia impulsados á la rebelion por dinásticos intereses, y la venta suprema consideró que el volterianismo, ingerido en el protestantismo futuro de la Francia orleanista, le ofreceria fáciles y seguros medios para combinar su agresion.

Hasta aquel dia, fiel la venta suprema á la instruccion permanente de 1819 y sumisa á los consejos de Nubius, sólo poco á poco habia ensan-



chado el círculo de su accion; habia andado con mesurado paso explorando el camino, estudiando los obstáculos y sorteándolos sin atacarlos jamas de frente; sucesivamente habia tomado la máscara de piedad, de patriotismo y de abnegacion, y en los doce años que contaba de existencia y de no interrumpidas tramas no habia llegado á inspirar á la policía ni un recelo, no habia dado motivo á la más mínima sospecha, logrando que fuesen aceptadas con un alborozo en que se veia el sello de concentrado furor, doctrinas nefastas, segun las cuales conviértese el vicio en virtud, el delito en motivo de alabanza, el asesinato en deber, el veneno en medio para alcanzar el fin, la perfidia en gloria y la mentira en único elemento de feliz suceso.

Varios eclesiásticos de los Estados pontificios y de las comarcas inmediatas estaban afiliados en las sociedades secretas; unos fueron condenados á penitencia en monasterios, otros expiaron en los calabozos de Corneto su traicion para con su madre la Iglesia; pero entre esos apóstatas, cuyos nombres forman para las sociedades ocultas extenso martirologio de infortunadas é inocentes víctimas, ni uno hay á quien la venta suprema hubiese juzgado digno de su confianza. El misterio de la conspiracion quedó encerrado en ménos de cuarenta personas, las cuales obraron siempre en secreto, llegando para desconcertar más y más las investigaciones del gobierno á descubrirle y á darle como presa cinco ó seis logias ó carbonerias particulares, cuyas imprudencias podian ser peligrosas; y este sacrificio nada costó á los directores de la suprema venta: con él llenaban dos objetos, pues al propio tiempo que acallaban las sospechas de la córte romana satisfacian fraternal venganza.

Tanta perseverancia en los propósitos tenia algo de implacable como el destino antiguo; no parecia sino que para esos italianos amamantados en conspiraciones habian formulado los chinos este proverbio de la paciencia humana: Limando y limando hácese una aguja de una barra de hierro.

En medio de los trasportes á que en aquel tiempo se entregaba el espíritu de partido aun en la misma ciudad pontificia, era natural que pasase desapercibida aquella actitud misteriosa, dejando así á aquellos hombres la libertad de sus movimientos todos. En efecto, ¿quién habria podido imaginar que patricios opulentos y de excelente reputacion, en trato íntimo con los cardenales, de cuyos labios sólo salian palabras para mejorar y reformar por medio del progreso leyes y costumbres, estuviesen tramando en la sombra una conspiracion contra la Iglesia? Su posicion clara y despejada, cosa que tantas veces les fuera recomendada, los libraba de toda sospecha; decian ser liberales, pero por la Iglesia y con la Iglesia, por reflexion más que por entusiasmo, y así fue como pudieron, acaecidos los sucesos de 1831 y 1832, reanudar sus maquinaciones clandestinas sin acumular sobre sí, como dice Tácito, todo el odio que habrian excitado sus delitos, todo el desprecio que merecia su vileza.

En las sociedades secretas vulgares, en las organizadas en Suiza y Alemania para pervertir al labrador y al obrero, los jefes de los adeptos murmuran de vez en cuando al oído uno del otro palabras en que se trasluce una mal encubierta envidia. Así, por ejemplo, en 1835 Malegari escribe lo si-

guiente desde Lóndres al doctor Breidenstein: «Constituimos una asociacion de hermanos que se extiende por todos los puntos del globo; comunes son nuestras aspiraciones é intereses; todos suspiramos por la emancipacion de la humanidad, todos queremos sacudir el yugo, y sin embargo hay álguien á quien no vemos y á quien apénas sentimos que pesa y manda sobre nosotros. ¿Quién es? ¿Dónde está? Nadie lo sabe, ó por lo ménos nadie lo dice. La asociacion es secreta hasta para nosotros, veteranos de las sociedades ocultas, y á veces se nos exigen cosas que nos espeluznan y horripilan. ¿Creeréis que, segun me escriben de Roma, dos de los nuestros muy conocidos por su odio al fanatismo han debido por órden del Jefe supremo arrodillarse y comulgar en la pasada Pascua? No escatimo mi obediencia, pero confieso que desearia saber á dónde nos llevarán semejantes tonterías.»

José Mazzini experimentó igual curiosidad en 1836. El instinto de su naturaleza profundamente viciosa hízole sospechar la existencia de una hermandad particular independiente de los cuadros que constituian las sociedades ocultas; quizas conocia en parte la instruccion permanente de 1819, y con este indicio su inteligencia de conspirador perpétuo husmeó con facilidad el rastro de la venta antipontificia. Aunque misterio para la turba de los iniciados, atrevióse á solicitar el honor de tomar puesto en la escogida vanguardia, peticion que se ignora cómo y por quién fue presentada; sabemos sí por una carta de Nubius á un personaje conocido en la suprema venta con el nombre de Beppo la categórica negativa con que contestó la venta.

«Ya sabeis, escríbele Nubius en 7 de abril de 1836, que Mazzini se ha considerado digno de cooperar con nosotros á la empresa más grandiosa de la época nuestra; pero no lo ha creido asimismo la venta suprema. Mazzini no puede desempeñar el oscuro papel á que nosotros nos hemos resignado hasta el dia de la victoria; conspirador de melodrama le gusta hablar de muchas cosas y sobretodo de sí mismo; sin cesar está escribiendo ser él el debelador de tronos y altares, el fecundador de los pueblos, el profeta del humanitarismo, etc. etc., y todo queda reducido á miserables derrotas ó á asesinatos de tal modo vulgares, que sin dilacion despediria yo al lacayo mio que se atreviese á librarme de un enemigo valiéndose de tan vergonzozos medios. Mazzini es un semidios para los necios ante quienes trata de hacerse proclamar pontífice de la fraternidad, de la cual será el dios italiano; en la esfera en que se mueve ese pobre José no pasa de ser ridículo; para llegar á ser fiera le faltarán siempre las garras.

«Téngolo por el «villano caballero» de las sociedades secretas, y es lástima que mi estimado Molière no pudiese conocerle. Dejémosle que ostente en los figones del lago Leman ó en los lupanares de Lóndres su presuncion y positiva necedad; perore y escriba cuanto le plazca; con su general Ramorino y con carcomidos escombros de insurreccion fabrique á su placer «jóvenes Italias, jóvenes Alemanias, jóvenes Polonias, Francias y Suizas»; si esto contenta su insaciable orgullo hágalo en buen hora, no nos opondrémos á ello; pero manifestadle en los términos que mejores os parezcan que la

asociacion de que habla no existe ya, caso de haber existido algun dia; decidle que nada sabeis de sus umbrales; mas ved de añadir que á estar existente habria tomado el peor camino para llegar hasta ella. Dadle á entender que, á existir la venta que supone, es claro que habria de ser superior á todas las demas, y como San Juan de Letran «caput et mater omnium ecclesiarum;» á ella sólo habrian sido llamados los elegidos dignos de semejante favor, y excluido Mazzini hasta ahora seria fácil que al querer penetrar por fuerza ó por astucia un secreto que no le pertenece se expusiera á los mismos peligros de que tan pródigo ha sido para los demas.

«Vestid esta última idea del modo que creais más conveniente; pero haced que llegue al sumo sacerdote del puñal; yo que conozco su consumada prudencia estoy cierto de que producirá en el rufian muy grande efecto.»

Implacable para con la sociedad no quedaba tiempo á Nubius para ser cruel con las personas. Y no se equivocó al juzgar á Mazzini, pues en los archivos de la venta suprema no se encuentra vestigio alguno de haber el «pobre José» insistido en su demanda. La indirecta amenaza de una puñalada hízole encerrar en sus entrañas sus orgullosos sentimientos.

Sobre esto es necesaria una explicacion.

Era costumbre en las sociedades secretas apelar al asesinato colectivo ó individual, y haciendo de él arma y razon de ser esperaban de este modo llevar el terror al corazon de aquellos á quienes tenian fascinados, ó de las autoridades encargadas de velar por la salvacion del amenazado gobierno. El puñal ó el veneno era el concluyente argumento de los teóricos de la fraternidad explicada por el homicidio. Nubius y sus coligados seguian, empero, distinto camino: tuvieron á ménos recurrir á tales atentados, y es en verdad singular, pero positivo, que no mancha sus manos una sola gota de sangre. Nunca les sirvió de escabel el cadáver de un hombre.

Apresurémonos, sin embargo, á decir que no por humanitario sentimiento ni por temor á la justicia terrena renunciaron á medio tan grato para los carbonarios vulgares. En la educacion primitiva de los que componian la suprema venta existia un principio, ó mejor, una especie de preocupacion de honra de la cual se envanecian y gloriaban, consistente en considerar como indigno de ellos excitar ó pagar á los hermanos dedicados al asesinato; no era su destino matar, sino corromper, decian; y ello es verdad que, dejando á un lado las sangrientas ideas de Mazzini, Breidenstein y Cecilia, esos hombres, criaturas vírgenes de toda virtud, causaron realmente mayores males á la civilizacion que tanto truhan apellidando libertad para usurpar el monopolio de la tiranía. Como el Neron de Tácito, multiplicaron el número de infames para disminuir su propia infamia.

En una de sus cartas á Nubius explica Vindicio en estos términos la teoría de la suprema venta: «Los asesinatos de que nuestros afiliados se hacen reos en Francia, Suiza y más que en parte alguna en Italia, le escribe desde Castellamare en 9 de agosto de 1838, son para nosotros una vergüenza y un remordimiento. Nos trasladan á los primeros dias del mundo explicados por el apólogo de Cain y Abel, y es claro que con lo mucho que hemos pro-

gresado no hemos de darnos por satisfechos con recursos semejantes. ¿Qué utilidad se saca de matar á un hombre? Únicamente la de asustar á los timoratos y apartar de nosotros los ánimos valerosos y esforzados. Nuestros predecesores en el carbonarismo no comprendian toda la fuerza del miedo, la cual no debe emplearse en derramar la sangre de un individuo aislado aunque sea traidor, sino más bien entre la generalidad y la masa del pueblo. No individualicemos el crímen, generalicémoslo por el contrario hasta elevarlo á la altura del patriotismo y del odio contra la Iglesia. Una puñalada no significa ni produce cosa alguna. ¿Qué le importan al mundo algunos cadáveres oscuros tirados en medio de la calle por la venganza de las sociedades secretas? ¿Qué le importa al pueblo que la sangre de un artesano, de un artista, de un caballero y hasta de un príncipe haya corrido en virtud de sentencia de Mazzini ó de algunos de sus sicarios dados gravemente al juego de la Santa-Vehme? El mundo no dispone de tiempo suficiente para prestar oído á los últimos ayes de la víctima, sino que sigue su camino y ni siquiera se acuerda de haberlos oido. Sólo nosotros, querido Nubius, podemos detener sus pasos. Si el catolicismo lo mismo que la monarquía no experimentan temor alguno á los más acerados puñales, una y otra base del órden social pueden arruinarse á impulso de la corrupcion: por lo tanto, no nos cansemos de corromper ahora y siempre.

«Con fundamento decia Tertuliano que la sangre de los mártires engendraba cristianos, y ya que es cosa resuelta en nuestros consejos que no ha de haber más cristianos, no aumentemos el número de mártires, ántes popularicemos el vicio entre las turbas. Hagamos que lo respiren por sus cinco sentidos, que lo beban, que se saturen de él, teniendo presente que esta tierra en que sembró el Aretino está siempre dispuesta á recibir lúbricas enseñanzas. Formemos corazones viciosos, y los católicos se acabarán. Apartemos al sacerdote del trabajo, del altar y de la virtud; procuremos sagazmente ocupar en otras cosas sus pensamientos y acciones; hagámosle holgazan, gloton y patriota, y será en breve ambicioso, maquinador y perverso: de este modo cumplirémos nuestra tarea mejor que embotando en los huesos de algunos infelices la punta de nuestros puñales. Consagrar mi vida á las conspiraciones para no salir de la gastada rutina no es cosa que me cuadre, y, á lo que pienso, tampoco debe cuadraros á vos.

«La empresa nuestra debe ser y es la corrupcion por mayor, la corrupcion del pueblo por medio del clero, y la del clero por medio de nosotros, la corrupcion con la cual hemos de lograr un dia precipitar á la Iglesia en la tumba. No há mucho que un amigo se burlaba filosóficamente de nuestros proyectos, y decia: «Para destruir el catolicismo deberia empezarse por suprimir la mujer.» Hasta cierto punto la idea es verdadera; pero ya que no sea dable realizarla y suprimir la mujer, corrompámosla junto con la Iglesia. «Corruptio optimi pessima». Grandiosa es la obra y puede seducir á hombres como nosotros; no nos apartemos, pues, de ella por miserables satisfacciones de personal venganza. El mejor puñal para dar muerte á la Iglesia es la corrupcion. Manos á la obra, pues, y no la dejemos hasta verla del todo concluida.»

Pero esta conclusion para ellos lo mismo que para el carbonarismo debia ser la rivalidad en el mando y la disolucion en la discordia. Ni acerca de los hombres ni de los medios podian ponerse de acuerdo, y al apropiarse el delito con comunidad de esfuerzos ni siquiera acertaban á imprimirle la homogeneidad que constituye su fuerza. Valíanse unos del asesinato, del vicio otros, é introducida la division en el campo de las sociedades secretas no habia ya de abandonarlo; y aunque se trabajaba todavía en aquilatar al género humano con toda clase de perversiones, aunque muchas veces el resultado superaba las mismas esperanzas, es lo cierto que aquel latente antagonismo nada fructuoso presagiaba para los apóstoles de las tinieblas. La lucha intestina debilitaba la fuerza en lo exterior, y fue tanta la importancia que llegó á adquirir aquella, que en 23 de febrero de 1839 tres de los principales individuos de la suprema venta presentáronle la siguiente idea formulada en estos términos:

«Los asesinatos periódicos que suceden en Suiza, Italia, Alemania y Francia no bastan á despertar de su letargo á reyes y ministros; para reprimir tales atentados muéstrase la justicia desarmada y sin fuerzas; pero llegará un dia, mañana quizas, en que la opinion pública se alzará contra tantas maldades, y entónces la sangre inútilmente derramada retardará por muchos años la realizacion de nuestros audaces y bien meditados proyectos. Todos nosotros sabemos sin la menor sombra de duda cuál es el brazo que asesta los puñales; á todos nos consta quiénes son los «birbanti» que por cantidades relativamente insignificantes disponen sin provecho alguno de la vida de sus asociados ó de las personas ajenas al carbonarismo. Situacion tal que cada dia empeora debe remediarse, ó habrémos de renunciar de grado ó por fuerza á nuestros planes contra la Sede romana, en cuanto la menor indiscrecion puede descubrirlo todo. Un asesinato que no pase desapercibido como sucede con muchos puede poner de manifiesto el rastro de nuestras reuniones, y por lo mismo importa tomar eficaces medidas y reprimir cuanto ántes actos que nos ponen en gravísimo peligro.

«Lo que la sociedad cristiana hace en defensa propia y lo que considera como lícito y político el carbonarismo en la persona de alguno de sus caudillos, no debe intimidarnos á nosotros cuando no intimida á la sociedad ni al carbonarismo. La pena de muerte es aplicada por los tribunales ordinarios, é igual derecho se arroga la Santa-Vehme de la «jóven Suiza» y de la «jóven Italia». Pues si es así, ¿por qué no hacer nosotros lo mismo que ella? Los cuatro ó cinco miembros suyos que reclutan á los mercenarios del puñal y les señalan con el dedo la víctima que han de herir en la oscuridad, créense superiores á todas las leyes, y no vacilan en conculcarlas, ora en Suiza, ora en Inglaterra y América. La hospitalidad por dichos estados otorgada es para los asesinos intencionales prenda de impunidad, y con ella pueden sin peligro agitar á Europa, amenazar á los príncipes y á los ciudadanos, y hacernos perder á nosotros el fruto de prolongadas vigilias. La justicia que en el caso presente tiene en efecto vendados los ojos, nada ve ni adivina, y aunque así no fuese no podria contra ellos cosa alguna, por cuanto entre el puñal

y la víctima se levanta una valla internacional insuperable por las costumbres y las leyes.

«Pero si la justicia humana carece de fuerzas para reprimir semejante repeticion de homicidios, ¿no podria acaso la venta suprema intervenir en ello por lo mismo que le interesa? Unos pocos revoltosos, tomando por flaqueza nuestra paciencia, se han alzado contra la autoridad de la venta, y obrando independientes de ella y en perjuicio suyo son traidores y perjuros. Ya que la ley civil por ellos infringida es insuficiente para castigarlos, ¿no podria la suprema venta pedirles cuenta de la sangre derramada? La sociedad cristiana no posee el excelente recurso de herir en secreto en el asilo que hayan elegido los que de un modo arbitrario disponen de la vida de sus semejantes; resultado de ello es que no sabe defenderse á sí propia ni defender á sus miembros por falta de un código secreto que castigue á los delincuentes que no van comprendidos en el código público; pero no así nosotros. Nuestra situacion es mucho más favorable y clara, pues de esperar es que ninguno de nosotros abrigará ridículos escrúpulos.

«La verdad es que algunos disidentes que, si bien poco temibles hoy, pueden llegar á serlo más tarde por el hecho mismo de su arrogante estolidez y desordenada vanidad, ponen á cada momento en peligro á la suprema venta. Si han empezado su carrera de homicidas tomando por blanco príncipes ú oscuros ciudadanos, es de presumir que en breve, por la misma fuerza de las cosas, nos llegará nuestra vez, y que luego de habernos expuesto á mil contingencias con sus inútiles delitos nos harán desaparecer misteriosamente como otros tantos obstáculos. Conviene, pues, ganarles por la mano y hacer que se vuelva contra ellos el acero que preparan contra nosotros.

«A nuestro modo de ver seria muy fácil á la suprema venta poner en práctica un plan que uno de sus individuos sometió al juicio del príncipe de Metternich, reducido á lo siguiente, segun decia en confidencia aquella persona al canciller austriaco. «Apoderarse de los jefes de las sociedades secretas, quienes desde países neutrales ó protectores desafian vuestra justicia y se burlan de vuestras leyes, es cosa para vos imposible. Los fallos de vuestros tribunales se estrellan en las costas de Inglaterra ó pierden su fuerza al dar contra los hospitalarios peñascos de Suiza, y de cada dia vais siendo más débil y quedando más desarmado para responder á audaces provocaciones. La justicia de vuestros tribunales está condenada á la esterilidad; pero ya que esto es así, ¿no seria posible hallar en el arsenal de vuestras necesidades de estado, en la evocacion del «Salus populi suprema lex», un remedio para los males que están deplorando los hombres honrados? Si las sociedades ocultas fallan y hacen ejecutar sus fallos en virtud del derecho que se arrogan, ¿por qué los gobiernos establecidos, con mayor interes en defenderse en cuanto al hacerlo defienden á toda la sociedad, no han de tener el mismo derecho usurpado por las ventas? ¿Acaso seria imposible excogitar algunos medios que, al tiempo que llevasen la confusion entre el enemigo social, alentasen á los buenos y aterrorizasen al fin á los malvados? Tanto más fácil seria esto, en cuanto tales medios ellos mismos los están indicando. Ya

que hieren por segunda ó tercera mano, haced como ellos. Buscad agentes discretos y si es posible carbonarios veleidosos entre los que desean rescatar sus pecados antiguos afiliándose á la policía secreta; ayudadles tácitamente en sus precauciones para librarse de las primeras pesquisas, procurad que ignoren la trama de que serán instrumentos, y si el gobierno no oprime á tontas y á locas y logra no perder golpe, y van esos golpes dirigidos contra quien los merece, es seguro que con dos ó tres hombres que se quiten de en medio restableceréis el equilibrio en la sociedad. Los que matan por oficio empezarán por admirarse, y en breve se llenarán de susto al encontrar quien administra justicia tan sumaria y terriblemente como ellos; y no sabiendo de dónde procede el golpe lo atribuirán á rivales, temerán á sus propios cómplices, y como el miedo se contagia con gran facilidad en las tinieblas no tardarán en volver los puñales á la vaina. De mil modos puede darse de «incógnito» la muerte; cerrad los ojos, y pues la justicia de los hombres no alcanza en sus antros á nuestros modernos Viejos de la montaña, dejad que en ellos penetre la justicia de Dios en forma de un amigo, de un cómplice, en cuyo poder obre un pasaporte perfectamente extendido y visado.»

«Ese plan, rechazado por la incurable apatía del canciller de córte y estado, movido por causas de las cuales quizas se arrepientan los imperios un dia, proporcionó á nuestro hermano y amigo la entera confianza del gobierno. Pero ahora bien, ¿nos estará á nosotros prohibido emplear para nuestra defensa los medios salvadores rechazados por las testas coronadas? A llegar el caso en que por cualquiera conducto fuese descubierta la suprema venta es muy posible que nos hicieran responsables de los atentados por otros cometidos, pues aunque no nos valemos de la insurreccion y del asesinato, no pudiendo como no podemos descubrir nuestros anticatólicos proyectos, seguiríase de ahí que caeria sobre nosotros la responsabilidad de los ignominiosos hechos. Para librarnos de semejante oprobio no nos queda otro medio que armar con discrecion un brazo fuerte para castigar, pero sin inteligencia para comprender.

«Por su espontánea voluntad los disidentes se han colocado fuera de la ley de las naciones y tambien fuera de la ley de las sociedades secretas. ¿Por qué, pues, no hemos de aplicarles el código que ellos mismos han inventado? Ya que los aletargados gobiernos no se atreven á plantear el axioma de «Patere legem quam fecisti», es oportunísimo que nosotros lo practiquemos, tanto más en cuanto pone en nuestra mano un medio tan sencillo como infalible para librarnos sin estrépito y escándalo de los falsos hermanos que se atreven á perjudicarnos decretando el asesinato. Aquel recurso bien empleado llevará por necesidad la desconfianza y confusion á las ventas no sumisas, al propio tiempo que, al juzgar á nuestra vez y al castigar á los que tan sumariamente juzgan y castigan á los demas, separamos el trigo de la cizaña y restablecemos el equilibrio social empleando un proceder cuya receta nos proporcionan unos cuantos miserables. El medio propuesto no puede ser más hacedero; sin despertar una sola sospecha podemos herir, paralizar y disolver las ventas enemigas en que se predica el asesinato. ¿Recibirémos

autorizacion para plantearlo y en caso necesario se nos protegerá cual corresponde? »

Esta proposicion que se reproducia á cada nuevo atentado, es decir casi cada dia, dividió en dos campos la suprema venta y desencadenó en ella borrascosas discusiones. Temian unos descubrirse á sí propios, y negábanse otros á salir de la penumbra en que siempre habian obrado. Pelear como hasta aquel momento contra la Iglesia esgrimiendo armas inmorales, prorumpir en continuas quejas sobre el gobierno clerical, ponderar los padecimientos facticios de un pueblo que gime bajo el yugo de los cardenales; la propaganda ejercida valiéndose de todas las corrupciones y teniendo por principales agentes los libros y grabados obscenos, nada, en su prolongada y más que prolongada interminable conspiracion, pudo cansar su constancia; ni por asomo piensan aun en deponer las armas, aunque por las precauciones de que se rodean fácil es conocer que germina ya en los ánimos una duda y vacilacion sobre el buen éxito final.

Iniciados desde el principio en los misterios de la francmasonería, del carbonarismo y de las sociedades secretas, sabedores de la bajeza de algunos jefes y de la prudencia de otros, los individuos de la suprema venta no se atrevieron á asumir la responsabilidad con que se les brindaba. Aunque conociendo la utilidad de la propuesta mudanza en el asesinato, temblaron por un peligro imaginario; ellos, que se habian atrevido á lo imposible, se asustaron por lo posible, y al paso que los unos continuaron asesinando, perseveraron los otros en difundir la corrupcion.

De sí apartaba la venta suprema á los indiscretos y egoistas, á cuantos hombres consideraban las sociedades secretas como un escabel para alcanzar por medio de la desestimacion de sí propios una especie de fama pública. No necesitaba tener iniciados de habilidad más ó ménos evidente; por el contrario, habia buscado á sus agentes en todas las esferas, y sólo tuvo que moderar su ardor. Como los pueblos bárbaros de que habla Guillermo de Tiro, la revolucion desencadenada por las sociedades secretas era un yunque que debia pesar sobre toda la tierra.

El carbonarismo quedaba rebasado; aquella verdadera república de esclavos en que era permitido á todo el mundo suspirar por la tiranía despues de envolver á los gobiernos como en inmensa red dejaba en descubierto su filiacion y sus tendencias, pudiendo seguirse el rastro de una y otras en los continentes y más allá de los mares, hasta los no pisados laberintos donde educaba á los sicarios consagrados al asesinato. El carbonarismo habia adoptado las máscaras todas y usado todos los disfraces; lo mismo hacia vibrar las cuerdas populares como la ciega ambicion de la nobleza, y así empleaba y sacaba provecho de los ardores republicanos como de la inercia monárquica.

Organizado en las cátedras universitarias y en la tienda del soldado tenia afiliados en todas las clases de la magistratura y del ejército, y á algunos evocó en la sombra del altar, del trono y de los claustros. Propagóse, modificóse, derramó amenazas, permaneció quedo segun las circunstancias, y condenó á la independencia á naciones felices y sosegadas bajo el cetro de

sus reyes y á quimeras de unidad á las fraccionadas en pequeños estados por la fuerza de las cosas y la diversidad de caractéres. Siempre tuvo dispuestas coronas murales para ceñir la frente de los príncipes que se doblegaban á la seduccion, y al tiempo que halagaba á unos en sus irreflexivas pasiones deslumbraba á los otros con brillantes diademas que debian abrasarles las frentes como sucedió al rey Cárlos Alberto.

No es nueva en verdad esta táctica de las sociedades secretas; pero es cierto que más de una vez ha tenido perfecto suceso. Siempre los apóstoles de la unidad é independencia italiana han procurado tener en el trono ó cerca de él á cómplices ilustres que les servian de pararayos ántes de convertirse en víctimas ó juguetes, y á contar desde 1820 las proposiciones que aceptara Cárlos Alberto de Carignan fueron hechas á cuantos príncipes abrigaban ambiciosas flaquezas. En caso de que espontáneamente no nacieran, un afiliado de las sociedades secretas, cortesano ó amigo de la alteza, tomaba á su cargo el formularlas, valiéndose unas veces de ministros y otras de mujeres.

En la época en que Murat, entónces rey de Nápoles, meditaba separar su causa de la de Napoleon I, su glorioso señor y cuñado dió oídos, segun dice el historiador Bignon (1), á proposiciones semejantes, y una trágica muerte fue el castigo de su credulidad. Cárlos Alberto expió la suya con dos derrotas y una abdicacion, y no por ello su hijo Victor Manuel ha dejado de empeñarse en la realizacion de la insensata quimera. Para agitar eternamente á Italia necesitan las sociedades secretas una bandera y un pretexto; su presunto Júdas Macabeo es siempre aquel que más débil se muestra, más codicioso ó más sumiso á las maquinaciones de la unidad italiana. Y no importa que sea un Lovelace de ínfima clase, un robador de su familia desleal y traidor á sus deberes todos: las sociedades secretas le absuelven muy pronto, lo mismo de sus vicios que de sus perfidias.

En esto estaban en la época de que tratamos; pero las ambiciones personales, las enemistades de localidad, las preocupaciones de nacion y hasta los instintos, por decirlo así, no permitieron al carbonarismo tener un centro comun. Sólo para demoler se reunieron interina y excepcionalmente las esparcidas fracciones de la múltiple secta, y así que se trató de edificar aun de pensamiento, la fraternal discordia y la confusion entraron en aquella Babel. Esto no obstante, desde 1824 hasta 1840 el carbonarismo pudo re-

(1) Bignon, á quien el emperador Napoleon I encargó en su testamento que escribiera su historia, refiere lo siguiente (*Historia de Francia en tiempo de Napoleon*, t. X., p. 244): «El año de 1811 concluia para el rey Joaquin con esta declaracion del emperador; pero ya entónces aquel príncipe estaba fascinado por los halagos y promesas de los hombres que soñaban con cierto *sistema itálico*, en el cual se le dejaba esperar si no una soberanía absoluta, por lo ménos una gran preponderancia y un supremo protectorado. En todos los puntos de la península italiana existian muchos de aquellos patriotas tan apreciables como poco previsores, los cuales, constantes enemigos de la dominacion extranjera, sea la que fuere, están siempre dispuestos á combatirla; patriotas que en 1811, por ejemplo, cuando la Lombardía, Toscana y los Estados romanos renacian y prosperaban al amparo de inteligente y benéfica administracion, no quisieron ver que les era imposible librarse de Francia á no ser cayendo bajo el férreo yugo del despotismo aleman por ellos tan odiado. Esos patriotas italianos, ligados entre sí por medio de correspondencias y hermandades, habian pensado en el rey Joaquin para hacerle útil instrumento de sus planes.»

gularizar el desórden contra la autoridad cuya fuerza iba debilitándose por grados.

En efecto, el poder se derrumbaba á pedazos, y la revolucion se disciplinó; de un extremo á otro del mundo púsose en activa correspondencia, y al tiempo que conspiraba aquí y allí juzgaba á los hombres y ejecutaba ella misma sus sentencias. Valiéndose de halagos, de la intimidacion y tambien á veces del respeto debido al juramento, del cual no absolvió jamas á sus antiguos cómplices, fuese cual fuere la posicion á que la casualidad los elevara, logró avasallar los ánimos, y con recursos tan infinitos como sus esperanzas enseñó la hipocresía y la probidad relativa, celebró la traicion y prodigó aplausos al perjurio. Fue á la vez atea y religiosa, inmoral y honesta, católica y hereje, monárquica y republicana, y despues de haber seducido á algunos soberanos procuró escudarse en sus ministros formándoles una efímera popularidad. Sus artificios llegaron al punto de permitir á ciertos depositarios de la autoridad el riguroso y sangriento castigo de irreflexivos entusiasmos y de peligrosas imprudencias, táctica que le proporcionaba mártires para alimentar la retórica de sus periódicos y comunicaba á los agentes de la autoridad nueva fuerza junto á los monarcas.

Vióséla entónces establecer por todas partes talleres de calumnias; pero esto no obstante, para vencer al carbonarismo y á las sectas nacidas de su aliento, para salvar el órden social sólo era necesario querer defenderse; para alcanzar victoria no habia mas que desplegar la serenidad del general y la firmeza del estadista: el escollo estaba indicado, el piloto fue el único que no llegó á verlo. En este estado, cuando todo parecia favorecer á las sociedades secretas y sus destructores propósitos, su antagonismo fue causa de su perdicion.

Arden en lo más hondo de esas madrigueras del mal implacables rivalidades, enemistades sordas que no siempre se apagan con una puñalada; en sus ardientes combates aseméjanse á los héroes de Ossian empeñados en furiosas batallas entre nubes y tinieblas. Allí envejecen y se suceden unas á otras las generaciones con sorprendente rapidez; los hombres se alzan y caen sin que pueda apreciarse la causa determinante de la elevacion y la caida; pero sucede tambien que un nombre quede en pié como espantajo cuando el hombre que lo hizo famoso yace olvidado y escarnecido por más jóvenes é impetuosos cómplices. En aquella senda del crímen no se encuentra jamas término medio ni tiempo de descanso; la maldad no hace en ella la menor parada, y como por ley providencial tiene en poco las consideraciones personales y las necesidades de partido.

La suprema venta ha desdeñado á Mazzini y á sus sicarios, y este desden ha ofendido el vidrioso orgullo del taumaturgo del verduguillo humanitario, así como ha lastimado las egoistas preocupaciones de sus cómplices. Resultado de ello fue que la suprema venta, la cual hasta entónces imperara y dirigiera, se encontró poco á poco como trabada en su andar: las sagaces corrupciones que inspiraba y sembraba en los salones de la sociedad culta, fueron calificadas por aquel hato de vagamundos de pasatiempo in-

digno de las sociedades secretas. El carbonarismo no existia ya sino en estado de leyenda, y las doctrinas de Juan Huss empezaban á ser deletreadas miéntras se esperaba el renacimiento de las de Muncer; los sofistas del comunismo negaban el principio de la propiedad y la familia, y con todo ello esforzáronse las sociedades secretas en neutralizar la fuerza disolvente esgrimida por Nubius, y dirigidas por Mazzini procuraron remontar á nado la corriente del hediondo albañal.

Los medios de que Nubius se valiera eran tan imperceptibles como sus operaciones; favorecidos en un principio por la fuerza del misterio, fue tambien esta empleada para oponerse á los progresos de la suprema venta ó por lo ménos debilitar sus efectos. Como sucede en todos los contagios, las sociedades secretas pierden su intensidad al multiplicarse y extenderse; es cierto que crean otras sectas, que engendran pasiones nuevas, que hacen nacer teorías aun más monstruosas; pero tambien lo es que el generalizarse y propagarse fue y será siempre para ellas orígen y causa de ruina.

La suprema venta hacia rancho aparte; al penetrar en la arena de las corrupciones sacerdotales para desmantelar la Iglesia habia creido que acudiria en su auxilio el genio de la disolucion; pero sembrado que hubo á granel la corrupcion y llegada que fue á su punto culminante, á aquel punto que es término de la subida y principio de la pendiente, cayó extenuada y sin aliento en cuanto no le era posible reanimar sus fuerzas renovándose, y veia levantarse al rededor y delante de ella imprevistos obstáculos. La corrupcion en tanto seguíala en pos; mas los excesos de todas las «jóvenes Polonias, jóvenes Italias, jóvenes Suizas y jóvenes Alemanias», descubrian sus huellas y servian como de piquete para contraminar el subterráneo trabajo. No era libre ya en sus movimientos, y un asesinato ó una insurreccion de las sociedades secretas frustraba á lo mejor todos sus planes, aplazaba la realizacion de sus esperanzas y la obligaba á desandar lo andado.

Y sin embargo, esas tenebrosas rivalidades no pasaban de estar aun en gérmen; conocíase empero que habian de producir el decaimiento y la postracion; adivinábase que llegaria dia en que vinieran al suelo esas máquinas é ingenios de inmoralidad, y llegado este dia la suprema venta desapareceria arrastrada y devorada por las saturnales del comunismo.

Para tales exageraciones no puede existir término medio; solo en los extremos hallan vida, y no se perpetuan sino trasformándose ó cambiando de dueño cada dia.

No habia tomado en cuenta la suprema y tenebrosa asociacion esa caprichosa veleidad de la influencia; al consagrarse al mal y al tomar á la Iglesia romana por blanco y objeto de sus iras creyó que habian de respetar sus premeditaciones de atentado cuantos estaban iniciados en las sociedades secretas, en la francmasonería y en el carbonarismo. Pero esto no sucedió ni podia suceder, y en una carta á Nubius descubre Beppo temores que serán en breve otras tantas realidades.

«Marchamos á paso largo, escribe desde Liorna en 2 de noviembre de 1844, y cada dia afiliamos en la conjuracion nuevos y fervientes neófitos. «Fer-

vet opus;» pero lo más difícil queda aun por hacer y tambien por empezar. Sin grande esfuerzo hemos adquirido monjes de todas las órdenes, clérigos de todos grados, y «monsignori» ambiciosos y trafagones; y aun cuando quizas no sean estos los mejores y más respetables, ello es que para el objeto que nos proponemos un «frate» á los ojos del pueblo es siempre un religioso, y un prelado, siempre será un prelado. Con los jesuitas hemos perdido completamente el tiempo; desde que estamos conspirando nos ha sido imposible hincar el diente en un ignaciano, y quisiera saber la causa de tan unánime obstinacion. No soy yo de los que creen en la sinceridad de su fe ni de su adhesion á la Iglesia. ¿Por qué, pues, nunca hemos acertado en ninguno de ellos con el defecto de la armadura? Entre nosotros no tenemos jesuitas, pero no importa; podemos de continuo decir y hacer decir que los tenemos, y el resultado es el mismo. Sin embargo, no sucede así con los cardenales; todos ellos han logrado evitar nuestras celadas, y sin dar el menor fruto los halagos mejor dirigidos nos hallamos hoy respecto de esto tan poco adelantados como el primer dia. Ni un solo individuo del Sacro colegio ha caido en el lazo; aquellos á quienes hemos sondeado han contestado á nuestras primeras palabras sobre las sociedades secretas y su poderío con señales de exorcismo, lo mismo que si se les hubiese presentado el diablo para llevarlos á la tentadora montaña; y cuando llegue la hora de morir Gregorio XVI, lo que no puede estar léjos, nos encontrarémos exactamente lo mismo que en 1823 al acaecer el fallecimiento de Pio VII.

«¿Qué nos toca hacer en semejante aprieto? Renunciar á nuestro proyecto no es posible sin hacernos para siempre ridículos y objeto de eterno cencerreo. Esperar un quinto en la lotería sin haber tomado billete, seria cosa por demas portentosa; continuar la aplicacion del sistema sin poder confiar en una victoria ni siquiera problemática me causa la impresion de estar jugando á lo imposible. Llegado hemos al término de nuestros afanes: la revolucion se nos viene encima á galope llevando á la grupa asonadas interminables, ambiciosos sin talento y trastornos sin valor; y nosotros, que somos los causantes de todo, los que todo lo hemos dispuesto, los que queríamos indicar á esa revolucion el supremo camino, nos encontramos sin fuerzas en el preciso instante de dar á la obra la última mano. Y todo lo perdemos, y sólo nos queda la corrupcion para que otros la beneficien.

«Sea quien fuere el Papa futuro no ha de venir hácia nosotros. ¿Podrémos nosotros ir hácia él? ¿Quién nos dice que no será y obrará lo mismo que sus predecesores y sucesores? Y si es así, ¿permanecerémos en la brecha y esperarémos en ella un milagro? El tiempo de los portentos ha pasado y lo imposible debe ser nuestra sola esperanza. Muerto Gregorio nos verémos arrumbados indefinidamente, pues aun cuando es fácil que la revolucion, cuya hora se acerca para los pueblos todos, comunique nuevo giro á las ideas y altere y modifique, ello es que no obrará para nosotros ni en beneficio nuestro. Paréceme que hemos hecho mal en encerrarnos con tanto rigor en el sigilo y en la sombra; como no hemos triunfado, los que se aprovechen de nuestros trabajos y resultados nos dejarán á un lado, y

allí nos alcanzará el olvido. A lo que voy viendo nuestro plan ha salido frustrado, y no nos queda otro recurso que sucumbir y resignarnos á un tormento cruel entre todos, esto es, á contemplar el triunfo del mal que hemos causado sin poder compartir los laureles.»

A fin de apreciar mejor en su totalidad y en sus pormenores la conjuracion cuyo resultado habia de ser la perversion de muchos sin causar siquiera una raspadura á la Sede romana, nos hemos anticipado á los acaecimientos: hora es ya de proseguir su curso.

Al tratar con el cardenal Bernetti y otros príncipes de la Iglesia de las aspiraciones y los progresos del carbonarismo, Leon XII, para quien no existia el miedo, llegaba á asustarse de lo por venir, y en el enérgico estilo propio suyo exclamaba: «Advertido hemos á los príncipes, y los príncipes duermen aun. Hemos avisado á sus ministros, y sus ministros no han velado. Hemos anunciado á los pueblos las calamidades futuras, y los pueblos han cerrado ojos y oídos.» Dolor era este casi de ultratumba, que al explayarse en el regazo de fieles amigos no abate ni postra al Pontífice. Bien sabe Leon que sus dias están contados y que su incurable enfermedad reclama continuos cuidados; sin embargo no cesa en el trabajo, y se consagra á él con el ardor de la mocedad y la prudencia de la edad madura.

Inglaterra, por boca de Jorge Canning, uno de sus grandes ministros oradores, ha dado á entender varias veces á Europa que tenia almacenados en su isla los odres de Eolo y que con un gesto podia soltarlos sobre el mundo; y aunque estas palabras fueron recibidas como vana amenaza cuya responsabilidad nadie podia atreverse á cargar sobre sí, Leon XII, más previsor y de vista más perspicua, ve por intuicion las calamidades que podia desencadenar en Europa la política inglesa. Para contrarestar las desgracias futuras activa y apresura en todos sentidos la emancipacion de los católicos de la Gran Bretaña (1). Sobre asunto tan importante para la Iglesia como para el Reino Unido Canning ha conferenciado varias veces con el cardenal Consalvi, y lord Harrowby, presidente del consejo de ministros, exploró personalmente el terreno en las mismas inmediaciones de la Santa Sede, inquiriendo el modo como entendia esta aquel acto salvador y esforzándose en apreciar las consecuencias que del mismo se deducirian. Leon XII no se opuso á ninguna clase de investigacion honrosa, y con la rectitud matemática de su inteligencia consiguió demostrar al ministro inglés que no basta para librarse del flúido eléctrico dirigir el rayo á la casa del vecino.

El asunto de Irlanda era corrosiva úlcera en el cuerpo de Inglaterra, y no habia mas recurso que cauterizarla ó morir. Leon XII propuso una transaccion racional y práctica que conciliaba deberes, intereses y preocupacio-

(1) El papa Leon XII quiso contestar de propio puño á la última carta que el rey Jorge IV escribió al cardenal Consalvi, carta llegada á Roma ocurrido el fallecimiento del cardenal. El secretario de estado della Somaglia expidió la respuesta del Papa con sobre á M. Canning; pero un jurisconsulto de la corona, llamado Copley, manifestó en aquel caso que bajo pena de ser puestos fuera de la ley no podian el monarca ni el ministro recibir la carta ni tener comunicacion alguna con la Santa Sede. Al referir al parlamento lo sucedido el elocuente Canning exclamó: «¡Es posible que hombres que sostienen semejantes leyes nos vengan aun á hablar de tolerancia!»

nes, y luego que fue revestido con formas inglesas abriéronse en 5 de febrero de 1829 en el parlamento inglés los debates que habian de terminar con la libertad de los católicos. Aquel mismo dia Leon XII bajó por última vez á las habitaciones del cardenal Bernetti, el cual se hallaba tambien muy gravemente enfermo. A sus ojos presentábase ya esplendoroso el hecho por él tan deseado: iba á alcanzar la suspirada libertad de su grey irlandesa; mas la auréola del feliz suceso no pudo coronar su frente é iluminó únicamente su sepulcro. En 10 de febrero descendió á él Leon XII, y en 18 de marzo fue aceptada la segunda lectura del bill de emancipacion por ciento ochenta votos de mayoría.

Conforme con lo expresado en las Sagradas Escrituras ese Papa, como el sumo sacerdote Simon, sostuvo durante su vida la casa del Señor; habia afirmado el templo, y dedicádose con afan á reparar sus ruinas. La ley de emancipacion de los católicos ingleses fue su más constante pensamiento, y al fin pudo ver casi su triunfo; las puertas del Westminster protestante cedieron paso á la independencia de la Iglesia romana, y se abrieron al impulso de todos los hombres de prevision interior que con orgullo puede en todas ocasiones mostrar la Gran Bretaña á sus amigos y enemigos. Leon XII murió amortajado en su victoria, consagrada por el tiempo con esplendor imperecedero.

El pontificado de Leon XII, tan corto y sin embargo tan fecundo en grandes luchas y en triunfos mayores aun, redujo la revolucion á segundario papel: en presencia de aquel moribundo, que sólo con el espíritu vivia, las sociedades secretas guardaron silencio. El pontificado de Pio VIII, más corto aun que el de su predecesor, sirvió de transicion á la catástrofe de 1830.

Pio VIII, de afable y modesto carácter, de ciencia profunda y virtud aquilatada, habia intervenido en los asuntos todos de la Iglesia. Cardenal con el nombre de Francisco Javier Castiglioni, habia sido varias veces llamado á los consejos de Pio VII, y despues de padecer persecucion por la Sede romana llegó á ser uno de sus ornamentos. Ascendido á la Cátedra de Pedro al estallar una crísis social, podia ser prestamente devorado.

Y tanto más en cuanto si poseia la resignacion del mártir, carecia del animoso esfuerzo del guerrero que habria deseado inspirarle su secretario de estado el cardenal José Albani, postrer vástago de la heróica raza de príncipes de la Iglesia que en el siglo XVIII honraron la Santa Sede y el estado con la firmeza de sus propósitos y la sagacidad de su diplomacia. De continuo aconsejaba encerrarse en la moderada entereza que al fin y al cabo triunfa siempre, y aunque Pio VIII era digno de seguir tales consejos, aplazábalo todo y vacilaba no viendo la fe directamente amenazada. Uno de los muchos golpes que aquel nefasto año de 1830 iba á descargar contra los principios conservadores, habia de alcanzarle á él, y elegido papa en 31 de marzo de 1829 espiró en 30 de noviembre de 1830.

La insurreccion de que hicieran el más santo de los deberes las sociedades secretas y bíblicas cayó sobre la Europa como un torbellino. Paris levantó el estandarte de la rebelion; Bélgica y Polonia imitaron su ejemplo; Italia

se conmovió, y en aquella confusion de todos los derechos, sorprendida y trastornada, Europa consintió en sufrir la vergüenza para conservar una apariencia de paz.

Cárlos X, que sólo para ser padre fue rey, vióse reducido poco á poco á la dura necesidad de defender á Francia y el trono á una amenazados por implacables facciosos, pues, como dice la Rochefoucauld, «destino es de nuestra nacion cansarse de su propia dicha y pelear consigo misma cuando no encuentra resistencia en las demas (1).» Tantos fueron los lazos y celadas de que se rodeó al noble anciano, que no pudo evitar sospechas y recelos, y de él puede decirse que no llegó á tener mas libertad ni eleccion que la de errar é incurrir en faltas. En 25 de julio de 1830, apoyado lealmente en el artículo 14 de la carta, pone su firma en un decreto que no es contrario al espíritu ni al texto de aquel código, sin mas objeto que ordenar la libertad de imprenta y reprimir sus escandalosos abusos. Trascurridos algunos años aquella disposicion, examinada á la luz de la serenidad y la experiencia debia considerarse como gran beneficio, pero entónces fue la señal de una revolucion. Para envolver con mayor seguridad á la Iglesia marchaba aquella contra el trono, y si condenaba á la proscripcion la dinastía era únicamente con el declarado propósito de separar á Francia de la Sede romana.

Largo tiempo hacia que estaban á la cabeza del movimiento banqueros, historiadores, generales, abogados y periodistas, quienes se habian repartido entre sí mayor celebridad que estimacion. Por esta vez redújose la revolucion á vulgar asonada: dejóse que los pilluelos de Paris, acostumbrados ya al papel de héroes, hicieran en las calles su guerra de salvajes; Benjamines del motin, fueron autorizados para suplir su ineptitud militar con pérfidas estratagemas, y antiguos oficiales convertidos en agentes del liberalismo les enseñaron el arte de ocultarse, de deslizarse, de esperar á los soldados detras de una barricada y matarlos á mansalva, como mató Cain á su hermano. Y al sustituir con esta nueva táctica las grandes acciones de la gloria confiriéronse al asesinato las palmas del civismo, y se improvisaron héroes con los mismos que debieran ser castigados como malhechores. En Francia, donde únicamente cabe elegir entre la monarquía y la anarquía, y en que todo es ensalzado ó deprimido segun los caprichos de un momento, hubo para el combatiente de julio una ráfaga de inmortalidad, y viósele aclamado como gran ciudadano por aquellos que le precipitaron á la calle guardándose mucho de seguirle á ella, pues es de advertir que nunca hubo rebelion que contara con tantos caudillos despues de la victoria y los tuviera en menor número durante la batalla.

Lo que acaeciera en la primera revolucion sucedió en la segunda y sucederá en la tercera. Respecto de la primera, Luis Blanc se encarga de explicar á las generaciones futuras los heróicos sacrificios cuya sublimidad, algo maleada acepta el pueblo con los ojos cerrados. «Hemos dicho, refiere el historiador socialista, que muchos de los promovedores del movimiento dejaron

(1) *Memorias de la Rochefoucauld*, p. 23 (Colonia, 1663).

de presentarse. Al mismo tiempo que se hacia cruel matanza entre los grupos llevados al campo de Marte por los furiosos discursos de Danton, Fréron y Camilo Desmoulins, estaban estos gozando de la campiña, en Fontenay-sous-Bois; bebiendo sosegados en la botillería del suegro de Danton aguardaban tranquilamente el resultado (1).»

Los Dantones y Camilos Desmoulins de 1830 no dejaron de seguir un ejemplo que habia de ser igualmente imitado por los Thiers y los Dupin de 1848. La revolucion sólo pelea por medio de sus comparsas, y hasta el dia de la victoria no enseña con orgullo en sus filas á los que se limitaron á suspirar por un triunfo del cual se declaran herederos á beneficio de inventario. Sosegado el motin en las calles comenzó la revolucion en las inteligencias; roto el arco de los fuertes, los débiles, como en el libro I de los Reyes, se creyeron poseidos de fuerza.

Nadie pensó en que Francia, despues de haber destruido tantas cosas, era incapaz de fundar una sola; esto no obstante echóse un remiendo á la carta, apuntalóse el trono por lo que pudiera valer, y creóse rey al primero que se presentó, siendo lo raro que á obras de tanto aliento, realizadas en muy pocos dias, se les aseguraba la inmortalidad. Inmortalidad era esta que, como tantas otras, debia acabar con un gobierno provisional, pues en Paris la suerte de las constituciones es idéntica á la que tienen vespasianas (2): el motin las derriba y las pisotea.

En 1830, cuando las jornadas llamadas gloriosas entronizaron la libertad, con el saqueo del Arzobispado, con la devastacion de los templos y las proscripciones de ciudadanos; cuando graves magistrados se dirigieron á la plaza de la Greve para honrar con declamatorio llanto la memoria de los cuatro sargentos de la Rochela y las conspiraciones militares, las más peligrosas é imperdonables de todas; cuando la licencia de los ánimos consagró la desvergüenza en teatros y espectáculos, no asaltaron semejantes ideas á los beneficiados de la victoria. En la persona de cinco ó seis prelados franceses habian aterrado á la Iglesia romana; saludando al presbítero Chatel con el título de primado de las Galias iban á hacer triunfar el galicanismo; y en tanto Jacinto de Quélen, arzobispo de Paris, andaba errante por su ciudad episcopal buscando un asilo que con gusto le ofrecieron hombres sabios como Geoffroy Saint-Hilaire, y cada noche acusábase al proscrito de incendiario y de haber hecho con el cabildo de Nuestra Señora mortífero fuego contra el pueblo. Tal era la enseñanza que á este se proporcionaba.

Ese pueblo de las revoluciones, al cual en momentos de embriaguez se atribuyen todas las virtudes, convencióse con facilidad de que en efecto era digno de todas las alabanzas. Para acreditarlo dióse entre saqueo y saqueo á fusilar por autoridad propia á unas infelices mujeres que tomaran á los ladrones por modelo, y de este modo díjose quedar salvado el derecho de propiedad. Iguales atentados ocurrieron en provincias; el pueblo soberano reci-

(1) *Hist. de la revolucion francesa*, por Luis Blanc, t. V, p. 37.

(2) Especie de coches públicos que se ensayó de establecer en Paris para los sorprendidos por necesidades naturales.



bió autorizacion para expulsar á los obispos y párrocos cuya influencia la revolucion temia; borráronse hasta los vestigios del culto católico, destruyéronse los calvarios, objetos de la veneracion pública, y mientras el estado corrió con todos los gastos de las oficiales recreaciones de la impiedad, Francia, vestida de guardia nacional, asistió con el arma al brazo á la destruccion de sus creencias (1).

La incalificable estolidez de los parisienses amigos de fiestas que con igual gusto asisten á la exaltacion de un príncipe que á la instalacion de una república, refléjase en todo el país, y no ha de ser aquella la última vez en que se pueda decir con Rabelais al referir la entrada de Gargantúa en su leal ciudad: « Despues de algunos dias de descanso visitó la ciudad y fue visto por todos los habitantes con admiracion suma, pues el pueblo de Paris es tan necio, tan bodoque y tan simplon de suyo que cualquier titiritero, cualquier vendedor de papeluchos, un mulo con cascabeles, un gaitero que pase por la calle reunirán más gentío que un buen predicador evangélico (2). »

La fantasma de la Fayette evoca la de la libertad, y trocando el pueblo su gloria por un ídolo habla e prosperidad y encuentra la ruina, de bienestar y sosiego, y un rayo cae sobre él: renegando del principio en que estriba la salud de los imperios corríase hácia el cáos sin sospechar siquiera las próximas calamidades. A aventureros ó empíricos prodiga Francia sus halagos, su entusiasmo y sus caudales, asemejándose durante aquella prolongada época de ceguedad, orígen de tantas decepciones, á los maridos que, abandonando á la esposa legítima y madre de sus hijos, enriquecen á cortesanas que les engañan al propio tiempo que se burlan de ellos. Francia ha proclamado nuevos dueños y señores procedentes casi todos de las logias masónicas y sociedades secretas, y aunque no comprenderán ni establecerán jamas un gobierno regular, reinan sobre las turbas de la calle; por entre crímenes y sangre guian el carro de la revolucion y dan con él contra una esquina.

Luis Felipe de Orleans fue el soberano elegido, y ese príncipe, sin disputa el mejor de todos los malvados, hallóse durante toda su vida en igual posicion que el emperador Galba, quien conoció al fin, segun testimonio de Tácito, que los mejores partidos eran los que no podia tomar. Nacido sin vicios lo mismo que sin virtudes, fue educado y creció en una corrupcion que habria gangrenado la pureza misma. «No quiero mancillar las lises,» decia Cárlos de Anjou, heróico y terrible hermano de san Luis; pero sentimiento es este muy propio del genio frances que no se observa poco ni mucho en la historia de los Orleans. La inmoralidad de unos, el egoismo de otros, la ambicion que consumió á todos pesan sobre la vida de cada uno de ellos como el pecado original sobre el humano linaje. Una fatalidad, demos-

(1) En 30 de noviembre de 1827 el presbitero Lamennais escribió lo siguiente á M. Berryer, de elocuencia irresistible y de existencia modelo por su rara fidelidad á sus antiguos principios: «Muchos son los hombres, le decia, que se desasosiegan por los Borbones, y con razon; creo que su suerte será la de los Estuardos; pero no es esto en verdad el pensamiento principal de la revolucion: sus designios son mucho más trascendentales, y el catolicismo, solo el catolicismo es lo que se propone destruir. Fuera de este no hay otro problema en el mundo.» (*Obras póstumas de F. Lamennais. Correspondencia*, t. I, p. 303 (Paris, 1859).

(2) *Obras de Rabelais*, t , p. 70.

trada claramente por los sucesos contemporáneos, castigólos lo mismo en el trono que en el destierro, y de ello es grande ejemplo el mismo Luis Felipe: este, dejando el oro por el oropel, tuvo la triste suerte que pocos tienen de hacer oposicion á la autoridad sin poder alcanzar la estimacion pública, y hubo de comer el pan del destierro sin inspirar lástima alguna.

A nadie amaba tanto como á sí mismo, y sucedió muchas veces que para olvidar mejor su categoría de príncipe llegó á olvidar su dignidad de hombre. De él puede decirse que no reinó para oprimir, sino para corromper. Es indudable que la facilidad en derribar un trono debe considerarse como señal de decadencia; pero igualmente lo es, y quizas de decadencia más profunda, la facilidad en subir a él. Luis Felipe solo abrigaba designios mezquinos, pensamientos vulgares y pequeñas pasiones, pues las grandes son tan raras como los esclarecidos varones, y condenado como estaba á no adquirir nunca gloria personal, creóse una supersticion de provecho escaso que tenia por base los esplendores del imperio napoleonico, y quiso beneficiar á Bonaparte en perjuicio de su familia.

En 15 de enero de 1779 el general la Fayette escribia lo siguiente al baile de Ploen: «El duque de Orleans ha emprendido con la corona una especulacion vil en la cual es su vida lo único que no arriesga y es su dinero lo único que le duele». Y ese juicio, que se aplica al ciudadano Orleans-Igualdad mejor que a su hijo el rey Luis Felipe, estaba presente en la memoria de los que en 9 de agosto de 1830 confirieron á este la corona electiva. Conociéndole le coronaron, presintiendo que el afan de atesorar seria raíz de todos los males, sin contar ademas que á su título de hijo de la revolucion agregaba Luis Felipe otro que lleno de alborozo á los enemigos de la Iglesia: envanecíase de ser el último volteriano de su siglo, y por ello, que quizas fue verdad, la revolucion le está agradecida.

«¡Alabado sea Dios, y tambien mis tiendas del Palacio Real!» exclamaba aquel rey mercader al ponerle de buen humor un chiste de vulgar impiedad. «Enriquecéos, mas procurad que no os ahorquen,» decia á los complices de su encumbramiento y á los confidentes de su política; y aplicando uno y otro aforismo, que constituian la base de su sistema monárquico, todo parecia hacedero con un príncipe á quien pensaban los suyos poder sugerir odios y amores. Los hombres que le elevaran al poder quisieron que fuese continuador del régimen inaugurado en las barricadas, y ya que habia concluido la guerra contra el trono y el ejército, que la siguiera contra la Iglesia. Para impedir el mal no se creyo Luis Felipe con autoridad bastante; cuanto pudo hacer é hizo fue, por decirlo así, regularizarlo encauzándolo, y, como dijo en 13 de febrero de 1831, sacrificando el Arzobispado para salvar su Palacio Real amenazado por el motin, señaló la parte que debia consumir el fuego (1).

(1) Las páginas del reinado de Luis Felipe de Orleans nos ofrecen infinitas pruebas de tan incalificable sistema de gobierno; no es este empero lugar propio para enumerarlas, y una sola bastará para dejarlo acreditado. Tomámosla de la *Historia de diez años* de M. Luis Blanc, t. II, p. 291 y 292, siendo el referido hecho atestiguado por el mismo Francisco Arago, de quien se habla en el siguiente relato que nunca ha sido negado ni rebatido por los hombres á quienes el escritor nombra y acusa.



Nunca su resistencia al desórden moral habia de traspasar ese límite de la flaqueza y la complicidad; carácter indeciso y vacilante entre el deber y el deseo de hacerse popular, querrá asemejarse al arco íris, y, como este, no podrá presentarse hasta despues de la tormenta.

Acaban de desaparecer en Paris las barricadas ante la revolucion coronada cuando se alzan en Bruselas el dia 23 de setiembre. Pero en Bélgica significan una cosa muy distinta: el pueblo pelea, no para esclavizar á la Iglesia, sino para emanciparla del yugo protestante; pero como los partidos, de acuerdo sobre el fin, disienten siempre en los medios de alcanzarlo, combaten bajo la bandera brabanzona en contienda con el estandarte holandes hombres momentáneamente reunidos por el comun deseo de libertad, mas para siempre divididos por diversidad de creencias. Los católicos se alzan en defensa de su fe; los incrédulos, trasformados en liberales, se ponen á su lado para apresurar el triunfo de la idea anticristiana.

Guillermo de Nassau, á quien los tratados de 1814 hicieran rey de los Países Bajos, no supo decir como su antepasado el Taciturno: «Conviene tener á los hombres por amigos;» y excitado en un principio por los revolucionarios y dejándose llevar á actos tan imprudentes como opresivos, habíase enajenado el amor de los católicos sin granjearse el de los francmasones belgas. La generacion de abogados que en el país crecia é iba adquiriendo hábitos constitucionales bajo la férula de los regicidas y refugiados franceses de 1815, empezó por aplaudir las disposiciones de violencia y religioso despotismo que tenian por blanco á los católicos: un gobierno que perseguia al clero, que po-

«Allí, lo mismo que la víspera en Saint-German l'Auxerrois, refiere Luis Blanc, la clase media habia dado el impulso y se ofrecia como ejemplo. Incalculable es lo que se perdió para el arte y la ciencia en aquel dia de locura: nunca se viera devastacion más extraordinaria, más completa, más pronta ni más estrepitosamente insensata, pues todo se verificaba en medio de estruendosos bravos, carcajadas, exclamaciones burlescas y gritos de furor.

«Sin fuerzas para oponerse á los demoledores M. Arago comisionó al hermano de M. de Montalivet para solicitar auxilio del comandante general de la guardia nacional de Paris; mas el enviado no volvió, y aunque escribió que el refuerzo llegaria pronto, ello es que fue esperado en vano. En el colmo de la sorpresa M. Arago no acertaba á creer que fuese el gobierno cómplice de los amotinados; mas todas sus dudas se desvanecieron cuando, al querer impedir que fuese derribada la cruz de la catedral, los hombres que en ello se ocupaban le dijeron obrar de aquel modo por disposicion de la autoridad y le enseñaron una órden firmada por el *maire* del distrito.

«Del saqueo del Arzobispado al de la catedral no habia mas que un paso, y en efecto el pueblo quiso forzar las puertas de Nuestra Señora, en cuyo recinto se habian refugiado algunos guardias nacionales mandados por M. Schonen. Entónces M. Arago dejó su compañía en la calle del Arzobispado, y adelantándose hácia el vestíbulo de Nuestra Señora al traves de la multitud, levantó el brazo y exclamó: «¿Veis esa cruz que se menea á los repetidos golpes de los demoledores? Por la distancia en que está parece pequeña, pero en realidad es enorme. ¿Esperaréis que caiga, y con ella, arrastrada por el peso de su caida, la récia balaustrada de hierro? Retiráos, corred, ó yo os juro que esta noche más de un hijo llorará á su padre y más de una mujer á su marido.» Al decir esto M. Arago echa á correr como poseido de terror; asustada la muchedumbre síguele en pos, en tanto que avisados los guardias nacionales salen á la plaza y se apoderan de las calles inmediatas. La catedral estaba salvada.

«Pero en tanto los demoledores continuaban su obra en el Arzobispado con creciente furor, y testigo M. Arago de la lúgubre farsa, temblaba de ira como sabio y como ciudadano. Convencido al fin de que el gobierno favorecia el motin y resuelto á pasar por todo ántes que por tan vil complicidad, iba á dar á su batallon la voz de carga, cuando fue avisado de que algunos personajes notables que se habian introducido entre las filas de los guardias nacionales le encargaban que dejase hacer. Nombráronle particularmente á M. Thiers, subsecretario de estado en el ministerio del interior, y en efecto le vió paseándose por entre los escombros con semblante satisfecho y la sonrisa en los labios.»

nia mil obstáculos á su divino encargo y establecia colegios filosóficos debia de ser por fuerza modelo de gobiernos. Estimulábale la revolucion con sus interesadas alabanzas; las logias belgas y los periódicos democráticos eran de igual parecer, y unas y otros habian prorumpido en aplausos al mirar que con violacion manifiesta de la libertad individual era el príncipe de Broglie, obispo de Gante, expulsado del reino y condenado á destierro.

Van Maanen y Goubau, ministros de Guillermo, eran liberales en cuanto eran amantes de la filantropía, vanidoso y depravado plagio cometido en perjuicio de la caridad cristiana, y cerraban las misiones, los seminarios y las casas de los hermanos de la Doctrina cristiana, y por ello el liberalismo belga les confiere la palma reservada á los apóstoles de la tolerancia. Negociado un concordato en Roma, cuyas bases, allanando mil dificultades, habian establecido el cardenal Mauro Capellari y el conde de Celles, debia considerarse como ley que era, y sin embargo el liberalismo belga sólo pensó en él para excitar al gobierno á faltar á la fe jurada, en tanto que el gobierno, hostil á los católicos, más que por personal antipatía por la falsa posicion en que estaba, era ensalzado por la prensa liberal de Francia como el prototipo de todos los regímenes parlamentarios: es claro, procedia á la vez del luteranismo, del josefismo, del jansenismo y del galicanismo seglar, y la revolucion podia darse y se daba por contenta.

Guillermo de Nassau, entre algunas buenas cualidades inherentes á su estirpe, tenia el defecto de negarse á comprender los grandes servicios que puede prestar un enemigo. Como los monarcas y magnates de todas las épocas, quizas miraba con mayor recelo la probidad inteligente y la lealtad animosa, difíciles de dominar, que el servilismo revolucionario, siendo así que le sobraban motivos para conocer el fin que se proponia. Miéntras se atacó á la Iglesia católica el rey protestante que ambicionó la corona de san Luis dejó decir y hacer; mas no debia trascurrir mucho tiempo sin que comprendiera al fin que los liberales belgas iban á romper el vaso con pretexto de dejarlo limpio.

La enemistad que contra la Iglesia abrigaban loshabia llevado á una hostilidad más peligrosa para el trono de los Países Bajos que para lá misma Iglesia. El periodismo se complacia en hacer á los poderes establecidos una guerra de escaramuzas y personalidades, y así descargaba sendós golpes á los sacerdotes como á los ministros del estado. Guillermo entónces creyóse obligado á mostrarse severo, y en el mismo instante los liberales contrajeron con los católicos una de aquellas alianzas que si pueden engendrar revoluciones jamas establecerán el reinado de la libertad y las leyes. En 1790 esa alianza habia dado muy funestos frutos, y trascurridos que fueron cuarenta años se presentaba otra vez con caractéres más deletéreos aun, en cuanto el liberalismo debia tener por consecuencia inevitable la demagogia y el comunismo. El francmason constituíase en voluntario correo del ateismo en la ley y en las costumbres.

El armisticio firmado entre ambos partidos fue como un pacto federativo y una especie de conjuracion que sólo esperaba para descargar el golpe la oca-

sion propicia. Pero en la trama urdida quizas de buena fe por todos era evidente que andando el tiempo debian los católicos sucumbir, pues luego de vencido Guillermo habian de hallarse cara á cara con los irreconciliables enemigos de la Sede romana, convertidos en aquel momento en aliados suyos por circunstancias y necesidades pasajeras. Y aunque eran los católicos más numerosos y opulentos no llevaban en el pecho el afan por la agitacion democrática, la ambicion personal ni la saña religiosa que atormentaba al liberalismo belga al igual que á todos los liberalismos, debiendo por lo tanto resignarse á las discordias civiles ó á la servidumbre.

En aquel estado de cosas dos hombres, que las miraban á muy distinta luz, llegaron á deducir de ellas idénticas consecuencias. El príncipe de Orange, hijo del anciano Guillermo, conforme en todo con la córte romana, pedíale indirectos consejos, y al mismo tiempo el cardenal José Albani, ministro del papa Pio VIII, no ocultaba los temores que le agitaban, escribiendo en estos términos al conde Senfft de Pilsach en 8 de junio de 1830:

«Temblando estoy, y no sin motivo á lo que creo, al ver á cuán penosa situacion se han dejado llevar los católicos de Bélgica, y tambien el Padre Santo ve con desasosiego el estado de los ánimos en aquel país. La revolucion es absorbente, y la union constitucional estipulada entre los dos partidos puede fácilmente originar trastornos y desórdenes. ¿Logrará en último resultado consagrar la libertad en favor de la Iglesia? Quimera es esta que, como sabemos aquí por fidelísimo conducto, halaga á un tiempo á católicos y liberales; pero si á duras penas seria posible su realizacion entre ángeles, juzgad lo que ha de ser entre hombres. Manifiestan los católicos mucha lealtad y franqueza, y es muy fácil que esto mueva á los otros a usar de cierta doblez y disimulo; y esto considerado, ¿qué sucederá una vez obtenida la victoria, en caso de que se obtenga? Como el soberano de los Países Bajos no puede ser destronado ni despojado sin destruir los tratados y el equilibrio europeo del cual son aquellos muro y defensa, Guillermo se volverá al lado á que naturalmente propende, siendo otra vez liberal y perseguidor, y, no lo dudeis, en este caso el liberalismo hará con él causa comun. Si en lugar de ser así y sucediendo acaecimientos imposibles de prever ahora Guillermo desapareciera arrastrado por la corriente, me parece que los católicos no deberian considerarse bien hallados con la nueva situacion que se crease, y por el contrario, bien examinado todo, considero que habrian de encontrarse en situacion peor aun. A Dios gracias no son ellos los que disponen de los recursos revolucionarios; como son amantes del órden, de la paz y del sosiego del hogar doméstico, seguro es que no han de agitar ni tener al país en continua alarma por asuntos candentes y baldíos, sino que permanecerán dóciles y sumisos al gobierno, y esto equivaldrá á abandonar en favor de sus aliados de hoy, que serán sin duda alguna sus adversarios de mañana, la victoria que ellos, católicos, no se atreverán á disputar.

«Agitan á Su Santidad temores de toda clase; y época alguna tanto como la nuestra ha dado materia á las meditaciones de las inteligencias previsoras. A pesar de sus habituales padecimientos el Sumo Pontífice se ocupa y consi-

dera desasosegado el malestar que se descubre en Europa, aunque le parece, y á todos nosotros con él, que entre gobiernos y pueblos no son tantas las divergencias como algunos creen, proviniendo gran parte del mal de errores mútuos y equivocaciones. ¿Tan difícil seria aplicar a ello el oportuno remedio? No há mucho tiempo que he leido una carta particular del príncipe de Orange, que así honra á sus sentimientos como á su buen juicio, en la cual desenvuelve gravísimas consideraciones para que se excite á los católicos belgas á apartarse de unos hombres enemigos de toda clase de religion y autoridad; y aunque algo tardía considero la proposicion ventajosa, por lo ménos en cuanto cierra la puerta á peligros ignorados. Repito que la carta fue dictada por excelentes sentimientos que hacen mucho honor al príncipe; he prometido hablar de ella al Padre Santo, y de antemano estoy seguro de su aprobacion, pues lo que sobretodo teme es la fiebre irreligiosa.

«Atiéndase á que, si bien es cierto que podemos influir en el movimiento, no nos es dable obrar sino desde nuestro sitio, y á que á una distancia de cuatrocientas leguas, no sabiendo ni conociendo cual convendria los hechos y los caractéres, sólo de un modo muy general es posible dar consejos. Espero sin embargo que el príncipe de Orange habrá quedado satisfecho de la contestacion que dí á la suya y que podrá aprovechar algunas indicaciones que él consideraba útiles para entrar en relaciones con influyentes personajes. Mi opinion ha sido siempre que tal alianza, verdaderamente leonina, era un grave error, del cual con el tiempo se arrepentirian los católicos; pero esto no quita que romperla ahora sin ofrecerle ciertas y duraderas prendas me parezca de todo punto impracticable. Así opinan todos los hombres de buen seso; pero si se hallase y propusiese un «mezzo termine» lo someteria con gusto al Pontífice, quien lo aceptaria con paternal contento. A decir verdad nos espanta en Roma la angustiosa situacion de Europa, á pesar de que esta baile, ria y cante como si el peligro nos amenazase únicamente á nosotros.»

Fascinados por la idea de independencia ó arrastrados por las pasiones en aquel momento sobrexcitadas no oyeron los catolicos belgas los consejos que de propio impulso les daba el cardenal Albani. En 1790 la revolucion de Brabante se verificó más contra el josefismo que contra la casa de Habsburgo-Lorena; conservadora de los principios religiosos y de los derechos políticos, tuvo la inevitable suerte que reserva la demagogia á cuanto de cerca ó de léjos se apoya ó se coliga con ella.

Nunca los alzamientos á mano armada se proponen igual objeto que las peticiones hechas de rodillas. En 1790 las franquicias flamencas ó brabanzonas desaparecieron despues de generosos esfuerzos, y aquellas provincias, sirviendo para acabalar conquistas, pasaron á ser parte de la república francesa ó un departamento del imperio. Cuarenta años habian trascurrido, y la situacion se reproduce con los mismos principales caractéres: indígnanse los belgas al ver violada la libertad de conciencia por leyes protestantes; mas por desgracia, deseosos de librarse del despotismo holandes, forman liga con los liberales. El liberalismo necesitaba su apoyo, y desde aquel

momento dióse á defender con la boca chica y á honrar con su indiferentismo político la fe de los pueblos y al clero, aliado suyo porque así lo querian las circunstancias.

Tal compromiso, empero, debia durar lo que las flores, y la revolucion misma habia de esforzarse en romperlo. Para ella las formas monárquicas ó constitucionales son tenidas en poco: lo que siempre y en todas partes quiere es la ruina de la Sede apostólica y la perversion de la masa del pueblo, y á ello se encamina por cuantos senderos se le ofrecen.

Entre los ardores de aquella lucha semireligiosa y semicivil, la emulacion del celo hubo de ser causa de muchas exageraciones. En el ciego afan de mostrar á Bélgica á los ojos de Europa como el prototipo más cabal del gobierno representativo y como asilo inviolable de las franquicias municipales, políticas y religiosas, olvidóse consagrar el imperio de la ley, y aquellos hombres, al propio tiempo que se declaraban libres, se negaron á someterse á freno alguno. Con la esperanza de que seria siempre real la fraternidad de 1830 desencadenáronse pasiones que convenia reprimir, rompiéronse ataduras que era muy esencial anudar, y bajo tales auspicios inauguróse la revolucion en Bruséles. Tambien allí se derramó sangre y nacieron héroes en todas las esquinas; pero al fin Bélgica es libre. Hasta el año de 1848 tócale vivir á la sombra y al amparo de Francia.

En aquella época esta nacion cantaba su gloria en todos los tonos; en cada callejuela lo mismo que en cada centro administrativo formábase una junta revolucionaria compuesta de banqueros quebrados, de patriotas escapados de presidio, de oficiales de reemplazo, de corredores de empleos, de abogados sin pleitos, de escritores silbados, de magistrados y prefectos en expectativa. Sin máscara se presentan las sociedades secretas, y las juntas de insurreccion se han repartido entre sí todos los reinos del mundo: una se ha apropiado Polonia, otra dirígese á explorar el terreno á Bélgica ó á España, todas concentran sus esfuerzos en Italia, y á esto la Sede apostólica ha perdido su Cabeza y la Iglesia se halla viuda. Tristes circunstancias son estas, y de temer es que en el universal trastorno caiga la revolucion sobre Roma en brusca acometida, y que luego de apoderarse del temporal dominio disperse el cónclave y rompa sobre el sepulcro del último Papa la última piedra en que se apoya aun el cuarteado edificio del catolicismo.



LIBRO CUARTO.

GREGORIO XVI Y LA INSURRECCION DE JULIO.

La revolucion en los estados pontificios.—Cónclave de 1831.—Eleccion de Gregorio XVI.—El cardenal Bernetti, secretario de estado frente á frente de la insurreccion.—El pueblo de Roma se arma contra la revolucion.—Retrato de Gregorio XVI.—Su actitud á la vista del peligro.—Inglaterra domina á Luis Felipe.—Plan que abriga contra la Iglesia el gabinete de San James.—Inglaterra se declara protectora de las ideas de desórden.—Modo de proceder de aquella nacion.—Medios que emplea para propagar la revolucion en Europa.—Acuerdo (*entente*) cordial.—Inglaterra impulsa en secreto á Luis Felipe á exigir seguridades en beneficio de la Romania.—Realizacion del proyecto anticatólico de las sociedades secretas.—Conferencias diplomaticas en Roma para redactar un *memorandum*.—Subrepticia intervencion de Inglaterra.—La amnistia y el progreso.—Politica de Gregorio XVI.—M. de Bunsen, redactor del memorandum.—El memorandum.—Situacion en que coloca á la Santa Sede ese acto singular.—Complícala aun más con su política el príncipe de Metternich.—Retrato del príncipe.—Despacho del conde de Saint-Hilaire.—Bernetti conjura la tormenta aparentando favorecerla.—Peticiones de Luis Felipe y contestaciones de Gregorio XVI.—Nuevo alzamiento del liberalismo italiano.—Las sociedades secretas proclaman la deposicion del Papa.—Los franceses se apoderan de Ancona.—Lord Palmerston y los insurrectos.—Inglaterra procura tenerlos en continua esperanza.—Exámen del memorandum.—Causas de la aparente miseria que aflige á los estados romanos.—Balance oficial de lo que la revolucion cuesta á la Santa Sede á contar desde 1796.—¿Son los romanos más dignos de lástima que los otros pueblos?—Motivo que impulsa á las sociedades secretas y á Inglaterra á fomentar desórdenes en el estado pontificio.—Luis Felipe solicita de Gregorio XVI que consagre por medio de un breve el poder de hecho.—Diferencia entre la autoridad y el poder.—Los hechos consumados y los principios.—Situacion de la Iglesia en medio de los cambios dinásticos verificados por la revolucion.—Roma y el fin providencial del trabajo de los siglos.—Gobierno temporal de la Iglesia.—Eclesiasticos y seglares.—¿Por qué los eclesiasticos no han de ser tan buenos administradores como las otras clases de ciudadanos?—Saint-Simon y el sansimonismo.—De dónde procede la sediciente doctrina.—Su orígen y progreso.—Saint-Simon reformador.—Sus discípulos y el padre supremo.—Atacan á la Iglesia y á los cultos todos.—La mujer libre y la peste del industrialismo.—El sansimonismo y la ley agraria.—Los milenarios y el Mesias Sansimoniano.—La Humanidad-Dios y la sed de oro.—Descrédito y dispersion del sansimonismo.—Cárlos Fourier y su sistema.—La teoria de los cuatro movimientos y el falansterio.—Fourier, á imitacion de Saint-Simon, sirvese de la revolucion para combatir al catolicismo.—Sus proyectos de renovacion universal.—Sus ridículas utopias y horribles ideas.—Armónicos y humanitarios.—Los planetas y el alma humana.—Falansterio ideal sobre las ruinas de la Iglesia.—Discípulos de Fourier y sus doctrinas.—El sansimonismo y el fourierismo producen el comunismo.—Escuela de materialistas engendrada por las revoluciones.—El socialismo y la religion cristiana.—Las sociedades secretas se aprovechan de la idea comunista para reclutar un ejército.—Babeuf y Mazzini.—El presbítero Lamennais oponiendose á la revolucion.—Sus principios y proyectos.—Su carácter y tendencias.—La razon general y la Iglesia.—Leon XII y el cardenal Bernetti.—Sus presentimientos respecto del presbitero Lamennais.—Caida de Lamennais.—Sus discípulos y el arte cristiano.—Revolucion dinastica en Portugal y España.—El progreso constitucional comienza con la matanza y persecucion de los eclesiásticos.—El cardenal

Lambruschini, secretario de estado.—Gregorio XVI en Roma.—El Papa y las misiones.—La Iglesia es atacada por las sociedades secretas.—Las sociedades bíblicas introducen en Italia el protestantismo.—La suprema venta se asusta al considerar su obra corruptora.—La nobleza romana y la clase media.—Gregorio XVI y los congresos científicos.—Influjo de los mismos congresos patrocinados por las sociedades secretas.—Desorganizacion de la suprema venta.—Progreso de la revolucion contra la Iglesia y los tronos.—Mazzini y su correspondencia secreta.—Indicios acusadores del movimiento de muy antiguo preparado.—Muerte de Gregorio XVI.

Para realizar semejante pensamiento tantas veces concebido y frustrado, nunca las circunstancias se habian presentado más propicias. Al referir la conjuracion urdida contra el Pontificado por la suprema venta, hemos visto haberse puesto en completo desacuerdo con las demas ramas del carbonarismo oponiéndose al alzamiento proyectado por los disidentes, y así se explica la inesperada calma en que permanecieron las Dos Sicilias y el reino Lombardo-Veneto. Dividíase ya el partido de la unidad italiana, y la discordia reinaba entre los hermanos; sin embargo, tan contagioso era el ejemplo, y halagaba de tal modo el orgullo de ciertos carbonarios el ingertar una pequeña revolucion en otra grande, que al fin se decidió el levantamiento y señalóse la hora en que debia verificarse en Parma, Módena, Bolonia y demas ciudades de las tres legaciones, consistiendo el plan de campaña en formar grupos de patriotas aventureros y marchar á Roma para apoderarse de su recinto en tanto que permanecia el trono vacante. Inglaterra, que habia dado á Italia las primeras biblias protestantes, proveyó entónces á las sociedades secretas de fusiles y municiones de guerra, al paso que el gobierno de julio, vacilando entre sus instintos revolucionarios que le empujaban hácia un lado y la enemistad ó el menosprecio de Europa que no se atrevia á arrostrar y que le tiraban de otro, sonreia á las esperanzas demagógicas sin poder resolverse á alentarlas y satisfacerlas, cuando numerosos emisarios de las juntas parisienses, trasformados en agentes intrusos de la diplomacia, atravesaron los Alpes para impulsar las hostilidades é introducir órden en la confusion que se temia.

Algunos exaltados de pocos años, extranjeros en la ciudad santa, acaudillados por unos pocos ingleses ó por los veteranos de las sociedades secretas, querian proclamar la era republicana y la emancipacion de Roma, ora en la plaza de Colonna, ora en el pórtico de Octavio. De cada dia aumentaba la agitacion y exaltamiento de los ánimos, y al tiempo que se anunciaba la entrada de los austriacos en las marcas, la no intervencion oficial del gobierno de julio trocábase en oficiosos subsidios y en consejos de previsora amistad. Creíase que la falta de la autoridad suprema favoreceria la insurreccion, y que motines parciales que estallaran á una misma hora en diferentes puntos paralizarian de terror á los cardenales reunidos en cónclave; pero el Sacro colegio no cayó en el lazo.

La revolucion avanzaba, las sociedades secretas desplegaban su bandera, y el mismo dia en que esto acaecia, en 2 de febrero de 1831, fue aclamado el nuevo Pontífice, y Gregorio XVI ciñó la tiara en el momento de desencadenarse la tormenta. Era el nuevo Papa un humilde camandulense elevado úni-

camente por sus méritos á los honores del cardenalato, y aunque se tenian en mucho su piedad, ciencia y virtudes, nunca hubiera llegado el caso de acreditar su fortaleza de ánimo y habilidad en el arte de gobernar. Pruebas son estas que dará cumplidamente Gregorio el mismo dia de su eleccion.

En Bolonia ha establecido el desórden su cuartel general, y Bernetti, como cardenal legado é investido de plenos poderes, recibe órden de marchar sin dilacion á las legaciones para combatir la fuerza con la fuerza. Pero en el acto de salir de Roma estalla la insurreccion dentro de sus muros, y aunque peligros de diversa índole rodeaban á la Sede apostólica, atendiendo Gregorio y el Sacro colegio al más urgente, nombran al cardenal Bernetti secretario de estado y le encargan que haga frente á las sociedades secretas en la capital del mundo cristiano.

Valiéndose de exagerados rumores, de falsas promesas y de imaginarias victorias alcanzadas á lo léjos por ficticios ejércitos de alzados, los carbonarios, teniendo la mentira por principal auxiliar, habian logrado introducir agitacion y temores entre los ciudadanos romanos, al propio tiempo que con pretexto del carnaval llegaban á la ciudad muchos extranjeros, y entre ellos gran número de aquellos cosmopolitas ingleses que, escudados en la proteccion del Foreign-Office, se entregan impunemente en los pueblos extranjeros á ejercicios de arrogancia que nunca tolerarian en su isla. Bernetti, que conoce de dónde nace el peligro lo elude por medio de acertadas disposiciones: hase dicho que la Santa Sede desconfia del pueblo, y en 12 de febrero se decreta la formacion de una guardia cívica, apelando Gregorio XVI por medio del cardenal secretario de estado al verdadero pueblo, á los antiguos romanos de los barrios de los Monti y del Transtevere. La voz de Bernetti es escuchada; con ella han quedado descubiertos el orígen, las tendencias y el fin de la conjuracion, y al ver á aquel pueblo fiel que aclama al nuevo Pontífice y bendice la animosa vigilancia de su ministro, las sociedades secretas retroceden; conocen no haber llegado todavía la hora de reinar en Roma, y llevan al patrimonio de San Pedro la civil discordia que no han podido entronizar al rededor del Vaticano.

Llueven por decirlo así las proclamas patrióticas; como en los gobiernos provisionales, no hay caudillo que deje de publicar la suya, y la guerra intestina rompe por las legaciones envanecidas con su florida y opulenta agricultura. Bernetti, empero, ha pensado en todo y á todo aplica remedio. En vano el ministerio de Luis Felipe ha prometido á los aliados favorecer su movimiento; el cardenal invoca el auxilio de Francia, y esta, por medio de su encargado de negocios M. Belloc, vese obligada á contestar que su principio de no intervencion le prohibe intervenir en las intestinas contiendas del pueblo soberano. No causa la respuesta sorpresa alguna en la córte pontificia, pues no ignoraba que, dominado por el motin establecido en Paris de un modo permanente, sólo es lícito al nuevo rey suspirar por el triunfo de los motines que estallan más allá de sus fronteras, y el Papa confiere á Austria el honor de ejercer la policía en las comarcas de Italia.

En realidad de verdad debe decirse que aquel alzamiento promovido

por el carbonarismo contaba con pocos soldados y con muchos capitanes. Como sucede en Méjico, nacian espontáneamente en todas las ciudades coroneles y generales; á cada jornada salian otros nuevos; en cada esquina votábanse á sí propios una medalla de honor ó una corona de encina en conmemoracion de sus proezas heróicas aunque inéditas; pero á todo esto el ejército recibia muy pocos refuerzos. A él fueron llamados los dos hijos de la reina Hortensia, Napoleon y Luis Bonaparte, quienes hicieron entónces sus primeras armas. Con maternal orgullo refiere aquella reina lo siguiente: «En cuanto á mi hijo Luis, hallábase en las inmediaciones de Civita-Castellana, y lo disponia todo para dar el asalto á la poblacion muy seguro de la victoria en cuanto no habian podido tomarse aun todas las precauciones de defensa.

«En aquel entónces ocurrió un hecho muy singular que no supe hasta algun tiempo despues. Un oficial de ingenieros, que permanecia fiel al Papa y habia dado en Roma lecciones á mi hijo, vióle de léjos tomar algunas disposiciones hostiles perfectamente adecuadas al caso, y con cierto envanecimiento exclamó: «Mirad á aquel mozo como se luce; es evidente que lo entiende. Yo he sido su maestro (1)».

Alucinados en aquel tiempo por una fantasmagoría de falso liberalismo que distaba mucho de ser tradicion de familia, los dos príncipes acometian imposibles aventuras que debian de ejercer triste influencia en lo futuro; el mayor sucumbió en Forli víctima del sarampion, y su madre se llevó á Luis, sirviéndoles de guia en su incierta y dolorosa marcha el conde de Bressieux, excapitan de la guardia real y adicto servidor de la casa de Borbon. Y en seguida los austriacos por una parte y por otra el ejército pontificio y el pueblo calman casi sin disparar un tiro la efervescencia de las sociedades secretas. Habian estas invocado para realizar su quimera de unidad italiana (2) el auxilio estranjero, y abandonados por Francia demostróles el imperio austriaco lo vano de sus ilusiones: en pocos dias quedó rota y deshecha la insurreccion, ó bien, imitando el ejemplo de uno de sus caudillos, llamado Sercognani, solicitó dinero para deponer las armas. No en los campos de batalla pudieron encontrarse los restos de las vencidas legiones sino únicamente en las cárceles y en los asilos franceses, suizos é ingleses, donde el refugiado carbonario, corriendo el país y coronándose á sí mismo con auréola de gloria al propio tiempo que se daba á las más viles ocupaciones y tratos, habia de practicar el arte de las celadas sociales y enseñar la ciencia del asesinato político.

(1) Relato de mi paso por Francia en 1841, p. 146.

(2) Un general de las sociedades secretas, refugiado piamontes, pintó en pocas líneas en su *Diario di un viaggio in Spagna nel* 1823 un fiel é interesante cuadro de esa unidad tan aclamada como poco deseada. Llámase ese general Giacinto Provana di Collegno y dice: «Los italianos en número de cinco están divididos en partidos que al parecer se aborrecen como nuevos güelfos y gibelinos. Los unos—dos apénas—quieren que todos los pueblos se unan para hacer frente á la alianza de los gobiernos absolutos, y entre ellos predomina el elemento frances; los otros, cuyo número no pasa de tres, sostienen que las coligaciones con extranjeros fueron siempre funestas para Italia, y agitan á todas horas el estandarte italiano; uno lo lleva y dos lo siguen y se niegan á reconocer en el jefe de los franceses la menor autoridad....Italiam! Italiam!»



Con dos victorias se inauguraba el pontificado de Gregorio XVI, y este Papa, vencidos grandes obstáculos, habíase hecho popular por el valor desplegado. Nacido en el año 1765 en Belluna del reino Lombardo-Veneto, Mauro Capellari debíalo todo á sí mismo; su familia póseia escasísima hacienda, mas como el cielo habia dotado al camandulense con todos los dones de la inteligencia, pudo sin transicion pasar de la soledad al trono. En él entre los resplandores de los apostólicos palacios conserva los humildes hábitos del claustro: sencillo siempre y siempre frugal hasta rayar en austero, pero revestido de las armas de luz, llevará siendo Pontífice la antigua vida de religioso. Teólogo profundo, orientalista distinguido, escritor que en varios libros ha proporcionado esplendentes triunfos á la Santa Sede y á la Iglesia, Gregorio XVI cimenta y afirma su obra haciendo que Roma y la Cátedra de Pedro triunfen con sus virtudes, por las cuales habia de quedar el campo libre para que señoreasen las de sus sucesores.

Este Papa, de candidez seductora y de dichos agudísimos impregnados de veneciano *brio,* profesaba el principio de que hacer bien á los malos equivale á hacer mal á los buenos. Justo por lo tanto con todos fue la iniquidad el horror de sus labios, y sagaz como si hubiese nacido diplomático, alegre y apacible como un niño y sincero como un mártir, en lo honesto buscaba lo útil. Para él no habia larga ni corta distancia de cumplir á prometer: su palabra para él sagrada era para los demas un hecho. Unicamente alargaba el brazo hácia aquello que con claridad veia, y contento con prescindir de cosas de que jamas se habia servido, complacíase en sus ratos de ocio en contar y oir graciosas anécdotas que son como las yemas de la historia, sin temer nunca, usando una expresion de Bossuet (1), que la familiaridad menoscabara el respeto. La inocencia de su alma acrecentaba los primores de su corazon.

Tan lento en juzgar como pronto en obrar agradábale conocer espontáneamente el mérito de los demas, pues en la ciudad de Roma, donde siempre viviera, ora como admirador ignorado, ora como protector supremo de las bellas artes y las letras, sentia algo parecido á la finura y sutileza del aire que experimentaron los antiguos en el recinto de Aténas. Otorgóle Dios la gracia de no padecer ninguna de las aflicciones deparadas á los hombres que viven largos años; y en su ancianidad lozana, con su imponente actitud, jovial candor y majestuoso porte parecíase á aquellas rocas esculpidas por el cincel de los siglos, probando con su conducta, á pesar de cuanto han dicho los moralistas de todos tiempos, que es muy fácil empresa ser toda la vida el mismo hombre. Tal era el Pontífice que con su firmeza á la par que con su prudencia va á detener el vuelo de las revoluciones.

Era aquel un tiempo en que la democracia, satisfechos sus deseos todos, complacíase en la idea de que los reyes trabajasen en beneficio de su causa. La revolucion cedia la palabra á los ministros de los soberanos, y ellos á fuerza de protocolos le concedian el derecho de ciudadanía. La conferen-

(1) *Oracion fúnebre del príncipe de Condé.*



cia de las cuatro grandes potencias legaliza en Lóndres la insurreccion belga; en Roma otros embajadores están aguzando su entendimiento para determinar cuáles trabas pondrian al soberano. Estaba entónces Inglaterra en el pináculo de su omnipotencia, y Cárlos X, que realizó sin ella y á despecho de la misma la conquista de Argel, cayó del trono veinte dias despues. El primer proyectil que en 27 de julio de 1830 hirió á un soldado frances en la calle de San Honorato fue una bala británica (1).

Desde Luis XVI hasta Luis Felipe inclusive cuantos soberanos franceses se negaron una sola vez á favorecer la política inglesa se vieron puestos en peligro y derribados por el viento de las coligaciones y rebeliones. Muerto Canning sucedióle una generacion de Eolos británicos que subieron al poder determinados y resueltos á realizar el dicho de lord Chatham. En 1764, al discutirse el bill del timbre tratándose de las turbulencias de las colonias americanas, el ilustre estadista exclamó: «¿Qué seria de Inglaterra á ser siempre justa respecto de la nacion francesa?»

Francia, que no ha alterado todavía los términos de la pregunta para dirigírsela á sí misma, quizas la conteste algun dia; pero en 1831 no estaba en disposicion de verificarlo y ménos aun el rey Luis Felipe. Halagado por la orgullosa esperanza de que tarde ó temprano podria enviar á los soberanos de Europa sus órdenes en pliego cerrado como á un almirante inglés, el gabinete británico tomaba sobre sí el encargo de proteger en todas partes los intereses revolucionarios. Es cierto que no tenia para Polonia sino estériles deseos y «meetings» entusiastas, pues el emperador Nicolas no habria consentido otra cosa; pero Italia, eterna liza de las luchas europeas, no se hallaba en iguales circunstancias: abierta estaba para su pabellon y sus agentes, y la intolerante Inglaterra solicitó y obtuvo facultad para dictar leyes de tolerancia al Pontífice supremo.

Un escritor á quien aquella nacion tributó grandes elogios en recompensa de lo que él la ensalzara, decia en una obra consagrada á la alabanza de Inglaterra: «El tratado de Paris de 1814 es en política una obra maestra, como ajustado por hombres superiores y muy versados en el conocimiento de los hombres y las cosas. Con él, no solo el gobierno británico fundó el poderío y la gloria de Inglaterra, no solo estableció de una manera inquebrantable su soberanía en los mares y levantó insuperables vallas á cuantos estados quisieran perjudicar su comercio, sino que sembró semillas de discordia que por mucho tiempo han de tener á los pueblos todos del continente en estado de alarma, desasosiego, rivalidad, enemistades y guerras (2).»

Las semillas de discordia que se envanece Inglaterra de haber depositado en los tratados de 1814 y 1815, semillas que sabrá hacer germinar en breve, produjeron por todas partes abundante cosecha de desórdenes. Dejando aparte su odio cartagines contra Napoleon, odio que tuvieron el buen

(1) Un inglés, por nombre Fox, disparó el primer fusilazo en las jornadas de 1830; hirió á un soldado de la guardia real, y poco despues halló la muerte en el combate.

(2) *Historia de la política de las potencias de Europa desde la revolucion francesa hasta el congreso de Viena*, por el conde Paolo Chagny, t. IV, p. 274 (1817).

acierto de revestir con todas las formas de heróica fidelidad á las ideas monárquicas y conservadoras, los ingleses, centauros con cabeza de tory y cola de whig, sólo registran en su historia traiciones á los reyes y bancarotas á los pueblos; y tan profundo es el egoismo británico, que al igual del molinero cree que sólo crece el trigo para que ande su molino. En alto grado poseen aquellos insulares los vicios del alma que hacen á la humanidad odiosa, y en la isla de la Gran Bretaña, isla cuya mano empuña el cetro, en la tierra de majestad rodeada por una mar triunfal, segun poética imágen de Shakspeare, el inglés, especiero siniestro, bate el lodo para obtener de él almíbar: la inconsecuencia es la flor de su política.

En el espacio de cuarenta años de una paz providencial ha podido Europa prosperar entre la abundancia, hacerse rica por medio del trabajo y engrandecerse con maravillas de las artes y la industria, é Inglaterra, que habria querido dirigir y alcanzar sola tales pacíficas victorias, ha pensado que, siéndole imposible confiscarlas en beneficio propio, tocábale por lo ménos detenerlas atando las ruedas del carro europeo. Sentimiento es este de envidia hermanado con el afan de lucro que se ha propagado á todas las clases sociales y forma en la actualidad parte integrante de su patriotismo.

De los varones sobresalientes por su cuna, caudal ó ingenio descendió aquel sentimiento al comun del pueblo, y todo él ha pensado que para perpetuar su imperio de mercader convenia perpetuar y vulgarizar la revolucion en todos los ángulos del mundo. Desencadena, pues, voluntariamente las tormentas, y persuadida de que nunca debe experimentar sus estragos llévalas ora aquí, ora allá con los productos de sus fábricas. En todas partes se le encuentra, excepto en sus dominios, levantando y agitando entre las naciones como bandera de independencia y de futura dicha la túnica de Dejanira constitucional que ha de acomodarse indistintamente á todos.

Lo que viera practicar al indio guiando al elefante ha querido aplicarlo á las comarcas de Europa, y valiéndose del índico recurso colocar á las naciones en el aprieto de agitaciones á muy cortos plazos. Observó el inglés que el «cornac» (1) procura mantener en la parte superior del cuello del elefante una llaga viva siempre abierta mediante balsámicos aromas; inclinado hácia el cuello del animal y armado de un instrumento de tortura de cobre ó de plata, el indio va siguiendo con la vista los movimientos del coloso; y si no obedece sus órdenes, si no cumple con presteza lo que el cornac ha resuelto, al momento penetra el dardo en la úlcera; el elefante brama de dolor, pero no resiste y cede.

Lo de la herida abierta en lo vivo y mantenida por medio de bálsamos y resinas habia dado en las Indias excelente resultado: tomándolo del elefante los ingleses lo aplicaron á Europa.

La revolucion ha sido para ellos la llaga abierta ó cicatrizada á voluntad suya, y por medio de ella han perturbado los reinos y obtenido de los go-

(1) Nombre que se da en las *Indias* al hombre que cuida de los elefantes domesticados y los conduce á diversas partes.



biernos cuantas concesiones podian favorecer su codicia. Los ambiciosos murmullos de algunos descontentos dándose á sí propios el nombre de pueblo, el principio de la no intervencion evocado y aplicado para intervenir, los alzamientos parciales, los desórdenes de encargo, las protecciones escandalosas con que trafica el pabellon inglés, la excitacion al motin, la injuria á los soberanos, el hipotético despertamiento de las nacionalidades oprimidas, la legalizacion de la soberanía de los pueblos, arrojada como reto ó amenaza á las potencias de Europa sin que estas se hayan atrevido jamas á volver el pérfido dardo contra el inglés usurpador y tirano, todo en manos del gabinete de San James se convertia en el instrumento de tortura empleado por el indio para avivar la llaga.

Para manejar el arma con mayor seguridad de conciencia inglesa el gobierno británico asoció á su obra la prensa de los tres reinos, y tendióle el brazo para que le alargara ella la mano. Anárquica en lo internacional, así por sus necesidades como por sus medios de accion, experimenta de rechazo en su propio reino el influjo de las ideas cuyos gérmenes ha sembrado: sin buscar nunca lo razonable y lógico encontró siempre lo insensato, y enseñada á horrorizarse de cuanto es noble, verdadero y justo, está fatalmente destinada á precipitarse siempre en los absurdos.

A merced de los vientos como bajel desarbolado la prensa inglesa nunca ha podido consentir en alejar de sí la artificiosa falsedad. Como en un lagar ha estrujado á príncipes y pueblos, y jamas sonó para ella una hora de remordimiento para avergonzarse de sus iras sin motivo, de sus calumnias frias y sin odio, y de sus pasiones sin verdad. Reducida al estado de fuerza disolvente sólo arroja á la orilla despojos y espuma, y sus escritores, nuevos Aretinos colectivos con tienda abierta de alabanza y censura, colocan en comun la disfamacion y benefician el oprobio, al propio tiempo que obligan á la lisonja á satisfacerles trimestral dividendo.

Dispuesta siempre á reconciliar su conciencia con los excesos que patrocina y absuelve, ha conocido esa prensa ser muy fácil dominar á los reyes débiles por medio de la intimidacion y á los pueblos crédulos por medio de la mentira. Confiada en las palabras del profeta Jeremías ha dicho para sí «que el leopardo tendria fijos siempre los ojos en sus ciudades y devoraría á los que de ellas saldrian;» pero no sospecha que puede llegar un dia en que Tiro, la hija predilecta de los mares, quede convertida en desierta playa en la cual pongan los pescadores á secar sus redes.

Codiciosa é impasible la política inglesa experimenta incesante afan por suscitar trastornos; tiene en sus «*docks*» códigos políticos averiados, rancias constituciones de que trata de deshacerse á buen precio, y para ella limítase todo á pedir, recibir, ó tomar. Los espartanos decian que las tierras á donde podia llegar la punta de su lanza les pertenecian por derecho de conquista, y los ingleses otorgan igual privilegio á la proa de sus naves. En aquel singular país en que el hombre llega á la edad madura á los veintitres años como Guillermo Pitt, primer ministro cuando no contaba aun veinticuatro, y se considera jóven á los setenta y seis, como lord Palmerston, no

anda siempre el bien junto al mal. Palabras arrebatan de entusiasmo á Francia; intereses positivos son los únicos que en Inglaterra se conocen. Su gobierno no tiene mas que un pensamiento: abrir nuevos mercados al comercio para no ser vencido en los campos de batalla del trabajo, emulacion que seria excusable si con ella no se diera muerte á las abejas para comer su miel con mayor sosiego. ¿Por qué ha de tener todo un pueblo secretos vergonzosos como la conciencia? ¿Por qué ha de servirse de su lengua como de un arco para lanzar saetas de impostura, jamas de verdad? Y finalmente, ¿puede ser siempre provechoso constituirse en azote de Dios para que la humanidad le pague rescate?

A principios del presente siglo Inglaterra procuró con eficacia, por todos los medios de que dispone, la emancipacion de las colonias españolas; era su idea aprovecharse del desmembramiento de la monarquía de Cárlos V y adquirir, para luego monopolizarlos, los descubrimientos de Colon y Hernan Cortés, sin prever que el abuso de la fuerza y los triunfos de una política egoísta tienen siempre un límite providencial. Por sí mismos y por su diplomacia se dieron los ingleses en la América del Sur á un prolongado trabajo de descomposicion; pero aun cuando habia de redundar esa obra en detrimento de las colonias españolas no fueron sus autores quienes cogieron el fruto: la Gran Bretaña sembró el desórden, y lo aprovechan los Estados Unidos.

Lo que ha sucedido en la otra parte de los mares puede con facilidad suceder en el continente; pero Inglaterra que, segun las circunstancias, así ajustará alianza con Graco como con Neron, y lo mismo proporcionará á un precio alzado puñales ó bombas fulminantes para asesinar á los reyes que cadenas para esclavizar á los pueblos, únicamente ha permanecido fiel á un sentimiento de odio. Locusta política que de puro confeccionar venenos acabará por envenenarse á sí misma, ha renegado de sus antiguas tradiciones diplomáticas, ha modificado sus alianzas, sujetado á Europa á obligaciones nuevas y preparado interminables calamidades, movida únicamente por su afan de ser implacable adversaria de la Sede romana. Es cierto que cotiza las revoluciones, pero tambien lo es que pone tarifa á la herejía.

Sea cual fuere el partido que en los «*hustings*» ó en el parlamento alcance el triunfo es seguro que salpimentará su política con un sentimentalismo revolucionario y antipapista. Whigs y torys son negrofilos, bíblicos y librecambistas, y predican la emancipacion de los pueblos oprimiendo á Irlanda y dominando el Canadá. Si toman bajo su amparo á los demagogos del mundo todo, hacen morir á los jonios sublevados entre un simulacro de tribunal supremo, protegen al turco para esclavizar á los cristianos, y al propio tiempo que se dan á social propaganda envenenan á China con opio adulterado. Pero industrias son estas de diversa índole que nunca han desviado á Inglaterra de su saña antiromana, y los movimientos de los carbonarios en Italia proporcionáronle ocasion propicia para dar á sus sordas enemistades un baño de liberal desinteres.

Mantenido en cuarentena por las antiguas monarquías, Luis Felipe, re-

presentante de la revolucion, sólo en Inglaterra habia hallado como una especie de condicional afecto. Sagaz el gobierno británico conoció que con autoridad tan precaria y tan escaso real poderío el elegido de las barricadas debia ser vasallo y no aliado, y de este modo, con semejante diversidad de sentimientos evidente en Europa, creció el doble la fuerza del gabinete de San James permitiéndole arrastrar á remolque de sus naves el pabellon tricolor.

Pero aunque en apariencia exacto el cálculo caia por su base, porque si antipatia nacional existe para el pueblo frances, si desde las costas de Bretaña hasta las playas de Provenza, de las márgenes del Rhin á los Pirineos se conoce un país hostil á sus costumbres, á sus aficiones y carácter, si desde Azincourt hasta Waterloo, pasando por Fontenoy, hállanse en la historia rivalidades de toda clase formando á los franceses como patrimonio de orgullo ó venganza, seguro es que á los ingleses se dirigen esos enconos y maldiciones. Para disparar contra un aleman, español ó ruso ha de aplicar Francia la mecha á sus cañones; contra los ingleses se disparan solos.

La necesidad de alianzas hizo olvidar á la dinastía de Orleans el yerro más irreparable del regente, y otorgó al gabinete británico derecho de exámen y censura en Europa en beneficio de la revolucion. En la capital del mundo cristiano verificóse el primer ensayo de semejante compromiso.

En muchas ocasiones habia tenido Roma motivos para felicitarse por sus indirectas relaciones con los soberanos ó ministros de la Gran Bretaña. Guillermo Pitt habíala honrado en la persona del papa Pio VI, á quien el rey Jorge IV manifestó cordial estimacion en la del cardenal Consalvi, y este ejemplo, imitado por elevados personajes, debia serlo tambien en adelante, aun en la época en que el gabinete de San James abandonase por completo la senda que el tiempo pasado le trazara. Digamos, empero, que en aquella fecha de 1831, lo mismo que tiempos despues, no serán debidas esas tradiciones de justicia y cortesía á lord Palmerston ni á lord John Russell.

Consternada Europa tiembla á la vista de la revolucion; sin atreverse á combatirla ni á arrostrarla apénas le queda fuerza en su pánico terror para ofrecerle como víctima el Pontificado. Anuncia la revolucion ser llegado el momento de destruir la Iglesia, y Europa aprovecha el instante para solicitar de la Santa Sede reformas cuya indispensable necesidad ha proclamado el carbonarismo; esta es, por decirlo así, la última rama salvadora á que se cogen las monarquías, conociendo la necesidad de arrojar el panal de miel y adormideras para aletargar al Cancerbero de la demagogia.

Austria que á toda costa desea conservar la paz en la península italiana opina que el Papa, en atencion á lo inminente del peligro, puede consentir en inofensivas concesiones; Francia, para reducir á silencio si posible es á los oradores y periódicos que gestionan en nombre de las sociedades secretas, propone ciertas bases en realidad insignificantes; pero en aquel mismo momento manifiéstase la intervencion inglesa. Hase hablado de una conferencia en Roma para redactar las potencias católicas un proyecto de reforma, y

el gobierno de julio, con pretexto de contrarestar la influencia austriaca, solicita el auxilio y la participacion de un embajador británico acreditado entre la misma conferencia en gérmen. Accédese á la solicitud de Luis Felipe; el embajador nombrado para tratar de los asuntos romanos ni siquiera trae credenciales para la Santa Sede, y entónces Austria, usando del mismo privilegio, llama á los plenipotenciarios del reino prusiano y del imperio ruso.

No eran ya amigos ó sumisos hijos los que iban á examinar con respeto y á puerta cerrada el estado de la hacienda paterna: la intervencion de la diplomacia y la publicidad que se dió á la asamblea modificaron por completo la situacion, y aunque Roma podia y quizas debia declinar la singular jurisdiccion que queria establecerse, Gregorio XVI no consideró prudente invocar su derecho soberano por la agitacion en que los ánimos se hallaban. Desde Constantino y Carlo Magno complácese la Santa Sede en verse protegida por las segundas majestades de la tierra, pero no quiere que la filial proteccion se trueque para el Pontificado en encubierta servidumbre ni en causa de permanente tropiezo.

Componian la conferencia abierta en abril de 1831 el conde de Lutzow por Austria, el príncipe Gagarin por Rusia, el conde de Saint-Aulaire por Francia, M. de Bunsen por Prusia, y M. Brook--Taylor por Inglaterra, siendo este último reemplazado en breve por sir Hamilton Seymour. El marques de Croza, embajador de Cerdeña en Roma, fue admitido con voto consultivo; pero entónces distaba aun mucho el Piamonte del tiempo en que habia de presentarse en el congreso de Paris en 1856 á acusar al Pontificado de todos los infortunios de Italia.

La reunion formada por el viento de las revoluciones y llevada por el desordenado vaiven de los sucesos á ocuparse en materias peregrinas á sus estudios, no abrigaba por deliberacion malos designios contra la Santa Sede; sino que por el contrario érale favorable, excepto en dos de sus individuos. Los condes de Saint-Aulaire y de Lutzow, de inteligencia clara y justificada, vanagloriábanse de ser católicos y de practicar sinceramente las obligaciones de tales. El príncipe Gagarin, conciliador y moderador por carácter como son en Rusia los buenos diplomáticos, tenia órden del emperador Nicolas de no mirar los asuntos de Italia sino á la luz de los principios de la legitimidad. M. de Bunsen, exsecretario de embajada del famoso historiador Niebuhr, habia respirado el aire de Roma por espacio de más de diez años, y aunque protestante de exagerado misticismo no llevaba en su pecho enemistad ninguna contra la Cátedra de Pedro; sus instintos anticristianos y su indiferente eclecticismo no habian de manifestarse hasta más tarde. El marques de Croza era un piamontes celoso y fiel, y únicamente el enviado inglés ostentaba en nombre de su gobierno profundo desden hácia la córte apostolica y paternal cariño por los descontentos y rebeldes todos. Tal actitud tomada por Brook- Taylor é imitada por sir Seymour, no era la más adecuada para darles autoridad en la conferencia, y ello es verdad que no llegaron nunca á ejercerla; importa decir, empero, que no era este para el gabinete inglés el punto principal.

Éralo sí que con apariencia diplomática y como de contrabando se permitiese á los súbditos formar causa al soberano y destruir la supremacía espiritual que va unida á la majestad temporal de la Santa Sede: Inglaterra no la reconoce ya, y movida por sus designios puramente humanos trata de derribarla. Convencida de que su mercantil interes está en agitar á Europa constitúyese en los cuatro ángulos del mundo en auxiliar de los movimientos más opuestos; arrójase en brazos de todas las rebeliones, véndeles banderas y armas para el combate, y les ofrece hospitalidad en caso de derrota, todo descontado y asegurado con esperanza de un próximo alzamiento.

En tal posicion, sin disimular sus aspiraciones ni los recursos de que se valia, la diplomacia británica debia de contar en la conferencia con escasas probabilidades de buen éxito. Sir Seymour, empero, curaba muy poco de ello, pues no en beneficio de los italianos y ménos aun de los romanos tenia órden de desplegar su celo: á punto más alto llevaba el embajador puesta la mira.

Graves obstáculos podian suscitarse á la Iglesia en coyuntura semejante: de pronto y sin preparacion alguna veíase colocada frente á frente de los descontentos, cuya exasperacion era ponderada como lo más sublime del patriotismo. al tiempo que se obligaba á las grandes potencias á salir fiadoras de los rebeldes. Y no quisieron ver aquellas naciones el lazo que se les tendia: satisfechas por entretener á Europa con la idea de las reformas exigidas al Pontífice rey, creyeron que podrian salvar de un salto la funesta zanja de 1830; pero más sagaz Inglaterra vió en la fortuita conferencia lo que realmente habia, esto es, un medio para tomar bajo su amparo las insurrecciones italianas nacidas ó por nacer.

Abultando por una parte las quejas dirigidas al Papa acerca de su gobierno, y difundiendo por otra entre el pueblo, ora la noticia de que la Santa Sede cedia. ora la de que oponia tenaz resistencia, sembrábase el desamor, manteníase el espíritu de turbulencia y llegábase poco á poco á situacion desesperada. Las instrucciones de Seymour eran clavar un piquete inglés en el campo de los alzamientos futuros que ofreciese de continuo á los carbonarios plausible pretexto de asonadas y diese á Inglaterra el mendigado motivo de inmoral intervencion en favor de las exigencias de los ciudadanos, fuesen cuales fueren y contra los derechos del príncipe. Ambas cosas se alcanzaron. y en tanto comprendieron las sociedades secretas la importancia de la embajada inglesa, que en su íntima correspondencia felicitáronse por la victoria aun ántes de dar comienzo á la campaña: en todas sus cartas vese aclamado el gabinete de San James como el « *alma mater* » de los trastornos futuros.

Lastimosa idea era en efecto la de sujetar á un monarca independiente á recibir públicos consejos y severas reprensiones y obligarle á practicar el arte de gobernar á sus pueblos conforme al sistema que se encargase de proporcionarle la idea anticristiana: de ella salia tan menoscabada la dignidad del príncipe como ganaba poco la pública ventura; pero el Pontificado perdia

en autoridad y esplendor, y esto es lo que se queria. Una y otro quedaban muy disminuidos á los ojos de los romanos desde el momento en que haciendo sentar al Pontificado en el banquillo de los acusados se le probaba con el conminatorio mandato que él, que pretende ser el árbitro espiritual de las conciencias, no acertaba siquiera á satisfacer las temporales aspiraciones de una mínima parte de los italianos.

Ofensiva en su principio, impolítica en sus resultados, condenada de antemano á ridículo y monstruoso engendro, la conferencia introdujo en el patrimonio de San Pedro gérmen de eterna discordia y semilla de rebelion intestina. ¿Acaso, con pretension nunca oida en los fastos diplomáticos, no era su objeto proclamar en todas las dependencias del estado la insuficiencia ó impericia del Sacerdocio en la administracion de los asuntos civiles? ¿No era su fin decir á voces que no eran los eclesiásticos aptos para gobernar?

No se ocultaron á Gregorio XVI y al cardenal Bernetti las complicaciones de toda clase que nacerian de semejante intervencion; pero no siéndoles posible resistir á la agresion de la diplomacia armada, se doblegaron á ella esperando por todo remedio un veneno, por todo consuelo una nueva crísis en la acerba y apénas calmada dolencia. La amnistía fue el primer punto de que trató la conferencia.

Dos mil refugiados perseguidos en realidad ó jactándose de serlo cuando nadie se acordaba de ellos, ostentaban en Paris y Lóndres su llanto de teatro y su desesperacion puramente de aparato, deshaciéndose en lamentos é imprecaciones contra el despotismo clerical y el peso de las imaginarias cadenas con que los torturó la Inquisicion, miéntras que Inglaterra y Francia les manifestaban oficial y tarifada compasion que hubo de exaltar sus ambiciosas esperanzas á la vez que satisfacer propósitos rastreros. Pues bien, la conferencia decidió que la Santa Sede habia hecho mal en defenderse de un ataque incalificable, y no contenta aun redujo al Pontífice á otorgar un perdon preventivo que aseguraba á los rebeldes futuros una impunidad formulada en un convenio diplomático.

Los edictos del cardenal Bernetti eran muy severos para el desórden; pero tanta era la dureza de sus palabras como la blandura de sus actos, significativo hecho que no tratan de ocultar los despachos de los embajadores, como que el conde de Saint-Aulaire y el príncipe Gagarin no vacilan en manifestar á sus gobiernos «que llegaria dia en que fuese perjudicial al Pontificado su moderacion extremada.» De ello estaban convencidos Luis Felipe y sus confidentes tanto como los embajadores; pero conveníales tolerar y prestarse á los melodramáticos anatemas de los refugiados y á los clamores de la oposicion, y dejaron que la conferencia redactase un proyecto de amnistía permanente que legitimaba todos los motines y sólo execraba la lealtad.

La conferencia debia expresar las distintas mejoras reclamadas por los estados pontificios, y del todo extranjera en el país cuyas costumbres, leyes, necesidades y deseos sólo de un modo muy superficial conocia, hubo de obrar, casi á pesar suyo, á tientas y atropelladamente. Sin profundizar los

problemas, sin siquiera estudiarlos, pensó que para erradicar soñados abusos convenia crear ciertos derechos y fecundar algunas libertades, y dióse á introducir y plantear una teoría de reformas políticas en un pueblo por esencia agrícola y pastoril que vivia sin rumor ni ostentacion de su diario trabajo entre franquicias municipales. Abogados, mercaderes, médicos, nobles agobiados de deudas, mujeres de reputacion dudosa, estudiantes, artistas, literatos de diferentes escuelas, tejeros en las logias masónicas ó novicios en las sociedades secretas, mozos de escasa experiencia devorados por la fiebre del liberalismo y del progreso, pero en total muy poca gente, pedian á voces una interminable série de privilegios, y la conferencia que vió en el alboroto promovido por unos pocos la aspiracion de todos, tomó á empeño satisfacerla dignamente, consistiendo el apuro en formar con tantos y diversos deseos un código que, siendo base de la dicha de los súbditos, tuviese á una ciertas apariencias de equidad y no destruyese del todo las prerogativas pontificias y la autoridad del soberano.

Planteado en Paris y Lóndres el principio de las reformas, comentábanlo motines en la tribuna ó en las calles, «meetings» de refugiados y despachos de lord Palmerston, tocando á la diplomacia deducir las consecuencias del mismo. Nadie, empero, sabia á cuáles atenerse: hablaban unos de otorgar á los estados de la Iglesia todos los derechos políticos, incompatibles con su economía; querian otros limitar su accion y neutralizar su influjo entre las naciones suscitando dentro de ellos toda clase de obstáculos, y tan distintas y encontradas las opiniones como las creencias, solo en un punto lograron los plenipotenciarios ponerse de acuerdo. Convinieron en que M. de Bunsen, como arqueologo, debia saber mejor que nadie el modo de mejorar la suerte del pueblo romano, y diéronle el encargo de redactar el documento conocido en las esferas oficiales con el nombre genérico de «memorandum».

El ministro prusiano fue, pues, el autor único y exclusivo, segun lo dice muy claro el estilo, de un documento diplomático que veintiocho años há es con frecuencia controvertido é invocado, sin haber sido nunca dado al público. Del dominio de la historia por más de un concepto, insertámoslo á continuacion:

I.

«Los representantes de las cinco potencias opinan, por lo que toca al estado de la Iglesia, que deben ser atendidos por el interes general de Europa «dos puntos fundamentales», á saber: 1.° establecer el gobierno sobre sólidas bases por medio de las «reformas» ideadas y anunciadas por Su Santidad al comienzo de su reinado; 2.° proteger esas reformas que, segun expresó el edicto de S. E. monseñor el cardenal Bernetti, han de inaugurar una nueva era para los súbditos de Su Santidad, contra las variaciones inherentes á la índole de los gobiernos electivos, y esto por medio de una caucion ó «garantía interior».

II.

«Para alcanzar el apetecible resultado en que está interesada toda Europa á causa de la situacion geográfica y social del estado de la Iglesia, parece indispensable que la « declaracion orgánica » de Su Santidad comprenda los dos principios esenciales siguientes:

«1.° Aplicacion de las reformas, no solo á las provincias que han sido teatro de la revolucion, sino tambien á aquellas que han permanecido fieles, inclusa la capital.

«2.° Ingreso general de los seglares en los empleos administrativos y judiciales.

III.

«En cuanto á las reformas en sí parece lo más conveniente que abracen desde un principio el sistema judicial y el de la administracion municipal y provincial.

«A. Respecto al sistema judicial parece que la cumplida ejecucion y sucesivo desenvolvimiento de las promesas y principios del «motu proprio» de 1816 ofrecen seguros y eficaces recursos para acallar las generales quejas relativas á tan interesante ramo de la organizacion social.

«B. Respecto á la administracion local parece que debe ser base de la reforma el restablecimiento y la organizacion general de municipalidades elegidas por el pueblo y la creacion de franquicias municipales que determinen su accion en los intereses locales de los mismos municipios.

«En segundo lugar, la organizacion de «consejos provinciales», ya fuesen un consejo administrativo permanente que ayudara al gobernador de la provincia en el desempeño de su cargo con atribuciones convenientes, ya una reunion más numerosa tomada de entre las nuevas municipalidades, á cuyo consejo hubiese de acudirse en todo lo importante para la provincia, parece útil en extremo para obtener la reforma de la administracion, fiscalizar á los municipios, establecer los tributos, é informar al gobierno acerca de las verdaderas necesidades de la provincia.

IV.

«La gran trascendencia que en sí tiene el ordenado estado de la hacienda y una buena administracion de la deuda pública que establezca en sólidos cimientos el crédito del gobierno contribuyendo muy mucho á aumentar sus recursos y afianzar su independencia, hace al parecer indispensable un «establecimiento central» en la capital, encargado como supremo tribunal de cuentas de examinar anualmente el presupuesto de los diversos ramos de la administracion civil y militar y de tener fija su atencion en la deuda pública,

todo esto con atribuciones que correspondan al grande y saludable fin á que se aspira.

«Cuanto mayor sea la independencia de esa institucion manifestando la union íntima que debe existir entre èl gobierno y el país, más corresponderá á los benévolos designios del soberano y á la general esperanza.

«Para obtenerlo, parece que deberian ser llamadas á ella personas nombradas por los consejos locales, las que, con los consejeros del gobierno, formasen una «junta» ó «consulta administrativa». Esta misma junta podria ó no ser parte de un «consejo de estado», cuyos individuos nombraria el soberano entre los hombres más ilustres del país por su cuna, talento y hacienda.

«Sin una ó varias instituciones centrales de esa naturaleza, ligadas íntimamente con las personas sobresalientes de un pueblo tan rico en elementos aristocráticos y conservadores, es de creer que la índole electiva de su gobierno quitaria por necesidad á las reformas, que serán eterna gloria del Pontífice reinante la «estabilidad» que con ardor se desea, y que mas todavía se deseará cuanto mayores y preciosos sean los beneficios del Pontífice».

Mirado de cerca, profundizado en su conjunto y en sus pormenores, más que un plan de reformas meditadas y practicables es aquel acto una ambigua concesion á las exigencias del momento, y su resultado, obra de un entendimiento germánico que acumula palabras para cerrar el paso á la idea y envuelve entre pomposas expresiones de doble sentido el cargo de iniciador general que al Pontificado señala, no debia darse á conocer sino por sus beneficiosas consecuencias. Dejando á un lado el estilo, era como un discurso de un trono constitucional cualquiera, y sin duda alguna dióle la diplomacia igual importancia en cuanto lo aprobó, hízolo suyo y lo recomendó con instancia á la paternal solicitud de Gregorio XVI y á la superior prevision del cardenal Bernetti. A decir verdad el Papa y su ministro no habian menester ser estimulados ni guiados por la via de las reformas; comprendíanlas mejor y abrigaban mayores deseos de realizarlas que el carbonarismo y los refugiados políticos; pero al considerar el grave ultraje á su dignidad inferido no ocultó el Padre Santo la impresion que habia causado en su alma.

Apénas elegido encuéntrase frente á frente con una insurreccion que dice hallarse sostenida por gobiernos extranjeros; siendo por demas frívolas sus causas aparentes sólo atrae á sus filas á hombres viciados, y cuando aun dura la agitacion de los ánimos, consecuencia del inesperado movimiento, Francia é Inglaterra, despues de haber ostensiblemente hecho causa comun con los rebeldes, establecen en la misma Roma, en el centro del cristianismo, una conferencia en que tiene la insurreccion voto deliberativo. Trázase al Pontífice el plan que ha de seguir para evitar nuevos trastornos, indícansele las trasformaciones que deben verificarse, y con voz imperiosa, por órgano de las cinco grandes potencias, díctale la revolucion sus leyes desde lo alto del «memorandum».

A no dudar Gregorio XVI habia leido poco y meditado ménos á Voltaire, pero en aquel trance hallóse de acuerdo con él, y como el patriarca de la in-

credulidad pensó que «los hombres bastante poderosos para protegernos lo son tambien para perjudicarnos (1).» Y era evidente que no la ventura de los romanos movia é impulsaba á Europa; no teniendo esta para los desastres de Polonia sino frias y furtivas lágrimas nunca habria pensado en dar á tres millones de italianos semejante testimonio de oficial afecto á no ser Roma el centro del catolicismo.

Sus quejas, fuesen ó no fundadas, habrian sido reprimidas como las de Praga por la declaracion de reinar el órden en Varsovia, pero tratábase del Papa; el régimen eclesiástico, el gobierno espiritual y temporal y los asuntos interiores de la Santa Sede eran objeto de concretas acusaciones, y Europa, que habria debido defender el principio de autoridad, se complacia en amenguarlo en su más paternal y legítimo representante. Asociábase con los carbonarios, y en seguida, mostrándose mediadora lisonjera respecto de los rebeldes y juez inflexible contra el Papa, trastornaba de una plumada el modo de existir de la Roma cristiana.

Espinosas eran las circunstancias: contando la revolucion con una negativa de parte de la Sede apostólica habia levantado ya sus baterías; pero Gregorio XVI, abandonado por los que tenian obligacion de socorrerle, resolvió salvarse él solo, y el cardenal Bernetti consintió en convertir en leyes cuando y como lo juzgase oportuno el Pontificado, lo realizable que hubiese en el «memorandum». En definitiva era esto obligarse á muy poca cosa.

Miéntras se trató únicamente de deliberar en una reunion diplomática sobre las ventajas ó los inconvenientes de una reforma administrativa ó judicial más ó ménos acertada, Bernetti habia permanecido en la oscuridad y apartamiento; persuadido de que la conferencia no habia de dar buen resultado alguno por la diversidad de principios, de tendencias, de opiniones y de necesidades políticas ó morales de los individuos que la componian, habia dejado que se agitaran en el vacío aquellos proyectistas que amontonaban sobre un pueblo libertades electorales y derechos administrativos sin pararse á averiguar si el agraciado sucumbiria bajo el peso ó se dignaria hacer uso de lo que se le daba. Consultado con frecuencia, Bernetti se habia limitado á contestar: «Emitid vuestras ideas, proponed un plan, y en seguida el Padre Santo tomará una resolucion.»

El plan habia sido propuesto, y Gregorio XVI, que no se consideraba más infalible que sus predecesores y sucesores en el gobierno temporal, pudo sin esfuerzo prometer que plantearia con prudencia y mesura las reformas que considerase hacederas, las que para ser adoptadas no habian menester rebeliones interiores ni patronazgos extranjeros. Sin embargo, lo que previera el Sacro colegio no habia de tardar en realizarse: existian entre los ministros reunidos tantos elementos contradictorios y tantas rivalidades ambiciosas, la política reducida á vivir para salir del dia curaba tan poco del de ayer y sentia tales temores por el de mañana, que Bernetti tenia que estar siempre recomendando á los cinco plenipotenciarios la union y conformidad

(1) *Ensayos sobre las costumbres*, por Voltaire, t. I, c. XXVIII.

de doctrinas; y cuando oia á Saint-Aulaire, á Gagarin, á Lutzow, á Croza y tambien á Bunsen quejarse en sus privadas conversaciones de la altivez y las exigencias británicas, exclamaba con su habitual sonrisa: «Para acercarse á los ingleses, lo mismo que á un caballo que da coces, son necesarias algunas precauciones.»

Al manifestarse el primer indicio de discordia, el cardenal que los vaticinara en gran número no se apresuró á cantar victoria, sino que por el contrario lo aprovechó para calmar el ardor de los unos y reanimar el celo de los otros. Como siempre, hallábase Austria en graves aprietos de diversa índole; la agitacion de Europa la llenaba de desasosiego, y abrigaba en especial fundados temores respecto de Italia, su punto más vulnerable. A fin de estar prevenido el príncipe de Metternich abrazó de nuevo la política de que fuera el principal sosten por más que en aquella época comenzaba ya á deslizarse de sus manos la realidad del poder, quedándole únicamente del mismo los atributos y los cortesanos. Aquel político á quien la saña de sus adversarios contribuyó á engrandecer más quizas que los merecimientos propios, aun cuando sean estos incontestables, veia acudir á él los embajadores extranjeros como clientes y discípulos; hasta los archiduques le trataban con respetuoso cariño, y á sí mismo se llamaba el amigo de los ancianos y el confesor de los jóvenes.

En sus salas hallábanse tantos diplomáticos como pájaros exóticos en sus jardines. La quinta de Reneweg, de la que fuera constructor, adornista y jardinero, constituia su gloria de arquitecto y su orgullo de propietario. Europa entera acudia á aquel palacio situado en un arrabal de Viena; pero el príncipe, aunque nada perdiera con el peso de los años de su lucidez mental, habíase habituado poco á poco á la grata idea de contemplarse y admirarse, y sobretodo de hacerse admirar por los demas en sus obras del tiempo pasado. En vez de gobernar narraba, y eran sus dulces miradas y sonrisas otros tantos medios para que sus admiradores cayesen á sus plantas. Entre su famosa conferencia de Dresde con el emperador Napoleon y la bucólica complacencia con que hablaba de sus aficiones campestres y de su vocacion para médico, el estadista permanecia inmóvil é invulnerable como un dios Término, miéntras llegaban, pasaban y se sucedian en el poder generaciones de ministros. Cansado de los honores y no deseando el reposo, prorumpia de continuo en eterno monólogo impregnado de aticismo y de profundos pensamientos; al mirarle y al oirle habríasele tomado por uno de aquellos ligeros parisienses que creen no tener la Providencia mas objeto que librarles de la prevision debida. Del príncipe puede decirse que profesaba la diplomacia sin practicarla, y aunque católico excelente no veia con disgusto, por un vestigio de tradicion josefista, las contiendas con la Santa Sede; promovíalas por cualquier motivo, pero apénas entabladas sudaba y trasudaba para resolverlas piadosamente.

Al ser propuestas al Pontífice las indeterminadas reformas, solicita Austria que sólo á las legaciones sean aplicadas. Opónese Francia á un proyecto que habria sido causa perpétua de rivalidades y desórdenes entre el patrimo-

nio de San Pedro propiamente dicho y las legaciones de aquel modo favorecidas, haciéndose trasparente en demasía el deseo de separacion; de manera que la conferencia, que estaba buscando el remedio para un mal especulativo, daba ella misma la muerte, pues no era otra cosa aislar á Roma de las provincias que constituyen el estado pontificio, dejando al Pontificado el menor poder posible en lo terrenal para disminuir en igual proporcion su espiritual supremacía. Sistema era este que acarició el príncipe de Kaunitz, que intentó establecer el baron de Thugut, pero que rechazaban con sinceridad el emperador Francisco y el príncipe de Metternich, su canciller de córte y estado, quienes lo presentaban únicamente para un caso eventual como antídoto de mayores males. En el congreso de Paris de 1856 el conde de Cavour y lord Clarendon se apropiaron el plan josefista y lo vistieron de idea nueva á la piamontesa, como otra de las muchas que patrocina quien desea soliviantar los ánimos.

El memorandum fue firmado en 21 de mayo de 1831, y aquel mismo dia el conde de Saint-Aulaire dirigió á su gobierno un despacho en el cual se leian las siguientes palabras: «No existe entre nosotros unidad de designios ni de opiniones; así es que al paso que el conde de Lutzow está ménos penetrado que yo de la necesidad de tratar á Roma lo mismo que á las legaciones, abundan otros en el propósito de secularizar estas convirtiendo á Bolonia en una especie de capital y dejando á las demas provincias en el estado en que hoy se encuentran. Este sistema ofrece á mi ver gravísimos inconvenientes y produciria dentro de poco la desmembracion del estado pontificio, sin que de él resultase para Francia beneficio alguno. Constituida Bolonia en capital de una república gravitaria más hácia Milan que hácia Roma, sobretodo si aquí encontrase la omnipotente administracion eclesiástica causa de su descontento. Estoy observando síntomas muy singulares: Austria va adquiriendo popularidad en el país, como lo prueba el sentimiento con que ha visto la ciudad de Ancona la salida de la guarnicion, y á lo que se dice ese sentimiento será todavía mayor en Bolonia.»

Sin dar á este despacho más importancia de la que merece y no perdiendo de vista la falsa posicion en que á todos colocan las revoluciones, deja muy bien traslucir las dificultades que rodeaban á la córte romana. Como si un obstáculo más puesto á la libertad de la Santa Sede pudiese aligerar de un solo eslabon la pesada cadena con que la revolucion habia sujetado los tronos, los gobiernos, aun aquellos más respetuosos para con el Pontificado, hacian causa comun con sus adversarios públicos ó secretos, y disponian de ella en su mismo recinto, aunque sin ella y á pesar de ella. Disputábanse y compartíanse sus despojos, y en presencia de tan resuelto Pontífice y de tan sereno ministro la insurreccion tomaba el papel de víctima y las sociedades secretas se consagraban al culto de Austria. Por entre los ambajes de la diplomacia y las lágrimas hermanadas con puñaladas que derramaba el carbonarismo por los infortunios de Italia, Bernetti adivinó la maquinacion, y jugando limpio logró burlar á la conferencia y á las sociedades secretas. Los hombres débiles no ceden jamas aunque deban hacerlo; Bernetti, que se

sentia fuerte, consintió en inclinar la frente por algunos momentos.

El gobierno de julio de 1830 que llenaba á Europa de incendiarios á fin de librarse del fuego que con sus propias manos encendiera, veíase hostigado en su reino y objeto de sospechas en los extranjeros. Sin seguridades ni cauciones para sí mismo é inaugurando la era de los abortos constitucionales é italianos, eligió aquel instante para brindar al Papa con la caucion suya con tal que fuesen promulgadas como leyes las reformas en el memorandum expresadas; sólo á este precio se obligaban Luis Felipe y la revolucion á proteger la Santa Sede. Y era tal la flaqueza y vacilacion de los poderes que el anciano Gregorio no pudo ménos de sonreirse al participarle el cardenal Bernetti tal ofrecimiento. «La barquilla de Pedro, exclamó el Papa, ha pasado por tempestades más récias que la de ahora. Guarde el rey Felipe de Orleans para sí mismo la «bonaccia» que trata de vendernos á costa de la honra: su trono caerá y este permanecerá firme.»

En estilo cancilleresco tradujo Bernetti estas palabras de prevision profética, y manifestó al conde de Saint-Aulaire «que la caucion francesa era muy preciosa para la Santa Sede, pero que esto no obstante no creia el Papa poderla comprar con actos que serian una verdadera abdicacion de la independencia pontificia.»

Clara y perentoria fue la contestacion, mas las potencias no quedaron con ella satisfechas. Rechazado el ofrecimiento de proteccion que hiciera Francia, las cinco sacaron la suya á pública almoneda para obtener que el memorandum no quedase de antemano como letra muerta.

Ha experimentado tantas veces Roma el efecto de las revoluciones, que en el concepto católico no se admira ni asusta ya de cosa alguna, y al afligirse los diplomáticos por su obstinacion y al dignarse concebir temores por las consecuencias de la misma, tranquilízalos Bernetti demostrándoles «que de derecho posee la Santa Sede la fianza ó caucion de las cortes, debiendo advertirse, añade el cardenal, que la Sede romana, muy débil en apariencia, jamas consentirá en sancionar reformas que le sean dictadas con imperio y á una hora determinada. Entiende por el contrario reservarse toda su libertad de accion y completa independencia, por más que de antiguo haya acreditado con sus actos todos cuánto se afana por idear y realizar las reformas compatibles con la seguridad pública.»

Con el memorandum de 21 de mayo suspendido sobre la cabeza de Gregorio XVI, la conferencia dióse á oprimir al príncipe con el abusivo pretexto de libertar al pueblo. En 5 de junio dirige Bernetti una nota á los plenipotenciarios, y al dia siguiente escribe el conde de Saint-Aulaire al gobierno frances lo siguiente: «La nota del cardenal Bernetti satisface cuantos extremos abraza nuestro memorandum, y promete una organizacion análoga para las provincias todas del estado romano, ventaja de grande importancia á la cual habia renunciado en apariencia ese gobierno al limitarse á solicitar reformas administrativas únicamente para las marcas y las legaciones.»

Así, pues, la Iglesia romana aun en presencia de la revolucion que se esforzaba en enflaquecerla imponiéndole su voluntad, conservaba íntegra la

plenitud de su poder, y ejercíalo sin doblegarse á presion de ninguna clase, concediendo en tiempo oportuno aun más de lo que expresaba el memorandum al traves de sus tinieblas prusianas. El principio de la eleccion popular y la institucion de un consejo de estado compuesto de seglares junto al Sacro colegio, ó mejor, en eterna oposicion con el mismo, fue lo único que rechazó el Pontífice.

En julio de 1831 quedó la conferencia oficialmente disuelta, lo que no impidió que sus individuos continuaran permaneciendo en la capital del mundo cristiano como para dar á la revolucion constante prenda de benevolencia. De ella se aprovechará la revolucion. Llegados que fueron los primeros dias del año 1832, propone el príncipe Gagarin trasladar la conferencia á Viena para deliberar allí los representantes de las cinco potencias acerca del complemento de las reformas que, segun él, eran indispensables para la buena administracion del país; en cambio de ellas debia ofrecerse á la Santa Sede la caucion de las mismas potencias. Por unanimidad es aceptado el proyecto, siendo la designacion de lugar el único punto litigioso; pero entre tanto lo que Bernetti previera, lo que anunciara á algunos individuos del Sacro colegio que como Pacca veian con zozobra las disposiciones liberales dictadas por el secretario de estado, sucedió al pié de la letra para acreditar su experiencia y acierto.

Bernetti habia conocido que las reformas pedidas no pasaban de ser un pretexto: arrollada la revolucion hasta sus últimas trincheras no habia de contentarse con ellas, ni con las promesas con que Europa la halagaba, y convencido de ello aconsejó al Papa que desarmara á los carbonarios tomando la iniciativa de ciertas ideas de progreso.

Habia exigido la conferencia la retirada de las tropas austriacas, y estas evacuaron el territorio pontificio; habíase pedido la amnistía y la no confiscacion de bienes respecto de aquellos que tenian abierta escuela de insurreccion, y el Papa «motu proprio» llamó á las consultas y administraciones públicas á liberales con los que no se habia formado aun el carbonarismo amenazadora muralla. Para atender á las necesidades del estado ajústase un empréstito, y el ejército pontificio reemplaza en las provincias para velar por el público sosiego á los austriacos que las abandonan. Allí como en todas partes la guardia cívica habíase constituido en cuerpo deliberante; con la espada en la mano habia predicado la desobediencia, y algunos de sus voluntarios, anticipándose á los que proclaman la reparticion de bienes, llegaron á robar las cajas públicas y á ser el alma de todos los desórdenes.

Aquella fuerza armada, milicia de vanidosos y miedosos paisanos, que así habia de ser batallon pretoriano del carbonarismo como cuerpo de genízaros constitucionales, jamas ha sabido mandar ni obedecer. Entregada á sus humillos de gloria vana y presuntuosa arrogancia es siempre á la hora del peligro juguete de los partidos y escarnio del ejército y del pueblo. Gregorio XVI la consideró inútil en las legaciones, y quedó suprimida.

Al saber que, segun costumbre, volvian las tropas pontificias á ocupar sus antiguos cuarteles, los carbonarios, aunque colmados de cuantas refor-

mas invocaran, sintiéronse heridos en medio del corazon al verse privados de su guardia cívica. Condenados por la perspicacia del Pontífice á la ingratitud, fueron rebeldes é ingratos. Deseosa Inglaterra, de hacer triunfar su política antiromana aprueba y fomenta el movimiento y los impulsa al delito premeditado; pero no la siguieron en este camino los embajadores de Francia, Austria, Prusia y Rusia. Todos ellos se adhirieron de un modo solemne á la nota del conde de Saint-Aulaire publicada por Bernetti en el diario oficial de Roma, nota que dice así: «En caso de que las tropas en su pacífico encargo encontrasen al cumplir las órdenes de su soberano una resistencia culpable y se atreviesen unos cuantos facciosos á comenzar una guerra civil tan insensata en su objeto como funesta en sus resultados, el infrascrito no tiene reparo en declarar que el gobierno frances considerará á tales hombres como peligrosos enemigos de la paz general.»

Con un intervalo que no llegaba á diez meses volvia la revolucion á alzar bandera en los estados de la Iglesia, proponiéndose con tales sucesivos levantamientos acreditar en Europa la idea de que el yugo de la tiranía sacerdotal era insoportable para los pueblos de las Romanías. Rusia, Francia, Austria y Prusia, mejor aconsejadas, no dieron crédito alguno á una falsedad evidente tomada por Inglaterra bajo su bíblico amparo, y conocieron entónces la celada que no habian sabido evitar. Gregorio XVI habíalo concedido todo, y esto no obstante la revolucion mostrábase cada vez más exigente; pero como los alzamientos en Italia y en especial en el patrimonio de San Pedro son resultado de maquinaciones extranjeras más que de sentimientos locales, la ley y la pública justicia no tardaron en alcanzar victoria.

El cardenal Albani, nombrado comisario extraordinario en las legaciones, marcha á la cabeza de las tropas pontificias, en tanto que las sociedades secretas proclaman en todas partes la deposicion del Pontífice, pisotean su escarapela y dan al viento una bandera italiana cualquiera. Sin embargo, no toman los alzados grandes disposiciones para la lucha por ellos provocada: mentalmente triunfan, por pensamiento mueren; con discursos que respiran esfuerzo, con proclamas anónimas que juntas aun más anónimas firman con el nombre de la Italia emancipada, procuran la libertad de la patria; pero esto no quita que con dos ó tres escaramuzas quede calmada la rebelion para dar lugar á la impostura.

Predicado el motin por las sociedades secretas, admiráronse estas al verle producir sus naturales resultados. En Cesena, Forli, Ravena y otros puntos corrió sangre, y entónces la revolucion dióse á lamentar lo que llamó inútiles rigores y denunció al mundo entero los asesinatos de desenfrenada soldadesca. Mil relatos de pura imaginacion, escenas de dramática fantasía compuestas y arregladas con serenidad y espacio, trasmitirán á la posteridad el recuerdo de los atentados de los feroces sicarios de Albani. Para conmover á Europa el conde Mamiani, noble demagogo y uno de tantos escritores revolucionarios melosos aun matando, publica unos «Apuntes políticos sobre los últimos sucesos de los estados romanos», y derrama en este folleto lágrimas de ira y piedad por desgracias de las cuales fuera promove-

dor activo. Los capitanes, empero, cuidaron mucho de no salir al campo; los más exaltados de las sociedades secretas fueron los únicos que intentaron una parodia de combate, y aun duraba este cuando el carbonarismo verificó singular cambio de frente. Queria hacer impopular al Pontificado por todos los medios imaginables, y en último extremo apeló á uno muy singular: sin disparar un tiro entraron los austriacos en las legaciones, y entónces dictó el carbonarismo la órden de aclamar «il tedesco», resultando de ahí que entre las bendiciones y flores de las sociedades secretas ocuparon las columnas de invasion las ciudades de la Romanía.

Para quien conozca la habitual exageracion de los italianos semejante inconstancia en las ideas no tendrá mas valor que el de una escena burlesca desprendida de la gran conspiracion que se tramaba contra la Santa Sede; pero no sucederá así á los hombres poco dados al estudio de aquellos sucesos ó de superficial inteligencia. Calculaban las sociedades secretas que al ver á los italianos precipitarse en brazos de Austria, objeto de su declamatorio encono, debian convencerse los pueblos de que el gobierno pontificio era aun más aborrecible para los romanos que los «bárbaros del Norte», y con este propósito de pueril malicia representóse la farsa. Su resultado fue quedar sobrecogida de afectuosa ternura la candidez alemana y la bellaquería democrática.

Como si no bastara para contristar el alma de Gregorio XVI la guerra civil decretada por las sociedades secretas, nuevas calamidades y desgracias se suceden sin interrupcion. Horribles terremotos cubren de escombros la tierra y llevan la desolacion y el terror á los confines del estado eclesiástico, al mismo tiempo que en 23 de febrero de 1832 hácese pirata la Francia orleanista. A favor de las sombras de la noche salta á la playa de Ancona, derriba á hachazos las puertas de la ciudad, y clava en sus muros la bandera tricolor que nunca viera vergüenza y humillacion semejante. En nombre de la Iglesia el cardenal Bernetti, dirigiéndose al conde de Saint-Aulaire, que deploraba lo desacertado de tal violencia, caracterizó lo vergonzoso del hecho con palabras muy verdaderas. «No, exclamó en presencia del cuerpo diplomático; desde la época de los sarracenos no se habia visto cosa igual contra la Santa Sede.»

Aquel acto, que más que inspirado por la audacia parecia serlo por el vino, fue verdaderamente revolucionario; ejecutáronlo el coronel Combes y el capitan de navío Gallois, pero los berberiscos podian muy bien reivindicarlo por suyo. Mandaba el principio de no intervencion dejar sucumbir á Polonia que no habria debido perecer, y el mismo principio autorizó al gobierno de julio para apoderarse de una ciudad amiga y violar el territorio de un príncipe aliado. Al ver agresion tan brutal Europa se conmovió y conoció al fin las calamidades que la revolucion le preparaba. Para conjurarlas apresuróse á reparar sus culpas respecto de la Santa Sede: la conducta de M. Bunsen fue desaprobada por su gobierno, y el emperador Nicolas dió órden al príncipe Gagarin de censurar los imperiosos términos en que estaba el memorandum redactado.

Lisonjeábase la revolucion con la esperanza de que, combinando una intervencion comun, llevaria á las cinco potencias á completar su propia obra; inconciliables intereses y sentimientos de justicia muy dignos de alabanza impidieron la realizacion del plan; pero en aquel mismo momento el príncipe de Metternich inventó un sistema nuevo. Penetrado por las legaciones de especulativo cariño y planteándose de continuo á sí mismo problemas políticos sólo para tener el gusto de resolverlos, de igual modo que un sabio estudioso opónese á sí propio objeciones, propuso resumir en una pragmática los edictos del cardenal Bernetti de 5 de julio, 5 de octubre y 15 de noviembre de 1831, aplicándola únicamente á las legaciones y adoptándola y jurándola como ley fundamental, no solo el Sumo Pontífice elegido, sino tambien los cardenales todos. El baron de Prokesch-Osten fue enviado para reforzar al conde de Lutzow y sostener un proyecto que, admitido que fuese, debia habituar insensiblemente á las legaciones al régimen aleman.

Semejante pretension, que era en aquellas circunstancias un ultraje á la Sede romana, llenó de indignacion al Pontífice. Bernetti demostró los vicios que encerraba, y de toda aquella conferencia, traida y llevada de proyecto en proyecto, que así se encerraba en prudente circunspeccion como proclamaba las afirmaciones más contradictorias, no quedó mas que un documento informe y un despacho en el cual decia lord Palmerston sus últimas palabras sobre el punto. Eran estas ni más ni ménos que el panegírico de los rebeldes pasados y una promesa de proteccion para los futuros, y á fin de que no careciera la rebelion de perpétuo alimento, Inglaterra solicitó del Papa, del modo que sabe hacerlo lord Palmerston, instituciones representativas completas, ilimitada libertad de imprenta y una guardia nacional.

Al oir esto el cardenal Bernetti contestó verbal y textualmente de parte del Sumo Pontífice «que Su Santidad tomaba en muy grave consideracion las peticiones del gabinete inglés; pero que á su ver las instituciones representativas y la ilimitada libertad de imprenta eran, más que un peligro para la Iglesia, una verdadera imposibilidad para cualquiera gobierno digno de este nombre: la revolucion es la única interesada en que prevalezcan semejantes utopias, que se apresura á suprimir desde el momento en que há triunfado.

«En cuanto á la guardia nacional, añadió Bernetti, Su Santidad no se halla aun bastante penetrado de las ventajas é inconvenientes que presenta esa institucion cívico-militar. El bien y el mal andan en ella de consuno, y luego que el gobierno inglés la haya ensayado en Lóndres por espacio de quince ó veinte años, el Padre santo podrá adoptar una institucion que la Gran Bretaña ofrece siempre á los demas sin adoptarla ella nunca.»

Este fue el digno remate de la conferencia, equivalente á estrepitosa carcajada.

Sir Hamilton Seymour se encargó de sofocarla. El memorandum no pasaba de ser un papelucho; pero en manos de las sociedades secretas y de los adversarios de la Iglesia trocóse en arma forjada por las potencias, y sus heridas podian con el tiempo llegar á ser peligrosas. Tratábase de darle una sancion semianónima, semibíblica, y de participar á los súbditos del estado

pontificio que en el caso eventual de un alzamiento, Inglaterra les alargaria con gusto la mano y con mayor gusto aun se doleria de su suerte. No defraudó el enviado británico las esperanzas de su país y las de la demagogia, y con el falso comedimiento de que usa el gabinete de San James cuando desea ser indiscreto, dejóse arrebatar por Italia una acusacion fiscal contra el Pontificado en forma de nota dirigida á los demas embajadores. Este documento, que fue el verdadero memorandum de la revolucion, está concebido en estos términos:

«Roma, 7 de setiembre de 1832.

«El infrascrito tiene el honor de participar á V. E. haber recibido la órden de salir de Roma y regresar á su puesto de Florencia, así como tambien la de explicar ántes á V. E. los motivos que impulsaron al gobierno inglés á enviarle á Roma al igual que los que ahora le inducen á mandarle partir de esta ciudad.

«El gobierno británico no tiene en los asuntos de los estados romanos interes directo alguno, y nunca habia pensado en intervenir en ellos cuando fue invitado por los gabinetes de Francia y Austria para tomar parte en las negociaciones de Roma. En ello consintió con la esperanza de que su buena voluntad unida á la de aquellos gabinetes podia contribuir a zanjar amistosamente las discusiones que penden entre el Papa y sus súbditos, conjurando de este modo en Europa los peligros de guerra.

«En las negociaciones tomaron ademas parte activa los embajadores de Prusia y Rusia en la ciudad de Roma, y los enviados de las cinco potencias descubrieron en breve los principales vicios de la administracion romana, é indicaron los convenientes remedios. En mayo de 1831 presentaron al gobierno pontificio una memoria expresiva de las reformas que por unanimidad consideraron indispensables para el sosiego permanente de los estados romanos, memoria que el gobierno inglés creyó y cree ajustada á justicia y razon.

«Catorce meses han trascurrido desde que fue la memoria presentada, y ni uno solo de los consejos que contiene ha sido adoptado y puesto en práctica por el gobierno papal; hasta los edictos preparados ó publicados en los que se anuncia el próximo planteamiento de alguna de las reformas indicadas difieren en su esencia de las disposiciones en la memoria contenidas, resultando de todo ello lo que naturalmente debia esperarse: como el gobierno papal ha dejado de hacer cuanto era necesario para calmar el descontento, ha aumentado este más y más por lo mismo que han quedado frustradas las esperanzas que hicieran concebir las negociaciones entabladas en Roma.

«Así, pues, vanos han sido los esfuerzos que há más de un año emplean las cinco potencias para restablecer la tranquilidad en los estados romanos, y la esperanza de ver al pueblo voluntariamente sumiso al poder del soberano cuenta con tan escaso cimiento como al principio de las negociaciones. A lo que parece, la córte de Roma confia para conservar el órden en la pre-

sencia temporal de las tropas extranjeras y en el auxilio de un cuerpo de suizos; pero la ocupacion extranjera no puede prolongarse indefinidamente, y no es probable que el cuerpo suizo que el gobierno papal puede tomar á su servicio en consideracion á sus recursos rentísticos baste para contener á la poblacion descontenta. Y aun cuando pudiese con medios semejantes restablecerse la tranquilidad, nunca seria dable esperar que fuese duradera, ni satisfaria en modo alguno el propósito que el gobierno inglés abrigaba al tomar parte en las negociaciones. En estas circunstancias el infrascrito ha recibido órden de manifestar que el gobierno inglés no alimenta ya esperanza alguna de feliz resultado, y por lo mismo, careciendo de objeto su permanencia en Roma, se le ha mandado regresar á Florencia. Encárgasele además expresar el hondo sentimiento de que está su córte poseida por no haber podido en año y medio contribuir en lo más mínimo al restablecimiento de la tranquilidad en Italia, y los temores que abriga de que, perseverando en el actual sistema, ocurran en los estados romanos nuevas turbulencias de índole más grave que hasta aquí y de resultados que pueden con el tiempo llegar á ser funestos para la paz de Europa. Si por desgracia así sucede, Inglaterra estará por lo ménos libre de toda responsabilidad en los infortunios que ocasione la resistencia á los prudentes y explícitos consejos dados por el gabinete británico.

«El infrascrito aprovecha, etc.

«Firmado: G. H. Seymour.»

Esta negociacion, en que todo fue irregular y en la cual las reglas entre soberanos establecidas fueron tan audazmente violadas como los respetos diplomáticos, ha sido referida con todas sus circunstancias y accidentes, acompañándola con documentos justificativos, en cuanto de ella datan en gran parte la irritacion y las exigencias de los liberales italianos. Pero aun queda mucho que contar sobre ella, pues la historia no ha descubierto todavía los motivos que en determinadas épocas inspiran á ciertos gobiernos teatral compasion en favor de los moradores de la Romanía, compasion que se manifiesta en libros y tribunas, en periódicos y academias, descubriendo en todas partes su orígen. La compasion con que son honrados los súbditos del Papa es un acto revolucionario, y descubre siempre en quien la abriga un enemigo de la Iglesia; y sino obsérvese siempre que ella se presenta al orador, al escritor ó al periódico que la pregona, y la demostracion de lo ántes dicho que nacerá espontáneamente no dejará sombra de duda.

Pero aun concediendo que sean los romanos dignos de lástima, ha de convenirse en que no son el único pueblo que la merece. ¿Acaso Irlanda, imágen viva de todos los dolores, acabado modelo para la estatua de la miseria, no está padeciendo lo que no es decible há más de trescientos años en su fe, en su patriotismo, en su libertad y en su hacienda? ¿Quién en Europa se ha compadecido de tanto infortunio? ¿Quién se ha irritado porque tantas veces se le haya negado la justicia que reclama? ¿Quién ha sentido piedad por aquel pueblo que huye de una patria que es madrastra y reproduce bajo

el imperio de Faraones constitucionales y protestantes las tradiciones bíblicas, á las cuales es necesario volver los ojos para hallar un nombre á esas emigraciones contínuas que dejarán en breve sin habitadores la tierra de Irlanda? La emigracion de los israelitas es lo único que puede serles comparado, y como en tiempo de Moises son llamados «exodos». ¿Quién ha pensado en colocar junto á la desolacion de tantas familias irlandesas el cariño á la tierra natal que impera en los estados pontificios y que, acompañado de un bienestar relativo, haria mirar como un fenómeno la partida de un solo ciudadano romano? A buen seguro que no ha sido Inglaterra.

Pero cuando ménos habrá esta levantado la voz en favor de Polonia, y movida por la democracia, de la cual es en las naciones extranjeras aristocrático heraldo, habrá prorumpido en llanto en forma de amenazadoras notas por la suerte de Hungría ó del reino Lombardo-Veneto. No, en verdad; estas calamidades que tanto atormentan el corazon de los revolucionarios tocan apénas el de los ingleses, y como la piedad de que pueden disponer es poca, guárdanla toda para los romanos. Y este ejemplo es imitado por la revolucion por el sencillo motivo de ser Roma el centro del catolicismo: no se trata de compadecer á los ciudadanos de aquella parte de Italia, sino de acusar al Pontífice, y asimismo la escasez de necesidades que aquellos experimentan, la falta de aparente lujo, calificada de vergonzosa pobreza, no son cargos á ellos dirigidos, sino ultrajes á la verdad y al Pontificado. Los liberales de las legaciones y de Roma se prestaron á ser cómplices de esa convencional falsedad, y causáronse á sí propios más daño que á la Iglesia misma.

Devorábales hambre y sed de derechos políticos; con ardor deseaban pasar por el aprendizaje de las constitucionales venturas y unificar bajo un sólo cetro liberal, ó por mejor decir, bajo el acero del primer «condottiere» que se presentase un país cuyas costumbres, necesidades, placeres y aficiones constituyen division perpétua. Pero dejando á un lado ese afan primitivo á la par que pueril, ¿es posible que exista álguien que pueda atribuir á la Cátedra de Pedro la momentánea ruina que ha afligido á los estados romanos?

La revolucion francesa que se presentara á emanciparlos pasó por ellos como devastadora tempestad, y aun están sintiendo los efectos del tratado de Tolentino. Las obras maestras del arte reunidas por los Pontífices en su Roma querida fueron pasto de aventureros afortunados ó avaloraron museos extranjeros; y cuando las revoluciones de otros pueblos no se enriquecieron á expensas del caudal romano, las domésticas, fomentadas por el carbonarismo ó por las ventas supremas y centrales, devoraron la hacienda publica y privada.

El único derecho que se dejó al Pontificado fue el de reparar el inmenso cúmulo de desastres, sin que pudiera imputársele uno solo, y el Pontificado, que no ha faltado nunca á su palabra, que ha cumplido siempre sus obligaciones hasta las más onerosas, lo reparó y reconstituyó todo, y ¡cosa que raya en portento! pagó las deudas de las mismas rebeliones que le habian proscrito. Roma ha sido beneficiada, despojada, saqueada bajo la planta de la demagogia, y siempre han sido los Papas quienes la han arrancado

de los infortunios que con frecuencia le ocasionó su imprevisora ligereza.

Séanos permitido al llegar aquí poner en su punto la materia y explicar breve y oficialmente la situacion rentística en que la revolucion ha colocado á la Iglesia. Los guarismos son á veces muy elocuentes; dejémosles ahora que hablen, y limitémonos á responder de su rigurosa exactitud. Los datos de que hacemos mérito están tomados de buen original.

Para saber los gravámenes impuestos á la Sede apostólica por el tratado de Tolentino conviene remontarse al armisticio de Bolonia de 23 de junio de 1796.

En él se convino que Roma pagara á la república francesa la cantidad de veintiun millones de francos: cinco habian de ser satisfechos ántes de espirar los quince dias, y lo fueron á mediados de julio, en cuya época presentáronse dificultades que fueron causa de quedar suspendidas las negociaciones. En 19 de febrero de 1797 firmóse el tratado de Tolentino, y la Iglesia fue condenada á desembolsar ántes del 6 de marzo quince millones á cuenta de los diez y seis que adeudaba segun el armisticio de Bolonia.

El estado romano pagó la suma total de veintiun millones y ademas otra de quince millones de francos exigida por el directorio.

Dicho armisticio estipulaba la entrega de quinientos manuscritos, cien estatuas y otros objetos artísticos; reclamólos el tratado de Tolentino, y para trasportarlos á Paris cargóse con otro millon la cuenta del Pontificado.

La revolucion, que sin hostilidades declaradas trataba el patrimonio de San Pedro como tierra conquistada, no se dió por satisfecha con dinero y monumentos artísticos, y quiso bueyes, búfalos é inmensa cantidad de alumbre de roca. La Santa Sede habia sido ya despojada de Aviñon y del condado Venesino, y al entrar los franceses en la ciudad eterna en 23 de febrero de 1798, unos comisarios del directorio, calvinistas ó sacerdotes apóstatas, allanaron palacios, iglesias, museos y casas particulares, y se apropiaron cuanto tentó su codicia, ya en dinero y alhajas, ya en vasos sagrados y mármoles preciosos. Sin mas ley que su voluntad impusieron contribuciones forzosas á los príncipes y moradores de Roma, de modo que en el espacio de dos años, desde 1796 hasta 1798, el estado pontificio pagó á la república francesa la suma de cincuenta y un millones cuatrocientos mil francos, á saber:

En 1796:	Bolonia.	4.000.000.
	Ferrara.	4.000.000.
	Ravena.	2.400.000.
	Armisticio de Bolonia.	21.000.000.
En 1797:	Tratado de Tolentino.	15.000.000.
	Trasporte de monumentos	1.000.000.
	Contribucion de las provincias ocupadas	4.000.000.
	Total.	51.400.000.

En 23 de febrero de 1798 estaba Berthier á las puertas de Roma, á la

cabeza de su ejército invasor, é hízose pagar como presente de llegada la cantidad de 1.075,000 francos.

En 29 de febrero comenzaron el despojo del estado y de los particulares y el robo de joyas, cuadros, mármoles, caballos, oro y plata; el valor de esos objetos, lo mismo que el de los gastos de mantenimiento ocasionados por el ejército de ocupacion, ha permanecido ignorado: quede, pues, únicamente como memoria esta partida de la cuenta.

En el mismo año 1798, en 27 de marzo, satisfizo el estado lo que le era exigido por contribuciones, esto es, 16.128,000 francos.

El mismo dia aprontó en equipos militares, uniformes, bagajes, etc. el equivalente de 3.225,600 francos.

Restaurado el Pontificado en 1814, quiso el Papa reparar el cúmulo de infortunios amontonados por la revolucion en rededor de la Cátedra de Pedro, y en un estado que se supone tan mal organizado, tan retrógrado y pésimamente administrado, supo la Iglesia hacer prosperar la hacienda pública junto con la de los particulares, hasta el punto de que en 1830 poseia en su tesoro, segun datos oficiales, 28.769,882 francos de ahorros.

En 1831 la revolucion levanta de nuevo la frente, y despues de conspirar sale al campo. El erario comienza á experimentar déficit; lo aumentan en 1832 los movimientos de las sociedades secretas y las pérdidas que han de sufrirse en los empréstitos ajustados en las naciones extranjeras, y en diciembre de 1832 llega á representar muy importante suma.

Desde 1833 hasta 1847, por efecto de mejoras verificadas en las rentas y del sosiego moral que en la superficie se observaba, disminuye el déficit á pesar de los gastos imprevistos que ocasionó en 1837 la invasion del cólera; esto no obstante, no se logró que desapareciera por completo, y á fines de 1847 ascendió á 90.391.392 francos.

En el espacio de tiempo que medió entre enero de 1848 y julio de 1849 alteróse otra vez el equilibrio por causas revolucionarias, y de nuevo se presentó un déficit; añadiendo á él los dos millones de escudos romanos (1) empleados en extinguir el papel moneda puesto en circulacion por los rebeldes, asciende dicho déficit á 46.425,883 francos.

Las consecuencias de semejantes hechos, ocasionados todos por la demagogia, gravitan todavía sobre la deuda pública. Esta ha aumentado con los empréstitos ajustados en los reinos extranjeros desde 1831 acá, sin que para hacer frente á los dispendios de la revolucion tuviese el gobierno otro medio que emitir renta consolidada dentro de su propio país, pues no se olvide que si para los soberanos perjudicados y los estados diezmados por la guerra llegó por fin la hora de las compensaciones como sucedió en 1814 y 1815, no puede decirse que acaeciera otro tanto en favor del Pontificado: en aquel tiempo fue necesaria toda la maravillosa destreza diplomática del car-

(1) Esas sumas, tomadas de los registros del estado, están expresadas, como es natural, en escudos romanos. El *scudo* equivale á 5 francos 37 céntimos y 60 milésimos de la moneda francesa, y esta es la base que nos ha servido para la reduccion.



denal Consalvi para lograr que se devolvieran á la Sede romana las provincias que le arrebataran la anexion ó la conquista.

Conocemos ya el balance moral de la revolucion; el rentístico, que en los estados pontificios presenta, aunque reducido á su menor expresion, demuestra de un modo incontestable por medio de un total de 236.415,957 francos lo que cuesta á un pueblo seguir el hilo de la corriente de las nuevas doctrinas y ceder á los embates del torrente del progreso. Pero á estos guarismos que materializan los resultados de tantas infructuosas tentativas conviene añadir dos causas permanentes de gastos y recargos de tributos introducidos por la revolucion en el patrimonio de San Pedro.

Era este en tiempos antiguos administrado como por un padre; pero con las intentonas de gobierno liberal, con tanta reforma como ha sido aconsejada y ensayada en los diversos ramos de la administracion civil, se ha concluido por triplicar el número de empleados públicos, creando toda clase de oficios, cargos y prebendas. Resultado de ello ha sido que en el dia, sin hallarse el estado mejor regido que en el tiempo antiguo, han aumentado los tributos hasta un punto que si no llega, ni con mucho, á la altura de los presupuestos constitucionales, supera mucho al de los pechos de otra época.

Eran entónces los romanos mucho más libres que la generalidad de los pueblos, y la prueba está en que tenian menor número de edictos, leyes, ordenanzas y constituciones y la mitad ménos de empleados públicos, ocupados estos en todos los sistemas de gobierno y en las épocas todas en velar por la aplicacion de dichas leyes y decretos en menoscabo de la libertad individual. En el dia en que se sujeta todo á reglamento réstales aun la libertad verdadera en cuanto les queda el Papa; pero ello es que poseen una jurisprudencia y no faltan extranjeros que en sus momentos de ocio se consagran á pergeñar para ellos un código y en acomodarles una constitucion cualquiera. Pende, pues, sobre los romanos, á despecho del Papa, la amenaza de entrar en posesion de numerosos derechos cívicos, lo cual disminuiria en igual proporcion el inestimable privilegio de la personal independencia.

La revolucion habia tomado á empeño agitar el país, y para escudarlo contra los golpes del enemigo social y dejar á cubierto la responsabilidad del gobierno, ha sido preciso hacer frente á las insurrecciones en partida doble determinadas por el libro de memoria de los vencimientos ingleses. Esto hizo que hubiera de establecerse un ejército permanente del cual la Santa Sede no habria tenido en tiempos normales necesidad alguna, y de ahí que se haya abierto caudalosa fuente de dispendios para el estado y el pueblo.

Dícese, empero, que los ciudadanos del patrimonio de San Pedro están cansados del yugo clerical; que la opresion del Sacerdocio, benigna en la forma é implacable en su esencia, los envilece y anonada; que tienen necesidad de respirar en más dilatado horizonte, y con la elocuencia parlamentaria, con el comercio y la industria llegar á ser los pares y en breve los se-

ñores de los demas pueblos. ¿Cómo Europa puede permanecer indiferente á aspiraciones tan naturales como generosas?

A estar Europa dispuesta á mostrar igual benevolencia respecto de cuantos pueblos manifiesten en ambos hemisferios igual veleidad y deseo vario de cambios y trastornos, en buen hora que los romanos caigan como los demas en el lodazal del democrático y social progreso: para que esto suceda no existe impedimento, por decirlo así, dirimente. Pero ¿acaso no estamos viendo que lo pedido por los romanos, las «garantías», la mayor suma de derechos civiles, las reformas degeneradas y las libertades políticas que solicitan son el mismísimo tema que se oye aquí y allá y en todas partes desde que la revolucion ha sentado en el mundo su planta? ¿Por ventura los cartistas ingleses, los comunistas de Francia y tambien los que llevan el nombre de partidos vencidos, los iluminados de Alemania y cuantos van á la descubierta de las legiones demagógicas y progresistas, sean piamonteses, españoles, rusos y belgas, se encuentran bien hallados bajo el imperio de la ley retrógrada que, á su decir, los degrada y oprime? ¿No les ois expresar en este ó en el otro punto muy reprobados sentimientos? ¿Acaso no son incendiarios sus deseos y no están eternamente dispuestos para demoler en conciencia á calumniar al príncipe y á sus ministros y á hacer mentir á la historia? ¿Quién no sabe que jamas les falta el auxilio de algun emérito profesor del crímen, de esos que con pretexto de rescatar las nacionalidades oprimidas inundan á Europa de agentes viajeros que son otros tantos conspiradores? ¿Por qué, pues, lo que sucede en todas partes no ha de suceder en el estado pontificio? Y ademas ¿por qué no aplicar en los otros puntos sincera y lealmente el sufragio soberano con que se ha consentido en afligir á Italia? Bien sé, empero, que con Smollett, historiador que, como buen inglés, no se mostró jamas hostil á las revoluciones que tenian por teatro el continente, se dicen y repiten las siguientes palabras:

«Consecuencia funesta de la intervencion de la muchedumbre en materias de gobierno es quedar desnaturalizadas las primeras disposiciones moderadas y justas por entusiastas necios ó perversos maquinadores. Los más fanáticos y peor intencionados son los caudillos del populacho adquiriendo peligroso ascendiente, y como les falta la prudencia ó probidad necesaria para guiar á un pueblo extraviado, de ahí que causas en apariencia insignificantes y en su orígen despreciables vayan seguidas de muy terribles efectos (1).»

Terribles efectos son estos que la experiencia demuestra, y así los hombres tenidos por moderados los temen para los tronos como para los pueblos. Un nuevo derecho de soberanía demagógica, inventado por algunos ilusos de social empirismo, esfinges que todo el mundo adivina, es puesto en práctica por manadas de votantes parapetados en la unanimidad del sufragio. Concibo que con razon asuste á aquellos políticos semejante derecho de soberanía. Pero si en beneficio de vuestro país y de vuestra autoridad lo rechazan ¿por qué aceptarlo en nombre de los súbditos del estado pontificio?

(1) *Historia de Inglaterra desde la revolucion de* 1688, por Smollett y Adolphus, t. X, p. 168.

La dificultad, el mal, el veneno están en la conjuracion de necedad é imposturas sin tregua y sin piedad organizada por la revolucion. Ella ha dicho y propalado, valiéndose de mil distintos conductos, ser los romanos un pueblo de mendigos anidados en ruinas; ha repetido en todos los tonos que su administracion y gobierno eran tan viejos como el mismo Pontificado; ha puesto en relieve los vicios ó defectos del carácter nacional sin mentar las buenas cualidades que son de los mismos contrapeso, y con pérfido artificio hase dado á exagerar el mal procurando ocultar el bien. Ha negado la ley sólo porque en la superficie eran insensibles sus efectos, y acusando al magistrado de cohecho, de ambicion al sacerdote, de pereza al pueblo y al ciudadano de desidia en el ejercicio de sus derechos, ha logrado que se alzara inmenso clamoreo, clamoreo que ha atronado y ensordecido á Europa en los últimos cuarenta años y aun ántes, para hacer responsable al Pontificado del cúmulo de soñados infortunios.

Los romanos ilustrados saben al dedillo mucho mejor que nosotros en qué consisten tales acusaciones, y así es como sobrellevan alegremente el grave peso de tantos quiméricos dolores. Y esto es tan evidente aun para los extranjeros que al mirar á aquel pueblo dichoso y sosegado á pesar de la Europa protestante ó impía, han de confesar encontrarse en él mayor suma de verdadera libertad, más franco y expansivo buen humor en un solo dia de febrero ú octubre que en todo un siglo en la vieja y venturosa Inglaterra. Los romanos llevarán cadenas si se quiere, pero ello es y á la vista está que bailan con ellas y las hacen servir de castañuelas.

Y sin embargo, ¿quién puede lisonjearse de conocer en el mundo á una familia que fuese cual fuere su angélica armonía pudiese resistir á tan continuo y disolvente trabajo? Escojamos en la Biblia ó en la historia al patriarca más venerable y venerado; coloquémoslo entre sus hijos y nietos, y así que el Señor haya colmado á todos de años, de ventura y hacienda hagamos penetrar en medio de la tribu hipócritas sospechas y acusaciones dictadas por la perfidia; procuremos poco á poco por medio de comparaciones sin cimiento, aunque sorprendentes por lo sofísticas, persuadir á algun ingenio de la familia, cansado de su felicidad, de que el abuelo ó el padre no reune ya los requisitos necesarios para afianzar la dicha general; hagamos que esas ideas, dardos continuos contra el patriarca, germinen entre las generaciones que van sucediéndose, que de la irreflexiva ingratitud pasen los hijos á la desaprobacion, en un principio tácita y explícita despues, de las disposiciones y los actos del caudillo; salpimentemos la desobediencia con una composicion de social progreso y libertad indefinida; autoricemos á los mozos, cuya imaginacion habrémos procurado ennegrecer, para considerar como única cosa legítima y única razonable las aberraciones de su soberbia ó las viciosas aficiones de su corazon, y en breve verémos lo que saldrá de esa conspiracion de la mentira, en breve nos demostrará una triste experiencia que las buenas intenciones son para la autoridad el veneno más letal y corrosivo.

La revolucion habia logrado que las potencias cooperaran á la desave-

nencia que quiso establecer entre el Pontífice y algunos súbditos suyos. Las potencias redactaron su memorandum, y teniendo por apoyo ese misterioso documento insinuóse, propalóse y proclamóse que eran los romanos la nacion más infeliz entre todas. Penetradas de repentina piedad por tan gloriosos infortunios,—pues no es aquel pueblo ensalzado sino cuando hay que aconsejarle un crímen ó una falta,—las cinco potencias se habian reunido para obligar al Papa á aplicar remedio á las políticas é industriales calamidades. Y el Papa consintió en ello; el pueblo adquirió garantías, pero él mismo quedó siendo árbitro de su planteamiento, y esta es la hora en que con paciencia lo aguarda todavía sin haberlo nunca deseado. ¿Acaso no le ha enseñado la experiencia de quince siglos que la paz, el reposo, la dicha doméstica y la seguridad de la hacienda y de las leyes dependen de la firmeza y permanencia del estado que es fundamento de toda justicia? Tiene aquel pueblo un refran que dice: «Chi sta bene, non si muove,» y aplicándolo permanece en la inmovilidad de su venturoso sosiego.

Veintiocho años han trascurrido desde la presentacion del memorandum cuya verdadera historia ha sido al fin bosquejada. De entónces acá revoluciones de toda índole han derribado tronos y trastornado imperios; á nuestra vista han pasado el último extremo de la libertad y el último extremo de la esclavitud; las sociedades secretas han subido al Capitolio imperando en él por el derecho del asesinato y del despojo, y vencidas en campal batalla vuelven luego de enterrar sus muertos á la sombra de los clubs para seguir la frase que el alzamiento interrumpiera. «Las potencias, dicen, han obtenido del Pontificado seguridades y prendas en favor del pueblo romano; este, representado por algunos abogados, estudiantes y médicos, quiere ser elector y sobretodo elegible. Inglaterra le ha prometido su auxilio moral, y ella sabrá de sobra violentar al Papa.»

Tal es el lema de la revolucion: por desgracia los romanos hicieron siempre abandono á los extranjeros del derecho de proclamarlo é imponerlo.

Las complicaciones promovidas en los estados de la Iglesia por las doctrinas contenidas en el memorandum eran más funestas para el público reposo que para la estabilidad de la Sede romana. Despues de poner en tela de juicio su autoridad habíase condenado al ejercicio que de ella hacia, censurando sucesivamente, ora su flaqueza, ora su severidad, cuando de pronto múdase la escena. A instigacion de Luis Felipe y su gobierno habíanse atrevido las potencias á constituirse en maestras del Pontificado; pero el mismo Luis Felipe es el que á poco se presenta al Pontífice y le implora para no ser confundido con los usurpadores y revolucionarios. El último volteriano de su siglo inclina ante la tiara su corona recogida en las barricadas, y suplica al Vicario de Jesucristo que decida á la luz de la doctrina de la Iglesia el debatido punto de la autoridad y el poder.

En efecto, desde que con solapada complicidad ha inaugurado definitivamente la Europa monárquica la era de las revoluciones, una nueva doctrina fermenta como depravada levadura, doctrina que, ingerta en el cuádruple tronco del protestantismo, el galicanismo seglar, el jansenismo y el filosofis-

mo, propónese confundir la idea del poder con la autoridad; y llegado que fue el año 1831 los casuistas de insurreccion veláronse la faz para no ser testigos de la sabiduría y del acierto de Roma al aclarar un caso de conciencia tan complexo.

En la esfera religiosa y moral lo mismo que en el gobierno de los pueblos es la autoridad la participacion que ha de tener y tiene la supremacía infinita en el régimen de las criaturas. «Toda autoridad procede de Dios,» ha dicho el Apóstol, y estas palabras son una verdad que la razon demuestra, que la fe enseña, que la tradicion atestigua, y que hasta hallamos entre las instintivas creencias de las tribus salvajes. Para tener derecho de mandar es preciso ser criador, de modo que solo á Dios pertenece el dominio del poder, del cual sólo delega al hombre el pasajero ejercicio. Esta ha sido siempre la doctrina de la Iglesia, la cual no ha admitido jamas otra alguna ni puede admitirla sin ponerse en contradiccion con los preceptos del Evangelio.

El pueblo es soberano en cuanto no existe en la tierra poderío de bastante fuerza para sujetarle á obedecer á pesar suyo; esto no obstante, el principio de la soberanía no debe residir nunca en él. Es soberano para conferir la autoridad ó para derribar lo que le es superior, como devora el tormentoso Océano las naves que surcan sus aguas; pero como en todo busca el hombre la consagracion del tiempo, por esto se ha sometido al principio de que la autoridad se trasmita de uno á otro en una familia, persuadido de que su interes, al par que su dignidad, estaban en rodear de respetuoso cariño á los príncipes que heredan la obligacion y peligrosa honra de gobernar las naciones.

La fuerza fue orígen de todos los poderes humanos; la violencia fundó á unos, á otros la conquista. Solo el cristianismo y por consiguiente el Pontificado tienen su sublime comienzo en una idea de sacrificio y abnegacion en beneficio de los pueblos; cristianismo y Pontificado son los únicos que pueden con santo envanecimiento mostrar tales títulos de gloria y tan señalada nobleza.

Dios, dice «la Sabiduría», concede un moderador ó guia á cada pueblo, porque, como añade el Apóstol, Dios es de paz y no de discordia. Y esto sentado, muy fácil será señalar la distincion que cabe entre poder y autoridad. Es esta el principio y el derecho inalienable; es aquel el ejercicio de esta misma autoridad descansando en base más ó ménos frágil, y empleando medios más ó ménos conformes con la institucion divina de donde procede. La autoridad goza por sí misma de una fuerza moral que impera sobre el pensamiento, la inteligencia y la voluntad; por ella se ve el príncipe rodeado de celeste auréola y hace que le estén reservados los homenajes todos de la conciencia. El poder cuando es fruto prematuro de la violencia ó de una revolucion carece de fundamento, está desprovisto de toda fuerza y esplendor hasta que ha recibido directamente una especie de sancion providencial ó legítima.

La Iglesia romana, como nadie y mejor que nadie, entiende, enseña y

practica el respeto de que es merecedora la autoridad, y evidente es que en la fuente de la misma bebió Bossuet su fundamental axioma de que «no existe derecho contra el derecho.» Constituida en guardadora de un principio esencial para la ventura de los pueblos, la Iglesia reivindica como obligacion suya el cuidado de proclamar aquel principio en nombre del Evangelio; pero al propio tiempo que esto hace, refrena injusticias y abusos y es muro contra la anarquía, á la vez que, jamas cortesana del despotismo, no es cómplice ni aliada de ninguna opresion (1). En las épocas nefastas de la historia, cuando pasa el poder de mano en mano, no dobla la Iglesia servil la frente al yugo de una usurpacion afortunada; sabe que cuando Dios quiere castigar á un pueblo muda este con frecuencia de señor, y entónces, libre su alma de pasiones, emprende la senda de la única política realizable, que es procurar disminuir el mal y cicatrizar las heridas de la sociedad cristiana. La verdad ha comunicado al Pontificado decisiva experiencia, y con ella ha dejado muy atras á Hobbes, quien ha dicho «que los ambiciosos que con mayor furor declaman contra el poder absoluto se esfuerzan en abolirlo únicamente para trasferirlo á otro, ó beneficiarlo en provecho propio (2).»

Siempre que la Santa Sede acepta los hechos consumados y entra con ellos en tratos y relaciones no se crea que revista de consagracion ninguna á esos efímeros poderes, sino que, en cuanto le es posible, procura conciliar la obediencia y el imperio, el órden y la libertad, la razon y la fe, el mundo y la Iglesia. Apoyada en esta doctrina vela Roma por la buena administracion de las cosas santas, y con ella tambien hace el Pontífice supremo que sea su independencia sancionada en medio de las variaciones de la política humana. No toma él parte en las rivalidades de los partidos ni en la contiendas del poder; no juzga de los derechos ni de los actos de las personas; cuida únicamente de lo que es de Jesucristo, y gobierna y dispone dentro de los límites de su apostólico oficio sin querer violentar la verdad ni tampoco ir más allá del objeto que le está señalado. La falta de moderacion y mesura no podrá nunca serle echada en rostro.

Esta fue la regla invariable á que obedeció la Iglesia romana respecto de los vaivenes y trasformaciones sociales, sin que en tiempo alguno se desviara un punto de ella. En 1830 el poder nacido de las barricadas se declaraba en abierta hostilidad contra Roma, y á la vez que amenazaba á la Iglesia pedíale su sancion; caian derrumbados los tronos; desheredados los pueblos de fe y de creencias, bamboleaban en la embriaguez, y, como dijo expresivamente Tácito, « cuanto más corrompida era la república más se multiplicaban las leyes. «Corruptissima republica, plurimæ leges (3).» Pasado habian para la Iglesia los tiempos en que Julio II, de belicosa memoria,

(1) Una regla del *Index* condena especialmente los libros encaminados á favorecer la tiranía política y lo que se llama razon de estado. En las *Regulæ et observationes in Indicem librorum prohibitorum, De correctione*, § 11, se lee lo siguiente: «Item quæ ex gentilium placitis, moribus, exemplis, tyrannidem politicam favent, et quam falso vocant rationem status, ab evangelica et christiana lege abhorrentem inducant, deleantur.»

(2) Hobbes, *Del imperio*, c. VI, §. 13.

(3) Tácito, *Anales*, l. III, XXVII.



dejaba la estola sacerdotal por la cota de malla; de otro modo entendió su obligacion Gregorio XVI, y por medio de la bula «Sollicitudo ecclesiarum», de 5 de agosto de 1831, confirmó solemnemente la doctrina seguida por los Pontífices que le precedieran en la Cátedra de Pedro.

Clemente V, Juan XXII, Pio II, Sixto IV y Clemente XI habian experimentado el embate de las revoluciones y entrado en tratos con poderes nuevos, en cuanto no existe region que se sustraiga al pontifical ministerio. No pudieron aquellos Vicarios de Jesucristo condenar á la Iglesia al aislamiento, y asímismo Gregorio, rodeado de peligros aun mayores, observando la extremada veleidad de las inteligencias y de los sucesos, teniendo la insurreccion á pocos pasos de las fronteras, viéndola triunfar en Francia, Bélgica y Polonia, no pudo resignarse al espectáculo de tantos males, y aceptando el poder de hecho protestó en nombre del principio de autoridad. Abre el Papa juicio contra Luis Felipe de Orleans en el preciso momento en que el rey de la revolucion se declara sujeto á su tribunal al propio tiempo que ponia en litigio al Pontificado.

Amigos temerarios que no saben prescindir jamas de hacer gala de libertad invocando la muerte al propio tiempo que la fama, embriagábanse entónces con los ecos de su entusiasta decir y con los laureles de su frustrada gloria; y en nombre de la Iglesia, de la cual salió fiador el presbítero Lamennais, constituyéndose sus discípulos en consejeros natos de la misma, fue aclamada la revolucion en los cenáculos que se calificaban de religiosos. En Polonia alzaban por bandera la resurreccion de las nacionalidades oprimidas; en España é Italia el triunfo de la idea liberal; en Bélgica la union de los Eteócles y Polinices de cualquiera distrito municipal, quienes dábanse en una barricada el ósculo de paz y representaban la farsa de la fraternidad hasta la próxima asonada demagógica y parlamentaria.

Consistia el insensato deseo de semejantes extracatólicas temeridades en poner en combustion á Europa para alcanzar las naturales y legales consecuencias de la grande insurreccion de 1830; y entre tanto pedian con ruegos que tenian visos de amenazas la separacion absoluta de la Iglesia y el estado, y exigian la abolicion de concordatos aceptados ó propuestos por la Santa Sede, considerándolos como humillantes actos. En páginas que rebosaban de elocuencia y locura exponíanse mil teorías tan vanas como pomposas; pensábase en emancipar á la Iglesia de la potestad temporal, y queríase que ella sola atendiera á sus pastorales necesidades rechazando decidida toda clase de apoyo de la autoridad real ó civil: las buenas relaciones de Roma con príncipes y pueblos eran un oprobio á la vez que lazos opresores; los concordatos una perniciosa invencion ó una peligrosa flaqueza. Roma estaba en el deber de sacudir el yugo que le imponia la proteccion de emperadores y reyes, y en un tiempo en que la autoridad era arrastrada hácia el abismo entre los furiosos alaridos del motin, queríase nada ménos que obligar al Papa bajo pena de muerte legal á participar en la democrática conjuracion. A la absorbencia precedian los acatamientos y genuflexiones.

La Iglesia, que por la razon misma de su eternidad tiene algo de la pa-

ciencia divina, no vió con gusto tan soberbio lenguaje dirigido á las potencias católicas así como á los pueblos separados del centro comun. Consideró que los medios que se condenaban eran lazos más ó ménos estrechos con el catolicismo, y no tocaba á ella seguramente romper el que podia servir para congregar á los pueblos bajo la bandera de una sola fe y el cayado de un solo pastor.

Colocada por un lado entre el torbellino de las revoluciones que intentaban impedirle el paso y por otro empujada por ardientes batalladores, la Iglesia no consintió en ser derribada por aquel ni arrastrada por estos. Conservando bajo la apariencia de flaqueza inextinguible fuerza de vida, resistió, cedió ó contemporizó sin traspasar jamas la línea de sus deberes; enmudeció ó levantó la voz segun las inspiraciones de su conciencia, y, como dice Bossuet, fue «recopilacion de cuantos títulos podian aducirse para alcanzar el auxilio de la justicia (1).»

En su sociedad de inteligencias y corazones, en su reino de las almas regido por Dios, dejó que la Providencia fuese el solo intérprete de los acaecimientos. Sin mancilla ni señal de vejez, más fuerte en medio de las tempestades que entre la calma de los elementos, sólo se ocupó en regenerar al universo rindiendo de cansancio á sus enemigos de dentro y fuera uno despues de otro. Sus vaivenes de humillacion y ensalzamiento inspirábanle muy poco temor, y tranquila por la suerte de la misteriosa barquilla la Santa Sede, aunque rodeada de peligros siempre nuevos, continuaba su camino por entre los escollos. A los que se admiraban de su perseverancia parecia decirles lo que san Pablo escribe á los corintios: «Complázcome en mis enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las augustias por Cristo, porque cuando estoy enfermo, entónces soy fuerte (2).»

La teocracia pontificia, verdaderamente igualadora, crea progenitores para todos sus descendientes indirectos; la distincion del talento es la única que admite, y pasando á pié juntillas sobre la nobleza de cuna y los privilegios de estirpe no conoce otra superioridad incontestable que la de la virtud. Delante del ingenio y la ciencia tiene la Iglesia abiertas las puertas de par en par. Y ¿quién puede saber por cuál comarca de Italia está ahora divagando el niño ó el mozo que será el Pontífice futuro? ¿Vive como Gregorio VII en el modesto taller de su padre? ¿Sale de una universidad extranjera como Adriano VI, hijo de Florencio Boyers, pobre bracero de Utrecht, para reinar en el Vaticano? ¿Anda errante por los caminos como Pio V, ántes que le acoja la caridad de unos monjes? ¿Es pastor como Sixto V? ¿Está preparándose para la grandeza del solio en el seno de modestísima familia, como hiciera Paulo V? ¿Está sepultado como Clemente XIV ó Gregorio XVI en el silencio de un claustro? ¿Espera como Leon X entre el régio fausto de los Médicis que el Espíritu de Dios le designe á la eleccion de sus

(1) *Bossuet, oracion fúnebre del canciller Le Tellier.*
(2) *Epist.* II *ad Corinth.*, cap. XII, v. 10.

pares del Sacro colegio? Recórrase la extensa escala de las clases y condiciones humanas, y no habrá una que no pueda ofrecer un Pontífice.

En efecto, no se trata aquí de una familia que comienza por un varon eximio y acaba muchas veces en generaciones raquíticas por el alma y por el cuerpo: el trono, la púrpura, las elevadas dignidades, todo está sometido á concurso perpétuo, y entre los hombres oscuros ayer se encuentra de un modo inevitable el señor y príncipe del dia de mañana. La mocedad de la Iglesia se renueva como la del águila, y cuando al rededor del Vaticano todo cambia, y desaparecen pueblos, tronos é imperios, ella, siempre inmutable conserva incólumes sus tradiciones venerandas y su ceremonial antiguo. El hombre de la nada, el hombre nuevo es el esperado, y despues de atravesar con majestuoso paso siglos y revoluciones, la Iglesia llegará por necesidad á punto, pues, como dice Bossuet: «Los pueblos todos están sometidos á su dilatado y pacífico reino; la eternidad le ha sido prometida, y es el solo cuyo poderío no pasará á otro imperio (1).»

Esta progresiva lentitud que habia rendido el ímpetu de muchos adversarios fue inexplicable para las inteligencias superficiales, y presentáronse algunos para condenarla. Pero mucho ántes que Montesquieu en el «Espíritu de las leyes» los Papas habian dicho para sí: «Conviene que los asuntos adelanten y tengan cierto movimiento que no sea muy lento ni muy acelerado; pero sucede que el pueblo muestra siempre mucha actividad ó ninguna; unas veces con cien mil brazos lo derriba todo; otras con cien mil piés apénas anda lo que un insecto (2).»

Con esas contemporizaciones que tanto se compadecen con el carácter y los hábitos de los romanos, túvose por muy bien hallada la política pontificia; mas en esto la revolucion enseñó á sus raros neófitos á exigir cauciones contra el Papa y quiso probar al mundo todo que un gobierno de eclesiásticos es incompatible con el fin providencial del trabajo de los siglos. Trabajo famoso fue este que penetró en el patrimonio de San Pedro y arruinó á sus moradores al tiempo que los esclavizó en nombre de la libertad; y una vez hecho el experimento los romanos volvieron espontáneamente y por sí mismos al régimen pasado. De este régimen puede decirse que tiene algo sin duda de singular y excepcional. Pero ya que Roma goza de las glorias y los beneficios del Pontificado, ¿qué injusticia hay en que sobrelleve sus cargas, si en efecto cargas hay en el mismo que puedan llamarse tales?

El historiador inglés Gibbon, sañudo enemigo de la Iglesia, ha dicho: «El interes de Roma, hasta en lo temporal, consiste en defender á los Papas y en asegurarles en su recinto permanencia sosegada y honrosa, pues sólo de ellos saca un pueblo vano y perezoso la mayor parte de sus bienes y su subsistencia (3).»

Tan duro juicio es aceptado por completo en Roma, pues sábese allí como en parte alguna que si puede el Pontificado reinar en todos los pueblos

(1) *Discurso sobre la historia universal*, t. I, p. 214.
(2) *Espíritu de las leyes*, l. II, c. 2.
(3) *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. XIII, p. 148.

es imposible á Roma subsistir sin su presencia. Y una vez esclarecido este punto y puesto fuera de toda duda, ¿quién podrá impedir á la revolucion acusar al gobierno eclesiástico y proclamar la secularizacion administrativa y política como cebo ofrecido á las ambiciones liberales y como lazo armado á la Iglesia? ¿Quién la persuadirá de que esos presbíteros, monjes, prelados, cardenales y pontífices han nacido casi todos en el territorio de la Iglesia, y de que, naturales de aquella tierra, sirven á su patria con el mismo uniforme del país?

Tiene el Papa cardenales por ministros y consejeros, obispos por embajadores y prelados en las provincias como representantes de su autoridad. ¿Pretenderiase acaso que entendiera de los asuntos eclesiásticos un padre de familia que, á ejemplo de un ministro anglicano, resolviera sobre puntos de conciencia sin dejar de ocuparse en los domésticos cuidados? ¿Por ventura los cardenales y presbíteros no proceden de las entrañas mismas del pueblo italiano? ¿No tiene igual orígen el Pontífice supremo? Por intuicion, por deber, por patriotismo ¿no saben ellos el carácter, las necesidades y aspiraciones de aquel mismo pueblo? ¿Quién no ve que la tradicion á la vez que el afecto han de moverles á labrar la dicha de una tierra para ellos dos veces sagrada?

El gobierno pontificio, que es el más antiguo y legítimo de todos los poderes, posee muy escasas rentas al igual que reducido territorio: las guerras que él no movió lo empobrecieron; las revoluciones extranjeras y las herejías, cuyos golpes sintió de rechazo, le privaron de parte de sus recursos, y esto no obstante nunca hubo estado sometido á menores tributos, jamas hubo príncipes que prodigaran con mayor liberal munificencia premios á las artes, á las buenas letras, á las ciencias y á la agricultura; jamas en historia alguna podrá hallarse una série de esclarecidos varones á la de los Papas parecida, reinando por medio de la justicia y haciendo triunfar la paternidad de la tiara por la acrisolada pureza de su vida.

Espectáculo es este que no ha sido en tiempo alguno meditado y estudiado con sinceridad y que ha encontrado más de una vez á los mismos romanos indiferentes cuando no ingratos. Así se explica como el presidente Brosses, juez muy abonado en la materia, pudo decir con autoridad incontestable escribiendo á Voltaire las siguientes expresiones: «Mucho más que á los reyes quiero y amo á los Papas. Cerca de un año he vivido en Roma, y debo decir que en parte alguna he encontrado más agradable residencia, más libre y moderado gobierno. ¡Lástima grande que la gente sea allí ignorante y ruda cuando tantas razones militan para que fuese civil é instruida (1)!»

Ahora, porque haya dado la Providencia algunas espinas á esas rosas; porque semejante gobierno eclesiástico, en el cual el elemento seglar entra cuando ménos por las dos terceras partes, no convenga á ideólogos, utopistas ó abogados que no se paran en poner en tela de juicio el régimen

(1) *Voltaire y el presidente Brosses*, por M. Teodoro Foisset, p. 18. Carta del presidente á Voltaire, 1758.



del mismo Dios omnipotente; porque las sociedades secretas con fines muy poco italianos y aun ménos católicos procuren suscitar obstáculos á la administracion pontificia y hacerla responsable de abusos que son inherentes á la índole misma de los moradores, ¿habrá de decirse que los eclesiásticos no sirven para la administracion de los asuntos temporales? A ser así deberiamos confesar que la raza humana degenera, en cuanto el eclesiástico, hijo del pueblo, fue muchas veces en otro tiempo el orgullo, la honra y alegría de su embelesada familia.

Si la raza humana camina y avanza hácia el progreso es claro que no puede degenerar. Pero entónces ¿de dónde nace para los eclesiásticos en general y el clero romano en particular la incapacidad que la revolucion asesta contra la Iglesia como máquina de guerra? ¿Nacerá del estudio de las materias santas, ó quizas del más íntimo conocimiento de las humanas flaquezas que adquieren en el tribunal de la penitencia y en su trato de cada dia con los infortunios y las clases sociales?

Desde el año 1789 no hay pueblo en que no nazcan así en lo más alto como en lo más bajo de la escala social generaciones enteras que, cansadas de obedecer, aspiran á gobernar, ó por lo ménos á discretear sobre el arte de regir á los hombres. No hay aldea que no sea cuna de una docena de ministros; en cada esquina encuéntrase un legislador, y el primer cualquiera que se nos presenta á la vista es seguro que lleva en la mente mil proyectos de reforma que conducirian indefectiblemente á la sociedad á una era de portentosas felicidades.

¿Por qué, pues, el sacerdote, hijo como nosotros del siglo, ha de ser el único que esté privado de este vulgar privilegio? Dícese que su educacion, sus preocupaciones, su hábito mismo se oponen á que goce por completo de las facultades administrativas de que tan pródiga se muestra naturaleza para la generalidad de los mortales; pero á los que tal cosa aseguran preguntarémos si esa educacion tan reprobada hoy hubo en las épocas pasadas de producir iguales resultados. Y una vez contestada la pregunta de un modo afirmativo, pues difícil es no contestarla así, ¿cómo podrá explicarse que Europa toda deba su organizacion, sus leyes más acertadas, sus embajadas más gloriosas y sus monumentos más duraderos á la administracion sacerdotal? El cardenal Albornoz, en Italia; Mateo Schinner, cardenal de Sion, en Suiza; en Francia Hindemaro de Reims, el presbítero Suger, los cardenales de Amboise, de Lorena, de Perron, de Ossat, Richelieu, Mazarino y Janson; en España el cardenal Jimenez y Alberoni; el cardenal de Granvelle, en los Países Bajos; Wolsey, en Inglaterra; Commendon y Possevin en Alemania, y Consalvi en Roma gobernaron ó representaron en naciones extranjeras á sus respectivos soberanos, y sin duda que la historia no será para con ellos tan ingrata como las cuentas del impío. La necedad encostrada de un escritor mercenario no ha de ser causa para que tan preclaros varones queden convictos de profesar al humano linaje la misma inícua saña que, segun Tácito, caracterizó á los primeros cristianos (1).

(1) Tácito, *Annal.*, c. XLIV, XV.

Y á falta de esos ilustres varones, quizas más abundantes en la Iglesia romana que en el mundo, exige la justicia que se adopte un término medio. La Iglesia no da ya en verdad hombres como Jimenez y Suger; mas tampoco vemos que los Sully, los Oxenstiern, los Colbert y los Pitt llenen ni con mucho el consejo de los reyes. Si el nivel comun baja á consecuencia de la prodigalidad de cierta instruccion puesta al alcance de todos ¿será esto motivo para acusar al Sacerdocio de no entender lo más mínimo en los hábitos y necesidades de los tiempos actuales? ¿Gobierna peor ó mejor por el solo hecho de no darse á estrepitosas alharacas?

En esto estriba la dificultad, dificultad suscitada por el memorandum y beneficiada por la revolucion, la cual, más diestra y sagaz que los diplomáticos, hace recaer sobre la Iglesia toda la responsabilidad de la misma. Gregorio XVI habia hecho frente á los motines organizados por las sociedades secretas y á las potencias ciegas ó culpables que tomaban la Cátedra de Pedro como blanco ofrecido á los tiradores de progreso y reforma. Obstáculos fueron estos que habia arrollado por completo la Sede apostólica cuando otros nuevos se presentaron.

Por la misma esencia de su principio complacíase la insurreccion de julio en mostrarse benévola con las malas pasiones y colocarse bajo la egida de cuantos conspiraban contra el órden social, conspiradores eternos contra la Iglesia romana. Desde 1815 hasta 1830, en el trascurso de aquellos quince años de gloriosa paz con los extranjeros y de miserables luchas nacionales, habíanse formado con algunos resíduos de las sociedades secretas unos oscuros cenáculos en los cuales llamábase cada dia á la religion al banquillo de los acusados y eran condenadas las obras de la creacion. Y ¡feliz podia llamarse el Criador cuando la sentencia no llegaba hasta él!

Aquellos innovadores que, buscando lo flamante, sólo daban con lo viejo y carcomido, salieron de las barricadas de julio con una esperanza de la cual se formaron un símbolo; sobre las ruinas del catolicismo levantaron mentalmente un templo á los dioses de carton y paja que habian fabricado en sus tabucos, y vióse que, al querer libertar al pueblo de los tormentos de creer y obedecer, los proletarios de la ciencia, proclamándose sus señores, no sabian ni acertaban sino á negar. Parecíanse á una casa desocupada en la que por entre las rotas ventanas hace penetrar el espíritu de negacion sus asquerosas doctrinas.

Hablábase de progreso social, de civilizacion industrial y de independencia religiosa, y con los resíduos de cincuenta revoluciones aspirábase á constituir un pueblo remozado y nuevo. Los emancipadores acudian en tropel, y la única dificultad consistia en averiguar, como dice muy bien Bossuet, «si aquellos que se nos presentan como regeneradores del género humano han disminuido en efecto ó aumentado los males que al mismo afligen, y si hemos de considerarlos como reformadores que lo corrigen ó más bien como un azote enviado por Dios para su castigo.»

Luego que hayamos explicado brevemente las teorías é insensatas quimeras del sansimonismo, del fourierismo y del comunismo, podrán juzgar

nuestros lectores de si anduvo acertado Bossuet al decidir de antemano el punto, y verán que pensar en la universal ventura fuera de la fe equivale á escribir en la arena á orillas de la mar: lo que los vientos no borran, se lo llevan las olas. Los sansimonianos fueron los primeros en experimentarlo así.

Divagaba entónces por las calles de Paris una especie de aventurero que despues de pasar por todos los grados de la crápula, de la revolucion, del industrialismo y la miseria estaba acabando su vida entre tentativas de suicidio y depravados ensayos de regeneracion absoluta. Llamábase aquel aventurero el conde Claudio Enrique de Saint-Simon.

Nacido en la mitad del siglo XVIII, en 17 de octubre de 1760, y haciendo como todos los Saint-Simon arrancar su orígen del tronco imperial de Carlo Magno, Claudio vició su inteligencia y su corazon en la escuela del filosofismo, siendo discípulo predilecto de Alembert. Extravagante en sus aficiones lo mismo que en sus ideas, «mariposeó» en todo sin ahondar en cosa alguna: voluntario en América con la Fayette, á los diez y siete años peleó por la independencia de los Estados Unidos, y recorrió las comarcas meridionales del nuevo mundo, llevando á cuestas proyectos que no eran suyos; mil azarosas empresas precipitáronle á poco en la ruina, y ofreciéndole la revolucion recursos para recobrar las mermas experimentadas por su caudal abrazó los principios revolucionarios.

En el universal trastorno no vió Saint-Simon sino un camino para hacerse rico, y asocióse al conde de Redern, protestante prusiano, para comprar los despojos del clero y de la nobleza de Francia; pero aquel tráfico, muy lucrativo para muchos plebeyos, no dió ganancias á los dos caballeros. Uno y otro acusáronse mútuamente de actos poco dignos, y por fin entre los altibajos de una existencia tormentosa é interminables viajes en busca de lo desconocido llegó Saint-Simon á la indigencia y á no ver claro en su propio pensamiento. Juguete de los extravíos de una imaginacion, siempre laboriosa, pero siempre improductiva, vivió hasta 1825 escribiendo aquí, enseñando allí, y mendigando en todas las puertas.

Mil dones naturales habíale otorgado la Providencia; pero una educacion descarriada y el incurable orgullo que comunica el filosofismo habíanle arrancado pedazo por pedazo su fe, su razon y su patrimonio. Perdido que lo hubo todo constituyóse en preceptor del género humano y en Platon religioso de la sociedad: proclamó que el cristianismo era ya caduco y que su época habia pasado, y para reemplazarlo con algo dióse á meditar el ideólogo un culto sensual. Entre los jóvenes de la restauracion, de alma ménos ardorosa que su fantasía, halló discípulos, fundó una secta y multiplicó sus apóstoles, y estos, segun ha dicho el Señor por boca de Jeremías, «edificaron las alturas de Baal que están en el valle del hijo de Ennon, para consagrar sus hijos é hijas á Moloch: lo que no les mandé, ni subió á mi corazon que hiciesen semejante abominacion é indujeren á pecado á Judá (1).»

Saint-Simon no habia sabido jamas gobernarse á sí mismo, y sin duda por

(1) *Profecía de Jeremías*, c. XXXII, v. 35.

esto, despues de haber aplaudido cuantas catástrofes viera, tomó sobre sí el encargo de gobernar á los demas, lisonjeando los vicios del alma que son deshonra de la humanidad. El sistema peculiar suyo y el evangelio especial que profesaba pueden calificarse de mosáico de errores tomados de cuantas sectas engendró la antigüedad y de cuantos locos de atar produjo la edad media.

Un hereje italiano del siglo XIII, por nombre Dulcino, quien á su vez habia tomado sus principales innovaciones del «apostólico» Gerardo Segarella, proporcionó á Saint-Simon sus doctrinas y su tema. Las libidinosas lucubraciones de Margarita de Trento y de Cataneo de Bérgamo, fundadores de la secta de los «gazzari», en la que fueron establecidas la comunion de bienes y de mujeres (1), proporcionáronle lo demas, y así fue como constituyéndose en centinela de inmoralidad en la puerta de todas las dudas y elevando la prostitucion á virtud y el robo en teoría de fraternidad, creó Saint-Simon un neo-cristianismo, material todo él y sin nada que tocara al alma.

Pródiga siempre la Iglesia para con los pobres de los tesoros de su inagotable caridad fue pan para los hambrientos, agua para los sedientos, ojos para los ciegos y ágiles miembros para los paralíticos. Saint-Simon, empero, no entendió tan elevados designios, ó á entenderlos, quiso modificarlos, y sin tregua ni descanso consagróse á combatir una religion divina y revelada para reemplazarla con otra de su invencion, enteramente carnal y humana, que acomodó, ora á los caprichos de su extravagancia, ora á los apuros de su bolsillo.

La idea matriz ó primordial del fundador era escarnecer la vida pasada de las naciones, su lengua y su historia para crearse un pueblo nuevo nacido ayer, como máquina destinada á ensayar las abstracciones de que se habian prendado embelesados algunos de sus artífices. Imprudentes labradores dispuestos siempre á engavillar las mieses ántes de madurar el sol las espigas, levantaban por encargo sociedades sobre paradojas, del mismo modo que el canciller de Inglaterra Tomas Morus edificó la suya en la ínsula de Utopia, y en lontananza veian asomar ya las razas sin principios, escrúpulos ni rubor, ni aun en la mocedad, raza de bronce que debia buscar el oro á costa de su honra y de su alma. Al abrir á todos las puertas de todo despertaban ambiciones que jamas podrian ser satisfechas; ungian y consagraban la envidia y necedad envidiosa, encendian é irritaban los codiciosos apetitos, y daban muerte al sentimiento, que es la mejor salvaguardia de la sociedad, á la ventura que nace de ocupar el puesto por Dios destinado á cada hombre acá en la tierra.

El nuevo sistema, engendro de una imaginacion delirante, proponíase por fin y objeto aniquilar lo pasado y mejorar la suerte de la humanidad. Por medio de la ciencia y la industria Saint-Simon aspiraba á enriquecer á las clases indigentes, y sabedor por experiencia propia de que el egoismo

(1) Muratori, *Rerum ital. script*, t. XI. – La *Storia Vercellese*, de Gregory, t. I.

lleva al desprecio de Dios, fue su constante pensamiento desenvolver en las almas aquella dolencia. Persuadido de que logrando que se olvidaran las bendiciones á la feliz y santa pobreza de la mocedad, que es maestra de la ley del trabajo y nos explica el esfuerzo de la madre y las bondades del padre de familia, llegaria más pronto al triunfo de sus ideas, el inagotable escritorzuelo comienza por destruir, y con un estilo que es como arena sin cimento mina las antiguas y divinas bases de la propiedad, de la familia y de la religion, trastornando por completo la jerarquía social y proscribiendo á cuantos, segun él, son holgazanes. Y no hay que decir que por holgazanes entiende cuantos poseen bienes fruto del trabajo ó del derecho de sucesion.

En un siglo como el nuestro en que la sociedad, saturada de revoluciones, se encenaga en el materialismo y se prosterna en un momento dado á los piés de las artificiales creaciones de la escolástica de los partidos, creaciones sin raíces y sin majestad, estériles como el orgullo y efímeras como las pasiones, los sistemas de Saint-Simon no habian de caer en tierra improductiva. Levantaba el innovador su edificio con escombros, creaba una flamante aristocracia compuesta de sabios ideólogos, industriales, artistas y renovadores de su especie; predicaba la asociacion y organizacion del trabajo, y en virtud de una teoría general queria que fuesen dirigidos los esfuerzos todos hácia un objeto comun, sólo que al traducir en idioma vulgar su enigmático lenguaje veíase que iba á apoderarse de Francia, para renovar más tarde la faz del mundo, una vasta sociedad en comandita, sociedad de que el estado debia ser el consejo de vigilancia y Saint-Simon el gerente. Sus discípulos formaban el estado.

Era aquello el socialismo en su más expansiva desnudez, el socialismo hácia el cual, sin que al parecer lo sospechen ó se atrevan á confesarlo, tienden por sus actos todos los gobiernos constitucionales, gobiernos débiles, indecisos de suyo que, moviéndose á cualquiera viento de doctrina ó á cualquier impulso progresivo exterior, temen más lo que embaraza su poder que aquello que lo mata. Para ellos lo por venir es la hora presente, y parece que con el profeta repiten: «Vayan á la muerte los que á ella están destinados! ¡Caigan á filo de espada aquellos que así les toque perecer!»

Esta era la idea constante del aventurero. ¡Él, que no supo guardar el patrimonio de sus mayores, ofrecíase para regir y gobernar la hacienda pública; él, que se habia arruinado en negocios poco honrosos ó en lujo de mala ley, proponíase enriquecer la tierra entera; él, que invocara la ley del divorcio contra su esposa legítima, aspiraba á moralizar la familia!

Millones de hombres gozan de derechos naturales é imprescriptibles, sancionados por el mismo Dios, y Saint-Simon con una sola plumada los destruye. Existen en los pueblos costumbres tan antiguas como el mundo, instituciones que se pierden en el orígen de las monarquías ó repúblicas, y que, consagradas por el tiempo y confundidas con los hábitos en estrecho hermanamiento, rigen al hombre, al ciudadano, al cristiano y á la familia toda; son como la piedra angular de la ciudad, de la provincia, del reino y

del imperio, y Saint-Simon las revoca y derriba sin más autoridad que la privada suya.

A conformarse con el precepto de la antigüedad, que en materias de gobierno es el único verdadero y posible, habria debido buscar, no lo mejor en teoría, sino aquello que entre lo bueno es puesto en práctica con facilidad mayor «Non quod optimum, sed e bonis quid proximum». Léjos de esto procura hacer todo lo contrario; no sabe de dónde viene ni á dónde va, y aunque sus discípulos lo ignoran lo mismo que él, tampoco tratan de averiguarlo. Jóvenes fogosos y supersticiosos cuanto amigos de veleidades, decláranse en rebelion abierta contra Dios y su Iglesia al propio tiempo que humillan el orgullo de su obediencia ante el sofista iniciador que se habia arruinado como comerciante, consumido como pensador sin producir cosa alguna, y suicidado como moralista.

Siempre al acecho del reguero de pólvora que debe incendiar el mundo, Saint-Simon colocó la abominacion en lo ridículo, lo cual, al decir del cardenal de Retz, forma muy peligrosa é irremediable composicion. Y sus discípulos aceptan la responsabilidad de su obra y se aplican á desenvolverla segun su imaginacion y á trasformarla segun sus caprichos.

Los primeros discípulos de Saint-Simon, continuadores, ó por mejor decir organizadores de su sistema, hombres de la nada, aunque ambiciosos de todo, fueron: Augusto Comte, Enfantin Bazard, Miguel Chevalier, Olindo Rodriguez, Agustin Thierry, Eichthal, Fortoul, Estéfano Flachat, Rigault, Feliciano David, Fournel, Carnot, Luquet, Pedro Leroux, Laurent (de la Ardèche), Juan Reynaud, Emilio é Isaac Pereire, Marceau, Cárlos Duveyrier, Barrault, Margerin, Dugied, Cazeaux, Broet, Luis Jourdan, Guéroult, Saint-Chéron y otros muchos de nombres ménos conocidos.

El innovador, el publicista y el reformador religioso murió sin haber sido entendido ni aun de los suyos mismos, los cuales tenian bastante talento para prescindir de tal maestro. A contar desde aquel dia el sansimonismo se ordena y coordina; agrúpase en familia entre la aureóla de un nuevo Mesías, y Enfantin es aclamado PADRE SUPREMO.

Era lo primero despejar las incógnitas del sistema sansimoniano para luego formular con claridad y beneficiar sus ideas positivas; con este objeto creóse un periódico con el título de el «Productor», cuyo principio y programa se apoyaba en la perfectibilidad humana, ó sea el progreso indefinido y constante.

De este progreso puede decirse ser la absorcion de Dios criador y revelador; con él niégase su Providencia al igual que sus leyes, y en su lugar queda entronizada la fatalidad. Venian luego los principios secundarios, y en ellos se establecia que el humano linaje habia comenzado por una era de teología y poesía, que podia ser llamada reinado de la imaginacion; que poco á poco fué entrando en otra era de filosofía ó abstraccion pura, esto es, reinado del pensamiento, más perfecto que el de la fantasía, y que por fin el sansimonismo inauguraba la era contemporánea de la ciencia de las cosas positivas y abria el reinado de la realidad.

Sólo tres jornadas ó grandes eras habia necesitado el mundo para caer de las cosas celestes al sansimonismo sin tocar siquiera en la tierra prometida; de la categoría angélica pasaba á la de los brutos reducida á la sola vida sensual, con lo que borrábanse de un golpe todas las tradiciones. Todas, en efecto, así las más venerables como las ménos auténticas, están conformes en hacer comenzar la existencia de los pueblos en la edad de oro para verla concluir en la de hierro, despues de atravesar el siglo de plata y el de bronce.

Esa supuesta elevacion de las ciencias morales y políticas á la dignidad de ciencias físicas no era más nueva que lo restante de la doctrina: Bacon habia aplicado á todo semejante método de empirismo, y él á su vez lo habia tomado de los antiguos. Sin embargo, como las consecuencias que el mismo autoriza no podian ser del agrado de todos los grupos que formaban los discípulos de la fraternidad, empezaron estos por dividirse: unos quisieron aplicar á sistemas de largo tiempo caducos precarios remiendos, al paso que otros, sabiendo que no vive el mundo de negaciones, sino que ha menester fe como los pulmones aire, no se atrevian á encerrarse exclusivamente en el círculo de los intereses positivos y materiales.

Pensaron y dijeron que las generaciones cristianas no habian considerado la naturaleza en uno de sus aspectos más bellos y atractivos, esto es, el del amor ó de la mujer, é ignorando sin duda que esta debia al cristianismo su pureza, esplendor y emancipacion, quisieron, al propio tiempo que variaron el título del periódico «Productor» en el de «Organizador», introducir una especie de elemento religioso en la ciencia positiva.

Tocados como nadie de la fiebre del industrialismo y destinados á propagar por el universo la peste del progreso industrial, esos sansimonianos no habian de imitar, muy léjos de ello, al asno de la fábula que lleva frutos al mercado y no los come: si ellos por el contrario nada traen, quieren y logran en cambio comer mucho. Háseles visto deificar el oro en la época en que sólo de nombre lo conocian y ensalzar la prima y el descuento que tantos beneficios debian producirles. Hecho esto danse á hacer sagrada á la mujer y á elevarla en sus ideas carnales, más bien que en respetuosos pensamientos, á la misma jerarquía que el padre supremo.

A su ver la mujer habia sido degradada por el cristianismo y tratan de rehabilitarla á su manera. La Iglesia católica tiene vírgenes, mártires y santas mujeres á quienes levanta altares en la tierra y tronos en el cielo. Pero vírgenes y mártires, nobles viudas y madres sublimes por la abnegacion ¿qué son si se comparan con la mujer libre?

Al tomar el sansimonismo este nuevo aspecto cambian de lenguaje sus adeptos: dígnanse hablar de Dios y de conciencia; de sus labios salen sin esfuerzo, y hasta las escriben sus plumas, las sonoras palabras de sentimiento religioso y revelacion personal; pero más que un culto es una jerga, más que una creencia un pasaporte. Pues si culto hay, ¿dónde está el sacerdocio? Sin jerarquía sacerdotal hácese muy pronto el vacío al rededor del templo futuro, y créanse apóstoles y discípulos, padres é hijos. Llámase la

reunion familia, la religion iglesia sansimoniana, y la autoridad absoluta queda concentrada en manos de Bazard y Enfantin, que llegan á ser padres supremos.

En estos trabajos interiores de edificacion encontraron al sansimonismo los sucesos de 1830: entónces la desenfrenada libertad que en las barricadas se proclamaba abrió á sus doctrinas vastísimo mercado y llevóle infinitos adeptos, seducidos en sus pocos años por el atractivo de la novedad y la elocuencia de los sofistas, no tardando su candor pueril en aquellos momentos en impregnarse de corrupcion y orgullo y en recibir en su frente indeleble mancha. Entónces el «Organizador» se refundió en el «Globo».

Cuenta el «Globo» en su redaccion escritores temerarios y algunos hombres de talento, y estos, sin curarse de las teorías materialistas de su padre industrial, danse á la metafísica y á la teología con el propósito de humanizar una ciencia cuyo revelador y fin son esencialmente divinos. La insurreccion de 1830 va dirigida contra el partido clerical, esto es, contra la Iglesia; la revolucion triunfa aclamando la libertad y estableciendo lo arbitrario en todo, y aunque no dice aun que el cristianismo haya muerto, insinua por medio de sus universidades que el mundo va á asistir á los funerales de un gran culto. Sin detenerse aquí el sansimonismo y pasando más allá prepara y dispone la fúnebre pompa, y declarado el cristianismo cosa pasajera y mortal, considera que nada se pierde en anticiparse en sepultarlo.

La Iglesia católica desaparecia sin haber purificado las costumbres; nunca el Evangelio habia acertado á domar las pasiones, á sofocar los apetitos y á erradicar los vicios; pero el sansimonismo va á lograrlo, y para ello toma al hombre tal cual es en sí: para regenerarle por completo entra y participa en abundancia de sus corrupciones nativas. Por él queda trastornada la regla de las acciones y creencias, alterado el valor del bien y del mal y convertido lo feo en lo bello; la torpeza es lo único que deshonra, y sólo son delitos las faltas que perjudican; en virtud de sus doctrinas queda establecida aquella confusion que no conoce distancia entre lo sagrado y lo profano, entre lo justo y lo injusto, entre lo lícito y lo prohibido, entre el culto legítimo y otro extraño, entre una religion revelada y una de fábrica moderna. Proclamada esa confusion como ley del progreso redúcese todo á una mera opinion, y desde aquel instante el ateismo y la santidad del juramento, el perjurio y la traicion, el derecho de propiedad y la existencia del estado no habian de pasar de opiniones.

No es nueva semejante doctrina; pero el sansimonismo la acomoda á sus caprichosos deseos, y extrae de ella el panteismo universal, la rehabilitacion de la carne, la negacion del pecado original, la abolicion de las sucesiones, la radical supresion de todo lazo expiatorio despues de la muerte, y por complemento de todo la apoteósis de Saint-Simon y Enfantin.

Acaecida la catástrofe de 1830, en una época que se envanecia de no tener piedad, lágrimas ni memoria, tambaleaban ebrias las instituciones y los malvados ascendian naturalmente á la dignidad de adversarios de la Iglesia.

Cansado el siglo de revoluciones sólo pedia como Dante entre los decaimientos del destierro y de vejez prematura aquella «pace» por tanto tiempo suspirada; léjos estaba aun de conseguirla, pero esto no obstante entre aquellos demagogos, nacidos el dia ántes y poseidos del furor de dar leyes, honrados por dos ó tres Fígaros constitucionales, ensalzados por algunos Basilios y servidos por los perdidos de la literatura, hubo quien no consintió en llevar en triunfo lo malo.

Pero ya el mal se desbordaba en la calle y en el teatro, y señoreaba lo mismo en las asambleas que en cuadras y talleres; y como es natural que todo gran centro de placeres ó industrialismo se convierta por necesidad en almáciga de insurreccion, vióse á Paris amenazado á cada momento de un cataclismo social. Las aspiraciones no definidas aun de los sansimonianos germinaban entre la generalidad del pueblo, y entónces se preguntó á aquellos apóstoles directores de la refundicion de las naciones y atormentados de comezon por hacer algo de dónde procedian y sobretodo á dónde iban.

El cenáculo por medio de su padre supremo contestó que se le atribuian doctrinas que no eran suyas.

Contestacion era esta que empleada por los heresiarcas de todas las épocas y los innovadores de toda laya satisfacia poco y no aclaraba nada. Así lo comprendió el padre supremo é hilvanó un símbolo que puede resumirse en algunos aforismos, y es abolicion pura y simple de todos los privilegios de orígen y por consiguiente la negacion del derecho de herencia, el mayor y más antiguo entre los privilegios, base de la familia y honroso timbre del trabajo. Quiere el sansimonismo que las tierras y capitales que componen la hacienda pública y los bienes particulares sean reunidos en un fondo social, beneficiado por asociacion y jerárquicamente, de modo que la tarea de cada uno sea expresion de su capacidad y su riqueza la medida de sus obras. Equivalia esto á ir de un salto más léjos que la ley agraria y á constituir con la soñada igualdad la desigualdad y la aristocracia en medio de la universal miseria.

La mujer hubo de ser igual al hombre y fuele asociada en el triple ministerio del templo, el estado y la familia.

Los sansimonianos no estaban en comunion con las sociedades democráticas difundidas por toda la superficie de Francia; considerábanlas sí como sostenes de lo que llamaban la destruccion de julio y propagadoras del movimiento que debia hacerlo extensiva á toda Europa. El encargo del cenáculo es la creacion de un mundo nuevo, é importa que ese mundo esté pronto para recibir en su seno á la humanidad entera cuando las naciones, cansadas de anarquía, imploren de Dios una nueva ley de amor.

A este símbolo, destinado á la publicidad que, inútil es decirlo, procuraba con ambajes y rodeos presentar atenuados sus conceptos, iba unido á otro confidencial que sólo á los elegidos habia de comunicarse. En este el padre supremo puede ser más audaz y mostrarse más claro; las fórmulas que contiene dicen así:

Los atributos del ente divino no han sido jamas otra cosa que los atribu-

tos del ente finito divinizados. Cuando san Agustin, movido por su grande ingenio sacerdotal, discurre acerca del saber, el poder y el querer, al propio tiempo que dogmatiza sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, compréndese la importancia del órden que determina la diferencia de las tres formas de la vida humana, que son saber, querer, poder.

En el actual estado de la sociedad existe dualismo político-religioso, esto es, saber y poder, formas ambas que luchan y combaten entre sí. Conviene, pues, aliarlas y unirlas por medio del querer, y ya que tenemos al hombre del espíritu y de la carne armados uno contra otro, reconciliémoslos á ejemplo de los milenarios (1), únicos que conocieron la existencia del problema.

El gobierno es el aprovechamiento de los gobernados en beneficio de los gobernantes; importa pues convertirlo en asociacion: asociacion en la famimilia, en el taller y en el estado.

(1) En los siglos II y III de la Iglesia llamáronse así los que creian que al fin del mundo Jesucristo volveria á la tierra para establecer un reino temporal de mil años, en el cual habian de gozar los fieles de una felicidad relativa esperando el postrer juicio y una ventura perfecta en el cielo. Los griegos llamaron á tales hombres *chiliartes*, palabra sinónima de *milenarios*.

Semejante creencia tuvo orígen entre los judíos y fue adoptada por varios padres de la Iglesia como san Justino, san Ireneo, Nepos, Victorino, Lactancio, Tertuliano, Sulpicio Severo, Q. Julio Hilarion, Commodiano y otros ménos conocidos.

Conviene saber que hubo milenarios de dos especies: unos, como Cerintho y sus discípulos, enseñaban que durante el reinado de Jesucristo en la tierra gozarian los justos de una felicidad corporal que consistiria principalmente en los placeres sensuales, grosero sentimiento que nunca los santos padres abrazaron, sino que por el contrario consideráronlo como muy erróneo; por esto muchos de ellos vacilaron en colocar el Apocalipsis entre los libros canónicos, temerosos de que fuese Cerintho su verdadero autor y tratase atribuyéndolo á san Juan de acreditar sus errores.

Creian los otros que en aquel reinado de mil años gozarian los justos de una felicidad más espiritual que corporal, excluyendo de ella la voluptuosidad de los sentidos; pero aun así importa observar: 1.° que la mayor parte no tenian por dogma de fe semejante opinion. San Justino, que la profesaba, dice expresamente existir muchos cristianos piadosos y de *fe pura* que abrigaban opinion contraria (*Dial. cum Tryp.*, *n.°* 80.); y aunque añade luego en el mismo diálogo que cuantos cristianos piensan acertadamente son de su parecer, esto lo dice refiriéndose á la resurreccion futura y no al reinado de mil años, como han observado muy bien los editores de san Justino. Tenemos, pues, que Barbeyrach y los autores que él mismo cita se equivocan al decir que los santos padres consideraban el reinado de mil años como verdad apostólica (*Tratado de la moral de los santos padres*, c. I, p. 4. n.° 2.).

2.° La principal razon que inducia á los santos padres á creer en dicho reinado era considerarlo ligado con el dogma de la resurreccion general, de modo que los herejes que negaban el uno negaban igualmente el otro, segun así con claridad se desprende del pasaje citado de san Justino y de lo que dice san Ireneo. Por esto cuando aquel califica de herejes á los que no opinan como él, aunque tienen fama, á lo que él dice, de tener fe pura y ortodoxa, recae esta censura, más que sobre aquellos que negaban el reinado de mil años, sobre los que no admiten la resurreccion futura, como eran los Valentinianos, los Marcionistas y los demas gnósticos.

3.° La opinion de que tratamos distó mucho de ser profesada unánimemente por todos los santos padres. Orígenes, su discípulo Dionisio de Alejandría, el presbítero romano Cayo, san Jerónimo y otros escribieron contra la idea del reinado de mil años y la rechazaron como una fábula, de lo cual resulta no ser cierto que descanse dicha idea en respetabilísima tradicion, en cuanto los santos padres no llegan á formarla en los puntos en que no están conformes. Los protestantes han manifestado escaso tino al elegir este ejemplo para combatir la autoridad de los santos padres y de la tradicion, é igual falta de discernimiento puede achacarse á los incrédulos que han seguido sus huellas. Mosheim ha demostrado que entre los santos padres habian existido por lo ménos cuatro opiniones distintas acerca del reinado de mil años, evocado sin razon plausible por los sansimonianos.

Algunos autores han hablado de otra especie de milenarios, los cuales sostenian que de mil en mil años cesaban los tormentos para los condenados al infierno, utopia fundada como la otra en el Apocalipsis.



Dios es la unidad absoluta del sér; la humanidad un sér colectivo, y el humano linaje un gran individuo á quien se trata de organizar en asociacion universal.

El Padre supremo es el mesías de Dios y el rey de las naciones; en él le exaltan hoy sus hijos y la tierra le exaltará un dia; el mundo ve en él á su Cristo.

Este Cristo tiene apóstoles. Emilio Barrault es uno de ellos, y en estos términos define él mismo sus propiedades: «Pero ántes sabed qué cosa sea un apóstol. El apóstol, constante en la órbita soberana del mesías, refleja á lo léjos la luz del astro inmenso aumentada por sus propios destellos, pues tambien él es centro.... y al igual del revelador de que es satélite, es él un mundo. Con una mano toca á los más grandes de la tierra y con la otra á la agitada turba; es príncipe y es pueblo.... Oid: sus labios profetizan y ya su poesía con rayos de miel asoma en su ardoroso semblante. Aplaudid ahora. Orador, conmueve á una asamblea; si va al desierto es monje; si vive en palacios es conde ó marques; si la ciudad es su morada veréisle hombre de fiestas, de placeres y elegancia. En viaje es peregrino; entre los peligros, soldado; en el trabajo, proletario. El apóstol ama al mesías como «padre», venérale como «rey», y sírvele como «señor», pues lleva en sí el mesías de Dios y el rey de las naciones. Esta es la verdad.»

Miéntras ese Homero de Charenton extraviaba á su mesías en el limbo de tenebrosa retórica, mesías que hombre ya otra vez goza ahora de magnífica prebenda en la administracion del camino de hierro de Paris al Mediterráneo, otros ingenios más friamente calculistas convertian en bomba aspirante el altar de su Dios siempre buscado y nunca hallado. Braceros de la idea sansimoniana descendian á las sentinas de la miseria y el vicio para halagar y envenenar los reprobados instintos de la plebe, y para ser populares, ya que todavía no les era permitido ser ricos, fulminaban rayos contra la opulencia y la propiedad desde lo alto de su tintero trasformado en tribunal supremo. Para manifestar con un solo ejemplo lo vano de sus descabelladas declamaciones, oigamos á M. Emilio Pereire que no era todavía el millonario banquero fundador del Crédito mobiliario.

«Si salimos de las generalidades, decia, y fijamos los ojos en el tiempo presente, ¿qué verémos? Luchas, antagonismos, aprovechamiento del débil por el fuerte.

«En verdad que al ver en nuestras populosas ciudades á la mayoría de los hombres en constante pugna con los padecimientos y la muerte, hacinados en infectas guardillas donde no pueden librarse de los rigores del frio, y donde devoran un alimento nocivo é insuficiente con la amenaza perpétua de ver aumentarse su miseria á impulso de alteracion momentánea en el equilibrio industrial, puesto hoy al parecer á merced del caprichoso acaso; en verdad, decimos, que al considerar tanto infortunio será lícito á quien carece de fuerzas para remediarlo echar de ménos la existencia selvática, en la que si el hombre ha de disputar su vida á los elementos y á las fieras, es cada uno árbitro de su propio destino y pertenecen al primer ocu-

pante los frutos espontáneos de la tierra y los productos de la caza y pesca.

«Recorra el proletario con sus ávidas miradas las calles de una capital: todo en ellas es riqueza, es opulencia, todo lujo, todo parece criado para embellecer la vida...; pero luego que quiere vivir como tantos otros hallará que no hay fruto de la tierra sin propietario, vestido que no tenga dueño, abrigo protector que no pertenezca á álguien. El proletario tiene hambre, siente frio, está desnudo...; pero no importa; existen leyes, y si muy desiguales los platillos de su balanza justiciera el acero de que van armadas es afilado y corta sin compasion.

«¡Ah! á ser posible que fuese eterna situacion semejante no habria faltado Rousseau á la ley del progreso al considerar al hombre civilizado como un animal degenerado, y tampoco seria blasfemia delante de Dios el creer en el dogma de las dos naturalezas en lo antiguo profesado por los sabios de Grecia y Roma, esto es, en la existencia de una raza libre y de una raza esclava. Esta creencia de la antigüedad, lo mismo que los desvaríos misantrópicos de un varon esclarecido quedarian justificados por completo por la presente organizacion social, en virtud de la que son patrimonio la tierra y sus frutos de algunos mortales privilegiados, al paso que para el mayor número sólo existen trabajos, penas y privaciones (1).»

Aunque no nuevas eran semejantes hipérboles tan peligrosas para la sociedad como punzantes para el pueblo; lo único que en cierta manera puede excusarlas es la parodia de aquellos versos tan sabidos de Regnard que dicen:

«Al escribir Pereire el elocuente capítulo no habia rellenado aun el bolsillo (2).»

Envanecíase el sansimonismo de sus expansiones como de otras tantas ideas humanitarias, y de grado ó por fuerza queria que el universo admitiese su teoría de progreso indefinido y de perfectibilidad constante. Segun esos innovadores el hombre nace bueno, y el pecado original, que en semejante sistema no existe, es sustituido por el progreso primitivo. Para combatir el principio católico niegan el mal moral, y al hacerlo no observan, cegados por su portentosa ignorancia, que se ponen en completo desacuerdo con la fisiología humana, con la historia, con la hagiografía y con todas las nociones espiritualistas.

El hombre nace inclinado al mal; natural es en él el instinto de perversidad, y consecuencia clara de este principio el dolor físico, castigo y expiacion del mal moral. En la tierra domina el pecado, y este allana el paso á la muerte y á los padecimientos que la preceden; y con negar ó alterar estas verdades el sansimonismo, no solo se declaraba en oposicion con la religion cristiana, sino tambien con la creencia de todos los pueblos. Todos, en efecto, conocieron la caja de Pandora cuando ignoraban lo que era la Biblia.

El sansimonismo se presentaba para emancipar y disponíase á romper las cadenas en que á su juicio gemian las tres cuartas partes de la humani-

(1) *Revista enciclopédica*, n.º de octubre de 1831, p. 40 y 41.
(2) Comedia del *Jugador*, acto IV, escena 13.

dad. Niños, mujeres y trabajadores, á todos los juzgó esclavos en su fiebre libertadora.

Raciocinar de este modo equivale á no comprender la esclavitud ni la perfeccion relativa del órden social con la diversidad de sus categorías. Creer que el individuo no es libre porque vive bajo la ley del padre, del esposo, del amo ó del príncipe, equivale á decir que la luz nos impide ver, que el suelo protector nos impide andar, que el freno que al caballo dirige es traba para sus movimientos. La esclavitud propiamente dicha es resultado de la guerra y el vencimiento; pero nunca existió allí donde la obediencia es un deber del corazon y el amor de la sumision un principio de fidelidad y gratitud.

El hombre vano y desatentado se deja llevar por insensato orgullo y piensa haber nacido libre á semejanza de animal fogoso y bravo. Palabras son estas de Job que pueden aplicarse muy bien al sansimonismo, el cual no las hizo jamas objeto de sus meditaciones; porque afirmar que la humanidad avanza hácia la perfeccion al impulso de una ley fatal de perfectibilidad, y decir al propio tiempo que ciertas paradojas han de guiar á la misma á las generaciones, es caer en contradiccion manifiesta. Si es cierto que una ley fatal, irresistible, empuja al hombre hácia el progreso, ¿qué pueden añadirle ni quitarle los sansimonianos? ¿Por qué intervenir en un movimiento que si no puede ser contenido tampoco podrá ser acelerado? Y si no es así, si el proverbio «ayúdate y ayudarte he» forma parte de la recámara del sansimonismo, ¿qué quiere significar con su vago concepto de perfeccion indefinida?

A sus ojos, ó mejor, segun sus dichos fue el comercio el aprovechamiento del no-yo por el yo; en esto estaba el egoismo. Los sansimonianos asociaron el yo y el no-yo, y el resultado fue el amor.

El matrimonio era para ellos la union por obediencia, la prostitucion legal (así mismo lo llamaban) é inventaron la union basada en la igualdad.

Jesucristo dijo que los hombres eran todos hermanos; pero no añadió con qué objeto y cómo habian de asociarse; á él ha de atribuirse la formacion de la sociedad moral; mas los sansimonianos, ensanchando el cuadro, fundan la asociacion política é inauguran con la siguiente máxima su justicia distributiva: ¡A cada uno segun su capacidad! ¡A cada hombre capaz segun sus obras!

Pero como sucede con frecuencia que las palabras son oscurecidas por la intencionada oscuridad de las cosas, no siempre era fácil sorprender bajo el envoltorio de enfáticos aforismos el error de concepto que encubria la corrupcion de alma. La Humanidad-Dios no se daba á conocer á los mortales, y el dogma de la emancipacion de la mujer fue el escollo en que se perdió el nuevo culto. La mujer-mesías, la mujer libre fue por todas partes buscada y no hallada en ninguna, sirviendo esto únicamente para que adivinaran todos que de semejante ensalzamiento de las teorías sensuales debian salir el ordenamiento del adulterio, la victoria de la promiscuidad y la ruina absoluta del hogar doméstico.

De ahí que la discordia precediera al triunfo y que los sansimonianos quedasen desconceptuados por la befa y zumba ántes que por sus axiomas.

Lanzábanse nuevos Argonautas á la conquista de un regenerado vellocino; con reminiscencias de las doctrinas de Espinosa diluidas en cierto misticismo panteista habíanse creido con suficiente fuerza para medirse con la Iglesia católica, y á despecho de los sucesos que al parecer favorecian su designio sucumbieron en la lucha. Las olas no derribaron la roca, y las que hasta su cima llegaron cayeron de nuevo á sus piés hechas espuma. Indiferente, hostil ó burlona oia la masa del pueblo las predicaciones del apostolado sansimoniano, y poco ó nada comprendia en una desaparicion de la propiedad y en una existencia comun que contrariaban sus hábitos domésticos y sus afectos de familia; como se expresa en la Sagrada Escritura, consistian sus deseos en «poder sentarse á la sombra de su higuera ó de su vid sin que nadie pudiera alterar su reposo», y el sansimonismo en vez de esto destruia la idea fundamental de lo tuyo y lo mio. Para erradicarla tendia puente de oro sobre el abismo del agiotaje, y en seguida, semejante á la viajera golondrina, vivia de los insectos que cogia al vuelo.

De sus lisonjas á los malos instintos, de sus acatamientos á los vicios todos no reportó gran provecho la agregacion sansimoniana. En vano habia pensado en hacer suyos á cuantos en voz baja murmuraban reprobados deseos; en vano habia manifestado en voz alta aspiraciones sacrílegas; en vano fue la primera en presentir y desenvolver la pasion por las riquezas,

«Imperiosa fames et habendi sæva cupido,»

que el poeta Lucano anatematizó ya en su tiempo; en vano santificó los apetitos y la depravacion: el entusiasmo que excitara se extingue poco á poco, y en breve no queda de ella mas que cierto hedor parecido al que despide el resto humeante de un paño quemado.

Esta secta no habia sido para la Iglesia sino el vano zumbido de mosca impertinente. La Iglesia dejó que los muertos sepultaran á los muertos, y el sansimonismo de descalabro en descalabro fué á espirar en brazos de la policía correccional. El escarnio de las provincias y la oposicion de los extranjeros hicieron lo demas, y como la mujer-mesías no podia ser hallada en Europa, los incrédulos más obstinados, cuya sabiduría no pasaba de negarlo todo, tomaron el camino de Oriente para solicitar de los serrallos asiáticos la mujer libre que les negaba Paris. El sansimonismo, Marco Antonio en grado diminutivo, recorre Turquía y Egipto en busca de una Cleopatra de lance, y él, que profetizara que habia de ser tributario suyo el mundo antiguo, cayó bajo la férula del Alcoran y del sainete.

Pesadilla amarga más que un sueño habia sido la de aquellos jóvenes, y casi todos procuraron borrarla por medio de condicional arrepentimiento, sancionado por un gran caudal ó elevados empleos. Sus tentativas de vida comun y de uniforme de chillones colores habian dado muy mal resultado, como que acusábaseles ya en 1832 de ofender con sus actos la moral pública y las buenas costumbres, y tomaron la resolucion de romper una socie-

dad reprobada. Unos en pos de otros fuéron volviendo al trato del mundo; muchos abrazaron de nuevo y con sinceridad la cristiana doctrina, y hasta hubo algunos que ingresaron en el estado eclesiástico; pero todos, despues de haberse por tanto tiempo á sí propios proclamado los sabios por excelencia, quedaron siendo insensatos unos en un punto, otros en otro, pues el sansimonismo, gozando del triste privilegio de todas la sectas, envenenó hasta á los que no llegaron á tragar la ponzoña.

«¡Cosa admirable en verdad, dijo Bossuet, es considerar lo que llegan á ser las cosas más pequeñas que obedecen á sanos consejos (1)!» Reverso de esta medalla fue la secta sansimoniana: con perniciosos consejos quiso improvisar grandes cosas y su empresa se frustró, porque al mirar á sus audaces y palabreros reformadores no hubo quien no se tomase la libertad de exigirles sus credenciales. Para confirmar la verdad de sus promesas sólo podian ofrecer aquí el vacío, allá la nada, y de ellos podia muy bien decirse que llegaban demasiado tarde y partian harto pronto. Su objeto era expulsar á Dios de la sociedad junto con sus leyes, instituciones é Iglesia, rompiendo así todos los lazos entre la tierra y el cielo; creian que el hombre podia igualarse á Dios y reemplazarle en caso necesario, y descendiendo sin transicion del naturalismo al sensualismo, perecieron todos en un lodazal de desatentado orgullo, sin que de la doctrina con tanta pompa anunciada sobrenadara otra cosa que una idea vaga de asociacion, la cual, puesto que inútil ó peligrosa para la humanidad, sirvió á lo ménos de escalon á muchos para llegar á la opulencia y á las distinciones.

Al sansimonismo espirante sucedió en breve otra secta, que no por haber permanecido más en la sombra dejó de ser muy peligrosa para la sociedad católica. Saint-Simon y su obra habian perecido en la lucha, y Cárlos Fourier imaginó que con su falansterio podria vencer las dificultades contra las que se habia estrellado al primer embate el apostolado del egoismo amasado en comun.

Cárlos Fourier, aventurero de distinta índole, no habia, como Saint-Simon, disipado una parte de su vida en excesos de toda clase. Nacido en Besanzon de una familia de honrados mercaderes en 7 de abril de 1768, segun unos, y de 1772, segun otros, esta duda sobre la fecha de su nacimiento es lo único que Fourier habia de tener comun con los varones de ilustre fama. A conformarse á vivir en la modesta esfera en que Dios le colocara habria podido sin esfuerzo, aunque sin estrépito, llevar la existencia de tradicional probidad y de modestas virtudes que son patrimonio de tantas familias; pero la revolucion, sorprendiéndole á la salida del colegio, no le dejó para ello tiempo ni voluntad. Desmañado y toda su vida ajeno al bien parecer y á los respetos sociales, Fourier, sucesivamente viajante en comision, soldado y corredor intruso, experimentó todos los altibajos de la época convencional; habia perdido la humilde hacienda fruto del trabajo de sus padres, y para ganar su pan de cada dia fuele preciso consagrarse á materiales trabajos,

(1) *Política tomada de la Sagrada Escritura*, t. I, p. 179.

correr los azares de la especulacion y condenar luego su inteligencia original y profunda á llevar libros en partida doble. No agobió á Fourier el peso de estos enfadosos empleos: desempeñólos á conciencia y con honra; mas por la noche, cerrados sus libros, el negociante desaparecia para hacer lugar al innovador proyectista.

Aquel hombre cuyos buenos instintos fueron contrastados por una enfermiza filantropía y cuyo saber, al igual que obstinada y mal dirigida ambicion, no bastaron á proporcionarle encumbramiento y bienes de fortuna, meditaba al salir de penosísimo trabajo crear un mundo de hombres perezosos. En la existencia íntima y solitaria á que se sujetó para renovar la faz del universo presentábase á sus ojos la sociedad como vacío y sangriento pellejo de una res ofrecida en sacrificio; á capricho componia y descomponia esta misma sociedad, y colocándola en el lecho de Procusto la alargaba ó acortaba segun los impulsos de su imaginacion delirante, haciendo salir de ese cáos de trasformaciones un eden tan fugitivo y variable como su pensamiento.

En sus prolongadas vigilias habia logrado Fourier aprender los primeros rudimentos de la música, y esta disposicion natural, sazonada por la reflexion, inspiróle la idea fundamental de su sistema combinado con gran paciencia bajo el título de «Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales». Publicado en 1808 en el apogeo de la era imperial, cuando llenaba á Europa el terror del nombre frances, ese libro nacia por precision condenado al olvido: no solo no fue entendido, sino que no tuvo siquiera la honra de encontrar lectores.

Los utopistas y los entendimientos dados á vanos proyectos, raza cuya manía consiste en aborrecer todos los yugos, locos de la peor clase que no consienten en ser gobernados por uno solo, ni por un corto número de hombres, ni por todos en general, desmanotados que dejan en holganza sus brazos para trabajar mejor con su fantasía, no hallaban en tiempo de Napoleon muchas inteligencias complacientes que consintieran en adorar sus abstracciones. Esto hizo que se dejara á Fourier agitándose inútilmente en el vacío y continuando oscuro y pobre la carrera de escritor economista, socialista y reformador que tenia para él tanto embeleso.

El corredor de mercancías no tardó en desaparecer por completo delante del jefe de secta. Al imperio habia sucedido la restauracion, y los hombres que, como dice el poeta Lucrecio, no sabian ya distinguir lo posible de lo imposible,

.....Ignari quid queat esse,
Quid nequeat.....

se entregaban á la actividad turbulenta de que sagaz supo la demagogia aprovecharse. Con la libertad de no creer en cosa alguna y de decirlo todo, otorgada á cualquier advenedizo por la carta de Luis XVIII, las inteligencias no sanas se ocupaban únicamente en dislocar el eje del mundo social; eran tantos los proyectistas, codeábase á tanto sabio y hombre superior, que comenzaban á escasear los hombres de conciencia y honra. La revolucion contenida por Bonaparte volvia á tomar vuelo, y pasando como torbellino al traves

del espíritu humano destruia principios, arrancaba ideas y devoraba justicias: sólo la verdad comunica experiencia, y la verdad era entónces escarnecida.

Hasta aquel dia la miseria habia puesto alas de plomo al subversivo genio de Fourier y no le era dable extenderlas ni elevarse. Soledad y silencio era lo único que á su alrededor reinaba, cuando de pronto hállase con discípulos, recluta victímas y cuenta admiradores. Sus extravagancias, sus hábitos físicos y morales de maniático hambriento, pero mal comprendido, comunican á su sistema aun en gérmen poderosa y atractiva fuerza; y el innovador, que aislado no se desalentara al considerar sus infructuosas tentativas, entrevió luego de verse sostenido por adeptos que ponian á su disposicion su fe y sus economías la suspirada tierra que de tan antiguo se prometiera.

La «Teoría de los cuatro movimientos», base y principio de su sistema, va dirigida á fundar una sociedad en la que las pasiones todas, así las buenas como las malas, obtendrán un puesto legítimo y una satisfaccion que producirán el universal bienestar. En ella el hombre de dolores, el hombre amaestrado en aflicciones que entreviera el profeta Isaías, no existe ni ha existido nunca. Segun Fourier la tristeza no acompaña de cerca á la alegría, ni á la risa el llanto. Quiere el innovador que todas las aptitudes sean aplicadas precisamente á su objeto; y contribuir así á la felicidad general no será ya un deber penoso, una accion obligatoria, sino derecho y universal deseo. Los medios de que se vale para llevarlo á cabo no son más ingeniosos que los partos de su imaginacion y se limitan á asociar entre sí á los hombres por el capital y el talento, por el trabajo y el placer; reúnelos por grupos, séries y falanges, y abolida la familia la atraccion pasional será la ley general de la humanidad, el lazo que una á grupos, séries y falanges.

Del mismo modo que nadie tomó sobre sí el trabajo de refutar las teorías de Saint-Simon otorgóse á Fourier el beneficio del silencio; uno y otro, empero, se alzaron contra una justicia que su orgullo calificó de ultraje, y como hiciera Saint-Simon no aceptó Fourier la anticipada sentencia. Ya que sus ideas no logran despertar un eco y encuentran para propagarse la misma dificultad que sus libros, Fourier, cuya cabeza arde aun cuando sus miembros están helados por los años, no vacila en tomar el papel de anuncio vivo; amontona folletos sobre folletos, explicando, comentando y revolviendo en todos sentidos la doctrina de que se llama inventor, y acaecido que hubo la insurreccion de 1830, al ver el momentáneo triunfo del sansimonismo, lo reivindica para sí y quiere constituirse en árbitro del mismo.

Sansimonismo y fourierismo trabajan de consuno para la destruccion del mundo antiguo, y el hombre que en su misma libertad ha hallado tan singulares decepciones, manifiéstase en esas doctrinas lo que ha sido y será siempre: de acuerdo los innovadores para destruir no aciertan nunca á entenderse para edificar. Los sansimonianos rechazan el menor contacto con Fourier, y este á su vez, en un folleto titulado «Engaños y charlatanismo de las sectas de Saint-Simon y Owen, las cuales prometen la asociacion y el progreso», maltrátalos con ira que, no por ser fraternal, era ménos implacable.

Las jornadas de julio de 1830, célebres por lo tristes más que por lo he-

róicas, elevaron al poder á una generacion de poetas, periodistas, banqueros, abogados y proyectistas en los cuales su inmenso orgullo era lo único formal y positivo. Hombres famosísimos en el arte de la charlatanería iban á mostrar á Francia, encargándose de las varias angarillas constitucionales, lo costoso que es llevar la liberal bajeza á ser cortesana de las ignominias socialistas; grotescas aquellas al principio, era natural que acabasen estas por ser feroces.

Dice el Génesis que en todo tiempo la mente del hombre ha propendido al mal; de la época de 1830 ha de decirse que los esfuerzos hácia el delito experimentaron exacerbacion nueva. Por carácter parece inclinado el pueblo frances á no reconocer por superior á quien fue un dia igual suyo; pero tanto y tanto se depravó semejante tendencia, que Paris, la ciudad de las contraposiciones y de los arrebatos, se dió á amontonar fango contra sus nuevos dueños y señores, miéntras estos favorecian la invasion creciente del materialismo, la próxima disolucion de los lazos del pensamiento y la extincion inminente del sentimiento colectivo, calamidades que constituyen el moral aniquilamiento de los pueblos. El espíritu de aquellos hombres, materia todo en que la carne y la sangre dominaba á la inteligencia, puestos por la revolucion á merced del comunismo haciéndolos pasar por las teorías sansimonianas y fourieristas, flotaba al impulso de los vientos como bajel que ha perdido sus anclas.

Más sabio el vulgo que sus pedagogos en cuanto sólo lo es hasta el punto necesario, sujetóse de mal grado á lo que de él se exigia, y su natural buen sentido se rebeló contra la singular autoridad predicada por dementes. El principio de libre exámen, axioma protestante de individual independencia contra toda clase de poder establecido, salia triunfante del motin y se apoderaba del mundo; minábanse por gusto las instituciones seculares; mutilábanse y eran envilecidas las leyes, preceptos llenos de amenazas, segun expresion de Séneca, y las inteligencias movedizas como arena buscaban entre las espesas tinieblas un apoyo que no fuese la religion, de la cual hacia quince años que por encargo ajeno se ruborizaban.

Entónces fue cuando algunas mujeres, viejas como la paloma del arca, y varios mozos muy versados en estudios enciclopédicos, pero ignorantes por completo de que la religion es la única que puede dar vida á las leyes de órden público, de la familia, de la propiedad y de la libertad verdadera, se sintieron sobrecogidos por los improvisados preceptores del humano linaje de admiracion hija de la credulidad más que de la reflexion. El sansimonismo contaba con adeptos, y Fourier se dignó tenerlos tambien y consentir en que en los dias solemnes fuese paseado por las calles un destello de su gloria. El sansimonismo abismóse en breve entre escarnio y cencerreo; pero el falansterio, que tenia más duro el pellejo, sobrevivió á Fourier, muerto casi de miseria en 10 de octubre de 1837, en los mismos momentos en que se frustraba en Condé del Vesgre su primer ensayo de colonizacion por séries.

El maestro descendió al sepulcro oscuro ó escarnecido; pero empeñados sus discípulos en crearle fama póstuma dieron á su sistema mayor desenvol-

vimiento del que nunca tuvieron las encogidas facultades del innovador. Victor Considérant, Julio Lechevalier, Pellarin, Cantagrel, Tronson, Hennequin, Toussenel, Justo Muiron, Alejandro Weill, Langlet, Baudet del Lary, Nerval, Laverdant, Leconte de Lisle y Juan Journet fueron propagadores, misioneros, escritores, contribuyentes y poetas del falansterio. Diarios, folletos y almanaques, nada se omitió para poner al alcance del pueblo y de los talleres cuanto podia halagar entre las extravagancias de aquel fárrago las pasiones de la clase proletaria, y médicos, ingenieros y abogados de provincia se presentaron como corresponsales y asociados de la «falange» ó de la «democracia pacífica.»

Fourier murió dejando frustrada la primera tentativa de colonizacion; con mayores recursos para obtener un buen suceso hízose luego la segunda: dos acaudalados menestrales escoceses, fascinados por lo nuevo y lo desconocido, se presentaron, como otros muchos, á ofrecer al falansterio el tributo de su credulidad. Con sus caudales fueron compradas las ruinas de la abadía del Cister y los inmediatos campos, y allí fueron reunidos y disciplinados segun ordenanza, por medio de la atraccion pasional, un grupo y una série de trabajadores. A lo que se decia, los resultados de la asociacion debian sorprender por lo magníficos; pero apénas trascurridos dos años aquellos braceros, elegidos como dechados de la perfeccion fourierista, habian pasado á ser ineptos y perezosos, dados á los vicios y á la rebelion.

Era aquello un hato de hombres, mujeres y niños cuya vista daba horror; no habia quien los oyera que no se estremeciese. Los órganos del partido procuraron sepultar la vergüenza de su nueva derrota entre oficioso silencio; y á los dos escoceses, víctimas de su imprudente entusiasmo, no quedó mas derecho que enajenar á cualquiera precio la onerosa finca. Adquirióla el presbítero Rey, fundador y director del penitenciario de Oullins, junto á Lyon, para establecer en ella su cristiano asilo en creciente prosperidad, y dió comienzo á su obra recogiendo y amparando los impuros restos de la falange experimental. El fourierismo los abandonaba despues de haberlos pervertido, y sólo hallaron compasion en el pecho de un sacerdote católico.

Este fue Fourier en su vida y en su muerte: un insensato que luego de erradicar todas las creencias divinas y humanas consagra sus facultades en levantar casas de orates para pasearse él de jaula en jaula. Tres veces por semana vió Fourier á sus contemporáneos pasar de un señor á otro señor; en su mocedad presenció las abyecciones religiosas y civiles á que la revolucion se complugo en sujetar á los franceses, y sin decir como el famoso Vico en su «Scienza nuova» que «al perderse la religion en los pueblos no les queda medio alguno para vivir en sociedad, perdiendo á la vez el lazo, el fundamento y el respeto del estado social y hasta la misma fuerza de pueblo,» aquel hombre que de buena fe buscaba ansioso para sí una auréola y un pedestal, pensó haber hallado una y otro en su falansterio en estado de perpétuo embrion. Creyó que al igual de los reyes íbanse los dioses, y su imaginacion fecunda, pero desarreglada, dióse á meditar qué cosa ocuparia el lugar que dejaban vacío el cristianismo y la monarquía.

La lengua del impío continuaba escandalizando el mundo, y la sociedad, restablecida apénas sobre sus cimientos, era de nuevo combatida con máquinas de falsa ciencia, sofocándola entre matemáticas y abstracciones.

A los ideólogos, innovadores y sectarios les sucede poco más ó ménos lo que al tintorero, quien en una tela sólo ve las manchas cuando los demas admiran su tejido, sus colores y dibujos. Este ejemplo imitó el inventor de los falansterios, y considerándolo todo desorganizado atrevióse á aplicar á todo su mano reformadora. En su trastienda de mercader constituyóse Fourier modestamente en lugar de Dios, y desde lo alto de su Sinaí promulga la nueva ley.

Esta, una como la divinidad que él mismo pergeñará más tarde, consiste en la atraccion. Regla, impulso y móvil del hombre, lo mismo que de la tierra, la atraccion ha de conducirlos simultáneamente á fin idéntico, fin que no será otro que el órden, la perfeccion y la felicidad.

Bien mirada la atraccion personal de que Fourier se hizo apóstol no es otra cosa que las pasiones humanas libres de todo freno; segun ella las pasiones son en sí mismas buenas, y lo único peligroso y malo son los lazos á que se las sujeta. En virtud del sistema de Fourier no hay hombres verdaderamente culpados á no ser los papas, reyes, legisladores y moralistas, quienes al poner trabas á la independencia y libertad del hombre ultrajan la bondad y sabiduría de Dios.

Así consideradas y tomadas en su estado primitivo las pasiones, junto con los fenómenos naturales y el curso de los astros, contribuyen á la universal armonía. La fórmula capital de la escuela está contenida en el aforismo de que las atracciones están en razon directa de los destinos humanos.

Y sin embargo, el mismo Fourier conoce por intuicion que aquellos que se proponen nivelar el todo no logran jamas igualar ni ajustar las partes, y comprendiendo que no debe dejarse á la humanidad que vaya errante por el globo como la potranca en el desierto, añade un pequeño grano de humana sabiduría á la locura de su ley atractiva. Luego de proscribir el estado social reconstitúyelo á su modo con otro nombre, agrupa los individuos á quienes una misma pasion domina, y estos grupos, postrer vestigio de la familia, han de formar séries para perpetuar la armonía.

Por instinto ha adivinado Fourier los principios de la música, y no sabiendo casi otra cosa aplícalos indistintamente á todo. En su cerebro tiene organizados sus grupos como las escalas de un teclado, y provéelos de tonos y modos mayor y menor; atribúyeles dominantes y subdominantes; ni siquiera los dispensa de sostenidos y bemoles, y los grupos, guiados por el singular director de orquesta que se reputa criador, forman armonías de tercera, quinta y octava.

Así dispuestos los grupos con ritmo y compas forman las séries pasionales; de la reunion de séries nace la falange, y la morada de esta es el falansterio que da el nombre á esa utopía de maestro de baile.

Siempre los pueblos han gustado de fábulas, y por lo mismo no es extraño que lo inverosímil y extraordinario de las inventadas por Fourier les sirvieran

para aparroquiarlas y darles pasaporte, encontrándose hombres de imaginacion ó de talento que consintiesen en ser corifeos de sus teorías armonistas y en buscar y husmear en los libros del maestro, soporíferos como un antiguo alegato, una idea que no existe ó una solucion del todo irrealizable.

En ese amasijo de edades y sexos, muy parecido á la promiscuidad y llamado por el innovador falange, el ente creado se divide y subdivide en diez y seis categorías, que son estas:

Muchachos y muchachas.
Querubines y querubinas.
Serafines y serafinas.
Colegiales y colegialas.
Gimnastas y gimnastas.
Donceles y doncellas.
Adolescentes de uno y otro sexo.
Formados y formadas.
Atléticos y atléticas.
Sazonados y sazonadas.
Generadores y generadoras.
Refinados y refinadas.
Templados y templadas.
Reverendos y reverendas.
Venerandos y venerandas.
Patriarcas y patriarquisas.

Muchas cosas hay de que conviene reirse, dijo Tertuliano; pero la verdad es la única que puede hacerlo, y alegre y serena burlarse de sus enemigos en cuanto está segura de la vida eterna. A pesar del consejo de Tertuliano y de que ellas lo merezcan no nos reirémos nosotros de tales extravagancias: engendradas en una época de rebelion y exámen amontonaron tantas ruinas, descargaron golpes tan funestos á la religion y á la familia, que á pesar nuestro debemos considerar sériamente esos partos monstruosos del espíritu humano.

Porque en la falange no todos los empleos pueden ser atractivos: decídese que los habrá repugnantes, y en la hipótesis muy fundada de que en algunos puntos será falible la atraccion pasional, súplesela con una atraccion artificial, fruto únicamente de la honra y el salario. Una corporacion de niños de nueve á quince años será la encargada de los trabajos, y esta legion juvenil, llamada «pequeña horda» divídese en salteadores y salteadoras, en «sacripanes y sacripanas». Para ella fórmase una jerga convencional como estos nombres, dótasela de un estilo tunantesco, y es cubierta de risibles oropeles; como única prerogativa social aquellos tiernos seres, á quienes se inocula el menosprecio del cielo y de sí mismos, son rodeados por las demas séries de burlesco respeto y mentidas atenciones.

No se ha inventado aun ninguna clase de culto, pues el falansterio reniega de la Providencia y de todas las religiones establecidas. «No se nos hable, exclama con horrible blasfemia, de los cielos que narran la gloria de Dios. Más que ellos la gloria, nuestras miserias proclaman la malicia ó ineptitud del Señor.»

En la misma «Falange, revista de la ciencia social», elévase contra el

Criador la maldicion ademas del ultraje. «¿De qué nos sirve, preguntan los armonistas, esa vana ostentacion del poder divino, esos astros que en el firmamento brillan? Antes que espectáculos hemos de pedir á Dios bienestar, y hora es ya de que nos atrevamos á plantear el problema de las obligaciones de Dios. Si tiene él timbres de gloria, dejemos que los canten los que de ella se aprovechan gozando de pingües rentas; por lo que toca á nosotros, habitantes de este globo, de 800 millones que somos hay por lo ménos 750 millones que no tienen motivo alguno para alabar la justicia de Dios. En buen hora que el rey David, manchado de crímenes, cantase la gloria de un Dios que le daba hombres á inmolar, provincias á despojar y serrallos y cortesanos que celebrasen sus himnos hiperbólicos; bien está que seres semejantes alaben al Dios protector de sus orgías; pero el mayor número de hombres civilizados tiene derecho de contestar á David volviendo contra él sus propios versículos: «Los desórdenes de la tierra proclaman la indiferencia de Dios y los horrores de la civilizacion atestiguan la ineficacia de su Providencia (1).»

Eran esos hombres ateos de mala fe en busca de una divinidad extraña y de un culto que se compadeciera con sus quimeras, y una y otro hallaron en los carcomidos escombros de la teofilantropía y en las grotescas mojigangas de esa religion sin misterio y sin creyentes. El trabajo de las séries ha de ir acompañado de canto, danzas y aparatosas decoraciones; humeará el incienso en braserillos, pero únicamente será quemado en honra de Fourier y sus apóstoles, y para embeleso de los cinco sentidos sus bustos estarán siempre expuestos á la veneracion pública.

A fin de no herir vulgares suspicacias consérvase de nombre el principio de sucesion al propio tiempo que es destruido de hecho, en cuanto en aquella confusion de séries y falanges desaparece por completo el heredero. Abolida la familia procédese á borronear una organizacion política, y la jerarquía, que á continuacion explicamos, sale cubierta de todas armas de la fantasía de los igualitarios reformadores. Aplícanse á organizar en el papel un globo, un imperio, una república en la cual no pueden existir súbditos, donde es un derecho la libertad más extravagante, rigiendo almas y cuerpos la ley de la atraccion, y de ese limbo de un poder no constituido surge toda una aristocracia con innúmeros dignatarios.

Habrá un omniarca, tres docearcas, doce oncearcas, cuarenta y ocho decarcas ó césares, ciento cuarenta y cuatro emperadores, quinientos setenta y seis califas, mil setecientos veintiocho reyes, seis mil novecientos grandes duques, veinte mil duques, ochenta mil marqueses, doscientos cincuenta mil condes, un millon de vizcondes y tres millones de barones, ni uno más ni uno ménos.

En su guardilla de la calle de San Pedro Montmartre de Paris mostróse el maestro más espléndido y magnífico que Carlo Magno y Napoleon. Limitóse aquel á crear sus doce pares y este á dar á su imperio diez y seis mariscales, lo cual en verdad era muy poca cosa si se compara con aquel omniarca ro-

(1) La *Falange*, año 16°, t. V, marzo de 1847.

deado de césares, emperadores, califas y reyes por centenares, y lanzando al mundo nubes de marqueses, vizcondes y barones que deben preparar á los futuros Hoziers tantas imaginarias torturas. Creada la nobleza el maestro, en su universal solicitud, no olvida á los animales. Vela por su bienestar, y como la infancia es por lo general despiadada de suyo, á ella y á las pequeñas hordas confia el cuidado de la nueva falange: los pastores la guiarán á los pastos, montados en caballos de série; los perros los seguirán con cencerros ajustados á terceras.

Realizada en la tierra la armonía falansteriana variará de arriba abajo todo el órden natural de las cosas. Dejará de existir el dolor y cesará la lucha entre la materia y el espíritu. Los hombres poseerán los bienes y las venturas todas, y lo llamado con impropiedad por los civilizados virtud dejará de ser contrario al goce físico lo mismo que el goce á la virtud. El mal huirá espontáneamente de este mundo, y como consecuencia necesaria de su desaparicion reinarán por los siglos de los siglos una salud cabal y un progreso indefinido, no siendo lícito á la muerte poner en riesgo la prolongada ancianidad de los mortales sino por azar ó inadvertencia suya.

Semejante al médico que discurriera acerca de la vida al lado de un sepulcro, el falansterio convierte en catecismo y almanaque popular, esto es, en novela, las enseñanzas y furores de los sofistas. En ménos de seis dias habia creado el mundo peculiar suyo, un mundo de mozuelas sensibles y de presidarios virtuosos, pero esto no obstante guárdase bien de reposar el séptimo. ¿Por ventura no debe haber siempre una teoría nueva para poner hoy en contradiccion con los sistemas de ayer?

Organizadas sus falanges de césares y docearcas establece el fourierismo un principio motor al cual honra con el nombre de Dios, un principio movido al que llama materia, y un principio neutro que ha de ser el matemático regulador del movimiento. Con ello queda armada su trinidad, aun cuando á la vez la destruyan los atributos contradictorios con que la ha investido y los elementos heterogéneos que la componen. El alma de cuyos destinos se declara árbitro el fourierismo procede de la metempsícosis, ó de la trasmigracion; su naturaleza no está definida, pero en la otra vida recibe un cuerpo compuesto de aroma y éter, y con auxilio de tal ingrediente, que es el «sésamo, ábrete», del falansterio, goza de la facultad de penetrar el aire, el fuego y las piedras, llenando los elementos y habitando en nuestra compañía de un modo invisible. Las pobres almas á las que presta Fourier tan benévola atencion han de recorrer tres veces los cuatro planetas lunígeros ántes de residir en los lactáneos, y de allí pasan á otros soles y luego á universos, biniversos y triniversos incalculables, donde disfrutarán hasta lo infinito de variedad suma de goces materiales y espirituales. Tales emigraciones, cuyo número se fijará más tarde, cuando lo tenga á bien el capricho de aquel loco, durarán 81.000 años, así divididos: 27,000 los pasarán en este mundo, 34,000 en el otro, y lo demas es el «se continuará» de la novela-folletin.

Entre las ochocientas diez existencias ó emigraciones á que estamos destinados podemos estar seguros de encontrar setecientas veinte del todo fe-

lices y cuarenta y cinco quietas y sosegadas como la existencia de honrado menestral; pero habrá otras cuarenta y cinco tristes y lastimosas como la vida de un Esopo contrahecho, de un esclavo ajusticiado ó de un cristiano cautivo en Berbería. Y Fourier añade gravemente que tales noticias no son hipotéticas ni reveladas (bien se conoce), sino deduccion rigurosa de cálculos positivos.

En semejante sistema inútil del todo es buscar una base de moral. Los castigos quedan suprimidos lo mismo que los premios; en la voluntad humana dejan de existir el bien y el mal, y desaparece por consiguiente el libre albedrío, para no quedar mas que una atraccion pasional, buena siempre y siempre exenta de vicios y errores. Bórranse la caida del hombre y su redencion, y Jesucristo y el Evangelio sólo como memoria aparecen en la teogonía falansteriana.

Educado en una época en que se proclamaba que Dios era la maldad y en que caian derribados los altares bajo el hacha de la demagogia filosófica, impregnóse Fourier del ateismo legal, y esta fue la única ley del mundo que se creyó obligado á respetar. Sus discípulos, empero, no se atrevieron á conformarse á ella de un modo tan absoluto; subsistian aun preocupaciones y convenia no romper con ellas lanzas; el cristianismo no habia exhalado aun el último suspiro, y en esta situacion quisieron los discípulos de Fourier calcar su sistema sobre la moral apostólica. A creerlos fue aquel el desenvolvimiento natural y lógico de la revelacion de Jesucristo, é hicieron á este el insigne honor de colocarle en la portada de sus libros entre los legisladores antiguos, alargando una mano amiga á Moises y otra á Fourier. Esto era lo único que podian hacer los falansterianos por el Dios del pesebre y de la cruz, y estereotiparon su imágen en las cubiertas de sus almanaques.

Con la persona del Salvador adquieren un nuevo armonista, y en seguida se consagran á hilvanar una teoría cosmogónica que dejará muy atras los descubrimientos todos de la ciencia moderna.

Segun Fourier son los planetas seres animados é inteligentes, y poseen dos almas, una divisible y fraccionada, indivisible la otra y adherida á ellos. Ambas viven en sociedad, y componen grupos ó torbellinos organizados como un teclado de treinta y dos notas en escala mayor y menor, con un centro que es el sol; en eterna conjugacion amorosa fecúndanse voluptuosamente uno á otro, y su resultado es el conjunto de producciones animales, vegetales y minerales. En la conjugacion fabulosa entrevé ó coloca Fourier un aroma con singulares atributos, pues aumenta ó disminuye segun sea la perfeccion ó imperfeccion de los moradores del planeta. El aroma del sol es de azahar, el de la tierra de violeta y jazmin; de tulipan y lirio el de Saturno; de vara de Jesé y lirio cárdeno el de Herschell, y así sucesivamente. Con destellos de ese aroma convergentes de un planeta á otro reprodúcense aquellos seres andrógenos: Vénus engendra la mora y la frambuesa; Mercurio la fresa, la rosa y el albérchigo; la tierra la cereza, el sol las uvas, y los satélites la grosella.

Hubo un dia, á lo que refiere Fourier, en que nuestro planeta experi-

mentó grave crísis. Cincuenta años ántes del diluvio la caida de un astro suspendió el ejercicio aromático, y esto ocasionó la muerte de su *satélite* Febeo, el cual en su agonía se precipitó sobre nuestro globo, acercóse hasta su perigeo y fue causa del desborde de los mares, de lo cual provino el diluvio. Para en adelante está la tierra asegurada contra crísis semejante, lo que no quita que su aroma corrompido, como está por los vicios de los hombres, deje de ser aun mefítico; pero tales emanaciones mórbidas desaparecerán el dia en que quede planteado en el mundo el régimen del falansterio.

Segun el quimérico innovador el alma humana en su naturaleza elemental no es mas que una partícula de la gran alma del planeta en que reside. Tiene el alma atracciones ó pasiones conformes con sus destinos, y esas mismas almas, clasificadas por séries segun las leyes de la música, producen temas armoniosos que perfeccionan y embellecen el destino del mismo planeta. El fourierismo supone una pasion del hogar, el uniteismo ó inclinacion á la unidad, y ademas pasiones cardinales nacidas de la primera como las ramas de un mismo tronco, ramas que, alimentándose de luz y de aire, producen flores y frutos y multiplican sus tallos, todo en conformidad al sistema de série y armonía.

La atraccion pasional, clave y base del falansterio, consiste, segun Fourier, en un impulso que la naturaleza imprime ántes que la reflexion, impulso que persiste y domina á despecho de la voz de la razon, de los deberes y preocupaciones, la cual no puede ni debe ser oida. Siempre y en todos los momentos tiende la atraccion á tres objetos, siendo el último resultado y fin de todos, en lo que volvemos á hallar la teoría de los cuatro movimientos, la cual nos guia por este camino al más exagerado sensualismo. Objeto final de las atracciones es la universal ventura cimentada en el placer sensual, ó por decir mejor en la inmoralidad que da á aquella casa de prostitucion las proporciones de vastísimo taller de carnales apetitos en ebullicion perpétua y de eternos y nunca saciados vicios.

Entendido Fourier en el arte de coordinar, desenvolver y legitimar los excesos, establece varias clases de pasiones, como son las sensitivas, las afectivas y las mecánicas ó distributivas. Las últimas en número de tres sirven para el mecanismo de los caractéres y dan la clave para conocerlos y servirse de ellos. La aficion á la cábala es sentimiento de emulacion, gusto por las complicaciones y orígen de debates; la que llama papilonácea déjase conocer por el deseo de variar y la aficion á situaciones contrapuestas, y la que titula compuesta es principio de las armonías, así como la de cábala es principio de las disonancias. Del órgano pasional cuyo teclado recorren los dedos de Fourier llevando en ellos á la humanidad, están eliminados el orgullo, la avaricia, la envidia, la lujuria, la ira y el dolor; y estas pasiones rancias, lo mismo que las antiguas facultades y operaciones del alma, como lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, el derecho y la razon, la libertad y la lógica, quedan perdidas con los fenómenos de la conciencia en un laberinto de palabras incomprensibles, cuya clave nadie posee y cuyo sentido, si alguno tienen, no entienden más que los otros Fourier y sus discípulos. Su sin-

gular psicología crea partículas de alma, engendros de átomo destinados por espacio de muchos miles de siglos á andar errantes de planeta en planeta, dominados por el fatal influjo de una atraccion pasional.

Olvidado el falansterio por su propia voluntad de que las pasiones vencidas constituyen la victoria de la familia cristiana quiso corromper al hombre por medio del gusto de la infamia, último placer de que, como dice expresivamente Tácito, pueden gozar los corazones estragados. Por esto en sus preliminares de simpatía omnifílica imagina Fourier abyectas costumbres y una promiscuidad que causaria horror á los mismos salvajes; el falansterio se trasforma en lupanar, y para servirnos de algunas palabras de aquel insensato, «el equilibrio de amoroso contrabando de que todos reportan provecho» da á sus doctrinas su verdadero significado. La pasion papilonácea necesita de variedad y de lances siempre nuevos, y Fourier, despues de aconsejarlos, autorizarlos y sancionarlos, añade: «Así concluyen todas las danzas de tortolillas y las relaciones sociales, habiendo sucedido en último resultado que cada hombre ha gozado á todas las mujeres y cada mujer á todos los hombres (1).»

¿Qué será de la familia en medio de tan cínico lenguaje? ¿Qué del padre, de la madre, de los hijos y de sus derechos y deberes respectivos? Fourier, que lo previó y organizó todo musicalmente en beneficio de las depravaciones más vergonzosas, creó bayaderas y bacantes; pero, como conoce tambien la fuerza de las contraposiciones, establece vestales de uno y otro sexo. Para no romper el equilibrio séries de personas juiciosas y tribunales galantes ocultarán con guirnaldas de marchitas rosas un libertinaje formulado en la ley, y esto es cuanto puede hacer el fourierismo en beneficio de las almas pudorosas y de los escrúpulos del bien parecer.

«La obstinacion infernal de los hombres civilizados», á quienes quiso el falansterio trasformar en ladrones y asesinos, empeñóse en rechazar una escuela de prostitucion pública, en la cual el pedagogo de la licencia entronizaba la voluptuosidad como última expresion de los cultos religiosos. «Antes de 1789, dice, estaban los ánimos ávidos de innovaciones, y á presentarse una secta religiosa habria tenido en su favor más probabilidades de buen éxito que las que en su tiempo tuvieron Mahoma y Lutero. Mas para ser así y compadecerse con el espíritu del siglo debia predicar la nueva secta los sensuales placeres, cosa que no pasó siquiera por la imaginacion de los filósofos... Convenia que los filósofos, agobiados por la civilizacion, atacasen la filosofía por el punto flaco, esto es, por la servidumbre amorosa, y para destruirla que crearan un culto del amor del cual fuesen ellos sacerdotes y pontífices... El culto de la voluptuosidad habria armonizado á la perfeccion con la filosofía moderna... El cebo de los placeres junto con el espíritu de secta y de proselitismo habian de ser base y principio de la nueva religion. Al paso que vemos á los filósofos quedarse tan por lo bajo al idear religiones moderadas, un árabe grosero, llamado Mahoma, logró en religion uno

(1) *La unidad universal*, t. III, p. 363.

de los mayores triunfos, y esto por haberse apartado de la moderacion en todos conceptos, por no haber empleado sino excesos, exageraciones y monstruosidades. ¡Qué afrenta esta para los amantes de la moderacion! Ya que se proponian combatir la religion católica era necesario oponerle otra que predicase los excesos contrarios; ya que ella diviniza las privaciones, era indispensable divinizar los placeres (1).»

Para edificar su falansterio sobre las ruinas de la Iglesia romana Fourier sólo acierta á inventar un medio equivalente á volvernos á la licencia antigua, ó mejor, á establecer los serrallos de Mahoma. De él no puede decirse que conspire ni que mate el cuerpo, pero quiere sí comunicar á las almas letal decaimiento precursor de la muerte del hombre y de la gradual extincion de la familia y de los pueblos. Y no detuvo al maestro ni detendrá tampoco á los discípulos la idea del abyecto Oriente que preparan; todos, animados de sacrílegos deseos y dados á estériles esfuerzos, querrán con halagos ó amenazas en los labios minar el templo católico y destruir la sociedad cristiana; y si los melífluos apóstoles encuentran resistencia no vacilarán en exclamar con Víctor Considerant, su caudillo: «¡Ciegos lazarillos de ciegos! Vuestro destino es un hospital de incurables, y allí sabrémos llevaros. Nuestros batallones se forman; nuestras filas se llenan de soldados de animoso corazon, de sangre ardiente y de nervudos brazos, y en campo raso perderéis la partida. Venid á cruzar vuestras espadas de palo contra nuestras hachas aceradas. Por Dios os juro que hemos de saber en breve el temple de vuestras corazas. Desgraciados de vosotros si se rompen, pues las hachas son récias y los golpes irán bien asestados...

«Y sabed que si el batallon de la nueva guardia que se agrupa bajo la bandera de lo por venir tiene su contraseña de paz, la ha recibido tambien para la guerra. Si obedece á las religiosas palabras de asociacion y armonía, sigue tambien la voz que grita: «¡Anonademos al infame!» El guante está echado... y no nos faltarán medios para obligaros á recogerlo (2).»

La Iglesia y la civilizacion no se dignaron contestar á este reto, y al paso que una y otra permanecen aun en pié no hay quien pueda decir el cúmulo de fantásticos escombros que cubren el imaginario cadáver de aquel Goliat del sensualismo; para derribarlo ni siquiera fue necesaria la honda de David. El hombre que infunde frustráneas esperanzas y que no da lo que promete, es, segun la Sagrada Escritura, nube y viento no seguidos de lluvia; esto fueron Fourier y sus entusiastas parciales; almas de poco esfuerzo sin confianza en sí mismas, entregábanse á todos los desórdenes, imaginando que los legitimaban dándoles la incredulidad por sancion. Proclaman el Evangelio y los moralistas que el hombre sobrelleva con esfuerzo la miseria; pero la dicha le corrompe, y partiendo de este punto llegaron en breve los fourieristas á demostrar «que el placer de los sentidos es la única arma que puede Dios emplear para dominarnos y conducirnos á la realizacion de sus designios.»

(1) *Teoría de los cuatro movimientos*, t. I de las *Obras de Fourier*.
(2) *Destinos sociales*, t. L, p. 438.



Nunca habia concebido Dios idea semejante; mas Fourier se la inculca y participa por mitad en sus resoluciones, encaminadas por él contra el catolicismo, «cuyos dogmas hostiles á la voluptuosidad le privan, segun él dice, de toda clase de influencia en el sistema social.» Y estas leyes absurdas, esos preceptos depravados, esos contradictorios sistemas son los destinados á «anonadar al infame», eligiendo el momento de las revoluciones políticas y de la afliccion para acumular sobre la Iglesia tales leyes, preceptos y sistemas. Como el granizo que cae sobre durísimo peñasco resaltaron sin conmover al coloso, y el fourierismo pasó como tantas otras cosas, dejando como única señal de su existencia algunos vicios y ruinas más.

En el concepto industrial y agrícola la sociedad armónica quedaba reducida á un vasto taller. Su objeto y su fin resumíanse en una produccion indefinida, y para fabricar sin interrupcion asociaba al trabajo el capital y el talento, y hacia experimentar las delicias de la vida comun á aquella turba penetrada de atracciones pasionales. Lo único que en este estado le faltaba eran mercados y nuevas esferas de consumo para una multitud que incesantemente producia.

Demolida mentalmente la sociedad cristiana desde la base hasta la cima, puestas en la picota del falansterio las preocupaciones de religion, familia y obediencia junto con la antigua y conyugal tiranía, Fourier, que no fue nunca engañado, pero que se engañó á sí mismo, batió palmas al mirar los escombros amontonados en su terrestre paraíso. Dios de un mundo desconocido, como le llaman sus discípulos en el prólogo de sus «Obras completas», habia llevado el hacha de sus locuras y la piqueta de sus quimeras á los monumentos tradicionales; fueron tantos sus desatinos que imposible seria con la piedra de toque que cada uno posee separar de la masa impura las partículas de lo que ha dado en llamarse oro, y despues de haberlo violado, confundido, negado y escarnecido todo, ofrecióse á la admiracion universal movido por aquel orgullo que inspira todavía más lástima que ira y desden.

Aquel Erostrato no se limitó á incendiar el templo sino que quiso reedificarlo con esplendidez y magnificencia desusadas, y para ello, en lugar de las leyes exteriores de la revelacion y de las interiores de la conciencia colocó la miseria de la satisfaccion sensual. Así los ingenios más eximios como las inteligencias de ménos alcance todos están conformes en un símbolo que explica la accion providencial y abraza lo pasado, lo presente y lo que está por venir; el «Creo en Dios, Padre Todopoderoso,» es fórmula y resúmen de todos los principios, sentimientos y deberes; pero Fourier, aunque tan mal filósofo como mal cristiano, inventó más barbarismos que herejías y cometió mayor número de faltas gramaticales que de errores sobre el catecismo. Como la Medea antigua no sabe rejuvenecer al viejo Eson sino matándole; pero afortunadamente la caldera falansteriana no hierve con tanta fuerza, ni con mucho, como la mitológica.

Hemos visto hasta ahora á los innovadores, sectarios y enemigos de la Iglesia romana, esgrimir contra ella, como arma principal, el despotismo que ejerce la fe en las voluntades. Ella que proclama en sus actos y lenguaje



que nunca lo útil va separado de lo justo, ha sido acusada de esclavizar el cuerpo y dominar el espíritu, é invocando la libertad religiosa y la libertad política se quiso dirigir contra Roma una cuchilla de dos filos. Roma dejó decir, dejó hacer y sobretodo dejó escribir, y lo que habia de suceder ha sucedido: los taumaturgos de la emancipacion social é individual, los apóstoles de la libertad ilimitada hanse manifestado lo que realmente eran, es decir tiranos desde el dia en que creyeron que la autoridad iba á caer entre sus manos.

Desde la venta suprema de las sociedades secretas hasta los escritorzuelos que extraen de su cenagosa imaginacion una especie de dios falsificado, todos han proclamado la licencia é impuesto la esclavitud; todos, apoyándose en los derechos del hombre y en los grandes principios de 1789, confesaron ser necesario un freno moral y físico, y ellos, que se despertaron rebeldes, volvieron á dormirse tiranos. El mismo Fourier experimentó ese yugo y trata despues de aplicarlo á los demas. «¿Es posible guiar los civilizados á la sabiduría por el camino de la libertad? pregunta. No, contesta; es necesario llevarlos por fuerza. Al mandarse el uso de anchas llantas en las ruedas no hubo cochero que no pusiese el grito en el cielo; dos años despues no habia uno que no se hiciera lenguas del mandato. Este es el hombre civilizado... Por su propio bien conviene violentarlo, en cuanto sólo usa de la libertad para favorecer el mal, contrariar las útiles reformas y convertirse en instrumento de los agitadores. Al igual de los bárbaros magistralmente retratados por el autor de «Mahoma» en aquel verso sobre Arabia

Para hacerla dichosa importa esclavizarla,

no ha sido criado para la libertad, y de Francia debe decirse que lo ha sido ménos que otro pueblo alguno para la libertad política (1).»

Como el sansimonismo, como las sectas todas nacidas de la escoria de las revoluciones, la falange ha envejecido y muerto tirando al paso su piedrecita contra la Iglesia; pero de esa audaz rehabilitacion de la carne, de esa degradacion del espíritu hasta la materia, de esas orgías de sensualismo que abismaban á la humanidad en un embrutecimiento abyecto entre todos, habia de nacer un nuevo mónstruo. La religion habia condenado un sistema contrario á la sociedad, á la familia y al individuo; la ciencia habíale derribado al suelo, siendo él semejante al Ismael del desierto de que nos habla el «Génesis», levantando contra todos las manos y levantándolas todos contra él (2). Habia enseñado y practicado la asociacion pasional, la vida comun y la promiscuidad, y esta doctrina abrió la puerta para que las brutales teorías del comunismo hicieran irrupcion en el mundo. Fue la más punzante ironía y el castigo más merecido que pudo Dios imponer acá en la tierra á los partidarios de la mujer libre y á los arquitectos de las séries falansterianas.

(1) *Tratado de la asociacion agrícola*, t. I, p. 448 (1822).
(2) Génesis, c. XVI., v. 12.



En efecto, dígase cuanto se quiera no dejará de ser verdad que el sansimonismo y el fourierismo nacieron de antigua levadura comunista. A ellos se debió que fermentara de nuevo, y corria el año de 1840 cuando los últimos discípulos de Graco Babeuf comenzaron á lanzarse sobre la sociedad cual si fuese apetecible presa. Habia en aquel tiempo al rededor del órden legal, que en apariencia gobernaba y administraba, oradores que hablaban siempre, controversistas que sin descanso escribian, y artífices de toda clase de impresos, quienes, colocando junto á un mostrador el altar de la libertad de imprenta, introducian á los mercaderes en el templo y cobraban conforme á tarifa el elogio ó la censura, el vicio ó la virtud, el talento ó la ignorancia, la codicia ó la abnegacion. Así se hacia la guerra en el terreno de los principios como en el de los equívocos constitucionales ó de los intereses particulares, y en aquellas apasionadas luchas de los partidos, que se disputaban el dominio de Francia y Europa, lo que dejaba la langosta liberal habia de ser devorado por la oruga socialista.

Veinte años hacia que el entendimiento se consumia en esfuerzos para inventar teorías de degradacion humana. Valiéndose ora de conspiraciones incesantes, ora del auxilio de ambiciosas ó anticristianas pasiones, habíase reclutado el ejército del mal, turba inmunda que iba de cloaca en cloaca por dos cuartos cada noche; y en aquellas sentinas del vicio, donde únicamente se encuentran los leprosos del mundo moral, habian sido filiados cuantos sin tener nada, dice Salustio, alimentan envidia contra los que poseen (1). Descontentos de su suerte suspiran por derribarlo todo, y hallan de qué vivir sin apuros en medio de la guerra civil, porque en los grandes trastornos es cuando pueden medrar, escudándoles su pobreza contra la posibilidad de perder algo. Corrian unos á Paris llamados para obras de inmensas pero inútiles fortificaciones, y con el nombre de clase ó mejor de fuerza obrera se regimentaban; otros se reunian en Viena, en Berlin y en Milan, así como en la época de Catilina sus antecesores habian invadido á Roma, en cuyos muros los osados y criminales de todo el mundo, una vez perdido el techo paterno, iban á refugiarse como foco de las impurezas de la tierra toda.

Lo que Salustio viera y pintara de mano maestra se reproduce en el siglo XIX. Tanto y tanto habia hecho para conseguirlo el liberalismo instalado en el poder, que al fin la razon, la filosofía y la libertad sólo fueron máquinas para conspirar; y aunque Dios, que á veces abandona en apariencia el gobierno del mundo al insolente orgullo del hombre, habia mantenido hasta entónces ocultos los rencores populares, acaparadores de las blasfemias y del desconsuelo, la desidia de unos, la complicidad de otros y la ceguedad de todos trasformaron de pronto en declarados adversarios á aquellos grandes criminales que se atreven á aspirar á la honra del oprobio. En la orgía de doctrinas que entónces se celebraba, proscripciones hermanadas con impuras fiestas, aspirábase á la degradacion del universo cristiano, y á que, segun palabras de Isaías, «fuese su cabeza una sola úlcera y dominase su corazon

(1) Sallust., *In Catilin.*, c. XXXVII.

invencible decaimiento.» A duras penas se reservaban los gobernantes de la época la gracia que Polifemo otorga á Ulíses, la de ser devorados los últimos.

Si por casualidad hubiesen aquellos gobernantes pensado en hacer un poco de bien es seguro que habrian sabido el arte de hacerlo mal. En este medio siglo de libertad sin freno, poseida y ejercida por hombres sin Dios, hase creido siempre que era posible derribar un trono, desquiciar una Iglesia, reconstituir un estado ó formar una nueva sociedad religiosa en veinticuatro horas, del mismo modo que se edifica y dispone una fábrica. El comunismo con su formidable fuerza de descomposicion les demostró no ser hacedero, y les obligó á violar el sepulcro de los muertos para negar el alma de los vivos.

El comunismo, que constantemente se presenta airado, ha protegido siempre los vergonzosos excesos en que el placer es para uno solo y el oprobio para todos. Desde el año 1840 vió que la civilizacion de Europa, marcada con funesto sello, iba á precipitarse en el lodazal del materialismo, y en presencia de las insolentes fortunas de que habla Tácito, condenadas en toda época á la pública execracion, se atrevió á levantar la frente y creyó oportuno acusar y maldecir. Persuadido de antemano de que sus goces deben tener por principio los dolores de todos, puso manos á la obra para realizar unos y otros, y despues de haber esperado por largo tiempo pensó que al fin habia de serle permitido atreverse á todo.

Y á todo se atrevió, y en breve verémos á dónde le llevó su audacia.

Es el comunismo una especie de sistema de economía social y política en virtud del cual queda radicalmente abolida de hecho y de derecho la propiedad individual y particular; segun él son puestos en comun los bienes todos, y su reparto, que tambien es de rigor, tiene por necesidad que tentar la codicia de aquellos que en la monstruosa lotería se exponen á ganar y no á perder. La obligacion universal y legal para todos y respecto de todos de presentar los bienes muebles é inmuebles, agrícolas é industriales, para que sean administrados en comunidad, es en cierto modo fundamental: el ente de razon será propietario, pero el individuo no es mas que un jornalero asalariado y retribuido segun sus obras, cuyo juez, admitida la igualdad indefinida, debe convertirse necesariamente en ente fabuloso.

La abolicion de la propiedad privada y el aprovechamiento y la administracion de la comun por el capital, el talento ó el trabajo asociado,—asociacion en la que ocupa el individuo un lugar segun su capacidad ó su atraccion más ó ménos pasional,—es lo que se llama socialismo.

Los adeptos de Saint-Simon y Fourier, diseminados por Europa ó parapetados en la cátedra de una universidad francesa, alemana, española ó italiana, son los representantes y misioneros de esta doctrina, y por más que anden divididos y combatan entre sí en punto á principios y á fórmulas, no impide esto que se unan llegado el momento del ataque. El sansimonismo sienta por base la capacidad y adopta como forma una jerarquía con un Padre supremo miéntras aguarda el descubrimiento de la mujer libre para dar-

le el lugar de Madre. El fourierismo se atrinchera en su atraccion y trata de organizarlo todo musicalmente como el teclado de un piano, en sus grupos, séries y falanges.

Pero ademas de este doble socialismo que, como cáncer roedor, aspira con el tiempo á conseguir la disolucion de la sociedad cristiana, existe en cási todos los gobiernos establecidos una tercera fórmula, un principio latente que debe absorber por necesidad á los otros dos, en cuanto entra en los planes y deseos generales de algunos políticos. Con las apariencias de ilustrado patriotismo que se afana por contribuir á un desenvolvimiento natural y justo de las instituciones democráticas, establécese en Europa un absolutismo como no se vió en ninguno de los siglos pasados; y este absolutismo es el exceso de la centralizacion, la manía de legislar por el estado y en beneficio del estado, el régimen de los abogados que abre camino á un sistema tan absorbente como peligroso. Los descubrimientos científicos y la prontitud de las comunicaciones, facilitan muy mucho el ejercicio de esta administracion, y en un dia dado puede confiscar la propiedad y la industria privada, la educacion y el material del culto. Entónces serán los habitadores de Europa pupilos bajo tutela que formarán una sociedad en comandita cuyo gerente será el estado sin consejo de vigilancia posible, y la fiebre por los cargos públicos y asalariados que invade á los pueblos soberanos consumará la obra.

Esta clase de socialismo, que se oculta todavía bajo el nombre de monopolio gubernativo, sólo en sus abusos y excesos es antisocial y antireligioso; pero puede venir un dia, llegada que sea la tremenda crísis, en que paralice por completo el valor y la abnegacion, facilitando así la victoria á enemigos á quienes sin saberlo prestó favor y comunicó aliento.

Es cierto que en la legislacion de Licurgo, en la república de Platon y tambien en el Evangelio se hallan ciertas aunque pocas semejanzas con el comunismo; pero atiéndase á que el comunismo de que en aquellos libros se habla nunca fue general en su principio, servil en el fin, ni violento en las formas. No se complace como el otro en romper los lazos todos del órden social; no conculca los derechos adquiridos, ni ultraja arrogante las buenas costumbres. El comunismo evangélico fue esencialmente espontáneo y libre: ofrecíanse los propios bienes, con gusto los veia el dueño aceptados, pero jamas le asaltó la idea de apoderarse de los ajenos.

Doctrinas tan diametralmente opuestas sólo tenian de comun el nombre; pero conste que los principios de la asociacion por mayor,—asociacion del capital, del trabajo, del talento, de la inteligencia y de la propiedad,—no fueron aplicados con buen éxito sino obedeciendo al impulso del cristianismo; su aliento fecundó las órdenes religiosas de san Benito, san Bernardo, san Norberto, san Francisco y san Bruno, é inspiró á los jesuitas la feliz idea de las reducciones del Paraguay, república modelo, obra maestra de organizacion y fraternidad que fue democrática y social en la acepcion más elevada del concepto sin haber pasado por la revolucion. El catolicismo es el único que engendra portentos tales; fuera de él y sin él la confusion es el fin de

todas las asociaciones desde la antigua Babel hasta la reciente Icaria de Nauvoo, que dió muerte á su fundador Cabet y devoró á los ilusos que á este habian seguido.

Para remontarnos á la fuente del comunismo moderno no hemos de dirigirnos al Evangelio, sino á las más depravadas pasiones. En todos tiempos han existido en el mundo hombres que piensan ser víctimas de una injusticia desde el momento en que no se cometen muchas en beneficio suyo, al paso que otros han querido á primera vista leer en el libro de que habla el Apocalípsis, libro cerrado con siete sellos que á nadie es lícito abrir ni aun mirar en el cielo, ni en la tierra, á no ser al leon de la tribu de Judá, al descendiente de David, el cual con su victoria alcanzó la facultad de abrirlo y de romper sus sellos.

Conociéndose con la abyeccion necesaria para serlo todo en todo, segun expresion del duque de Saint-Simon, autor de las «Memorias,» los socialistas codiciaron los bienes todos, é impulsados por este apetito, acompañado de avaricia, y por la sed insaciable de placeres que la ambicion aumenta, presentáronse de continuo como los tribunos de la ignorancia y los vengadores llorones del débil y el oprimido. En medio de las actuales naciones de espectros, sentadas en las ruinas de sus extinguidas grandezas, vieron plantearse problemas insolubles ó agitarse entre el vulgo tésis superiores al alcance humano; entónces, para llegar á ser jefes, se hicieron esclavos; nacidos en la pobreza suprimieron las distinciones, deplorando no pocas veces no haber sido mecidos en cuna ducal, y aunque se les decia con Gœthe que los hombres, como los nísperos, maduran en paja, jamas consintieron en someterse á la ley del trabajo.

En la antigua Roma los dos Gracos y Catilina inauguraron una especie de comunismo con el nombre de ley agraria. En la edad media, de puro exagerar la pobreza franciscana y por una interpretacion de las máximas evangélicas, hija más que de la maldad de la ignorancia, Pedro Valdo predicó el comunismo, y sus valdenses ó pobres de Lyon, que al principio se limitaron á ser fanáticos, acabaron en breve por presentarse rebeldes.

Trascurridos tres siglos Lutero, valiéndose del cebo del vicio, del exámen y del despojo, separa del centro de unidad una porcion de Alemania; su idea fue únicamente crear rebeldes contra la Iglesia, y uno de sus más fervientes discípulos se encargó de deducir las consecuencias de semejante rebelion. Tomas Muncer se levanta á su vez, y á sus turbas, á las cuales diezma el hambre porque se les ha enseñado á apartarse de la ley del trabajo, inspira el comunismo protestante la necesidad del universal pillaje. El nuevo apóstol se dirige á los hermanos y amigos de quienes se ha constituido en maestro, y les dice: «Hermanos mios todos somos hijos de Adan y nuestro padre es Dios. ¡Ved ahora lo que han hecho en el mundo los potentados: exponiéndose á la maldicion de cielo y tierra se han atrevido á variar la obra de Dios, han creado títulos, privilegios y distinciones, y reservándose para sí el pan blanco han dejado para nosotros los duros trabajos; para ellos las galas, para nosotros los harapos! ¿Acaso la tierra no es bien de todos y co-

mun patrimonio nuestro? ¿Por qué, pues, han de arrebatárnosla? ¿Cuándo ni cómo renunciámos á la herencia de nuestro padre? ¡Pónganos de manifiesto el documento de cesion! No lo harán, porque no existe... Potentados del mundo que nos teneis esclavos y que nos habeis despojado, oprimido y mutilado, devolvednos nuestra libertad, devolvednos nuestro pan. Y no solo como hombres reclamamos hoy lo que se nos ha robado, sino tambien como cristianos. En la aurora del Evangelio dividian los apóstoles con sus hermanos en Jesucristo las monedas que á sus piés caian; devolvednos pues los «groschen» de los apóstoles, que con injusticia reteneis en vuestro poder (1).»

Muncer y su émulo Juan de Leyde pagaron con la vida tales teorías, consideradas por Lutero como subversivas de la suya. En la guerra de los campesinos los aceros de la nobleza y la cuchilla de la ley dieron muerte á la rebelion del comunismo, armada contra la rebelion en favor del libre exámen; pero el protestantismo no tenia fuerza suficiente para ahogar aquellas doctrinas: por él germinaron y dieron frutos á despecho suyo.

Weishaupt en el siglo XVII ciega con ellas á sus iluminados; el robo es la base fundamental de sus logias masónicas, y nacen luego Robespierre que trasforma el despojo en derecho público frances, y Graco Babeuf que da á este derecho público las proporciones del más sangriento comunismo. Oigámosle: «Pueblo de Francia, exclama, por espacio de quince siglos has sido esclavo y por lo mismo desdichado... Legisladores, gobernantes, potentados, propietarios, oid: todos somos iguales... y queremos la igualdad verdadera ó la muerte. Esta es nuestra voluntad, y la cumplirémos cueste lo que costare. ¡Infelices de los que nos cierren el paso! La revolucion francesa no es mas que la precursora de una revolucion más grande y solemne que será la postrera... ¡Perezcan las artes todas si así es necesario con tal que nos quede la igualdad verdadera!... La ley agraria ó division de tierras fue el deseo impremeditado de algunos soldados sin principios y de pueblos movidos por ciego instinto; nuestra aspiracion es más sublime, más equitativa: «el bien comun ó la comunidad de bienes,» esta es nuestra bandera... Desaparezca para siempre la propiedad individual sobre la tierra; la tierra no es de nadie, y reclamamos y queremos el goce comun de los bienes de la misma tierra en cuanto sus frutos han de pertenecer á todos. ¡Caed por fin, repugnantes distinciones de ricos y pobres, grandes y pequeños, señores y criados, gobernantes y gobernados! No haya entre los hombres mas diferencias que las de edad y de sexo (2).»

El comunismo ha hablado y se ha dado á conocer. Los clubs de Paris, al igual de los de Viena, Berlin y Génova, prorumpian todos en 1848 en furiosas diatribas; á todos animaba el mismo sentimiento y todos lo expresaban en idéntico lenguaje. Lo que se decia en las principales ciudades de Francia hallaba inmediato eco en los cuatro ángulos de Europa, y el club de la Gran Cabeza, en el cual peroraba su presidente el ciudadano Pilot, estuvo

(1) Audin, *Vida de Lutero*, t. II, c. XIII.
(2) *Documentos encontrados en la casa de Babeuf*, impresos por disposicion del directorio ejecutivo.

constantemente en igual línea que los demas. «La revolucion, decia el comunista parisiense, es, á semejanza de nuestra alma, una hornaza devoradora, un crisol en fusion, y no se detendrá hasta que hayamos apagado la sed, hasta que obtengamos nuestra parte en los bienes de esta tierra hasta ahora maldita, en que únicamente el privilegio ha podido saciarse con las venturas terrenas.... Juremos, amigos mios, juremos perpetuar esa revolucion cuyos resultados se quisieran frustrar. Miéntras no se nos dé la república democrática y social, esto es, la república de la reparticion y de la igualdad absoluta, no pasarémos de ser parias, esclavos y animales de carga.... Hagamos temblar este suelo en el cual nuestros nuevos señores sólo quieren edificar para sí; seamos para esta sociedad madrastra el subterráneo volcan que devore sus entrañas. Hasta que no se nos dé la parte que nos pertenece atizarémos las llamas de este infierno en que nuestra miseria se complace, en que nuestra afliccion se goza, esperando la hora en que la mágica varilla del socialismo nos traslade á los soberbios palacios que nos promete el tiempo futuro (1).»

Montesquieu habia dicho: «No es pobre un hombre porque nada posee, sino porque no trabaja;» y el comunismo, desentendiéndose de una máxima que honra á la humanidad, líbrala para siempre del peso del trabajo. Presentando como cosa nueva las rancias doctrinas que hace dos mil años corren por las escuelas de los sofistas griegos y por las tribunas de los heresiarcas, intentó crear una quimera: de una monstruosa confusion de cuerpos y almas, prostituyendo bienes y mujeres, obtiene una nueva forma de error, é inmediatamente empieza á clamar que ha inventado la luz y la vida. Olvidando porque así le conviene que poderío y bienes de fortuna son esclavos fugitivos siempre dispuestos á variar de dueño, confia á la ira y á los brutales apetitos del hombre el cumplimiento de la justicia de Dios. Ríese este de tan insensatos proyectos; pero el mundo permanece indiferente y á no tardar contempla lo que el comunismo le tenia destinado.

Derívase este error, orígen de tantos absurdos, de la desacreditada fábula del estado de naturaleza, cuento poético desvanecido más pronto que un sueño á la luz de la verdad cristiana. El estado de naturaleza era ya cosa gastada aun como argumento filosófico hasta que en el siglo XVIII Juan Jacobo Rousseau dió nuevo calor á la paradoja, consecuencia del orgullo de la razon y de las corrupciones del sentimiento que se alzan contra la idea de una autoridad divina y humana anterior y superior al hombre. De ahí el supuesto contrato social en virtud del que las criaturas, guiadas por el instinto, renunciaron á su natural independencia para someterse á protectoras leyes; de ahí ciertos beneficios de la civilizacion más ó ménos disputables, causa de quedar abolida la comunidad de bienes.

En su enfermiza melancolía Rousseau parecia echar de ménos el estado de naturaleza, y sofistas aun más temerarios esforzáronse en volver al mismo á sus contemporáneos. En los palacios de los príncipes, en los ateneos, en las

(1) *Independencia belga* del 19 de octubre de 1848.

academias cundió la opinion y proclamóse que el cuadrúmano hombre, divagando entre bosques, habíase elevado poco á poco al estado social, inventando sucesivamente el habla, la escritura, las ciencias y las artes. Añadíase que el mismo cuadrúmano era arrastrado hácia la perfeccion por indefinido y necesario progreso, de modo que, originario de un animal prototipo y sucesivamente renacuajo, marsopa y mono, llegó al fin á ser hombre. Segun este sistema, el orígen de la sociedad reconoce por base la espontánea resolucion de algunos seres independientes é iguales.

Deducido de este principio gratuito, en alto punto falso y desastroso, el comunismo se presenta bajo tres distintos aspectos. Aunque nivelador siempre y en todas partes no es enemigo de las medias tintas, y hasta la hora del universal despojo y de los asesinatos de casa en casa, el nivelador comunista admite sin esfuerzo al nivelador ecléctico y al nivelador radical, precursores suyos destinados á ser sus comparsas. Él, empero, sólo él hará nacer el sol de las fraternales venganzas y de las filantrópicas justicias.

Si al explicar sus teorías los niveladores de primero y segundo grado tratan de ponerse entre sí de acuerdo, á la manera que el elefante domesticado domestica al elefante bravo; si para causar el menor susto posible suavizan el principio y modifican las consecuencias; si inventan y ensalzan el régimen representativo, que tarde ó temprano, de insurreccion en insurreccion, aunque sin precipitar el curso de las cosas, restablecerá la edad de oro de la igualdad primitiva; si en sus actos públicos más que en el recinto de su pensamiento se dignan someter la religion á la política y el Evangelio al código civil; si sustituyen la razon de Dios y la persona de Jesucristo con su propia razon y su propia persona; si afirman que la ley humana es la única obligatoria y que sola ella puede y debe regir la sociedad, los comunistas miran con los brazos cruzados el paso de tales paradojas, que al minar y conmover poco á poco el social edificio van trabajando en beneficio de la idea comunista. Pero cuando el comunismo, juzgando haber llegado el instante propicio, se levante compacto y unido y reivindique la plenitud de los derechos del hombre y demuestre á los timoratos y moderados de su escuela que sus tentativas de revolucion no bastan para conquistar la libertad del desórden, la igualdad de la nada y la fraternidad del pillaje; cuando sacuda al fin cuantos grillos se ha condenado voluntariamente á sufrir y proclame en alta voz que Dios es el mal y la propiedad el robo; cuando despues de haberse complacido en sembrar vientos por medio de la moderacion se complazca en recoger tempestades: ¿qué muro podrá oponerse á las turbas devastadoras?

«Dadme un bruto, decia Mirabeau, y lo convertiré en fiera.» El comunismo se ha apoderado del concepto y lo realiza por cuenta propia.

En esta tierra nuestra es la dicha como el oro: en los sitios que la producen sólo es hallada en pequeñas porciones, y aunque los apóstoles del comunismo saben esto tan bien como nosotros, la experiencia no ha bastado para corregirlos. En los animados centros de poblacion, en los talleres, en las fábricas, en los ejércitos, en las más ocultas aldeas y en las más pacíficas ciudades, vense hombres que toman á destajo la empresa de la subversion

universal; y esos hombres, que suelen estar más enterados de lo que en el destierro ó en la cárcel pasa que de lo que predican, se complacen en difundir tinieblas sobre lo que está por venir, no dejando entrever en ellas sino algunas fantasmas siniestras.

En los dias serenos los misioneros de la desorganizacion encarecen á las clases trabajadoras y al pueblo peculiar suyo la necesidad de la moderacion y de la paciencia con palabras que rebosan hiel, elocuencia rociada con imaginarias lágrimas cuyo objeto es despertar é inflamar los malos instintos. Equivale, segun expresion del cardenal de Retz, á «hacerse de miel sin dejar de ser pimiento.»

Hermanando la insolencia de la amenaza con la hipocresía de los halagos los doctores de la regeneracion por medio del universal saqueo son atrabiliarios é implacables; parece que sólo les queda la facultad de aborrecer. Miserables ó arruinados desde su nacimiento, son perezosos por instinto y por profesion; su traje raido descubre casi siempre la hilaza, y su pescuezo huele á cáñamo. Con sus elegías acerca del sudor del pueblo que el opulento se complace en beber, con sus interminables quejas sobre la desigualdad de las clases, diríase de ellos,—tanto es su arte en lo de mostrarse tristes y afanosos,—que descienden en línea indirecta de las lamentaciones de Jeremías. Inspirados por su inexorable orgullo piensan que el universo comienza en su cabeza y acaba en sus piés; pero olvidan que la maldicion será como piedra disparada al aire que vuelve á caer sobre la cabeza de quien la arrojó.

Por medio de sus maestros y tribunos diseminados por el mundo entero y organizadores hasta en la otra parte de los mares de salvaje propagacion del mal, brinda la doctrina comunista al egoismo indolente con toda clase de licores espirituosos en los que domina la paradoja social. Engendra, alimenta y propaga las ilusiones de la perversidad, y en vez de consolar las aflicciones y ser apoyo del decaimiento, vésele con toda clase de predicaciones, almanaques, estampas, coplas é impresos hacerse arma de los padecimientos y dirigirla contra la ley ó el individuo.

Esa espada de doble filo hiere á la vez á la Iglesia y al estado; sus golpes caen así sobre el Sacerdocio como sobre el imperio, y entre la sociedad atacada y el comunismo revolucionario no puede haber tregua ni pacto posible. No discute la justicia con el asesinato y el robo, el médico con la gangrena, ni el viandante con la víbora; y hoy que nadie sabe constituir en deber sus propios principios seria más que nunca necesario coligarse para intentar un supremo esfuerzo.

En Francia, Alemania, España, Bélgica, Suiza é Italia ocúpanse en fabricar pólvora y balas los esclavos de la demagogia comunista; su sobrecejo asustaria al mismo ángel de la piedad, pero semejantes á las fantasmas de la leyenda á quienes ahuyenta el destello de una espada, desvanécense al presentir la menor resistencia. Para comunicarse á sí propios apariencia de valor azotan y atormentan el miedo de todos; pero truéquese una vez este miedo público en esfuerzo moral, y la Europa cristiana no volverá á ser víctima de la descomposicion de los ejércitos ni se consagrará otra vez como

en 1830 y 1848 al culto de los sentenciados políticos y al fanatismo de la blusa.

Más hacedero será siempre encender una antorcha en el agua que sacar una chispa de un corazon falso y frio. Ahora bien, el comunismo, que con un solo golpe anonada la religion y la familia, no puede dejar en pié sino inmensa depravacion egoista, esto es, la bajeza consagrada por la idea del bienestar individual. Hase inculcado en el alma de infinitas criaturas despojadas de santas creencias que su interes está en no ser hijos ni padres; háseles dicho que más allá de esta vida no existen premios, castigos, amor, ni desesperacion; y luego que un materialismo brutal ha fermentado en aquellas inteligencias exaltadas á la par que glaciales, hácese penetrar en ellas por medio de sagaces corrupciones y lúbricas enseñanzas la idea de gozar groseramente y sin esfuerzo de cuantos bienes materiales están á su alcance. Si la muerte arrebata á los comunistas todas sus esperanzas, ¿cómo han de arrostrarla serenos?

Con frecuencia domina en el corazon del pueblo noble entusiasmo y generosa abnegacion; mas para que brillen en la historia semejantes esplendores es necesario que su alma esté agitada por ferviente sentimiento religioso ó por heróica expansion de patriotismo. Entónces el pueblo, que por instinto ama á Dios y á la libertad, marcha así á la cruzada como á la frontera, y se lanza con igual ardor á la conquista del sepulcro de Jesucristo que á la defensa de la patria. Á la voz del Papa, lo mismo que á la de su príncipe ó de la libertad, pelea sonriendo y sonriendo muere, sabiendo que la muerte es acá en la tierra auréola de colectiva gloria y comienzo en el cielo de felicidad perdurable.

Para mostrar animoso esfuerzo siempre y en todas ocasiones es necesario creer; para sacrificarse es necesario amar, y el comunismo ha extinguido la fe, ha ahogado en las almas el sentimiento de la familia y del país, y entre las ruinas sólo ha dejado en pié el egoismo. ¿Por qué el egoista habria de sacrificarse por la ventura de todos, cuando él solo, exponiéndose así á morir, quedaria privado de la misma dicha que desea?

Así, pues, el comunismo engendra hombres holgazanes y cobardes: tales calidades son el sello de su fábrica. La gente perdida á la cual educa en el pillaje no necesita pólvora ni fusiles: bástale una cuerda para extrangular á las víctimas sorprendidas durmiendo, una hacha para despedazarlas. La cuerda y la hacha las llevan los hombres; mujeres y niños van provistos de sacos para recoger más fácilmente el botin.

Todo esto ha sucedido y sucederá otras veces; pero el comunismo, depravador de la naturaleza humana, no se aprovechará de sus perversiones. Es cierto que se forma para sí un pueblo especial, mas este pueblo es el asno con piel de leon, y si no temblais, si no huis, si por el contrario avanzais al encuentro del mónstruo, veréis al asno caer postrado y sin fuerzas, pues no es de hoy que es enemigo cruel entre todos el hombre para poco á quien se ha permitido obtener alguna ventaja. Adoradores de la fuerza tiemblan los comunistas si ven en los otros entereza, y disciplinados por hombres que jamas tuvieron nombre en lengua alguna ni valor en ningun

país, os miran con espanto desde el momento en que os conservais serenos. Como única excusa de su servilismo de ayer ó de sus humillaciones de mañana hacen lo que los esclavos pintados por Perseo: humillan la frente y devoran feroz silencio:

Obstipito capite et figentes lumine terram,
Murmura quum secum et rabiosa silentia rodunt (1).

El comunismo, á cuyo servicio están devoradores, hambrientos, invisibles, voraces y amigos de la muerte, del mismo modo que tienen en el suyo las sociedades secretas á fieras sedientas de sangre, no es susceptible de ser refutado: negacion completa de toda clase de culto y de moral, erradica las creencias religiosas, las tradiciones tan antiguas como el mundo y tan universales como el linaje humano, ratificadas por el cristianismo por medio del conocimiento de un Dios que es supremo criador, revelador y conservador. En los sistemas individuales establece perpétua y deplorable confusion de ideas; pero unidos en todas ocasiones sus secuaces contra la verdad que es siempre una, divídense luego que deja de unirlos aquel lazo facticio. En Francia, Italia, España, Hungría, Bélgica, Austria, Prusia, Suiza, Inglaterra y América es el comunismo la perturbacion organizada por el crímen, es la discordia en los corazones procurando introducir una sombra de fraternidad en los hechos; y es el caso que la rebelion predica la obediencia, exige absoluto servilismo, y de cuando en cuando se hace blasfema para vestirse con apariencias de religiosidad irrisoria.

Camilo Desmoulins decia que Jesucristo habia sido el primer descamisado «sans-culotte»; Graco Babeuf conferia al Dios del Calvario el papel de repartidor de bienes; Proudhon lo transfiguró en socialista divino, y en 24 de diciembre de 1848 leyóse en el diario «el Pueblo» la siguiente profesion de fe:

«A causa de la fiesta de Navidad no publicarémos mañana el periódico. La Natividad es una de las fiestas de que el socialismo, la religion nueva, despoja al catolicismo. Preguntad á un clérigo en qué consiste la fiesta de la Natividad y el motivo de su existencia, y os dirá que este es el dia del nacimiento del Señor, sin que sobre ello sepa el pobre cura otra cosa, pues se ha limitado á estudiar la teología en el seminario de San Sulpicio. Y si luego le decis que en los tiempos más antiguos existia ya semejante fiesta y que con ella se celebraba el renacimiento del sol, quedará mirándoos con tanta boca abierta.

«En efecto, á contar desde Navidad renacen los largos dias y el sol parece describir por nuestro horizonte círculos más extensos. Todo se renueva, todo recomienza. Espira un año, y otro nuevo se inaugura. En las comarcas del Norte, la fiesta de Navidad es el primer dia del año.

«El socialismo abre igualmente una nueva era, era de palingenesia, de renacimiento y de renovacion, y por lo mismo la fiesta de Navidad le pertenece. Sus hijos, para recordar á su modo que en este mismo dia, mil ochocientos años há, vino al mundo el divino socialista Jesus en la casa de un

(1) Pers., *Satir.* 3.

proletario, deben considerar esta fiesta como la de la igualdad por excelencia.»

En aquella época en que era la locura un poder humillante y tiránico entre todos, hubo inteligencias que no consintieron en inclinar la frente al peso de tales sacrilegios. Los ridículos filósofos que querian medirse con Dios é intentaban espigar fama para sus nombres entre retos dirigidos á la fe de los pueblos, no les inspiraban con razon temor ni lástima.

En el vasto atrincherado campamento formado por Europa contra el comunismo estrechaba sus filas la sociedad cristiana y disponia sus armas para hacer frente á las nuevas herejías; pero entónces no se sabia aun lo que en breve pasará á ser elemental: no para maldecir á voces de la Providencia tamborilean sus paradojas los mauleros saltabancos de la reparticion igualadora; su incredulidad, que ha obtenido permiso de venta y abierto tienda de frases corrosivas, no quiere mas que agrupar á su alrededor á los transeuntes; sus desdenes por las cosas santas, el furor con que levantan al cielo su puños cerrados, los ultrajes á la familia, los delirios de la mente, no pasa de ser todo farsa necia y vulgar. Unos á otros se disputan la parroquia y muchas veces el rayo lanzado contra Dios se trasforma poco á poco en un platillo que sin pudor alargan al corro esos Belisarios del ateismo, los cuales ni siquiera saben tomar por lo sério lo del beso de Júdas.

En 1848, al presentarse el comunismo con su vanguardia de niveladores y su ejército de tunantes marchando en són de guerra contra todos los buenos sentimientos, la opinion pública en su misma sorpresa encontró el necesario valor del desprecio; viéronse entónces santas heroicidades, y la victoria de la república democrática y social quedó aplazada por no haber consentido la sociedad cristiana en espirar en medio del fango.

Pero desde Babeuf hasta Luis Blanc, desde Cabet hasta Pedro Leroux, pasando por Mazzini y los demagogos alemanes, polacos, suizos, belgas é italianos que se amamantaron con el comunismo, va realizando la revolucion su obra propagadora con perseverancia infatigable. Sus doctrinas se infiltran por entre las compactas masas de proletarios y sus lecciones son siempre las mismas; tampoco varían los medios ó por mejor decir las añagazas que emplea, pues la revolucion, que no puede inventar nada nuevo, copia siempre: indicado está en su programa el entusiasmo lo mismo que el llanto, y la cólera y la compasion son otros tantos artículos de su arancel.

La revolucion posee en sus antros y á veces arrastra en pos de sí á ciertas damas de cuenta, á mujeres literatas que no han sido comprendidas, tristes y solitarias estrellas cuyo único privilegio es inspirar á los hombres continencia, y ellas, que merecieron el cínico nombre de «Mater sœva cupidinum,» son para el comunismo nuevo recurso de corrupcion. Graco Babeuf ideó la receta y sus discípulos la ponen en planta. En el «acta de insurreccion» que él y sus cómplices redactaron para los necios que en 1796 los seguian, léese: «Finalmente, las mujeres, que tanta parte han tenido en la seduccion de las tropas, darán término á su cometido precipitándose delante de los soldados, unas de rodillas y otras con el pecho descubierto, agitando en sus manos coronas de laurel y siemprevivas.»

Como se ve datan de léjos las escenas de tradicional enternecimiento; mas por desgracia son siempre nuevas, y en determinadas horas de decaimiento y sorpresa no dejan de producir grande efecto en el ejército y en las muchedumbres.

De este modo procede el comunismo: heredero de todos los errores y de todos los sofismas y exagerándolos hasta lo absurdo para convertirlos en monstruosos atentados, tuvo el acierto de deducir exactas consecuencias de los principios destructores del órden. En vez de enseñarle á leer el catecismo fuéronle explicados los derechos del hombre; sobornáronle para hacerle ciego instrumento de ambiciones liberales, y quiso al fin que su perversidad sirviese para algo. Dijéronle en voz baja que menospreciar los dogmas católicos equivalia á elevarse al nivel de las inteligencias perspicuas, y dejó de ser cristiano; hiciéronse germinar en su corazon sentimientos de envidia, de desamor y de ira; persuadiéronle de que la desigualdad de clases es una preocupacion y de que variando de bandera ó de iglesia segun los deseos de sus directores podria gozar á su vez de bienes y honores; y penetrando bien este lenguaje vuélvelo contra sus maestros, y no quiere mostrarse necio contra la necedad misma.

Con la pérdida de su fe y buenos hábitos ha llegado gradualmente á la negacion más absoluta, y depravado que fue quiso que su depravacion le fuese útil, esperando que entre los escombros de la religion, del trono y de la familia habia de servirle para realizar la conquista de la nada por medio del exceso de todos los goces materiales al alcance de sus bajos apetitos. El comunismo no sabe ya el camino de la iglesia, y sigue el del presidio y de los gobiernos provisionales. Solo Dios puede saber en qué punto se detendrá; pero atiéndase á que un demócrata, que conoce á fondo la democracia, la define diciendo: «La democracia es la envidia (1),» y esta pasion de la cual dijo Bossuet ser «negro y secreto producto de un orgullo débil», es entre todas la más implacable.

Acabamos de ver los desórdenes á que puede arrastrar ese orgullo al vulgo ignorante y crédulo; digamos ahora hasta qué punto puede extraviar á una inteligencia privilegiada.

El presbítero Lamennais hallábase en el apogeo de su brillante ingenio y en la decadencia de su gloria cristiana; nacido para los combates y manifestando desde su edad más tierna una terquedad que debia de trasformarse poco á poco en espíritu de rebelion, alimentóse cuando niño con el vino de la desobediencia. Impasible testigo de los sucesos de 1793 atraviesa aquella época de sangre y perjurio teniendo en la duda un culto y en Juan Jacobo Rousseau un ídolo; su inteligencia y su corazon imprégnanse de las paradojas inventadas por el filósofo ginebrino, y poseida su imaginacion de las fealdades por este preconizadas creyó el jóven volver al sendero de la fe sólo porque sentia el deseo vago de ser llamado por Dios al servicio del altar. Despues de haber carecido de guia en sus estudios primeros no admitió tampoco direccion alguna en sus tareas filosóficas y literarias.

(1) *Revolucion social*, por Proudhon, p. 76.

Difícil en verdad habria sido nacer en época más deplorable (19 de junio de 1782). Lamennais penetraba en la vida por la puerta de las revoluciones, y siendo así que no hubo hombre que más necesitara de educacion, no lo hubo tampoco que ménos la tuviese. Su madre, buena y piadosa bretona, ha muerto; ocúpase su padre en rehacer por medio del comercio un caudal muy disminuido, y el niño queda abandonado á los cuidados de un tio ateo y volteriano. Para no quedar expuesto á los consejos de su hermano Juan ó á las lecciones de un maestro, el déspota naciente se encierra en una biblioteca, y allí con ira, hermanada con desdeñosa comprension, lo examina y lo devora todo; hasta que por fin, despues de muchos trabajos solitarios, punzantes tormentos de amor propio y dolorosas tentativas, preséntase y se descubre el escritor.

En medio de sus terquedades cuya llave no posee aun nadie, encuéntranse tesoros de pasion amontonados contra la idea demagógica y anticristiana. Más entendido en descubrir ó practicar el sofisma que en realzar y enaltecer la verdad, no se para Lamennais por consecuencia ninguna; en su estilo abundante y rico chispea la ironía, pero su dialéctica guarda mucha analogía con la de los partidos extremados, y como decia Dante, «misericordia y justicia debian mirarle con igual despego.»

Fatigado de la fe y la razon, afanoso por demostrar lo que es un sacerdote tal como él lo ha comprendido y como espera, aunque en vano, hacerlo comprender á los demas, Lamennais no consiente en la menor transaccion, no se somete á autoridad alguna. Para afianzar el triunfo de la Cátedra de Pedro impone la obediencia con soberbiosas palabras, y sus doctrinas, que bajo una forma humilde y como valetudinaria esconden satánico orgullo, siembran la discordia entre los teólogos. Imperioso en el habla aunque se proclama flaco y pobre de espíritu, el presbítero Lamennais forma secta y va alejándose del centro de unidad: en sus obras, que son compuesto de aceite, alcohol y hollin, vense como dijo san Agustin, bálsamo y lodo agitados por una misma mano: la fragancia exquisita del uno confúndese con el hedor insoportable del otro.

Su principal, su única idea fue en un principio constituirse en maestro de la Sede romana. Sin considerar que era por demas inútil empeñarse en prestar luz al sol, Lamennais con gran riqueza de apasionadas imágenes quiso completar la ley de Dios y llevar en triunfo á la Iglesia más léjos de lo que ella queria: era como el arquitecto que al elevar un monumento á un hombre ilustre colócale sobre la frente la primera piedra, y lo anonada. A semejanza del azor que sin cesar batalla, lo cual hacíale odioso á los antiguos,

Odimus accipitrem quia semper vivit in armis,

Lamennais con su genio impaciente y con las grandes dotes de su inteligencia aspiró llevar al templo la guerra intestina, y su propia vida no fue mas que continua y agresiva lucha. Presentóse para romper lanzas contra los principios subversivos, y campeon infatigable sirvióse de la pluma como de un puñal y en vez de dar vida dió muerte. Por esto la córte romana y el

episcopado, el clero y la compañía de Jesus no pudieron consentir en ser defendidos á pesar suyo por un hombre cuyos deseos eran vastos como el infierno y que, cual la muerte, es insaciable; y en tanto revolvíase él en su sepulcro político y social al que intentaba arrastrar á los poderes todos. Estos, obrando cuerdamente, préstanse á condescendencias inútiles sin duda, encaminadas á amortiguar los golpes disimulando la resistencia, y ya que Lamennais se ha ofrecido como generalísimo de la cruzada que medita, procuran sosegar el fervor de su celo. Entónces, ya que no puede salvar la religion, se empeña en desunir al clero y enflaquecerle al tiempo que proclama ser su único objeto comunicarle su vigor, y aspira á ser más grande que la verdad, más grande que la Iglesia, que es su depositaria, y más grande que el Pontífice, su representante. Con su apostasía no ha probado aun al mundo que no existe poder contra la Sede romana; pero al seguir á aquel genio siniestro por la huella de sus proyectos, al verle perder por grados su discernimiento y autoridad, puede ya deducirse que sin la Iglesia no existe fuerza verdadera.

Cuanto de mayor altura es la caida, mayor es el espacio que se recorre y más acelerado el movimiento, y esta ley del mundo físico á nadie ha podido aplicarse mejor que al presbítero Lamennais. Como Sant-Simon, Fourier, Roberto Owen y los socialistas no quiso en un principio entregar la tierra á merced del impío; pero como ellos inventó sistemas, y al advertir que estos, semejantes á frutos inmaturos, caian por poco que fuesen agitados, abandonó á insolente despecho la tarea de vengar su amor propio, y entónces cubrió Dios con un velo los ojos del juez. No tuvo Lamennais la estruendosa fama de otros innovadores; quizas no la ambicionó siquiera, pues aquel hombre, cuya índole quimerista era, segun la Sagrada Escritura, tejado con continuas goteras (1), no corrió en busca de la libertad del escándalo sino para alcanzar la libertad del mal. É hízolo con fruicion y con delicia; aplicóse como á una industria á los mentales trabajos, y para mejor pervertir á las inteligencias superiores desdeñó al vulgo y fue por él desdeñado, aun cuando, á ejemplo de Saint-Cyran con quien tuvo varios puntos de contacto, procuró infiltrar el veneno entre el clero, convencido de que así la corrupcion descenderia con rapidez hasta el pueblo.

Así que de acuerdo con su amigo Jansenio hubo Saint-Cyran preparado y publicado la doctrina que habia de introducir en la Iglesia una nueva herejía, los dos sectarios repartiéronse los papeles que Lamennais trata de desempeñar él solo. Jansenio escribe, y Saint-Cyran busca prosélitos. Como difieren las épocas así difieren las obras. El abultado volúmen del obispo de Ypres es un libro sólido, grave y basado en prolijos estudios; los folletos de Lamennais son frívolos, amenazadores, acerbos, y respiran la conflagracion de doctrinas y costumbres de que fuera testigo el siglo XIX. El libro de Jansenio, resultado de un trabajo ímprobo de veinte años, obra póstuma de un doctor belga condenada por Roma casi al nacer, habria quedado infalible-

(1) *Proverbios*, XIX, 13.

mente perdida á no reclutarle Saint-Cyran parciales entre los privilegiados por la nobleza, la hermosura, el talento y la opulencia.

Poseia aquel heresiarca, verdadero fundador del jansenismo, una fuerza de fascinacion tal que hacia suyas las inteligencias más claras y las virtudes más peregrinas, y así se explica como redujo al cardenal de Berulle y como pudo honrarse por mucho tiempo con la amistad de san Vicente de Paul. Júzguese por ambas conquistas de los triunfos que alcanzaria en el siglo el engañoso atractivo de direccion que constituyó la fuerza principal del jansenismo. No se propuso Saint-Cyran redoblar los golpes aunque debieran perderse, ni multiplicar al infinito sus secuaces; escogiólos por el contrario uno por uno entre los jóvenes de la Sorbona y del foro, apasionados siempre por lo nuevo y dispuestos á servir con entusiasmo la causa que invoca la persecucion como medio de popularidad. A despecho de Richelieu habíase apoderado Saint-Cyran de la generacion naciente, y fundando escuelas en Port-Royal alistó en sus banderas á mujeres devotas y á damas de cuenta, creó una congregacion de solitarios cuyo único encargo era el estudio y la polémica, hizo enmudecer al elocuente Antonio le Maistre, inspiró á Arnauld sus implacables iras, y enseñó á Blas Pascal, muy jóven aun en aquella época, á cortar la pluma que habia de escribir las «Cartas provinciales.»

Saint-Cyran realizó grandes cosas con muy corto séquito, y sembró la confusion en la Iglesia al tiempo que proclamaba ser su único deseo probarle su filial cariño. Lamennais conoce la conveniencia de esgrimir la misma arma: su genio acerbo é intratable no podia ejercer en el vulgo aquella influencia fugitiva que toman por blanco de sus esfuerzos los tribunos políticos vulgares, y por esto, imitando á Saint-Cyran, forma una escuela en la que sólo admitirá corazones ardientes é imaginaciones deslumbradoras. Para constituir el cenáculo sobre el cual derramará en lenguas de fuego su espíritu pendenciero, rodéase de lo más escogido entre la juventud clerical y seglar, y así busca sus adeptos en los seminarios como en los salones de la sociedad culta. Eximios talentos brillaban en aquella reunion haciendo presagiar futuros oradores, filósofos y sabios; aquellos jóvenes, en la confusion de ideas que como reto lanzaba el liberalismo sobre el mundo cristiano, disponíanse generosos á combatir en defensa de lo verdadero y lo justo, y Lamennais tuvo el arte de ser monopolista de tan buenos elementos. Cuando se precipitaban al socorro de la Iglesia supo inculcarles ideas de rebelion con la apariencia de un deseo de emancipacion cristiana, y guiólos hácia el abismo en cuyos bordes los detuvo la mano del papa Gregorio XVI, lo mismo en Francia, que en Italia, en Bélgica que en Alemania, pues en todas las comarcas católicas habia reclutado Lamennais fervorosos prosélitos. En algunos, empero, sobrevive la doctrina del maestro aun despues de ser este renegado por todos en la doble apostasía de su vida y su muerte; aunque no se atrevieron á alimentarse con ella, respiráronla y absorbiéronla como un aroma, y de ella están impregnados todavía.

Considerados los dos caudillos, examinemos ahora sus sistemas.

El jansenismo destruye la libertad del hombre y en cierto modo hace que

se pierda en la moral la voluntad humana. La doctrina de Lamennais va aun más léjos; confiscando la razon individual no es en ella el individuo mas que un ente incapaz de certeza fundada en conciencia, y sólo abriga fe ciega y animal instinto.

El jansenismo subordina el Pontificado al episcopado, el episcopado al presbiterado, el presbiterado á la multitud y á la potestad civil. La doctrina de Lamennais inmola el Sacerdocio y el imperio á la tiara, y al fin humilla á esta y la pone bajo la autoridad del vulgo profano é ignorante.

Lutero, Saint-Cyran y Calvino desearon, predijeron é invocaron la caida de la romana Iglesia; esta era la mayor del silogismo á que por ellos se apelaba. Lamennais acumula las hipérboles y deplora en términos de febril devocion el empobrecimiento de la Sede apostólica. Lo que la Biblia para los protestantes será la tradicion eclesiástica para el jansenista; á su vez traduce éste, fomenta y divulga las sagradas Escrituras, y Lamennais las considera junto con los santos padres como la única fuente de educacion cristiana.

El jansenismo tiene un estilo peculiar suyo, estilo glacial, duro y bruñido como el hielo; el de Lamennais, por el contrario, rebosa de entusiasmo y de imágenes, y más deslumbrador que sólido, apoderado de la prensa, de los libros ascéticos y del púlpito, en vez de piadosas lecciones prodiga á los fieles maravillados heregías ditirámbicas ó paradojas de una libertad sin freno.

Finge el jansenismo hacer la guerra al protestantismo, cuando no es otra cosa que un protestantismo disfrazado; dice encerrarse en estrictísima moral, y la anonada al anonadar toda responsabilidad en el bien y en el mal; profesa santo horror por las restricciones mentales, y su vida es una continua impostura; pregona la necesidad del amor de Dios por excelencia, y lo ahoga en gérmen con sus ideas particulares sobre el Criador; aspira en fin á la soledad y al desierto, atribúyese santos como Antonio y Marta, y destruye la misma esencia de la vida religiosa. Lamennais á su vez anúnciase como el ángel exterminador del racionalismo, y llega de un salto á la apoteósis de la razon humana; habla á todas horas del principio de autoridad, y lo mina en todos sus grados y en todas sus formas; su primer grito de guerra irá dirigido contra la indiferencia, y su postrer suspiro difundirá y sancionará esta misma real indiferencia con la confusion de todos los cultos en un «club» universal, procedente de la francmasonería.

El sistema del presbítero Lamennais ha experimentado mudanzas tan considerables como la existencia de su mismo inventor. Fue su punto de partida justísimo encono contra la idea revolucionaria y el de llegada monstruosa apoteósis de los demagogos; comienza su teoría exagerando la potestad espiritual de Roma é imponiendo al Pontificado derechos que los Sumos Pontífices rechazan, y concluye por la glorificacion del ateismo. En ambos puntos tan distintos y opuestos conviene fijar la atencion para apreciar el bien que podia hacer el presbítero Lamennais y el mal que ha producido. De él ha de decirse que llenó de tristeza el corazon de la Iglesia y deshonró á la revolucion sirviéndola, y en tanto es así, que ofendida esta, apénas se digna dar al gran culpado la limosna de la compasion pública. Aunque la vida privada y

la muerte de Lamennais son patrimonio de la historia, nosotros en este punto sólo debemos ocuparnos de su obra y de su escuela.

Tres ideas fundamentales constituyen aquella, ideas tan distintas é incoherentes que mucho tiempo pudieron y hubieron de existir separadas. Distintivo y sello del error es el contradecirse á sí mismo mil veces, y Lamennais experimentó como nadie la fatal suerte de sus doctrinas, por él abandonadas despues de haberlas sostenido: su escuela es la única que á ellas ha permanecido fiel. En sus primeras obras desde el año 1817 hasta el de 1830 el escritor sentó tres principios, á saber: la razon general, único criterio de verdad;—el Papa, órgano infalible de esta misma razon,—y la guerra á los clásicos paganos.

La razon general, universal y perpétua que fue la base del sistema de Lamennais, tomó en sus libros toda clase de nombres, modos y formas; fue indistintamente el sentido comun, la autoridad, la tradicion, los monumentos ó la fe; era aquel algo desconocido que han admitido las naciones todas desde su orígen primero; mas por interes ó por falta de lógica abstúvose Lamennais de definir esa incógnita de un modo uniforme y preciso. Como los sistemas todos era este proclamado nuevo y flamante por su inventor; sólo sí que el inventor se contradecia desde la primera página. Pues ¿cómo explicar una razon general, á su decir infalible y depositaria de la verdad, y admitir al propio tiempo que pudiese no saber la verdad misma?

La razon general no pasaba de ser una abstraccion, ó en caso de concederle alguna realidad, de ser un ente no apreciable. Con ella es potestativo al individuo creer lo que imagine haber descubierto respecto del sér abstracto, y Lamennais, que habia tomado sobre sí el encargo especial de combatir el protestantismo, aumenta y hace más pesada aun la tarea de hojear la Biblia impuesta á los protestantes, quienes han de buscar ellos mismos en sus páginas los elementos y las causas de su creencia. Para el innovador la Biblia no es mas que un átomo imperceptible de lo que importa estudiar, en cuanto, consecuente por fin consigo mismo, sólo ve en el cristianismo el heredero del judaismo y en este el de una especie de Iglesia primitiva, cuyos archivos se forman con cuantas tradiciones gentílicas nos quedan de todas las edades y de todas las latitudes.

Comparado con el cúmulo de trabajos á que queda obligado el nuevo creyente el exámen decretado por Lutero es muy poca cosa. A la Biblia ha reemplazado la razon general; pero intérprete de la una y de la otra ha de ser el espíritu individual; y por esto, aunque al ver marchar al innovador contra el protestantismo y el racionalismo, sintieron momentánea alarma protestantes y racionalistas, no tardaron en recobrarse del susto al considerar las armas poco temibles que aquel blandia; como los revolucionarios comprendieron que más que un adversario habian adquirido un aliado, y en verdad que para convencerse de ello no eran menester grandes esfuerzos de imaginacion.

A pretexto de reducir todos los criterios á uno solo, el cual no pasaba en realidad de ser una quimera, resucitaba Lamennais el más inmoderado pir-

ronismo y pulverizaba cuantos medios de certeza poseian verdadero valor é hicieran fe en las escuelas así antiguas como eclesiásticas. Siendo sus lecciones traba para sus movimientos, declaróles guerra sin tregua, y su principal ataque fue dirigido contra Descartes y los cartesianos. Y en esto manifestábase inteligente táctico: circunscribiendo sus hostilidades á un solo nombre y á una sola escuela minaba y abria brecha en las pasadas edades católicas cuando en apariencia sólo á un filósofo iban dirigidos sus golpes.

¿Qué era en tanto de la fe y de la tradicion verdaderas en medio de aquellas palabras de dos y tres sentidos de fe, autoridad, monumentos y tradicion?

Lo natural y lo sobrenatural, lo humano y lo divino, lo sagrado y lo profano quedaban confundidos; suprimida la razon individual quedaba la fe católica herida de muerte, pues de un golpe se arrebataba á la Iglesia su infalibilidad y su divino encargo. El «Docete omnes gentes» venia á ser una contradiccion; aquella promesa del Espíritu Santo: «Suggeret vobis omnia, docebit vos omnia,» pasaba á ser una ilusion, y no era ya la Iglesia la que tenia el derecho de enseñanza. En un sistema que al parecer se complacia en amontonar ruinas sobre ruinas y tinieblas sobre tinieblas descúbrese sin embargo como una sombra de edificio; quizas no ha sido ideado ni deseado siquiera, pero ello es que se levanta como consecuencia inevitable. Su forma es la de la democracia primero y la de la demagogia despues, y en él está inscrito el imperio y la autoridad del pueblo, con la condicion invariable de que el heresiarca en gérmen será guia y consejero del mismo.

Despojado de seductores recamos y sometido al escalpelo del análisis muéstrase ese sistema como tejido de errores que á primera vista han de escandalizar al más vulgar entendimiento; pero cuando el presbítero Lamennais con la fascinacion de su talento y la autoridad de su estilo infiltrábalo gota á gota en corazones amantes de cuanto parecia ser nuevo, hubo pocas inteligencias bastante perspicaces para descubrir é indicar el escollo, y aquellas que tímida y aisladamente emprendieron semejante tarea en muchas ocasiones ardua y en todas ingrata, fueron blanco de los primeros desdenes y de los altivos furores del elocuente escritor. Algunas, empero, perseveraron en su obra; otras viéronse cubiertas de ridiculez y oprobio.

Como la luz molesta á ojos que están enfermos el innovador se encerró entre tinieblas y no quiso que nadie penetrara en ellas con la antorcha de la verdad. Conveníale sobretodo ocultar el orígen de sus principios, y de tales nubes los rodeó, tan sagazmente supo envolver la esencia de las cosas con la oscuridad del lenguaje, que pasaron doce años y más sin que los entendimientos mejor organizados hubiesen llegado á apreciar el sistema en toda su extension, segun así lo demostró en 1834, haciendo hincapié en esa oscuridad premeditada el profundo teólogo de San Sulpicio, el presbítero Boyer (1).

(1) *Exámen de la doctrina de M. de Lamennais, considerada á la triple luz de la filosofía, de la teología y de la política*, por M. Boyer, director del seminario de San Sulpicio, p. 33. Paris, 1834.



El disimulo entraba en los designios de Lamennais; no se explicaba con sinceridad porque, como dice san Bernardo, no amaba sinceramente; pero en cambio sabia como nadie llevar al extremo las esperanzas y elevar hasta el delirio de la exageracion la fiebre del bien aparente que sus opiniones habian de realizar tarde ó temprano. El primer tomo del «Ensayo sobre la indiferencia» causó inmenso contento en el mundo católico; en aquel sacerdote que salia al palenque con tan bien templadas armas veíase á Tertuliano y Bossuet identificados en una sola persona, y para enardecer aun más el entusiasmo aquel hombre, que no tenia abierta cátedra de modestia, escribíalo siguiente á uno de sus admiradores de los Estados Unidos, al anunciarle el segundo tomo de su obra: «En cuanto al tomo segundo, que será el de mayor importancia, pues en él estableceré un nuevo sistema de defensa del cristianismo contra todos los incrédulos y herejes, sistema sencillísimo, en el cual se verán pruebas tan perentorias y rigurosas que á ménos de renunciar á decir «Soy» habrá de decirse el «Credo» hasta el fin..., avanza con paso muy lento. Ademas de mi escasa salud distráenme á cada momento otros trabajos; de cuando en cuando conviene tratar en folletos asuntos de circunstancias, pues habeis de saber que la Iglesia está aquí muy desatendida; á decir verdad no tenemos en la hora presente mas que una sombra de Iglesia.»

Esta última frase, puesta como al descuido, es en su esencia la idea más constante de Lamennais, y en todas partes la hallamos. Miéntras él pelea y se sacrifica por la Iglesia, la Iglesia no es mas que una sombra. ¿Quién no ve la necesidad de que Dios haga nacer un sol? ¿Quién no ve que ese sol brilla ya sobre la Cátedra de Pedro y el episcopado á quienes protege con su esplendor portentoso?

Al presentarse en la arena el presbítero Lamennais estaban los ánimos muy bien dispuestos para aceptar sus promesas y compartir sus temores: aunque vencida la revolucion en apariencia, esto mismo hacia que triunfase en realidad, y constituida en poder contra la Iglesia dominaba en las altas y bajas asambleas legislativas, en las cuales se forman leyes del mismo modo que Neron hacia versos y tocaba la flauta. Imposible parecia sacar á los reyes del entorpecimiento letárgico en que estaban abismados; imposible tambien volver al sendero del buen sentido á los pueblos cuyos grandes castigos no debian igualar jamas á sus grandes maldades; el filosofismo parecia desafiar aun la Providencia y decir á Dios como Jeremías: «Desechó el Señor su altar, y maldijo su santuario: los chiquitos pidieron pan, y no habia quien se lo partiese (1).»

A este reto el presbítero Lamennais, que, como Eliseo, se envanecia de poseer, aun depositado en el sepulcro, la facultad de resucitar á los muertos que tocaban su cadáver, respondió con elocuencia formidable. Habia contemplado el orgullo del hombre que asciende en lucha con el del hombre que desciende, y con férrea mano habia roto las tablas carcomidas con que la revolucion pensaba levantarse un pedestal. Con aquel lenguaje suyo

(1) *Lam. de Jeremías*, c. II, 7; c. IV, 4.

que cual hierro candente imprimia en la frente vergonzosa marca, oyósele exclamar pintando á los revolucionarios, de quienes habia de ser despues aliado y servidor: «No perdonaron la cuna, porque la suya habia sido el lodo; ni los bienes de fortuna, porque los habian codiciado mucho; ni el talento, porque naturaleza se lo habia negado; ni la ciencia, porque eran ignorantes; ni la virtud, porque estaban cubiertos de delitos.» Y á tan genéricas señas la Iglesia, Francia y Europa conocian á sus enemigos y los designaban con su nombre.

Al considerar aquel atleta que confundia en un anatema á los sofistas, al protestantismo y á la revolucion, las inteligencias, ó por mejor decir los corazones endebles y accesibles á la seduccion, vieron en el escritor un vengador predestinado; ninguno de ellos previó que de aquel estilo, de aquellas ideas, de aquel ardoroso celo suyo, animándose en la lucha y arrollando á todos los adversarios de la religion y de la sociedad, habia de nacer un dia alianza íntima, secreta y sin duda ignorada entónces por el autor con los mismos demagogos á quienes tan sin piedad acuchillaba. Aplaudíase su entereza, exaltábase su talento, y murmurábanse los cargos de ingratitud, injusticia y envidia contra los pocos hombres de razon perspícua que, resistiendo al torrente de la admiracion, consideraban atentamente las perniciosas tendencias que en aquellas doctrinas veian contenidas en gérmen. En Roma, en San Sulpicio y en la compañía de Jesus hubo quienes presintieron el peligro y lo indicaron: sus voces, empero, fueron sofocadas por aclamaciones entusiastas, sin ver que el error, poseedor de una lógica peculiar suya, cunde y se extiende muchas veces sin que lo conozca el mismo carácter en que tuvo orígen.

Creada por Lamennais una razon general levanta para sí un pontificado imaginario, pontificado que, así en su favor como en contra suya, es espada de dos filos. Ya que sobrepujara á los jansenistas en habilidad y destreza, esfuérzase en coordinar los inconciliables principios de que se habia constituido en intercesor: la Iglesia primitiva y la Iglesia judáica, antecesoras de la católica, hubieron menester como esta un centro y una cabeza infalible; y aunque nada dice sobre ello la tradicion, Lamennais, no parándose en tan poca cosa, hace hablar por autoridad propia á la tradicion ya que esta calla. El órgano infalible á que apela es la razon general; pero al momento las objeciones se amontonan al rededor de semejante descubrimiento y se le pregunta de qué razon general pudo ser eco Adan, primer pontífice, y en qué texto evangélico se cimenta semejante sistema. Llevando más léjos los argumentos admíranse algunos de que el concilio general quede excluido de la representacion de la generalidad en provecho de un solo individuo, y otros exigen que designe el innovador en la historia el Papa que se atribuyó encargo y papel semejante.

De ordinario el innovador hablaba, raciocinaba y creia, al parecer, como el comun de los católicos, y la autoridad de su nombre le dispensaba de toda respuesta escabrosa. Al amparo del gran suceso del Pontificado resucitado por su pluma multiplica aquí y allí los campos de combate: cayendo á

fondo contra el galicanismo y sus consecuencias obliga á los galicanos á defender sus máximas y principios, y al no hacer caso de las objeciones de cuenta cubre su retirada en un punto con fácil victoria en otro. Entusiastas y amigos de novedades proclámanle el último padre de la Iglesia, y no le intimida este título ni las obligaciones á que sujeta á quien lo lleva.

Cometidos los revolucionarios excesos, Dios, que sabe sacar del mal el bien, permitió que la nacion francesa, católica todavía, encontrase puerto salvador en la intervencion del Pontífice supremo. El concordato de 1801, la permanencia de Pio VII en Paris, su cautiverio, sus persecuciones, las providenciales maravillas que desde hacia un siglo parecian acumularse para salvar la barquilla de Pedro combatida por las olas, las obras del conde de Maistre, la extincion de los antiguos parlamentos, las cartas del cardenal Litta acerca de los cuatro artículos del clero de Francia, los escritos y sobretodo el trato y la virtud de los cardenales de la santa romana Iglesia desterrados ó encerrados en las ciudades del riñon del reino, habian modificado muy mucho las ideas del galicanismo. Borrada la teoría sólo quedaba una fe cuyo ardor se centuplicaba al recordar los infortunios pasados, y esta fe, por un milagro conservada, era lo que servia de apoyo al presbítero Lamennais.

Tremola este en su mano el estandarte que da al ultramontanismo, y sin curarse del episcopado ni del clero dirige á los católicos voces de mando y proclama que su causa es en verdad la de la tiara. Los corazones experimentan necesidad invencible de acercarse á Roma, y Lamennais alienta y favorece este deseo como el único legítimo y urgente.

Valido del impulso que en este punto se manifiesta en las almas, logra el escritor dividir á sus adversarios, á quienes intimida con sus amenazas é impone silencio con lo amargo de su lenguaje. Con dos argumentos que jamas varian, desleidos con la hiel de sus rencores, alcanza para su doctrina momentáneo triunfo: agotado que está su célebre: «No me comprendeis,» esgrime otra arma tan lógica y perentoria como aquella, y á sus amigos y admiradores, que temblorosos se atreven á hacerle alguna objecion al propio tiempo que retroceden temiendo el conocido ímpetu de sus pasiones, contesta imperturbable: «Vosotros sois galicanos.»

Uno y otro axioma forman la esencia de su polémica y entretienen la paciencia de los que deseaban ver surgir algo más que elocuentes ultrajes de aquel cáos de frases y ruinas. Lamennais, en efecto, más que ultramontano es antigalicano, y brillando siempre por el lado destructor han de ser esencialmente revolucionarias así las tendencias de sus facultades como las de su obra. Para poder exagerar el mal y mantenerse lo más léjos posible de los confines que á la verdad se han señalado, exagera y desfigura el bien; era en una palabra ultramontano como fue galicano el famoso abogado Pithou, sin acertar nunca á clavar su bandera y tomando por moderacion su mismo destemplado celo.

En su «Carta segunda al arzobispo de Paris» habla Lamennais en estos términos al que fuera instituido para guiarle en la santa doctrina, á Jacinto de Quelen: «Derramad la vista á vuestro alrededor, monseñor, y ved quién sos-

tiene hoy el galicanismo: adversarios de la Iglesia que conspiran en público para su ruina y la de la religion cristiana, sectarios separados de la comunion católica, sagaces aduladores del poder que lo empujan á su perdicion... algunos pocos ancianos respetables sin duda, pero cuya única vida consiste en recuerdos de escuela; todo lo demas es nonada. Y ¿dónde hallar palabras para pintar tanta ignorancia y bajeza, tanta estolidez y vanidad hermanadas en repugnante consorcio, tanta necedad crédula y tonta confianza, tantas mezquinas pasiones, tan mezquinas malas artes, tan mezquinos apetitos y tanta impotencia absoluta de la mente?»

Pintado por Lamennais, el galicanismo eclesiástico, por inofensivo que sea, preséntase siempre como herejía ó necedad. El innovador quiere salvar ó perder al clero á su modo, y el clero debe someterse á su arrogante férula, siendo el absoluto poder que á los Papas concede así sobre los obispos como sobre los príncipes gérmen de turbulencias en la Iglesia y en el estado. Con la confusion que introduce entre las dos potestades muy reales y divinas ambas, cada una en su grado y esfera respectiva, imposible es para el hombre conocer su deber y practicarlo; y al acusar á reyes y á obispos para poner por las nubes el papazgo por él imaginado, él, campeon á su decir de la autoridad, mina esta misma antoridad por su base. Queria que príncipes y pueblos, doctores de la ley y simples fieles fuesen en su mano como nidada de inocentes pajarillos, y para hacer respetar la autoridad pontificia no halla cosa mejor que escarnecer la que tienen los años, la virtud, la experiencia y la tradicion. Todo cae, todo se hunde á los golpes de aquel destructor que sólo consiente en dejar subsistir al Papa, pero al Papa sentado en la movediza arena de lo que llama razon general.

El presbítero Lamennais habia ido á los alcances de Roma, y á aquella ciudad llegó cuando corria el verano del año 1824. Constitúyese en huésped y amigo suyo el teatino Ventura, y uno y otro personajes, aunque muy prendados de sí mismos, ostentan turbulenta humildad; al propio tiempo que anatematizan la revolucion están ellos próximos á rebelarse, y en las conferencias que tienen en los claustros de San Andrea della Valle precipítanse uno hácia otro como dos huracanes. El Sacro colegio y el papa Leon XII hicieron á Lamennais obsequioso recibimiento, aunque quizas le manifestaron más admiracion que afecto, aunque quizas le dieron más consejos de moderacion que esperanzas de púrpura romana; aquel genio feroz de puro orgulloso no se compadecia con la prudente condescendencia de la córte apostólica, y así es que sus premisas causaban sorpresa y desasosiego las consecuencias que de ellas pudiese deducir. Las sospechas no habian nacido aun, y sin embargo traslucíase la desconfianza ó mejor la inquietud en las demostraciones de cariñoso agradecimiento de que á Lamennais se rodeaba. Sin poseer el don de profecía Leon XII era profundo conocedor del corazon humano, y aunque permitió que se dijera en Roma y en Paris que iba á darse á Lamennais el capelo cardenalicio, siempre que en los aposentos del Vaticano fijó su pensamiento en aquel sacerdote inexplicable entónces, manifestó temores verdaderamente inspirados de lo alto. En una carta inédita de 30 de agosto

de 1824 el cardenal Bernetti descubre á la historia las sombrías previsiones del Papa.

«Tenemos en Roma al presbítero Lamennais, escribe el cardenal al duque de Laval-Montmorency, y á mi ver no corresponde por completo á su gran reputacion. Ya sabeis que aun nos dura el ser algo entusiastas de la belleza de las formas, y que instintivamente atribuimos á los hombres superiores la varonil donosura de las estatuas antiguas. Por desgracia el gran escritor no se parece en lo más mínimo al Apolo de Belvedere ni al Hércules Farnesio: hay en su semblante algo raquítico é indeciso que causa mala impresion. Al ver su cuerpo que en medio del verano tirita de frio y su rostro desmirriado siéntese uno poseido de compasion y acuden tentaciones de hacerle una limosna. Pero si la concha es ruin ¡cuánta riqueza hay dentro! Sus ojos medio cerrados parecen despedir rayos, y de cuando en cuando los ilumina una luz deslumbradora.

«Os hablo, querido príncipe, con el corazon en la mano como si me hallase aun con vos en amistosa conferencia, y espero que lograré interesar vuestra atencion al referiros cosas de Roma estando vos en Paris á lo que creo. En una de mis últimas audiencias preguntóme Su Santidad si habia visto al presbítero Lamennais y lo que me parecia de su persona. No queriendo exponerme en este terreno, pues habia oido decir que el Papa estaba muy bien dispuesto en su favor, dí una contestacion evasiva, despues de la cual díjome el Padre santo con voz sosegada, pero triste, causándome no poca admiracion: «Pues nos le hemos juzgado mejor que nadie; cuando le recibímos y hablámos con él quedámos paralizados de espanto; desde aquel dia ni un instante se ha apartado de nuestra vista su rostro de condenado.»

«Me dijo esto el Padre santo con tanta gravedad que no pude ménos de sonreirme. «Sí, añadió fijando sus ojos en los mios; sí, ese sacerdote tiene el rostro de réprobo y lléva en la frente la señal del heresiarca. Sus amigos de Francia é Italia quisieran para él el capelo; pero el orgullo de ese hombre es mucho y haria arrepentir á la Santa Sede de un favor que seria justicia á no considerar sino sus obras actuales. Pero estudiadle con detencion; examinad las líneas de su rostro y decidme si no veis en él la evidente huella de la maldicion del cielo.»

«En vano he procurado apartar esta idea de la mente del Papa: el rostro de condenado está sin cesar presente á su vista, y comienzo á creer que el viaje del escritor contribuirá muy poco á la realizacion de sus proyectos ambiciosos, esto en caso de que los haya concebido. Al igual que cuantos hombres puestos en la brecha se entregan á ardiente polémica, el presbítero Lamennais exagera sus opiniones y sus pensamientos, y comunica á la verdad cierto sello de exaltacion y rigidez que Roma no puede aceptar, aunque tampoco condenar de un modo terminante. La moderacion de la verdadera fuerza es lo que aquí nos distingue, al paso que ellos nos defienden con iras y pasiones que con repugnancia toleramos. Más que otro alguno habria Lamennais de comprender semejante posicion; pero léjos de ser así, hace como si la ignorara por completo. Su razon absoluta no abriga dudas sobre

cosa alguna, y á estos excesos le empujan adulaciones imprudentes ó propósitos muy pérfidos. A pesar de todo esto, para mí tengo que no por carecer de dones naturales hay motivo para ver en él un futuro heresiarca: á ser algo parecidos los retratos que he visto de Juan Huss y de Martin Lutero no podian estos dirigir cargo alguno á la naturaleza, y causan la impresion de buenos y excelentes frailes que así gustaban de la campana del refitorio como de la de maitines.

«Para juzgar exactamente de lo que el Padre santo se dignó manifestarme deseé ver otra vez al presbítero Lamennais, y para ello le convidé á comer junto con su compañero de viaje. Para confusion mia, ó mejor para gloria de mi caridad confieso no haber descubierto nada de infernal en aquel hombre flaco y enclenque, cuya conversacion desdice mucho de su talento. Puesto en Roma me ha parecido estar completamente fuera de su elemento, y sin entender lo más mínimo nuestros usos y costumbres procura de continuo ponerlos en paralelo con los de su país, sin que por lo habituados que estamos á tales comparaciones, por lo regular poco lisonjeras para nuestro amor propio, prestemos á las suyas la menor atencion. Lo evidente para mí es que despues de haber salido con tanto valor en defensa nuestra en libros y periódicos, no vendria mal á Lamennais recibir el precio de ello imponiéndonos sus doctrinas y haciéndonos partícipes de su exageracion. Este es el destino de Roma, y el autor del «Ensayo sobre la indiferencia» no será el primero ni el último en querernos dominar desde lo alto de su obediencia; pero de todos modos ántes de realizar la profecía de Su Santidad convendrá que el presbítero Lamennais se bañe en un Leteo muy profundo. Heme atrevido á participar sonriendo al Padre santo mis reflexiones, y me ha contestado: «¡Ah! ¿con que vos tampoco á semejanza de Soglia no veis la mano de Dios? Pues os lo repito, hay en ese sacerdote algo de réprobo y de apóstata, y el mirarle causa espanto. Por si tal desgracia sucede procuremos que Roma nada tenga que echarse en rostro.»

El deseo de Leon XII quedó cumplido lo mismo que sus presentimientos respecto de Lamennais, cuya ceguedad por las ideas que profesaba era tal que podia en efecto preverse su caida sin arrepentimiento á la primera resistencia. Sospéchala en 1824 el Pontífice supremo, y con secreto horror habla de ella al confidente de sus pensamientos, manifestando su opinion como Papa y como príncipe, como maestro de la fe y como juez de los hombres; tres años despues, sin haber variado el estado de las cosas, M. Villemain la confirma en el concepto literario.

Por intuicion moral, por presciencia vaticana ha adivinado el Papa al heresiarca; el retórico lo pronostica considerando únicamente las calidades de su estilo. M. Villemain, hablando en la Sorbona en 1827 de la influencia literaria de Juan Jacobo Rousseau en las ilustres inteligencias del siglo XIX, se expresa en estos términos: «Tambien se descubre la influencia literaria de Rousseau en el más vehemente adversario que han tenido en nuestros dias sus escritos. El famoso autor de «La indiferencia» con su lógica atrevida y contundente, con su estilo impetuoso y atildado ofrece más de un punto de

semejanza con el pintor del «Emilio», del cual ha ponderado quizas con exceso lo embelesador del lenguaje. Conócese haberse educado en su escuela más que en la de los santos padres, y como el hebreo fugitivo haber arrebatado las armas del egipcio para combatirle. Es tan notable á veces la imitacion del estilo que trae á la memoria las obras del renacimiento, cuando cualquiera autor moderno se apropiaba los cuadros de Floro y Terencio con sólo ponerles un marco cristiano. Y en cuanto á la esencia misma de las opiniones debe decirse que, aun cuando el presbítero del siglo XIX refuta con gran ventaja las contradicciones y la insuficiencia del teismo de Rousseau, descúbrese sin embargo como un cariño en la misma hostilidad; conócese la leccion oratoria del maestro en los sendos golpes que le descarga el discípulo, y hasta dirémos su leccion filosófica en ciertas ideas atrevidas é indóciles que abriga ese mismo discípulo aunque esté bajo el yugo de la fe. Échase de ver que el elocuente apóstol de la «autoridad» ha sido lector asíduo del «Contrato social», y que su imaginacion ardiente puede otra vez pasar de una cosa á otra (1).»

Tiembla el Papa al ver al presbítero Lamennais en el sendero de la apostasía, y en la Sorbona muéstrale M. Villemain tocando sus primeros confines. Y sin embargo, en nada varía su actitud ni su lenguaje, y continúa gritando como el profeta Amos: «La casa de Israel se derrumba y no volverá á levantarse.» Lamennais, por el mero hecho de que Roma no acoge con alborozo sus ideas ni realiza sus ambiciosas esperanzas, vaticina la caida de la Iglesia, á la cual reserva como apoyo una columna de verdad; y esta columna que indica en cada página de sus numerosos escritos es él, solo él; en su mano está salvar á la Iglésia y la salvará mal de su grado.

Por amor á lo nuevo ó por sed insaciable de celebridad busca el padre Ventura proyectiles de guerra en lo más hondo de los arsenales teológicos. En la huesa de la Iglesia constitucional ha descubierto que un sacerdote juramentado, apellidado Vernerey, habia copiado de fray Jerónimo Savonarola una reforma para sustituir á la enseñanza clásica la de los santos padres; al momento comunica á Lamennais su nuevo plan de campaña, y uno y otro comienzan las hostilidades contra la mitología en la educacion. Racionalismo, galicanismo y paganismo son los tres vicios de los tres últimos siglos; Sumos Pontífices y monarcas cayeron en ellos, y los tres, como acerada saeta, hieren en el corazon á la compañía de Jesus. Sépase, empero, que esta habíase negado á admitir en su regazo al jóven Ventura, quien le ofreciera sus servicios, y habia rehusado á Lamennais el apoyo que diferentes veces él mismo solicitara (2), en venganza de lo cual los dos toman de los jansenistas aquella arma traidora. Para el teatino lo mismo que para el heresiarca frances fue el jesuita un blanco que la revolucion les facilitara para adiestrar la mano; la injusticia sucedió á las interesadas caricias, y en estos claros términos descubre un admirador de Lamennais aquella enemiga gloriosa para

(1) *Curso de literatura francesa*, por M. Villemain. *Cuadro del siglo XVIII*, t. II, p. 523.
(2) *Historia de la compañía de Jesus*, por J. Crétineau-Joly, t. VI, p. 125 y sig.

los discípulos de san Ignacio. «En cuanto á los jesuitas, escríbele, no hay amigo vuestro que lo sea de algun tiempo acá que no sepa que su solo nombre os irrita y os produce una especie de fiebre convulsiva, de la cual no hay en la historia mas ejemplar que el odio violento de Voltaire hácia Jesucristo. Esta aversion vuestra profunda, incurable, eterna contra los jesuitas, data de su oposicion á vuestras ideas filosóficas, las que fueron por ellos refutadas luego de su publicacion (1).»

Inconsecuente con su sistema, que prescribe la investigacion de las tradiciones todas del humano linaje, así las del paganismo más remoto como las del más moderno, hállase por una parte Lamennais en la necesidad de absolver á los gentiles de idolatría, no queriendo ver en su politeismo sino el culto de un Dios único con el de los ángeles y santos y considerando todas las mitologías como vestigios de la Iglesia primitiva que ideara para las necesidades de su causa, Iglesia madre del judaismo y abuela del cristianismo; al paso que por otro lado rechaza el estudio de los clásicos paganos. En su libro intitulado «De los progresos de la revolucion» hace comparecer delante de sí el siglo XVII, deshácese contra él y contra sus ilustres varones en invectivas de toda clase, y exclama: «Luis XIV hizo retroceder la sociedad al punto en que estaba en tiempo del paganismo.»

A no ser el estudio de los autores clásicos, regla y tradicion de la sociedad cristiana, el sistema de Lamennais habia de introducirlo forzosa é inevitablemente. En efecto ¿por qué habia de ser más digna de reprobacion la mitología griega ó romana que la de Brahma ó Odin? ¿Por qué en una época en que tantos jóvenes eruditos se engolfan hasta perderse de vista en los misterios de las religiones hasta ahora muy oscuras de India ó de Escandinavia para coger al vuelo algunos átomos de semejanza con el cristianismo, debe ser anatematizado el paganismo griego ó romano por cinco ó seis voces salidas de aquel cenáculo? ¿Por qué atribuir deliberadamente nuestros males de hoy á un pasado de reconstruccion imposible con pueblos que han conocido y recibido una vez la luz evangélica? No procede del paganismo y sobretodo no nos vuelve á él el mal que devora á las sociedades europeas. Los Gracos y Catilina fueron en Roma excepcionales, como lo fueron en Aténas Harmodio y Aristogiton, siendo así que ahora vemos multiplicarse por todos los ángulos del mundo los apóstoles de la ley agraria y fundarse en Italia y en todas partes sectas de asesinos para honrar el puñal y asalariar á los sicarios.

Entre el estilo de Lamennais, que se revuelve en hiel, y el de los autores clásicos existe una contraposicion, aunque secreta, muy real. Lo vago de sus teorías y el cáos de sus opiniones necesitan audacia, ardor, oscuridad é hinchazon; para presentar á las miradas del público tales mónstruos de paradojas ó absurdos se necesita un lenguaje que en nada se parezca al de la claridad del buen sentido y de la lógica, y el innovador que habria sabido mejor no sabiendo tanto, conoce por instinto esta diferencia, y para

(1) *Carta segunda del presbítero Combalot á M. Lamennais*, p. 48.

adquirir parciales y auxiliares se acerca al romanticismo. En su tiempo convertíase lo maravilloso ó máquina gentílica en maravilloso cristiano, y él alienta y favorece el movimiento, á la vez que, sabedor por secular experiencia de que la herejía siente horror por la lengua latina, proscribe la pura latinidad y se propone darle muerte, en cuanto conoce que providencialmente será siempre indispensable para la Iglesia, como depositaria que es de las verdaderas doctrinas dogmáticas, disciplinarias é históricas.

Anglicanos y protestantes muestran por la Biblia un cariño verdaderamente singular. De muy antiguo, aun ántes de publicar las «Palabras de un creyente», «libro de pequeño volúmen, pero de perversidad inmensa», segun testimonio del papa Gregorio (1), Lamennais, como consecuencia de su nuevo sistema, se habia dado á la sacrílega parodia del estilo bíblico. Es la Biblia una obra oscura, no solo en sus versiones, sino tambien en su texto, y ahí están como prueba sus infinitos comentadores; Dios ha querido envolver en nubes sus palabras, y se ha reservado el derecho de interpretarlas él mismo, y lo hace segun su voluntad. ¿Cómo, pues, podrá un mortal imitar aquella locucion que en el mundo no reconoce igual? Es la claridad primera ley del estilo, y principal obligacion del hombre al dirigirse á sus semejantes es procurar que sin esfuerzo le entiendan, la palabra divina, empero, no ha de sujetarse á ninguna de estas reglas.

De quien la escucha exige más que una inteligencia ordinaria, más que atencion religiosa: quiere que haya en él ciertas disposiciones de alma, oracion y fe. Y sino, ¿cuántos siglos no han trascurrido ántes que la Iglesia leyera de un modo claro y categórico en el libro á su prudencia confiado el dogma de la Inmaculada Concepcion? Santo Tomas no entendió muchos textos necesarios para su «Suma» hasta despues de prolongados ayunos y oraciones fervientes; san Agustin manifiesta no comprender ni la mitad de la Sagrada Escritura; san Bernardo afirma que no podrá penetrarse el sentido de toda ella hasta el dia del postrer juicio; Bossuet no logra realizar en vida la empresa de entenderla, y san Pedro advierte á los primeros fieles que hasta en las Epístolas del bienaventurado Pablo encontrarán pasajes «difficilia intellectu.» Y el mismo Jesucristo, que con frecuencia vela la verdad á los sabios y la descubre á los pobres de espíritu, dijo á sus apóstoles: «A vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios, mas á los otros por parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan (2).»

Dios es el único á quien asiste derecho para hablar de este modo, y sin embargo, ha habido un hombre que abrigó el insolente orgullo de usar toda su vida semejante lenguaje, dirigiéndose á las inteligencias superiores y á las autoridades más altas en la jerarquía. A todos y á cada uno los acusaba de no comprenderle y considerábalo delito de la voluntad ó del entendimiento hasta que un dia, confundido en sus sofismas, abismado en sus propias consecuencias, exclamó: «Ninguna de nuestras palabras ha de ser retirada,

(1) *Encíclica del 25 de junio de 1834, Singulari nos.*
(2) *Evang. sec. Lúc.*, c. VIII, v. 10

pues todas son sinceras; pero tócanos sí decir que nos hemos equivocado muchas veces y muy gravemente.» En sus ratos de ocio Lamennais confesaba sus aberraciones; pero ni aun así se arrepentia, sino que por el contrario, tomando la misma forma del lenguaje divino parecia autorizar á su orgullo para saltar todas las vallas. Olvidó el temerario que la Sagrada Escritura dice: «Scrutator majestatis opprimetur a gloria,» é intentando arrancar los velos de la majestad fue anonadado por la gloria.

Para conocer en su punto á ese sacerdote que nunca consintió en ver más grandeza que la suya propia, importa estudiarle tanto en sus discípulos como en sus obras: respiran estas exageracion, encono y error; aquellos, á pesar de haber sido con frecuencia arrastrados por él al desierto para poder así ofrecerse sin rivales á su admiracion candorosa, le abandonaron uno despues de otro en el camino de la apostasía. La apostasía fue la poderosa accion que deshizo el encantamiento, y con dificultad se hallará en la historia de la Iglesia otro ejemplo semejante de abjuracion más instantánea y universal: la buena fe se manifiesta en la afliccion de los unos, en los remordimientos de los otros y en las lágrimas de todos. Pero ¿era posible que esta buena fe, puesto que evidente, reparase ni atenuase siquiera el desórden con profusion introducido en inteligencias donde la libertad hacia fermentar propósitos benéficos que degeneraron ¡ay! tantas veces en falsísimas ideas?

Al oir la voz de Roma separáronse de él sus adeptos más fervorosos. Lamennais establece, ora en Paris, ora en su abolengo de la Chênaie, en Bretaña, una especie de cenáculo, un Port-Royal donde disciplina exaltándolos á los hombres de gran talento sometidos por él al yugo de sus doctrinas; plantea una agencia eclesiástica y un periódico, y los fogosos redactores de la «Edad venidera» son tea de discordia en la Iglesia y tea incendiaria en el estado; pero desde el instante en que en la encíclica de 15 de agosto de 1832 Gregorio XVI, que no queria que con tales armas fuese defendido el Pontificado, hubo declarado que una maldad sin freno, una ciencia sin pudor y una licencia sin límites regian aquella empresa, declárase admirable division entre el maestro y los discípulos, y esto que, segun dice uno de ellos, honraron los discípulos al maestro como padre, veneráronle como oráculo, y amáronle como habrian amado á san Agustin ó á san Atanasio.

Espontáneamente renuncian todos á la aparatosa empresa, mas no se entienda por ello que se cicatrice al instante la herida que han recibido. Devorado por el amor á lo bueno y de continuo investigador desalado de un mejor de fantasía, Lamennais habia deslizado de un modo subrepticio en sus obras doctrinas tan contradictorias y principios tan opuestos, que no bastaba el arrepentimiento para calmar las deshechas interiores tempestades. Sus discípulos así de la Iglesia como del siglo maldecian con palabras de fuego el ascendente funesto que en su existencia ejerciera; y en efecto, si se libraron de la llama, no dejarán obispos y presbíteros, oradores y escritores de trascender siempre á humo. El influjo del maestro se propagará por su mediacion y tambien á pesar suyo, y concretando á puntos al parecer ino-

fensivos la controversia que el jefe de secta habia extendido desde lo más elevado de la jerarquía á los temas más elementales, unos resucitarán la teoría de la enseñanza por medio de los santos padres, y otros se formarán del «arte cristiano» una creencia y un apostolado.

El arte cristiano es un tema religioso y una paradoja industrial. Obsérvese sino que entre los monumentos todos de Roma, capital de la cristiandad, sólo por su ausencia brilla, y que sólo reinó en una época señalada y en determinadas comarcas. Entre sus restauradores cuenta por lo ménos tantos luteranos y calvinistas como catolicos, y artistas ante todo, cristianos por entusiasmo, ciegos admiradores de un tiempo pasado que á su gusto descomponen y recomponen, quisieran sujetar á sus designios Roma y el Pontífice. Al viento de sus caprichos arréglanse con siglos de decadencia y siglos de renacimiento una era cristiana y otra gentílica, todo bajo la mirada vigilante del Padre comun, y luego que esas sutilezas que solo á la revolucion aprovechan quedan explicadas y admitidas, sigue aquella su camino, satisfecha por haber logrado que se aceptara con un nombre inofensivo la paradoja que todos habrian rechazado á llevar más significativo y verdadero título.

El partido que tuviera Lamennais ya no existe, y apénas quedan al sacerdote apóstata algunos parciales rezagados, fanáticos de entusiasmo: sólo dos ó tres voces de demagogos alientan en su premeditada desobediencia al apóstol de un ultramontanismo repudiado por Roma; pero la secta sobrevive en estado latente, y si para pintarla fuese lícito recurrir á un recuerdo clásico podria hacerse de ella el cuadro que nos ha dejado Virgilio de la armada que intentaron incendiar los troyanos seducidos por Juno: «Nada ha perdido el incendio de su indomable fuerza, y bajo el húmedo casco de las naves subsiste alimentado por la estopa, y lanza afuera espesa humareda. Un vapor cálido y lento va minando los buques y el destructor azote desciende á sus más profundas cavidades: nada puede contener el fuego, ni fuerza de brazos, ni torrentes de agua (1).»

Así está la secta, esperando, como el piadoso Enéas, una intervencion divina y un bienhechor rocío. De cada vez húndese más y más Lamennais en su soledad y aislamiento, y él, de quien se dijo que fue monárquico como Bonald, papista como de Maistre, borbónico como Chateaubriand, liguero como los Guisas y liberal como Armando Carrel, tomó sobre sí el probar que despues de haber usado de cuanto hay bello, santo y leal en las opiniones fundadas en conciencia, puede tambien evocar lo más repugnante que existe en lo más bajo y hondo de la democracia. El doctor, el teologo y hasta el utopista han desaparecido y sólo sobrenada un revolucionario.

La catástrofe de julio de 1830 habia de encontrar al innovador muy

(1) Sed non indcirco flammæ atque incendia vires
Indomitas posuere; udo sub robore vivit
Stupa vomens tardum fumum, lentu sque carinas
Est vapor, et toto descendit corpore pestis;
Nec vires heroum infusaque flumina prosunt.

Eneida, l. V.



bien dispuesto para acogerla como era de licencia indefinida, y por lo mismo aceleró su caida. Su maestro Juan Jacobo Rousseau habia dicho: «Cuando la virtud huye del corazon se refugia en los labios;» pero ni este consuelo debia quedar á Lamennais.

A sus privados rencores habia sacrificado el interes general, y violento y formidable campeon de la libertad, al propio tiempo que andaba atareado con sus atrabiliarios pensamientos y mezquinas ideas de personal medro, puede ser comparado con bastante exactitud al elefante que, teniendo fuerzas para sostener piezas de artillería, emplea la trompa en recoger alfileres. Deseoso de hallar nuevos manantiales del agua de vida atraviesa las arenas del desierto de la muerte; y en él se queda; despues de abrir un «club» junto á un altar, de someterse primero, de retractarse en seguida, y de precipitarse al fin desesperado en los abismos de su orgullo, el taumaturgo de la razon general llega á no ser siquiera cristiano. Él que anatematizara la rebelion contra la Iglesia hácese á su vez rebelde, y hubo de mendigar un mendrugo de popularidad en el campo de los maniáticos del ateismo sin alcanzarlo jamas, pues hasta el pueblo de las revoluciones siente instintivo horror por la apostasía sacerdotal. Con palabras de sedicion y hiel quiso llevarle al corazon el diabólico evangelio del hambre comunista; pero el pueblo permaneció sordo á sus provocaciones bíblicas y cerró el oído á sus perversos halagos.

Aquel hombre que tanto lodo amontonó contra sí mismo y que tantos suplicios padeció, jamas pudo resignarse á sufrir el más llevadero de todos. Lo exiguo de su caudal habíale impulsado en los años que trascurrieron desde 1825 hasta 1830 á imitar el ejemplo de los jansenistas, quienes plagiaban á los escritores de la compañía de Jesus al propio tiempo que les movian guerra, y así fue como publicó con su nombre algunos opúsculos ascéticos, que fueron la «Imitacion», traducida por el padre Lallemant, y apénas retocada por él; el «Guia de la edad juvenil», y la «Jornada del cristiano», del padre Croiset, y la «Biblioteca de las señoras cristianas».

Las «Palabras de un creyente», los «Asuntos de Roma», el «Libro del pueblo», el «Evangelio de la libertad» y cuantos folletos suyos rebosan del despecho é ira que vertió sobre ellos como para probar que el infierno pintado en su semblante se abrigaba en realidad en su alma, no produjeron mas que un escándalo efímero. Ninguna de estas obras llegó á darle verdadera ganancia, al paso que le aseguraba de sobra el pan de su vejez la venta continua de sus obras de piedad; y esta idea, escrita sin cesar en invariables guarismos, fue para él eterno remordimiento y suprema tortura.

Despues de haber exagerado la idea católica llegó más allá que la misma idea revolucionaria, y devorado por la nostalgia de los réprobos llevó su locura hasta desdeñar á Dios, á su Iglesia y la virtud. Sus palabras, inspiradas por la tristeza ó el enojo, por la zumba ó el desaliento, demostraban de un modo evidente su desesperacion profunda; pero como al mismo tiempo no deploraba en apariencia el no haber muerto en ocasion oportuna, estúvole reservado en la tierra el más singular de los castigos. Los únicos con-

sejos de decencia y moral que aquel engendro de la ira del Señor no rechazó absolutamente en sus postreros años procedieron de los labios y del corazon de Beranger. El coplero del «Dios de la gente de bien», el poeta de «Fretillon» hízose el último confesor del que escribiera el «Ensayo sobre la indiferencia», y el sacerdote que vivió encenagado en el orgullo murió abismado en la iniquidad.

En tanto que los varios explicados sistemas profesados en Paris difundian por el mundo todo la duda y el error anunciando á voz en grito el fin del cristianismo y la muerte de la Iglesia apostólica romana, Luis Felipe de Orleans continuaba su obra de usurpacion familiar, procurando que germinaran en los palacios de los reyes ideas de ambicion dinástica. Á Leopoldo de Borbon, conde de Siracusa y sobrino suyo, que gobierna la Sicilia en nombre de Fernando II de Nápoles, su hermano primogénito, dirige repetidos y pérfidos consejos, y tambien Inglaterra excita al jóven príncipe á imitar el acabado modelo del soberano de julio. Sopla al rededor de los tronos el viento de la insurreccion, y para desquiciarlos y hacer á la vista de los pueblos despreciable el cetro, Luis Felipe é Inglaterra provocan en los palacios la guerra intestina.

España y Portugal no son todavía como Francia reinos sazonados para admitir la incredulidad y la esclavitud legal, y así fue como para conducirlos al apetecido estado hiciéronse estallar entre príncipes fratricidas discordias. El afan de gobernar, el deseo de adquirir hacienda y el aborrecimiento á la autoridad legítima toman la máscara de constitucional progreso, y á no tardar inaugura su reinado la libertad civil así en Madrid como en Lisboa con la proscripcion religiosa.

Los nuevos gobiernos allí establecidos, cimentados en bases más frágiles que políticas, limitan su deseo á expulsar sin ruido al clero del cual desconfian y á las órdenes religiosas por el temor que de ellas sienten; pero no lo juzgó así la revolucion: creyó esta que á tales gobiernos sin más apoyo nacional que Luis Felipe y el gabinete británico, eran del todo indispensables algunos dias de terror, y para hacerles bañar las manos en la sangre de los sacerdotes organizó en 17 de julio de 1834 sus matanzas en Madrid como las regularizara en Paris en los dias 2 y 3 de setiembre de 1792. Escudadas por algunos libres pensadores las logias masónicas habian penetrado hasta el riñon de España precediendo á las sociedades secretas, á las sociedades bíblicas y al comunismo, y tomaron una resolucion de fraternal filantropía; la revolucion deseó hacerse con un pueblo propio en el reino por esencia católico, y para impulsarle al delito comenzó por engañarle. Auxilia la impostura á la saña premeditada, y difúndese la voz de que los eclesiásticos y los jesuitas sobretodo han emponzoñado las fuentes.

Al oir esto el pueblo, disciplinado por la revolucion, se lanza á la calle y con alaridos y voces de ¡muera Dios! y ¡viva el infierno! marcha al asalto de los conventos. Corre sangre en las iglesias, inunda los santuarios, y á contar desde aquel triste dia comienza para la España liberal, que ha merecido bien de la revolucion, una era de fingimientos constitucionales y de

absurdidades gubernativas: una libertad moderada por el sable, explicada por las proscripciones y de vez en cuando aplicada por el comunismo reemplaza en ella y ocupa el lugar de derechos y creencias. Para dar muerte á la idea católica quísose asesinar al clero, y aunque la Iglesia en vez de perecer triunfa, el trono de Felipe II y Cárlos III vese expuesto á sacudimientos sin fin y á continuos vaivenes. Cristina de Nápoles se empeñó en reinar á toda costa; para ser liberal y rica sometio su borbónico orgullo á los oprobios del motin y á las caricias de la incredulidad filosófica, más vergonzosos y degradantes aun, y ahora, con el arrepentimiento en los labios y quizas en el alma, contempla los desastres de que la revolucion le da una parte.

Para preverlos Gregorio XVI no hubo menester que sucedieran, y su único afan fue conjurarlos ó cuando ménos atenuarlos: sabe que su pontificado ha de ser continuo combate, y á ello se resigna sin perder en lo más mínimo su vigoroso aliento. Acusaba el príncipe de Metternich al cardenal Bernetti de abrigar muy franceses sentimientos; á Luis Felipe en cambio érale sospechoso el secretario de estado por creerlo secretamente hostil á su dinastía y persona, y estos encontrados pareceres, que podian redundar en perjuicio de los intereses de la Iglesia, mueven á Bernetti, cuya salud han alterado seis años de laborioso ministerio, á abdicar el poder. Retírase pobre y de todos respetado, y sucédele el cardenal Lambruschini, quien, bajo la direccion de Gregorio, continúa la pelea empeñada entre la revolucion y la Iglesia.

Dotado Luis Lambruschini de carácter y calidades diametralmente opuestas á las de Bernetti, era sin embargo muy digno de reemplazar á este. Educado en la escuela de los bernabitas y continuador en esa órden monástica por su saber y existencia sin mancha de la generacion ilustre de los Gerdil y Fontanas, sabe Lambruschini que la política no es mas que la conciliacion de los intereses y que pierde su camino desde el momento en que se propone conciliar los ánimos. No le sucederá á él nunca hacer fuego con el corazon ántes que con la cabeza; pero en un país en que los asuntos no son jamas simples y sencillos—pues tienen los italianos por principio complicarlos con infinitos circunloquios y particularidades cuyo hilo ellos solos quieren poseer,—Lambruschini finge despreciar esos ardides mezquinos. Poseedor de la gran ciencia diplomática, esto es, del arte de no decir cosa alguna y de hacer que los demas lo digan todo, de inteligencia superior y teólogo consumado, complácese en ostentar su poderío; tiene gusto por sus propias virtudes y orgullo de su probidad, y no es, segun expresion del buen Montaigne, uno de esos hombres á quienes se descorteza á capricho. Teniendo muy arraigadas en el alma las ideas de justicia, el nuevo ministro de Gregorio XVI creyó que, dados ya tan repetidos é inútiles ejemplos de clemencia, convenia dejar el campo expedito á los rigores de la ley con que Bernetti se limitara á amenazar á la revolucion, y rigores fueron estos que no empeoraron el mal, pero sirviéronle de ocasion y pretexto.

Propagábase el desórden por las inteligencias de un modo, por decirlo así, regular: todo se convertia en materia de debates, todo se trasformaba en

motivo de rebelion, y Gregorio, testigo desde lo alto de la Cátedra apostólica del profundo desasosiego, suplicaba á príncipes y pueblos que no se apartaran del sendero de la verdad y justicia. Los príncipes, empero, cerraban los ojos para no ver y daban á los pueblos ejemplo del menosprecio de todos los derechos; para que prevaleciera la idea protestante. Federico Guillermo de Prusia arrancó al arzobispo de Colonia de su sede episcopal, y aunque en lo íntimo del alma sólo abrigaba pensamientos de tolerancia y equidad, hízose perseguidor con riesgo de empujar á la insurreccion á las provincias católicas del Rhin.

Gregorio, que habia hecho frente á la rebelion armada, no ceja por las hostilidades de un protestantismo coronado, y ocupado en su ciudad de Roma en la reconstruccion de la basílica de San Pablo y en el gobierno espiritual de la Iglesia, no se turba por el estrépito de fuera ni por las conjuraciones que estallan dentro, en Rímini y en otros puntos del patrimonio de San Pedro. La revolucion está ojo avizor para acertar con el defecto de la armadura; mas Gregorio, cuyos brios crecen con los años, no se intimida por sus asaltos ni sus golpes. Con su ejemplo inspira firmeza; con sola su actitud impone y comunica esfuerzo, y sin pensar más de lo justo en las consideraciones de meticulosa política, hállase siempre dispuesto á seguir el precepto del Eclesiástico, y á decir para consigo mismo: «Da mercedem sustinentibus te (1).» La gratitud en nombre de la Santa Sede por los servicios á la misma prestados es para él un deber, y aunque compadeciendo sin rebozo á su sucesor, no conocido aun, quiere á lo ménos que la Iglesia y la historia no puedan acusar por flaco y débil su pontificado. Dejando á sus ministros y á Lambruschini en especial el cuidado de las cosas temporales, guarda para sí el gobierno de las almas y la direccion de las inteligencias, y ya que la fe parece estar en grave peligro en algunos estados de la antigua Europa, desea y logra abrir al cristianismo nuevos horizontes.

Al devastar á Europa en el siglo XVI los sucesores de Lutero y Calvino y al arrastrar en su rebelion contra la unidad á naciones enteras, ofreció Dios á los trabajos de los misioneros las playas de América y las vastas regiones que se extienden en los últimos confines de Oriente. Con la abnegacion, con los prodigios y el martirio desenvolvióse en las órdenes religiosas el apostolado y se propagó á los cuatro ángulos del mundo, y aunque despues de durar más de doscientos años experimentó interrupcion funesta al caer la sociedad de Jesus, volvió la Iglesia á fines del siglo XVIII, luego que hubo examinado detenidamente su situacion, á consagrarse á la obra propagadora con perseverancia portentosa. Lo que por un lado perdia en los reinos de la antigua Europa por efecto de desoladoras doctrinas, ganábalo por otro fundando cristiandades nuevas y multiplicando los obispados como permanentes faros. Los cuatro antecesores de Gregorio XVI, Pio VI, Pio VII, Leon XII y Pio VIII, ocupados en conjurar las tormentas ó en reparar los daños por la revolucion causados, no pudieron consagrarse segun su deseo á extender las pacíficas

(1) Ecclesiást., XXVI, 18.

conquistas; prepararon sí los elementos para hacerlo, y á Gregorio estuvo reservado el honor de coordinarlos, á Gregorio, quien, más que un ciudadano del universo, era su padre.

Con santo ahinco dedicóse á formar hombres evangélicos, á comunicarles aficion á los idiomas, á inspirarles el celo que no decae con la muerte, las privaciones ni los frustráneos esfuerzos. Nunca la Iglesia llora la semilla si cae en el surco; así es que al glorificar á los nuevos mártires cuya sangre iba á fecundar aquellas tierras ignotas, celebró Gregorio las persecuciones como presagio cierto de victoria. En su cristiano entusiasmo exclamaba con el discípulo amado: «Alzad vuestros ojos, y mirad los campos, que están ya blancos para segarse (1).»

Al igual que las esperanzas no quedó burlada la fe del anciano pontífice, y en aquel siglo con tanto ardor consagrado al culto de lo que se llaman materiales intereses parecia saber él solo que los misioneros son los únicos y verdaderos apóstoles de la civilizacion. En efecto, si el nombre de Francia despierta respetuoso cariño en las comarcas más remotas, así en las hordas del Africa central como en los archipiélagos del Océano, no es á su pabellon á quien debe la benéfica influencia: el pabellon se presenta allí en el mástil de una nave, y el viento otra vez se lo lleva; sólo el misionero se queda en la desierta playa con su maternal ternura, y poco á poco, con sacrificios inauditos, revela é inspira amor por las leyes del Evangelio y de la moral eterna.

Desde que fue instituida en Lyon en 1822 la obra de la propagacion de la fe, pudiendo de este modo contar las misiones extranjeras con recursos permanentes, no consintió Roma en que la distrajeran ni aun los sacudimientos políticos de tan grande y saludable idea. Quiso que las mazas del salvaje sirviesen de pedestal á la cruz del Salvador, y para regularizar en los continentes más apartados y bárbaros la obra de sus trabajadores de cada dia creó obispos, nombró vicarios apostólicos, y aconsejó la construccion de iglesias y el establecimiento de escuelas é instituciones caritativas.

Equivalia esto á popularizar y perpetuar el cristianismo con lo más elevado y tierno que encierra. En otro tiempo cardenal prefecto de la propaganda, Gregorio XVI habia penetrado en lo más íntimo y comprendia de un modo admirable la vastísima cuanto difícil obra de las misiones; á ellas, por decirlo así, asoció todo su Pontificado, y ellas fueron del mismo la alegría como serán su eterna gloria. Nunca hubo como entónces un desenvolvimiento católico mejor preparado y con mayor prudencia realizado.

En otro tiempo los jesuitas bastaban casi por sí solos con su número y su celo á la propagacion del catolicismo; pero variadas las circunstancias y la época hubo la Iglesia de modificar sus planes de cristiano desenvolvimiento. Para contribuir á él llama á lazaristas, benedictinos, carmelitas, franciscanos, redentoristas, pasionistas, oblatos, servitas, maristas y á cuantas órdenes combaten con hábito distinto por igual causa y por igual bandera. Gre-

(1) *Evang. secund. Joann.*, IV, 35.

gorio mantiene y fomenta su fraternidad de esfuerzos, y engrandeciendo el círculo de las misiones patentizó de qué modo podia la Santa Sede reparar las pérdidas que la revolucion causaba á la Iglesia. Perentoria era la demostracion y en ella insiste de continuo Roma, siendo como siempre el Señor enviado por el Señor (1) para habitar en Jerusalen, desde donde llama á los gentiles para agregarlos á su pueblo y residir entre ellos.

Pero tan santas tareas y atenciones, con tanta generosidad atendidas, no impedian al Papa y á su ministro fijar con lástima ó espanto los ojos en lo porvenir. Llegadas al término de su perversion las sociedades secretas anunciaban su triunfo, y en verdad que habia de alentarlas el espectáculo que ofrecian Roma y las legaciones. Sin que fuera posible explicar el hecho con razones satisfactorias, ello es que este hecho estaba sucediendo desde Terracina hasta Ancona, desde Ferrara hasta Benevento; imposible era negarlo y más imposible todavía comprenderlo. En el trascurso de veinte años habia perdido el clero sobre sí mismo y sobre el comun del pueblo una autoridad de la cual nadie al parecer se consideraba heredero; hubiérase dicho que se resignaba á sufrir el decaimiento de la humana especie observado siempre al llegar el ocaso de las naciones, decaimiento de que ha querido Dios librar á su Iglesia.

La generacion de hombres cabales y pacientes, doctos y prontos siempre al sacrificio que en tiempo de Lutero despertaba envidiosa emulacion, en cuanto obraba estando en reposo, no existia ya; apénas se contaban entre los príncipes de la Iglesia unos cuantos genios de los que pueden conmover ó afirmar el mundo, sin contar que esas mismas frentes, encanecidas por el estudio y los años, nada comun tenian con las costumbres y los hábitos del siglo XIX: vestigios de un tiempo ya pasado, se limitaban á ser gloria de una época blanco de todos los sarcasmos.

El clero secular y regular, rico con la fe del pueblo y con la suya propia, no creia ser ya con ellos solidario, y en la persona de algunos de sus individuos más activos pensaba que ciertas palabras de la liberal jerga, aplicadas bien ó mal, eran bastantes para captarse el respeto. Con premeditacion se apartaba de cuantos heria con proscripcion inmerecida el descariño del vulgo; considerábalos como apestados por cuyo trato podia reconvenirle la opinion pública, y rechazábalos con el pié para no comprometer, decia, la religion. Bajo el artesonado techo del Vaticano, donde Sixto V habia dictado sus órdenes, volvíase insolente de pura timidez constitucional, y dejaba las diplomáticas tareas y los estudios teológicos para entregarse á la vida del «far niente». Gustaba del ocio de la plaza pública y de la huelga de los casinos; complacíase en las difusas interminables conversaciones que se suscitaban, y era, como el presbítero Gioberti su ídolo y el padre Ventura su maestro, católico italiano y compatriota cosmopolita. Conforme dice san Pedro en su primera epístola, servíase de la libertad como de un velo que oculta las malas acciones; deseaba correr con su siglo por la senda del progreso, y

(1) Zach., II, 8.

excitado por sagaces medianeros adheríase por poesía, ya que no por inconsecuencia, á cuantas doctrinas estaba interesada la venta suprema en poner en circulacion.

Veíase á eclesiásticos sin ciencia alguna y á veces tambien sin conciencia convertir la silla carcomida de un cafe en cátedra para predicar la cruzada contra los oscurantistas, los retrógados y los «sanfedisti». Llevaba el clero al progreso su parte de necedades liberales y de credulidades reformadoras, y en sus filas habian buscado las sociedades secretas un Campanella de lance, Savonarolas de burlas y Arnaldos de Brescia de pacotilla; verdad es que sólo lograron hallar en ellas incautos y juguetes, ó bien los Muzzarelli, Achilli, Gioberti, Gazzola, Rusconi y Gavazzi.

Para elevarse hasta el progreso probaba ese clero á andar cabeza abajo, olvidaba los consejos que san Júdas con la autoridad de su experiencia dirigia á los primeros cristianos para que los trasmitieran á los fieles de todas las edades. «Entre vosotros, escribia el apóstol, se han introducido hombres enemigos de toda clase de yugo que convierten la gracia de nuestro Dios en disoluta licencia. Con arrogancia condenan y blasfeman de cuanto ignoran, y, como los animales privados de razon, se corrompen en todo aquello que naturalmente saben... Son tales hombres como nubes sin agua que lleva el viento á su capricho, como árboles que sólo en otoño dan flor, como las olas furiosas del mar de las que salen entre sucia espuma inmundicias é infamias; son envidiosos que sin cesar se quejan, voluptuosos que se dan á las pasiones todas y soberbios de palabras hinchadas de vanidad y fausto, que se hacen admiradores de las personas segun puede ser útil á sus designios é intereses.»

El proyecto concebido en 1819 por los directores de la suprema venta adquirió en los años que trascurrieron desde el de 1836 hasta el de 1845 proporciones alarmantes para la Iglesia. Como sucediera en cuantos pueblos habia introducido la revolucion francesa sus deletéreos principios, parte del clero estaba sujeta al yugo de la ignorancia y de la ineptitud. Desdeñábase el bien; pero íbase al encuentro del mal, recibíasele con los brazos abiertos y era saludado como la verdad de los modernos tiempos. No en todos los eclesiásticos coronados de cívicas virtudes habia perdido el bien todo el imperio; pero todos menospreciaban á los buenos y no paraban mientes en las obligaciones que impone la Iglesia á sus ministros, ni en las consideraciones á que la misma ha de sujetarse ántes de dar calor á una idea nueva nacida bajo la egida de los adversarios del catolicismo. Un gérmen de liberalismo por pequeño que fuese bastaba á cualquiera idea para ser aceptada por eclesiásticos turbulentos como hermana desde mucho tiempo suspirada, y si esta idea halagaba quimeras de emancipacion, era chispa para el inflamable orgullo italiano y atraia á sus valedores el aura de la plebe y las censuras de la autoridad.

Aura y censuras creaban en un instante un patriota en lo exterior y un rebelde en lo íntimo del alma, y en tanto los hombres honrados y serenos, viendo con espanto aquel afan por las innovaciones, no podian entender lo

mismo que estaban mirando. Como dice el Deuteronomio, conocian que desencadenaba el Señor á una nacion muy lejana de la cual era todo desconocido, hasta el lenguaje, para que desde los confines de la tierra se lanzase contra la Iglesia con la rapidez del águila, y aunque presentian los dias de tormenta ninguno corria á empuñar el gobernalle. Atónitos delante del azote parecíanse á un cristiano moribundo que al dejar el cuerpo terreno con la fe en los labios y el arrepentimiento en el alma encontrase únicamente como realizacion de su suprema esperanza un Dios ausente y un cielo desierto.

Desde el dia en que el memorandum de las cinco potencias sentó, á instancias de Inglaterra, el principio de que los estados pontificios estaban mal administrados, siendo en ellos necesaria radical reforma en lo político, judicial y civil, la revolucion tenia el foco en Roma y en el patrimonio de San Pedro. El fuego oculto en la ceniza habia sido alimentado por las sociedades secretas siempre activas y por la venta suprema, cuyo influjo muy conocido sólo se ejercia en un punto. Inglaterra habia de pronto concebido violenta pasion por los romanos; queriendo hacerles felices á su modo procuraba por medio de sus sociedades bíblicas, de sus viajeros, capitalistas y agentes diplomáticos ó privados sembrar en todas ocasiones la cizaña en el campo del padre de familia, y Luis Felipe cooperaba filosóficamente á la empresa.

El protestantismo, fria negacion de todo culto que en Inglaterra y América separa el hombre de sus semejantes para trocarle en dechado de egoismo, sólo en el Norte podia engendrarse; la ardorosa fe que siempre ha encontrado en las imaginaciones meridionales fue causa de que ni aun en tiempo de Lutero y Calvino pudiese penetrar en Italia la ponzoña de la reforma. Pero en el año 1845, cuando los tronos comenzaban á derrumbarse á pedazos, conocieron los directores de la guerra antipontificia que el pendon de la herejía señorearia con facilidad en la península á poder envolverlo entre los pliegues de la bandera que llevaba escrito progreso y unidad italiana; pensaron que, apoyándose en un centenar de malos sacerdotes, denunciando los buenos á la vindicta pública y lisonjeando la codicia con el reparto de los bienes eclesiásticos, podríase cuando ménos arrastrar al cisma al vulgo fanatizado y necio.

Por medio de incesante trabajo habíase llegado á hacer odiosa la dominacion del clero, dominacion cual ninguna paternal, cuyos pontífices, obispos y religiosos, procedian de todas las clases sociales. Véase sino cómo la córte romana ha sido en todos tiempos para los desheredados de la tierra patria, familia y estado; educadora de todos da á cada uno segun sus merecimientos honores, dignidades y á veces hasta la tiara. Pues bien, á fuerza de impostura habíase cambiado esta situacion, y esperábase con el auxilio de un régimen constitucional imposible llegar á infiltrar en el pueblo un formidable sentimiento repulsivo. Con este objeto prodigaron los ingleses sus caudales y sus Biblias; Alemania envió sus apóstoles de nebulosa ideología, y los refugiados de todas las naciones se convirtieron en misioneros de la incredulidad.

No podia señalarse ostensiblemente la ciudad de Roma como primer lugar de parada en la conquista que de Italia emprendia el protestantismo armado en guerra, y por lo mismo se verificó en Toscana y sobretodo en Piamonte. Allí, al calor de los remordimientos y monárquicas flaquezas del rey Cárlos Alberto, comenzaba con exigencias cada dia crecientes el reinado de una turba de abogados arteros, escritores enfáticos, banqueros sin crédito, artistas sin talento, eclesiásticos sin fe, sabios economistas sin caudal, nobles ambiciosos ó ciegos, hombres de la clase media amantes de agitacion y ruido, todos atraidos por el cebo de la clerical riqueza. Y todos igualmente mostrábanse ávidos de reforma, todos estaban sedientos de parlamentaria dicha, todos suspiraban por una constitucion que de grado ó por fuerza debia introducirlos en la tierra prometida á sus orgullosos apetitos.

Como dos arietes enormes Francia é Inglaterra golpeaban y combatian el trono apostólico. Los antiguos liberales, cómplices de Luis Felipe de Orleans, enviaban por su embajador á Roma á M. Rossi, cuyo nombre era por sí solo buena prenda para las sociedades secretas, y su encargo consistia en tratar gravemente el arduo punto de saber si los jesuitas de Paris residirian en la calle de «Postes» ó en la de «Monsieur».

En víspera de las grandes crísis sociales los eximios políticos de la época no veian salvacion para la monarquía y la libertad sino dispersando á unos cuantos padres de la compañía: á más no se extendia la prevision de los estadistas de la talla de M. Thiers ó de M. Dupin. Inglaterra, empero, cuyos apetitos revolucionarios internacionales favorecian el movimiento, dábase más exacta cuenta de la situacion y la beneficiaba dirigiendo contra la Iglesia católica las fuerzas vivas de la literatura italiana, halagadora de las pasiones demagógicas.

Y así fue que miéntras en Francia escritores como Michelet, Sue y Quinet, apoyados por los oradores filósofos de la cámara de los pares y de los diputados, sólo acertaban á ver jesuitas en todas partes, Inglaterra hizo que se diera á los poetas y prosadores de Italia un encargo muy distinto. Las sociedades secretas pidieron folletos muy pomposos, muy lúgubres, muy declamatorios que pintaran los infortunios de la Romanía con los colores de sombría retórica.

Llegado habia la hora de que todas las plumas rompieran el fuego contra la Iglesia, y los escritores obedecieron la órden expedida por las sociedades secretas. Aunque no todos formaban parte de las mismas ni gozaban de su favor y aprecio, todavía se mostraron obedientes y sumisos como simples soldados que eran. Condenados á vivir de las románticas torturas de Italia como las orugas de las hojas, Máximo de Azeglio salpimentó las desgracias de la Romanía con lágrimas y puntos admirativos; César Balbo dió á los vientos las nuevas esperanzas de Italia; Giacomo Durando dejó reposar su terrible espada para tomar la pluma y enseñar la nacionalidad italiana, y el presbítero Gioberti en sus «Prolegómonos» y en su «Jesuita moderno» desenvolvió la idea matriz del pontificado civil, acariciado por los

adversarios de la Sede apostólica. Otros, como Mamiani, aliñaron sonetos filosóficos, procurando inspirar á Europa viva lástima por las víctimas de la saña de la Iglesia y de la tiranía convencional de Austria; pero á todos sobrepujó Ricciardi en audacia y en teorías de liberalismo impío, precursoras de la tiranía de la incredulidad.

Ese cúmulo de manuscritos eran confiados á la diplomacia inglesa, é iban á parar á las cajas de las imprentas que para el especial servicio de las sociedades ocultas mantenia la Gran Bretaña en el peñon de Malta ó en los cantones helvéticos; y convertidos luego en folletos ó libros volvian á Italia con el sobre á los agentes del gabinete británico, circulando bajo su amparo y proteccion tácita cuando no declarada, esto aquellos libros que no eran distribuidos por sus propias manos. Como el profeta Ezequiel, la Gran Bretaña al propagar los incendiarios escritos decia: «Hijo del hombre, come ese volúmen y anda á hablar á los hijos de Israel (1).»

Audaz violacion del derecho de gentes era esta, de la cual no pudo Roma quejarse nunca oficialmente; habríasele exigido la prueba material del hecho; pero esa prueba, que el gobierno pontificio no podia ó no queria dar, ha pasado ya á ser patrimonio de la historia.

Impelido por los liberales que elevan la rebelion á dogma, ó por la suprema venta que lo disponia todo para su victoria, habia logrado el enemigo introducirse en la plaza, y disponia de una parte muy exigua del clero, aunque activa cual ninguna. En la actitud de algunos eclesiásticos y hasta en el decaimiento de la vocacion sacerdotal conocíanse los perseverantes esfuerzos de la venta suprema. Para el trabajo y la oracion, para el gobierno de las almas y el de la Iglesia universal tiene Roma necesidad de formar levitas en todos los grados de la sacerdotal jerarquía, siendo esa multiplicidad de religiosos, clérigos, prelados y obispos vida al par que gloria de la Santa Sede. Unos permanecen junto á ella como centinelas de los deberes, piedad ó ciencia eclesiástica; otros parten por mandato suyo, y misioneros ó embajadores llevan la luz del Evangelio al consejo de los príncipes ó al alma de los pueblos.

Poco tardaron en conocer las sociedades secretas que para enflaquecer el Pontificado era el medio más seguro disminuir el número de vocaciones, y para alcanzar este fin, que todas entre sí se recomendaron, apelaron á recursos de diversa índole. Pidieron ó hicieron pedir una educacion más apropiada, segun decian, á las necesidades del siglo y á los intereses del país; lamentáronse de ver ocupados los años juveniles en el estudio de las lenguas muertas, siendo así que los negocios y los intereses mundanos les ofrecian más provechoso sendero; el estudio de la teología lo mismo que el de las buenas letras debia relegarse á un tiempo ya pasado y condenado á eterno olvido, y ante todo era lo conveniente dar alas en el estado pontificio al comercio y la industria. La Iglesia, decíase, se atrae todas las inteligencias y para su servicio las educa y disciplina; los romanos empero no pueden sujetarse eternamente á tales lazos; al igual de los otros pueblos han

(1) Ezech. prof., III. 1.

menester más aire y mayor independencia, y los padres de familia deben ser los únicos árbitros del destino de sus hijos.

La libertad del hogar doméstico y de la vocacion no es en Roma fruto nacido ayer á fuerza de artificial calor, sino que nació á la sombra de la autoridad pontificia y floreció al amparo de la Sede apostólica. Sin embargo, en la disposicion en que los ánimos estaban la teoría contraria tenia en su favor muchas probabilidades de triunfo, y prevaleciendo en efecto contra la realidad hiciéronse de ella arma las sociedades secretas para enflaquecer poco á poco el gran cuerpo que sólo por la castidad se renueva.

Halagábase al clero lo mismo en sus gustos que en sus aversiones; la hipocresía, el estudio, la ociosidad, todo se empleaba para corromperle, así los buenos sentimientos como los vicios que se procuraba despertar en su alma. Y miéntras esto sucedia trabajábase á la vez para inculcar á la nobleza ideas de ambicion y descontento.

La nobleza romana debe todo cuanto es al Pontificado: él le ha dado títulos, honores, palacios y caudales. Aristocracia singular y distinta de las otras, no por ello debe consentir por sus personales merecimientos que sus vástagos se limiten á ostentar los timbres de sus mayores, ni reducirse á ser ciega como la fortuna y desmañada como la virtud sin prevision. Si es cierto que las llaves de san Pedro le han abierto todas las puertas, importa que en cambio por agradecimiento ó interes sea siempre y en todas partes guardia avanzada de la Sede romana, pues no compensan la inaccion el amor á las artes y el buen gusto en la opulencia.

En esto, como hemos dicho, las sociedades secretas, cuyo deseo era agitar, soliviantar el país y enseñarle á lanzarse á la calle, y que podian disponer ya de una parte del clero, resolvieron valerse de iguales medios para ganar á la nobleza, la cual consentia en ser dirigida por la ambicion cautelosa y por las habladurías y cábalas de los abogados. Empezóse por compadecer á los caballeros que estaban condenados á ocultar sus talentos bajo el birrete clerical, y como para rehacer un caudal devorado por el juego ó por excesos de toda clase algunos de ellos habian dejado en prenda sus títulos familiares en la alcoba de una cantatriz jubilada, de una trágica ya sin aliento ó de una bailarina veterana, á las cuales vendian su nombre para que les prestasen su lujo de bastidores, levantóse en breve en toda Italia un clamoreo de cascadas voces y un movimiento de fatigadas piernas para protestar contra el deshonor de los blasones. La mujer de teatro ofrecióse con sus economías para ser cepa de condes ó marqueses, y con toda el alma, ó por mejor decir con todo el estómago, fue aceptada, llegando á ser esa tarea, engendro del deseo de lucro, de la vanidad y de la abyeccion, visco revolucionario para muchos nobles. Murmuráronse á su oído aquellas palabras que van rectas á los corazones débiles; excitóseles á emanciparse del yugo sacerdotal ó á secularizar la Iglesia declarándola incapaz para la administracion temporal, pues si la revolucion consentia de grado en dejar todas sus cargas al clero, reclamaba en cambio los honores y provecho para los sicarios de las sociedades secretas.

Así que el pueblo deja de creer que lo es todo habitúase espontáneamente á no ser nada. Díjosele, pues, que en su dignidad estaba el ser algo, y nobleza y clase media mordieron el cebo de los beneficios que su intervencion en los asuntos públicos habian de reportar al estado que se envanecian de representar, como si el estado no saliese de sus familias y no volviese á ellas á cada nueva eleccion de soberano y tambien por sus nombramientos administrativos. Acusábase al Pontificado de infinitos imaginarios dolores con que las clases elevadas creian afligido al pueblo, y clero, nobleza y clase media, si bien partieron de dos opuestos principios, cayeron en el mismo lazo tendido por las sociedades secretas y dejáronse alucinar por las teorías con que era halagada su egoista vanidad. Todos, eclesiásticos y nobles, aspiraban á alcanzar gloria y reformas, y á conseguirlas se dirigian apoyados en las muletas de un progreso ficticio y de una miseria por desgracia muy real.

En los últimos años del pontificado de Gregorio XVI, muy sosegados en apariencia, pero de agitacion suma en lo más íntimo de las almas, hubo dias en que se presentaron muchos involuntarios y pequeños Sansones, quienes á pesar de que creian cosa de burlas y de juego la independencia y la unidad italiana por ellos profesadas, complacíanse en conmover las columnas del templo. Por todos lados penetraron en la ciudad apostólica el hipo de andar con el siglo y la fiebre por lo nuevo; las inteligencias extraviábanse en un laberinto de utopias, y así eran aplaudidos los discursos más encontrados como acogidas las esperanzas más falaces. En seguida, sin poder apreciar de qué lado soplaba ese viento de desórden y muerte, veíanse sus estragos, experimentábanse sus embates, y al propio tiempo iban siguiendo todos, gente idiota y de poco entendimiento, el camino de la revolucion, celebrando el maléfico triunfo de la igualdad, de la fraternidad y de los derechos del hombre.

Las sociedades secretas habian derramado la ponzoña y la inocularon en todas las familias, devorando á toda Italia una fiebre que no debia tener intermitencias. Aquel pueblo, cansado así de sosegada ventura como de trastornos y motines, dióse una última órden y obedecióla con orgullosa docilidad: olvidando su pasada historia, las grandezas y rivalidades de su ciudad natal, las preocupaciones locales, la enemiga de estado á estado y los recuerdos de las intestinas guerras de la edad media, prestábase á la unificacion y cortábase una bandera «autoctona» del uniforme de cualquiera recluta piamontes. La antigua Italia embriagábase con la idea de su resurreccion futura y de sus glorias problemáticas, y con el presbítero Gioberti, su Tirteo de sacristía liberal, exclamaba en sus vanos deseos de unidad: «Antes de trascurrir un siglo quizas vuelvan á ser los destinos de la patria los de la heróica época de los Escipiones (1).»

Este lema de las sociedades secretas fue grito de guerra para cuantos aspiraban á todo trance á reformas imposibles y al progreso piamontes. Lisonjéase á Italia diciéndole que dentro de un siglo será como en la época

Jesuita moderno, t. II., p. 690. (1847).

de los grandes varones de Plutarco reina del mundo y dominadora de pueblos, y modesta Italia confiesa en sus sonetos, arengas y periódicos que no es este fin superior á su ánimo y esfuerzo. Podia sí alcanzarlo de nuevo; pero tranquilícese el universo, que no lo querrá.

Volvamos en efecto la mirada al pueblo en que bullen tan locas pasiones y tan falaces esperanzas, y despues de considerar la altura á que los abuelos se elevaron veamos la humillacion á que han descendido los nietos. Cincinato pasa la vida en las antecámaras solicitando una prebenda; Caton establece un lupanar; Virginio ofrece su hija al mejor postor; Tito no sabe cómo hacerlo para perder mejor el dia; Lúculo mendiga; Fabio Cunctator se ha trasformado en «jockey» diplomático; Pompeyo es usurero; Cornelio deja á criados el cuidado de educar á sus hijos; Fabricio teje doradas coronas para la frente de bailarinas; Augusto tira él mismo de su carro; Juvenal vive á expensas de una cantatriz con quien se ha casado; Numa tiene abierta una lotería; Mecénas socaliña á los poetas y hácese aplaudidor asalariado de toda clase de artistas; Horacio fabrica antiguallas; Curcio abandona su cueva para predicar el egoismo; Régulo hace punto de violar su juramento; en beneficio del órden público Graco y Catilina reclaman á voces la institucion de la guardia nacional; Tácito convertido en cortesano ó en sabio economista,—lo cual es casi una misma cosa,—tributa el acatamiento de su fidelidad ambulante, ora á Galba, ora á Oton y Vitelio, pero siempre al felice y afortunado suceso; Virgilio entra en pactos con los extranjeros; Bruto excita á sus hijos á urdir conspiraciones; César es peluquero; Germánico se trasforma en polizonte pagado por los alemanes; para distraerse durante el incendio de Roma, resultado de sus órdenes, cultiva Neron las ideas constitucionales; Ciceron es director de un periódico clandestino; Marco Aurelio vende folletos sin nombre de autor; Espartaco compra títulos de nobleza; muchas Lucrecias y no pocas Virginias apelan de los rigores de sus amas para ante los Tarquinos y Apios de la época; Tiberio predica la libertad; Manlio da muerte á los gansos sagrados del Capitolio ántes de que den el grito salvador; Coriolano refugiado en el país de los volscos se entrega al educando del asesino á quien pagan las sociedades secretas; Eponino y Sabino pleitean para obtener el divorcio; Aníbal vende anteojos; enriquécese Floro con el canto; resígnase Mario al papel de tenor y Escipion roba doncellas. Rómulo y Remo, los gemelos de la loba, son los únicos que no dejan las buenas antiguas costumbres: en nombre de la universal concordia y de la italiana fraternidad continúan batallando entre sí y derramando su sangre.

Ese retrato pintado al natural no ha sido bastante para que las sociedades secretas reflexionaran en la vaciedad de los antecedentes históricos, y despues de engañar á Italia, de abusar de su credulidad orgullosamente pueril, acabaron por engañarse á sí propias. Incesante era el influjo que ejercian; pero lo acertado de las disposiciones adoptadas hacia que si aquel se dejaba sentir en todas partes no se viese claro en ninguna. Así el cardenal Lambruschini, en el apogeo entónces de su poderío, como los hombres habituados á apreciar las oscilaciones del espíritu público, concebian grandes temores

por la variacion que se observaba lo mismo en los claustros que entre el clero secular, y sin embargo no acertaban á penetrar su causa: en vano eran sometidos á interrogatorio los eclesiásticos de exaltadas ideas; en vano se les preguntaba con afan cómo habian podido nacer en ellos tales pensamientos; su respuesta era que el progreso estaba en el aire como el movimiento en el cuerpo.

Ninguno habia que creyese estar envenenado, y por lo mismo dificilísimo era hacerles declarar la existencia del veneno.

Llevado este al traves de los Alpes habia infectado las iglesias de Francia, de las Dos Sicilias, Alemania y Bélgica. Singulares doctrinas eran en ellas debatidas; eclesiásticos jóvenes, hinchados de orgullo en la escuela de Lamennais ó en la de Saint-Simon, pensaban nada ménos que en regir el mundo desde lo alto de su humildad, y para conferirse á sí propios el derecho de violar los principios monárquicos desnaturalizaban los principios divinos; volvíanse cortesanos del hecho consumado ó tribunos de los pueblos; ponderaban las virtudes modestas de la familia de Orleans ó ponian en tortura el texto de las sagradas Escrituras para deducir lecciones de rebeldía; suspiraban por un bien irrealizable y no curaban de ver que cada paso por la tortuosa senda los acercaba á la herejía, debiendo decir para gloria de España y Portugal que su clero fue el único que se libró del contagio de las novedades y de los sociales progresos.

Salidos de algun cenáculo donde la soberbia y la corrupcion del alma habian engendrado ardientes neófitos, esos eclesiásticos, ciegos en medio de la luz del medio dia, servíanse de ciertas aparatosas virtudes para ocultar los desoladores afanes con que alimentaban tales sistemas su precoz decrepitud, y bien pesado todo debe decirse que llegaban gangrenados al mundo del cual habian de ser luz, pero en cuyo ámbito derramaban sólo tinieblas. Escritores, controversistas, confesores ó predicadores, veíaseles en los arranques de sacrílego orgullo acumular ruinas sobre la sociedad cristiana en fiera lucha con un principio disolvente, principio que el gobierno de julio llevaba en la frente como simbólica corona y que introducia en las almas como doctrina de ilícito comercio.

Nacidos en el campo católico ó en los confines de las anárquicas escuelas preciábanse esos eclesiásticos de poder regenerarlo todo é inventaban democráticos edenes. Veíase á hombres para muy poco que intentaban coordinar grandes ideas; aunque de modesta apariencia hablaban récio, y como no podia ménos de ser iban á parar á un cáos en el que entraban como pesarosas unas cuantas ideas de religion anegadas en un océano de utopias. Con gusto apresuróse la impiedad á tomar tales hombres bajo su amparo, y entónces pudo pensarse de ellos que eran ciegos disertando con sordos.

Como en tiempo de san Hilario podia la Iglesia decir que «los oídos del pueblo eran más santos que el corazon de algunos eclesiásticos»; pues ni para contemplar el sol sacudian las tinieblas á que estaban habituados sus ojos.

Tan indefinible malestar, que así se observaba en el Norte como en el Me-

diodía, no pasó desapercibido para la penetracion de Gregorio XVI y del Sacro colegio, y en 4 de agosto de 1845 escribió el cardenal Bernetti á un su amigo lo siguiente: «Varias veces os he dicho los temores que me inspira el presente estado de cosas. Inútilmente el Papa y el gobierno buscan remedio para el mal y dique para el contagio: mal y contagio crecen y aumentan cada dia sin que pueda contenerse la avenida del desconocido torrente. A nuestro alrededor se agitan elementos vagos y misteriosos, y en todas partes se ve lo malo, y lo bueno en muy pocas. Los jóvenes de nuestro clero están penetrados de doctrinas liberales que han aprendido por su mala parte; los estudios graves están abandonados, y es en vano que tratemos de alentar á los alumnos, de recompensar á los profesores y que prometamos á unos y á otros mercedes que Su Santidad está siempre dispuesto á otorgar: todo ello no mejora en nada el estado de los ánimos. Si los jóvenes estudian es únicamente para el desempeño de sus cargos futuros; pero no cifran en su trabajo como en los bellos dias de Roma su ambicion y ventura. Poco curan de llegar á ser profundos teólogos, eruditos casuistas ó doctores versados en cuantas dificultades ofrece el derecho canónico; son eclesiásticos, pero quieren llegar á ser hombres, y es indecible el singular maridaje que establecen con este título de hombre que preconizan con risible énfasis entre la fe católica y sus extravagancias italianas. Ya que nos castiga la mano de Dios humillémonos y lloremos; pero debo deciros que no es la perversion humana de los jóvenes lo que aquí absorbe más nuestra atencion y causa nuestro mayor tormento.

«La parte del clero que en pos de nosotros ha de subir naturalmente á la direccion de los asuntos públicos y que nos empuja ya al sepulcro como reconviniéndonos en silencio por haber vivido demasiado, esa porcion del clero está mil veces más contagiada que la generacion jóven del vicio de liberalismo. Los mozos carecen de experiencia, déjanse seducir y corren en pos de lo nuevo lo mismo que un novicio que sacude la regla de su convento para gozar de algunas horas de radiante sol y vuelve luego al claustro; pero en los hombres de edad ya madura tales pensamientos y tendencias son mucho más peligrosas: la mayor parte de ellos ignoran por completo los caractéres y las cosas de la época y se entregan á sugestiones que engendrarán aflictivas crísis para la Iglesia. Al paso que si empleamos hombres de esfuerzo y talento son blanco al instante de las públicas maldiciones, los necios y los pusilánimes vense «ipso facto» rodeados de una auréola de popularidad que será para ellos nueva causa de burlas y de zumba. Sé que en Piamonte, en Toscana, en las Dos Sicilias, lo mismo que en el reino Lombardo Veneto existe en el clero igual espíritu de discordia, y al propio tiempo nos llegan de Francia deplorables noticias. Los eclesiásticos rompen con lo pasado para ser hombres nuevos; al amor del prójimo sucede el espíritu de secta; crece en la sombra el orgullo individual puesto en lugar del amor de Dios por talentos muy tristemente empleados, y llegará dia en que estallen las innúmeras minas cargadas con pólvora constitucional y progresiva. ¡Quiera Dios que, despues de haber presenciado tantas revoluciones y asistido á tantos desastres, no haya

de ser yo testigo de los nuevos infortunios de la Iglesia! La barquilla de Pedro quedará sin duda alguna flotando sobre las aguas; pero me voy haciendo viejo, mi salud es cada dia más quebrantada, y tengo necesidad de estar por algun tiempo tranquilo, y de recogerme en la paz ántes de ir á dar cuenta al Señor de la vida agitada que he llevado al servicio de la Sede apostólica. Hágase, empero, su divina voluntad, pues lo que ella quiera será sin duda lo mejor.»

No se equivocaba en sus previsiones el cardenal Bernetti ni tampoco en las suyas el anciano Gregorio XVI. El rigor prudente del cardenal Lambruschini, templado por la bondad pontificia, no hizo mas que afirmar á los descontentos en la sorda hostilidad que fomentaban la suprema venta y el carbonarismo. Por la obligacion estricta en que estaba de castigar á los eclesiásticos culpados acusóse al príncipe de crueldad, y porque preguntó sencillamente á algunos entusiastas por los caminos de hierro qué utilidad reportarian al exiguo patrimonio de San Pedro las nuevas vias cuyos destinos futuros son todavía un misterio, púsosele en el último lugar de los retrógrados ó «codini,» porque no se conmovia por las lágrimas de encargo, por los teatrales dolores y el mentido arrepentimiento de los refugiados que en Paris, Lóndres y Nueva York se complacian en rehacer los «Tristes» de Ovidio entre los banquetes de la fraternidad ó los equívocos goces de reuniones de mala fama, pintáronle sin entrañas y despiadado, y suspiróse por la muerte del tirano. De mano en mano pasaron infames coplas profetizando á la Jerusalen católica toda clase de desastres á no consolarla pronto un nuevo soberano de su union harto prolongada con el viejo camandulense, y prodigáronse ultrajes á sus leyes, á sus imágenes injurias, y la ingratitud á cuanto bello y bueno realizara con generoso esfuerzo.

Sin dejarse dominar ni seducir por interesadas lisonjas opónese Gregorio con inquebrantable firmeza á toda especie de científico congreso. No quiere que con ningun pretexto siente en Roma uno de aquellos congresos los reales de la insurreccion, pues sabe que bajo la apariencia de bellas artes, literatura, ciencias é intelectual movimiento las sociedades secretas tienen regimentada á una turba de inofensivos poetas y crédulos economistas, sabios que, teniendo todos, dejando la modestia á un lado, un sistema infalible para regenerar ó rehacer el mundo van de ciudad en ciudad con la buena nueva de la luz, y Pics de la Mirándola en comandita revolucionaria peroran nebulosamente «de omni re scibili, et quibusdam aliis» especialmente. Las sociedades secretas tuvieron la feliz idea de excitar su vanidad tan inflamable ya de suyo, de reunirlas todas y coordinarlas, de comunicarles habla y movimiento, y con ello adquirieron dócil rebaño al que dirigieron aquí y allí introduciendo y consagrando la primacía italiana, sin contar que al amparo de tales asambleas podian las sociedades secretas hacer alarde de sus tropas. Gregorio conoce el peligro, y ya que no pueda apartarlo de Italia, cuyos príncipes consienten en ser dominados, quiere á lo ménos librar de él á Roma. En 1845 son los congresos científicos exactamente lo mismo que serán dos años despues en Francia los banquetes democráticos, y porque el Papa cierra los oídos á

las peticiones del liberalismo que se presenta como mandatario oficial del progreso social en cuadrilla, es el Papa maldito en todas las lenguas. Y sin embargo, tan cierto era que su perspícua mirada habia penetrado el misterio de aquellas abigarradas reuniones, como que la misma revolucion se ve hóy obligada á fallar en su favor la causa.

La idea matriz de los congresos titulados científicos quedó sepultada bajo los escombros de 1848; pero diez años despues desenterráronla las discordias nacidas en el campo de las sociedades secretas y Leopardi la exhumó en sus «Narrazioni storiche».

«La tregua, escribe, que de este modo yo y otros emigrados establecidos en Paris impusímos al mazzinismo en los estados de Italia, fue orígen de siete años de sosegado trabajo, de los cuales nacieron los «congresos de sabios» que tan saludable influjo han ejercido en la íntima union de los pueblos italianos. De ella no supieron aprovecharse los gobiernos de Nápoles y Roma, y con el tiempo el mazzinismo logró producir las imprudentes revueltas de 1842 en los Abruzzos, de 1843 en la Romanía y de 1844 en las Calabrias, las cuales fueron causa de muchas prisiones, torturas y muertes, siendo entre ellas la más digna de sentirse la de los hermanos Bandiera y sus compañeros (1).»

Pero en aquel mismo tiempo era la suprema venta pábulo de discordias y divisiones, y su influjo se debilitaba cada dia. Tendidas en diversos puntos las redes de la vasta maquinacion, los hilos de la misma estaban reunidos en la mano de un solo hombre, que era como el centro de tódo, desde el cual descendia la corrupcion por conducto de la nobleza y la clase media. Pero el egoismo, que habia provocado aquellos intelectuales desórdenes, hubo de ser tambien el fin de los mismos, y en aquel tiempo un iniciado presintió las calamidades próximas. Ocultaba aquel hombre sus títulos familiares bajo un nombre de guerra; llamábasele Gaetano en la sociedad secreta (2), y desde hacia mucho tiempo estaba colocado de observacion en Viena junto al príncipe de Metternich. Amigo de Nubius, Piccolo-Tigre, Volpe, Vindice, Beppo y de cuantos italianos habian tomado á destajo la obra de destruir el catolicismo y hacer triunfar la idea revolucionaria, habia contribuido como los otros con cuanto le fuera dable á la perversion del pueblo, hasta que modificaron sus ideas más detenidas reflexiones; entónces, en 23 de enero de 1844, dirigió á Nubius los siguientes consejos que pueden considerarse como una dimision anticipada ó una excepcion perentoria:

«Antes de contestar á vuestras dos últimas cartas, querido Nubius, quiero comunicaros algunas observaciones mias de las que desearia que reportarais provecho. En pocos años hemos adelantado mucho la obra; á todas partes se extiende la desorganizacion social, así al Norte como al Mediodía, así al corazon de los nobles como al pecho de los sacerdotes, y nadie se ha li-

(1) *Narrazioni storiche, di Piersilvestro Leopardi, con molti documenti inediti, relativi alla guerra dell' independenza d' Italia e alla reazione napoletana.* Torino, 1 tomo en 12°.

(2) Este hombre es el mismo Gaetano que en la *Historia del Sonderbund* se presenta como corresponsal é inspirador de Neuhaus.

brado del rasero bajo el cual queríamos hacer pasar la especie humana. Nuestro objeto era corromper para llegar á gobernar, y estoy dudando de si, como á mí me sucede, os espantais vos de nuestra propia obra. Temo que hayamos ido demasiado léjos, que hayamos corrompido más de lo justo, y considerando con detencion el personal de nuestros agentes en Europa empiezo á creer que no podrémos encauzar á nuestro gusto el torrente una vez hayamos soltado sus diques. Veo que fermentan á nuestro alrededor y debajo de nosotros pasiones insaciables cuya existencia no sospechaba, apetitos misteriosos, odios terribles que pueden el mejor dia devorarnos, de modo que, á ser tiempo aun para aplicar remedio á la moral gangrena, paréceme que el hacerlo seria para nosotros beneficio inmenso. Muy fácil ha sido pervertir. Pero ¿lo será tanto sujetar á los pervertidos? Aquí está á mi ver el punto de la dificultad, dificultad de que varias veces he querido tratar con vos sin que jamas lo haya alcanzado. Hoy, empero, no es posible ya sortearla ni cerrar por más tiempo los ojos para no verla, pues los instantes son críticos, y en Suiza, Austria, en Prusia é Italia nuestros sicarios que serán mañana nuestros señores (¡horribles señores en verdad!) sólo esperan una señal para romper el molde de que hasta ahora se han servido. Suiza quiere ser la que la dé; pero los radicales helvéticos, enjalmados por su Mazzini, por sus comunistas y por su alianza entre los santos y el proletariado ladron, no son los más propios para guiar las sociedades secretas al asalto de Europa. Lo importante es que Francia imprima su sello á la universal orgía y que Paris no falte al encargo que tiene encomendado (que no faltará, seguro estoy de ello); pero una vez dado y recibido el impulso, ¿á dónde irá esta triste Europa? Este pensamiento á la verdad me desasosiega é inquieta, pues voy envejeciendo, tengo perdidas mis ilusiones todas, y no quisiera asistir pobre y privado de todo como comparsa de teatro al triunfo de un principio al que yo hubiese dado calor para que luego se arrojase sobre mí y me dejara sin hacienda ó sin cabeza.

«En muchas cosas hemos pecado por exceso. Quisímos arrebatar al pueblo cuantos dioses veneraba en el cielo y en la tierra; arrancámosle su fe religiosa, su fe monárquica, su probidad, sus virtudes de familia, y ahora que oimos en lontananza sus sordos rugidos nos damos á temblar temerosos de que el mónstruo nos devore. Y no hay que esperar de él piedad: poco á poco le hemos ido dejando sin el menor sentimiento bueno, de modo que cuanto más lo pienso más convencido quedo de que deberíamos acudir á los temperamentos. Pero en este instante quizas decisivo ¿qué haceis vos? No os moveis de vuestro sitio, y con dolor he sabido que estais deseando y preparando una conflagracion general. ¿No habrá modo de aplazar ó diferir el crítico momento? ¿Estais cierto de haber tomado las necesarias disposiciones para dominar el impulso que habrémos comunicado? De Viena puedo deciros que una vez suene la campana revolucionaria la plebe nos devorará, y que el precario caudillo que se eleve sobre ella es probable que esté aun hoy en presidio ó en algun lugar peor todavía. Nuestra Italia, donde se está jugando una doble partida, es probable que os infunda iguales temores en cuanto

aquí y allí hemos revuelto el mismo cieno. Y el cieno sube ya á la superficie, y estoy temiendo que llegue á ahogarnos.

«Sea cual fuere la suerte reservada á las ideas que han difundido las sociedades secretas, es seguro que serémos vencidos y que encontrarémos dominadores. ¡No era esto en verdad nuestro agradable sueño de 1825, ni tampoco nuestras risueñas esperanzas de 1831! Efímera ha sido nuestra fuerza y nos deja para pasar á otros. Solo Dios sabe dónde se detendrá este progreso hácia el embrutecimiento, y aunque os digo que no cejaria en mi empeño á poder ser siempre nosotros los que dirigiésemos, explicáramos y aplicáramos nuestra obra, abrigo aquí en Viena profundo temor del cual me parece que debeis participar vos igualmente. ¿No conoceis como yo que á ser tiempo todavía importa hacer alto en el templo ántes de hacerlo entre ruinas? A mi ver ese alto es aun posible; pero vos solo, Nubius, podeis decretarlo. Decid: ¿no seria factible apelando á gran sagacidad tomar aquí el papel de Penélope y deshacer, llegado el dia, la trama urdida durante la noche?

«Corre el mundo por la pendiente de la democracia, y desde algun tiempo democracia significa para mí demagogia. Nuestros veinte años de conjuraciones están expuestos á quedar eclipsados por algunos hablantines que se presentarán á adular al pueblo y á apedrear á la nobleza despues de haber ametrallado al clero. Noble soy, y con sinceridad confieso que me vendria de cuesta arriba hacer buenas migas con el populacho y esperar de su benevolencia la libertad y el pan de cada dia. En una revolucion como la que se prepara podemos perderlo todo y yo estoy por conservar. Lo mismo creo que debe pasaros á vos, querido amigo, pues teneis bienes, y no habria de ser de vuestro agrado, como no lo seria del mio, oir sonar en vuestros oídos las palabras de confiscacion y proscripcion de las «Eglogas», el funesto grito de

Hæc mea sunt; veteres, migrate, coloni.

«Poseo y quiero poseer, y es posible que la revolucion nos lo arrebate fraternalmente todo. Pero aun hay más: no son esas las únicas ideas que desasosiegan mi pecho, y cierto estoy de que lo mismo les pasa á varios de nuestros amigos. No tengo aun remordimientos, pero agítanme temores, y en vuestro lugar, en el estado que veo los ánimos en Europa, no quisiera asumir sobre mí una responsabilidad que puede llevar á José Mazzini al Capitolio. ¡Mazzini en el Capitolio, amigo mio! Y ¡pensar que á suceder esto Nubius seria despeñado de la roca Tarpeya ó yaceria en el olvido! Hé aquí la pesadilla que me agobia y que creo se realizaria á satisfacer la casualidad los deseos que abrigais. ¿Es posible que semejante perspectiva halague vuestros ojos?»

Esta era la carta cuyo contenido iba á justificar en breve la revolucion. Acaecen de cuando en cuando en lo más hondo de las sociedades secretas sucesos cuyas causas é hilacion es imposible que sean descubiertas aun por los hombres más experimentados, y uno de ellos ocurria en la suprema venta, aislada en sus impías abstracciones. Temerosa de contraer responsabilidad respecto del poder civil, conmovida por un sentimiento de dig-

nidad en ella impertinente, habíase siempre negado á entrar en tratos con el carbonarismo y con las sectas ó logias que del mismo nacian ó dependian; pero sucedió que, no queriendo apelar al recurso del asesinato, no teniendo por objeto la conspiracion perpétua, hallóse poco á poco, por no salir de su primera idea, debilitada y enflaquecida. En los dias de su mocedad y de sus corrupciones habia desdeñado clientes y neófitos, y en especial le repugnaba emplear como medios de triunfo la independencia y unificacion italiana, palabras vacías y de realizacion imposible que apreciaba en su justo valor. De ahí resultó que el mal permaneció estacionario, pero la influencia se trasladó á otros.

Poco á poco habíase descubierto el misterio de la asociacion antipontificia; pero la suprema venta, arrostrando mortificaciones y desobedeciendo órdenes, obstinábase en obrar sola y rechazar toda intervencion en asuntos políticos. Equivalia esto á contrastar los proyectos de cuantos suspiraban por una sociedad nueva nacida del universal incendio, y en esto estaban cuando Nubius vióse atacado de lenta calentura que le produjo decaimiento gradual y completo: era la suya una de aquellas dolencias que el arte no cura ni explica.

No investigaron los cómplices de Nubius la causa ni el orígen de tan oportuna enfermedad: de largo tiempo sabian que en las sociedades secretas la sordera es precursora de la mudez, y que, como en la época de Tiberio y Sejano, recibíanse todavía cartas de Caprea. Reducido Nubius á la impotencia y aterrorizados sus amigos, no habian ya de temer las sociedades secretas que nadie se atreviese á obrar sin acatar ántes su supremacía, y puesta en evidencia la fraternidad por una dósis moderada de veneno, ese mismo veneno, verdadero ó falso, hizo que temieran el puñal los otros afiliados, pálidos ya por el temor de la muerte. De ahí que la suprema venta se viese desmembrada en el preciso instante que creia segura la victoria, y su desmembramiento produjo incalculables resultados.

Cayó el poder en inexpertas manos y las ocultas fuerzas quedaron á merced de exaltaciones glaciales que usaron del delito á tontas y á locas y al acaso. Sabidos los proyectos de Nubius únicamente por muy pocos iniciados los cuales tenian escasísimo interes en defenderle una vez expulsado de la escena, el audaz antiguo director fue calificado de visionario y maniático, y díjose de él que habia pospuesto la causa humanitaria al interes de su orgullo; su nombre fue borrado del libro de las sociedades secretas, su memoria condenada al olvido, y la empresa, á que consagrara su existencia, abandonada por sus sucesores, quienes ignoraron siempre sus ramificaciones principales.

El yugo sacudido por las sociedades secretas era tanto más grave y pesado en cuanto Nubius habíalas de continuo humillado con su superioridad incontestable, y los nuevos jefes que le sucedieron en Suiza, Italia, Francia y Alemania no tuvieron mas plan ni idea que la destruccion universal realizada por medio de la inmoralidad. En la Sede romana no vieron mas que un gobiérno como los otros al que podia derribar un motin afortunado, y así

fue que únicamente en sus ratos de ocio consintieron en ocuparse de él; diseminados por toda Europa y proporcionándose rentas, ora mendigando ora ejerciendo oficios poco honestos, tomaron parte en los odios locales de cada país, en las divisiones de partido y hasta en las pasiones individuales, sirviendo de intermediarios en vergonzosos tratos y alistándose más de uno en la policía secreta.

Su centro comun habia desaparecido, y desde aquel momento, aunque aspiraron y trabajaron todos para un mismo fin, fue bajo distintas banderas. La suprema venta conspirando entre tinieblas quiso con esfuerzos increibles reunir y combinar esos elementos de perdicion para convertirlos en fuerza contra la Iglesia; pero los que la sucedieron, más envanecidos aun que ella con su omnipotencia, particularizaron el ataque en vez de generalizarlo, y á toda costa quisieron satisfacer sus enemistades privadas ó adquirir, ya que otra cosa no fuese posible, un pequeño capital.

Desde entónces con la discordia introdújose la confusion en las ocultas sociedades y se convirtieron en cáos; no hubo ya en ellas caudillo, lema y ni siquiera conexion entre sus predicadores de anarquía; cegadas por individual orgullo, dejáronse guiar y extraviar por implacables vanidades, de las que es acabada personificacion la vida de Mazzini. Lo que uno decretaba en Lóndres ó en Viena era por este solo hecho rechazado en Berlin ó en Paris; habia desaparecido toda clase de unidad, y cada uno con su escuadra de sicarios del comunismo avanzaba con gran estrépito de atabales contra el órden social, que ni siquiera pensaba en defenderse.

Los piés del hombre iban descendiendo á la muerte; sus pasos encaminábanse al sepulcro, y con vana confianza que jamas habria de reproducirse tratábase con toda la timidez posible de apartar el remedio del mal sin curarlo ni aliviarlo; viviase en suave hermanamiento con los artífices de la anarquía; conocidos por todos, todos les alargaban la mano, y con ello dábase á los inéditos Solones, á los Licurgos de café, á los Dracones de escaso ánimo una audacia que jamas habríales inspirado su cobarde apocamiento. Convertíase Europa en la tierra de las leyes ultrajadas, de los deberes conculcados, de la historia entregada á las furias y de la autoridad arrastrada al abismo; queríase adquirir popularidad rodeándose de los hombres que han sido siempre seguidores de revueltas, abrigábase la grata ilusion de que con ello se vertia balsámico aceite sobre las llagas de Europa, siendo así que lo que se derramaba era aceite en ebullicion. Hubiérase dicho que Dios habia preparado para ciertos hombres narcótico brebaje, pues sus ojos se cerraban y su mente iba quedando vacía.

En la general ruina de los principios gubernativos, ruina causada por las sociedades secretas, pero que al fin experimentaron tambien ellas como providencial y anticipado castigo, llególes con la victoria la ceguera, y tanto como la inercia las asustó el triunfo, efecto estó de los bajos señores y ruines cómplices que habian aclamado. Pero aun entónces no llegó el delito á los límites de la extravagancia, y miéntras la suprema venta, relegada á la oscuridad, recogia sus heridos y temblaba ante los nuevos potentados, las so-

ciedades secretas, afanosas por dinero, lo pedian á las iras anticristianas que atormentaban á algunos judíos, usureros que hacian su agosto con los delitos sociales.

Fácil será á la historia descubrir la mano y el oro de algunos israelitas alemanes ó italianos que promovian motines y franqueaban el paso á las anárquicas pasiones. Los deicidas maquinan contra el Calvario la realizacion de una venganza que llevan sepultada en el pecho hace diez y nueve siglos, y penetrando, proscritos perpétuos, en el gremio de las sociedades secretas, las avituallan en los momentos de escasez y las alientan en sus horas prósperas, proporcionando de continuo á sus caudillos los necesarios recursos para saciar la sed que de goces materiales los devora. Pero aun hicieron más los judíos; y con insaciable afan de lucro y con intuicion personalmente adquirida de las humanas flaquezas, vióseles apoderarse poco á poco y á precios alzados de los periódicos que en Paris, Bruselas, Viena, Lóndres y Berlin podian ejercer influencia en la opinion pública.

Hasta aquel dia la prensa no habia pasado de ser una camada; pero ellos la trasformaron en comercio de la peor especie; traficando con el nombre y el talento de sus redactores, siervos de la pluma adheridos á la gleba de la sinagoga, compráronlos y vendiéronlos, y reservándose para sí los temas mercantiles, consiguieron hacer de la religion, de la libertad, de la patria, de la conciencia y de la literatura cosas sin nombre á las que imprimian su sello y cotizaban en los mercados de Europa como género vendible.

Sometida la prensa en sus más importantes períodos al yugo de los judíos, mantuviéronla estos en la voluntaria servidumbre, llevados por cálculos que príncipes, magistrados y público no han sabido nunca conocer (1). Con ella beneficiaron las ignominias de todos y se engrandecieron con las flaquezas de espíritu de las cuales eran excitadores y cajeros, y aunque muy limitado el número de judíos que emprendieron ese tráfico de rencor y venganza, lograron á fuerza de mostrarse pacientes ó pródigos encerrar á las sociedades secretas en el círculo de Popilio.

Y una vez conseguido aplícanles la antigua política adoptada en el Japon contra los cristianos, y no les permiten traspasar aquel círculo sin que sus discípulos de tinieblas pisoteen y escarnezcan la cruz regeneradora del mun-

(1) El primer indicio de semejante monopolio de la prensa por las sociedades secretas hállase en la correspondencia del isrealita Jacobi con sus hermanos de Alemania é Italia. Para su ejercicio no se habla del periodismo en el primitivo plan sino como medio para ganar dinero en las bolsas de Europa, pues los mercaderes de oro, al verse apurados por la voracidad de las sociedades secretas, buscan el modo de conjurar su ruina engañando con falsas noticias la credulidad pública. Este fue el punto de partida; pero desde él llegaron en breve á poner sus periódicos á sueldo de la revolucion y á servir con igual fervor el despotismo y la libertad, el catolicismo *sincero* y la más absoluta indiferencia en materia de religion, sin que los gobiernos y los escritores honrados se decidieran á tomar por lo sério semejante abuso. Pero ello es que doce ó trece años há que lo que se llama la *gran prensa* es puesta cada dia á subasta, que su conciencia y sus opiniones se pagan algo ménos que la página de sus anuncios, y que de grado ó por fuerza han de remar los escritores en las galeras de la sinagoga. Difícil es decir si al fin y al cabo ese nuevo género de comercio, inventado por las sociedades secretas, será ó no beneficioso para los hijos de Israel; pero queda completamente demostrado que hasta ahora es la revolucion la única que del mismo ha reportado provecho, quedando la vergüenza para las cábalas y bajezas literarias.



do. Los judíos han ajustado un contrato y exigido arras, y es preciso que el contrato se cumpla y caiga sobre el órden social con todo el peso de la maldicion á que saben estar condenados. En su mano tienen un pueblo de insensatos que vuelan á la conquista de cuantos delitos pueden cometerse sin abrigar en el pecho valeroso esfuerzo, y en 5 de enero de 1846 Piccolo-Tigre escribe de Liorna lo siguiente á Nubius, cuyo forzoso apartamiento ignora todavía:

«El viaje que acabo de verificar por Europa ha sido tan feliz y productivo como habíamos esperado; de hoy más no nos falta sino querer para llegar al desenlace de la comedia. En todas partes he visto los ánimos muy inclinados á la exaltacion, y nadie hay que no confiese que el mundo antiguo se hunde y que el tiempo de los reyes ha pasado ya. La cosecha por mí recogida ha sido abundante, y sus primicias van en este mismo pliego, siendo inútil que de ellas me deis recibo, pues no soy aficionado á cuentas con mis amigos, y casi podria decir con mis hermanos. El grano sembrado fructificará sin duda, y á dar crédito á las noticias que recibo estamos tocando á la época tan deseada, sin que en mí sea posible la duda acerca de la caida de los tronos, pues acabo de estudiar en Francia, Suiza, Alemania y hasta en Rusia el trabajo de nuestras sociedades. El asalto que de aquí á pocos años y quizas dentro de algunos meses darémos á los príncipes de la tierra los sepultará entre los escombros de sus monarquías caducas y de sus impotentes ejércitos. En todas partes he observado entusiasmo en los nuestros y en los enemigos gran apatía é indiferencia, y esto es señal infalible de victoria; pero esta, que tan fácil ha de ser, no será la que hemos tenido en mente al no retroceder por sacrificio alguno: otra hay más preciosa y duradera suspirada por nosotros tiempo há, y vuestras cartas y las de nuestros amigos de los estados romanos permiten considerarla cercana. Ella es el supremo fin que nos proponemos, el anhelado término de nuestros afanes, el premio apetecido de nuestras penas y sacrificios.

«Y no se trata de una revolucion en esta ó la otra comarca, cosa que se logra siempre que bien se quiere; para dar con toda seguridad muerte al mundo antiguo hemos creido que habia de ser extirpado el gérmen católico y cristiano, y vos, con la audacia del genio, os habeis ofrecido para herir en la frente, armado con la honda de un nuevo David, al Goliat pontificio. ¿Cuándo descargaréis el golpe? Tárdame en verdad ver á las sociedades secretas luchando cuerpo á cuerpo con los cardenales del Espíritu Santo, endebles é infelices seres que no pueden salir nunca del círculo en que les encierran la impotencia y la hipocresía.

«En mis viajes he visto muchas cosas y muy pocos hombres, lo cual me inspira la conviccion de que tendrémos gran número de soldados adictos, pero no una cabeza y una espada que dirija y mande; el talento abunda ménos que el celo. El buen Mazzini, á quien he encontrado varias veces, no sabe apartar de su entendimiento y de sus labios la quimera de la humanidad unitaria; pero dejando aparte sus defectillos y su manía de decretar asesinatos, posee algunas buenas calidades, y una de ellas es atraer con su misticismo

la atencion del vulgo, el cual se queda con tanta boca abierta al considerar sus humos de profeta y sus discursos de iluminado cosmopolita.

«Nuestras imprentas de Suiza están en buen camino; de ellas salen libros como los deseamos, pero cuestan algo caros. A esta propaganda necesaria he destinado gran parte de los subsidios recaudados, y en las legaciones utilizaré lo restante, pues cuento hallarme en Bolonia el dia 20 de este mes. Allí con las señas acostumbradas podeis dirigirme vuestras instrucciones, y desde aquel punto marcharé á cuantos creais que puedan exigir mi fascinadora presencia. Hablad, que yo estoy pronto á cumplir vuestras órdenes.»

Más fácil era concebirlo que ejecutarlo. En el entusiasmo de corruptora idea nada habia sido tan hacedero como producir la gangrena en ciertas almas; pero el edificio que se creia minado ó cuando ménos resquebrajado no podia desplomarse, formado como estaba de indestructible y romano cimento. Pero ello es verdad que habia llegado uno de aquellos instantes en los anales de los imperios en que la sociedad cristiana sólo de nombre vive, pareciendo ser lo único fuerte y duradero en ella las sectas que oculta en su regazo. Observadores superficiales los historiadores que sólo ven las cosas por su parte exterior, afánanse y sudan por engalanar cadáveres; en vez de querer penetrar el misterio que á estos galvaniza aceptan el hecho tal como se presenta, y no ven que muchas veces depende la suerte de los pueblos de acciones del todo independientes de los poderes constituidos.

Al inmolar los patricios de Roma á Tiberio Graco cogió el tribuno un puñado de polvo y lo arrojó hácia el cielo. Aquel polvo fue quizas el que engendró la primera sociedad secreta, pues de todas ha sido orígen una idea de venganza ó emancipacion. Algunas sólo han durado una aurora, y han caido muertas luego de nacidas; otras, empero, se perpetuan al traves de las edades, y sin aceptar modificacion alguna, ni siquiera de manos del tiempo, marchan decididas al fin que sus adeptos se proponen. Las hay tambien que procuran, por el contrario, alterar la verdad de su principio para burlar con facilidad mayor á los gobiernos de que se constituyen adversarias; pero en todas partes y siempre tiene la revolucion igual punto de partida y propónese un mismo objeto, que á su decir no es mas que el afianzamiento de la felicidad universal. A lo que existia ántes que ella, sustituye en todas las ocasiones el régimen de la guerra civil y el arbitramento de los fusilazos.

La suprema venta, animada por Nubius con su poderoso aliento, no tuvo tan próspera suerte, y esto que á considerar únicamente los acaecimientos humanos tenia muchas probabilidades de buen éxito. ¿No era acaso el objeto de sus ataques la inmutabilidad de la Iglesia? ¿No se atrèvia dentro de las fronteras mismas de Italia á emprender la guerra de continuo fomentada contra Roma?

Hija del carbonarismo, al cual podia á voluntad suya acercarse y separarse, la suprema venta tenia en su mano el obrar con toda libertad; así por el corto número como por el estado diferente de todos sus individuos parecia destinada á dominacion perpétua; pero de pronto, cuando sus planes más temerarios llegan á sazon y van á realizarse, cuando los sectarios creen respirar

por todos lados la corrupcion que sembraran, la suprema venta retrocede, se debilita y muere, siendo bastantes para explicar un hecho que pasó desapercibido á los ojos del mundo resentimientos de amor propio y rivalidades de mazmorra. Nubius es víctima de un decaimiento cuyo gérmen se encuentra en la farmacopea de las sociedades secretas invocada por él ántes que por nadie, y en semejante estado indiferente es que viva ó muera: aquellas sociedades no piensan ni se acuerdan de él sino para pregonar su ineptitud.

Libres de molesto señor que con el despotismo de su voluntad y la ironía de su lenguaje hacia más punzante que de ordinario el dolor de la obediencia, las véntas centrales no pensaron siquiera en pedir explicaciones sobre la repentina desaparicion; en ellas no sirven para raciocinar pruebas ni sospechas, y es necesario limitarse á obedecer y sobretodo á callar. Dispersada la suprema venta por aquella tormenta sin nubes dejó libre el campo á ambiciones tan ardientes como las pasadas, pero mucho más rastreras, y la idea de descomposicion que alimentara trasformóse en arma vulgar que pudo ser esgrimida por el último carbonario. Aquella idea como puñal emponzoñado habia de herir en el corazon al Pontificado y á la Sede apostólica; pero quedó embotada y rota sin que fuese necesaria la intervencion divina y ni siquiera la del brazo secular, permaneciendo únicamente como testimonio de una conjuracion con tanta audacia tramada y con tanto disimulo anonadada un hombre decrépito ántes de tiempo y algunas inmoralidades más cuyo principio eran conspiraciones y su fin sediciones y motines. De aquel hombre habian de hacer las sociedades secretas recuerdo de espanto y de esas inmoralidades sus ídolos de un dia.

A pesar de los esfuerzos de la suprema venta y de su profunda hipocresía jamas le habia sido dable llegar hasta á un príncipe de la Iglesia. En aquel período de treinta años en que manoseó tantos nombres propios y asedió tantas virtudes, nunca pudo ni siquiera al pasar cuentas en lo más recóndito de sus antros, cifrar la menor esperanza en un individuo del Sacro colegio. Respecto de aquellas altas regiones no le fue posible abrigar ilusion ninguna, y á duras penas pudo adquirir unas pocas previstas apostasías y algunos hombres caducos y zizañeros cuando no animados de ambicion ridícula. En todas partes habia sentado la revolucion su planta excepto en un cónclave, y al fin perdió la esperanza del buen éxito de sus tentativas.

La Iglesia, lo mismo que el universo, todo está en vísperas de un cataclismo: no hay quien no lo vea, no hay quien deje de temerlo; pero nadie se considera con fuerzas suficientes para luchar con el mónstruo. Gobiernos y pueblos experimentan una postracion indefinible, uno de estos decaimientos que los llevarian á la muerte á no suplir la Providencia lo ineficaz de los remedios. Las sociedades secretas, abrigando ideas comunistas bajo la máscara de la nacionalidad é independencia italiana, habian destronado por fin á la suprema venta, y Mazzini la reemplaza con hordas de piratas. A ejemplo de las repúblicas modernas Italia quiere ser una é indivisible, y como en el siglo XVI puede decirse de ella lo que escribia su historiador Guicciardini: «Cegados sus moradores por sus pasiones particulares, al pro-

pio tiempo que prepararon su perdicion y su propia vergüenza corrompieron el bien general (1).» Llegada es la hora de sacar partido de las pasadas depravaciones; entónces Mazzini, que tantas veces ha sido traidor, es á su vez vendido, y en 27 de junio de 1845 un cómplice suyo escribe de Lóndres á la secretaría de estado una carta en la cual se leen las siguientes palabras:

«En Inglaterra ha hallado Mazzini varias personas muy dispuestas á adelantar fondos para una expedicion á Italia, si les prueba que se cuenta con el suficiente número de hombres decididos y si les presenta un plan que les permita esperar un buen resultado. A consecuencia de esto se ha escrito á Ardoino que reside en España, y á Morandi de Módena, que en la actualidad se encuentra en Grecia, hombres los dos resueltos y emprendedores, en especial el último, quien está unido estrechamente con los revolucionarios griegos y ha ejercido por mucho tiempo el oficio de pirata. El piamontes Ardoino, excelente militar, goza de gran áutoridad entre los italianos refugiados en España, y tiene íntimas y extensas relaciones con el partido ultrarevolucionario español.»

Siempre que á Mazzini no le venden sus parciales descúbrese él á sí mismo, pues escribiendo como lo hace á tódos y á cada uno, sus cartas experimentan con frecuencia extravío. Mazzini no se limita á conspirar, sino que alarga la mano á todos los ángulos del globo mendigando en favor de la idea, esto es en favor suyo, y en 13 de diciembre de 1845 escribió lo siguiente á su discípulo: «No me ha sido dable aun dar por terminada la creacion del fondo nacional, pues con él va unido cierto asunto que exige un programa y una carta en cifras para los italianos, y esto no he podido llevarlo aun á buen fin. Esta dilacion, empero, no será larga, y cuanto ántes os remitiré una circular manuscrita. De esto depende todo: si logro reunir fondos, como creo alcanzarlo, nos seguirán muchos y obrarémos; si no lo logro, ¿cómo luchar sin mas armas que la influencia moral, y sobretodo como dominar la anarquía del partido? Considerable ya esta ántes de los últimos sucesos, es ahora general segun me escriben, y creciendo más que el mismo partido, no existe proporcion entre una y otro comparando los años 1841 y 1845.—En breve enviaré á los suizos una proclama relativa al comercio que de sus hombres hacen, y en la «Revista de Westminster» he publicado ya un extenso artículo sobre los estados del Papa. Aquí lo mismo que en América continua siendo muy activa y beneficiosa la propaganda en favor de nuestra causa; he recibido formales promesas de cooperacion, y Bioncoli y Andreoni verán con más provecho de lo que hasta ahora han practicado los demas si puede intentarse algo en Argel y en el litoral que mira á Italia.»

Agitar eternamente á Italia y en especial á los estados pontificios para desasosegar á los gabinetes extranjeros y llevar la perturbacion á las relaciones internacionales y á la vida de los pueblos, este era en aquella época, como en todas, el plan de los enemigos de la Iglesia. Claro y patente lo ha-

(1) Guicciardini, *Storia*, III. 1.

bia visto esta desde los primeros tiempos; pero en aquel entónces estaba si cabe más enterada y convencida de ello, pues un agente de las sociedades ocultas escribió la siguiente secreta carta:

«En la actualidad existen varios partidos en Italia. El primero se contenta con cualquier cosa; viene en pos el que quiere llegar más léjos suspirando por reformas progresivas, pero incesantes, no solo en administracion, sino tambien en política, y sigúe detras el partido llamado «italiano», el cual empuja á los otros dos y consiente en todo con tal de marchar adelante, hasta en disimular y ocultar su último fin, que no es otro que la «unidad italiana.» En medio de esos partidos existe otra division, ó mejor subdivision, cual es la que se observa en el clero, para el cual es Gioberti lo que Mazzini para el partido italiano. Gioberti eclesiástico habla á los eclesiásticos su propio lenguaje, y puedo áseguraros, segun las noticias que de todas partes recibimos, que las ideas de libertad, colocando al Papa á la cabeza de esta misma libertad y de la independencia italiana, hacen numerosos prosélitos entre el clero secular y regular, llegando á persuadirse muchos de que el catolicismo es una doctrina esencialmente democrática. Partido es este que entre el clero va creciendo cada dia, y ya se está esperando con impaciencia la nueva obra de Gioberti dedicada á los eclesiásticos. El libro, ó mejor los cinco volúmenes de que constará, no se han publicado aun, y Mazzini los aguarda con impaciencia para hablar de ellos en el postrer capítulo de la obra que va á publicar con el título de «Partidos en Italia», «Italia con sus príncipes» ó «Italia con el Papa».

Cargada estaba la mina hasta la boca de demagógica pólvora y la menor chispa debia producir un estallido. En 6 de mayo de 1846 anuncia la tormenta un relámpago por el lado de Turin: Cárlos Alberto, que «in petto» se ha proclamado rey de Italia, sepárase aquel dia de sus consejeros para lanzarse á las revolucionarias aventuras, y en una revista con muchos sonetos patrióticos y abundante fuego italiano enseña á su ejército la futura «vittoriosa spada». Las sociedades secretas han celebrado con los ambiciosos liberales del Piamonte alianza ofensiva y defensiva, y comunicándoles nuevo brio quieren obligar al rey á actos muy peligrosos para comprometerle en una guerra con Austria más peligrosa todavía. Úrdese una trama para que soldados y pueblos le saluden como al príncipe libertador de la nacionalidad italiana, y aunque los ruegos del mariscal de la Tour y las lágrimas de la reina logran detener á Cárlos Alberto, como siempre indeciso, el proyectado levantamiento llega á noticia del Vaticano sin ocultarse á Gregorio XVI la trascendencia del mismo. Mucho tiempo hacia que refrenaba el Papa aquella ambicion mística y ciega; pero al fin Carlos Alberto se sustrae á la influencia pontificia, y el Varo de Cerdeña se lanza desalado por la senda de la demagogia. El anciano Papa conoce que todo está perdido, y penetrado de sombríos presentimientos espira en 1.º de junio de 1846.

Gregorio, que vivió como soberano, quiso morir como monje, sin dejar mas herencia que la de sus virtudes. Como decia Bossuet, «creia en la ley de Dios, y la ley de Dios le correspondió con fidelidad. La prudencia fue su

compañera y la sabiduría su hermana; el contento que comunica el Espíritu Santo no se apartaba de él, y la balanza en que pesaba las acciones estaba siempre en el fiel. Rectos eran sus juicios, y siguiendo sus consejos era imposible extraviarse, porque les precedian sus ejemplos.»

LIBRO QUINTO.

PIO IX Y LA REVOLUCION EUROPEA.

El cardenal Mastai es elegido Papa y toma el nombre de Pio IX.—Su retrato.—Sus planes de gobierno.—La amnistía y su resultado.—Primeros dias de entusiasmo en Roma.—Las sociedades secretas monopolizan el alborozo y lo vuelven contra la Iglesia.—Conspiracion del amor.—Agitacion permanente.—Los extranjeros en Roma.—Su alianza con las sociedades secretas.—Otorga el Papa la libertad de imprenta.—Sus primeros efectos.—Institucion de la guardia nacional.—Temores y presentimientos de Pio IX.—Lord Mintor en Roma.—Organízase la consulta de estado.—Ciceruacchio y M. Thiers.—Mirabeau y Pio IX.—Revolucion de 1848.—Fuga de Luis Felipe.—La revolucion europea.—Las sociedades secretas quisieron hacerla antipontificia, pero por la fuerza de las cosas no se apartó del catolicismo.—Deseo de unidad de las nacionalidades y su inevitable fraccionamiento.—Las antiguas liras y las recientes repúblicas.—El sable y la libertad.—La república francesa da la señal de reaccion contra las ideas revolucionarias.—El Papa en lucha con la revolucion.—Las sociedades secretas y sus diferentes ministerios.—Pio IX comienza solo la pelea contra la idea revolucionaria.—El estatuto fundamental y la unidad italiana.—La guerra de la independencia y la alocucion de 29 de abril de 1848.—Resultados de la misma previstos de antemano.—Pio IX queda privado de libertad moral y Gioberti triunfa.—Instrucciones secretas de Mazzini.—Cárlos Alberto y sus ambiciosos proyectos.—Rossi ministro del Papa.—Asesinato de Rossi y asedio del Quirinal.—El Papa en Gaeta.—El general Cavaignac y Luis Napoleon Bonaparte.—La Europa monárquica y el emperador Nicolas.—Conferencias de Gaeta.—Solicita el Papa la intervencion de la Europa católica.—El memorandum de 1831 reproducido en 1849.—Alocucion de Gaeta.—La revolucion en Roma.—Excomunion de los revolucionarios.—Mazzini dictador en nombre de Dios y del pueblo.—Sitio de Roma.—La caza de eclesiásticos.—Extranjeros y mercenarios de las sociedades secretas hacen las veces de pueblo romano.—Actitud de las potencias.—Mazzini en el Capitolio.—Iracundas declamaciones de la revolucion sobre las consecuencias del sitio de Roma.—El padre Ventura y el ciudadano Proudhon.—Demagogos y apóstatas.—El triunvirato y el ejército frances.—Entran los franceses en Roma.—Regreso del Papa.—Tres pontífices con el nombre de Pio quedan vencedores de la revolucion.—Gozos de Pio IX.—Triunfo de la Iglesia romana producido por la revolucion.—Establécese la jerarquía eclesiástica en Inglaterra y Holanda.—Concordatos con España y los príncipes protestantes.—El emperador Francisco José.—Concordato con Austria.—Concluye el josefismo en los estados imperiales y es devuelta la libertad á la Iglesia.—Francia proclama la libertad de enseñanza.—Concilios provinciales y adopcion de la liturgia romana.—La Iglesia en Crimea.—Los jesuitas y las hermanas de san Vicente de Paul.—El Piamonte constitucional y la Bélgica liberal son los únicos en mover contra Roma una guerra de escaramuzas.—El estatuto y la Santa Sede.—La caridad cristiana y la insurreccion filantrópica.—Los testamentos y la dignidad y belleza en la muerte.—Definicion del dogma de la Inmaculada Concepcion.—Los dioses ignotos.—Las órdenes religiosas y sus obras comparadas con la esterilidad de los adversarios del catolicismo.—Conclusion de la obra.

El mal y el peligro asomaban por todas partes, y el remedio no estaba en ninguna, ni en los tronos conmovidos, ni en las sociedades secretas poseidas



de febril ardor. Formábase el ejército del desórden con los voluntarios de la anarquía, y reyes y príncipes, sumidos en incurable letargo, asistian mudos por el espanto ó la complicidad al espectáculo de la descomposicion social. Pasado habian los tiempos en que Isabel de Inglaterra aseguraba que «tienen los príncipes sutil oído que así oye de léjos como de cerca (1),» y era tal la confusion de ideas y esperanzas que ni los mismos reguladores de la conciencia pública acertaban ya á decir de un modo fijo su opinion y sentir. Nadie habia que dejara de prestar inmoral servicio á la puerta de un error, y ántes de derramarse por la tierra parecia el espanto haber dominado el cielo.

Para sacar á Europa del decaimiento en que se corrompia importaba comunicar á los elementos de discordia mal combinados y peor dirigidos nuevo é inesperado impulso. En este estado el movimiento, esto es, la salvacion, procedió del punto en que es la inmovilidad mirada como ley tradicional.

Reunido el cónclave en 13 de junio de 1846, los cardenales en 16 del mismo mes eligieron Papa á Juan María Mastai Ferretti, pues al considerar lo grave de la situacion de Europa no quisieron prolongar la viudez en que la Iglesia estaba. Más que á todos sorprendió á Mastai su elevacion, é investido del Pontificado supremo en tan críticas circunstancias y frustrando sin saberlos los propósitos todos de la revolucion, el nuevo Papa ciñó la tiara penetrado de que consiste la mayor gloria en ser bueno. Gregorio XVI habia reservado la amnistía para su sucesor como grato regalo de su coronacion, y como al propio tiempo los cardenales Bernetti y Lambruschini creian y decian que á la justicia habia de seguir la indulgencia, Pio IX, al igual de César, segun expresiones de Plinio (2), «fue clemente hasta el punto de tener que arrepentirse».

Prescindiendo de consideraciones religiosas y morales, y considerada á la sola luz de la práctica, la amnistía, acompañada siempre de engañosos pretextos de humanidad, ha sido en todas ocasiones un tema de partido para aquellos que la reclaman con ruegos que se asemejan muchas veces á amenazas. Objeto de ella son los hombres de accion, los perdidos de todas las causas que expian en el destierro el delito de sus secretos caudillos, los cuales permanecen en la tierra natal para organizar nuevas conjuraciones.

Llega un dia en que esos jefes experimentan necesidad de soldados, y puestos entónces de rodillas imploran como gracia la amnistía; no tarda mucho tiempo en ser exigida como un derecho ó por lo ménos en imponerse como condicion de paz.

Con el corazon ulcerado y llena el alma de impíos deseos vuelven los amnistiados al hogar doméstico, y el primero y sincero testimonio de gratitud que dan al poder que les ha abierto las puertas de la patria es una conspiracion para derribarlo.

Cárlos X otorgó amnistías tan ámplias como espontáneas; dejóselas arrancar Luis Felipe, y la historia vuelve á hallar á los amnistiados capitaneando

(1) *Despacho de la Mothe-Fenelon, embajador de Francia en Lóndres, de* 1º *de setiembre de* 1569.

(2) *Plin.*, l. IX, c. XXVIII

á los héroes de julio de 1830 ó detras de las barricadas de febrero de 1848. En todas partes, así en Austria como en España, puede observarse la misma desembozada ingratitud; Pio IX no debia de quedar como excepcion de la regla, sino que por el contrario fue su más interesante víctima y será para siempre considerado como su mártir más glorioso.

Nacido en Sinigaglia en 13 de mayo de 1792, habia conservado á pesar de los trabajos de su carrera de presbítero, obispo y cardenal, el candor de la infancia y la pureza de alma que son gratos privilegios de pocos predestinados. Al mirarle podia decirse de él lo que con sencillez seductora escribe el mínimo Rivière de san Francisco de Sales: «El bendito niño llevaba impreso en su persona el sello de la bondad; de afable semblante, de ojos cariñosos, de mirada serena y de porte humilde y modesto como no es decible, parecia un angelito en la tierra (1).»

Como san Francisco de Sales, dedicóse Pio IX á perfeccionar su bienhadada organizacion. De sus labios salieron los dichos agudos que calman las iras y aquellas palabras más valiosas que regalos; bello como un deseo maternal, lavaba sus manos en la corriente de la inocencia, y sin pensar que la paloma podia ser presa de bandada de buitres mostrábase elocuente porque tenia la sabiduría del corazon y era recamo de la ciencia la mansuetud de su boca. Trascurrida su existencia en la Umbría y las legaciones habia estudiado las necesidades de aquellos pueblos, sabia sus aspiraciones y conocia sus deseos. Las madres de los proscritos habíanle tenido por confidente de su afliccion; habia llorado con ellas, y penetrado sin saberlo de la atmósfera de políticas y civiles reformas que en las provincias se respiraba desde que el memorandum de 1831 habíase tomado como máquina de guerra y desde que la calumnia, aceptada por el orgullo, consiguió persuadir á algunos abogados de que sin el Papa y los eclesiásticos podrian todos aspirar de golpe á la herencia de Ciceron, creia Pio IX que la inmovilidad no es el único requisito de un gobierno bueno. Su primera gloria habia sido el testimonio de su conciencia, y no gustaba de llevar al extremo á los hombres ni las cosas.

Llamado de improviso á empuñar el gobernalle de la Iglesia sin que ántes hubiese tenido ocasion de descubrir é indicar por consiguiente los escollos que amenazaban la barquilla de Pedro, buscaba por instinto el modo de evitarlos. La justicia y severidad habian sido empleadas sin producir felices resultados, y esto hízole pensar que el perdon desarmaria las iras que en secreto fermentaban. Comprendiendo con generoso desinteres que el Señor da al pastor el rebaño para beneficio de este, no para provecho de aquel, consideró sus principios como deberes y las utopias ajenas como trazos de sistema. Por mucho tiempo habia gozado de la dicha de habitar consigo mismo, «illud felix contubernium» de Tácito (2), y olvidando en la inminente crísis social que importa no acercarse á la revolucion á no ser para cortarle la cabeza, creyó

(1) *Vida de san Francisco de Sales*, por el padre la Rivière, p. 16 (Lyon, 1624).
(2) Tácito, *De Orator*; p. 461.



cosa fácil entrar en pactos con ella por medio de la clemencia y de reformas cuerdamente progresivas. No pensó mas que en ser para sus pueblos asilo y puerto que los librara de la tempestad y el viento, y su clemencia, como rocío de la tarde ó lluvia de otoñada, no deseó la popularidad egoista, aire vano que se eleva al soplo del primer capricho y cae con el aura que una nueva veleidad levanta. Pio IX, que suspiraba por la popularidad de un patriotismo sincero, quiso cimentarla en la virtud, y parecia que Dios por boca del gran profeta le hubiese dicho: «En el dia de la salud te socorrí, y te guardé y te dí por alianza del pueblo para que resucitases la tierra y poseyeses las heredades disipadas; para que dijeses á aquellos que están en prisiones: ¡Salid! y á aquellos que están en tinieblas: ¡Sed descubiertos (1)!»

Obediente á la voz divina Pio IX perdonó y quiso ser antorcha de radiante luz.

El santo y seña de las sociedades secretas repetido contra la Santa Sede por espacio de treinta años de periódico en periódico, de academia en academia, de tribuna en tribuna y de folleto en folleto á todos los oídos cristianos, consistió en una acusacion formal de intolerancia, de indiferente rutina ó de ceguedad voluntaria entre los deslumbrantes esplendores del siglo, y esta acusacion, presentada bajo mil formas, pregonada por las gacetas de Inglaterra y Francia y fulminada en todas las tribunas de universidad y parlamento, obtuvo en breve en las naciones extranjeras derecho de ciudadanía, y encontró en el país á que se referia sordos descontentos que la festejaran y ambiciosas hostilidades que la propagaran. Sólo con la guerra tenian paz tales hombres; su fe era mentira vana; pero tanto tiempo habia tenido esta para darse las apariencias de la verdad que parecia ser mandado ó acreditado por esta cuanto la revolucion deseaba ó practicaba.

Los predecesores de Pio IX, oponiendo al torrente diques y diques, habian logrado contenerlo más ó ménos; pero esto no impedia que se desbordara, ora en un punto, ora en otro, y que engrosado por las tempestades llevara á todas partes el luto y el espanto. No tenia, no queria tener Pio IX la presciencia de las conjuraciones y no pensaba que los hombres pudiesen complacerse en coger al justo en sus lazos únicamente por serles molesto. Su ambicion fue reinar «como apacienta el pastor su grey: con su brazo pastoral recoge los corderos, y lleva en su amoroso seno los corderitos que todavía no pueden andar (2).»

En la subterránea y continua conspiracion organizada por las sociedades secretas, en la cual participaron al fin los mismos príncipes desesperados y sin saber qué hacerse, los acaecimientos algunas veces y siempre los hombres debian ser traidores á las mejores y más puras intenciones. Proclamábase la revolucion como la síntesis y el triunfo definitivo de la historia, y cada nuevo síntoma de muerte era para los pueblos otro motivo de admiracion; extinguíase la fe, y las inteligencias, expuestas á todos los vientos, no tenian ya patria.

(1) *Proph. Isai.*, XLIX, 8 y 9.
(2) Id., XL, 11.

De pronto anúnciase al mundo muy venturoso suceso: un nuevo pontífice sube á la apostólica Sede, y conmovida la tierra hasta lo más profundo inclínase ante el victorioso adalid cuyo primer acto es perdonar.

Ha llegado, ha visto y ha vencido, pues entre su permanencia en la celda del cónclave y su exaltacion media á lo más el intervalo de una hora. A toda prisa viste Roma sus galas y atavíos y da la señal de expansivo alborozo; á este sucederá en su recinto la conspiracion del amor, y entónces conocerá por qué el volcan de las sociedades secretas que estalla cubriéndola de oprobio y ruinas ha estado por tanto tiempo sin arrojar llamas ni humo.

Un gran poeta, que fue quizas sin saberlo un gran político, da un consejo muy saludable de clemencia:

Tuque prior, tu, parce, genus qui ducis Olympo,
Projice tela manu (1).

«Y sé el primero en perdonar tú que tienes en los dioses el orígen, y arroja de tu mano esas armas parricidas.» Esto deseaba Virgilio y esto cumplió Pio IX, abriendo á los desterrados las puertas de la patria. Más que del poder era hija su obra de la bondad, y convencido de que la ingratitud es siempre una flaqueza quiso que su pueblo fuese fuerte. Alegróse este de la amnistía por la sola razon de ser una novedad; mas la revolucion se apoderó de sus ingénuas manifestaciones para formar contra la Iglesia un plan de ataque. En 16 de julio de 1846, trascurrido un mes desde su elevacion al solio, el Pontífice, segun decia en el decreto, habia «dirigido compasiva mirada á los muchos é inexpertos jóvenes que, arrastrados por falaces ilusiones á los políticos tumultos, eran culpados, más que de haber seducido, de haberse dejado seducir.»

Acordóse el Pontífice de los hombres que gemian en destierro ó en prisiones, y no pudo imaginar que despues de haberlos libertado serian ellos quienes le encadenaran. No sabia que los revolucionarios hermanan el disimulo del silencio con la hipocresía del habla, que sin transicion pueden pasar del exceso de la incredulidad al exceso de la idolatría, y creyóse predestinado para establecer los tiempos de rara ventura en que se piensa como se quiere y en que se habla como se piensa (2). Sabia sí que en Roma ha sido siempre la Providencia más grande que en otra parte alguna, y limitóse á ser su benéfico intérprete y á amar con todas las fuerzas de su corazon.

Aunque perdonados los desterrados no quisieron ellos perdonar á nadie: la memoria, los actos y hasta el nombre del papa Gregorio XVI fueron blanco de procaces ultrajes, en cuanto la muerte, al reves de la buena fortuna, jamas encuentra cortesanos. Fueron, pues, arras otorgadas al infortunio los primeros gozos de Pio IX, y aunque los revolucionarios permanecian de momento inofensivos á no ser en el habla, manifestaban ya en esta tal intolerancia que afirmaban ser víctimas de una injusticia desde el instante en que

(1) *Eneida*, l. VI, v. 834.
(2) Tácito, *Hist.*, l. I., 1.

no se cometian muchas en su beneficio. El pan de las falsedades era grato á aquellos hombres: tampoco les asustaba el sacrilegio, y vióseles ir con gran pompa á la iglesia de San-Pietro-in-Vincoli para sentarse á la sublime mesa en que, segun expresiones de san Pedro Damian, «Dios es á una el alimento y su dispensador, el don y el donador, la ofrenda y el que la ofrece, el comensal y el festin (1).»

La buena suerte debia ser para Pio IX mejor crisol que la mala ventura; sostúvola, empero, desconfiando de sus fuerzas y procurando, ora con el consejo, ora con acertadas disposiciones, refrenar el impulso que en su nombre se imprimia. Las perpétuas fiestas de que es víctima y héroe fatigan su ánimo, desasosiegan su conciencia y turban su razon, y conoce ya que una idea muy distinta del interes de la Iglesia y del estado le empuja á regiones desconocidas.

En vano manifiesta á su pueblo de Roma y de las provincias el deseo de que cesen las estruendosas fiestas con que se celebra su elevacion al trono; el pueblo, uncido sin sospecharlo por las sociedades secretas al carro de la demagogia, encuentra nuevos alimentos para su alborozo lo mismo en las más altas que en las más insignificantes reformas del Papa. Las sociedades secretas instaladas en Roma en sesion permanente eran como las aguas del mar Rojo, las que separadas en un punto por la vara de Moisés volvíanse á juntar un instante despues. Conocíase que los privilegiados del desórden formaban compacta liga y que se estrechaban unos contra otros, lo mismo que en el cuerpo del dragon va unida una escama á otra escama. Dice Bossuet que «es derecho régio proveer á las necesidades del pueblo, y que quien causa perjuicio al pueblo, lo causa al soberano (2);» y así lo pensaron tambien las sociedades secretas.

Deseosas de dar al sol nueva luz y semejantes á aquellos hombres que llaman el rayo á la selva se proponian destruir los ornamentos del templo con el hacha y el martillo, llevar la llama al santuario y derribar á sus piés el tabernáculo del nombre de Dios; su propósito, empero, no se mostraba á la vista del Pontífice ni del pueblo, é inaugurando en las plazas públicas la insurreccion de los arcos triunfales esperaban que así penetraria en las almas. Con la tenacidad de un insecto que se encamina á su guarida siguieron aquella senda sin apartarse un punto de ella; ningun obstáculo pudo desviarlos, y lograron fatigar la paciencia de todos con lo imperturbable de la suya.

Colmábase á Pio IX de demostraciones de amor y respeto, llevando empero ventaja las primeras en cuanto el respeto aleja y el amor acerca. Sus corazones hinchados de hiperbólico lirismo experimentaban á cada momento la necesidad de dar gracias por un beneficio nuevo; pero cada vez que lo hacian una mañosa fraseología ocultaba entre las expresiones de gratitud una nueva demanda. Cada dia que pasaba llevaba su piedra al Gólgota que en el Capitolio elevaba la revolucion, y con las lágrimas en los ojos decia Pio IX:

(1) *Serm.* LIX, t. II, p. 315.
(2) *Política tomada de la Sagrada Escritura*, t. I., p. 136.

«Este es el domingo de Ramos precursor de la Pasion.» En breve habia conocido que la popularidad, como algunas vistosas flores, lleva en sí algo venenoso, pues imposible es hallar en la historia un ídolo del pueblo que haya sido en realidad un grande hombre: el pueblo no es en verdad afortunado en sus amores.

A juzgar por el entusiasmo de los romanos el Líbano no habria tenido suficientes bosques ni la tierra los necesarios animales para saciar su sed de incienso y holocaustos, aun cuando siempre las exigencias avinagraban las alabanzas. Pio IX, que como el Apóstol podia dar á sí mismo testimonio de que segun sus fuerzas y aun sobre sus fuerzas habia sido caritativo (1), queria de vez en cuando levantarse para oponerse al jabalí que devastaba la viña del Señor; pero entónces caian todos á sus piés, y con expresiones de filial veneracion obligábanle á volverse á sentar entre montones de coronas de rosa y de laurel tejidas en honra suya, tanto que en medio de la embriaguez de las fiestas y de tantos triunfos sin objeto no habia para él mas realidad que la de la afliccion. La afliccion, en efecto, invadia más y más su alma en aquellos mismos instantes en que procuraba sonreirse para calmar los ardores de agradecimiento y la fiebre de devocion desenfrenada.

Habia creido el Pontífice en la oportunidad de reformas é instituciones nuevas, y unas y otras decretaba despues del necesario estudio: simplificaba las ruedas de la administracion, establecia salas de asilo, fundaba escuelas, abria hospicios, introducia el órden y la economía en el presupuesto del estado, y regularizaba la hacienda pública y la justicia criminal y civil, y con ello esperaba curar gradualmente á los súbditos pontificios de la lepra de exageradas quejas que les comunicaran el memorandum de 1831 y el influjo de las sociedades secretas.

Acertada era la idea y laudable el sentimiento; pero idea y sentimiento alteraban el problema que las ventas y la logias se atribuian el derecho de plantear á su modo. A sus anónimos directores importábales muy poco el bienestar material y moral de los moradores del patrimonio de San Pedro; mas como hacia mucho tiempo que soñaran en la agitacion por medio de un Papa y el recientemente entronizado avanzaba con lentitud, pero con resolucion, hácia el progreso, el nombre de Pio IX fue el lema de su bandera, y desplegándola, y haciéndola tremolar hasta el extremo del mundo, exaltaron de un modo revolucionario lo que el nuevo Pontífice se limitaba á santificar. Un torbellino de aclamaciones pasó á la vez por todos los puntos del globo, y Pio IX vióse á pesar suyo arrastrado por la tormenta de artículos de periódico y versificadas metáforas.

Junto á las sociedades bíblicas y como séquito de las secretas y de lord Minto, su precursor en la conquista de Italia, admirada Roma veia en su recinto á muchos de aquellos hombres sin casa ni hogar cuyo corazon desprovisto de fe fórmase cada mañana un dios de yeso ó de carton, reservándose convertirlo por la tarde en becerro de oro.

(1) *Epist. ad Corinth. secund.*, VIII. 3.

Allí se hallaban procedentes de Oriente y Occidente falsas reinas de Saba, pensadores sin carrera, ideólogos sin juicio, cristianos de la nueva era, israelitas trasformados en luteranos, y materialistas que llevaban en su recámara un culto moderno ó una religion de fábrica inglesa. Y más que todos abundaban en aquella Babel los sansimonianos, los apóstoles del librecambio, los fourieristas y los malos sacerdotes.

A pesar de su entusiasmo hiperbólico por Pio IX no iban á él esos reformadores atraidos por el incienso de sus oraciones; cuanto más los excitaba á elevar sus corazones al cielo, más clavaban sus miradas en la tierra. En lo más íntimo de sus pensamientos alimentaban sorda enemiga contra la Iglesia, y címbalos estrepitosos procuraban aplicar su nombre á cuanto era causa de escándalo y ruido. Ofrecian al pueblo romano el oro, la mirra y el incienso de su apostasía, y sin curarse de la miseria de las almas y de la ceguedad de las inteligencias, anunciaban la era de la regeneracion universal; cuando el humano linaje habia emprendido la senda del progreso hácia la muerte, hablaban de felicidades infinitas, y pensando harto en la vida perdian lo único que le da verdadero valor.

Y tantos sistemas encontrados, tantas elocuencias tomadas de incredulidad ó sofisma, uníanse todas y concertábanse para hacer saber al mundo el grado de amor que habia de profesarse á Pio IX. Papa era, esto es, representante con la triple tiara de la Iglesia y de la universal asamblea de los cristianos, y con inconcebible menosprecio de la historia y de las tradiciones sagradas quisieron convertirle en una especie de Pontífice solo y aislado.

Obrábase semejante segregacion del ministro de Jesucristo arrebatándole de un golpe predecesores y sucesores á los gritos de: «¡Viva Pio IX solo!» que llenaban los ecos de la ciudad de las siete colinas. Los romanos, cuyo único propósito habia sido festejar al nuevo Papa, quedaron tan sorprendidos como él al mirar el alud de entusiasmo que irresistible se desprendia, y al igual de aquellos tiempos vaticinados por Ezequiel «veian llegar susto sobre susto, y turbacion sobre turbacion; en vano buscaban vision del profeta; perecia la ley del sacerdote y de los ancianos el consejo; enlutábase el rey y se cubria de tristeza; todas las manos estaban descoyuntadas, y todas las rodillas destilaban aguas.»

Los romanos, que al igual de los demas hombres no aciertan á perdonar mínimas flaquezas en los varones que manifiestan gran talento ó estupenda virtud, experimentaron de rechazo la sensacion que inspiraran. Habíanse levantado para saludar una clemencia que al igual que la fuerza va acompañada siempre de cierta majestad, y todavía hallábanse en pié y ya se admiraban de no ver realizados sus deseos cuando apénas los habian formado. Llena estaba de la gloria del Señor la obra de Pio IX; mas siendo la esperanza sueño de los que están despiertos, quísose convertir aquella en obra puramente humana, degradándola al tiempo que querian elevarla al nivel de las cosas terrestres y negándola despues de haberla comprendido. Hasta aquel dia habian pensado los romanos ser preferible la

obediencia sosegada al peso de los públicos asuntos; pero de pronto, instigados por el radicalismo europeo, éntrales hipo de caducos derechos, de naciente italianismo y de imposibles poderes, esclavizando sus voluntades y turbando su reposo con las visiones más singulares del nacional é individual orgullo.

Conoció el Papa que se trataba de adulterar sus propósitos y que su pueblo penetraba en equivocada senda; pero imposible era ya retroceder, y lo más que podia hacerse era arrojar furtivamente al fuego algunas gotas de agua, pues, como dice Bossuet, «los gobernantes hacen siempre más ó ménos de lo que piensan, y sus consejos no dejan nunca de producir efectos imprevistos.»

Tales imprevistos efectos, indicados por el ilustre político sagrado, no apartaron á Pio IX del camino que se trazara. En justa vindicacion de los Pontífices pasados y para enseñanza de los futuros importaba lavar á la Santa Sede de la acusacion vulgar y necia de oscurantismo, de sacerdotal yugo y de premeditada ignorancia ú obstinacion contraria al progreso; y como el experimento no era cabal aun, resolvió Pio IX dejar á los acaecimientos el cuidado de completarlo. Los acaecimientos justificaron su prevision.

Favores, por decirlo así, paternales eran lo único que por entónces obtuvieran las sociedades secretas, y no dándose con ellos por contentas quieren alcanzar derechos políticos. Tres son los que expresó por medio de Inglaterra el memorandum, evangelio protestante de la insurrecion, á saber: la libertad de imprenta, una representacion nacional y la guardia cívica, requisitos todos indispensables segun el gabinete británico, para la felicidad de los romanos. Condesciende el Papa en plantear la primera, y prévio dictámen de una congregacion de cardenales la libertad de imprenta inaugura su reinado en 15 de marzo de 1847.

En el mismo momento hácese «il Contemporaneo» el periódico de los abogados y médicos demagogos, de los sacerdotes apóstatas y del progreso anticatólico. Dice que su propósito es alumbrar, y su luz es devorador incendio; preséntase como preceptor de órden y de respeto á las leyes, y vésele sin mas talento que el de acrecentar la fuerza del aborrecimiento, embriagarse de pueril orgullo y medir el ingenio de sus escritores por la dimension de sus frases. Abogados, sacerdotes y médicos avanzan de conquista en conquista, resuelven de una plumada los más escabrosos problemas, deciden de la paz ó de la guerra, aliéntanse de mil maneras; pero como sucede á los escribas demagogos de todos los países tienen siempre en las uñas no sangre, sino tinta.

Nacido el periodismo, la impostura adquiere en Roma derecho de ciudadanía; el miedo engendra en ella el terror, y este, patrocinado por muchos «Padres Duchesne» en pañales, corrige y mitiga por medio del asesinato el principio de la discusion libre. En 1792 la revolucion francesa asesinó á Suleau, escritor realista que creia susceptible de perfeccionamiento aquel estado de cosas; en 1848 el presbítero Jimenez, periodista de la vanguardia católica, cayó en Roma herido por el puñal de las sociedades secretas. Como

en Francia, el cuchillo romano contesta á todas las reconvenciones y cierra los labios á cuantos no ensalzan la popular ventura (1).

Córolario é indispensable satélite de la libertad de imprenta es la guardia nacional, y cuando la revolucion francesa experimentó la necesidad de introducir en su programa de descomposicion aquel elemento de desórden recurrió, al decir de M. Thiers, «á un ardid más ingenioso que culpable.» Improvisó bandadas de imaginarios malhechores que corrian la tierra sitiando ciudades y saqueando aldeas, malhechores que, anunciados á la vez en todas partes, no fueron vistos en ninguna, hallándose únicamente bajo la bandera de la anarquía ciudadana.

En los primeros dias de julio de 1847, en aquel tiempo en que las sociedades secretas tiraban el oro como si viesen en la prodigalidad otro medio de triunfar de la Iglesia, conocíase en Roma que no todo habia sido proclamado ni consumado aun. El Sacro colegio y las órdenes religiosas conservaban en ella su influencia, y nó habia sido todavía quebrantada la fidelidad del ejército, acaudillado por militares que consagran al servicio del Sumo Pontífice su animosa actividad. Pero en 5 de julio, cediendo á ruegos que fueron las amenazas del miedo, Pio IX sienta las bases para la organizacion de la guardia cívica, y aunque la institucion no pasa de ser un proyecto en el papel dase á sí misma en los «clubs» diploma de existencia, y para no desmentir en su orígen su calidad de bayonetas inteligentes defensoras del órden público, ármase en tumulto y entre el alboroto de un motin.

Excitóse á Roma á sacudir el indigno polvo que la cubria:

Scuoti, o Roma, la polvere indegna.

Envolvióse al pueblo en espesa red de admiraciones por sus grandezas pasadas y de poéticas esperanzas por sus destinos futuros; embriagósele con el vino de la libertad y el alcohol del progreso, y esa tarea de soborno se llevó á cabo en todas las ciudades, en todas las aldeas del patrimonio de San Pedro. Y en todas partes produjo iguales resultados; por todas partes túvose gusto en colocar el laberinto de Creta en la boca del Etna, pues no era otra cosa que la confusion en el incendio lo que las sociedades ocultas tenian preparado contra la Santa Sede. La confusion deberá ser apresurada por la guardia nacional, y revestida de todas armas sale de uno de los tantos inmotivados terrores porque pasan los pueblos en revolucion para ser despues su valor ensalzado con teatral magnificencia; y sale compuesta como siempre de algunos maquinadores audaces y de una turba de hombres tan tímidos para atreverse al crímen como débiles para encaminarse á la virtud. Hase querido el error y el mal, y uno y otro obran conforme á su índole y producen sus naturales resultados.

(1) Intimidados los redactores del *Lábaro*, firmaron la declaracion siguiente: «Uno de nuestros colegas fue muerto ayer de una puñalada por mano desconocida. Como un poder que se cae á pedazos es incapaz de asegurarnos la libertad de opinion y la libertad personal que nos confieren las leyes, la redaccion del periódico ha resuelto suspender su publicacion hasta que aquellas recobren su vigor completo.»



Para aniquilar los cultos todos y no dejar en pié entre sus ruinas sino el fanatismo de la anarquía, la revolucion quiere que desaparezcan el sacerdote y el altar; pero al propio tiempo que lo desea conserva religiosamente en el pecho la supersticion de los aniversarios, siendo para ella la toma de la Bastilla, entre otros sucesos, fatídica fecha. Por esto, llegado que fue el 14 de julio, nacen siniestros rumores de los antros de las sociedades secretas, y á ellos contestan insensatos clamores: inmensos peligros amenazan al Papa, á Roma y al pueblo; los caudillos del ejército y una parte del Sacro colegio han tramado en la sombra una conjuracion que será la edicion segunda de la matanza de san Bartolomé, aumentada con la reproduccion de las Vísperas sicilianas; la campana del Capitolio debe dar la señal; convéncese al pueblo de que se oyen ya los primeros fúnebres toques, y el pueblo, sobrecogido por el espanto, con destreza sembrado, empuña las armas que le facilitan las sociedades secretas. En vano espera á sus verdugos: estos no se presentan; pero con aquella nueva jornada de los crédulos ha logrado la revolucion librarse de los pocos hombres fieles y adictos que se oponian á sus movimientos. Dueña en adelante de cuantas sendas llevan al poder y árbitra absoluta de la guardia ciudadana, dispónese á señorear por medio del terror y á cargar de grillos la conciencia pública.

En la capital del orbe cristiano hácese el experimento de los grandes principios de 1789, y el Pontífice, como el profeta Jonás, consiente en ser arrojado á las olas para calmar la tempestad. En su recinto conviértense en aventureras la libertad, la razon y la filosofía, sin tolerar más correccion que la fuerza, y verificada que es la prueba de las rápidas y funestas caricias del pueblo romano da por resultado el mismo que la historia proclama: el nombre es lo único que cambia.

El mayor gozo de Pio IX habria sido ver que sus hijos seguian el camino de la verdad; pero en vez de esto veíalos acercarse á él mudos y enmascarados como Chereas. Emancipadas fueron la blasfemia y la desesperacion; teniéndose ellos por sabios se hicieron necios (1), y en cada esquina oíaseles implorar á un sacerdote y á un Papa para que secularizára la Iglesia y los librara de una esclavitud que calificaban de humillante, guiándolos á los esplendores prometidos por el liberalismo.

Más que en los ánimos estaba la insurreccion perenne en las sociedades secretas; pero los escritores mercenarios de la gleba periódica, los publicistas ambulantes cuya nómada memoria iba recogiendo un principio en Berlin, un sentimiento en Viena, un axioma filosófico en Paris, una máxima en Francfort y una bandera en cualquiera parte, no querian dejar á aquel pueblo ni una hora de reflexion y silencio; condenado por sus dominadores á ser el judío errante del entusiasmo, hubo de andar sin descanso por la via de las innovaciones; y sus señores, galeotes ayer, ilustres ciudadanos hoy, formaron pedestal para su ciego é inconmensurable orgullo con todas las deshonras y los atentados todos.

(1) *Epist. B. Pauli ad romanos*, I, 22.

Pio IX, que jamas dió al olvido que «no está bien á un príncipe el labio mentiroso (1),» nunca pensó en faltar á sus deberes ni en renunciar á las esperanzas de su corazon. Como el «Deuteronomio», decia y repetia á su pueblo: «El Señor te herirá con suma pobreza, con calentura y frio, con ardor y bochorno, y aire corrompido y añublo, y te perseguirá hasta que perezcas. Volveráse de bronce el cielo que está sobre tí, y de hierro la tierra que pisas, y dará el Señor á tu tierra polvo en vez de lluvia (2);» pero una vez salidos del alma del soberano esos proféticos presentimientos, la compasion del padre sustituia á la justicia del príncipe.

No queria que sucediera á su ciudad pontificia lo que á Silo, en cuyo recinto se guardara el Arca, cuando fue destruida por la cólera de Dios, y para conjurar los mayores desastres que miraba cercanos, esforzábase en resistir al torrente y en buscar un desagüe á sus enfurecidas olas. Al paso que no habia logrado hacer el bien porque su corazon suspiraba, hacíase en su nombre cuanto daño él aborrecia; y en aquella ocasion, que no lo era de hablar, sino de gobernar, los gobernantes, parecidos á frutos prematuros que caen de la rama al menor soplo de aire, sólo se presentaban para imponer consejos de falaz prudencia.

Siempre en las luchas civiles comunica la autoridad pública grandes ventajas á quien sabe servirse de ella con oportunidad y vigor; mas quiere la desgracia que no se empiece á conocer la flaqueza real de las revoluciones hasta que una vez se ha pasado por ellas. Pio IX no queria ni podia castigar, y por lo mismo no podia hacer mas que otorgar. En 2 de octubre, por consejo de los cardenales, constituye en municipio la ciudad de Roma; veinte dias despues establece para sus súbditos la consulta de estado, y todo ello equivalia á confiar el mismo soberano á sus súbditos la legislacion y administracion del país, y á la abdicacion del Sacerdocio, por decirlo así, sancionada por la Iglesia.

Las tres aspiraciones inglesas, consideradas por el memorandum de 1831 como británica utopia, quedan realizadas: Pio IX ha hecho andar á su pueblo á pasos de gigante, y ese mismo pueblo, que es como en la época de Tácito, «novarum rerum cupiens pavidusque,» se admira por su inmovilidad, la considera como estrecha vestidura, y suspira por perpétua agitacion sin objeto, por incesantes fiestas sin placer. Llega á Roma lord Minto para desenvolver hasta el paroxismo aquella necesidad de movimiento; en el mismo instante el «God save the Queen» sucede á los himnos de Pio IX, y agradecidas las sociedades secretas decretan junto al Vaticano un triunfo perpétuo al inglés que agita sobre Italia las antorchas de la guerra á la fe.

Luego que el polvo de los sepulcros haya cubierto semejante ingratitud de los hombres, luego que la historia, que ha de ser despiadada para los necios, los haya colocado en igual lugar que los culpados, la posteridad no podrá comprender ni explicar de qué modo todo un pueblo consintió en caer

(1) *Proverb.*, XVII, 7.
(2) *Deuteron.*, XXVIII, 22.

como una piedra á lo más hondo de las aguas. En ménos de diez y ocho meses ha recibido ese pueblo cuantos beneficios habria esperado satisfecho por espacio de todo un siglo, cuando hé aquí que las sociedades secretas le comunican funesto ardor por las innovaciones repentinas, hasta el punto de que los individuos de la consulta de estado se muestran tan impacientes como el vulgo para alcanzar una quimera. Experimentan aquellos necesidad continua de desahogar el agradecimiento por el Papa de que está su alma poseida; pero adviértase que semejante espontánea gratitud fue deliberada, redactada y puesta en limpio por los abogados de Bolonia quince dias ántes por lo ménos de reunirse la consulta, de modo que los individuos que la formaban no pasaban de ser heraldos de un agradecimiento fabricado en Bolonia, sin mas objeto que excitar las pasiones en Roma (1), formando y disponiendo el entusiasmo por escalones y determinando desde cierta distancia los golpes que han de descargarse. En sus surcos sembraron la impiedad templada por la ingratitud, y recogen la injusticia. Amantes de las alabanzas como las gatas de la leche consienten en ser aclamados, dígnanse creerse á sí mismos grandes y magnánimos, y llevan esta sublimidad hasta la insolencia de una audacia exenta de todo peligro.

(1) Entónces comenzaron los italianos de 1848 la farsa de las unanimidades á que asistirá en 1859 el mundo entero admirado, farsa que, si bien tomada por lo sério únicamente por la revolucion, y esto aun en apariencia, encontró en Piamonte y en las sociedades secretas sus más entendidos directores. M. Máximo de Azeglio fue otro de los autores de la sentimental comedia para legitimar el latrocinio formulado en circulares diplomáticas.

De antiguo eran conocidos, y el hurto al vuelo, el hurto á la americana, el hurto á lo caballero y las infinitas clases de hurto que ocupan á la policía correccional; pero Víctor Manuel, el conde de Cavour y el caballero Máximo de Azeglio han inventado el hurto á la anexion, el hurto por unanimidad de votos. M. de Azeglio en 1859 admírase á sí propio en su obra colectiva; pero diez años ántes anatematizábala con ironía tan justa como acerba: en 1849 el futuro anexionador al Piamonte de los tres ducados y de la Romanía dirigíase á sus electores de Strambino, y con aquella autoridad de hombre inteligente que sólo la experiencia comunica, escribíales:

«Bandadas de comparsas asalariados por los profesores de motines y alborotos recorren las distintas comarcas de Italia con encargo de representar al *pueblo*. Quien para ser ministro ú otra cosa peor ha menester un *pueblo* ó una demostracion, pónese de acuerdo con el principal de la turba, llega esta, repártensele algunas monedas, dícese lo que conviene gritar, y el juego queda hecho, no faltando al dia siguiente un periódico que así lo cuente: «El pueblo de la heróica ciudad de*** se ha levantado como un solo hombre contra los violadores de sus derechos, contra los miserables que venden la santa causa popular, etc.

«Y los buenos ciudadanos tragan la píldora, y así con tan bajas farsas se decide de la suerte de Italia, de la suerte de este pueblo desafortunado cuyo destino parece condenarle á ser víctima de los extranjeros ó juguete de unos hombres que, nacidos en él, habrian de ser sus defensores, de unos hombres que repiten sin cesar su nombre y sólo de él hablan y sólo por él juran. ¡Infeliz pueblo!

«Pase que en las funciones de teatro se presenten un par de docenas de personajes que van y vienen y figuren por el dinero que les dan grandes multitudes, como por ejemplo el pueblo romano en el Foro; la cosa no puede ser de otra manera, y muy exigentes nos mostraríamos si por lo pagado en la puerta pidiéramos más, y si no aceptáramos aquellas dos docenas de caballeros de bastidores por el verdadero y completo pueblo romano.

«Pero en las funciones políticas, pasando la escena en nuestras plazas y calles, cuando unos cuantos comparsas quieren, no solo representar á todo un pueblo, sino usurpar la autoridad suprema y dictarnos á todos la ley, seria preciso para aceptarlas que fuéramos simplones y necios como la gente de ménos cabal entendimiento.»

Víctor Manuel, Cavour, Rattazzi, Buoncompagni, Ricasoli, Garibaldi, Farini y Azeglio se han guardado mucho de aceptarla, y han considerado más noble y más italiano el dictarla á los demas.

Llegado habia para el Papa la hora de los sacrificios sin compensacion y de la lucha moral sin esperanza; vendido por unos, abandonado por otros y burlescamente adorado aun por todos, veíase como en la Pasion de Jesucristo tratado como rey por los que conspiraban su ruina. La salvacion no podia nacer ya de la tierra, y buscándola en lugar más alto puso Pio IX su causa en manos de Dios: el fallo del Señor fue, como siempre, la misma verdad y la misma justicia.

Los acaecimientos, empero, se empujaban unos á otros cual nubes tempestuosas y no daban lugar á la reflexion ni á la prudencia: la Iglesia y las monarquías iban á conocer palpablemente los beneficios que en el trastorno de los imperios pueden realizar los hombres que hablando conspiran. La revolucion tenia armadas sus baterías y proponíase dar el golpe como en un tablero de ajedrez; cómplices suyos eran los reyes de Europa, y como en lo profetizado por Isaías «los príncipes de Tanis eran necios, y los consejeros sabios de Faraon dieron un consejo necio (1).»

Al escalar Ciceruacchio el coche del Pontífice y al gritarle: «¡Coraggio, santo Padre!» tremolando á los ojos de la multitud la bandera de los tres colores italianos, M. Thiers desde la tribuna contestaba en nombre de la Francia liberal á la voz del grotesco Masaniello de las sociedades secretas. «¡Valor, santo Padre!» repetia el orador constitucional, de manera que el figonero de Roma y el historiador de la revolucion sintieron y expresaron el mismo inútil deseo.

Inútil, sí, porque no carecia Pio IX de personal esfuerzo ni tampoco de resolucion católica; habia llegado sin embargo á aquel nudo que Mirabeau en sus combinaciones á la vez revolucionarias y conservadoras resume con estas palabras hijas de una clara inteligencia: «No se crea, escribió, que sea posible salir de un gran peligro sin correr otro, y por lo tanto los políticos han de emplear sus fuerzas en preparar, atenuar, dirigir y encauzar la crísis, pero no en impedir que se verifique, lo cual es de todo punto imposible, ni tampoco en diferirla, con lo que sólo se lograria hacerla más violenta (2).»

Por un cúmulo singular de rarísimas circunstancias halláronse en situacion análoga el tribuno más impetuoso y audaz que ha existido y el Pontífice manso cual ninguno, y á los dos inspiró igual plan. Para el tribuno, que lo concibió, quedó frustrado, al paso que el Papa, que involuntariamente hubo de seguirlo, alcanzará victoria, pues es esta el triunfo de la Iglesia contra las ideas antisociales, del mismo modo que sus primeros actos políticos fueron la manifestacion humana de esta misma Iglesia.

La demagogia no habia tenido aun ocasion de pedir la libertad á los reyes de Prusia, Cerdeña y Nápoles, y estos fueron los que postrados á sus piés le suplicaron aceptar la licencia. Con falaces demostraciones de alegría atrévense á vestir la camisa de fuerza de los príncipes constitucionales, y en tanto la crísis avanza, se propaga y crece, pues es sabido que el mejor medio para subir mucho es no saber á dónde se va. Sin embargo, con sorpresa de los mis-

(1) *Isaías*, XIX, 11.
(2) *Correspondencia de Mirabeau con el conde de Marck.*

mos que la dirigen no presenta síntomas de incredulidad, sino que por el contrario se engalana con los católicos colores.

En Paris y Viena, en Berlin y Milan los utopistas literarios, los estéticos espiritualistas, los lógicos desenfrenados y los dramaturgos declamadores se contienen en su ardor antireligioso, y todos al recuerdo de Pio IX sienten que se lavan sus almas como en un nuevo bautismo.

La idea anticristiana y antiromana concebida entre los arcanos de la suprema venta es por milagro puesta á un lado y sustituida por otra antisocial. A los que se envanecen de no respetar cosa alguna Pio IX inspira sin querer respeto por las cosas santas, y es tan nuevo y brillante el lugar en que se ha colocado á ese Papa, hásele pintado tan bello, tan bueno y de tan admirables sentimientos, que en los demócratas extranjeros hácese la fantasía cómplice del corazon, siendo aceptado Pio IX como apóstol de la reforma y amparando con su egida á la Iglesia toda, á la que preserva en la conflagracion prevista de inminentísimo desastre. Las sociedades secretas que no pueden contrastar el providencial movimiento cooperan á él, y en 24 de febrero de 1848 da Paris la señal de la revolucion europea.

Aquella insurreccion madre era de la misma índole que las descritas por Tácito: «Pocos la concibieron, muchos la quisieron, todos la acataron (1).» Luis Felipe de Orleans es su víctima escogida y desde aquel momento conviértese en justicia del cielo, pues la potestad sin derecho es lo más detestable que imaginar se pueda. La insurreccion señoreaba con zumba, desbordaba aquí y allí con algazara, y en vez de trompetas tenia silbatos; sin freno, pero sin pasion, presenciaba la caida del trono que ella misma levantara en dias de cólera, y en tanto el rey de julio huia sin ser seguido ni perseguido, y sus hechuras perdian sus empleos sin que estos perdieran cosa alguna. En las calles, en las plazas, en los teatros, en el hogar doméstico no hubo mas que un pensamiento; todo el mundo vió el dedo de Dios en aquel solemne castigo, y no hubo quien no exclamase: Sus padres pecaron, y es fuerza que expien ellos sus iniquidades.

Cuando en 21 de enero de 1793 llegó Luis XVI á la plaza en que la revolucion habia levantado su patíbulo, no faltó junto al régio mártir un sacerdote que con la Francia toda le dijese: «¡Hijo de san Luis, subid al cielo!» Cuando en 24 de febrero de 1848 llegó á aquella misma plaza sin nombre Luis Felipe de Orleans que se desterraba á sí propio, no vió cerca de él sino á un abogado judío á la cabeza de algunos alzados, y el abogado le dijo: «¡Hijo de la revolucion, subid al coche!»

La nacion francesa, que gusta de arrojarse al mar cuando ménos una vez cada quince años para ver si sabrá salir del agua, no tenia ya soberano; toda clase de autoridad habia desaparecido y apénas quedaban leyes. Un gobierno sin otra cosa buena que su título de provisional hacia las veces de todo, y compuesto de abogados, poetas, astrónomos, escritores, libreros, judíos y braceros dióse á expedir decreto sobre decreto. Pero al mismo tiempo,

(1) Tácito, *Hist.*, l. I, XXVIII.

en oposicion á cuanto se habia visto, á cuanto habia sucedido en los buenos tiempos en que la libertad, la igualdad y la fraternidad eran explicadas por la muerte, la Iglesia, defendida por la auréola de Pio IX, no tiene que pasar persecuciones ni martirios. La única violencia que experimenta es bendecir árboles de la libertad y recordar al pueblo soberano que hay un Dios en el cielo y un Papa en la tierra.

Bajo estos auspicios inauguróse la revolucion de febrero de 1848, y en honra suya ha de decirse que concluyó con igual pensamiento. En la mayoría de sus individuos fue su gobierno honrado y quizas por esto Proudhon, el autor de la máxima: Dios es el mal, escribió lo siguiente: «A no ser la revolucion de febrero, jamas habria podido creerse que existiese tanta estolidez en el público de Francia (1).»

Despertada de pronto por el estampido del trueno apresúrase la demagogia á reunir algunos cadáveres para pasearlos por las calles á la siniestra luz de las antorchas. Sin haber tenido tiempo para contar sus fuerzas ni organizarlas hallábase señoreando en el palacio de las Tullerías y en la casa consistorial; como reina dominaba en las plazas, pero al propio tiempo con incomprensible abandono de las tradiciones revolucionarias dirigíase á rezar á la iglesia parroquial; y aunque no fue obedecido en todas partes el empuje dado por Francia, atenuó y conjuró por lo ménos las expansiones de impiedad y los antisacerdotales enconos preconizados y puestos en boga por las sociedades secretas.

La revolucion da la vuelta á Europa y llama á la puerta de todos los reinos sin hallar á un príncipe que le ataje el paso. En su carrera vaga é indeterminada llega á Viena; cae sobre Milan, Florencia y Parma, y domina en Berlin, Dresde y Francfort. Los soberanos, unos como Luis Felipe de Orleans, habíanse librado por medio de la fuga de las consecuencias de la usurpacion; otros, como Federico Guillermo IV de Prusia, se presentaron humildes á saludar el triunfante féretro de los miserables que á pedradas derribaron su trono. Excepto el emperador Nicolas, que se atrevió á mirar á la revolucion cara á cara y que por consiguiente la hizo retroceder como hiciera cejar á los asesinos (pues no deja de ser notable que en un siglo de regicidas no se haya visto aquel monarca ni una sola vez amenazado), los reyes todos humillaron su corona á los piés de la insurreccion. Como los pastores de los Alpes que se entregan al sueño al borde de los precipicios, los príncipes habian dormitado, y para que esto les fuese perdonado trataron al órden social como aquellos enfermos sin esperanza á quienes los médicos no dan ya remedio y á los que no sujetan á régimen ninguno.

Sólo en las tinieblas de una conjuracion ó en los excesos de la fuerza brutal ostenta vigor la idea democrática; el triunfo ó la resistencia la fracciona ó anonada, y esto mismo sucedió entónces: las sociedades secretas se desparramaron aquí y allí é hicieron degenerar el movimiento en asonada. Pero conste que en aquellos dias en que la tierra temblaba y las tinieblas se

(1) *Confesiones de un revolucionario*, por Proudhon, p. 93.

hacian más y más densas vióse á los príncipes enmudecer y al hombre refugiarse bajo el amparo de Dios, así como en los trastornos de la naturaleza dejan de rugir tigres y leones, viendo pasar atónitos el furioso huracan.

Desencadenábase este en el Norte y en el Mediodía; pero la revolucion, como campana rajada, hacia ruido y no sonaba. Los demagogos de profesion no comprendian lo que estaba sucediendo; ignoraban que el tiempo habia variado el color de sus ideas al igual que el de sus cabellos, y al paso que ellos pensaban en unificar á Alemania é Italia, tremolaba cada pueblo distinta bandera y cada ciudadano ostentaba distinta escarapela. Proclamábase la república universal; unos y otros fraternizaban con declamatorios abrazos, y en la esencia de aquella revolucion imprevista é inmatura nadie tuvo derecho para decir como el anciano emperador Galba: «A poder la república ser restablecida, éramos dignos de que lo fuera primero entre nosotros.»

Esta es en efecto la desgracia de la revolucion y en cambio la suerte de Europa. Las celadas de las sociedades secretas habian sido dispuestas de un modo admirable; numerosa era la turba de mercenarios que habian regimentado, pero movidas por subterráneas rivalidades habíanse esforzado en enflaquecer la fuerza colectiva, y de ahí que ahogaron el genio del mal para acrecentar el mismo mal hasta el embrutecimiento. El cardenal de Retz, poseedor de la ciencia de la Fronda, ha dicho: «Persuadido estoy de que son necesarias más altas dotes para formar un jefe de partido que para ser un buen emperador del universo (1).»

Las sociedades secretas no adoptaron el consejo, sino que por el contrario hiciéronse un pueblo con los hijos adoptivos del cadalso que tienen el vicio por abuelo y la prostitucion por madre: pueblo distinto entre ciento, del cual habian de extraerse infinitas é ignoradas celebridades, resultando de esto que desde Paris hasta Venecia, desde Presburgo hasta Berlin, desde Florencia hasta Francfort, no produjese la revolucion sino abogados con ejercicio ó sin él y una coleccion de poetas ya gastados cuyo más ardiente deseo era trocar su cascada lira por las haces consulares. En un pasaje que copió san Agustin Ciceron exclamó: «Desconfiad de los poetas, sobretodo cuando ambicionan el aura popular y los aplausos de la plebe. Las pasiones qne entónces encienden, los terrores que en las almas levantan y las tinieblas que esparcen en los corazones, no pueden expresarse con palabras.»

Esto dijo Ciceron, mas la revolucion de 1848 hizo precisamente lo contrario. Es el año del bombardeo de todas las capitales europeas; pero tambien el del reinado de los poetas y filósofos humanitarios. Lamartine en Paris, Montanelli y Giusti en Florencia, Hartmann en Praga, Raveaux en Colonia, Máximo de Azeglio y Brofferio en Turin, Arnoldo Ruge en Francfort, Ludovico Uhland y Anastasio Grün en Dresde y Leipzig, Tommaseo en Venecia, Mamiani y Sterbini en Roma, y Mazzini en todas partes, dispónense á roturar lo que llamaban la tierra del derecho, y el sentimentalismo de to-

(1) *Memorias del cardenal de Retz*, t. I, p. 36.

dos colores que su palabrería ostenta hace desbordar el individual orgullo de que se alimentaron por tanto tiempo esas musas anticuadas. Quizas de esa mezcla de poetas salga como de la turba de abogados un tribuno que sólo se ocupe en sí mismo miéntras conspire en nombre del pueblo para hacer grande y feliz á la patria universal, tribuno que no será guerrero ni estadista: las sociedades secretas han pasado por todas partes el rasero y la revolucion se queda sin caudillo.

De ella debe decirse que era un cuerpo con mil brazos y ninguna cabeza. En vano se cometian delitos; siniestros atentados llenaban de horror á la humanidad en Hungría, Austria, Prusia y Toscana: tan cierto es que los partidos extremos muestran cuando agitados algo de la índole del tigre: olida por ellos la sangre quieren beberla hasta saciarse; pero todo ello, repetimos, fue en vano. La sangre derramada, las devoradas víctimas no constituian una fuerza moral, y del ejército alistado por las sociedades secretas, ejército de rebeldes á Dios, á los príncipes y á las leyes, salian hordas de comunistas invocando el derecho al trabajo y resumiéndolo en el derecho á la dicha de estar en huelga, miéntras aguardaban la hora de la reparticion por séries.

Una sola voz fue oida luego que aquellas manadas sedientas de físicos goces hubiéronse escapado de los talleres nacionales donde las habia momentáneamente acomodado el miedo republicano; la propiedad se vió tan amenazada como la justicia; el comercio y el derecho eran uno y otro radicalmente atacados. Entónces, como en la Sagrada Escritura, los mercaderes de la tierra lloraron y se lamentaron por la caida de Babilonia la grande, y decíanse entre sí: Nadie comprará ya mercaderías de oro y de plata, y de piedras preciosas, y de margaritas, y lino finísimo, y olores, y ungüentos, y caballos, y carrozas, y esclavos, y almas de hombres (1).

Extinguido quedaba en el corazon de los pueblos la pasion por lo bueno, lo verdadero y lo bello: adulando sin rubor al rey que los gobernaba y besando la mano que no podian cortar, eran como el pobre que rebusca despues de la vendimia, y lamentábanse de los males presentes y se desconsolaban por las calamidades futuras.

En la unánime explosion de aflicciones igual idea acudió á todos en un solo instante, y para librarse del saqueo comunista arrojóse la Europa entera en brazos del despotismo militar: los liberales canonizaron el sable como la última razon constitucional, y no juraron sino por la dictadura. Y el sable fue desenvainado, y en medio de las prolongadas batallas reñidas en las calles, los ejércitos conocieron en breve la índole de la muchedumbre de insensatos que, ébrios de aguardiente más que de pólvora, maldecian á los ricos y pedian un pedazo de pan con la punta de las bayonetas. Supieron los ejércitos que es la demagogia fogoso caballo del cual es imposible servirse sin haberlo ántes domado, y Europa confió á un general republicano el encargo de intentarlo. Cavaignac, despues de Fernando de Nápoles, apellidado

(1) *Apocalípsis*, XVIII., 12 y 13.

por gloria suya el rey Bomba por la revolucion, fue el primero que tuvo la honra de atajar al mónstruo los pasos.

Por las calles de Paris corrió á torrentes la sangre, pues los franceses que, segun escribia lord Chesterfield á Montesquieu, poseen grandes conocimientos para levantar barricadas, jamas sabrán abrir vallas ni disponer antemurales. Aquella sangre fecundó el animoso esfuerzo de todos, y la inminencia del comun peligro reconstituyó en las almas el principio de fraternidad nacional tan cruelmente enflaquecido por las discordias y los enconos de partido; ejército y pueblo pelearon en defensa de la familia, y el arzobispo de Paris lanzóse á su vez á las barricadas, y buen pastor dió por sus ovejas la vida.

A Francia, que toma con frecuencia los peligros por espectáculos y los públicos infortunios por asuntos de curiosidad vana, puede repetirse de continuo lo que el poeta florentino decia á su patria: «¡Qué de veces te he visto mudar leyes, monedas y gobiernos! Si tu memoria te es fiel y tus ojos se abren al fin á la luz, recordarás y verás que te pareces al triste enfermo que en su lecho de pluma muda sin cesar de sitio, como si con ello pudiese disminuir lo acerbo de sus dolores (1).»

Francia entrevió el abismo en 1848, y deteniéndose en sus bordes, quiso igualmente detener á Europa. En tanto la revolucion, rendida en breve y sin fuerzas, asemejábase á una ballena que ha encallado en la playa; á pesar de los sacudimientos de la agonía conocíase que la vida iba extinguiéndose poco á poco, y era evidente que no podria otra vez ponerse á flote.

Aunque sangrienta la lucha no dejaba en los ánimos la menor incertidumbre; veíase que su resultado habia de ser el triunfo del órden social, pues los ejércitos, por un instante desalentados, reorganizábanse á la voz de los pueblos y se reforzaban con la obediencia y la abnegacion. A su cabeza presentábanse otra vez los antiguos capitanes, y Windischgrætz y Jellachich en Austria, el príncipe de Prusia y Wrangel en Berlin, Filangieri en Nápoles, y Radetzki en el reino Lombardo Veneto arrojaban sus aceros en la balanza á ejemplo de los generales franceses.

Cuando un universal peligro da como el mareo ansias de profundo egoismo, cierto involuntario cariño y una devocion respetuosa llevan las miradas del universo cristiano hácia el centro del catolicismo. La causa de Pio IX es la de todos y de cada uno, y por primera y última vez sin duda fue una revolucion execrada por los revolucionarios.

Las convulsiones que á Europa agitan, los temblores de tierra que conmueven á una hora dada sus varias capitales hacen llegar á su más alto punto la turbacion en Italia, turbacion que se aglomera sobre la ciudad santa y se organiza en ella para mejor realizar el desórden. Luce por fin el dia tan suspirado por la suprema venta; dueñas las sociedades secretas de la persona de Pio IX van á completar su obra con la deshonra y la abolicion del Ponti-

(1) Dante, *Div. Comm*, *Inf.*, c. VII, v. 145 á 151.

ficado, y conspiran para que el justo caiga en yerro, pues saben que Salviano, obispo de Marsella, intrépido defensor de Roma, escribió: «La Iglesia de Dios se asemeja á los ojos del hombre; así como en ellos al recibir la más mínima impureza queda oscurecida toda claridad, así en el cuerpo eclesiástico, luego de mancillado un corto número de individuos, empáñase la tersura del esplendor sacerdotal (1).»

Los monarcas han andado entre tinieblas y su paso ha sido vacilante; conviene, pues, hacerlas tan densas al rededor de Pio IX que no le quede siquiera la eleccion de las desgracias, y para ello con arte infernal ármanse celadas á su buena fe, suscítansele dificultades sobre dificultades, y amontónanse en su camino obstáculos sobre obstáculos. Privado ha sido de sus naturales defensores y consejeros; el único apoyo que se le ha dado son mimbres, ó sea hombres á quienes puede negarse toda clase de merecimiento excepto el arte de navegar á todos vientos, y cuando amenazado y blanco de las iras callejeras examínase el Papa á sí propio para penetrar los motivos aparentes de trasformacion semejante, no sale de sus labios ni de su corazon una sola queja por la ingratitud de los demas; limítase á preguntar: «¿Popule meus, quid feci tibi?» y no contestándole su memoria sino con beneficios, deja la decision de su causa á la justicia divina, ya que la del mundo es tan ciega como necia.

«No conviene que lleguen á ser ministros muchos hombres, decia Walpole, pues no es bueno que sean numerosos los que sepan cuán detestable es el linaje humano.» Lo contrario de este axioma de un consumado político aplícase al Papa para su tormento, y tres veces por semana se le hace pasar de un ministerio liberal á otro ridículo. Entre ellos fueron buenos pocos, insignificantes algunos y malos los más; pero á todos los arrebató en breve la misma aura popular que los trajera, sin permitirles que dejaran en el Quirinal mas huella que la conviccion de su impotencia. La revolucion habia establecido en Roma su cuartel general, y con la patente del Pontífice queria salir en corso para volver despues á destruir el Pontificado. El «club» lo era en ella todo: aquellos ministros volanderos ni siquiera tenian facultad para abrir los pliegos á ellos dirigidos; el club se habia reservado este derecho, é interceptando los correos comunica lo que le conviene, calla ó desfigura las noticias, las inventa á su capricho, y forma así un espíritu público á la altura de sus esperanzas ó á la bajeza de sus propósitos.

Por una série de afortunados desastres la sabiduría que tiene tantas ventajas sobre el aturdimiento como la luz sobre las tinieblas, burló todos los ardides y confundió todas las artimañas. Hacíase hablar y obrar al soberano, rodeábasele de falaces respetos y le agobiaban engañosas caricias, y en tanto tomábase la cruz en su nombre y en el de Cristo. Dios é Italia se ligaban para libertar á «nuestros hermanos lombardos»; la civilizacion marchaba contra la barbarie, y el ejército pontificio, esto es, el Papa, debia representarse como auxiliar del rey Cárlos Alberto.

(1) *De gub. Dei*, l. VII.

Lo veleidoso de su carácter habia condenado á ese príncipe desde el año 1821 á remordimientos sin arrepentimiento. No acertando á llorar ni á reir, permaneció vacilante entre su deber monárquico y sus ambiciosos apetitos, no teniendo fe sino en su doblez. Cárlos Alberto ayunaba para dispensarse de obrar bien, y maceraba su cuerpo para poner en paz con su conciencia el desórden de su mente. Presunto Júdas Macabeo de la Italia regenerada decidióse por fin á rescatar su espada del monte pio de las revoluciones; deseoso de ocultar bajo un jiron de gloria los abortados engendros de su pensamiento italiano, quiso correr el azar de las batallas, y como se creia perseguido por la fatalidad negoció con los clubs de Roma más que con Pio IX, á fin de asociar el Pontificado á sus aventuras de unidad peninsular.

En aquel tiempo tenia Austria la revolucion en su seno y en sus fronteras, y todo eran para ella traiciones, humillacion y hostilidad. De los tres elementos participaba la agresion de Cárlos Alberto, esposo y suegro de una archiduquesa; pero el imperio de Austria, que aleccionado por los vaivenes de su historia ha sabido cobrar nueva vida en los mismos quebrantos que lo han afligido, no se sorprendió por la ingratitud del que fue régio cliente en los tiempos venturosos.

Todas las máscaras caian, hasta las del parentesco y del agradecimiento; pero en aquel solemne instante Austria tuvo fe en el Pontificado, el cual, parapetado en los confines que no puede traspasar, no se extralimitó nunca de su obligacion pastoral á despecho de las embajadas de doble sentido (1) y de las cautelosas promesas hechas en su nombre. Pedro quedó siendo Pedro para oponerse primero y vencer despues, sin tener necesidad de oir el canto del gallo en la casa del gran sacerdote.

Las sociedades secretas tremolaban la bandera de la independencia italiana, problema que siempre planteado y siempre insoluble no era agitado sino como añagaza patriótica ó engañosa perspectiva de nacionalidad. Desmantelar la Iglesia por medio de pérfidos halagos populares y anonadarla con auxilio del terror, tal era el plan concebido. En él habíase atribuido á los jesuitas el honor del aborrecimiento, y las sociedades secretas proclamában-

(1) La revolucion italiana ó extranjera tenia gran interes en que se creyese que la Cabeza de la cristiandad tomaba partido y armas en pro de la causa de las sociedades secretas. El Piamonte invade la Lombardía, y aquel momento es el escogido para persuadir á algunos ministros de Pio IX de que el tesoro se halla exhausto y de que es necesario un empréstito de quinientas mil piastras para hacer frente á los sucesos. Un prelado romano, por nombre Juan Corboli Bussi, es el indicado por la revolucion como el embajador más acepto al rey Cárlos Alberto, prelado de ambiciosos designios y penetrante aunque muy flexible ingenio que tenia la desgracia de ser bien mirado por las sociedades secretas por formar parte de ellas algunos individuos de su familia. Como los yerros de un padre son de igual índole que las dolencias orgánicas y se trasmiten con la sangre, Corboli tomó sobre sí la embajada financiera del Papa, pero poco á poco, voluntaria ó tácitamente, confirió á las sociedades secretas el derecho de trocarla en embajada guerrera. Mandábanle sus instrucciones ir á la córte de Turin, y con meditadas dilaciones supo disponer su viaje de modo que llegó al campamento piamontes, siendo su presencia aclamada y considerada como alianza y bendicion del Papa. Al comprometer á la Iglesia en una lucha puramente humana, Corboli obró preocupado ó con deseo de engañar; pero publicada pocos dias despues la alocucion de 29 de abril, que fue reprobacion y castigo de su conducta, cayó víctima de un celo *italiano* excesivo ó de una premeditada imprudencia cuyo objeto era comprometer á la Santa Sede.

los enemigos del Papa y contrarios en las sombras de sus conventos á toda idea de social progreso.

Pio IX considera serena y exactamente los peligros que le rodean: ve que la tormenta se acerca, y preparado á ella por medio de la oracion dispónese á resistirla manifestando sacerdotal esfuerzo.

En aquella crísis en que un hombre solo lucha contra el ardor de unos, la desesperacion de otros y los sombríos presentimientos de todos, recobra Pio IX la entereza del Pontífice y tambien su carácter placentero. Ya en 11 de febrero de 1848, cuando aclamado por una muchedumbre ébria de revolucion se presentó en el balcon del Quirinal desde el que su mano habia dado tantas bendiciones, y cuando se oyó una voz unánime que cual órden comunicada gritaba: ¡ Fuera del gobierno los eclesiásticos! Pio IX recogió el guante, y con acento de autoridad soberana contestó; «Non posso, non debbo, non voglio,» palabras que, elocuente resúmen del poder, del deber y de la voluntad, resonaron como protesta y juramento.

Con mayor saña que las demas órdenes religiosas estaban amenazados los jesuitas en su libertad y en su vida, y el Pontífice, que en los primeros dias de su asuncion se complacia quizas en el aura de la popularidad, atrevióse intrépido con un «motu proprio» de 29 de febrero de 1848 á tomar á los perseguidos bajo el amparo de su justicia. Hónralos delante de sus mismos enemigos, y ya que la guardia cívica se niegue cooperar á semejante proteccion, Pio IX en 28 de marzo, no pudiendo por más tiempo defender á la Compañía, sálvala otra vez arrancándola de Roma.

Algunos dias ántes habíase arrojado al pueblo hambriento que formaran las sociedades secretas un estatuto fundamental para que con él se saciara. Por fin tuvo una constitucion civil, y en sus manos se convirtió pronto en juguete (1).

En este estado se hallaban las cosas cuando el problema fue aun más claramente planteado y con mayor decision resuelto. Las puertas de la ciudad eterna, que se cerraban á la virtud, ábrense de par en par para recibir los vicios todos; los clubs tremolan junto á Pio IX la bandera de la independencia italiana, y proyectan ponerla en su mano para hacer de ella el lábaro de la revolucion y quizas inducir á Austria á separarse por medio de un cisma de la Iglesia romana que, como el rey sardo, le declarase traidoramente la guerra en ocasion en que el imperio estaba desgarrado por disensiones intestinas; y entre tanto, para enseñar á Italia á «piamontizarse» á su despecho, Durando, militar asalariado por Cárlos Alberto, es elegido por los veteranos del carbonarismo general del ejército pontificio.

En la confusion de órdenes y contraórdenes que todos se atribuian la fa-

(1) Díjose y repitióse que el Papa habia sido el primero en dar la constitucion á sus estados; un simple cotejo de fechas basta para conocer lo inexacto de tal afirmacion.

En 29 de enero de 1848 el rey de las Dos Sicilias promulga la constitucion.

En 4 de febrero de 1848 Cárlos Alberto sanciona su estatuto.

En 17 de dichos mes y año el gran duque de Toscana imitó el ejemplo de Cárlos Alberto y Fernando de Nápoles.

Y hasta el dia 14 de marzo de 1848 no siguió el Papa el impulso ni firmó el estatuto fundamental.



cultad de expedir, el general sólo recibió una del Pontífice. Guardad las fronteras de mis estados, díjole Pio IX, y al solicitar Durando una segunda órden fue esta motivada con algunas líneas escritas por el cardenal Antonelli, de las cuales se desprendia el mismo pensamiento que habia de desenvolver cuanto ántes la alocucion de 29 de abril de 1848. Dice así la nota: «En la gravedad de las presentes circunstancias débese procurar poner á salvo la seguridad é independencia de los estados romanos.»

Más solícito en pro de los intereses de la revolucion que obediente á las órdenes del Papa, quiere Durando en nombre de Pio IX llevar el ejército á la campaña ya empezada, y con él atraviesa el Po; pero el cardenal Antonelli, que en aquel desórden pudo ser un dia ministro, lo aprovecha para apoyar los propósitos de su soberano. Entre tantas felonías y bajezas un acto de fidelidad y de meditado esfuerzo es flor rara y exquisita que embelesa por la fragancia que despide.

En 29 de abril reúnense los cardenales en consistorio secreto; Italia está hecha un volcan, pero el Sacro colegio se muestra sereno y resignado, y Pio IX le dirige la alocucion siguiente:

«Más de una vez, venerables hermanos, hemos protestado entre vosotros contra la audacia de algunos hombres que no vacilan en inferir á Nos y á la Santa Sede apostólica la injuria de decir que nos hemos separado, no solo de las santísimas instituciones de nuestros predecesores, sino tambien (¡horrible blasfemia!) de varios puntos capitales de la Iglesia. Aun hoy los hay que hablan de Nos como si fuéramos el principal promovedor de los públicos trastornos que en estos tiempos nuestros han conmovido á distintas regiones de Europa y en especial á Italia, y sabemos por lo que toca á las comarcas alemanas de Europa que entre el pueblo se ha difundido la voz de que el Pontífice romano, por medio de emisarios, y otras maquinaciones, ha excitado á las naciones italianas á promover nuevas revoluciones políticas. Y hemos sabido tambien que algunos enemigos de la religion católica han tomado de ello pié para despertar sentimientos de venganza en los pueblos alemanes y separarlos de la unidad de esta apostólica Sede.

«Seguros estamos de que los pueblos de la Alemania católica y los venerables pastores que los guian rechazarán horrorizados esas crueles excitaciones; pero aun así nos creemos en la obligacion de prevenir el escándalo que por ello podrian experimentar hombres irreflexivos y por demas sencillos, y por lo mismo de desmentir la calumnia cuyo ultraje, ademas de herir nuestra humilde persona, sube y llega hasta el supremo apostolado de que estamos investidos, y recae sobre esta Sede apostólica. Incapaces de aducir prueba ninguna de las maquinaciones que nos imputan, nuestros detractores se esfuerzan en derramar sombras sobre los actos de la administracion temporal de nuestros estados, y para arrebatarles hasta ese pretexto de calumnia contra Nos, queremos hoy, venerables hermanos, manifestar en vuestra presencia con claridad y en voz alta el orígen y el conjunto de los mismos actos.

«Bien sabeis, venerables hermanos, que ya á fines del reinado de Pio VII, nuestro predecesor, los principales soberanos de Europa insinuaron á la Sede

apostólica la conveniencia de adoptar en la administracion de los asuntos civiles un sistema de gobierno más sencillo y conforme á los deseos de los seglares. Tiempo despues, en 1831, los consejos y aspiraciones de los mismos soberanos fueron con mayor solemnidad expresados en el famoso «memorandum» que los emperadores de Austria y Rusia, el rey de los franceses, la reina de la Gran Bretaña y el rey de Prusia consideraron haber de remitir á Roma por medio de sus embajadores, y en cuyo escrito tratóse entre otras cosas de convocar en Roma una consulta de estado formada con intervencion de todo el estado pontificio, de dar á las municipalidades nueva y ámplia organizacion, de establecer consejos provinciales y otras instituciones tan favorables como esta para la prosperidad comun, y de admitir á los seglares á todos los empleos de la administracion pública y del órden judicial, puntos los dos últimos presentados como principios «vitales» de gobierno. Ademas de esto otras notas de los mismos embajadores hacian mencion de una lata amnistía que habria de otorgarse á todos ó á casi todos los súbditos pontificios que faltaran á la fe debida á su soberano.

«Nadie ignora que algunas de esas reformas fueron realizadas por nuestro predecesor el papa Gregorio XVI y que otras fueron prometidas en edictos expedidos por órden suya en el mismo año 1831; pero esos beneficios de nuestro predecesor no fueron considerados del todo suficientes por los soberanos, ni bastaron, al parecer, para afianzar la tranquilidad y el bienestar en todos los ángulos de los estados temporales de la Santa Sede.

«Por esto desde el primer dia en que por los juicios impenetrables de Dios fuímos elevados al lugar suyo, Nos, sin ser á ello inducido por exhortaciones ni consejos de nadie, sino únicamente movido por el ardiente amor que profesamos al pueblo sometido á la dominacion temporal de la Iglesia, otorgámos aun más ámplio perdon á aquellos que se habian apartado de la fidelidad debida al soberano, esto es, al gobierno pontificio, y nos apresurámos á establecer algunas instituciones que en nuestro sentir habian de favorecer la prosperidad del mismo pueblo, estando tales actos de los primeros dias de nuestro Pontificado en un todo conformes con los que tanto desearan los soberanos de Europa.

«Luego que con el auxilio de Dios hubiéronse realizado nuestros pensamientos, manifestáronse poseidos de tanto alborozo y nos rodearon de tantos testimonios de gratitud y respeto los súbditos nuestros y los pueblos inmediatos, que hubímos de esforzarnos en contener dentro de justos límites en esta ciudad santa las aclamaciones populares, así como los aplausos y las reuniones sobremanera entusiastas de la poblacion.

«En vuestra memoria estarán todavía, venerables hermanos, las palabras de nuestra alocucion en el consistorio de 4 de octubre del año último, por las cuales recomendámos á los soberanos que tuvieran para con sus súbditos fraternal benevolencia y más afectuosos sentimientos, al propio tiempo que exhortámos de nuevo á los pueblos á la fidelidad y obediencia para con sus príncipes, sin omitir nada de lo que de Nos dependia, en consejos y exhortaciones, para que todos firmemente afectos á la doctrina católica y fieles obser-

vadores de las leyes de Dios y de la Iglesia se dedicasen á conservar la mútua concordia, la tranquilidad y la caridad para todos.

«Con fervor rogábamos á Dios que correspondiese ese apetecido resultado á nuestras exhortaciones y paternales palabras; pero sabidos son los trastornos políticos de los pueblos italianos de que acabamos de hacer mencion, y nadie ignora los demas sucesos que habian acaecido ó que se verificaron despues ya en Italia, ya más allá de sus fronteras. Y si álguien quiere suponer que tales sucesos nacieron en cierto modo de las disposiciones que nos sugirieron al principio de nuestro Pontificado nuestra benevolencia y nuestro amor, no podrá en verdad de modo alguno imputárnoslos como delitos, por cuanto sólo hicímos lo que así Nos como los príncipes susodichos consideramos conveniente para la prosperidad de nuestros súbditos temporales. En cuanto á aquellos que en nuestros propios estados han abusado de nuestros beneficios, de todo corazon los perdonamos á ejemplo del divino Príncipe de los pastores, y con amor los llamamos á más sanos pensamientos, suplicando ardientemente á Dios, padre de misericordia, que con clemencia aparte de sus frentes las penas á los ingratos reservadas.

«Los pueblos de Alemania de quienes hemos hablado no pueden tampoco acusarnos por no habernos sido en realidad posible refrenar el ardor de aquellos súbditos nuestros que han celebrado los acaecimientos en su perjuicio verificados en la Italia superior, y que encendidos de amor por su nacionalidad han salido á la defensa de una causa comun á los pueblos italianos todos. Muchos son los príncipes de Europa que, apoyados en fuerzas militares mucho más considerables que las nuestras, no han podido tampoco resistir á las revoluciones que á un tiempo han agitado á los pueblos; y esto no obstante en el actual estado de cosas no hemos dado á los soldados dirigidos á las fronteras otra órden que defender la integridad é inviolabilidad del territorio pontificio.

«Hoy, empero, en que piden muchas voces que reunido Nos á los pueblos y demas príncipes de Italia declaremos la guerra á Austria, hemos creido que debíamos protestar explícita y formalmente en esta solemne asamblea contra una resolucion tan contraria á nuestros pensamientos y designios, por cuanto si bien indigno ocupamos en la tierra el lugar de Aquel que es autor de la paz y amigo de la caridad, y por cuanto fiel á las obligaciones divinas de nuestro supremo apostolado profesamos por todos los países, pueblos y naciones igual sentimiento de paternal cariño. Pero si algun súbdito nuestro es arrastrado por el ejemplo de los demas italianos, ¿cómo es posible que Nos podamos refrenar su ardor?

«Rechazamos sí á la faz de las naciones todas las pérfidas afirmaciones publicadas en periódicos y otros escritos por los que quisieran que el Pontífice romano fuese el primero en constituir una nueva república con todos los pueblos de Italia, y no satisfechos aun advertimos en la ocasion presente y exhortamos con eficacia á estos mismos pueblos italianos, con el amor que hácia ellos sentimos, á desconfiar y desechar tales pérfidos consejos muy funestos á Italia. Suplicámosles que se unan estrechamente á sus príncipes

cuyo amor han experimentado, y no se aparten jamas de la obediencia que les deben, pues obrar de otra manera seria, no solo faltar al deber, sino exponer á Italia al peligro de ser desgarrada por discordias cada vez más ardientes y por facciones intestinas.»

Esa alocucion, acto espontáneo pero necesario del Pontífice supremo, descorre por completo el velo; es una página de historia escrita al pié del crucifijo, y parece el anticipado testamento de un príncipe que corre al martirio. Despójase en efecto el soberano con sus propias manos de la corona de popularidad que ceñia sus sienes, y atrincherado en su derecho á la vista del peligro obedece santamente al impulso del deber, advertido cruelmente por la revolucion de las espinas que se ocultan en aquella diadema. Y cumplió su obligacion con consoladora firmeza, y en seguida, sin temor ni arrogancia, aguardó los resultados de aquella manifestacion verdaderamente pontificia.

Reúnense los «clubs;» palabras de ira é insensatos clamores confúndense en unánime anatema llevando el espanto entre el pueblo, por aquello de que el rebuzno de un asno pone en fuga al rey de las selvas. Con una sola palabra ha burlado Pio IX los designios de los enemigos de la Iglesia, y entónces su ministro al par que los cardenales Bernetti, Lambruschini y Della Genga son designados á la italiana venganza, é ideas de sangre señorean en los círculos populares donde la guardia cívica fraterniza con los fraguadores de asesinatos. El padre Gavazzi, fraile hecho comunista, y Ciceruacchio, tribuno sin mordaza, vociferan feroces llamamientos á las armas y á la matanza, y Mamiani, Fiorentino (1), Galetti y Sterbini, rayos de la guerra que quieren compeler al Papa á batallas en que en realidad de verdad no tomarán ellos parte, le intiman imperiosamente que se retracte de su alocucion. Cuidando de poner sus personas en lugar seguro aplican la mecha á todas

(1) En el *Constitucional* de 13 de mayo de 1848 léese una correspondencia de Roma escrita en 3 del mismo mes, correspondencia que, debida á la pluma de M. Fiorentino é inserta por el doctor Véron, entónces director de aquel periódico, se expresa en los siguientes términos acerca de esos acaecimientos. Semejante mojiganga hace inútil toda reflexion.

«Lo que ha conmovido profundamente é indignado á todo el mundo ha sido esa profesion de fe antiliberal y casi estoy por decir anticristiana, que admite el principio de la impunidad de los gobiernos absolutos y condena, aunque de un modo indirecto, el sentimiento más puro, más noble y más santo que puede animar á un pueblo, como es el de su nacionalidad, emancipacion é independencia. Pio IX, á quien se ha infundido el temor de un cisma imaginario en Austria, quizas lo produzca real en Italia por el imprudente reto que ha dirigido á la causa liberal, pues expresaros la indignacion y el furor que ha despertado la fanática alocucion cuya responsabilidad en momentos como los actuales no habria sin duda admitido el mismo Gregorio XVI, es cosa de todo punto imposible. La opinion universal y el grito unánime de todos es que el Papa ha sido engañado y su buena fe sorprendida, y lo que podia temerse en los primeros momentos, esto es, que se declarase la plebe en favor del Pontífice contra los liberales, no ha sucedido, y el sentimiento nacional ha prevalecido sobre la veneracion que inspiraran hasta aquí las más insignificantes palabras del Padre santo. Clero, guardia nacional, frailes, los romanos todos, en una palabra, han ofrecido al mundo magnífico espectáculo de perfecta union y de unánime y compacta resistencia. El hombre que poco há era el ídolo de su pueblo y por el cual habria arrostrado el martirio todos los italianos, ha perdido en pocos segundos su popularidad. En el Corso y en las calles principales de Roma habia de cuarenta á cincuenta mil hombres, y ni un solo grito de *¡Viva Pio IX!* salió de la inmensa multitud.

«¡Nos ha burlado!» exclamaban indignados los sacerdotes que acababan de predicar la cruzada. «¡Nos ha vendido!» decia Ciceruacchio con las lágrimas en los ojos.»



las minas, y en tanto Pio IX, con una longanimidad que parecia ser por todos dominada, pero inalterable siempre, contesta como Jesucristo al ministro de Caifas: «Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien ¿por qué me hieres (1)?»

La anarquía sigue su camino, y el Luis XVI del Pontificado no tiene ya cardenales por ministros: cada mañana elevan el motin, las amenazas ó la sangre el gobierno fabricado en la embriaguez de aquella noche, y en medio de tantos vulgares delincuentes que parecian haber aceptado únicamente la vida como una cosa que Dios les daba para matar ó deshonrar, las sociedades ocultas han formado para sí una série de corrupciones ménos violentas é hijas de mayor sagacidad y disimulo, cuyo objeto no es otro que presentarse como mediadoras entre las crueldades que en secreto excitan y el Papa y el Sacro colegio, á los que rodean en apariencia con irrisorio respeto. Si una diferencia se presenta, afirman esas corrupciones haber hallado el medio para desvanecerla, convencidas como están, despues de haberlo meditado en la sombra de las ventas, de que es la hipocresía el medio más eficaz para engañar á la Iglesia. Saben que el lagarto llega lo mismo que el buitre á la cima de las peñas más escarpadas, y ya que no volando siguen ellas el camino arrastrándose.

La division de la doble potestad es formulada en proyecto y puesta á votacion. El «exiguo» Mamiani, segun lo apellidan las sociedades secretas, ha formado un ministerio seglar responsable ante el pueblo y una asamblea colectiva, pues levantada de nuevo la tribuna de las arengas no falta sino que se presente un Ciceron. Navega Roma á toda vela por el piélago del sistema constitucional bajo el patronazgo de los Gracos cosmopolitas; la degradacion del poder supremo es sometida á votacion, y resuelta por medio de un compromiso la insoluble dificultad decídese que en adelante el Papa quedará reducido á orar, bendecir y perdonar. Cuando la necesidad lo exija y así convenga se permitirá que sus manos aten y desaten, pero implícitamente ha de abandonar á la cordura de su pueblo soberano, representado por una asamblea colectiva, el gobierno de los asuntos temporales y la administracion del país.

Sueño dorado de las sociedades secretas es semejante separacion, y ya que no les ha sido dable anonadar ó envilecer la Sede romana, quieren enflaquecerla para exponerla indefensa á las zumbas de la incredulidad. Precipitábanse los acaecimientos unos sobre otros; las derrotas positivas sucedian en los campos de batalla á las victorias hipotéticas; la demagogia devoraba ministros y absorbia reputaciones, y en aquel cáos de políticas hipocresías y de sacrílegos deseos sólo la gran imágen del Pontificado sobrenadaba siempre en todas partes. Y al mirar á tanto aristócrata de revolucion que intentaba ennoblecer la infamia con patrióticas imposturas, del caso era exclamar con Shakspeare: «¡Vaya si se parecen á Júpiter esos tiranuelos con sus rayos que apénas arrojan chispas!»

(1) *Evang. sec. Joan.*, XXIII, 23.

No habia apurado aun Pio IX el cáliz de las amarguras, y el presbítero Gioberti llegó á Roma para librarle un certificado de italiano civismo y de nacional virtud, visado por la princesa de Belgiojoso, descolorida Vénus hermafrodita de la independencia italiana, la cual conferia al mismo tiempo como complemento centenares de diplomas de oficiales á los calabreses por ella alistados. Decian así esos diplomas:

«Primera expedicion napolitana.—Division Belgiojoso.

«Nos, Cristina Trivulcio, princesa de Belgiojoso, atendiendo al voto general de los amados mancebos que corren con nos á la defensa de la patria, confirmamos en el grado de ayudante mayor á don José del Balzo, y como tal le reconocemos (1).»

En aquella antigua tierra, devastada tantas veces por los huracanes, abandonaban los príncipes la espada y el habla á hombres que, llevando á su frente al presbítero Gioberti, eran triste parodia del florentino Maquiavelo. De Turin á Roma lleva aquel sus sofismas de regeneracion pacífica y sus enfáticas frases de primacía italiana; precédenle y síguenle los triunfos; y al recibir al escritor que los ensalzaba más por su vida que por sus obras, los malos sacerdotes genoveses desenganchan los caballos de su coche para llevarle ellos mismos en triunfo. Los abogados conspiradores, los comerciantes poco escrupulosos, los carbonarios de todas las latitudes, los presidarios soltados en Liorna, los matones del comunismo alistados para la hora de los atentados, forman su cortejo, y en medio de él se adelanta al estruendo de las aclamaciones. Tremolábanse á su paso las banderas de la fraternidad; todos iban suspensos de sus labios que destilaban miel de admiracion agradecida, cubríanle de flores, llenábanle de homenajes, y en tanto él, grave como un comparsa de tragedia promovido de pronto á la dignidad de padre noble, se dignaba dar gracias con el ademan, con los ojos y hasta con la voz, pues á su lado abundaban los apuntadores piamonteses.

Icaro de la autonomía italiana canta hasta desgañitarse el himno de la reconciliacion universal; en su danza social hace tomar parte al mundo entero, lo que no quita que delante de él sean acosados como manada vil los obispos y sacerdotes reos de un acto de virtud ó de resistencia á las órdenes de la impiedad condecorada (2). Al traves de aquella pintorreada turba de profa-

(1) *Gaceta de Milan* del 9 de mayo de 1848.

(2) La *Union nacional de Parma* insertó el artículo siguiente, que fue reproducido por el *Risorgimento* de Turin:

«Las resoluciones del pueblo soberano son siempre más decisivas, más prontas é imperiosas que las del poder bajo otra cualquiera forma de gobierno; en ellas la ejecucion sigue inmediatamente al pensamiento, y no queda para la contemporizacion camino alguno. Desde que en la jornada del 20 de marzo se inauguró la caza de los bárbaros, monseñor Juan Neuschel no podia permanecer por más tiempo en Parma, y el *pastor-lobo* debia abandonar su madriguera. Esto no obstante, el gobierno provisional toleró su presencia y limitóse á manifestar que partiria así que de Roma obtuviese la autorizacion pedida para dejar su rebaño, y aunque bien claro se veia que no le era dable ya esquilarlo con las tijeras austriacas, el pueblo llegó á cansarse y al fin no ha querido consentir en más dilaciones. Anoche á la hora de la oracion numerosos grupos se dirigieron al palacio epis-



naciones, de patriotismo jactancioso, de delitos y ridiculeces, continua él avanzando, y á su paso ciérranse por sí mismas las puertas de las iglesias y abrense las de los teatros. Para el burlesco Savonarola, cuya recámara de reformador consiste toda en inagotable facundía, levántanse en la platea la tribuna de la fraternidad; súbenle á ella entre los mil rayos que parten de las bujías y de los lentes en él clavados; Canino, su vicepresidente, y Fiorentino, su secretario, se ponen á su lado; para satisfacer su pueril vanidad hase hecho leva de los hombres de buena voluntad y de las mujeres de mala vida, y allí, poetastro desgreñado, arroja á un público asalariado para estremecerse de entusiasmo y palpitar de independencia incoherentes palabras y enigmáticas promesas, última edicion de victorias y conquistas. «¡Guerra! ¡guerra!» exclama, y este grito ha de espirar en la sangre derramada en Custozza y Novara y en las ruinas y asesinatos de la ciudad eterna.

Mamiani es vencido en Roma en sus asaltos contra el trono de san Pedro, como lo es Cárlos Alberto en los campos de batalla de Lombardía. La guerra política está próxima á concluir para hacer lugar á las divisiones intestinas entre los aliados de la fraternidad. Ya se hieren con la pluma miéntras se amenazan con el puñal y se ultrajan con acusaciones que no pueden repetirse; mas por inexplicable ceguedad todos se obstinan en sus ilusiones perdidas como si Dios no les hubiese demostrado claramente la vanidad de sus sueños. El experimento que hicieran habíales dado pésimos resultados, pero ni aun al ver á los locos de su partido triunfar de los cuerdos y llegar á la direccion de los públicos asuntos quisieron confesar que el reinado del partido tocaba á su fin, y se empeñaron en creerse liberales cuando el liberalismo sólo sirve de escabel á la demagogia.

Una carta de Mazzini á un confidente suyo, carta traducida del mismo original, y tan singular como instructiva, nos dirá mejor que un mero relato las

copal, y desde la calle intimaron formalmente al intruso monseñor la órden de partida. En honra suya resonaron silbidos, rugidos y toda clase de gritos, y visto esto y comprendiendo que la córte no estaba allí para apoyarle, prometió marchar en seguida. Satisfecha por aquella prueba de humildísima obediencia quiso la multitud improvisar allí mismo espléndida iluminacion, y en un momento la dispuso, pues las armas episcopales, arrancadas de la puerta de la catedral y del palacio, fueron hechas astillas y entregadas á las llamas. Para impedir que el tumulto pasase á mayores proporciones acudió al lugar de la ocurrencia la guardia nacional; pero el pueblo no desistió hasta que el obispo, metido en el coche, fue escoltado hasta las puertas de la ciudad. Buen viaje, monseñor... Seglares y eclesiásticos (excepto dos ó tres á quienes aconsejámos que vayan por algunos meses á tomar los aires del campo) se alegran de vuestra partida. Si alguna vez pasais por Verona saludad á Radetzki, y acompañadle en su viaje á Viena para que pueda poner en órden sus papeles.

«Evidente es que todos los buenos ciudadanos deseaban con afan que ese monseñor se apartase de nosotros, pero habríase deseado que esto sucediese sin alterarse la tranquilidad pública. Los actos indignos cometidos por el pueblo han causado general afliccion y dejarán triste memoria de un dia que debia ser consagrado al gozo y á celebrar la presencia del gran Gioberti. Este se ha separado de nosotros satisfecho por nuestra acogida y nuestros sentimientos en favor de la causa de la *unidad italiana*, pero no ha podido ménos de experimentar en su corazon cierta amargura al considerar el modo como se ha hecho aquella proscripcion, esto el mismo dia de su permanencia entre nosotros. Los *jesuitas* no cabrán en sí de placer, y dirán: ¡Hé aquí los resultados del viaje de Gioberti!

«¡Pueblo abre los ojos: no eres tú capaz de cometer tales actos, y ha de decirse que un genio infernal te seduce y extravia!»



complicaciones, artimañas, traiciones y añagazas á que acudian como postrer recurso las sociedades secretas. No siempre tiene Mazzini el mérito de la concision; pero cuando cree que sus epístolas no han de caer en malas manos, posee el de la claridad. Dejémosle, pues, pintar á su modo la Babel de la cual es principal arquitecto:

«Querido Pablo, escribe en 15 de noviembre de 1848: á su tiempo recibí la tuya, y muy ocupado como estoy contestaré á ella lacónicamente. Agradézcote que me hayas escrito, y sentia ya como una pena que lo hubieses hecho á otro y no á mí. Sabes que te quiero, y más aun te querré si lejos de mí sabes mantenerte en el camino en que está la verdadera union, sin dejarte arrastrar á la atmósfera anárquica y á la aficion por las maquinaciones y medios indirectos que aun hoy dominan en Italia. La vida que llevo es la que sabes ya, y me alegro de que Montanelli te haya manifestado la manera como me expresé y de que te haya recibido con fraternal cariño. Por mi tranquilidad quisiera que te informaras de si ha recibido una carta muy larga que le escribí hace unos quince dias. Montanelli puede hacer un gran bien á Italia con tal que sepa ser ministro italiano ántes que ministro toscano, y siempre que la constituyente no sea convocada con consentimiento de los príncipes, en cuyo caso no seria otra cosa que la sancion del federalismo.

«Es de suma importancia que los príncipes aprendan á tener miedo, y en la crísis suprema que esperamos habrá que aprovechar ese momento. Por esto deberia de emplear Montanelli todos los esfuerzos posibles para ponerse de acuerdo con Venecia y Sicilia, y dejándoles entrever la posibilidad de ser auxiliados apartar á los lombardos del Piamonte, de la consulta y de Cárlos Alberto. Conviene conservar paz con los príncipes, pero una paz silenciosa; por lo mismo no ha de insistir cerca de ellos ni ha de querer persuadirles, pues por Dios no debemos tolerar nunca que salga el federalismo de una constituyente italiana, que seria resultado de la iniciativa europea. Si, como creo, abunda él en estas ideas, que para él y para mí son una «creencia religiosa», díle que piense en el peligro que él mismo se prepara, por cuanto importa que llegue un momento en que un grupo de hombres encargados de disponer la constituyente dirijan á los estados italianos una invitacion y una ley electoral, y en que los gobiernos impidan las elecciones. Ya estoy viendo como te sonries; peroház que Montanelli me avise así que conciba temores respecto de la adhesion de los príncipes, y entónces iré á Toscana, bastando el solo hecho de mi llegada para inspirarles desconfianza acerca de los resultados de la constituyente. A pesar del deseo que experimento, díle que para no crearle dificultades no iré allá hasta que la ocasion dicha se presente.

«Pasando ahora á tu asunto y al de los lombardos debo decirte que desde que te marchaste ha nacido entre nuestros amigos una oposicion muy decidida con motivo de los últimos sucesos, y cada dia adquiero nuevas pruebas de que por las maquinaciones de Turin me están vendiendo los que habian prometido excitar levantamientos. A su llegada me ha manifestado Al-

borghetti que de no haberse cumplido en Bérgamo lo estipulado tiene la principal culpa Camozzi, el cual ha hecho viajes á Turin y forma hoy parte de la comision regular del ministerio, siendo así que habia sido llamado para dar la señal del movimiento de la ciudad.

«Anteayer Badoni y los demas exmiembros de la junta de Luca trataron, sin siquiera darme aviso por temor de que me opusiera á su proyecto y los amenazara con publicarlo, de vender el depósito de armas que tú sabes, y esto explica su oposicion al movimiento. Y al propio tiempo que esto sucedia, Fortis, que es entre todos el más furioso, y Griffini, que aprobaba la disposicion, y el mismo Spini, acusábanme de impericia por no haber aquel estallado. El resultado fue que se empezó por discutir si se quitaria á nuestro centro el nombre de «junta», que se me alejó de ella, que se estableció despues otra de nueve individuos, suprimiendo el nombre de central, y que se hizo luego cuanto tuvieron por conveniente. A despecho de la opinion de mis amigos he cedido en todos los puntos para ver hasta dónde llevaban sus pretensiones, y por fin se ha decidido que yo, Stoppani, Pezotti, Mora, Cantoni y Clerici formásemos la «emigracion italiana», florentina y suiza; que Ratelli, Fortis, Spini, y otro que no recuerdo, irian á Toscana para establecer allí un comité lombardo; que llevarian consigo 14,000 libras del fondo comun, dejando aquí unas 16 ó 17 mil, y que nos escribiríamos y seríamos amigos. Sin embargo, hecho esto publícase (1). . . . una correspondencia en que la junta. . . . . y Piozza se declaran en Turin «junta central», miéntras que X... mantiene con el ministerio continuas relaciones. Pequeñeces son estas que no me han indignado poco ni mucho y que no han logrado alterar la buena opinion en que tengo á Fortis, á Besana y á los otros; pero he creido conveniente decírtelas, ya que naturalmente has de formar parte de su junta, para que conozcas sus tendencias. Por lo que á nosotros toca continuemos siguiendo la línea recta y procurando reedificar la moralidad pública, pues cree que sin ello no hemos de hacer cosa de provecho. Dentro de dos ó tres dias recibirás un folleto mio acerca de nuestros asuntos políticos; en él he puesto todo aquello de que estoy radicalmente convencido.

«Adjunta va una circular anterior á las expresadas variaciones; ház de ella lo que puedas. Lo indudable es que hemos menester unidad, organizacion, dinero, y ademas enseñar lo que en Inglaterra produce milagros, esto es, la fuerza y el curso regular de las asociaciones. No quiera Dios que abandonemos la empresa lombarda; no debemos hacerlo, sino que por el contrario hemos de estar dispuestos á anticiparnos á la iniciativa que Cárlos Alberto tomará sin duda cuando se vea amenazado en su propia casa por la constituyente ó los republicanos. Desde aquí podemos reorganizar la obra; poseemos un material de guerra que en parte hemos recobrado y que sucesivamente aumentarémos; pero convendria alimentar el trabajo con ofrendas

(1) El autógrafo de la carta contiene algunas palabras ó quizas nombres propios escritos con signos desconocidos; dejámoslos en blanco, pues en nada alteran la exactitud del sentido.



mensuales, á ser ellas posibles, á fin de no consumir los escasos fondos que tenemos. En Florencia están F. de Boni, Gustavi y Aroni, de cuya bondad y probidad respondo, y el primero te hablará quizas de mi proyecto de una «Revista» que en mi sentir podemos desde ahora improvisar, la cual producirá incalculables bienes. Si la hacemos no olvides que ha de estar por completo en nuestras manos.

Saluda afectuosamente de mi parte á Maestri, á quien creia en Venecia, y al cual he escrito no há mucho. Tambien él, á no engañarme, apártase de mí más cada dia.

«A Dios; creed todos en la unidad, y trabajad por ella; en cuanto á la república, los príncipes nos dispensan de conspirar en su beneficio. No habeis de ser excesivamente lombardos, pues la Lombardía no puede vivir sin la unidad italiana. No lo pensasteis bastante, y esto fue, por más que no querais confesarlo, el pecado original de vuestra revolucion. Todo tuyo,

«José.»

La revolucion es juzgada en privado ó en familia, por decirlo así, por sus mismos jerofantes, y á sí propia se condena. Ellos invocaron la guerra, y para sostenerla hicieron cuestas de casa en casa trasformando el entusiasmo de la codicia en ofrendas voluntarias las sumas exigidas por la intimidacion, y la guerra falló en contra suya. Las infidelidades de la victoria justifican los presentimientos del Príncipe de la paz, y dan en todo la razon á su prudencia real y á su espiritual paternidad.

«Italia farà da sè,» habian dicho de un extremo á otro de la península, y en seguida, en la providencial confusion, engañándose tan neciamente acerca de los hombres como de las épocas, recurrieron á la intervencion extranjera. El «Contemporáneo», que es su órgano, concluye con esta invocacion su himno italiano: «El mayor infortunio que podria sucedernos seria recibir auxilio extranjero, y sin embargo llegada es la hora en que nuestras miradas se fijan con ansia febril en los Alpes preguntando si de ellos bajan las falanges francesas, y en que aplicamos el oído para que nos lleguen ántes los primeros ecos de la Marsellesa. ¡Ah! ¡terribles han de ser esas falanges! ¡Ah! ¡semejante á devorador incendio será esa Marsellesa y muy cara pagarán su traicion los que de este modo lo han querido!»

Pocos meses trascurrirán, y Francia, aunque republicana, irá á acampar en efecto al pié del Vaticano; entónces verá la revolucion si sus batallones han llegado hasta allí llamados por ella y para obedecer su voz.

Sin intimidarse por las amenazas ni doblegarse á falaces halagos persevera Pio IX en la senda indicada por su alocucion de 29 de abril; conoce y sabe el punto á que desean las sociedades secretas arrastrar al Pontificado, y consagra su vida á frustrar el anticatólico proyecto. Y cuando se le pregunta acerca de sus designios futuros, de sus temores presentes y de las calamidades que le asedian, contesta á cardenales y prelados con las mismas palabras de su divino Maestro: «Llegará el tiempo, dice, si no ha llegado ya, en que seréis dispersados cada uno por distinto lado, y me dejaréis solo; mas

no por esto quedaré abandonado, pues mi Padre está y estará conmigo.»

Esa serenidad imperturbable que sorprende á sus más personales enemigos no ha de dejar al Pontificado en ninguna de las mudanzas que apresuran el desenlace de los sucesos. Roma ha sido convertida por la revolucion en tierra de tinieblas y miseria; impera en ella la sombra de la muerte, de su recinto ha sido desterrado el órden, y el horror la ha tomado por morada; pero aun conserva el soberano cierta apariencia de autoridad, y la aprovecha para neutralizar la accion manifiesta de las sociedades secretas por medio del mismo hombre al cual miraron como auxiliar y bandera.

El conde Rossi era en Roma un desperdicio de la revolucion de 24 de febrero de 1848: acreditado en la Santa Sede con una embajada del liberalismo frances, habíase servido de las distintas formas de gobierno como de escabel para su implacable ambicion; pero aun así, su carácter elevado y digno, al propio tiempo que enérgico y cabal, podia impulsarle é inducirle á ver con gusto el cumplimiento de un gran deber. Conoció que cuando todo se le escapaba de las manos podia todo recobrarlo sirviendo al Pontificado del que fuera adversario hasta aquel dia, y movido sin duda por nobles pensamientos aceptó el ser ministro de Pio IX en aquellas tristes y angustiosas circunstancias. Esto no obstante, lo mismo que Mamiani abrigaba Rossi ideas preconcebidas que formaban un plan mejor ordenado que las quimeras de carbonarios y mazzinianos, de modo que habia de neutralizar el escaso bien que podia producir con el arte de hacerlo mal. Mamiani queria secularizar la Iglesia asfixiándola en nube de abstracciones constitucionales, y Rossi, dotado de mayor espíritu práctico, lisonjeábase de obtener el mismo resultado escudándose con el aislamiento ó alucinacion del Pontificado. Decretando empréstitos siempre hipotéticos sobre los bienes eclesiásticos llegaba Rossi á la ruina del clero en lo presente y lo futuro, y aunque semejante modo de acuñar moneda, como lo era exigir voluntarios dones, llevaba para la Santa Sede gravísimos peligros, no supieron conocerlo en el frenesí de su exaltacion los enemigos de la Iglesia.

Vieron únicamente que Rossi los vendia al ofrecer al Papa el apoyo de su glacial audacia y de su desden hácia los hombres, y en 15 de noviembre de 1848 le juzgaron, sentenciaron y dieron muerte cuando aun le rodeaba la auréola de sus últimas palabras: «¡La causa del Papa es la causa de Dios!» Sublime testamento que delante de sus asesinos y en el tribunal del supremo Juez ha convertido quizas al nómada carbonario en mártir del cristianismo.

La revolucion ha olido sangre y se encamina al asalto del Quirinal. El valor ha huido de Roma, y torpes la siguen muchos no llegando su esfuerzo sino á la hazaña de asestar cañones contra un débil sacerdote. El asesinato de Rossi hace prorumpir á la Italia demagógica en sombríos trasportes de alborozo; ciudades enteras, ébrias de revolucion, ensalzan con atroces cánticos el puñal del tercer Bruto, hasta que por fin la Europa católica y monárquica se conmueve, los embajadores hacen de sus cuerpos muro para el Supremo Pontífice, y en el universal trastorno los guardias suizos, veteranos

del honor y únicos que permanecen en su puesto, reciben la órden postrera de la fidelidad que les es trasmitida por el cardenal Antonelli.

Asediado está el Papa en su palacio por sus mismos amnistiados, por aquellos á quienes perdonara en 1846, los cuales ahora, en 1848, piden su cabeza despues de haberle arrancado la diadema. A toda costa ha de librarse Roma de un regicidio basado en un sacrilegio; para anonadar los proyectos de la revolucion importa que recobre el Pontífice la libertad de ánimo y de accion, y tramada á la vista de la revolucion triunfante una conspiracion cardenalicia y diplomática, Pió IX evita en 24 de noviembre por medio de la fuga la suerte de Luis XVI.

Cuéntase que este príncipe, aclamado por la revolucion naciente como restaurador de las libertades francesas, empleaba los eternos dias de su cautiverio en el Temple comentando los postreros actos del reinado de Cárlos I de Inglaterra. Pio IX que, hallándose en situacion semejante por lo triste, era víctima á la vez que rehenes, leia y meditaba en sus horas de soledad el relato del «Viaje de Varennes:» Dios quiso, empero que, mejor inspirado él y mejor servido, pudiese al fin volver á ser Pontífice y rey en el peñasco de Gaeta.

Herido estaba el pastor y dispersa la grey; pero allí, en aquella ciudad, estaba la salvacion, y el rey de las Dos Sicilias es el primero en experimentar sus consoladores efectos. La hospitalidad con tanta magnificencia otorgada por el monarca al Pontífice es para el pueblo napolitano el principio del sosiego: muy buen juez en el asunto y parte interesada en la causa no puede aquel pueblo, á despecho de las provocaciones exteriores, ver un horrible tirano en príncipe tan cristiano y adicto á la Iglesia; y si Fernando II honra con veneracion profunda los inmerecidos infortunios de Pio, Dios recompensa al reino de Nápoles devolviéndole la calma bajo la bendicion del Padre comun. A los favores monárquicos siguen de cerca los beneficios pontificios, y más que el reciente estampido del cañon de 15 de mayo de 1848 protege al trono la presencia del desterrado de Gaeta. La aristocracia romana, de la cual es el Pontificado principal ascendiente, no supo levantarse y defender al Papa rodeada de sus innúmeros clientes; pero deja sus palacios, sus quintas y museos á merced de las revoluciones, y corre á formar el cortejo del proscrito.

En aquella época de perturbacion en las almas y de dureza ó inercia en los corazones encontrábanse en cada encrucijada monarcas destronados, grandezas caidas, ó jóvenes princesas que iban errantes llevando en brazos á sus hijos. Familias enteras de soberanos estaban entregadas á merced de las olas; otras perecian abismadas entre desesperacion y abandono, y á nadie enternecia el cuadro de los régios dolores. Eran tan repentinas las catástrofes y multiplicábanse con tanta uniformidad, que temerosos todos de particulares infortunios, guardaba cada uno para sí el egoismo de su piedad. Para los desconsuelos de los rotos cetros no habia memoria, lástima ni duelo, y á la vista de tan inauditas desgracias habria podido exclamar como nunca Chateaubriand, modificando una de sus frases, que habíanse visto reinas que lloraban como simples mujeres, sin que nadie experimentase ya sorpresa al considerar la enorme cantidad de llanto que los ojos de los reyes contenian.

Pero de pronto el mundo entero se conmueve: al oir el relato de las escenas del Quirinal y de la fuga de Pio IX asoma el llanto á todos los ojos, y de todos los labios salen anatemas contra Roma sublevada y bendiciones para el Pastor que ha podido librarse de la voracidad de los lobos. El mundo, que presenciara insensible ó indiferente la caida de los tronos, sacude su estupor al resonar en sus oídos la pasion del Pontífice; inclínase la tierra, doblan los pueblos la rodilla ante aquella majestad siempre serena, y solo en las playas del Mediterráneo, es allí más grande Pio IX que en medio de las aclamaciones que le acompañaron al sólio.

Era el Papa, esto es, la Iglesia, personificada en un hombre y sintetizando en el amor durante dos años de reinado el nuevo y último aspecto de la lucha con la revolucion, lucha que sus predecesores en la Cátedra de Pedro sostuvieron por la justicia; y á ese nombre de Papa sale del pecho de todos un grito de universal venganza, una voz de cruzada europea, pues nadie hay que no se considere humillado en su dignidad de hombre por la inconcebible ingratitud de los romanos. En la general ruina forma la dotacion del desterrado el dinero de san Pedro, voluntario tributo de todas las familias y homenaje de todas las naciones, y en los confines de Asia vese á musulmanes enviar sus ofrendas con sus oraciones. El cismático griego, el protestante germánico ó inglés contribuyen á la obra, y Pio IX puede creer en Gaeta que si habian pasado los tiempos de un solo rebaño, no estaban distantes los del reinado de un solo pastor bajo el báculo del proscrito, que habia vuelto á ser Padre de todos.

Como Dios, tenia el Pontífice su Belen, é inmortalizando con sus peregrinaciones la oscura y recóndita ciudad de Gaeta, dale la cristiandad misteriosa consagracion. «Y tú, Bethlehem Ephrata, pequeña eres entre los millares de Judá: de tí me saldrá el que sea dominador en Israel, y la salida de él desde el principio, desde los dias de la eternidad. Por esto los abandonará hasta el tiempo en que parirá aquella que ha de parir; y las reliquias de sus hermanos se reunirán con los hijos de Israel. Y él estará firme, y pastoreará en la fortaleza del Señor, en la sublimidad del nombre del Señor su Dios; y se convertirán, porque ahora será engrandecido hasta los términos de la tierra (1).»

De Francia han partido los golpes más récios contra el Pontificado romano; Francia, revolucionaria ó liberal, pero enemiga siempre de la Iglesia, es la que ha suscitado contra la Sede apostólica tantos afanes y tribulaciones; pero hoy la Francia, republicana, trueca espontáneamente los papeles, y si en otro tiempo tuvo cautivo á Pio VI y le hizo morir cargado de cadenas, ahora por órgano del general Cavaignac, jefe de su poder ejecutivo, es la primera en conmoverse por la odisea de los pontificios infortunios, y el general en su nombre, interpretando los sentimientos de la nacion y los suyos propios, escribe lo siguiente á M. de Corcelle:

«Sabeis ya los deplorables sucesos acontecidos en la ciudad de Roma, que han reducido al Padre santo á una especie de cautiverio.

(1) *Proph. Michææ*, c. V, v. 2, 3 y 4.

«Con motivo de ellos ha decidido el gobierno de la república que cuatro fragatas de vapor, llevando á bordo una brigada de 3,500 hombres, hagan rumbo á Civita-Vecchia.

«Ha resuelto ademas que os dirijais á Roma como embajador extraordinario con encargo de intervenir en nombre de la república francesa para que se devuelva al Sumo Pontífice la libertad personal en caso de que estuviese de ella privado. . .

«Y si en atencion á las actuales circunstancias abrigase el Papa el designio de retirarse momentáneamente á territorio de la república, contribuiréis en cuanto de vos dependa á la realizacion del mismo, asegurando á Su Santidad que la nacion francesa le hará un recibimiento digno de él y de las virtudes de que tantas pruebas ha dado.»

Así habla el poder que espira; el hombre designado por el sufragio universal por sucesor suyo y presidente de la República coloca igualmente su autoridad futura bajo el patrocinio del augusto infortunio, y en los primeros dias de diciembre de 1848, en vísperas de la eleccion, el príncipe Luis Napoleon Bonaparte dirigió al nuncio apostólico en Paris la siguiente carta, que es á un tiempo protesta, proclama y profesion de fe acerca de la soberanía temporal del Papa:

«Monseñor, no quiero que puedan hallar crédito en ese palacio los rumores que me suponen cómplice de la conducta que observa en Roma el príncipe de Canino.

«Largo tiempo há que no tengo relacion de ninguna clase con el hijo primogénito de Luciano Bonaparte, y siento en el alma que no haya comprendido que el mantenimiento de la soberanía temporal de la Cabeza venerable de la Iglesia va íntimamente unida al esplendor del catolicismo y á la libertad é independencia de Italia.

«Aceptad, monseñor, la protesta de mis sentimientos de alta consideracion.

«Luis Napoleon Bonaparte.»

Es tal la naturaleza humana que el objeto más grande y admirable va dejando de serlo poco á poco á proporcion que se le mira; pero ese sentimiento, cuya única excusa está en su universalidad, dejó en este caso de manifestarse, y claudicó lo mismo que los planes revolucionarios. Puesto el Papa en el crisol de los triunfos es colocado despues en el de las aflicciones; pero truécalas el mundo entero en ovacion y gozo con sus afectuosos testimonios de respeto: los altercados de pueblo á pueblo, las preocupaciones de partido, las ambiciones personales, los intereses de los pueblos, todo desaparece y pierde su fuerza ante el Pastor Rey que, escoltado por unos cuantos cardenales ancianos, únicamente sobre las almas reina. Y esto que Europa conmovida y trastornada ignora si estará aun de pié dentro de algunas horas, pues desencadenadas están las pasiones, y á ejemplo de las furias, combinan sus esfuerzos para entronizar el desórden como único principio de gobierno.

En aquella promiscuidad de poderes y en aquel consumo que de políticos y estadistas se hacian, Europa, que desea afirmarse en sus cimientos, cree que ante todo y sobretodo debe restablecerse la columna de verdad y el faro que guia á los marineros en medio de la tormenta. El Papa ha partido de Roma, y los príncipes, que no pueden contar con el dia de mañana, las vacilantes repúblicas, reúnense todos en Gaeta para excogitar el modo más eficaz de devolver á la Iglesia el sosiego y la seguridad al Pontífice. El pensamiento universal es que por ello y únicamente por ello ha de empezarse para el buen éxito de la obra de recomposicion social.

Determinado y bien definido ese fin, comienzan las conferencias diplomáticas entre los plenipotenciarios de Francia, Austria, España y las Dos Sicilias, únicas potencias verdaderamente católicas, por iniciativa que del congreso tomara España en 21 de diciembre. Por medio del presbítero Gioberti, liberal presidente de su consejo de ministros, el Piamonte se niega á tomar parte en él alegando pésimos pretextos tan anticristianos como «italianamente» independientes; excluido queda, pues, de la conferencia; pero en cambio el emperador Nicolas de Rusia, quien por lo tocante á la religion deja de tomar en las negociaciones ostensible parte, no quiere permanecer á ellas ajeno.

Su embajador en Roma, el conde de Bouteneff, habia ya protestado con su presencia en el Quirinal contra las violencias de que el Papa fuera objeto; mas no se satisface Nicolas con demostracion semejante. En el apogeo de su poderío, aquel Agamenon de las testas coronadas, que prestó tan grandes servicios al órden social, parecia decir desde el fondo de sus páramos: «Cuando me levanto, todos están quietos;» su inquebrantable firmeza infundia en efecto ánimo y valor, y en este sentido era precursora de la calma. Y no varió en su actitud, lenguaje y carácter en la trabajada época nuestra; la «vis superba formæ» que los latinos admiraban, resplandecia en toda su persona, y con ella probaba datar de antiguo las nobles y varoniles cualidades. Nunca el infortunio encontró cerrada la puerta de su compasion, y en 1834 escribia la reina Hortensia estas palabras: «El emperador de Rusia ha sido el único soberano de Europa de suficiente fuerza para no tener que faltar á las consideraciones que nos son debidas, y siempre que ha podido nos ha dispensado favores (1).»

Lo que hiciera Nicolas de Rusia en beneficio de los Bonapartes proscritos hácelo con mayor celo en pro del Pontífice desterrado. Fiel á las tradiciones de su ilustre abuela Catalina y de su padre Pablo I habia honrado ántes al Pontificado en la persona de Gregorio XVI, y ama y quiere ahora á Pio IX. No se aviene con su política generosa é hija de altos pensamientos el que «la clave de la bóveda del cristiano edificio, así decia, fuese sustraida á hurtadillas por pícaros de baja ralea;» y era en fin un aliado en los dias de infortunio cuya fuerza preponderante era espontánea y lealmente ofrecida al Vicario de Jesucristo.

Apartado el Piamonte como ministril revolucionario por las potencias ca-

(1) *Relato de mi paso por Francia en* 1831, por la reina Hortensia, *Memorias de todos*, t. I, p. 110.

tólicas y el emperador Nicolas, y aceptada Rusia como apoyo moral, empezaba el año 1849 con muy favorables auspicios para el órden europeo. El universal peligro habia abierto á todos los ojos incluso á Francia, y era evidente que ya fuese regida por el general Cavaignac, ya gobernada por Luis Napoleon, no habia de consentir en lanzarse á locas aventuras á remolque de la demagogia. Y como memoria de los males experimentados y prevision de las desgracias futuras rehusaba ya al Piamonte resuelta y terminantemente favorecerle y segundarle en su interesada propaganda.

Siempre para agitar los ánimos y tener bandera y lema experimenta la revolucion la necesidad de proteger á un pueblo cualquiera: en 1825 á Grecia, á Polonia en 1831, á la Hungría de Kossuth en 1848, y un año despues Italia, continuando queriéndolo hacer todo por sí misma, mendigaba de puerta en puerta á los gobiernos presentándoles el platillo de las nacionalidades que se llaman oprimidas (1). En su salvacion se empeñan ambiciosos esfuerzos, y ella, al propio tiempo que es idea fija de la revolucion, lo es tambien de los necios del liberalismo. Ha menester aquella un pueblo antiguo á cuyas cenizas se obstina en devolver calor, un pueblo de grandes hechos históricos para poder cautivar con retumbantes palabras la atencion de la plebe, por más que luego haya de inspirar general sorpresa y arrepentimiento el haber prestado crédito y tomado por lo sério las calamidades soñadas por fúnebre y tétrica poesía. Magnífico asunto era la península para sus retóricos dolores y proyectos de insurreccion; pero la inminencia del peligro hizo á Francia y al gobierno afortunados cómplices de una política acertada, y anunciaron al Piamonte y á la Italia revolucionaria que podian arreglar á su capricho su «primato» sobre Europa, en cuanto los dejaban solos en la empresa.

Bien aconsejada una sola vez por casualidad, y no dejándose alucinar por la añagaza de las nacionalidades oprimidas, la república de 1848 no pasó de abrigar estériles deseos, siendo así que á fines de 1809 el emperador Napoleon, en el apogeo de su gloria, decia en sus proclamas y en el «Monitor» que

(1) El rey Cárlos Alberto habíase entregado á la revolucion, y si esta al principio no se mostró con él parca en aclamaciones, en cambio despues de la batalla de Custozza, cuando el infeliz príncipe experimentó la necesidad de desandar lo andado, hízole expiar duramente sus interesadas alabanzas. Con el título de UN TRAIDOR publicó la *Democracia pacífica*, en 12 de agosto de 1848, la maldicion siguiente:

«Lombardos y piamonteses disponíanse para desesperada defensa, y un supremo sacrificio á la patria iba á dejar el nombre italiano puro é inmaculado.

«Pero apodérase entónces de Cárlos Alberto una idea de rey, y á la lucha prefirió el oprobio, la traicion al martirio.

«Escrito estaba que la ilustre casa de Saboya, como las demás familias reales que ha visto Europa, debia acabar en el deshonor y la vergüenza!

«Vosotros, utopistas que estais aun meditando restauraciones reales, contemplad cómo se ha abismado en la perdicion un rey saludado no há mucho con el magnífico nombre de *Espada de Italia*, un rey que habria podido ceñir sus sienes con la corona del libertador ó la auréola del mártir por la santa causa de los pueblos.

«De un confin á otro de la península una sola voz gritará: ¡Maldito sea el traidor!

«¡Pueblos de Italia, á las armas! no tomeis consejo sino del santo entusiasmo de la libertad y de la patria, y puesto que los anales de la independencia de vuestro noble país han de decir que hubo un traidor entre vosotros, sea por lo ménos el nombre del infame el de vuestro último rey.»



Polonia habia de renacer de sus cenizas, siendo llevada por él á nueva existencia más esplendente que la primera. Pero luego en 20 de octubre de 1809, en una nota dirigida al gabinete de San Petersburgo por Champagny, duque de Cadore y ministro de negocios extranjeros, decíase: «Su majestad aprueba que el nombre de Polonia y de polaco desaparezca, no solo de las transacciones políticas, sino tambien de la historia.»

Y en 4 de enero de 1810, cuando el emperador de los franceses pensó en tomar por esposa á una gran duquesa de la familia imperial de Rusia, estipulóse entre el embajador general Caulaincourt, duque de Vicenza, y el conde Romanzoff, un tratado secreto que, copiado del original en lo necesario, establece:

«Art.° 1.° El reino de Polonia no será jamas restablecido.

«Art.° 2.° Las altas partes contratantes se obligan á procurar que las denominaciones de Polonia y polacos no se apliquen en tiempo alguno á ninguna de las partes que constituyeron ántes aquel reino, y á que desaparezcan para siempre de todos los documentos oficiales y públicos.»

La política del emperador Napoleon no gustaba de extraviarse en una fraseología sentimentalmente revolucionaria; de un trazo de pluma borraba de la historia su ministro hasta el nombre de Polonia, y un tratado que acaecimientos posteriores anularon hacia desaparecer el mismo nombre de Polonia como una superfetacion geográfica. Respecto de los pueblos que invocan de continuo y siempre en vano una resurreccion muchas veces intentada, el gobierno de 1848 no se mostró tan explícito como el del emperador.

Cárlos Alberto, la espada victoriosa, no abrigaba gran confianza en su talento militar, y Francia con justos motivos rehusaba darle un general. Entónces puso el rey su ejército á las órdenes de un polaco, y en 23 de marzo de 1849 Chzarnowski permitió que fuese en Novara derrotado por los austriacos, siendo aquella victoria del mariscal Radetzki la paz inmediata para el Norte de Italia, la paz próxima para lo restante de Europa: no faltaba sino establecer de comun acuerdo el modo de libertar á Roma de la opresion de las sociedades secretas aglomeradas y organizadas en círculos populares.

El duque de Harcourt, reemplazado en breve por M. de Corcelle, el conde de Rayneval, el conde Mauricio Esterhazy, Martinez de la Rosa y el conde Ludolf abren en 30 de marzo las conferencias de Gaeta, conferencias que, prolongándose hasta el 22 de setiembre, llegan al número de catorce, cuyas actas están á nuestra vista lo mismo que casi todos los despachos diplomáticos anexos á las mismas. Uno solo era el fin que se proponian los delegados de la Europa católica; pero seis embajadores, que representaban otras tantas formas ó visos diferentes de gobierno, y cuyos estados, excepto España, tenian en sus fronteras cuando no en su seno á la revolucion obrando ó perorando, habian de tropezar con varios obstáculos, y en allanarlos y conciliar las interiores diferencias fueron empleados los primeros dias.

Para conservar más ámplia libertad de accion convínose al principio en no llamar ni admitir en las conferencias á mandatario alguno del jefe de

la Iglesia; pero reflexionóse en breve que no podia hacerse afrenta semejante al Sacro colegio y al Pontífice en su misma presencia, y rogóse á aquel que eligiese su representante. Pio IX designó al cardenal Antonelli, y la conferencia le nombró su presidente.

Al igual que los cardenales Consalvi y Bernetti, sus gloriosos antecesores, ese príncipe de la Iglesia pasó por el aprendizaje del poder en muy angustiosas circunstancias, y lo ejercitó en medio de tormentas. De inteligencia lúcida, enemigo de toda afectacion, infatigable en el trabajo y sin embargo para todos accesible, pasa en perpétua audiencia de los más complicados problemas á los pormenores más insignificantes. Antonelli, que es á la vez hombre de Iglesia, hombre de mundo y hombre de Estado, sabe sacar de la esencia misma del obstáculo una solucion inesperada, y siempre con la sonrisa en los labios, sin perder nunca la serenidad aun cuando esté de continuo junto á un peligro ó á una calumnia escrita ó hablada, manifiesta en aquel torbellino de pasiones y asuntos profunda madurez de reflexion. Raras veces engañado en cuanto no se engañaba á sí propio ni era amigo de engañar á los demas, tocábale inaugurar su ministerio con una negociacion espinosísima.

Pero estamos hablando de los vivos, «cuyas virtudes lo mismo que las alabanzas no son nunca seguras, dice Bossuet, en el miserable estado de esta vida (1).» No nos ocupemos, pues, sino en los hechos, aunque diciendo ántes que los embajadores estaban animados de excelentes intenciones y de recto espíritu de justicia. Maniatados, empero, por las ideas de la época y paralizados por la imágen de la revolucion, sólo á escondidas se atrevieron á cooperar al bien; no vaciló su fe, no les abandonó el valor; pero temieron declararse antagonistas de la extraviada opinion pública y de sus indecisos ó mal informados gobiernos.

El principio y el derecho de intervencion no era por ninguno puesto en duda, y todos convenian en que Roma, á quien comunicara la demagogia el vértigo de la libertad, estaba subyugada por una minoría facciosa y una especie de asamblea constituyente, que á su vez obedecia á un puñado de miserables. Pero aclamado que fue el principio faltaba aplicarlo sin herir la suspicacia de las naciones.

Espinosas eran de sí esas negociaciones y más lo fueron por las cavilosidades que despertaron. Ante todo era preciso regularizar la intervencion de las cuatro córtes y procurar en seguida, por medio de discreta y moderada resistencia, atenuar las liberales proposiciones que la república francesa habia de formular en breve por mal entendido interes en favor de los pueblos que moraban en el patrimonio de San Pedro. El triunfo de las grandes cosas no procede siempre de las grandes causas, y las inteligencias escogidas no alcanzan por la fuerza de las pasiones los resultados que obtiene profunda madurez de juicio.

Al tratarse en la primera conferencia de definir y limitár el modo de in-

(1) *Oracion fúnebre del canciller Le Tellier.*



tervencion acerca del cual no podian los embajadores ponerse de acuerdo, propuso el cardenal Antonelli un plan que á su ver debia allanar todas las dificultades. Segun él, la Francia ocupará Civita-Vecchia, la provincia de Espoleto y Perugia; Austria las legaciones hasta Ancona; el ejército napolitano las provincias de Velletri, Frosinone y Ascoli, inmediatas á las fronteras del reino de las Dos Sicilias, y finalmente estaban reservadas para España la ciudad de Roma y sus alrededores.

Apénas este plan estuvo formulado en el papel comunicó á los sucesos más fuerte impulso que todas las consideraciones diplomáticas. Sin pérdida de momento el vapor «Ariel» lleva á Francia la noticia del papel segundario que en la cruzada le está destinado: no cabrá á la república de 1848 la honra de apoderarse de la ciudad santa y poner sus llaves á los piés del sucesor de los Apóstoles. Al instante da órden el gobierno frances de embarcar las tropas y marchar á Roma para hacerse dueño de los acaecimientos, «gesta Dei per francos.» Los planes de Antonelli quedaban destruidos, y quizas así habia pensado él que sucederia.

M. de Rayneval, que ignora todavía el partido que adoptará su gobierno, manifiesta en el acta «que la division propuesta es buena, natural y geográfica, y que respetá las divisiones establecidas y facilita la administracion.»

Luis Napoleon Bonaparte era presidente de la república francesa. Sagaz y circunspecto, rodeado de innúmeras dificultades, pero juez sereno de su propia situacion, hallábase solo delante de una asamblea discordante y amiga de ruido en la que claros ingenios y convicciones profundas no acertaban siempre á consagrar con su elocuencia el imperio de la razon, y por lo mismo debia por necesidad triunfar con el tiempo solo con no despegar los labios. De él, siendo niño, decia su madre la reina Hortensia: «Luis es un testarudo afable;» pero más de una vez, así presidente como emperador, ha desmentido el hijo la primera parte del maternal horóscopo. A fin de prepararse para el imperio que restablecerá más tarde, quiere ceder el príncipe á un deseo natural de gloria, á una idea religiosa y al deseo manifiesto de Francia y de Europa; impórtale romper el obstáculo de un modo no esperado, y en 25 de abril surca las aguas de Civita-Vecchia la primera division francesa.

Gran desórden se observa en sus primeras operaciones, pues fluctuantes los planes, inciertos los poderes, no existia homogeneidad alguna entre el ministerio y la asamblea, y ni siquiera habia la obediencia necesaria en algunos oficiales y generales, prontos siempre á exclamar con el Prusias de Corneille:

¡Ah! no querais que rompa con la amada república (1).

Seguian las conferencias entre saltos y esguinces que no bastaba á atenuar todo el arte diplomático. Otra vez hablábase del memorandum de 1831, y despues de lo que planteándolo sucediera habia aun valor para pedir al

(1) *Nicomedes*, acto II, escena III.

Papa, estando en Gaeta, que otra vez volviese á tomar el camino del destierro. Ya era España la que ponia en tela de juicio la posibilidad de un régimen constitucional para los estados romanos, modificándolo de modo que quedasen bien definidas y aseguradas las prendas necesarias para la administracion espiritual del Pontificado; ya era Francia la que proclamaba el triple objeto que se proponia, esto es, independencia del Jefe de la Iglesia, libertad para el pueblo, y paz para Italia y Europa.

Entre tantas tésis de diplomacia y gobierno Pio IX, investido de la universal paternidad, trataba de inculcar que la soberanía del hombre es en el mundo el error capital, y que el delito único, orígen de los demas, es la rebelion contra Dios. Veia enrojecido como nunca el horizonte al correr el sol al ocaso, y anunciaba á los imprevisores que habia de ser el otro dia sofocante y ardiente. En efecto, una constitucion con exceso liberal es el protestantismo trasladado á la política, y de ella se pasa sin sentirlo al desprecio de la autoridad, desprecio mucho más peligroso que el aborrecimiento.

Tales consejos, que nadie como él tenia derecho de exponer, evocaban toda una historia que vivia aun; pero por más que tocasen los corazones no vencian las preocupaciones que abrigaban deliberadamente algunos hombres. En aquel tiempo hasta las cosas soñaban quimeras, y luego, aislándose de lo por venir y repudiando lo pasado, no tenian los hombres otra patria que ruinas: más que nunca podia decirse que era aquello el fuego del altar que al volver del cautiverio los sacerdotes de Israel hallaron convertido en agua crasa (1).

Que ciertos gobiernos le ofreciesen ideas falsas como principios y como consejos preocupaciones, no podia impedirlo Pio IX, y aunque tenia en cuenta las dificultades de la situacion, los peligros de la sociedad y los testimonios que se le prodigaban de veneracion afectuosa, no debia sujetar su infalibilidad al capricho de aquellos gobernantes de un dia ó de una hora ni renunciar á prerogativas que son la esencia y salvaguardia de la Iglesia. Al hablársele de otorgar á los romanos derechos civiles y libertades políticas, el Papa, como el náufrago que á la vista de las olas ya sosegadas se siente aun sobrecogido de involuntario temor, levantaba al cielo los ojos arrasados de lágrimas, y por más que sus labios no expresaban la menor queja, hasta los diplomáticos se enternecian al mirar á aquel mártir de una confianza con tanta iniquidad burlada. Comprendiendo más cada dia y con mayor buena fe guiados por M. de Corcelle, el mecanismo del gobierno romano, conocian tambien mejor su fuerza y sus recursos, y poco á poco sus anteriores exigencias iban quedando reducidas á insignificantes concesiones, de las cuales quedaba siendo la Santa Sede único y exclusivo árbitro: resultado es este que tendrán las discusiones sobre los intereses temporales y las reformas administrativas siempre que prevalezcan en los consejos de Europa el respeto á la soberanía y la lealtad en los hechos.

Para que penetrara su pensamiento en el corazon de los católicos todos

(1) II *Macchab.*, I, 20.

juzgó el Papa ser necesario un acto soberano, y reuniendo al Sacro colegio en consistorio pronunció en 20 de abril una alocucion que, obra personal del Pontífice, puede considerarse como el relato de la Pasion de Pio IX, escrita por él mismo. Decia en ella el Papa, con una serenidad superior á toda expresion, lo siguiente:

«Los caudillos de la faccion, no cejando en su empresa, sino por el contrario empeñándose en ella con audacia cada vez más obstinada, no cesaron de desgarrar nuestra persona y á cuantos nos rodeaban por medio de odiosas calumnias y de ultrajes de toda índole, al propio tiempo que, haciendo funesto abuso de las palabras é ideas del santísimo Evangelio, no temian, lobos rapaces con apariencia de corderos, arrastrar á la multitud inexperta á sus designios y propósitos, y derramar en los pechos incautos el veneno de sus falsas doctrinas. Los súbditos fieles de nuestro temporal y pontifical dominio nos han pedido con justo fundamento que los libertásemos de las angustias, peligros, calamidades y perjuicios á que se veian expuestos, y ya que los hay entre ellos que nos consideran como la causa de tantas agitaciones (causa inocente en verdad), rogámosles que atiendan á que desde nuestra elevacion á la apostólica Sede no se encaminaron á otro fin nuestra paternal solicitud y nuestros pensamientos todos, segun ántes hemos manifestado, sino á mejorar por todos los medios posibles la situacion de los pueblos sometidos á nuestra autoridad pontificia, esfuerzos nuestros que quedaron frustráneos por las maquinaciones de hombres rebeldes y sediciosos, los cuales por el contrario, con permiso de lo alto, han podido realizar los proyectos que de mucho tiempo há no cesaban de meditar y reforzar con los recursos todos de su malicia. Por eso repetimos aquí lo que en otra parte dijímos, á saber: que en la deshecha y funesta tormenta (que conmueve al universo entero ha de verse la mano de Dios y oirse la voz de Aquel que con frecuencia castiga con tales penas las iniquidades y crímenes del hombre para volverlo más pronto á los senderos de la justicia. Escuchen, pues, esa voz los que se han apartado de la verdad, y abandonando sus impías sendas vuelvan al regazo del Señor. Escúchenle tambien aquellos que en medio de los actuales nefastos acaecimientos sienten mayor inquietud por sus propios intereses que por el bien de la Iglesia y la ventura de la cristiandad, y recuerden «que de nada sirve al hombre ganar el universo entero si llega á perder su alma.» Escúchenle ademas los piadosos hijos de la Iglesia, y esperando pacientes de la providencia de Dios la salvacion, y purificando cada dia su conciencia de toda mancha de pecado, esfuércense en implorar las misericordias del Señor, en hacerse más y más agradables á sus ojos, y en servirle con perseverancia.

«Esto no obstante, á despecho del ardor de nuestros deseos, no podemos ménos de dirigir particularmente nuestras quejas y reconvenciones á aquellos que aplauden y celebran el decreto por el cual ha sido despojado el Pontífice de Roma de su dignidad y poderío temporal, y afirman ser este mismo decreto eficaz medio para dar á la Iglesia la libertad y la dicha. En alta voz declaramos aquí que no nos dictan estas palabras el afan por el

mando ni la pena por la pérdida de nuestro temporal poderío, pues nuestra naturaleza é inclinacion nos apartan muchísimo de ideas y deseos dominadores. Las obligaciones de nuestro cargo son las únicas que nos mueven, para proteger la autoridad temporal de la Sede apostólica, á defender con todas nuestras fuerzas los derechos y posesiones de la santa romana Iglesia y la libertad de esta Sede, inseparable de la libertad y de los intereses de la Iglesia toda. Aquellos que al celebrar aquel decreto afirman mil errores y absurdos, ignoran ó fingen ignorar que si en la division del imperio romano en diversos reinos y potencias obtuvo el Pontífice de Roma, á quien nuestro Señor Jesucristo ha confiado el gobierno y la direccion de la Iglesia, una potestad civil, fue por singular disposicion de la Providencia divina, sin duda con objeto de que para gobernar la Iglesia y defender su unidad pudiese gozar de la plenitud necesaria en el cumplimiento de su ministerio apostólico, pues sabido es que los pueblos fieles, las naciones y los reinos nunca deberian tener completa confianza en el Pontífice romano ni tampoco obedecerle dócilmente al verle sometido á la dominacion de un príncipe ó gobierno extranjero y privado de su libertad. En efecto, de continuo temerian los pueblos fieles y los reinos que conformase el Pontífice sus actos á la voluntad del príncipe ó estado bajo cuya dependencia se hallase, y sin duda que alegarian con frecuencia este pretexto para oponerse á sus mandatos; digan sino los mismos enemigos del poder temporal de la Sede apostólica que imperan actualmente en Roma si recibirian con confianza y respeto las exhortaciones, consejos, órdenes y decretos del Sumo Pontífice á mirarlo sometido á la voluntad de un rey ó de un gobierno, y sobretodo á estar bajo la dominacion de una potencia que de largo tiempo estuviese en guerra con la autoridad pontificia.»

Ese lenguaje del príncipe desterrado descubria al mundo lo más íntimo de la conciencia de Pio IX; era proclamacion de los beneficios y prueba de la ingratitud popular, y todo el mundo se conmovió al relato de aquella historia hecho por la voz de un padre. Roma, empero, no tuvo derecho para enternecerse sino á escondidas, pues los romanos habian olvidado el consejo del sabio: «No vayas á Africa en busca de mónstruos, dicen los «Versos dorados» de Pitágoras; para hallarlos no debes hacer mas que viajar por un pueblo entregado á las revoluciones.» Y no contentos aun los romanos llaman la revolucion á sus hogares, y despues de haber agotado respecto de Pio IX los rigores todos del abandono, quieren retar al rayo y jugar con la blasfemia.

Han sacrificado á los ídolos, y la revolucion los azota con sangrientas ironías. Llevados al desvanecimiento patriótico por la embriaguez del progreso, permitieron que se les dijese que podian á su capricho regir al soberano y amonestar al Pontífice, y la revolucion los sujeta á señores por ella extraidos de sus depósitos de infamia. Unos son desde largo tiempo esclavos de las sociedades secretas; otros, agobiados de deudas y delitos, sólo suspiran por un trastorno general que les permita rehacer su patrimonio á expensas del estado. Para disponer á todas horas del pacífico ciudadano, del

inofensivo padre de familia, conviene aislarle de los suyos y sujetarle á agitaciones perpétuas; con este objeto fueron inventados los «clubs» ó reuniones populares y la guardia nacional, y Roma, entregada así á los empíricos, ve brillar en la cúpula del Capitolio los dias de su republicana ventura.

Decrétase la reunion de una asamblea constituyente, y á sus individuos, designados por medio del terror, elegidos entre intimidaciones ó por electores ausentes, toca legalizar á la luz del dia las quimeras impías que fueron forjadas en las tinieblas de las ventas y las logias. Libre y soberano es el pueblo, y para él no hay mas camino que obedecer como esclavo los caprichos de la insurreccion organizada. Proclámase la patria ella misma en peligro, y la suprema ley de la necesidad y salvacion pública justifica de antemano los excesos todos.

Roma está en poder de las sociedades secretas, las cuales en los funestos años de 1848 y 1849 van á realizar en parte el sueño imposible de los carbonarios de 1819. La capital del mundo cristiano es por ellas convertida en metrópoli de las sociales miserias; truécase Roma en asilo del delito, y no hay para ella mas reposo que el letargo del oprobio. Agóbianla de impostores homenajes, cólmanla de cívicas virtudes, decóranla con derechos y grandezas; pero todo ello con la condicion de olvidar uno tras otro todos sus deberes, á pesar de que Pio IX se los recuerda, ora con palabras paternales, ora con las santas amenazas del Pontífice (1). Roma y las provincias del estado eclesiástico no se pertenecen ya á sí mismas, y entre el cúmulo de males que caen sobre el patrimonio de San Pedro el silencio es su remordimiento y la postracion todo el esfuerzo que le queda.

Más fácil es librarse de la tentacion del pecado que de las sugestiones y lazos de las sociedades secretas; en ellos caen los romanos, y despues de presentarse á sus puertas el duelo y el espanto, Mazzini, que mancilló la ciudad pontificia señalándola como lugar de reunion de sus sicarios cosmopolitas, llega á ella para proclamar el advenimiento de la Humanidad-Dios.

En 6 de marzo de 1849 hace aquel hombre su entrada en el garito constituyente, y desde entónces cesa la iniquidad de engañarse á sí propia; la hipocresía arroja su postrera máscara, y el tribuno, en la embriaguez del orgullo, traza en pocas palabras la dolorosa historia de los triunfos decretados por las sociedades secretas. «Hasta ahora, dice, hemos atravesado una época de imposturas durante la cual aclamaban unos con «vivas» á quien no les inspiraba el menor cariño, pero del cual creian poder reportar provecho;

(1) En 1.º de enero de 1849 renovó y fulminó el Papa la excomunion mayor decretada por el concilio de Trento contra los fautores ó cómplices de atentados contra la soberanía temporal de los Pontífices romanos, cuyo delito, acompañado de circunstancias agravantes á lo sumo, era entónces evidente. La supremacía espiritual habia sido atacada lo mismo que la soberanía temporal, y Pio IX se ve obligado á lanzar la *scommunica*. Impreso en Nápoles el solemne documento ha de ser publicado y conocido en Roma, y en verdad que ofrece graves peligros llevarlo á una ciudad en que la revolucion armada vigila y vela desde la frontera hasta el hogar del mas oscuro ciudadano. Entre el gran número de prelados que rodean al Papa, elige este á un frances para tal encargo, y monseñor Ruinart de Brimont tuvo la suerte de sacrificarse para obedecer las órdenes pontificias.

época de fingimiento en la que ocultaban otros sus designios, pensando que la hora de descubrirlos no era llegada todavía.»

La revolucion se ha equivocado como debia equivocarse con frecuencia en sus previsiones; mas no obstante continúa aplaudiéndose á sí propia, y los aplausos suben de punto cuando Mazzini se atreve á felicitar en público á los carbonarios por su disimulo é imposturas. Era aquello la primera escena del «Otello» de Shakspeare, en la cual se oye el singular diálogo en que Brabantio dice á Yago: «¡Eres un miserable!» y en que Yago le responde: «¡Sois un senador!»

Con sus sicarios continuábalo Mazzini, peripatético del puñal cuya alma hubo de ser recogida en un monton de inmundicia humanitaria. Para inaugurar una monstruosa orgía en que fuese vino la sangre apodérase Mazzini de la dictadura con el nombre de triunvirato, y al propio tiempo que comienzan para Roma los vaivenes de su ruina real y sus glorias hipotéticas, conoce el Pontificado que no hay enemigo por exiguo que sea que no pueda causar mucho daño.

Mazzini y sus sacerdotes apóstatas, la asamblea nacional y sus oradores, Ciceruacchio y sus foragidos emprenden la obra regeneradora en nombre de Dios y del pueblo, y en el mismo momento las proscripciones inauguran el reinado de la libertad, y el robo y pillaje ciudadanos centralizan las privadas haciendas. Danse los bienes eclesiásticos á quien ménos por ellos ofrece, y la Iglesia ni siquiera de nombre existe en aquella república de aprendices comunistas. Al clero suceden de hecho y de derecho agentes de las sociedades bíblicas, quienes tratan de introducir el protestantismo por medio del oro inglés, y la idea revolucionaria que ha tomado á destajo la empresa de la destruccion del catolicismo, llévala á cabo con leyes y más leyes, y la sanciona con votaciones y más votaciones. Pero al tiempo que pasa el rasero sobre cuanto se eleva y que hiere despiadada al Sacerdocio, á las órdenes religiosas y á los monasterios, miéntras decreta la moneda falsa, el empréstito forzoso y el despojo de iglesias, hospitales y palacios, de pronto en nombre de Dios y del pueblo, como siempre, autorizando ántes la caza de los sacerdotes, prohibe la de las codornices (1).

Pocos dias despues de la publicacion de ese decreto, el único en los fastos de la unidad republicana que no respira sangre, los impacientes amigos de Mazzini le aconsejan organizar el terror; pero el tribuno, que cree ser suficien-

(1) En 26 de marzo, en nombre de Dios y del pueblo, la república romana ordenó lo siguiente:

«En tanto que una ley general viene á determinar de un modo estable las reglas que, segun las comarcas, han de observarse en el ejercicio de la caza, es justo y necesario disponer lo conveniente para los casos que de cuando en cuando se presentan, conciliando en lo posible la conservacion de las especies con el placer y la utilidad que resultan de tan industrioso ejercicio. Así para que en la caza de codornices, que se abrirá muy en breve, pueda evitarse toda causa de disension entre los cazadores y gocen todos del derecho comun, oido el ministro del interior y con su provisional autorizacion,

»Decrétase:

«En toda la temporada de la caza de codornices, esto es, desde 15 de abril á fines de mayo de este año, prohíbese indistintamente á todos armar lazos contra las codornices en el litoral del Mediterráneo desde Civita-Vecchia hasta Piastra, á fin de que quede libre dicha playa para los cazadores con escopeta, etc.»



te su nombre para conseguirlo, aplázalo para hora mas decisiva, y escribe lo siguiente en 28 de abril: «Querido Daverio, mucho me alegraria de veros. Vuestros consejos, en especial los referentes á la «organizacion del terror,» no pueden ser seguidos todavía, pero nos ocuparémos en ello. Nuestro lugar es ahora la brecha, pues mañana probablemente serémos atacados. Un abrazo á Garibaldi.»

Mazzini es gran maestro en el arte del sacrilegio, y en presencia de dos ó tres cónsules de los Estados luteranos y calvinistas, representantes de la Europa católica, la profanacion de la basílica de San Pedro inaugura toda clase de abominaciones. Mazzini quiso celebrar la Pascua peculiar suya en la catedral del mundo cristiano, y aunque los canónigos rehusaron con entereza su cooperacion, por lo cual no ha de tardar en caer sobre ellos ejemplar castigo, la anarquía apeló al clero de que dispone, clero que en su misticismo demagógico ó comunista no se asusta por delitos ni profanaciones. Por disposicion de los triunviros cierto presbítero llamado Spola, acompañado de los padres Ventura y Gavazzi, sube al altar pontificio, y la revolucion entona el aleluya de las sociedades secretas sobre el mismo sepulcro de los santos Apóstoles (1).

En uno de los ángulos del obelisco que se levanta en la plaza de San Pedro en el cual esculpió Sixto V la eterna victoria de Jesucristo, leíase, colgada como vulgar anuncio de teatro, la nueva profesion de fe tributada como ho-

(1) En el número de 21 de abril de 1849 *El universo* explica así la deplorable ceremonia:

«No bastaba á un gobierno cuyos individuos están excomulgados *ordenar* la celebracion de la solemnidad religiosa augusta entre todas, sino que habia de colmar la medida de sus usurpaciones sacrílegas haciendo profanar el altar reservado para el sumo Pontífice por uno de los pocos eclesiásticos que han llevado el olvido de sus deberes hasta el punto de hacerse cómplices de la faccion que oprime á la ciudad santa. Sabido es que existen en Roma cuatro altares reservados exclusivamente para el Papa, y sólo una vez que otra en caso de impedimento goza el dean del Sacro colegio del privilegio de celebrar en ellos en lugar del Vicario de Jesucristo, si bien es preciso que esto sea en virtud de una bula *ad hoc* que queda fijada en la puerta y dentro de la iglesia todo el tiempo que dura la celebracion de los santos misterios. Ahora bien, el altar reservado para el Papa en la basílica de San Pedro fue elegido el dia de Pascua. á despecho de todas las tradiciones y reglas, para la celebracion de los divinos oficios. Y ¿quién fue el intruso que se atrevió á sustituir al Padre santo en tan solemne circunstancia? Un eclesiástico desconocido que no pertenece al clero de los estados romanos (así por lo ménos lo esperamos), un presbítero llamado Spola, asistido por el reverendo padre Ventura y el célebre Gavazzi. En medio de tanto escándalo consuela ver que el episcopado y clero de los estados de la Iglesia permanecen firmes en lo que el deber les prescribe, pues hasta ahora la única excepcion de esta regla ha sido el padre Gavazzi; en cuanto al presbítero Spola lo creemos extranjero en Roma, y sabido es que el padre Ventura es natural de Sicilia.

«Celebrada la misa en la que los generales, coroneles y oficiales prestaron juramento de fidelidad á la república, el presbítero Spola, seguido de los padres Ventura y Gavazzi, se dirigió procesionalmente á la gran tribuna de la fachada de San Pedro, desde la cual en aquel dia solemne bendice el Padre santo á su pueblo y al universo católico, concluyendo la asquerosa parodia con la bendicion del Santísimo Sacramento dada al gentío y á las tropas reunidas en la plaza. El *Contemporáneo* se manifiesta pesaroso de que el *obispo de Roma* no estuviera presente para bendecir á la poblacion; pero ¿acaso el triunvirato pontificio de Spola, Gavazzi y Ventura no reune todas las calidades apetecibles para satisfacer la piedad ó la supersticion romana?

«Esos pormenores pueden pasar sin comentarios, pues imposible nos seria expresar cual corresponde la honda pena que afligirá á los católicos todos al ver á la capital del mundo católico, la ciudad en que reposan los restos de los apóstoles, de los santos y de los mártires mancillada, en la festividad de Pascua con semejante profanacion.»

menaje á su señor y maestro por los asesinos autorizados de Liorna. Decia así:

«Nos, pueblo y rey, por la gracia de Dios, etc., hemos decretado y decretamos:

«Los Papas todos, comenzando por Pio IX quedan privados de la potestad temporal, en especial aquellos que se muestren hostiles á la union italiana. Nos, pueblo, con el poder que fue y será siempre el de Dios y del pueblo, enviamos á Pio IX nuestra maldicion, y con solemne anatema lo proclamamos depuesto. En nombre de Dios y del pueblo queda para en adelante desvanecida la eficacia de la excomunion, y en adelante tambien el Colegio de cardenales puede ser llamado colegio del infierno.»

Conoce Mazzini cuanto importa á la revolucion no dejar nunca á los pueblos libres de sus actos y pensamientos, sino que conviene aturdirlos con incesantes espectáculos ó sumergirlos en perpétua embriaguez, hoy por medio de estrepitoso grito de alarma y mañana por medio de fantásticas prosopopeyas. Para ello abre á todo el mundo los calabozos de la inquisicion, pues aun cuando desde mucho tiempo há es en Roma el Santo oficio como vieja espada tomada de orin y colgada en la pared, el triunvirato evoca ficticios espectros y procura crear y multiplicar imaginarias víctimas de los fabulosos tormentos. En las sangrientas escenas de la iglesia de Santa Calixta, Zambianchi, cabeza de los braceros de asesinato, inmolará otras más reales é inocentes, y en las orgías se están ya preparando las matanzas.

Los ejércitos de Europa marchan á libertar la capital del mundo cristiano invadida por los matasietes de las sociedades secretas, y aunque los romanos se asustan por las calamidades que ellos mismos provocaran, condénaseles á pesar suyo á desempeñar el papel de héroes. Triunvirato y asamblea han votado por aclamacion que Roma se salvaria, del mismo modo que es el Po declarado rio nacional, y Roma ha de corresponder al dictado de invencible que le atribuyen. Muy mal dispuesta parece para la empresa que se le confia, pero las sociedades secretas, que así lo conocen, proporciónanle numeroso contingente de patriotas por sustitucion.

De todos los ángulos del mundo llegan allí «condottieri» que tienen la patria en cualquier sitio donde puedan levantar una barricada, y Maslowicki, Hang, Stewart, Laviron, Podulak, Fopfer, Gabet, Lopez, Isensmid, Dobrowoleski, Besson y crecida muchedumbre de aventureros sicilianos, milaneses, genoveses, napolitanos y piamonteses, forman el estado mayor de aquel ejército «indígena». Garibaldi, el espadachin de Montevideo por oficio al igual que Avezzana, que tenia el de vender cigarros en Nueva York, propónense por aficion ser los libertadores de los romanos; y en una de las cien mil proclamas con que se los agobia, el gobierno revolucionario en estupendos terminajos para cuyo uso se pinta solo el presbítero Gioberti, les dice: «Volveréis á ser los romanos de los antiguos tiempos; allí donde tremole vuestra bandera se estremecerá de gozo la sombra de Bruto y despedirán rayos las pupilas de Mario.»

Junto á esas legiones de malandrines que se disponen á parodiar á los Cin-

cinatos y Escipiones (1), han de colocarse hermanas hospitalarias á la altura de su virtud. La princesa Belgiojoso se encarga de su educacion, y únicamente logra reunir prostitutas (2).

Con ese hato de perdidos marcha Roma á la conquista de las glorias que la libertad le promete; pero ya en aquella misma Roma donde se aprendiera desde los tiempos de Neron, al decir de Tácito (3), «á vivir en el abati-

(1) Aunque Roma sabe bien cuanto le costó el *desinteres* de tanto salvador alistado por la revolucion, conviene manifestar aquí el precio que á sus servicios fijan los aventureros de la demagogia. Uno de los dictadores de la insurreccion badense, por nombre Brentano, dirige á su colega Raveaux, ántes de emprender el camino del destierro, la cuenta de los gastos hechos por cierto polaco llamado el general Mieroslawski, quien se habia ofrecido por un precio alzado para salvar el estado de Baden. Esta cuenta de boticario liberal está formulada en los siguientes términos:

«Se han enviado á Mieroslawski 6,000 francos á Paris para gastos de viaje, y llegado que fue é inspeccionado todo dijo estar pronto á encargarse del mando en jefe, y asistió á una sesion del gobierno provisional á la que asistímos yo, Peter, Gogg, Meyerhoffer y quizas vos tambien. En ella exigió ámplios poderes para él y para su hermano, constructor naval, y por sueldo la misma suma que le habia pagado el gobierno siciliano, esto es, 160,000 francos. Manifestéle que no nos hallábamos en disposicion de pagar semejante cantidad, y comenzando á regatear, redujo sus exigencias, al ofrecerle nosotros 20,000 florines para él y su estado mayor, á 60,000 francos, luego á 50,000 y al fin aceptó nuestra proposicion. Los poderes que á su favor se otorgaron fueron sometidos á la aprobacion de la constituyente, la cual hizo en ellos algunas modificaciones aceptadas por Mieroslawski, y en 17 de junio envié á Federico Frech Heidelberg con 10,000 florines á cuenta, cuyo reembolso se me exige ahora, siendo así que el dia anterior Gogg habia pagado á Mieroslawski 5,000 florines que tomó de los 10,000 expresados, los cuales fueron por él cobrados en su totalidad, de modo que Mieroslawski debió de recibir 6,000 francos por gastos de viaje y 10,000 florines por servicios prestados. Al cuartel general no pagaron esos señores ni un cuarto, y los banquetes de que habla Mieroslawski en su pérfida declaracion fueron satisfechos de los fondos de la caja militar, á la cual pasaron las sumas destinadas á la guardia nacional, y si esta no ha recibido paga alguna toda la responsabilidad ha de caer sobre el general.

«Firmado, BRENTANO.

«Havre, 28 de octubre de 1849.»

(2) En una encíclica de 8 de diciembre de 1849 habíase quejado el Papa con fundados y crueles motivos de que la revolucion colocaba junto á los heridos como hermanas de la caridad á mujeres perdidas, y habia dicho: «*Ipsi interdum miseri ægroti cum morte colluctantes, cunctis destituti religionis subsidiis, animam inter procacis alicujus meretricis illecebras cogebantur.*» A esta acusacion hecha desde tanta altura contestó la revolucion con humanitarias negativas; pero la princesa de Belgiojoso, al publicar sus *Memorias* en 1850, confirmó sin quererlo las severas apreciaciones del Papa. En ellas se lee:

«Un folletin de M. Eugenio Sue podria llenarse con lo que me sucedió en cada uno de aquellos dias. Instalada estaba en el hospital militar establecido en el Quirinal, de modo que moraba en el palacio del Papa, siendo mi estancia una de las celdillas en que se encierran los cardenales en tiempo de cónclave. A semejanza del servicio que prestan las hermanas de la caridad en el Hotel-Dieu de París, rodeéme de algunas mujeres; pero como en Roma no tiene el pueblo ni asomo siquiera de civilizacion, tanto que podria creerse que salió ayer de las selvas de América, y sólo á los instintos obedece, no hay para que decir si son malas las costumbres de las mujeres. Obligada á tomar sin escoger á cuantas se me presentaban con buena voluntad, no tardé en conocer que sin pensarlo habia formado un serrallo. Entónces despedí á las jóvenes y lindas enfermeras, y únicamente admití como tales á viejas contrahechas y desdentadas. Esto, empero, de nada sirvió, pues esas viejas tenian hijas y las que no las tomaban prestadas, de modo que la moral y la decencia salian tan mal libradas de manos de las sexagenarias como de las mozuelas, hasta que por fin convenimos yo y las damas que me auxiliaban en el cuidado de los heridos que lo único que podia atenuar el peligro era una vigilancia por demas activa. Limpié, pues, mi personal lo más que pude y convertíme en severa é intratable dueña, corriendo todo el dia de aquí para allá con un bastoncillo en la mano para poner fin de pronto á las conversaciones que pudiesen tomar excesiva intimidad. Y sin embargo, entre aquel desórden y egoismo, en medio de aquella bajeza no puedo expresar toda la abnegacion y candor que mostraban aquellas infelices criaturas.»

(3) *Tácito*, *Agricolæ vita*, VII.



miento conociendo muy bien el espíritu de aquel reinado en que la inercia era tenida por sabiduría;» en aquella Roma, decimos, manifestábanse interiores rebeliones y actos de desesperacion patriótica. La opresion ahoga á los romanos con cantos de victoria y fiestas ciudadanas, la misma opresion que en sus momentos de cautela monopoliza ó confisca los vasos sagrados y el oro y la plata del país, que oculta en los bancos extranjeros los opimos despojos, y que para empobrecer al estado y arruinar á los ciudadanos particulares crea papel moneda con alarmante prodigalidad. El que crea la república romana es ni más ni ménos que el asignado de la revolucion francesa, con la única diferencia de que el Papa tendrá la bondad de tomar á su cargo los gastos hechos en su daño.

Entre las maquinaciones de los partidos y las luchas de tribuna que por necesidad han de enflaquecer la fuerza militar, el general Oudinot, duque de Reggio, ha llevado sus tropas junto á los muros de la ciudad eterna, y una vez en aquel punto así las órdenes que recibe como los deseos que él mismo abriga van dirigidos á librar de los estragos de la guerra á la noble capital cuyos monumentos son patrimonio de la historia y del nombre cristiano. Si están en el centro de Italia los ejércitos de Europa es para libertar á una madre, y el seno de esa madre que los engendró á la gloria católica debe ser respetado; pero ese mismo respeto, del cual suelen curar poco los cálculos de ingenieros y artilleros, ofrece á los sitiados «condottieri» doble motivo de clamores y bravatas.

En lo que de ellos dependia los voluntarios de las sociedades secretas, de la tribuna revolucionaria y de la prensa religiosa han procurado, de acuerdo con los malos sacerdotes de todos los países, destruir la Iglesia y el Pontificado, que es el monumento más espléndido y duradero de Roma. Y ellos, que no tuvieron un recuerdo ni una lágrima para las hermosas catedrales devastadas en 1793, admíranse ahora con mentido desconsuelo de que en sus calculadas parábolas las bombas de la Francia cristiana se atrevan á descantillar algunas molduras de mármol ó amenazar á su paso el cornisamento de la basílica.

Esos miramientos recomendados y observados con admirable inteligencia son causa de gran lentitud en los trabajos de sitio, lentitud que prolongan más y más complicadas negociaciones en beneficio exclusivo de las sociedades secretas. Ella ofrece á la revolucion la posibilidad de sembrar discordia entre los ejércitos de Francia, Austria, España y Nápoles, cuyo único lazo es un principio religioso, y como los romanos empezaban á cansarse de ser siempre vencedores y siempre magnánimos, la revolucion los hace invencibles por medio de un decreto.

De los estragos que los ingenieros militares procuran á todo trance evitar no puede ni debe acusar á nadie sino á sí misma, exagerándolos como sabe exagerarlo todo, se obstina en hacer de ellos responsables á la Iglesia y al Pontífice.

Del Papa ha partido la órden de bombardear su ciudad y ametrallar á sus hijos, y en una carta famosa por los ultrajes que contiene, el padre Ventura,

haciéndose intérprete de esas lágrimas de encargo y de esas teatrales quejas, tuvo la incalificable osadía de escribir lo siguiente:

«Civitta-Vecchia, 12 de junio de 1849.

«Amigo y hermano querido:

«Te escribo con los ojos arrasados en llanto y el corazon traspasado de dolor: miéntras traza mi pluma estas líneas los soldados franceses bombardean á Roma, destruyen sus monumentos, ametrallan á sus ciudadanos y corre la sangre de unos y otros. Amontónanse ruinas sobre ruinas, y solo Dios sabe el resultado que tendrá la lamentable lucha. Témese que en caso de entrar los franceses en Roma por asalto se deje el pueblo llevar por la ira y asesine á sacerdotes y religiosas, y si esto sucede ¡magnífica victoria habrá obtenido Francia, esplendente restauracion de la soberanía pontificia se habrá verificado! Enséñanos la historia que por lo general las restauraciones hechas por la fuerza son muy poco duraderas y que los tronos cimentados en cadáveres y sangre son en breve derribados por violentas sacudidas, de modo que entre cuantos planes se discutieron en Gaeta para reponer al Papa en el solio fue adoptado el más deplorable y funesto.

«Pero aun más que esto aflige á las almas católicas considerar que esa restauracion, en caso de verificarse, no restablecerá sólidamente el poder del príncipe, y al propio tiempo amenguará y destruirá quizas el poder del Pontífice el pensar que cada cañonazo que aportilla los muros de Roma llévase parte de la fe católica que se anida en el corazon de los romanos. Te he dicho la horrible impresion que habian causado en el pueblo de Roma «i confetti di Pio nono mandati a suoi figli», el encono que contra los eclesiásticos habian despertado; pero todo ello es nada en comparacion de la ira contra la Iglesia y la misma religion católica que ha excitado la vista de las bombas francesas. Como la mayor parte de los proyectiles han caido en el barrio de Transtevere arruinando las casas de los infelices que lo habitan y causando numerosas víctimas, los transteverinos, la porcion del pueblo romano ántes más católica, son los que ahora se distinguen en maldecir y blasfemar del Papa y del clero, en cuyo nombre ven cometer tanta matanza y tantos espantosos horrores. . . . .

«Mis amigos procuran ocultarme cuanto se hace y dice en Roma en este deplorable sentido, deseosos de evitarme la inmensa pena que esto me causaria; pero sus solícitos cuidados no han bastado para que no llegase hasta mí la noticia de que todos los jóvenes de Roma, los hombres todos de alguna instruccion, hacen ya en alta voz el siguiente raciocinio: «Quiere el Papa reinar sobre nosotros por medio de la fuerza; para la Iglesia ó para los eclesiásticos desea la soberanía que sólo al pueblo pertenece, y piensa y dice que su deber le manda obrar así en cuanto somos nosotros católicos y es Roma el centro del catolicismo. Pues bien, ¿quién nos impide acabar con este y hacernos protestantes, si es menester? ¿Qué derecho político podrá entónces reclamar sobre nosotros? Porque en verdad es horrible que por ser católicos é hijos de la Iglesia hayamos de ser dominados por esta y no

nos quede mas arbitrio que abjurar nuestros derechos todos, esperar de la liberalidad de los eclesiásticos como una concesion lo que por justicia se nos debe, y estar condenados á la suerte del pueblo más miserable de la tierra.

«Sé tambien que esos sentimientos se han vulgarizado más de lo que se cree y han llegado á penetrar hasta en el corazon de las mujeres; de modo que en pocos dias han venido á quedar perdidos los veinte años que llevo de apostólicos trabajos encaminados á unir más y más al pueblo romano con la Iglesia. Lo que yo previera y predijera en mis cartas todas se ha realizado por desgracia, y ha sucedido en mayor escala todavía de lo que pensaba. El protestantismo se halla introducido de hecho en una parte del excelente y religioso pueblo romano, y ¡horrible es decirlo! esto ha sido obra de eclesiásticos y resultado de la perniciosa política á que el Papa ha sido arrastrado.

«¡Ay! amigo mio, la idea de un obispo que hace ametrallar á sus diocesanos, de un pastor que degüella á sus ovejas, de un padre que envia la muerte á sus hijos, de un Papa que quiere reinar y dominar á tres millones de cristianos por medio de la fuerza y restablecer su trono sobre ruinas, cadáveres y sangre, esa idea, digo, es tan singular, tan absurda, tan escandalosa, tan horrible, tan contraria al espíritu y á la letra del Evangelio, que no hay conciencia que por ella no se escandalice, fe que pueda resistirla, corazon que no se estremezca, ni lengua que no se sienta movida á la maldicion y á la blasfemia. ¡Ah! preferible era mil veces perder todo el poderío temporal y el mundo entero á ser preciso, ántes que dar al pueblo romano escándalo semejante.»

Por órgano de su teatino la revolucion ha declamado; hora es ya que raciocinemos.

Tambien Enrique IV vióse obligado á poner sitio á su buena ciudad de Paris, y por ello en nada ha disminuido su popularidad. De él, de ese monarca cuya memoria conserva el pueblo de generacion en generacion, escribió Voltaire:

Fue de sus súbditos vencedor y padre (1).

Pio IX siguió el ejemplo del bearnes, y con el corazon destrozado por las traiciones que fueron recompensa de sus virtudes, quiso libertar á Roma de los voraces lobos que sobre ella se habian arrojado. Despues de rodearle tiránicamente de homenajes aquel pueblo de grado ó por fuerza consentia en que le rodearan de amenazas, y entónces en el padre se halló el príncipe, y para defender á sus súbditos contra hordas de malhechores puso en manos de Europa la espada de la justicia y no la de la venganza.

Movido por una causa más imperiosa que todos los intereses terrenos, Pio IX imitó el ejemplo que le diera Francia en junio de 1848 contra Paris revolucionario, ejemplo que renovó en los primeros dias de abril de 1849 el

(1) *Enriada*, canto I.

Piamonte constitucional bombardeando á la soberbia Génova, convertida por los aventureros de Garibaldi y Avezzana en baluarte del mazzinismo.

Cavaignac, mandatario del partido republicano, y Víctor Manuel, el rey liberal, son amnistiados por la revolucion. ¿Por qué, pues, ha de mostrarse esta ménos pródiga de olvido con el soberano de los estados eclesiásticos? ¿Acaso tenia él ménos derecho que aquellos? ¿Usólo por ventura con mayor rigor?

¿Acaso los mercenarios de las sociedades secretas que el ejército frances arrojó de Roma no eran los mismos cuya fuga apresuró á cañonazos el ejército sardo? Entre ambos príncipes y entre ambos ejércitos el caso es absolutamente idéntico, y un poco más ó ménos de liberalismo y de guerra solapada á la Iglesia es imposible que excuse en Víctor Manuel el supuesto delito de que Pio IX se muestra con gloria culpado á los ojos de la revolucion. La paz sólo puede establecerse por medio de la justicia para todos.

Adelanta el asedio de un modo por decirlo así científico, y el reinado del mal no acabará en sangre si empezó en hipocresía. La revolucion tiene delante á los hijos primogénitos de la Iglesia, y lloriqueando por los estragos que Francia no causa, llama en su auxilio á los transteverinos y los empuja á la apostasía: en los sueños que la fiebre le inspira velos renunciando á la fe de sus padres, y del mismo modo que un mes ántes el «Censor» de Génova, reproducido por el «Pueblo» de 11 de mayo de 1849, admiró á los transteverinos ostentando cual Bruto maternidad patriótica.

Despues de haber pasado por el tormento de una carta del padre Ventura es imposible que algunas líneas del ciudadano Proudhon dejen de llevar consuelo al alma: oigamos, pues, al ciudadano.

«El pueblo pide armas á voz en grito, escribe, y el barrio de Transtevere en peso, niños, hombres y mujeres, hállase en las barricadas. Agotado que sea el último medio de defensa las mujeres prorumpen en amenazas de arrojar por las ventanas contra los sitiadores el cuerpo de sus tiernos hijos.»

Los demagogos, bendecidos por los apóstatas, no se contentan con tan poco en materia de absurdos, y una carta escrita en Roma en 26 de junio (1) trueca las desnaturalizadas entrañas de las madres transteverinas en ardientes simas de Curcio. Y sino véase lo que refieren los hermanos y amantes de la libertad, del heroismo y de la regeneracion:

«El triunvirato ha mandado construir una azotea ó mirador en el palacio Quirinal, y desde allí Bonaparte (Canino), Armellini, Mazzini, Saffi y otros observan con catalejos las operaciones del ejército frances. El Quirinal está minado y la mina cargada con barriles de pólvora, y en él los triunviros, prontos á morir en sus sillas curules, aguardan á los galos para ser volados ellos y sus enemigos. Y lo que os digo del Quirinal podria decíroslo igualmente de otros lugares de Roma.»

En verdad que si pueden existir aun dudas acerca de si esos grandes

(1) *Concordia* de Turin, n.º del 1.º de julio de 1849.

ciudadanos inventaron la pólvora, no puede haberlas ya de que supieron apagar la mecha.

Unicamente los voluntarios obstáculos que el ejército sitiador habia consentido en allanar poco á poco para cumplir el deseo de Pio IX y de Francia habian retardado la victoria; pero esta llegó al fin en el dia y hora anunciados, y llegó á despecho de las baladronadas de heroismo popularizadas por la revolucion y la prensa. En efecto, leíanse entónces en los periódicos filfas como la siguiente, aseguradas y garantidas por la misma revolucion. En una correspondencia fechada en Roma y dirigida al «Censor» de Génova extasíase el corresponsal en el fabuloso relato de una batalla al pié de los muros de la ciudad sitiada, y en seguida, demócrata Ariosto de otro «Orlando Furioso», añade: «Garibaldi, Avezzana, Arcioni y todos en fin se han mostrado dignos del nombre italiano; pero el primero es hoy dia el héroe entre los héroes, y su nombre anda en boca de todos. En la pelea recibió una bala en el costado; pero extrayéndosela él mismo con los dedos volvió á montar á caballo para cargar al enemigo. Hasta ahora su herida no da gran cuidado.»

Filopémenes es inmortal y esto que no hizo sino la mitad de la hazaña; pero atiéndase á que no era un revolucionario italiano.

Al propio tiempo que la demagogia internacional llegando al pináculo de la ridiculez se presenta á recibir los homenajes de las credulidades vulgares y necias, dirígense al pueblo incesantes y frenéticas excitaciones para arrastrarle á las barricadas; pero el pueblo, que sabe lo inútil que es hacerlo, se encierra en sus casas sin dignarse contestar á las desatentadas provocaciones. Tambien Inglaterra ha visto sucesivamente en su capital á muchos enviados de la romana república mendigando el auxilio del gabinete de San James; pero todos, Canuti, Manzoni, Carpi y Marioni, vieron frustrados sus grandes esfuerzos: Inglaterra no se atreve á prometer sino un apoyo moral, y fria é impasible como uno de aquellos judíos de la edad media que despues de recibir segura prenda prestaban armas á los dos campeones para quienes se abria la barrera del palenque, limitóse á expresar estériles deseos y excusas muy poco satisfactorias. Con pretexto de estudiar las preciosidades de la antigüedad llega lord Napier á Roma para dar á la revolucion de parte de lord Palmerston consejos de moderacion y prudencia, y entónces se vió que hasta Inglaterra retrocedia asustada, ya fuese por tanto delito cometido, ya por la indignacion de Europa.

El ejército pacificador y victorioso entró el dia 3 de julio en la ciudad que capitulara por medio de su «municipio», y en seguida la revolucion, poco amante de morir en aquellas Termópilas triunvirales, se retiró vergonzosamente con pasaporte británico, no dejando en pos de sí sino dolores que consolar y ruinas que reparar. Ya que no fuera afortunada en las armas quiso ántes de huir que el puñal tomara venganza de sus desaciertos, y el puñal, anónimo siempre como la bomba fulminante, recibió y ejecutó la órden de vulgarizar el terror, eligiendo sus víctimas entre los soldados franceses y algunos individuos de tierna edad pertenecientes á la familia de Bonaparte.

Preséntase aquí un hecho que ejerció y ejercerá influencia incalculable en el Pontificado y la revolucion. Obrando por propio impulso y prescindiendo de las fórmulas gubernativas, Luis Napoleon escribe la siguiente carta al coronel Edgardo Ney. . . . .

«Eliseo nacional, 18 de agosto.

«Mi querido Ney:

«La república francesa no ha enviado un ejército á Roma para destruir la libertad italiana, sino por el contrario para sujetarla á reglas librándola de sus propios excesos, y darle sólida base colocando de nuevo en el trono pontificio al príncipe que fue el primero en inaugurar animoso las útiles reformas.

«Con sentimiento he sabido que los benévolos designios de Su Santidad y nuestra intervencion son esterilizados por las pasiones y hostiles influencias que quisieran dar por base al regreso del Papa la proscripcion y tiranía. Decid de mi parte al general que en ningun caso consienta en que á la sombra de la bandera tricolor se cometa acto alguno que desnaturalice el carácter de nuestra intervencion. Para mí el poder temporal del Papa se resume en los siguientes términos: amnistía general, administracion secularizada, código de Napoleon y gobierno liberal.

«Como una ofensa personal he experimentado al leer la proclama de los tres cardenales en que ni siquiera se hace mencion de Francia y de los padecimientos de sus valerosos soldados. Cualquiera insulto á nuestra bandera ó á nuestro uniforme me llega al corazon, y por lo mismo encargad al general que diga muy claro que si Francia no vende sus favores exige por lo ménos que se le agradezcan sus sacrificios y su intervencion.

«Al dar nuestros ejércitos la vuelta á Europa dejaron por todas partes como huella de su paso la destruccion de los abusos del feudalismo y los gérmenes de la libertad; no se dirá que en 1849 ha obrado en otro sentido un ejército frances ni sido causa de distinto resultado.

«Rogad al general que en mi nombre dé gracias al ejército por su noble comportamiento. Con dolor he sabido que ni aun en el concepto material es tratado como merece serlo; pero creo que el general hará que cese inmediatamente semejante estado de cosas, pues á todo debe recurrirse para alojar de un modo conveniente á nuestras tropas.

«Recibid, querido Ney, la seguridad de mi sincero cariño.

«Luis Napoleon Bonaparte.»

. . . .
. . . .
. . . .

Consumada está en 1849 la obra del carbonarismo, y la Iglesia consiente en aplicar el remedio. La demagogia habia pasado por el campo del padre de familia cubriéndolo de abrojos y maleza, y al padre de familia toca desbrozarlo y fecundarlo de nuevo. Como en Isaías, el padre



de familia decia ya á su pueblo: «Deshice como á nube tus iniquidades, y como á niebla tus pecados: vuélvete á mí, por que te redimí (1).» No deseaba el pueblo otra cosa que volver á su príncipe; el hijo pródigo experimentaba necesidad de la bendicion del Pontífice y del perdon del Padre, pero consideraciones muy complexas retardaron la suspirada reconciliacion. Al volver á Roma protegido por las bayonetas católicas queria el Papa entrar en ella como soberano independiente y monarca libre de toda obligacion; en ello parecíale estribar la dignidad del trono y del Pontificado.

Luego que su perseverancia, testimonio de su prevision y delicadeza, hubo triunfado en los consejos de Luis Napoleon y en los gabinetes de Europa, Pio IX resolvió acceder al deseo del pueblo romano y confiar su persona á la custodia del ejército victorioso.

El nombre de soldados de la Francia republicana sonaba muy mal á los oídos de varios cardenales y prelados, para quienes la bandera tricolor no dejara de ser la invasion del patrimonio de San Pedro, el cautiverio del Papa, y una ruina real y positiva acompañada de una sombra de libertad fingida. Pio IX, empero, no participa de tales temores; la verdad es su ceñidor, la justicia su coraza, y sabiendo que los falaces labios de los antiguos cortesanos de la revolucion habian por fuerza enmudecido, no consiente en defender con espinos sus oídos, y para honrar á Francia y á sus gobernantes quiere darles una prueba de confianza. En 12 de abril de 1850, llevado en triunfo desde Nápoles hasta Terracina y desde Terracina hasta Roma, entra en su capital entre aclamaciones populares, hermanadas con los tributos de devocion afectuosa que los jefes y soldados del ejército frances no cesan de prodigar á la Cabeza de la Iglesia. «Virtus de illo exibat et sanabat omnes.»

En ménos de sesenta años tres Pontífices con el nombre de Pio fueron llamados por decreto de la Providencia á pelear contra la idea anticristiana. Los tres perdieron en la lucha la corona, los tres hubieron de salir desterrados á padecer las penas del cautiverio; sin embargo, la revolucion, á pesar de ser tal, nunca se ha atrevido á ir más allá, y en un siglo en que las grandezas caidas y los príncipes destronados son tenidos por nada vieron aquellos tres Papas aumentar su poderío espiritual á proporcion que crecian las calamidades temporales. Desde la cárcel su voz fue de un confin á otro del mundo más respetada que desde la Cátedra apostólica, y privados del trono conquistaron influjo más augusto, y la potestad de las Llaves fue cada vez más venerada. La persecucion fue para ella timbre de ensalzamiento, y cuando la Cátedra de Pedro, colmada de ultrajes, parecia suspendida sobre insondables abismos, vióse que los huracanes más y más la afirmaban. Los golpes de la fortuna, la depravacion y ruina de los hombres, las combinaciones de la política, los furores de la impiedad, todo viene á confirmar los celestes decretos: defiende al Pontificado una mano protectora y sírvele de muro la misma bendicion de Dios. Ultrajen, nieguen, amenacen y despojen sus enemigos en buen hora: lleve el Pontífice tiara de oro y

(1) Isaías, XLIV, 22.

pedrería ó corona de espinas, sostenga su mano cetro ó caña, siempre es y será el Papa.

Y tan cierto es esto, hasta tal punto queda demostrado por los mismos acaecimientos, que basta la historia de esos tres Pontífices para convencer á todos de su evidencia. Muere Pio VI en territorio extranjero, encarcelado por la revolucion, y pocos meses despues es llevado á la basílica de San Pedro el féretro de la víctima, y para inmortalizar al mártir y confesor coloca Roma por manos de Canova la estatua de Pio VI en el mismo sepulcro de los santos Apóstoles como para glorificar á Pedro y Pablo en el inquebrantable esfuerzo de su sucesor. A su vez Pio VII vuelve á su querida Roma al caer Napoleon; pero más afortunado Pio IX que sus antecesores, en apariencia á lo ménos, entra de nuevo en ella en el preciso momento que Luis Napoleon Bonaparte presenta su futura elevacion al imperio como prenda de libertad para la Iglesia y de sosiego para el Sumo Pontífice.

Habíase propuesto la revolucion ahogar al cristianismo en inmundo lodazal, y á pesar suyo, por la sola fuerza de las cosas, dan sus esfuerzos por resultado la victoria de la Sede romana. Más que nunca puede el Sacerdote decir con el Señor: «Yo y el Padre somos una cosa.» Y si esas sublimes palabras no conmueven á la revolucion, como nunca debe el Pontífice añadir: «Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál obra de ellas me apedreais (1)?»

Puede la demagogia dar muerte; pero contestar á interrogatorio semejante, nunca podrá hacerlo.

Pio IX se halla otra vez en medio de su pueblo, y tan caros han sido pagados los yerros y las culpas que el Padre sólo se siente con fuerzas para perdonar; triunfa en su alma el amor de la paz; en medio de aquella Roma, donde la revolucion acumuló todos los males, preséntase como ministro de Dios para el bien universal, y á contar desde aquel dia de reconciliacion entre un Padre vendido é hijos arrepentidos, la Iglesia, que ha combatido á la revolucion y padecido por ella, ve sucederse como por encanto toda clase de dichas segun la fe.

Aun históricamente hablando fueron siempre las más deshechas tormentas contra la Sede romana precursoras de esplendentes prosperidades. Los primeros años del reinado de Pio IX distinguiéronse por desastres que su clemencia no acertó á conjurar; pero esos mismos desastres, engendrados por las sociedades secretas, fueron para la Cátedra de Pedro manantial de maravillosa bienandanza. Las sociedades secretas, hijas de la revolucion, habian criado una raza agreste y feroz ocupada únicamente en cosas materiales; en medio de los portentos de la civilizacion negaban la ley de verdad, que es la regla de la inteligencia, y la ley de órden, que lo es del corazon; nada tenian suyo, ni siquiera su conciencia, y á duras penas entre el monton de paja percibíanse algunos granos de trigo.

Revolucion y sociedades secretas se coligaron con la flaqueza de los reyes

(1) *Evang. secund. Joan.*, c. X, v. 30, 32.

y la complicidad de los pueblos para derribar la Cátedra de Pedro; no pudiendo cosa alguna contra Dios intentáronlo todo contra su Iglesia, y en el mismo instante en que, como sucediera al espirar el ilustre Anastasio, la cristiandad, envolviendo á la Iglesia en su sudario, iba á exclamar en forma de oracion fúnebre: «¡Los ojos del mundo se han cerrado!» permitió Dios que esa admirable metáfora oriental se convirtiese en evidente antífrasis. Los ojos del mundo otra vez se abrieron, y despidieron tan vivos destellos que hasta los ciegos hubieron de prestarles homenaje. Vencida la revolucion en los hechos debia serlo en breve en los actos; habíase complacido en representar el Pontificado bajo la imágen de un anciano decrépito, de un viejo vacilante por el peso de su triple corona, y á oirla era ficcion terrena que se desvanecia á los rayos de la razon soberana. Eso se decia, enseñaba y escribia hace muy pocos años, y eso mismo se imprimirá y repetirá una y otra vez en tanto que existan embaucadores de social progreso, príncipes necios ó cómplices, libres pensadores que sólo piensan en la tiranía, y sin embargo sobre las amontonadas ruinas se alzará siempre el Pontificado cada dia más fuerte y poderoso. Nunca como entónces se muestra Dios más visible detras del velo humano de su representante.

Récios combates y tristes duelos han pasado por la Iglesia; mas para ella y su Pontífice comienza ahora una época de sosiego y grandeza. Dicho hemos sus dolores, veamos sus triunfos.

Medio siglo hacia que estaba conociendo Inglaterra que le seria de todo punto imposible conservar en su integridad despótica las leyes que fulminó contra los católicos del Reino Unido la tiranía de Enrique VIII, de Isabel, de Jacobo I y de Cromwell, y de acuerdo con el cardenal Consalvi y el papa Leon XII ocupábase activamente en idear el modo parlamentario de ensanchar para los perseguidos la senda de la libertad de conciencia. Para dirigir á los fieles y á la comunion romana únicamente eran tolerados en Inglaterra unos delegados de la Santa Sede ó vicarios apostólicos, en número de ocho, sin título diocesano, y por lo mismo sin poder constituir un cuerpo episcopal organizado, y esa situacion, al propio tiempo que mucha incertidumbre, ofrecia no escasos peligros.

En 24 de setiembre de 1850 Pio IX restablece la jerarquía episcopal en la antigua tierra del anglicanismo, llamada en otro tiempo por la Iglesia romana la Isla de los Santos. Constitúyese una provincia eclesiástica compuesta de un arzobispo metropolitano y dos obispos sufragáneos, y el cardenal Wiseman, que tanto se distinguiera en los combates sostenidos con la pluma y la voz, fue designado para el supremo puesto: quien cargó con el trabajo justo es que tenga la gloria; pero adviértase que en Lóndres y tambien en los condados protestantes la gloria católica no está exenta de tropiezos é insultos.

No era usurpacion, sino restauracion, aquel acto de omnipotencia pontificia; pero por la audacia con que fue llevado á cabo, por la franqueza con que fue sostenido, llenó de estupor á muchos católicos tímidos ó pusilánimes que, colocados fuera de la carrera que seguian las inteligencias, no acerta-

ban á ver ni de alto ni de léjos, y manifestaban por lo mismo temores y recelos. El anglicanismo se estremece; adopta el parlamento varios «bills» en los que un postrer sentimiento de religioso encono sirve de escudo á un postrer grito de protestante ira; tiene el pueblo gruñidos y silbidos como los ha tenido siempre para sus reyes é ilustres varones, y se le permite prorumpir en manifestaciones ridículas é insensatas amenazas: sabia Roma lo vano de los supremos esfuerzos de la herética tormenta, y dejó pasar las hinchadas olas, las cuales se estrellaron en la inquebrantable peña de la Iglesia.

El golpe de estado pontificio, descargado con toda autoridad contra el corazon del cisma, no era desquite del memorandum de 1831; no era tampoco una provocacion ni mucho ménos un reto. Roma no corre en pos del estrépito; pero habiendo adquirido al fin experiencia de las revoluciones, no trata ya de evitarlo, y ejemplo es este que debe alentar á las demas tribus católicas perseguidas por la libertad de exámen. Reducidas por esta á la esclavitud preséntase Pio IX para redimirlas, y si en dias de extravío repudiaron los romanos los beneficios políticos de que el Papa se complacia en colmarlos, el Pontífice vuelve los ojos á comarcas más dignas en verdad de lástima y las emancipa en Jesucristo, en nombre de la misma Sede romana, apénas repuesta de las aflicciones pasadas.

Tiene ya la fe de los católicos ingleses é irlandeses guias y protectores designados por el Pontífice; igual favor solicitan los católicos de Holanda, y Roma se lo otorga con idéntica solicitud. Sin embargo, el heredero de la casa de Nassau no consiente en que sin participacion suya se establezca en los Países Bajos la jerarquía episcopal, y desea, asociándose á los deseos de Pio IX, ofrecer á sus fieles súbditos de la comunion romana espontáneo testimonio de gratitud régia. En 4 de marzo de 1853 cartas pontificias establecen en Holanda una provincia eclesiástica, y aunque desde aquel momento hubo de considerarse muerto el jansenismo, pues carecia ya de razon de sér y de pretexto para estar separado del centro de unidad, no por eso dejó de continuar vegetando en las abstracciones de una rebelion sin rebeldes: triste fénix que renacia de sus cenizas sin siquiera lanzar al mundo su postrer grito de angustia.

Dos años ántes, en abril de 1851, abrigó Roma el pensamiento de reanudar con España la cadena de los siglos. A despecho de las guerras civiles, de los periódicos motines, de las conspiraciones del sable y de las leyes votadas por la incredulidad liberal, no habia dejado el reino de Isabel y de Cárlos V de permanecer entrañablemente unido á la Cátedra de Pedro. Si la revolucion lograba despojarlo poco á poco de sus antiguas monárquicas creencias, no podia erradicar de los pechos españoles el sentimiento católico; en medio de innúmeros pronunciamientos permanecia el pueblo firme é inquebrantable en su fe, y aunque le arrebataban sus obispos y era su clero dispersado, destierro y persecuciones y premeditado abandono sólo servian para comunicarle más vigoroso esfuerzo. Eran tan hondas en España las raíces del catolicismo, que dominaba á los partidos todos, y arruinado por el despojo era

con su actitud prueba evidente de que los golpes de estado nunca son un remedio.

Precario era el poder de Isabel II, expuesto como estaba al viento de las insurrecciones y al capricho de las conjuraciones militares. Conoce Isabel que debe apoyarlo en el principio religioso, y en nombre del Papa el cardenal Brunelli se dirige á Madrid á negociar un concordato tan necesario para el trono como para la Santa Sede en el estado de abatimiento en que habia caido el Sacerdocio. En España hay poca aficion á transigir con las novedades, y no es cosa corriente envolver la religion que se profesa entre nubes de reticencias tímidas ó de fraseología de doble sentido; los cristianos rancios descúbrense en ella desde el primer momento, y esto hace que el concordato comience por la franca y solemne declaracion siguiente: «La religion católica, apostólica, romana, que, con exclusion de cualquier otro culto continúa siendo la única de la nacion española, se conservará siempre en los dominios de S. M. Católica con todos los derechos y prerogativas de que debe gozar segun la ley de Dios y lo dispuesto por los sagrados cánones.» La educacion es colocada bajo la inspeccion de los obispos, y la Iglesia, reintegrada en sus derechos, puede con toda seguridad reparar las brechas que en el santuario abriera la revolucion.

Testigos de la restauracion de las ideas religiosas y conociendo al fin que ni aun por su personal interes convenia dejar á los pueblos á merced de la demagogia, los príncipes luteranos de Alemania resuelven enfrenar los excesos de los libres pensadores que concluyen siempre por entronizar la licencia. Hasta la época de Pio IX habíanse mantenido dichos príncipes separados de Roma; pero entónces un sentimiento de equidad para con sus súbditos católicos y una idea conservadora los acercan de nuevo á la Sede romana, de la cual se separaron y cuya alianza ahora apetecen. Pasado es el tiempo de las guerras religiosas; la guerra social es la preconizada por la revolucion, y hasta los reyes protestantes, no pudiendo confiar siempre en su fuerza, tienen eterno interes en ser justos, y esta justicia los impulsa á ajustar concordatos con Roma, estipulando derechos así para la libertad del culto como para las libertades religiosas de las provincias sumisas aun á la unidad.

Todo esto ha sucedido en nuestro tiempo y lleva consigo provechosa enseñanza: la Iglesia, cuya fuerza de vida habia sido puesta en duda por sofistas y revolucionarios, sale del crisol de las tribulaciones brillante y vigorosa como nunca. Pero otro triunfo aun más decisivo le estaba reservado.

La revolucion que amamantara en la cuna al josefismo naciente, le ahogará en medio de su carrera, pues en verdad que fue menester la crísis de 1848 para dar en tierra con aquel cúmulo de leyes restrictivas. Insaciable como la muerte no se contentaba la revolucion con devorar á fuego lento en Austria el catolicismo y la monarquía; quiso un dia derribar con un solo golpe Sacerdocio é imperio, y llegado que fue aquel dia conjuráronse sus estudiantes, iluminados y sicarios de todos los ritos para dar por medio de la insurreccion y del asesinato derecho de ciudadanía á las quimeras de las sociedades secretas. Pero al propio tiempo que esto

sucedia verificábase un importante acaecimiento en la casa de Habsburgo.

Era el futuro heredero de la corona imperial un archiduque de muy tierna edad. Como se refiere en el libro I de los Reyes, «habia buscado el Señor un hombre conforme á su corazon (1),» y habíalo hallado en aquel príncipe. Este, por nombre Francisco José, no puede reinar hasta despues de haber descendido al sepulcro el emperador su tio y su padre el archiduque; pero son tan vivos los destellos de la diadema de esperanza y prosperidad que ciñe su cabeza, que designado por el ejército y pueblo en la ruina del imperio como salvador predestinado, y verificada con admirable acuerdo de familia una noble abdicacion, sube á un trono combatido por enemigos de dentro y de fuera. Como sucediera á Cárlos V, apénas cuenta diez y ocho años al empuñar el cetro, y sin embargo tres cosas habian pasado por él, cada una de las cuales podia considerarse como una consagracion: habíale educado su madre la archiduquesa Sofía, una de aquellas mujeres animosas y bellas, de las cuales dijo Dios en el libro de los Proverbios que «manum suam misit ad fortia (2);» tuvo por preceptor al conde Enrique de Bombelles, é hizo sus primeras armas á las órdenes del mariscal Radetzki, Agrícola germánico que, como el de Tácito, se portaba en todos sus empleos como merecedor de grado más eminente.

Esa educacion de la familia, de la ciencia de gobernar y del arte de la guerra desenvolvió en el jóven archiduque dotes de corazon é inteligencia que debian elevarse hasta el heroismo por los desastres del imperio, y apénas hubo vencido las insurrecciones que, desgarrando sus hereditarios estados, hicieron de ellos vasto campo de batalla desde el reino Lombardo-Veneto hasta Hungría sin respetar siquiera su capital de Viena, conoció el orígen del mal. Su frente, que ceñia la corona de san Estéban, no se doblega al peso de la corona de hierro, es decir, de la justicia, y subiendo mentalmente hasta el manantial de los desórdenes que expia la casa de Habsburgo con momentáneas catástrofes, propónese remediarlas sin vacilaciones y sin escuchar los tímidos consejos de la prudencia, sino rompiendo de un solo golpe con poderosa é irresistible autoridad la red en cuyas mallas esclavizara el josefismo la actividad, la fuerza y la independencia de la Iglesia.

Por nuncio apostólico junto á su persona tiene al cardenal Viale-Prela y por arzobispo de Viena al cardenal Othmar de Rauscher, sacerdotes cuya adhesion á la romana Sede sobrepuja todavía á su ciencia teológica y perspicacia política. El emperador ha dado á conocer su voluntad; apóyale el Papa poseido de gratitud verdaderamente paternal, y en 18 de agosto de 1855 espira el josefismo á los golpes del concordato que devuelve á la Iglesia su expansiva libertad.

Acto semejante, en el cual no escaseó el emperador de Austria satisfacciones ni acatamientos, quedando en él tan perfectamente consagrados los

(1) *Reg.*, l. I, c. XIII, v. 15.
(2) Provervios, c. XXXI, v. 19.

derechos como las obligaciones (1), causó en el mundo cristiano universal sentimiento de sorpresa y gozo. La Alemania católica conoció haberle nacido un campeon y un caudillo, y entusiasta rodeó de nueva auréola el trono imperial. Desde la época de José II sólo existian las órdenes religiosas en el estado de individualidades en virtud de tolerancia tácita del emperador Francisco I y de su hijo Fernando, y aunque el príncipe de Metternich aprobaba y favorecia aquella tendencia hácia la Sede romana por lo que era favorable á las ideas conservadoras, no creia tener bastante fuerza para realizarla. Francisco José, empero, allana los obstáculos todos, y á su voz, ó por mejor decir inspiracion por suya, preséntanse jesuitas y redentoristas á anunciar á Alemania la salvadora buena nueva; unos y otros predican misiones en las ciudades y aldeas y en todas partes recogen abundantes frutos. Vencida queda la revolucion, y véngase en su derrota con avinagrados epígramas y con insensatos clamores: Austria era el órden, camino de una prudente libertad, y desde Piamonte, Inglaterra y Francia dase la revolucion á calumniar y desnaturalizar un tratado que empezó con un acto de fe católica y concluyó con la abolicion pura y simple de las leyes josefistas. Ya que no podia lograr del emperador que rompiera el tratado de paz que con voluntad plena y entera firmara con la Iglesia romana, suscita la revolucion á su gobierno toda clase de adversarios; ya que no pudo burlar su vigilancia, quiere á lo ménos paralizar sus esfuerzos, y comunica á la legion de escritores armados contra la Cátedra apostólica la órden de combatir á Austria.

El movimiento religioso de que se hizo Pio IX inspirador y guia es extension del «Credo» y reaccion contra las ideas demagógicas. La revolucion habia querido ver á la Iglesia esclava y envilecida, y la Iglesia preséntase en todos los reinos libre y ensalzada, pasando del estado de servidumbre á que la redujeran jansenistas, filósofos, galicanos, seglares y josefistas, á la emancipacion más completa. Consideradas y castigadas por el liberalismo como reuniones ilícitas las asambleas del clero, los concilios sólo existian de nombre, y hubo tiempo en que un obispo, aprisionado por la carta en su diócesis, no podia salir de ella sin el permiso y visto bueno de un abogadillo ministro de cultos. La república de 1848, que sin duda no habia recibido encargo semejante, libró á la Iglesia de esos grillos más pueriles que odiosos, y rotos aquellos quisieron los obispos gozar de sus derechos de ciudadanos y se reunieron para tratar de los asuntos y necesidades de sus respectivas diócesis;

(1) De treinta y cinco artículos se compone el concordato de Austria; el primero y el último están concebidos en estos términos:

«Art. I.—En toda la extension del imperio de Austria y en cuantos estados lo forman se conservará perpétuamente la religion católica, apostólica, romana, con todos los derechos y prerogativas de que ha de gozar en virtud de la ordenacion establecida por Dios y las leyes canónicas.

Art. XXXV.—Por este solemne tratado deben considerarse derogadas cuantas leyes, disposiciones y decretos se han dado hasta el presente en el imperio de Austria y en cada una de sus partes en todo aquello que le sean contrarios. Este tratado regirá perpétuamente en dichas comarcas como ley del estado, y ambas partes contratantes se obligan á observar puntualmente por sí y sus sucesores todos y cada uno de los puntos en sus artículos convenidos. En cualquier tiempo que se presentaren dificultades acerca de su inteligencia, Su Santidad y S. M. Imperial procurarán resolverlas amistosamente.

organizáronse los concilios provinciales, y una vez admitido el principio, introdujéronse en las públicas costumbres.

Desde el tiempo en que la revolucion francesa inaugurara la esclavitud con auxilio del cadalso ántes de reglamentarla por medio de la administracion, era la libertad de enseñanza una imposibilidad legal. Tanto á lo ménos como la ley oponíanse á ella las preocupaciones volterianas, y el padre de familia no podia ni debia confiar la educacion de sus hijos sino á los maestros cuya moralidad, ciencia y religiosa disciplina le hubiese asegurado la revolucion.

Ésta, que convirtiera el estado en una especie de dios Término sordo y ciego, habíase encerrado en aquel campo atrincherado y no consentia en abandonar sus muros. Para conquistar aquel imprescriptible derecho empeñáronse ardientes luchas de tribuna y elocuentes polémicas; pero la revolucion obstinada, lo rehusaba siempre, hasta que una república que ni siquiera para presidente pudo hallar un republicano, lo otorgó y sancionó. Los grandes principios de 1789 habian establecido el monopolio de la educacion en el estado, y en el preciso momento que aquellos claros principios van á producir sus consecuencias todas, viene al suelo el monopolio universitario como fruto corrompido, y al momento recobra la Iglesia por la voluntad nacional un derecho cuyo goce exclusivo se habia reservado la revolucion.

Era aquel tiempo de milagros, y Pio IX obra uno sobre la iglesia galicana, milagro que en los dos siglos postreros de la monarquía francesa habria hecho estremecer á aquella iglesia de santo y nacional horror.

Por espíritu de secta y de oposicion á Roma los jansenistas primitivos ó sus sucesores habian renunciado en muchas diócesis á la liturgia antigua, llegando hasta inventar otra nueva en que infiltraron el veneno de sus doctrinas, cuando ayudado de la misma revolucion de 1848, empeñada en derribar ídolos viejos, emprende dom Guéranger, abad de Solesmes, una cruzada contra los innovadores que procedian del cisma, á lo ménos por via indirecta. Roma presencia la lucha cuyo resultado debe ser para Pio IX una victoria moral, y ayudada por plumas francesas triunfa de algunos obispos rezagados en el camino de las reparaciones. El impulso estaba dado, y la iglesia galicana, guiada por la revolucion, consuma espontáneamente su postrer sacrificio.

Espectáculos todavía más singulares cautivan la atencion general. Al mismo tiempo que Francia es rejuvenecida por la fe, estalla la guerra en el mar Negro y en los confines de Oriente, y para esa lucha excepcional en que todo será heróico, así el ataque como la defensa, necesítanse pechos acostumbrados á todas las fatigas, caractéres superiores á todos los peligros, abnegaciones que no se espanten de dolores y padecimientos.

Todavía son los hijos de la antigua Galia aquellos hombres de quienes decia con admirable laconismo Caton el Mayor: «Gallia duas res industriosissime prosequitur, rem militarem et argute loqui.» Los excesos de la tribuna han condenado momentáneamente el don del habla, y no quedando por lo

mismo á los franceses sino la gloria militar, acéptanla con doble objeto y pelean del mismo modo que peroran, esto es, á trochemoche. Pero victorias hay más difíciles de alcanzar que las del campo de batalla, y en pos de la agonía del cuerpo y del alma penetra la muerte en las tiendas de campaña con su cortejo de padecimientos sin recompensa y de dolores sin consuelo.

Previendo las calamidades que en aquellas remotas tierras han de diezmar á un ejército radiante de arrogancia y brio, decídese que formen parte de las divisiones algunas hermanas de san Vicente de Paul y sacerdotes de buena voluntad. En tiempo de Cárlos X nombrar un capellan para un regimiento ó buque equivalia por lo ménos á violar un artículo de la constitucion y á inferir agravio terrible á los elásticos principios de 1789; y este delito en aquella época tan palpable complícase y agrávase en 1854 y 1855 con circunstancias verdaderamente antiliberales.

En la época de Cárlos X eran apartados del ejército los eclesiásticos; pero gobernando Napoleon III lleva la revolucion su condescendencia hasta el punto de no estremecerse á la vista del negro manto de un jesuita ó de una hermana de la caridad. Vense jesuitas en el campamento, en las avanzadas y en los hospitales de sangre; hállaseles sobretodo en medio del combate, y lo mismo que las buenas hermanas no son los ménos animosos ni los que corren menor peligro. Allí están únicamente para animar, consolar y recibir la muerte; prohibido les está inferirla y la reciben bendiciendo á Dios y orando por el pabellon frances.

Testigo el ejército de aquella abnegacion de noche y dia que se emplea en servicio del más humilde soldado como del más apuesto general, experimenta á su vez la necesidad de hacerse cristiano, y ya que contribuyó á libertar á Roma y á restablecer al Padre Santo, quiere que no sea aquella campaña perdida para la gloria de su fe. Para ser afortunado en Crimea no se avergüenza ya de mostrarse católico, y si la revolucion pensó en disolverlos y en desgarrar su bandera, sueño aun de los parciales de la idea antisocial, rehabilítanse nuestros batallones con la oracion y el valor.

Al mirar á aquellos soldados tan valerosos y alegres delante del enemigo, tan humanos una vez dada la órden de cesar el fuego, debe confesar Inglaterra haber encontrado quien la enseñe algo, y ha de conocer que no posee todas las buenas dotes del hombre. Entónces se entrega á la desesperacion de la inercia y á la postracion del pesar hasta que, considerando los maternales cuidados que rodean á enfermos y á heridos, la veneracion y gratitud con que son acogidas las religiosas, imagina que cualquiera culto puede producir toda clase de virtudes, y trata de improvisar hermanas de la caridad en tanto que aguarda la aparicion de los jesuitas.

Era aquel un tiempo en que Francia, aun más cansada de la revolucion que de los sacudimientos comunicados al país por la exageracion del sistema representativo, descansaba á la sombra de los estandartes militares; harta estaba entónces por lo ménos de tanto abogado que se presentaba como indispensable en todo, de tanto filósofo oscuro, de tanto profesor empalagoso de cuyas manos salian mejor libradas las maquinaciones que los asuntos pú-

blicos, y por fin comenzaba á conocer y á mirar con lástima á los hombres escrupulosos y nimios: enemigos constantes del poder hasta el dia en que lo ejercen; singulares políticos que desean una religion, no sacerdotes; una monarquía, no un rey; un derecho hereditario, no una legitimidad; una moral, no un dogma; un gobierno, no principios. Su única habilidad fuera favorecer lo que aborrecian y acabar con lo que amaban, y en el mismo momento que Francia invocaba ya otros dioses dióse el Piamonte á disfrazarse con traje liberal y aclamar con frenesí un constitucional estatuto.

En aquel primer capítulo del libro del «Eclesiastés» segun el que todo es vanidad y nada más que vanidad, léense estas palabras, destinadas sin duda á ser aplicadas á las creencias liberales: «Esta pésima ocupacion dió Dios á los hijos de los hombres para que se ocupasen en ella: Hanc occupationem pessimam dedit Deus filiis hominum, ut occuparentur in ea (1).» Cansados de ser felices aceptaron los piamonteses con trasportes de gratitud el peso con que quiso un rey cargar sus hombros, y en especial se regocijaron aquellos nobles, abogados, poetas y escritores que, acompañados de cinco ó seis sacerdotes, ilustres carbonarios, no tenian mas estado que el de estadistas en aquella tierra hasta entónces tan floreciente: por largo tiempo llorarán por los facticios infortunios de Italia, y desgracias muy positivas iban ellos á precipitar sobre su patria. Movidos más por el deseo de la propia fama que por el amor á la libertad, aquellos amantes de la tribuna comenzaron á tomarla por lo grave en el preciso momento en que caia destrozada por la zumba de los pueblos, y formando para sí una pacotilla de rancias ideas francesas, alemanas ó británicas, pensaron que Italia debia aceptarlos hoy como bienhechores con tal que consintiera en obedecerles mañana.

Lo sucedido en 1848 en Milan, donde Cárlos Alberto estuvo á punto de ser víctima de los lombardos á quienes su espada muy poco victoriosa sólo habia traido una derrota, no era bastante para que los liberales piamonteses conjeturasen lo venidero, y en su quimera de unidad italiana, unidad de que la familia de Carignan seria indispensable clave, daban al olvido el antagonismo que existe entre ciudad y ciudad, el rencor de pueblo á pueblo y la necesidad de municipalismo que constituye de un modo evidente la gloria y la desdicha de Italia. Entregada esta a las ambiciones sardas, volveria á ser en breve, como en la época de Maquiavelo, la tierra en que la vida era un combate, el hogar doméstico una fortaleza, el vestido una coraza, la hospitalidad una celada, la copa ofrecida un veneno, la mano que alargaba el amigo una puñalada.

En el mismo momento que se borraban en el corazon de los pueblos las ideas de revolucion é impiedad arraigábanse y se aclimataban en la porcion más corta, pero más bulliciosa, de la nacion sarda. El presbítero Gioberti habia colocado en la cúpula de su liberal edificio el pontificado civil, invencion suya; pero Máximo de Azeglio, Siccardi, Ratazzi y Cavour re-

(1) Eclesiastés, c. I, v. 13

chazaron el plan á fin de dar satisfaccion más completa á los deseos de las sociedades secretas. Exhumando la constitucion del clero frances de 1790, diéronse á sofisticar con Roma á semejanza de viejos curiales por las más insignificantes formalidades, y creándose un doble lenguaje justificaron con sutilezas las iniquidades y elevaron los despojos á las regiones de la equidad. Allí como en todas partes comenzó la libertad por proscribir y consumar la ruina de muchos, miéntras venia lo demas, y al propio tiempo que se hacia todo en beneficio de la revolucion invocábase de continuo el tradicional nombre de un Dios de amor y paz, locucion que, desgastada en los almacenes de trastos viejos del liberalismo frances, habia sido tomada á su servicio por el liberalismo sardo. En nombre del Dios de amor y paz declaró este la guerra á la Iglesia, y sutiles como el agua, deseosos de imitar la arrogancia de sus maestros británicos que emplean contra la Sede romana un sistema de ataque falaz y de doblez parlamentaria, quisieron aquellos estadistas sacudir sobre el mundo las antorchas de la guerra. Por suerte hasta 1859 no fueron tales antorchas en sus manos sino inofensivas pajuelas.

Hasta en medio de sus grandes pensamientos ha debido Europa sonreirse más de una vez al considerar tanta exuberancia de vanidad local extasiada de admiracion colectiva, al tiempo que proclama con embelesadora modestia que la tierra entera la está contemplando. Aquellos hombres que, más que calmar pasiones, saben halagarlas, ¡imagínanse, como la doncella del cuento de hadas, que sus labios destilan perlas, y desempeñan con tanta serenidad y tiento la comedia representativa, hacen contra Roma desde su tribuna ó sus periódicos campaña tan fecunda en constitucional intolerancia y en descomposicion arbitraria; preséntanse con tanta arrogancia y candidez como enderezadores de los tuertos italianos; con su casacon de guardia nacional ó con la toga parlamentaria se entregan á alardes de vanidad tan ridículos, que habria de ser creido quien nos contase que al despertarse por la mañana corren al espejo por ver si durante la noche han brotado espontáneamente laureles al rededor de sus heróicas frentes.

Los políticos del Piamonte, deseosos ante todo de tributarse á sí propios homenaje, formáronse de su hostilidad contra la Santa Sede y de su persecucion contra el clero materia de gloria y provecho, y la enarbolaron como bandera. Impostura viva, todos ellos atribúyense el encargo de corromper al pueblo para tenerlo por cómplice cuando llegase el triunfo de la idea revolucionaria; pero el pueblo, avisado y sagaz, disputa palmo á palmo sus antiguas creencias y se niega á sacrificarlas en aras de un quimérico progreso, resistiéndose á los combinados esfuerzos del gobierno, de las sociedades bíblicas y de las sociedades secretas, pues adviértase que aun cuando en apariencia no haya todavía alianza entre los tres inconciliables elementos, existe ya entre ellos latente armonía. Italia, empero, rechaza las interesadas caricias del Piamonte, y por eso dirígense contra la Iglesia los rayos de una elocuencia más amarga que las yerbas de Cerdeña de que se quejó el poeta:

... Sardis amarior herbis.

La rebelion y la blasfemia son las únicas beneficiadas con ella, y los que la profesan, ilustres ministros y oradores, aunque se consideran á sí propios como los hombres más previsores, es tal la debilidad de su vista, que les convendria más la luz de una bujía que la del sol: de continuo están hablando de levantar faros, y en estos mismos faros sabrá la revolucion encender más tarde sus antorchas.

A imitacion de Francia, el Piamonte y Bélgica experimentan un dia la necesidad de hacerse revolucionarios, y como en aquella, un incomprensible acceso de liberalismo, extraviado de la idea cristiana tan lastimosamente alterada por las usurpaciones de la potestad seglar, causa en sus corazones incurable herida. El hipo por los públicos y asalariados destinos se apodera de todos los pechos electorales, enciéndese el amor propio, inflámanse las esperanzas, irrítase la sed de mando, y el necio y el ignorante que sacuden el sentimiento de su propia escasa valía son objeto de la admiracion general.

El cuadro de los infortunios constitucionales debiera hacer retroceder de espanto á los políticos del Piamonte; pero en vez de ser así la experiencia, si no cuerdos, los hizo presuntuosos. La guerra contra lo sagrado embriagó su ambicion parásita, y creyéronse ilustres ciudadanos porque arrostraban con erguida frente los rayos del Vaticano.

Aterrada la revolucion en Viena y amodorrada en Paris, la Iglesia romana la ve salir de dos pequeñas madrigueras legislativas en las que algunos hombres de inteligencia y de sincero patriotismo bregan y forcejean entre una turba de ideólogos turbulentos, de abogados aptos para todo y de libres pensadores de garito ó universidad. Dispersos ó destruidos los grandes ejércitos, quedan todavía en el campo de batalla grupos aislados de combatientes, los cuales queman el último cartucho como para saludar al vencedor que ni siquiera repara en ellos desde su triunfal carroza. Los piamonteses dieron la señal de esas ridículas é insignificantes hostilidades, y Bélgica tuvo la desgracia de querer imitarlos: las causas que á una y otra impulsaban eran distintas, la consecuencia fue la misma.

Deseoso de cargar sobre los demas las deudas que ha contraido (1), y apar-

(1) En su número de 16 de febrero de 1861 la *Semana rentística* publicó una correspondencia de Turin, en la cual el plan de unificacion de Italia que habia de realizar el Piamonte se descubre y demuestra por *debe* y *haber*. Muchas veces son los guarismos más elocuentes que los oradores de mayor fama, y por lo mismo conviene oirlos.

«La deuda total del Piamonte, de los llamados aquí antiguos estados, dice el corresponsal, ascendia en 1.º de enero de 1861 á la suma de 1.159.970.595 francos, representando una renta de 57.561.532 francos, lo cual constituye en una poblacion de 5 millones de habitantes una deuda de 232 francos por cabeza.

»La deuda de los demas estados de Italia, como son Lombardía, Emilia, Toscana y Dos Sicilias, asciende á 946.362.988 francos, lo cual en una poblacion de 17 millones de habitantes representa únicamente 56 francos por persona. Esto solo basta para conocer la importancia del problema llamado aquí unificacion de la deuda italiana.

«El piamontes puede alegar y alega en efecto que ántes del año de 1848 sólo tenia 135 millones de deuda, y que si luego ha cargado con mil millones ha sido en beneficio general de Italia; pero no creo que esto baste para que la unificacion de la deuda se realice sin dificultad.

«Calculado todo, la Italia una tendrá una deuda de 100 francos por habitante, lo cual no es en verdad cosa muy extraordinaria; la dificultad está en establecer la unidad entre las distintas pro-

tar de sí la bancarota que le amenaza, hácese el Piamonte el adalid de la unificacion italiana; de pronto dase á llorar oficialmente los dolores muy poco verdaderos de la península, con objeto de apropiarse la Lombardía, como si Francia que, bajo el régimen de diversas formas de gobierno, monarquía, república ó imperio, tuvo por constante afan el crear en sus fronteras estados neutrales y de poca importancia, como Suiza, Bélgica, Baden, Saboya y el condado de Niza, pudiese renunciar de grado á su secular política para favorecer el engrandecimiento del Piamonte, que segun testimonio de Austria es vecino molesto cual ninguno, segun el de la historia es aliado desleal y traidor, y finalmente, segun atestigua su propia familia, pariente desnaturalizado entre todos.

En efecto, si estudiamos los fastos de la diplomacia europea verémos que el espíritu de turbulencia y la mala fe de aquellos beocios de la península itálica sólo pueden compararse á su rapacidad insaciable: para ellos existe siempre algo que codiciar y que tomar, y aunque la fórmula haya variado con las épocas y los nombres, aunque los caractéres hayan experimentado la misma degradacion que las pasiones, vivo ha quedado en sus pechos el inmoderado deseo del patrimonio ajeno. Lo que el cardenal de Richelieu escribia respecto de Cárlos Manuel I, puede aplicarse exactamente á Víctor Manuel II; es un retrato de familia que así se parece á los abuelos como á los nietos:

«Luego que lograba apartar de sí recelos y temores, escribe el cardenal, apoderábase de él su ambicion ordinaria é inspirábale mil pensamientos encaminados sólo á su grandeza, al propio tiempo que podia llevar el desórden á toda la cristiandad. Ora volvia á agitar lo de la conquista del Milanesado, ora hablaba de la de Génova y Ginebra, ora proponia que se le hiciera dueño del territorio de Montferrato. Su objeto era inducir á Francia á mil empresas, y al paso que quisiera entrar en posesion de todas sus conquistas, no le daba en recompensa cosa que valiera la pena. Su imaginacion no po-

vincias; pero desde ahora y con lo dicho puede comprenderse el significado rentístico del verbo *piamontizar*.

«En el concepto tributario observamos análogos hechos.

«El presupuesto activo del Piamonte es de 163 millones, ó sea de 132 francos por persona; el de Lombardía, de 85 millones, ó sea unos 30 francos; Toscana paga 42 millones, o sea 23 francos por habitante; la Emilia 48 millones, lo cual da una proporcion algo más crecida, y por fin las Dos Sicilias satisfacen 135 millones, ó sean 13 francos 50 céntimos por cada habitante.

«Sujetando á toda Italia á iguales tributos que el Piamonte habrian de obtenerse 700 millones de ingresos en vez de los 473 que actualmente se recaudan, y de ahi una situacion rentística muy desahogada: este es el problema que debe resolver el ministro de hacienda, ó por decir mejor el gobierno de Cavour.

Miéntras esto se hace vívese con el auxilio de empréstitos. Desde la paz de Villafranca se han tomado prestados:

« A fines de 1859.	120	millones.
« En agosto de 1860.	150	»
« Empréstito de la Emilia.	40	»
« Empréstito de Toscana.	36	»
Total. .	346	millones.

«En la actualidad se está pensando en un nuevo empréstito cuyo importe no se ha fijado aun, pero es probable que ascienda á 300 millones.»

dia hallar reposo, y más movediza que los cielos en sus rápidos movimientos, daba cada dia más de tres vueltas al rededor del mundo, meditando cómo podria poner en guerra intestina á reyes, príncipes y potentados para reportar él solo el beneficio de sus divisiones (1).»

Y Luis XIII el Justo, segun el gran ministro, que en esto se acreditó de ser tambien gran pintor, indignábase al mirar tan desordenado apetito de despojo que no respetaba los lazos de familia, la debilidad de los vecinos, ni el protectorado de Francia. En nombre de la equidad dirigióse Luis al usurpador, y «le manifestó, dice el cardenal, que su pretension no era justa ni arreglada, que no era lícito al rey dar á otro el bien ajeno, y que S. M. no trataba de despojar á los príncipes de Italia, sino por el contrario de conservarles lo que les pertenecia (2).»

Este era el lenguaje que un soberano frances creia del caso emplear con la casa de Saboya doscientos treinta años há; pero en el dia hase esta lanzado á aventuras aun más peligrosas y vémosla á la cola de la revolucion con el propósito de «piamontizar» á Italia. La casa de Saboya y sus ministros han entrado en pacto con el desórden, y régios clientes de la demagogia europea prodíganle primas de seguro, recibiendo de ella cuando más el permiso de mendigar una muestra de aprobacion. Permiten igualmente que les trace la línea de conducta que deben seguir, y á contar desde 1856 los afiliados de las sociedades secretas están preparando la realizacion del plan publicado en 1857 como programa de la insurreccion italiana unitaria por el refugiado napolitano José Ricciardi.

Leemos en efecto en la «Storia d' Italia»: «Miéntras esto sucedia verificábase en el país un magnífico trabajo subterráneo, y las distintas fracciones del partido liberal daban numerosas proclamas como preludio de las tentativas de insurreccion. Trascribirémos entre otras la siguiente emanada de los constitucionales unitarios, parciales de la casa de Saboya:

«¿Cuáles serán nuestra conducta y nuestros actos para que desde el primer momento en que los pueblos italianos se agiten y pidan una Italia sea esta algo más que una aspiracion sublime como en 1848 y se convierta en un ente político dotado de vida?

«Al estallar el primer movimiento (hablamos de un movimiento formal, no de un acto de magnífica locura como en 6 de febrero de 1853), al ocurrir la primera insurreccion de los pueblos de Italia alzados para aclamar el reino de Italia con la dinastía de Saboya y el estatuto piamontes, parlamento y ejército tendrán en Piamonte un solo grito: victorearán á Italia, y desde aquel instante tendrá esta existencia y vida política.

«Pero ¿cómo nacerá entónces una autoridad que no sea piamontesa, lombarda, veneciana ni siciliana, sino italiana?

«Trasformándose el parlamento piamontes en parlamento italiano.

«¿Qué hará el parlamento italiano?

(1) *Coleccion de memorias. Memorias del cardenal de Richelieu*, año 1629, t. VII, p. 614.
(2) *Ibid.*, p. 606.



«Luego de establecer ciertas condiciones..., y de pedir y obtener ciertas prendas..., el parlamento italiano investirá al rey con el carácter de dictador por todo el tiempo que dure la guerra de la independencia.

«Y ¿qué hará el rey dictador?

«El rey dictador nos unificará diciendo: Pueblos italianos, agrupáos junto á mí y prestad obediencia á los comisarios que envio para armaros en guerra. Acudan de todas partes vuestras legiones á reforzar mi ejército, que no es ya ejército piamontes, sino ejército italiano, y yo estaré con vosotros...

«La opinion pública de Europa está en nuestro favor, y este es por lo mismo el oportuno instante: aprovechémoslo, pues, acudiendo juntos al terreno de la accion y actividad, no pensemos en la diplomacia sino por lo que sea menester. Si tenemos la desgracia de ser vencidos, como en 1848 y 1849, la diplomacia nos pisóteará sin misericordia; pero hagamos que el rey de Cerdeña se presente en los Alpes á la cabeza de quinientos mil combatientes, y la diplomacia, á pesar de su repugnancia, se apresurará á sancionar el hecho consumado. No nos forjemos ilusiones: el asunto de Italia es de justicia en el tribunal de Dios, pero lo es de fuerza y sólo de fuerza en el tribunal de los hombres (1).»

Los constitucionales unitarios, cuyos proyectos y designios nos ha descubierto Ricciardi, presidente perpétuo de las insurrecciones calabresas, vieran en 1859 realizado al pié de la letra el programa que á sí mismos se trazaron: todo fue italiano, es decir piamontes, durante aquel año de turbulencias, fiestas, delitos y victorias; la independencia y la dictadura se dieron la mano, y una sola alteracion muy poco heróica en verdad, aunque muy racional, introdujeron los regeneradores en el programa que por lo afirmativo y categórico podria suponerse redactado despues de los sucesos. El rey de Cerdeña debia de presentarse en los Alpes á la cabeza de quinientos mil fabulosos italianos; pero llegada la hora de la pelea se consideró más prudente sustituirlos con doscientos mil franceses en cuerpo y alma, quienes en Montebello, Marignano, Magenta y Solferino conquistaron, junto con la admiracion de Europa, la ingratitud de la Italia revolucionaria.

Para esta es la mentira cosa tan fácil como el fingido entusiasmo, y está siempre dispuesta á representar como su hermana de Francia, la gran comedia de quince años, pudiendo decirse que la falsía y el engaño hácenle las veces de segunda naturaleza. En 1856 manifiesta Ricciardi sus planes de unificacion italiana, y en 1861, al triunfar la revolucion desde los Alpes hasta el Etna, uno de los demagogos que han corrido vagamundos por todas las malas sendas, un periodista napolitano que ejerció en Paris el oficio de corresponsal cosmopolita, Petrucelli della Gatina, rasgó á su vez la última máscara en el rostro del postrer Latudo.

La victoria alcanzada habíale comunicado desusada franqueza: las imaginarias torturas que apurara Cárlos Poerio, la víctima del rey Fernando de Nápoles, pesan sobre la conciencia del traficante en indignacion á tres cuar-

(1) *Historia de Italia*, por José Ricciardi, p. 133.

tos la línea, y obedeciendo á un sano impulso despójase en la misma ciudad de Nápoles de su máscara de comediante revolucionario y escribe lo que sigue al *Indipendente* del 3 de febrero de 1861:

«Tiempo es ya de concluir con tales tonterías y decir que Poerio no pasa de ser una invencion convencional de la prensa anglofrancesa. En la época en que agitábamos á Europa y queríamos excitarla contra los Borbones de Nápoles éranos preciso personificar la negacion de la horrible dinastía y presentar cada mañana á los lectores de la Europa liberal una víctima viva, palpitante y visible para que el mónstruo de Fernando se la comiera cruda al desayunarse: entónces fue cuando inventámos á Poerio.

«Poerio era hombre de cierto ingenio, gozaba de algun aprecio, era baron, tenia un nombre conocido, habia sido ministro de Fernando en 1848, y pareciónos apto para ser la antítesis del monarca, y el milagro quedó hecho.

«La prensa de Inglaterra y Francia avivó el apetito del gran filántropo Gladstone, y este se dirigió á Nápoles para ver con sus propios ojos á aquel segundo máscara de hierro. Vióle en efecto, y enternecido dióse como nosotros á ensalzar á la víctima para hacer al opresor más aborrecible; exageró el suplicio para irritar más y más la opinion pública, y Poerio quedó formado de la cabeza á los piés.

«El Poerio verdadero tomó por lo sério al Poerio que estuvímos elaborando nosotros durante doce años en artículos de periódico á quince céntimos la línea; lo mismo han hecho aquellos que sin conocerle de cerca han leido nuestras relaciones, y lo propio ha sucedido á aquella parte de la prensa que se hizo cómplice nuestra sin mas prueba que nuestra palabra. Pero que esto haya sucedido tambien al conde de Cavour despues de haber hablado con Poerio un cuarto de hora, es cosa ¡par diez! que raya en lo imposible.»

Esa confesion, cuya ironía y chiste no ocultan lo que tiene de instructivo cinismo, es un terrible castigo aplicado á la credulidad pública. La prensa francesa, alemana, inglesa y americana, la filantropía revolucionaria de ámbos hemisferios, los papamoscas sentimentales de todos los partidos fueron miserablemente engañados por los mercenarios y refugiados de las sociedades secretas italianas; y triunfantes estos hoy se envanecen y hacen de ello chacota con singular desvergüenza, desvergüenza á la cual se asocia el periodismo contemporáneo, y que les sera perdonada por la sola razon de que toca á las sociedades secretas, despues de haber sido los hijos mimados de la democracia europea, poniendo á esta en mil aprietos con sus locas travesuras.

El Piamonte, que no habia apurado aun hasta las heces el cáliz del oprobio, quiso apropiarse los estados hereditarios de sus parientes y los que pertenecian á la Iglesia; mas para alcanzar el objeto de su doble codicia importábale ante todo separarse de Roma y ofrecer sabroso desquite á las sociedades secretas y al carbonarismo, que por tanto tiempo fueron oprimidos por la casa de Saboya y por la fe religiosa y monárquica del pueblo. Y en efecto, sus políticos y estadistas dan satisfaccion cumplida á cuantos enconos se alimen-

taban en la sombra, á cuantos codiciosos apetitos fermentaban en los pechos: la nacion queda emancipada, y en seguida, como corolario de los nuevos principios, despójase al clero de sus bienes, prerogativas é independencias. El encarcelamiento sin juicio ó el destierro indefinido es para los obispos precursor de la libertad cuyo goce quieren proporcionar á la Italia católica los veteranos del carbonarismo.

El conde de Cavour se constituye en Pedro el Ermitaño de la nueva cruzada. Constantemente huero y vacío en cuanto está lleno de sí mismo, el ministro, molino palabrero movido por la vanidad, colócase en emboscada detras de los más frívolos pretextos, y para dirigir contra la Sede romana sus hostilidades de mala ley hace en el arsenal de las triquiñuelas jansenistas y civiles provision de pomposos adjetivos, de argucias de leguleyo y de silogismos mancos; sus períodos son largos y causan daño al pulmon, «periodi nemici del polmone», como decia Algarotti, sin que el buen seso sea en ellos superior á la concision. Por medio de él ó de sus comparsas de gabinete el Piamonte fatiga á Europa con sus circulares, agobia á los periódicos bajo el peso de sus «memorandums», y establece en cada ciudad un COMITÉ NACIONAL, que formado de ordinario por un abogado lleno de merecimientos, por una Corina á media paga, por un eclesiástico vicioso, por un artista inédito y por un eterno pretendiente, agota en sus proclamas las más aparatosas figuras de la retórica para dar reglas al entusiasmo, formar en grupos á los curiosos, legislar sobre iluminaciones y banderas italianas.

Bajo el régimen de un príncipe que sólo tiene de grande los bigotes y que sin cesar es presentado como prototipo de los monarcas constitucionales, ó por mejor decir de los reyes holgazanes, insaciables y dados á los placeres sensuales, otorga el Piamonte á la licencia impía y parlamentaria el derecho de secuestro sobre las libertades de la Iglesia. Víctor Manuel es «il re galantuomo» por igual antífrasis que su padre Cárlos Alberto, derrotado siempre, fue la «spada vittoriosa».

Miéntras llega el tiempo en que ese «hombre caballeroso», despojador de su familia toda, sea llevado al lugar á que la justicia de Europa y la severidad de la historia han de relegarle en breve, entre una parodia de Julian el Apóstata y una caricatura de Enrique VIII confiérenle los unitarios italianos diploma de patriotismo y bizarría. Los demagogos del mundo todos corresponden á sus entusiastas aspavientos con aspavientos más frenéticos aun, y el reyezuelo de la falda de los Alpes pasa de su oscuridad nativa á la deslumbradora luz de una gloria sin igual. La revolucion, que por sistema ú oficio no ha profesado jamas muy respetuoso culto á los buenos príncipes dignos de este nombre, equipara á Víctor Manuel en la clemencia á Tito, en la sabiduría á Marco Aurelio, en la devocion á la romana Sede y Carlo Magno, y en la piedad á san Luis; en sus momentos de ocio regálale coronas de falsos laureles al tiempo que el Almaviva coronado teje para sí guirnaldas de agostados mirtos.

La ciudad de Turin ha sido convertida en asilo de los refugiados italianos, los cuales son alistados como senadores, catedráticos y diputa-

tados al compas de sus adulaciones á sí propios que llegan hasta el delirio. El liberalismo les proporciona el oficio de ministros constitucionales hasta el dia en que conocerá ser necesario proteger á Italia por medio de algunos «bravos» de dictadura, y miéntras esto sucede se destierra á los arzobispos, oprímese con amenazas y con el peso del terror á prelados, clero y pueblo (este siempre bueno y siempre víctima), y no siendo todavía suficientes esas compensaciones demagógicas elévanse estatuas á las iniquidades de Siccardi, la gloria papelera de Gioberti llega á tener su cachito de mármol lo mismo que otra cualquiera, acúñanse medallas en honor de Orsini, el asesino bombardeador, á quien se saluda con el nombre de mártir de la independencia italiana, y por un sentimiento de ridículo encono hácia Austria no falta nunca una bandera en forma de pañuelo para enjugar las lágrimas de Italia. El liberalismo piamontes ve correr el llanto más allá del Tessino, en el Adigio, en el Po y en las lagunas de Venecia, sin observar el que se vierte en su propio territorio.

¿Acaso la leal y católica Saboya se encuentra bien hallada al mirarse corrompida administrativa y legislativamente? ¿Quién no ve sus estremecimientos al pensar que su último hijo y su último escudo están destinados á pagar orgías liberales y á sostener ambiciosas guerras? Ya que el Piamonte se constituye en vengador de la nacionalidad italiana y quiere romper los tratados que forman el estado geográfico y el derecho de Europa; ya que su buen deseo está italianamente puro de toda mácula egoista, ¿por qué no empieza por acceder al deseo que tantas veces ha manifestado la antigua república de Génova? Un siglo y más de un siglo ha trascurrido desde que Lombardía acató el cetro de la casa de Austria, y el Piamonte excita á sus «hermanos lombardos» á la conquista de su independencia; sea esto en buen hora. Pero ¿ha preguntado acaso á la república de Génova si preferiria la restauracion de la antigua autoridad de su dux á encontrarse bajo la tutela de un intendente piamontes? ¿Por ventura la majestuosa ciudad de los Adornos y Fregosos, de los Dorias y Fieschis no ha murmurado descontenta alguna vez, y acaso es cosa inaudita haber el Piamonte ahogado los murmullos con los cañones de su derecho que sólo data de los tratados de 1815?

Ya que la revolucion no puede agitar á Francia, pónense de centinela las sociedades secretas en su frontera del Mediodía y del Norte, y al tiempo que la Iglesia restaña en Paris sus heridas la revolucion abre el fuego contra la Sede apostólica, ora desde Turin, ora desde Brusélas.

En esta última córte, en el centro de la católica Bélgica, donde la libertad de la fe pensó un dia establecer la libertad del espíritu humano, ha crecido una generacion de abogados y de aspirantes á escritores que tienen la francmasonería como palanca de electoral esclavitud y la guerra á Dios por una especie de culto. La alianza de 1830 no ha dado mejores resultados que la de 1790, y el liberalismo hase vuelto violento é inícuo con la ley en la mano, pues él mismo la vota. Y cuando no le es lícito dictarla organiza el motin en las calles para servir de contrapeso á una mayoría católica, siendo las asonadas con él y por él las que forman y ase-

guran el equilibrio de los poderes conforme al rito de la fraternidad social.

Tiempo há que está en proyecto una ley relativa á la caridad y asistencia pública, y este punto, decidido de antemano por todos los hombres sesudos y hasta aceptado por los liberales consecuentes con sus principios, no ofrece pábulo alguno á las malas pasiones: su objeto evidente, segun dice M. Ducpetiaux, es afianzar el bienestar de los pobres y favorecer «las buenas obras sin distincion de clase, ya sean protestantes, israelitas, filantrópicas ó filosóficas (1).»

La revolucion, que sostiene en Bruselas fábrica de espíritu anticristiano, tiene igualmente en su recinto un depósito de antisociales doctrinas, de modo que si en todos los puntos del globo existen cofradías de la buena muerte, sólo en aquella ciudad, junto á sus universidades libres y á sus logias demagógicas, han podido las sociedades secretas y el falansterio formar una sociedad para la mala muerte. Establecida esa sociedad para la perversion especial del artesano, no tiene mas reglas ni estatutos que apartar «solidariamente» á aquel de la iglesia parroquial; él y su familia reciben una prima anual de corrupcion; mas para percibirla ha de probar que su hembra y sus cachorros nacen, viven y mueren sin sacramentos. Todos le están prohibidos, desde el Bautismo hasta la Extrema-Uncion, y fuerza le es sujetarse á la apóstata tiranía, bajo pena de verse privado del odioso subsidio que las logias recaudan en sus banquetes, ó que la revolucion exige á las sociedades secretas.

Lo que se llamó cuestion de la caridad presentábase, pues, en ocasion muy oportuna; en su favor estaban el buen sentido público y la razon de estado, y en la nacion, lo mismo que en los cuerpos legislativos, reunia notoria mayoría. El liberalismo, empero, conviértela en ley de conventos, resucita el espantajo de las manos muertas, y por medio de esa estratagema parlamentaria y periódica agrupó á sus libertos de la airada vida y á sus siervos de la mala muerte, hasta que un dia, desesperando del triunfo, los lanzó amotinados á la calle. La asonada encontró autoridades complacientes, magistrados mudos y burgomaestres dóciles; los generales que quisieron combatirla fueron reprendidos ó cayeron en desgracia; la Sede romana, insultada en la persona de su nuncio como lo fuera el ejército belga en la honra de sus caudillos, hubo de recibir humilde una afrenta meditada y resuelta por predicadores de anarquía, abogados ambiciosos y periodistas que recibian de la judería los temas y el salario de sus artículos; y del motin, organizado por manos liberales, nació un nuevo ministerio.

Pero esa insurreccion de rompefaroles, de asesinos y comisarios de policía pagados todos por el liberalismo, no era mas que un ensayo y un primer paso dado por la federacion revolucionaria. Así lo comprendieron Roma y Europa, y por lo mismo experimentó la verdadera nacion belga gran susto y alarma. ¿Será para ella ese susto madre de un buen pensamiento que la guie á la salvacion?

(1) *La cuestion de la caridad*, por Ed. Ducpetiaux, inspector general de cárceles y establecimientos de beneficencia, p. 19 (Bruselas, 1859).



De aquel proyecto, de aquellas asonadas de que fueron cómplices muchos empleados públicos y representantes del pueblo, hase desprendido una enseñanza muy provechosa para la revolucion y tambien para la Iglesia. El proyecto de ley atribuia á los ciudadanos la facultad de testar segun su conciencia y sus aficiones, y permitia que la caridad individual, el arrepentimiento ó la piedad dispusieran libremente de sus bienes, dejando salvos, como es de suponer, los derechos familiares y la suprema inspeccion que al estado corresponde. Pues bien, semejante facultad ha sido negada por el liberalismo belga, de modo que ahora la libertad de donar, que es para el rico un deber, y la libertad de aceptar, que es un derecho para el pobre, se encuentran implícitamente destruidas.

En Francia, en Piamonte, en Bélgica, por todas partes en fin donde ha logrado señorear la revolucion, queda prohibido obedecer impulsos del amor y los consejos de la caridad; el liberalismo vela á la cabecera de los moribundos y les priva de rescatar por medio de oraciones ó limosnas los yerros de la existencia de que van á dar cuenta; la Iglesia y los pobres no pueden ser partícipes en la division de un patrimonio adquirido muchas veces Dios sabe cómo, pues la ley tan rigurosa en ese punto se dobla y presta á mil transacciones para quien traspasa el límite de la familia y del respeto que se debe á sí propio.

La Iglesia y los pobres no pueden, no deben aprovecharse de una liberalidad que seria un beneficio, una expiacion ó quizas un acto de justicia. Pero extiéndase un testamento en provecho de una asociacion perniciosa ó de un escándalo social; procure una mujer, cuya pasion ménos vergonzosa sea el amor á los placeres retener bajo el hechizo de una seduccion nunca difícil á un hombre rico y cargado de años, y procúrelo hasta los postreros dias del desgraciado; aparte de él entónces á sus deudos, á sus amigos todos y al sacerdote del supremo momento; prepare para él una muerte semejante á su vida, una muerte á la que niega la mentira y la codicia invoca, y á esa mujer no se la acusará de captacion, de dolo, ni de fraude. La ley nada tendrá que ver ni indagar en aquel féretro ni en aquel testamento, y dirá á los parientes que la vida privada ha de ser campo cerrado en el cual sólo pueden penetrar los códigos para contrastar á la Iglesia, al remordimiento ó á la caridad.

En tiempo de Luis XIV, en aquel siglo de prolongadas penitencias y muertes ejemplares, el cardenal de Retz, la señorita de la Vallière, la duquesa de Longueville, la marquesa de Montespan, el eclesiástico Rancé ofrecieron sublimes modelos de abnegacion y dolor; aquel siglo arrepentíase en público por medio de sus famosos personajes; mas ahora no sucede así. Vese por el contrario á los herederos de preclaros nombres llegar hasta el sepulcro, caer en él en brazos de mujeres perdidas y espirar entre sensuales deleites, siendo su postrer visaje último testimonio de inmoralidad. Testamentos hay en que se legitima el adulterio; otros en que se enriquece al libertinaje, y no fuera difícil citar algunos, obra de mujeres de una sociedad poco há oficial, en los que quedaban desheredados hermanos y es-

posos para favorecer á un antiguo cortejo. En el concepto legal tales testamentos son intachables; únicamente la honra posee derecho para avergonzarse por ellos, y no está prohibido á las familias dirigirles sus maldiciones. En medio de tanto rápido y colosal enriquecimiento que llega á ser escándalo público y secreta tentacion de todo el mundo, los favorecidos llaman á esto fortuna y buena suerte; pero observen que es suerte encontrada y recogida en el camino de la policía correccional.

Semejantes anomalías, que la revolucion se esfuerza en poner en boga porque fomentan las insolencias del vicio que de este modo se levanta hasta el lujo aun despues de fallecido, son mucho ménos raras de lo que se cree, y preparan para la sociedad cristiana peligros y oprobio sin límites, pues con la consagracion del vicio encamínanse nada ménos que á la disolucion de la familia.

Pero al paso que independientemente del legislador encuentra el vicio la hospitalidad y la limosna del silencio en ciertas combinaciones legislativas, dispónese todo en Roma para tributar á la más pura entre las vírgenes el rendido y brillante homenaje que se debe á la Madre de un Dios.

Tiempo há que se está tratando en la Iglesia de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion, é ilustres y santos Pontífices intentaron distintas veces resolver un punto que tenia dividido al mundo cristiano y que con frecuencia sirviera de tema teológico á las discusiones de las escuelas. Benedicto XIV habia consagrado á él los más floridos años de su glorioso pontificado, y confió á un su gran amigo, el padre Budrioli, de la Compañía de Jesus, el encargo de extender la minuta de una bula que proclamase el dogma de la pureza y del agradecimiento (1); los sucesos, empero, pudieron más que la fe y la voluntad de los Sumos Pontífices, y la Iglesia limitóse á dejar que se instruyera la causa, á presenciar los debates y tambien á dirigirlos, esperando con su espíritu de tradicional consecuencia las circunstancias favorables, dispuesta á resolver lo que hubiere de ser creido y aceptado.

La Inmaculada Concepcion forma parte sin duda alguna del depósito de las revelaciones divinas; pero en ellas está contenida de un modo, por decirlo así, oscuro. Hasta el tiempo de la herejía de Pelagio no fue esa tésis planteada por santo padre ni doctor alguno, por más que de cuando en cuando surquen sus escritos unos como luminosos rayos que indican su opinion y el modo de sentir de la Iglesia; pero al negar Pelagio la propagacion del pecado original en los hijos de Adan, este error llevó á los santos padres á sostener que no hay criatura nacida de mujer que no experimente la degradacion funesta, aunque, así á juicio de los doctores de la época como de san Agustin nunca estuvo sujeta la Vírgen Madre á esa ley general.

Sobre ello profesaba la Iglesia el principio de libertad de discusion, y esta discusion era semejante á la pequeña fuente del libro de Ester, que creció hasta ser rio, y fue convertido en luz y en sol, y derramó aguas en

(1) El manuscrito del documento puesto en manos del papa Benedicto XIV en Castel-Gandolfo existe todavía en los archivos del Gesù.

grandísima abundancia (1). Pero la Romana Sede no vacilaba; Sixto IV no dudaba ya, y Roma consagraba en su liturgia el nombre de Inmaculada y saludaba á María como concebida sin mácula de pecado. Esto no obstante, la realizacion del santo deseo habia sido imposible á los papas más poderosos; pero apénas ascendió al solio Pio IX presiente que tamaña gloria está reservada á su Pontificado. Si los dias son malos y los tiempos dolorosos cree el Papa que como compensacion de las tribulaciones que su bondad le causa le está reservada inmensa y religiosa ventura, y alentado por tal pensamiento dirige su voz en 2 de febrero de 1847 á los obispos todos de la cristiandad para solicitar su auxilio é invocar el de pastores y rebaños. A ella contesta el mundo católico aclamando á María, y por lo mismo sólo falta aprovechar el instante oportuno, pues comisiones establecidas en Roma y formadas por los más piadosos y doctos teólogos (2) teníanlo todo preparado y dispuesto para el triunfo de la Vírgen.

Estalla la guerra en Crimea como derivacion revolucionaria, y la revolucion siempre temerosa, al ver moverse los ejércitos se detiene y suspende: es aquella para las naciones y los príncipes hora de temor y esperanza, y el Pontífice, que ha participado de ambos sentimientos, quiere darles su recompensa.

Á su voz únense al Sacro colegio más de doscientos obispos de la cristiandad; en 8 de diciembre de 1854 Pio IX proclama solemnemente en la basílica de San Pedro el dogma de la Inmaculada Concepcion, y aquel dia Roma, á la cual la revolucion en sus sueños ó mejor en sus deseos viera entregada al protestantismo, prorumpió en trasportes de alegría. El agradecimiento y el amor hablan en las oraciones de aquel pueblo, y en los confines del Oriente y Occidente, y hasta en las remotas regiones polares, por todas partes donde el Evangelio ha llevado la civilizacion, así en las ciudades como en las aldeas de la antigua Europa, relátase y festéjase á una misma hora la obra del Señor. Al alborozo de Roma acompañan una fiesta filial y una iluminacion espontánea, gigantesca y verdaderamente fraternal, y tambien la Iglesia entera aplaude y se regocija. Tambien ella ensalza á la Vírgen y al Pontificado, y entónces Pio IX, rodeado del imponente cortejo de obispos que representan al orbe católico, puede decir con santo orgullo lo que tantos predecesores suyos habrian anhelado proclamar: «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oir lo que ois y no lo oyeron (3).»

La Iglesia universal se ha reunido para definir un dogma anhelado muchos siglos habia como apoteósis de la Madre, y estudia, profundiza y resuelve el punto con toda la madurez de un juicio sin apelacion y obligatorio

(1) Ester, c. X, v. 6.
(2) Varias comisiones deliberaron sobre acto de tanta trascendencia. La última, *specialissima*, encargada de redactar la bula, componíase de los prelados Pacifici, Cannella y Barnabo, este cardenal en el dia, del padre Perrone, jesuita, y de otro padre de la misma Compañía.
(3) *Evang. secund. Luc.*, c. X, v. 23, 24.

para la fe. Veamos ahora cómo procede la revolucion al fabricar los dioses que lleva á los altares.

A fin de que nazcan á cada minuto religiones nuevas en tanto que llega la hora de suprimirlas todas, esfuérzase en hacer dejar á los hombres los trillados senderos que siguieron sus mayores; niégase á someter la razon individual á las doctrinas que acataron sumisos los más claros ingenios, y para renovar el mundo encarga á los locos del charlatanismo que derramen sobre la tierra el rocío de su intolerable orgullo. La demagogia no quiere más misterios, más Dios, ni más Papa; su fe se cifra únicamente en lo desconocido, y lo consagra desde lo alto de una barricada ó desde un fumadero universitario. Y luego que esos obreros de tinieblas se han presentado á las adoraciones del vulgo aclámales la revolucion como la verdad de los tiempos modernos: para todos los vicios tiene cultos y los inventa para todos los absurdos.

Catalina Théos le proporciona una religion imaginaria; Saint-Martin el teósofo sueña otra enteramente mística en la que se manifestará el Hombre-Espíritu; la convencion declárase atea delante de la ley, y Robespierre crea para sí un Sér supremo en competencia con la diosa de la Razon. La Réveillière-Lepaux constitúyese dictatorial misionero de la teofilantropía, y Cabanis predica el «caput mortuum», buscando sin hallarla una huella de Dios en las sajaduras que hace su escalpelo y en el alambique de los sabios del instituto. Dupuis profesa una religion astronómica; Volney adopta la de las ruinas; Camus, Benjamin Constant y Thiers idean un culto al estado; Vintras y Digonnet saludan la era de las Misericordias, y Lamartine la de un neocristianismo del cual él es único sectario y el más incomprensible misterio. Tiene Châtel su religion francesa; Ganneau su cultò del positivismo, y Augusto Comte el de la humanidad. Juan Reynaud rehabilita la carne, Ernesto Renan proclama el panteismo humanitario, y de tanta multitud de dioses inventados en Francia en un falso Sinaí ¿qué ha quedado? ¿qué queda?

¿Qué ha sido en Alemania, en los Estados Unidos y en todas partes de Ronge y su cisma, de Strauss y su religion sincretista, de Tomski y Drunski, de Mickiewicz y Wolf, de los universalistas y mormones, de Leopardi y Quinet, y de cuantos enloquecidos por necio amor propio convierten á Dios en simple fórmula de álgebra ó imaginacion?

No es esta la vez primera que la revolucion, nuevo Saturno, ha devorado á sus hijos; mas hoy devora tambien sus dioses y no cree ya en sus profetas. Anunciaron estos, heraldos de la regeneracion social, que sin mas fuerza que una conviccion sincera trasladarian montes, cegarian valles y convertirian la tierra entera en eden de felicidades inmortales y de opulencia sin trabajo, abrigando san simonianos, icarios, comunistas y falansterianos en su corazon y en su mente proyectos capaces de hacer morir de envidia á los legisladores, guerreros y moralistas de todas las edades.

Por fin ha hallado la revolucion el verdadero campo de batalla para empeñarla con la Iglesia; entre una y otra no se trata ya de dogmas ni conspi-

raciones, de principios ni atentados, de esclavitud ni libertad; la revolucion toma por último reducto las victorias utilitarias, y desde allí dirige á la Iglesia amenazador reto. Pero sin aceptarlo siguió la Iglesia su camino, y en él sólo encontró á sofistas de fraternidad que, enemigos cordiales entre sí, se degollaban mútuamente, y como en el Deuteronomio preguntó: «¿Dónde están sus dioses, en los que tenian confianza (1)?»

Esos adversarios de las doctrinas y de las sectas todas habíanse presentado á los hombres como infalibles regeneradores; á oirlos habian de embellecer la tierra, rejuvenecer á la humanidad, dar al sol nueva luz, y establecer, segun expresiones de Ciceron, «la distincion de lo justo y de lo injusto, ley verdadera y suprema á la cual toca, por ser la recta razon de Dios, ordenar y prohibir (2).» Y cuando al fin, abandonando la penumbra de las promesas y dorados sueños los inventores de cultos materialistas y de ídolos vulgares quisieron emprender la senda de las reformas prácticas y trasformaciones radicales, nada ménos se propusieron que trastornar de arriba abajo el mundo antiguo por medio de la revolucion, y pusieron todos manos á la obra para reconstituir otro nuevo, cimentado en la asociacion y comunion de las almas.

Al principio no tienen mas que desear para obtener, y como si el milagro de la renovacion estuviese ya consumado, todo se les otorga y prodiga. Tienen oro, valor, inteligencia y fuerza; encamínanse á conquistas indudables, y desde sus periódicos presentan ya cada dia las armas á sus futuros triunfos. Ya que la «maldita raza civilizada» ha despreciado las maravillas del falansterio y de Icaria, lánzanse Víctor Considérant y Cabet á los vírgenes prados de los Estados Unidos para hacer que en ellos florezcan el comunismo y la idea humanitaria.

Algunos meses trascurren llevando á los sectarios punzantes desengaños de fraternal encono y las angustias todas de la miseria. Cabet, renegado y maldecido por los suyos, muere de vergüenza en un rincon de América, y en 1858 publica Víctor Considérant un folleto titulado «Desde Téjas», en el cual se lee lo siguiente: «Despues de tres años ó poco ménos de silencio, silencio comparado con el cual habria sido grato el de la tumba hablo hoy otra vez habiendo visto devorados la mayor parte de los fondos disponibles de la sociedad colonizadora, de que era yo fundador y jefe, en operaciones, no diré poco conformes, sino absolutamente contrarias al plan por mí propuesto y por todos adoptado y al espíritu de los estatutos que habian convertido en código las ideas contenidas en el mismo.» Y más adelante el caudillo del falansterio añade que «sólo le quedan fuerzas para dejar oir débil estertor, rendido, aniquilado y anonadado como está lo mismo que si fuera cadáver con vida, estado mucho peor que el del cadáver muerto; estado tan horrible, dice, que aun cuando volviendo á él me fuese dable

(1) *Deut.*, c. XXXII, v. 37.
(2) *Cicer.*, *De legibus*, l. II.

salvar á todos mis amigos la vida, salvar á la humanidad, salvar al mundo entero y al mismo Dios, sin vacilar me negaria á ello.»

El creador de los mundos armónicos, el filósofo inapelable que por espacio de más de veinte años quiso ponerse en lugar de la Providencia y de la Iglesia, ha experimentado al igual que el padre supremo de los sansimonianos á cuán poco alcanza su imperio sobre los hombres, y hemos visto su deplorable fin. Inválidos de la razon los innovadores arrojaron el guante á la Religion y al Pontificado; no hubo revolucionario que no quisiera ahogar á una despues del otro por no llenar ya el fin providencial del trabajo de los siglos, y ahora, juguetes de sus propias víctimas, confusos y anonadados en el abismo de su desesperacion, sin haber establecido cosa alguna y sin haber sabido crear ni siquiera un campamento, asisten con nosotros al religioso espectáculo que nos llena de júbilo.

Alistados por la revolucion como braceros de ruinas vinieron para destruir y han cumplido admirablemente su tarea. Pero como sólo la fe es la que edifica y fecunda ha llegado la revolucion á apurar sus recursos todos, y maestros y discípulos acreditan su impotencia á excepto para fundar la anarquía. Veamos ahora lo que junto á ellos ha producido la Iglesia, y del paralelo resultará la demostracion más elocuente.

La Iglesia no ha olvidado jamas que Dios, segun palabras de Santiago (1), ha elegido á los pobres de este mundo para que sean ricos en la fe y herederos del reino que el mismo Dios prometió á los que le aman; pero la arrogancia de los profesores de filantropía y humanitarismo no se dignó fijarse en esos preceptos de sencillez apostólica, y como las hermosas flores que flotan en la superficie de negras y cenagosas aguas desdeñaron lo que creyeron muy inferior á ellos.

No peca la Iglesia por soberbia semejante. y al propio tiempo que contempla sonriente la extravagante desesperacion de un sofista, corona con auréola de luz la abnegacion de una humilde artesana bretona cuyos conocimientos se reducen á amar á Dios y servir á sus prójimos. Dispersos y escarnecidos están los filósofos famosos, los maestros de cultos nuevos, y en tanto Juana Jugan, fundadora de las hermanitas de los pobres, escucha bendecir su nombre desde Roma hasta Moscou sólo porque fue madré y nodriza. A la vista de reyes y pueblos hácese la maravillosa apoteósis de la caridad en la indigencia, y la multiplicacion de ese grano de mostaza es espectáculo digno del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres.

La revolucion dió muerte á las órdenes religiosas, y al hacerlo mostróse consecuente con su principio. Pero ya á la voz del Pontífice supremo prepáranse las órdenes religiosas para nueva existencia: cultivan unas las ciencias ó la tierra; establecen otras escuelas, hospitales, casas de retiro y granjas modelos, y todas rivalizan en ardor para seguir el impulso comunicado por Pio IX. En la época de Luis XVIII y Cárlos X no habia enronquecida voz de liberalismo que no cantase con sarcástico y provocativo acento:

(1) *Jacobi epist.*, c. II, v. 5.

Gracias á la Vírgen y á los santos todos, los capuchinos ya vuelven.

El liberalismo pone en boga esas necias ruindades; Béranger las convierte en obscenos y groseros versos, y entónces ni por pienso se habria atrevido nadie á resucitar á un capuchino con el hábito de paño burdo, la cabeza afeitada y descalzo. Hoy, empero, los capuchinos renacen espontáneamente, y Francia no se admira poco ni mucho de su premeditada temeridad ni de la veneracion que los rodea. Y en efecto: ¿acaso no es el capuchino el indigente voluntario que sostiene al pobre en medio de las borrascas de la existencia?

La revolucion ha negado al catolicismo el derecho de propagarse y ha querido privarle de cuantos recursos tenia en su mano, y el catolicismo le contesta con un desenvolvimiento de obras morales cual no se viera desde el siglo XVII. Innúmeras sociedades de oracion, celo, caridad, educacion para todas las edades, todos los lugares, todos los idiomas y todas las necesidades rodean y llenan el mundo; la obra de Pio IX en Alemania, la de las escuelas de Oriente, la de la Santa infancia, todo nace, crece y se multiplica al impulso de reparadora diestra. Desde la cima de la cordillera Peñascosa hasta las márgenes del Gánges, desde China hasta los confines de Africa aumentan y prosperan las misiones y edifícanse iglesias al tiempo que se establecen nuevos obispados. El lema del apostolado ¡marchemos y muramos! trasmítese con igual entusiasmo que en las pasadas edades, y los misioneros marchan y mueren, pero su sangre fecundiza cristiandades nuevas.

Las órdenes religiosas, irrevocablemente proscritas y anonadadas por la revolucion, renacen de sus cenizas legislativas: vense ya dominicos cubiertos con el hábito de su inmortal fundador, que predican y enseñan; existen redentoristas belgas y franceses que evangelizan y escriben, benedictinos que abren el surco de la eclesiástica doctrina, religiosas practicando en mil conceptos la caridad, educando la infancia y prodigando la más útil y bella enseñanza con su abnegacion en favor de los indigentes y menesterosos.

Los trapenses enseñan la agricultura á los árabes, y los padres Brumauld y Abraham, de la Compañía de Jesus, establecen en Ben-Aknoun y en Bouffarick colonias agrícolas donde se acostumbra á los huérfanos desde los años primeros, al trabajo, al órden y á la economía para que formen en breve la verdadera Argelia francesa.

Jesuitas hay tambien en Cayena: díjoles el gobierno que en aquella mortífera region habia desterrados políticos y reos de delitos comunes, que padecian y morian sin esperanza ni consuelo, y sin vacilar partieron (1). Desde entónces, al propio tiempo que la justicia humana caia sobre los infelices condenados, vieron abiertos los brazos de la misericordia.

Así comenzó, así concluye esa pelea en que temerarios ingenios, imaginaciones exaltadas, follones malandrines, con la máscara de humanitarios

(1) Desde el dia en que los jesuitas fueron abolidos en Francia por decision del parlamento del año 1762 el nombre de jesuita ó de padre de la Compañía de Jesus no volvió á emplearse en documento alguno gubernativo, lo cual habria sido delito de lesa revolucion, hasta que el terrorífico formidable nombre se pronunció en los títulos de su mision á Cayena



campeones, eruditos de ateneos y escuelas blandieron como armas el chiste, la ciencia, la flaqueza de los príncipes, la ambicion de los reyes, la credulidad de los pueblos, el fanatismo del vulgo, las preocupaciones de la ignorancia y la apostasía de algunos sacerdotes. Contra la Sion bendita del cielo á quien el Señor prometiera ancianidad sin decrepitud é ilimitado imperio, los blasfemadores de toda majestad divina y humana, los fanáticos del hecho consumado, los cortesanos de la audacia afortunada, los asentistas de melosas frases puestos al servicio de la hipocresía asociáronse todos formando unánime y sacrílego deseo, y por algunos años permitióseles disponer de la potestad del mal. Para derribar el edificio cuyos cimientos ve el Salmista á mayor altura que las colinas eternas, conjúranse jansenistas, filósofos y déspotas de toda laya, y levantan altar contra altar, cátedra contra cátedra, pastor contra pastor; trasfórmanse y altéranse las doctrinas, la luz se confunde con las tinieblas y queda oscurecido el esplendor del sol de verdad; desdeñosa veneracion y menosprecios ultrajantes, máximas de tolerancia y frenesí perseguidor, la calumnia y la espada, las conjuraciones mejor urdidas y las alianzas más monstruosas, el sarcasmo y la compasion, la copla y la guillotina, el escepticismo y el terror, todo fue empleado en proporciones gigantescas. Pero ¿qué queda de tantos y tan astutos propósitos, de tantos y tan infalibles planes, de tantas y tan pérfidas tramas? Agotados están los recursos de la humana sabiduría, y el resultado ha sido quedar esta convicta de locura: siempre lo falso debe ser flaco.

La filosofía, la ciencia, las abstracciones especulativas, los descubrimientos, las cosmogonías, los sistemas, todo ha envejecido y pasado. Y ¿qué produjeron esas teorías más ó ménos insensatas? ¿En dónde está el sabio, como decia el ilustre Apóstol? ¿En dónde el escriba? ¿En dónde el escudriñador de este siglo (1)? Por haber sembrado en la corrupcion de la carne, recogen la podredumbre y la muerte, y oyen los silbidos de que hablan las profecías de Ezequiel, acerba y punzante ironía que es venganza de Dios y recompensa del justo.

La revolucion sorprendió á la Iglesia romana en una hora de postracion ó sueño, y pensando que habia de vencer con facilidad al antiguo Pontificado sobre el cual pesaban diez y ocho siglos de gloria apostólica, literaria y política, atacóle furiosamente. A un tiempo mismo vióse la romana Sede combatida en todos los reinos católicos, y las órdenes religiosas fueron dispersadas, desmantelada la Iglesia, madre nuestra, siempre casta y siempre fecunda, su clero despojado y sus bienes dilapidados; con la amenaza de destierro, cárcel y muerte hásele exigido en nombre de un Dios de paz el sacrificio de su honra y de su fe, y sin proferir una queja, sin murmurar siquiera murió el Sacerdocio en rios y en cadalsos, y en su misma flaqueza y en sus mismos dolores muéstrase patente y brilla el poderío de la Iglesia. Entónces, como siempre, fue verdad lo que dijo Tertuliano: «Sus heridas son sus glorias, y apénas recibe una restáñala esplendente corona. La sangre que

(1) *Corinth*, c. I, v. 20.

derrama hace brotar nuevos laureles, y son más las victorias que alcanza que las violencias que padece (1).»

Cuantas sectas existian en el mundo fueron acaudilladas por la revolucion y lanzadas en estrecho hermanamiento á la lucha contra Roma: la academia y el pórtico, monarcas y sociedades secretas, ejércitos y pueblos, judíos y cristianos evangélicos, el carbonario que asesina en aras del progreso y el mal sacerdote italiano que es entre los malos el más detestable, todos fueron llamados bajo su bandera. Tres distintas veces fueron Roma y el Pontificado pasto de invasores que, blandiendo la espada, profetizaban el naufragio de la barca de Pedro, y la filosofía cantaba victoria contra Cristo: pero esa filosofía que aspiraba á precipitar al mundo desde la cima de la civilizacion al abismo de la barbarie no tenia por satélites sino asquerosos seguidores, flores demagógicas que brotaban en el muladar de las revoluciones. Y no debia, no podia esa misma filosofía pronunciar el divorcio entre el cielo y la tierra; la sima abierta por tantos brazos se ha cegado al fin, y la pasion por lo malo, la aficion y aprecio á toda clase de iniquidades han concluido por desmentirse á sí propias.

En medio de la portentosa ceguedad que ha herido á la generacion nuestra, en el porfiado combate en que el Pontificado ha tenido más de una vez que despertar á los tímidos que, ocultos en lo más secreto de sus viviendas, rodeábanse de indiferencia y olvido como de un muro contra el porvenir, la fuerza y el triunfo estaban sin la menor duda por los turbulentos é hipócritas. La bestia del Apocalipsis era contemplada con admiracion, adorada en la tierra, y consternado el cristianismo balbucia: «¿Quién es á ella semejante, y quién puede resistirle?»

Roma no participó del espanto ni del desaliento, y miró impasible las vanas esperanzas del enemigo y sus efímeros sectarios. Sabia el Papa ser el sacerdote eterno, y cuando las naciones iban contra la Sede apostólica, era él su juez y las absolvia ó condenaba. Dictador perpétuo de las almas, segun bellas expresiones de Ciceron, estaba cierto de que el deseo de los pecadores está destinado á perecer, y dejaba que los arquitectos de revolucion preparasen por sí mismos su ruina. Habíales otorgado Dios el tiempo representado en el reloj del rey Ezequías, y lo aprovecharon únicamente para consumar la desgracia de muchos.

La victoria de la romana Iglesia que de continuo presenciarémos no es definitiva, como no lo ha sido ninguna de las anteriores: despues de Constantino nació Arrio, despues del concilio de Trento y del triunfo de la verdadera reforma contra el libre exámen y Lutero, presentáronse el jansenismo y los sofistas del siglo XVIII, amamantando á la revolucion á los pechos de una incredulidad salvaje.

Quizas existen ya los gérmenes de nueva guerra; pero esos mismos gérmenes, ignorados aun, sólo sirven para confirmar la esplendente victoria de que somos testigos, y más todavía podrémos comprender su munificencia y

(1) Tertull., *Scorp.*, núm. 6, p. 622.

los peligros que hemos corrido cuando la antorcha de la historia haya desvanecido la espesa niebla de lo presente, que nos impide apreciar de un modo exacto el conjunto de los sucesos. Entónces, á ejemplo de Horacio, al saludar la inmortalidad de Roma por medio de los temblorosos labios de Aníbal, la cristiandad exclamará: «Ella es la añosa encina de las fecundas selvas del Algida; no importa que su parduzco ramaje caiga á los golpes de cortantes hachas; el daño es para ella crecimiento; de sus propias cenizas renace, y el mismo hierro que la hiere es instrumento de su gloria (1).»

La perpetuidad de Roma, que fue la única y verdadera fe de la antigüedad gentílica, lleva en sí cierto misterio, y el concilio de Nicea mandó traducir al griego la cuarta Egloga, en la que resume Virgilio las profecías sobre el Deseado de las naciones. Con el cantor de la «Eneida» sabe Roma no haber señalado Dios límites ni espacio á su poderío, sino que le ha dado un imperio sin fin, y la ciudad señora del mundo ajusta á este pensamiento su conducta. El «imperium sine fine dedi» pasa de la poesía á los profetas y de estos á ser una realidad absoluta (2); y aquella Roma, viuda de un pueblo rey y reina del mundo todavía, pertenece y es propia de todos y es herencia y gloria de la humanidad. Impávida ha presenciado mil catástrofes y ha sobrevivido á la agonía de las naciones, y como en el himno de san Próspero puede sin temor decir con uno y otro hemisferio agradecido: «Roma, sede de Pedro, y cabeza en este concepto de la jerarquía pastoral en el universo entero, ha subyugado por medio de la religion lo que no pudo por medio de las armas.»

En el cielo y en la tierra diósele la omnipotencia, y si ántes padeció ahora reina. Apagábase la caridad, la fe estaba próxima á extinguirse, y desencadenado el dragon señoreaba en cien comarcas y seducia á las naciones. Y no era como en los tiempos antiguos un error que se deslizaba furtivo, sino la confusion de todos los errores, la coligacion de los vicios todos de la inteligencia, llevando en pos el moral embrutecimiento.

La revolucion habia tomado y tomará otras veces el nombre de misterio; habíalo escrito en su frente y queríalo grabar en los escombros ó en la premeditada humillacion del Pontificado.

Pero de pronto, para consolarle de las ingratitudes, persecuciones é ignominias y enseñar á los hombres cuanto puede la Iglesia, asociada al régimen de los humanos asuntos, en favor de la prosperidad de los estados, redujo Dios á la nada el oropel de la incredulidad, el artificio de los escritores, la novedad de los sistemas, la fuerza de los ejércitos, los cálculos de la política, las quimeras unitarias, el colosal poderío, las celadas de las sociedades secretas, las hostilidades sordas ó manifiestas del hipócrita respeto y del fingido cariño, el aborrecimiento del inglés, la malicia de los cismas y la insensatez de las maquinaciones.

Ante el espectáculo que á nuestra vista se ofrece y que como espejo re-

(1) *Carminum*, l. IV, od. IV.
(2) *Eneida*, l. I, v. 282.

flejan los títulos de los cinco libros que forman la presente obra, humillan los pueblos la frente, y comprendiendo por fin los dolores y gozos del Pontificado, vuelven los ojos á Roma y con los profetas dicen: «Levántate, nueva Jerusalen, y deja tus vestidos de luto, que vueltos son los dias de alegría y abundancia. Prostérnanse ante tí tus enemigos, y los que te hundieron en el polvo besan ahora la huella de tus pasos.»

Así es como descubriendo esa fuerza poderosísima, oculta en aparente flaqueza, explica Dios y explicará siempre con un triunfo eterno el vencimiento de la revolucion y la victoria de la Iglesia.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO SEGUNDO.

LIBRO III.

LEON XII Y CARLOS X.

LIBRO IV.

GREGORIO XVI Y LA INSURRECCION DE JULIO.

LIBRO V.

PIO IX Y LA REVOLUCION EUROPEA.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.


BIBLIOTECA DE MONTSERRAT
13020100031229



